

PAUL BRUNTON

MAS ALLÁ DEL YOGA

LAS ENSEÑANZAS
OCULTAS

CAPÍTULO I MAS ALLÁ DEL YOGA

Cuanto más vagabundeó en torno a este globo que gira, más me doy cuenta que los hombres, los partidos, los gobiernos o los pueblos no son los únicos culpables de la penosa situación de la raza humana —¡tan hipnotizada por los desatinos populares y tan engañada por las fábulas tradicionales!—, sino que también tiene la culpa la ignorancia en relación con tres preguntas fundamentales: *¿Cuál es el sentido del mundo y de la experiencia? ¿Qué soy yo? ¿Cuál es el objeto de la existencia?* Veo con sobrecogedora precisión que la ruptura de este tegumento de antigua ignorancia será más útil que cualquier otra cosa para hacer que la paz duradera descienda sobre nuestra atribulada tierra. El meollo del problema mundial es demasiado sencillo para que la entienda nuestra compleja época: todos los actos son emitidos por la fuente oculta del pensamiento, y cuando los hombres aprendan a pensar correctamente actuarán del mismo modo, pero no antes. Sus acciones nunca podrán ser más grandes que sus ideas, porque las inaudibles declaraciones del pensamiento deciden la ruidosa marcha de los pies. Las amargas penas y los bestiales pecados del mundo no son más que síntomas de una enfermedad cuya causa es la antigua ignorancia y cuya única cura es el nuevo conocimiento. El deber inevitable de todo inteligente ser humano racional, turbado por ansias semiconscientes e incipientes de una vida mejor, no es el de descansar en la pereza mental, sino el de insistir en la búsqueda de la respuesta a las tres preguntas, es decir, en la búsqueda de la centelleante constelación de la VERDAD.

Se dice corrientemente que vivimos hoy en una situación mundial sin precedentes. Nacemos en un momento crucial de la historia registrada. Ciertas corrientes nuevas de pensamiento, sentimiento y actividad han venido agitando vigorosamente a todo el globo desde que se inauguró el siglo, y con menor intensidad en siglos anteriores. La guerra

PAÚL BRUNTON

no hizo sino elevarlas a una convulsión más plena y dramática. La lenta crónica de épocas pretéritas se esfuma, ridiculamente insignificante, cuando se la compara con la nuestra. Las multitudes ciegas quedan atónitas ante sus cambios iconoclastas y se tambalean ante sus devastadores acontecimientos. Marte ha puesto a este planeta en el potro de los tormentos. Némesis se ha movido entre las naciones como un juez, poniéndose la torva peluca y levantando severamente la balanza olvidada. Y los pueblos vagan a ciegas a través de una de las más trascendentales transiciones que le tiempo ha impuesto a la raza. Sin embargo, hay siete nuevas características transformadoras de nuestra época que son las más notables desde el punto de vista del filósofo y que poseen una relación fundamental con la publicación de este libro.

La primera característica saliente es el increíble desarrollo del transporte mecánico entre aldeas, ciudades, países y continentes, gracias al empleo de trenes de vapor y eléctricos, de automóviles, ómnibus, barcos y aviones. Así, el planeta se ha empequeñecido y la humanidad se ha apiñado involuntariamente. *Esto ha ampliado decididamente el sentido espacial de millones de personas.* Las ha puesto en contacto personal con sus vecinos, con desconocidos y extraños; y a causa de ello presenciarnos el resultante intercambio de culturas raciales, una multiplicación de ideas y una expansión de puntos de vista. Así, le ha sucedido al mundo algo que no tiene antecedente conocido. Las ideas no pueden ser aisladas ya, salvo bajo la presión de la fuerza bruta, y aun así por un tiempo limitado. Y una consecuencia poco valorada de ello ha sido que la voz de la sabiduría asiática es escuchada ahora por oídos europeos y americanos.

La segunda característica es el fenomenal ascenso del sentido político y del nivel de vida económica de la clase obrera, en comparación con las dos o tres generaciones pasadas. Esto ha desplegado en sus miembros un sentido de dignidad de que carecían cuando estaban atados con los lazos de la esclavitud heredada. Aristos ha entregado su cetro a Demos, involuntariamente, sin duda, y Demos lo blande, con moderación pero con incertidumbre o dictatorial y decididamente. Ahora a las multitudes y se humilla ante la magnitud. La muchedumbre triunfa; su verdad es la última palabra. Pero la más brillante consecuencia de esta emancipación sin precedentes ha sido a su vez el desarrollo de un interés en la vida que va más lejos que el inevitable tráfico de ganarse el sustento. Las masas han comenzado a "mirar más allá de sus narices" y a liberarse de una perspectiva localista. Las cues-

tiones más amplias y los problemas más debatibles de la religión, la política y la cultura no están ya del todo fuera de su esfera.

La tercera característica es la eliminación del analfabetismo y la democratización de la educación. El conocimiento ya no es monopolio de unos pocos afortunados. La educación gratuita y obligatoria ha producido maravillosos cambios, en el término de un solo siglo, en el espíritu de los que anteriormente eran tratados como niños por las despóticas clases gobernantes. La marea de la educación ha fluido con creciente presión por todo el mundo, y a consecuencia de ello las masas son menos ingenuas ahora que antes. Han superado en gran medida las doctrinas de jardín de infantes con que se las alimentaba. La composición de los primeros caracteres tipográficos anunció la caída de todas las viejas épocas de crasa ignorancia. Si el campesino o el obrero europeo de hace mil años era incapaz de leer una carta y no sabía siquiera firmar, el campesino o el obrero europeo o americano de la actualidad no sólo puede leer todas las letras del alfabeto, sino también escribirlas. Y ese progreso no se limita a estos continentes, aunque tiene en ellos un ritmo de *crescendo*. Asia y África también avanzan.

Pero no debemos caer en la suposición superficial de que esto ha ayudado grandemente a la capacidad del hombre para pensar con corrección. La educación es de dos clases: la que simplemente difunde los hechos y ayuda a los hombres a memorizarlos, y la que les ayuda a pensar correctamente acerca de esos hechos. La mayor parte de la educación pertenece a la segunda, que depende de la facultad superior de la razón. Sin embargo el aumento general del área del conocimiento conduce a cierto aumento en el área de la investigación, y esto, a su vez, a un consiguiente, aunque más pequeño, despertar racional. La gente está ahora más dispuesta que antes a utilizar la razón en la vida, aunque no lo suficientemente dispuesta a que tal utilización desempeñe un papel vital en su existencia. Por lo tanto es razonable esperar que muchos más neófitos buscarán la iniciación filosófica cuando las profundas y difíciles doctrinas de ésta sean liberadas de su opaco velo de temible fraseología para ser expresadas en palabras más lúcidas.

La cuarta característica es la lista de notables inventos destinados a mejorar la comunicación entre los hombres, que se han sucedido desde que Gutenberg imprimió en Alemania la primera palabra en letras negras sobre papel blanco y William Caxton instaló en Londres una rechinante prensa de mano. La prensa, el correo barato, el telégrafo eléctrico, el teléfono, el cinematógrafo y la trasmisión por radio son instrumentos civilizadores que se han combinado para comunalizar y

PAÚL BRUNTON

popularizar el conocimiento y tornarlo rápidamente disponible para todos. De resultas de ello se lleva a cabo en todas partes un intercambio continuo de hechos, ideas y opiniones. El tiempo disminuye en importancia cuando el telégrafo y el cable pueden combinarse para traer las noticias de todo el planeta al hogar de uno, en un santiamén; cuando los diarios o las publicaciones impresas ponen ante los ojos del lector de China, en el término de una semana, el descubrimiento científico producido hoy en Inglaterra. Un hombre que hable por radio en Londres escuchará el eco de su voz un séptimo de segundo después, y en ese brevísimo intervalo, viajando a través del globo, ha penetrado en los oídos de innumerables oyentes. *También estos inventos han logrado alterar y ampliar el sentido del tiempo de la mayoría de las personas.* Más aún, la posibilidad de estudiar inmensos períodos evolutivos de la historia pasada del hombre y del universo ha comenzado a acostumbrar a los educados a pensar en términos de tremendos panoramas de tiempo.

La anticuada sensación de que el tiempo era una cosa de movimiento lento ha desaparecido con el viento del progreso. Vivimos ahora en un mundo móvil, no en uno estático. El *tempo* de la vida norteamericana se ha apresurado en una escala no soñada por incas o aztecas.

Los dispositivos y mecanismos domésticos de los hogares europeos permiten numerosas actividades diarias jamás tenidas en cuenta en el programa de los ociosos romanos de la antigüedad. Las costumbres de cien generaciones se desintegran ante nuestra vista, pero es posible que los que pasan toda su vida en ciudades occidentales no adviertan ni aprecien esa asombrosa alteración con tanta claridad como los que habitan ocasionalmente en aldeas orientales, donde los días pueden transcurrir lejos de todo signo de nuestra ciencia y nuestro tiempo. La evolución de la mente del hombre es por lo tanto mucho más rápida que en siglos anteriores.

El periódico, producido a razón de veinte mil ejemplares por hora, se ha convertido en una gran fuerza formativa de la vida moderna. Si el hombre medieval no podía procurarse un solo libro para leer debido a su alto costo y gran escasez, su descendiente de la actualidad puede ahora obtener un periódico todos los días y leer un libro nuevo y barato todas las semanas. La hoja impresa ha difundido el conocimiento, preparado el camino para la ciencia, proclamándola públicamente en todos los idiomas modernos, y es posible que abra ahora un camino nuevo, si bien más estrecho, para la filosofía en general. El nacimiento de la prensa de imprimir señaló la muerte de todas las eras de esote-

rismo. Ha llegado el momento de abrir más plenamente para el mundo occidental la senda poco transitada de una filosofía oriental oculta.

La quinta característica es la aparición de la ciencia en el horizonte intelectual de la humanidad. Para bien o para mal, ha afectado la mentalidad actual. Su nacimiento en Europa introdujo la era de los hechos y obligó al mundo a empezar a despedirse de la época de la fábula. Los hombres se elevan del primitivo reino de la magia al más maduro reino de la lógica. El crecimiento de la mentalidad humana podrá no ser muy grande, pero es claramente advertible y antagónico a la superstición humana. El ascenso de la una supone la caída de la otra. Los hechos científicos eran otrora nerviosos intrusos en el foro donde florecían las conjeturas, pero hoy dominan el escenario mundial. Bacon no fue más que un precursor de la guerra darwiniana de enseñanzas razonadas contra creencias dogmáticas, que tan profunda huella dejó sobre el pensamiento del siglo pasado. Fuere cual haya sido el lugar que ocupó la fe ciega en siglos anteriores, no podrá volver a detentar *por mucho tiempo* la jefatura en una época en que la razón ha mostrado tan visible y tangiblemente sus triunfos en nuestro derredor. Hemos empezado a crecer, y los huecos parloteos de las mentes primitivas llegarán a molestarnos más tarde o más temprano.

Las realizaciones de la ciencia son los hechos inseparables de nuestros días. Sus maravillas llenan nuestros hogares, atestan nuestras calles, flotan en los cinco océanos y se mueven invisibles a través del espacio. De ese modo, han demostrado decisivamente al mundo entero el valor superior de la razón aplicada. El advenimiento del nuevo conocimiento científico publicado en todo el mundo ha comenzado a desplazar los cimientos de la vida humana, a afectar el espíritu de nuestra época y alterar nuestra perspectiva. Todo hombre que sigue fielmente sus descubrimientos ha tenido que hacer una nueva aquilatación de toda la existencia, incluso la propia.

El momento histórico del surgimiento de la era científica moderna comenzó en verdad cuando Galileo se apartó de la fortaleza de la tradición y ejecutó su famoso experimento en la torre inclinada de Pisa. Fue la iniciación de una vasta serie de investigaciones en escala mundial, que culminaron en el cuadro científico que pinta al mundo como una enorme máquina automática gobernada por la causalidad: Dios, como creador quisquilloso, como caprichoso supervisor y juez arbitrario, fué convenientemente omitido del antiguo cuadro medieval. Esa fué la primera revolución operada en el pensamiento occidental. La segunda llegó cuando Röntgen descubrió la base eléctrica del átomo. La

PAUL BRUNTON

investigación avanzó más rápidamente aún; tan rápidamente, en verdad, que los hombres de ciencia están pintando de nuevo su cuadro. El universo no es ya una máquina. Nadie sabe con seguridad en qué se ha convertido. El nuevo cuadro es borroso y vago, incluso amorfo, pero ello se debe a que pertenece al dominio de la filosofía. Porque ha habido un proceso gradual de abstracción, una transición del punto de vista empírico al metafísico, una tendencia, por parte de la ciencia, a hacerse porción integrante de su propio campo de investigación y a convertir la materia y el mecanismo en conceptos. ¡Todas las señales indican ahora que la ciencia no sólo estrecha la mano a la filosofía, sino que incluso Mercurio se está preparando para desposar a Minerva! Resulta especialmente interesante el hecho de que la ciencia se desplace involuntariamente al campo de la filosofía oculta, porque algunos de sus últimos dogmas, tales como fueron formulados por Einstein, Planck, Heisenberg, Jeans y otros, habían sido anticipados por los sabios indios en una época en que la civilización occidental balbuceaba aún en su infancia. Por primera vez en la historia es posible formular los productos del pensamiento oriental en términos occidentales —es decir, en términos científicos— y sintetizarlos con los ricos resultados de las investigaciones occidentales. Europa y América han proporcionado nuevos y más anchos cimientos para la sabiduría asiática. Esta puede ser explicada ahora con una amplitud que nunca anteriormente tuvo expresión. Así, el sabio antiguo y el moderno hombre de ciencia se encuentran inconscientemente, y ahora ya es posible construir una síntesis intelectual tremendamente significativa, *una ideología universal de la verdad que no habría sido posible antes*.

La sexta característica es el tiempo libre relativamente mayor de que dispone la gente de todas las clases, pero especialmente la de la clase obrera, gracias al empleo de maquinaria en todas las ramas de la existencia humana, como consecuencia de la revolución industrial. Es costumbre que los hombres modernos se quejen de la falta de tiempo libre, pero la verdad es que el hombre de las cavernas lo tenía mucho menos. Se veía obligado a luchar contra la naturaleza inclemente, contra el hombre desatado y contra la bestia voraz. Tenía que luchar por la existencia, por su alimentos y su satisfacción. Por lo tanto, al hombre sólo le era posible dedicarse a pensar en *cosas* más elevadas *después* de que había satisfecho suficientemente esas necesidades. ¿Cuándo, en toda la historia, ha alcanzado el hombre una conquista tan amplia como hoy? Tiene más tiempo para socavar su propia ignorancia. En consecuencia, si en épocas antiguas unos pocos hombres podían es-

tudiar filosofía la mayor posibilidad de holganza de la actualidad hace que el momento esté maduro para que mayor cantidad de estudiosos, dispuestos a emplear prudentemente su tiempo libre, sean atraídos hacia la ilustre tutela de esa disciplina.

La séptima característica es el hecho histórico de que los períodos de posguerra engendran dudas religiosas en muchas mentes, con la consiguiente búsqueda de una explicación más aceptable de la vida, por parte de esas mentes. Pero cuando se han librado dos guerras en el término de una generación, y cuando se han extendido —dichas guerras— en la *mas* gigantesca escala que haya conocido la historia, es indudable que no resulta erróneo predecir que la fe descenderá seriamente después de la conmoción del cataclismo. La desesperada sensación de que la vida carece de objeto se extenderá a todas las clases de personas. Es probable que el poder de la religión para dirigir ética y moralmente a los hombres quede sumamente debilitado, cosa que constituirá una situación de profundo peligro social. La ruptura de esas antiguas sanciones, en medio de la inquietud y la turbulencia, exige el refuerzo de las mismas o su reemplazo por otras nuevas. Porque la mayoría de los hombres no puede vivir bien si piensa que la vida no tiene un sentido fundamental y un gran objetivo. Y entonces buscarán muy pronto alguna fe o teoría que dé dirección a la existencia. Con lo cual nuestra época actual, convulsa y derrumbada, presenciara una búsqueda de tales doctrinas, y una búsqueda como nunca se ha efectuado. Y como estos cambios serán siempre más marcados entre las clases más educadas, la forma que quizás adoptará esta búsqueda será principalmente mística, y, de tanto en tanto, filosófica antes que religiosa. El misticismo recibirá probablemente mayor cantidad de adherentes que desde hace mucho tiempo, porque ofrece una paz interior emocional urgentemente necesaria después de las maniáticas locuras y horrores de la guerra, pero la filosofía también tendrá que recibir en sus portales a una modesta cantidad de nuevos solicitantes que han cambiado su engranaje intelectual.

Si estos siete factores tienen algún significado, es el de que la historia pasa por los dolores de doblar el recodo más pronunciado, el de que el crecimiento cultural de la humanidad se ha acelerado notablemente, el de que una época nueva y única en el conocimiento humano se está abriendo ante el mundo educado, el de que el campo potencial de receptividad de la filosofía de la verdad es más amplio y más profundo que nunca, el de que la tendencia al secreto se ha vuelto superflua y el de que por primera vez se ha hecho posible una

PAÚL BRUNTON

nueva propagación, en escala mundial, de puntos de vista superiores. Mas aun, las condiciones internacionales políticas y económicas de la actualidad son tales, que *obligan* a la gente a ver los acontecimientos y las cosas en su relación con el todo, es decir, ¡que le imponen la obligación de empezar a filosofar! Esta asombrosa era de transición social, de disolución general, de revolución tecnológica y de iluminación mental es, en pocas palabras, una continua aceleración del proceso de convertir al hombre, de animal primitivo en animal científico. Pero tampoco esto es suficiente. El hombre tendría que vivir en la forma que le es adecuada, y no como un animal, un reptil y un parásito. Por lo tanto, ha llegado el momento de revelar una doctrina que no contradice, como muchas religiones, los hallazgos de la ciencia, sino que en rigor se respalda en ellos. En tales condiciones, es realmente aconsejable menguar las antiguas restricciones y difundir del antiguo y *auténtico* conocimiento ario una proporción suficiente para ayudar a las clases mejor cultivadas a actuar más sabiamente, a fin de que pueda surgir algo más noble y de que podamos progresar todos en la tarea de moldear un más bello mundo humano. Porque las masas, parecidas a borregos, esperan siempre ser guiadas por aquéllas; las formas de pensar de las clases cultas son siempre consideradas normas que es preciso alcanzar; y sus modos de vida son presentados como modelos para la ambición y la imitación. El progreso fluye desde arriba —desde los círculos dirigentes y las clases superiores de cada comunidad— hacia abajo, hasta empapar al populacho. Las ideas y las creencias sustentadas por los estratos más educados y esclarecidos son recibidas lentamente por los de abajo. La visión y la actitud de los primeros son importantísimos en su influencia sobre el mundo. En consecuencia, a ellos se dirige ahora especialmente la filosofía oculta.

Las entusiastas actividades de los hombres de ciencia europeos pueden ser ahora armonizadas con las serenas contemplaciones de los sabios orientales. La mariposa de la verdadera sabiduría integral podrá salir muy pronto de su capullo, donde se cobijó y maduró durante el pasado. Esta unión puede presagiar la nueva civilización oriental-occidental que surgirá algún día, cuando el huso del tiempo haya hecho incontables giros y la primacía del materialismo haya sido abolida, y cuando la verdad pueda ser entronizada para dirigir el verdadero renacimiento de toda la vida y los trabajos humanos. La edad viril de la humanidad deberá llegar eventualmente, y si esta gran concepción pudiera extenderse entre las clases educadas de un mundo sin guerras, de Siberia a España y de Colombo a California, las consecuencias se-

rían notables. Desdichadamente la materialización de semejante visión parece bastante remota. En verdad, está muy lejos aún. Ello no obstante, la inmensa renovación que debe seguir al gigantesco colapso del mundo llevará con seguridad más candidatos a los portales de la filosofía, en ansiosa búsqueda de nuevos caminos, nuevos conocimientos y nuevos axiomas. Los sufrimientos y los conocimientos de nuestro mundo se han unido para actuar como agente cataclísmico que provocará una nueva orientación en el pensamiento mundial. No se trata de que esta nueva orientación deba ser considerada mejor, sino que tiene la posibilidad de ser mejor. Tales son los motivos que toman aconsejable el que esta antiquísima sabiduría salga de las mentes de una cantidad microscópicamente pequeña de asiáticos, donde se ha ocultado, y se haga accesible para un círculo más amplio, aunque aún limitado. Su advenimiento resulta claramente un producto de la necesidad histórica. Ninguna otra cultura que todo lo abarque podría encajar tan bien en el sentido del espacio y el tiempo, recientemente ampliado, de la humanidad.

¿Quién soy yo? Por lo tanto, con este tratado asciendo con **mis** lectores, en parte, a semejante punto de vista más elevado. La ascensión les exigirá mucho esfuerzo, pero les dará su compensación, porque, cuando se complete con un volumen posterior, les resolverá finalmente todos esos problemas, les eliminará las dudas más profundas y les proporcionará un respaldo inexpugnable, pétreo, a lo largo de toda la vida. Más aun, el hombre de ciencia precavido que quiera estudiar estas páginas con amplitud de criterio podrá encontrar las nuevas claves que necesita para avanzar hacia el hallazgo de la realidad; los hombres devotos que quieran adorar al Dios vivo antes que al dogma muerto descubrirán quizá la fuente secreta de su propia fe; los místicos podrán aprender a elevarse de su bienaventurado pensamiento en Dios, que no es más que una imagen, al Dios sin imagen ni pensamiento, como realmente es El; y los filósofos, cuyo cerebro es desorientado por las diversas opiniones que prevalecen en todas partes, podrán encontrar aquí una actitud de espíritu que es infalible en definitiva y que puede suprimir todas las críticas. Porque sus raíces se extienden muy lejos, hasta el Asia primitiva, hasta una época en que surgían Napoleones en el mundo del pensamiento, para liberarse de la tradición hierática y abrirse paso a través de problemas alpinos. Paradójica aunque inevitablemente, esta cultura arcaica cobrará muy pronto tributo al adolescente mundo occidental. Ni el tiempo mismo podrá tornar anticuada la antigüedad de

PAUL BRUNTON

semejante cultura. Ella conquista el tiempo, porque nace de la eterna realidad en la que está envuelto el universo.

No sabía, cuando desembarqué por primera vez en las playas de la India, bañadas por la espuma, que me había lanzado a una búsqueda que finalmente me llevaría más allá de las doctrinas del misticismo y de la propia práctica de la meditación, que durante tanto tiempo me habían parecido la vida más alta reservada para el hombre. No sabía, mientras lenta pero persistentemente penetraba en los secretos más íntimos del yoga indio ortodoxo, que la empresa de descubrir la verdad de la vida me llevaría, no sólo más allá de sus límites, sino también a vagar más lejos de éstos. No sabía que había arrojado los dados ante el Destino y que el juego no terminaría como esperaba —es decir, dedicándome a una existencia que hacía del retiro físico y mental en la más profunda contemplación su más alta meta y su más sublime realización. En beneficio de los lectores para quienes los términos resulten poco familiares, es preciso mencionar aquí que *yoga* es una palabra sánscrita perteneciente a distintas técnicas de la autodisciplina, que implican concentración mental y que conducen a experiencias o intuiciones místicas; técnicas que serán descritas en un capítulo posterior. Y el *yogui* es la persona que practica tales métodos.

Como los yoguis indios vestidos de amarillo, permanecí sentado en éxtasis, pero más tarde desperté, en primer lugar para componer una crónica de la vida de aquéllos, y luego para hablar a mis hermanos occidentales de la forma y el mérito de encontrar esa tranquilidad mental. Pero cuando las intermitentes satisfacciones de la paz mental entraron en conflicto con un racionalismo innato, eternamente inquisidor, tremendas dudas se fueron tornando lentamente insistentes. Advertí que, aun cuando el charquito de luz en que caminaba se había hecho más amplio, la zona de oscuridad, fuera de él, era más impenetrable que nunca.

Naturalmente, cuando el pensamiento, el tiempo y la experiencia plantearon ciertos problemas fundamentales, me dirigí hacia el Maharishi, en mi primera esperanza de encontrar una guía clara. Los lectores de mi libro *A Search in Secret India* recordarán que ese es el nombre de un renombrado yogui de la India del sur, con quien practiqué meditación hace unos años. Pero la guía no llegaba. Esperé pacientemente, en la esperanza de que el tiempo pudiera extraerla de él, pero en vano. Gradualmente me fuí dando cuenta, a medida que esta cuestión de obtener un conocimiento más elevado que hasta entonces iba ocupando los primeros planos de mi pensamiento, que

hasta ese momento él no había instruido a ninguna otra persona en dicho conocimiento. El motivo surgió lentamente, mientras meditaba al respecto. Gracias a mi larga amistad con él me era posible ver que, en principio, ese no era su camino ni le interesaba mucho. Su inmensa consecución residía en los reinos del ascetismo y la meditación. Poseía un tremendo poder de concentrar la atención interiormente y de perderse en un éxtasis, de permanecer sentado, sereno e inmóvil como un árbol. Pero a pesar del profundo respeto y afecto que sentía hacia él, es preciso decir que la historia íntima de su ashram resultó ser sumamente desalentadora. El papel de maestro sabio no era su fuerte, porque era principalmente un místico concentrado en sí mismo. Esto explicaba por qué su abierto desdén por la realización práctica de la vida en el servicio desinteresado a los demás lo había llevado a inevitables consecuencias de desaliento en relación con su ambiente externo inmediato. Indudablemente era más que suficiente para él y para sus discípulos adoradores que se hubiese perfeccionado en la indiferencia a las atracciones mundanas y en el dominio de la mente inquieta. No pedía nada más. La cuestión de la significación del universo en que vivía no parecía perturbarlo. La cuestión de la significación del ser humano, esa sí lo perturbaba, y había encontrado una respuesta que le satisfacía.

Pero era la misma respuesta que todos los místicos, ya sea en el Asia antigua o en la Europa cristiana medieval, habían encontrado también. La meditación acerca de uno mismo era un empeño necesario y admirable, pero no constituía toda la actividad que la vida exigía constantemente al hombre. Era buena pero no resultaba suficiente. Porque el transcurso del tiempo me había mostrado las limitaciones de los místicos, y cuanto más tiempo transcurría más claro se hacía que esas limitaciones eran explicables por la unilateralidad de su perspectiva y lo incompleto de su experiencia. Cuando más me relacionaba con ellos en todas partes del mundo, más comenzaba a ver que sus defectos surgían de una pura complacencia marchita, del culto complejo de superioridad y de esa actitud de "más santo que tú" que injustificadamente adoptaban en relación con el resto del mundo, y también de la prematura suposición de poseer el conocimiento total de la verdad, cuando lo que en realidad habían logrado era sólo el conocimiento parcial. Finalmente me vi obligado a sacar en conclusión que la perfección de la sabiduría humana nunca se desarrollaría a partir de ninguna ermita mística y que sólo una completa cultura sintética podía ofrecer alguna esperanza para su desarrollo.

Así, gradualmente, viajé por un camino de reflexión que me hizo ver que la fórmula clásica de Maharishi para la meditación, *¿Quién soy yo?*, que más tarde descubrí que había sido tomada de ciertos antiguos autores sánscritos, no era suficiente, aunque admirablemente adecuada, en su lugar, como piedra miliar en el camino al sabio dominio de sí mismo. Por ese motivo me pareció sensato, hace unos años, alterar esta fórmula, cosa que hice cuando escribí mis libros más recientes, en donde ofrecí esta simiente para la meditación analítica, con la nueva variación *¿Qué soy yo?* La diferencia entre las dos pequeñas palabras iniciales era una diferencia de sólo dos letras en el papel, pero de una importantísima divergencia de perspectiva en el pensamiento. La palabra "quién" era un pronombre personal y constituía una adecuada interrogación para el místico preocupado por sí mismo como entidad individual y separada, en tanto que la palabra "qué" era un pronombre interrogativo impersonal cuya referencia se elevaba a un plano superior. "¿Quién soy yo?" era una pregunta que emocionalmente presuponía que en definitiva el "yo" del hombre resultaría un ser personal, en tanto que "¿Qué soy yo?" elevaba racionalmente el problema a una investigación impersonal en cuanto a la naturaleza del "yo" definitivo. Y no es que la primera fórmula tuviese que ser abandonada. Era necesaria y excelente en su lugar, pero ese lugar era para novicios, en tanto que la otra fórmula era para empleo de los que se encontraban en un plano más elevado. El transcurso de los últimos años, con su creciente comprensión en relación con la incesante búsqueda y el gradual crecimiento de experiencias extraordinarias, no me permitió sentirme satisfecho ni siquiera con ese importante progreso. Los instructivos episodios del vivir cotidiano me enfrentaban, con desilusión cada vez más profunda, a las limitaciones y deficiencias del misticismo y a las intolerancias y defectos de los místicos, de los cuales no me excluía yo mismo, y los esfuerzos para entender los problemas que surgieron me llevaron eventualmente a ver la insuficiencia de esa visión ampliada. Vi que así como la resignada fe religiosa en el mero dogma era insuficiente para el místico, así el sentimiento intuitivo de éste era insuficiente para mí *ahora*; la intuición debía ser colocada en su lugar adecuado y no había que esperar que llevara a cabo milagros. Las dos habían sido puestas a prueba y se había descubierto que eran incompletas. Pero la otra fuente de conocimiento disponible —el intelecto— era también reconocida en todas partes como igualmente imperfecta e incapaz de soportar la prueba de la experiencia. Podía resultar tan

engañoso como las otras formas. Porque el intelecto era pensamiento lógico y el arzobispo Whately había probado una vez, con perfecta ironía, ¡que lógicamente, teníamos pleno derecho a dudar de la existencia heroica del gran Napoleón! La inducción lógica era muy útil hasta cierto punto, pero demasiado incompleta para producir finalidad. Sus resultados siempre eran pasibles de cambio a raíz de nuevas experiencias. Había en esos tres modos algo que el hombre necesitaba para una vida equilibrada. Yo había usado esa combinación durante años, guiándome por las palabras de hombres considerados sabios, es decir, por la autoridad; por mi propio sentimiento sensible en la meditación y la concentración extática, es decir, por el misticismo; y por el dominio de la duda y la crítica de sí mismo, es decir, por el intelecto. Por cierto que me había enorgullecido de ser un místico racional y de negarme a ser moldeado en la forma convencional. Pero el conjunto de esta convención no bastaba para develar una verdad que no debería ser revisada nunca. ¿Existía una nueva fuente, finalmente satisfactoria, de obtener conocimiento? Esta pregunta también exigía respuesta. Pocos de los discípulos del Maharishi se habían planteado nunca estos problemas, por lo que yo sabía, y en consecuencia mi propia incapacidad para obtener más esclarecimiento de él habría podido ser atribuido por ellos al insaciable espíritu de investigación engendrado por mi "venenosa" educación occidental moderna. Ello no obstante, respetaba y reverenciaba al Maharishi por su extraordinaria consecución de quietud mental, porque muy pocos habían subido tan exitosamente a esa cima psicológica, y eso habría debido bastar para mantenerme a su lado hasta la fecha, aun como amigo si no podía quedarme como buscador de la verdad, soportando en solidario y resignado silencio las corrosivas dudas que él no aclaraba. Pero durante mis dos últimas visitas a la India se hizo dolorosamente evidente que la institución conocida como Ashram, que había crecido en su derredor en los últimos años y sobre la cual su indiferencia ascética hacia el mundo le imposibilitaba temperamentalmente para ejercer el más mínimo dominio, no podía hacer otra cosa que obstaculizar grandemente, en lugar de ayudar, mis propios esfuerzos por alcanzar la meta más elevada, de modo que no me quedó más alternativa que despedirme brusca y definitivamente de ella.

La fama es el inexorable castigo del éxito en mi profesión; los celos son el castigo indeseado de la fama, y el odio viene a continuación como su desagradable fruto. Los modales groseros conquistan eventualmente el valor para lanzar sus vituperios verbales y se bajan

PAUL BRUNTON

a amenazas de violencia física. Me di cuenta, sin embargo, de que debía aferrarme a este precioso talismán del *Dhammapada* budista: "Entre los hombres que nos odian, vivamos libres de odio", y de que nadie debería estar exento del ancho vuelo de la compasión. Aun así, estas amargas experiencias de la vida me enseñaron severamente el precio exacto puesto a esa cosa frágil que es la amistad humana verbal y la exhibición exterior de santidad. Los que no pueden entender tienen siempre tendencias a entender mal. Pero los pocos que, por un fino temperamento o una experiencia altruista, tienden instintivamente las manos a través de la oscuridad del mundo, compensan de sobra por los daños causados por la ignorancia maliciosamente mentirosa. Con ellos somos miembros de una iglesia invisible que une a los que nacieron *dedicados* a dejar su rincón del mundo un poco mejor de lo que lo encontraron.

¿Cuál es el significado del mundo? Es tiempo de retomar el hilo de pensamiento que había estado siguiendo. La gradación de una fórmula para la contemplación analítica, de *¿Quién soy yo?* a *¿Qué soy yo?*, no terminaba ahí. Ambas preguntas entraban aún dentro de la esfera del misticismo, y la dolorosa lógica de ciertos acontecimientos había terminado, definitiva y plenamente, lo que la lógica de la reflexión crítica comenzó a revelar. Me sentí agudamente consciente de que el misticismo no era suficiente *en sí mismo* para transformar o aun disciplinar el carácter humano y exaltar sus normas éticas hasta alcanzar un ideal satisfactorio. ¡No era capaz de unirse completamente a la vida del mundo externo! Esta laguna era demasiado grave para ser pasada por alto. Incluso las exaltaciones emocionales del éxtasis místico —por maravillosamente satisfactorias que fuesen— eran fugaces, tanto en experiencia como en efecto, y han demostrado ser insuficientes para ennoblecer permanentemente a tos hombres. El desprecio por la acción práctica y la aversión a aceptar la responsabilidad personal, que señalaban el carácter de tos verdaderos místicos, les impedían poner a prueba la verdad de su conocimiento así como el valor de sus realizaciones, y los dejaban suspendidos en el aire, por así decirlo. Sin la saludable oposición de una participación activa en los asuntos mundiales, no tenían medios de saber si estaban o no viviendo en un reino de estériles alucinaciones creadas por ellos mismos. La meditación separada de la experiencia era inevitablemente vacía; la experiencia separada de la meditación era simplemente el tumulto. Un misticismo monástico que despreciaba la vida y las responsabilidades

del mundo atareado se gastaría frecuentemente en ineficaces manotazos en el aire. La verdad obtenida por la contemplación necesitaba ser puesta a prueba, no con frases piadosas sino por medio de la expresión activa. Un pretendido conocimiento superior que no apareciese en las necesidades caseras cotidianas era mal aprendido y podía no ser otra cosa que extravagancias vacuas. El verdadero sabio no podía ser un soñador anémico, sino que tenía que transformar incesantemente las simientes de su sabiduría en plantas visibles y tangibles de actos bien ejecutados. Las exaltaciones emocionales conquistadas por medio de la devoción religiosa eran por cierto satisfacciones personales, pero podían convertirse en peligrosas ilusiones cuando no encontraban un adecuado equilibrio externo. La sociedad representaba una oportunidad para que el soñador espiritual examinara la veracidad de sus sueños y probara la fuerza de los castillos que había construido en el aire. Pero para hacer tal cosa necesitaba cambiar su actitud hacia el desdeñado mundo de la actividad, apartarse intermitentemente de su peligroso orgullo ascético y ampliar y equilibrar su visión por medio de la cultura intelectual.

El tiempo, la experiencia y el pensamiento demostraron de ese modo que era errónea e incompleta la teoría que me había entregado la tradición, la teoría de un atajo para llegar al reino de los cielos, y al cabo señalaron en silencio hacia otro lado y me pidieron que continuara mi búsqueda en otra parte. El misticismo era un importante factor de la vida humana, necesario y generalmente descuidado, pero en fin de cuentas no era más que un solo factor parcial, y nunca podría servir para el total de la vida. Era necesaria una cultura más integral, que pudiera ser perfectamente acabada por la razón y que sobreviviese a la prueba de todas las experiencias.

Tal cultura sólo podía lograrse encarando el hecho de que el hombre está aquí para vivir activamente, no menos que para meditar pasivamente. El campo de su actividad está inevitablemente afuera, en el mundo externo, no aquí, en el mundo del éxtasis. Si bien la práctica de la meditación conducía al hombre a cierto grado de conocimiento de sí mismo, en la medida en que penetraba los estratos de sus pensamientos y sentimientos hasta llegar a sus cimientos más pacíficos, no lo llevaba a la autosuficiencia. Esto se debía a que el mundo externo lo esperaba siempre, a su regreso, con la silenciosa exigencia de que lo conociese completamente y lo entendiese adecuadamente. Por lo tanto, a menos de que investigara profundamente en su naturaleza real y uniera el conocimiento resultante a su percepción mística, continuaría

estando en el ocaso y no al pleno sol de la mañana, como el místico arrobado creía estar. La mayoría de los místicos, al tratar de conocerse, cierran metafóricamente los ojos a los enigmas más profundos del mundo que los rodea, pero ese acto no provoca la desaparición del mundo.

La última extensión lógica de este argumento lo conduce a uno a percibir que la significación del yo se tornaría inevitablemente más clara cuando fuese percibida en su lugar correcto dentro de la unidad orgánica del todo de la existencia. Porque así como una visión *completamente* correcta de cualquier pieza de una máquina era posible sólo desde el punto de vista de toda la máquina, así una visión perfecta del individuo sólo sería posible desde el de la existencia universal en que se encuentra incluido. Había que aprender a distinguir entre el tembloroso contacto de cuartos de verdades, la vacilante sensación que produce una media verdad y el firme apretón de la verdad entera. El viejo relato asiático sobre los cuatro ciegos resultaba instructivo. Querían saber cómo era un elefante, de modo que pidieron a su lazarillo que los llevara a tocarlo. El primero le tocó el abdomen y exclamó: "¡Es como un tonel!" El segundo le tocó una pata y replicó: "¡No, es como una alta columna!" El tercero le palpó una oreja y protestó que era como una cesta. Finalmente el cuarto le tocó la trompa y dijo que el elefante era como una estaca encorvada. Así, sus visiones limitadas del animal *los* llevaron a una discusión que no podía terminar. Finalmente el lazarillo solucionó la controversia lanzando una carcajada y diciendo: "Todos ustedes han tomado una parte del elefante por el todo, y por ello se han equivocado".

El místico adoraba la verdad a medias de sí mismo, mientras la verdad total, que reunía el yo interno y el mundo externo, aguardaba, ignorada o mal entendida.

La historia contemporánea presagió claramente que el hombre de ciencia, preocupado solamente por el mundo externo y haciendo caso omiso de su mundo interior, tendría que dirigir finalmente su preocupación, si era lo bastante penetrante mentalmente y lo suficientemente valiente de temperamento, hacia sí mismo. Así, el hombre que comenzó con la fórmula "¿Qué es el universo?" se vio obligado a terminar con la fórmula acompañante: "¿Qué soy yo?" El último libro de Eddington, *La Filosofía de la Ciencia Física*, era nada menos que una franca confesión de la verdad de estas afirmaciones. Pero lo contrario era igualmente correcto, como me lo demostró la experiencia. El místico que comenzó maravillándose de sí se vería obligado —si

Le importaba más la verdad que ciertos deliciosos estados de ánimo— a terminar maravillándose ante el universo. Mientras esquivara o descuidara la pregunta de "¿Qué es el universo?" seguiría siendo desequilibrado él mismo, y su conocimiento sería incompleto.

Si tratáramos, aunque sólo fuese durante un minuto, de retirar completamente a cualquier criatura de su actividad sensorial exterior, no sólo la retiraríamos del universo, sino también de su yo consciente. Porque en tal condición se hundiría de inmediato en un profundo sueño o en un súbito *desmayo*, y no sabría nada del yo ni podría nunca saberlo. Esto indica que no sólo es parte constitutiva del mundo, sino que el mundo de las impresiones sensoriales es parte de él, porque desaparece juntamente con la desaparición de su ego. De ahí que el correcto conocimiento del yo en su plenitud debe depender de un recto conocimiento de este mundo cuyo frente es el tiempo y cuyo fondo es el espacio. La verdad puede ser conquistada sólo por un completo análisis del Todo, que necesariamente incluye el análisis del mundo y el análisis individual.

El gran mérito del alemán Hegel fué que previó, por medio del pensamiento puro, el mismo problema que tenía yo ahora delante, en el distinto camino de la experiencia mística. El señaló que la experiencia individual era parcial y finita, y que por lo tanto no podía abarcar la plenitud de la realidad. Mientras siguiese siendo lo que era, aislada de la experiencia universal, estaría llena del choque de las contradicciones y anomalías. Pero estas últimas desaparecían en cuanto fundíamos el individuo al Todo, cuya existencia estaba ya presupuesta y era siempre inminente. Hegel percibió, en resumen, que el individuo puede ser adecuadamente explicado sólo en términos del todo, y que cuando se le pide que explique su significación, señala más allá de sí. De tal manera, avancé heréticamente hacia la culminación de todo este proceso de pensamiento y me enfrenté a las fórmulas finales. De "¿Qué soy yo?" había llegado por fin a "¿Cuál es el significado de esta experiencia universal?" y a "¿Cuál es el objeto de toda la existencia?" Había llegado a reconocer que las preguntas implicaban un ascenso desde el misticismo avanzado hasta la propia *filosofía* pura.

APRENDIZAJE DEL YOGA. Hay un momento propio para todos

los acontecimientos, dice la Naturaleza, mientras nos muestra ritualmente sus cuatro caras distintas, todos los años. El hombre que quiera aprovechar sus silenciosas instrucciones seguirá su antiguo y probado método de hacerse todas las revelaciones en la hora adecuada. Evi-

PAÚL BRUNTON

dentemente ha llegado el momento de que yo siga a mi antiguo y reverenciado tutor. De ahí que los dos primeros capítulos de este libro sean puramente autobiográficos y puedan en consecuencia parecer egoístas en una obra de carácter francamente filosófico. Aun así, la paciente lectura de los mismos es esencial como preparación para la correcta comprensión de otra aparente desviación en mi obra publicada. Más aun, los lectores no tendrán que volver a sufrir esta nota de egoísmo, porque he tratado de que en el resto de este volumen no pueda encontrarse nada personal, que aparte del objetivo que se propone. Tengo que decir ahora en palabras más llanas lo que apenas sugerí en el primer capítulo de *A Search in Secret India*, el primer libro en que hablé a mis contemporáneos. Confesaba en él que mucho antes de haber conocido al primer yogui semidesnudo, "había vivido una vida interior totalmente desapegada de mis circunstancias exteriores. Pasé gran parte de mi tiempo libre en el estudio de libros recónditos y de atajos poco conocidos de la experimentación psicológica. Me dediqué a temas que siempre han estado envueltos en un misterio cimerio".

Desde entonces nada ha sido agregado a esas reveladoras palabras. He guardado silencio todo el tiempo que el silencio resultó útil, pero esa utilidad está ahora demasiado raída. Por otra parte, acontecimientos recientes han demostrado que, frente a continuos mal entendidos de los ignorantes y a continuas tergiversaciones emanadas de ciertos ashrams pretendidamente espirituales,¹ no menos que del supuesto mundo materialista, el silencio resulta injurioso.

Todo esto no es más que un preámbulo para la necesaria confesión y defensa de que cuando llegué a la India por primera vez no era ya un novicio en la práctica del yoga ni un bisoño boquiabierto que quería aprender el abecé de un arte extranjero en el país natal del mismo. La estrecha matriz en que la herencia trataba de moldear mi naturaleza fue rota y dejada a un lado desde muy temprano por mí, porque mi pensamiento y temperamento eran de otro material. Los años de la niñez fueron sombreados por una terrible y tremenda ansia de penetrar en el misterio del sentido interior de la vida. Sin mapas para desentrañar sus intrincados laberintos, sin guía para mostrarme en qué dirección debía viajar y qué peligros tenía que evitar, rodeado por una civilización que motejaba todo intento de inútil, me lancé a explorar —o más

¹ Instituciones monásticas indias cuyos monjes deben pasar la vida con sus pensamientos dirigidos hacia Dios.

atravesar a tropezones— esa tierra crepuscular. Lo que aterra a mucha gente, alejándola de la investigación del misticismo, fue lo que a mí me atrajo a dicha investigación. Las profundidades de su enigma me hicieron desear ardientemente explorarlas. No salí intacto en nervio V cuerpo de estas exploraciones por los laberintos de mi cerebro y las honduras de mi corazón en busca de "el alma". Cometí errores y tuve que pagar por ellos. Pero la casualidad pareció de pronto querer proporcionarme un camino mejor. Antes de haber cruzado el umbral de la edad viril, el poder de la contemplación me fue entregado como un tesoro del cielo, el inefable éxtasis del arrobamiento místico se convirtió en suceso cotidiano en el calendario de mi vida, los fenómenos mentales anormales que acompañan las primeras experiencias del yoga me resultaron corrientes y familiares, en tanto que los secos afares de la meditación desaparecieron en una facilidad carente de esfuerzo. Esta fugitiva bienaventuranza del místico que hace que el movimiento mundano parezca tan pobre y pretencioso, no ha faltado en los laureados, como la referencia a la poesía universal lo demostraría muy pronto. Durante las espaciosas ensoñaciones en que —hasta entonces amurallada por la roja sangre y los blancos huesos— la mente superaba sus límites *imaginados*, el cuerpo físico, con su inevitable acompañamiento de difíciles problemas e irritantes preocupaciones y deseos insatisfechos adquiría un aspecto secundario y subordinado, y el interés y la atención principales de uno se concentraban interiormente en esa increíble y asombrosa experiencia de una encantadora serenidad, que parecía elevar la mente muy por encima de la vulgaridad de la existencia terrenal. En la más profunda etapa del éxtasis me pareció extenderme en el espacio, como un ser incorpóreo. Cuando más tarde me topé con traducciones de libros indios sobre el yoga, además de libros medievales europeos sobre el misticismo, descubrí, para mi asombro, que los acentos arcaicos de la fraseología de aquéllos constituían una descripción familiar de mis experiencias centrales y cardinales. De tal modo, había irrumpido en el mundo del yo, embarcándome en actividades de investigación que un día me llevarían mucho más lejos.

Pero en esa época no se me ocurrió que fuese yo otra cosa que un principiante torpe. Había comenzado a entender al hombre a través de la introspección, pero sólo podía empezar a entender el mundo por medio de la retrospección. Sufría de ese defecto de la juventud inexperta: falta de confianza en mí. Mi imaginación me pintaba vívidos —pero fantásticos— cuadros de lo que podría llegar a hacer cuando contase con otros veinte o treinta años de práctica. Por consiguiente coloqué en un

PAÚL BRUNTON

elevado pedestal a todos los místicos y yoguis que habían llegado a la edad mediana, ¡en tanto que los de ochenta años eran para mí verdaderos superhombres! La falacia de que todo el progreso se operaba en una línea recta continua confundía mis razonamientos, y daba por sentado que quien había practicado la meditación unos cuantos años más que yo debía ser necesariamente reverenciado hasta el punto de la adoración. El que mi propia evolución se disparara de pronto por la tangente, apartándose de la constante contemplación de la vida externa como un desfile de temblequeantes sombras, para dedicarse a una esforzada labor externa, en medio de la alta presión del cinismo editorial y del materialismo periodístico no mucho después, o el que nunca pudiese cruzar el límite familiar de mis posteriores contemplaciones ocasionales, eso no me enseñó nada. Ese inesperado cambio y esa torturante incapacidad fueron adscritos a mis defectos personales, y nunca dejé de esperar que algún día me sentiría animado por un repentino y gozoso estallido de progreso hacia un mundo inexplorado. ¡No lo sabía, pero esos fracasos eran más silenciosamente instructivos que los éxitos!

Llegó el momento en que ya no pude esperar más. Sabiendo que la India tenía la tradición del yoga —si bien atenuada— más viva hoy que en ningún otro país, fui finalmente en su busca con la esperanza de encontrar a sus principales protagonistas y de perfeccionar mi técnica. Viajé por las calcinadas planicies de la India y dediqué preciosos años de juventud a tales investigaciones. Ese conocimiento fue eventualmente encontrado en profusión en muchos libros y corporizado en pocos hombres. Entre los últimos, consideraba y aún considero al Maharishi como el más eminente yogui del sur de la India. Con él revivi espontáneamente mis primeros estados de ánimo extáticos. La vida de arrobada concentración interior se convirtió otra vez en la única vida que realmente tenía importancia. Bajo su influencia y la de la amodorrante atmósfera india, regresé bruscamente de mi excursión tangencial, despreciando y desdeñando una vez más las actividades del mundo y el servicio al mundo como nada menos que insensatos y formales latigazos propinados a un caballo muerto. Una vez más el pensamiento fue redirigido hacia una profunda concentración de negación de sí mismo. Una vez más me entregué a la repetida práctica del yoga como el fin más elevado del hombre, mientras la antigua esperanza de ser recompensado por un maravilloso estallido de progreso hacia una dimensión totalmente nueva de la conciencia continuaba albergándose en mi corazón. La descripción de mi más profunda experiencia de éxtasis mientras me encontraba con el Maharishi, dada al final de *A Search in Secret*

India es exacta como una descripción de lo que sentí aunque no entendía entonces la aguda distinción existente entre sentimiento y conocimiento. Entonces omití declarar —y ahora lo revelo— que no se trataba de una experiencia nueva, porque muchos años antes de conocer al santo yogui de Arunachala había gozado de éxtasis de un reposo interior y de intuiciones luminosas exactamente similares, mientras me adiestraba en la meditación. Mi deuda hacia ese místico realmente notable lo era en parte por haber revivido en mi interior aquellas hermosas experiencias, deuda que con agradecimiento reconocí a mi amadísimo inspirador por medio de la obra que he llevado a cabo para hacerlo conocer ampliamente por sus compatriotas y para que, en consecuencia, lo venerasen. Por lo tanto resultará claro a los lectores perspicaces que usé su nombre y consecuciones como un conveniente clavo en el que colgar una explicación de lo que la meditación significaba para mí. El motivo principal de este procedimiento fue que constituyó un adecuado medio literario para atraer la atención y retener el interés de los lectores occidentales, que, naturalmente, prestarían una consideración más seria a tal informe de la "conversión" al yoga de un periodista occidental aparentemente testarudo y de mentalidad crítica. Porque el motivo que regía mis investigaciones se reflejaba en mi principal objetivo al escribir el libro, a saber: el de atraer al público europeo y americano hacia ese descuidado camino que llevaba a la *paz* interior, es decir, el de *servirlo*. Y la actitud occidental general era la de que no le servía de nada la supervivencia moribunda del yoga, así como no le servía ninguna otra superstición de una India senil y estéril. Por lo tanto tenía que demostrar que el yoga poseía por lo menos algún valor vivo, y la mejor manera de certificarlo era emplear personas vivas para demostrar ese valor. Pasaron los años y no menguó mi avidez por desentrañar los misterios superiores del yoga, de modo que entretanto escribí acerca de los inferiores, que me resultaban familiares y ya no misteriosos. Descubrí en la India que la verdad acerca del sistema del yoga era que, en la forma en que se lo practicaba en el siglo veinte, no era en modo alguno un sistema, porque se había convertido en una mescolanza parecida a un guisado irlandés. Resultaba difícil reconocer qué era místico y qué era místico. El yoga había sido considerado mayormente inútil para el mundo moderno porque se encontraba firmemente aferrado por fantásticos faquires, en el mutilador y desdichado abrazo de la superstición. La religión dogmática lo había apartado considerablemente de su meta psicológica, en tanto que la magia primitiva había deformado otra parte, convirtiéndola en una exhibición circense. Ya no iba a la

India para excavar las tumbas de antiguos errores y hacer castañear los huesos de sus esqueletos. Hice hercúleos esfuerzos para rescatar lo salvable en el yoga y convertirlo luego en una praxis racional conscientemente formulada, primero para mi propia clarificación y luego para la del mundo.

Mi peregrinaje continuaba aún con su inevitable acompañamiento de arduas luchas e inolvidables éxtasis, intermitentes desilusiones y gloriosas revelaciones. No hice ese peregrinaje a solas. Una multitud invisible y desconocida, cada vez mayor, viajaba a mi lado. Esta multitud de compañeros de búsqueda era cosmopolita y no había en ella divisiones de clases. Estaba dispersa por todo el planeta. Cada vez que el mandato superior afectaba mi renuente voluntad personal, les comunicaba a ellos mis descubrimientos. Así nacieron mis libros. Los que estaban obligados por el deber a concentrarse en la móvil rueda de la moderna existencia materialista pudieron beneficiarse con los descubrimientos de alguien que había logrado escapar. No me resultaba fácil escribir palabras que resultaran atrayentes para una era tan práctica y materialista. A veces no lograba entender por qué, cuando había en el mercado tantos otros libros más excitantes y objetivos, hubiese nadie que quisiera leer el mío. ¡Y sin embargo, existían esas personas desencaminadas que mostraban tan perversa inclinación! No podía sino agradecerles a ellas y a mis estrellas por el aliento que me daban. Mi pluma podría decir mejor que yo mismo lo que ello significaba para mí. ¡Que Alá conceda larga vida a esa buena gente!

Pero una vez más había llegado a la antigua situación de encontrarme ante lo que me parecía una barrera infranqueable. Mi relación con el Maharishi no me sirvió para franquear tal barrera. Muchos indios me envidiaban por haber escrutado las profundidades del yoga, porque no sabían que me sentía interiormente insatisfecho con mis consecuciones, pero unos pocos amigos se sintieron perplejos al enterarse de ello. Porque intrigantes dudas puntuaban mis satisfacciones extáticas. Es cierto que la capacidad para entrar en éxtasis místico no es cosa de poca monta; la facultad de concentrar el pensamiento a voluntad, durante largos períodos de tiempo, no es nada corriente. El poder de gozar de una paz inefable, aunque temporaria, por una mera reorientación de la atención, no es proeza de menor cuantía. Y yo dominaba todas estas y otras características del yoga. ¿Cuál era, pues, la verdadera causa de mi insatisfacción? El lector se sentirá desorientado si no lo explico. Después de surgir uno de un estado de éxtasis o contemplación, la sensación de exaltación disminuye lenta y suavemente, dejando al

cabo no más que un eco demorado. Por lo tanto es preciso repetir la experiencia diariamente, si se quiere volver al estado original, así como hay que comer todos los días si se desea vivir sin hambre. Si se es un experto en la materia, se pueden prolongar los dulces efectos posteriores durante un período más largo pero no es posible dedicarse a ninguna especie de actividad práctica sin volver a perder eventualmente dichos efectos. Así, las iluminaciones logradas por el yoga eran siempre temporarias. Había que renovarlas cotidianamente, al precio de la renuncia momentánea a los deberes prácticos y a las actividades mundanas. Esta transitoriedad del estado contemplativo se convirtió en un serio problema, que me exigía una buena parte de seria consideración. Me enteré, hace unos años, de que tal problema había inquietado a yoguis más experimentados que yo, durante una de mis visitas al extenso Ashram de Sri Aurobindo Ghose, en Pondichery, India Francesa. Me enseñaron allí una cantidad de cartas que aquél había escrito a sus discípulos, y una contenía el siguiente párrafo, cuya verdad me golpeó tan fuertemente, que lo copié en el acto. El autorizado valor de esta afirmación se hará evidente cuando agregue que Sri Aurobindo es probablemente uno de los más famosos yoguis indios vivientes, y por cierto que el mejor educado: Escribía él:

"El éxtasis es una especie de huida —el cuerpo es aquietado, la mente física se encuentra en una especie de adormecimiento, la conciencia interior queda en libertad para continuar con su experiencia. *La desventaja reside en que el éxtasis se torna indispensable y en que el problema de la conciencia durante la vigilia no es resuelto, continúa siendo imperfecto.*"

Lo que es más, el hombre que tiene que vivir y trabajar en este mundo, que debe participar de las actividades de éste, atrapado en su crisol de trabajo, placer y dolor, tendrá que apartarse más tarde o más temprano de su meditación y reanudar su actividad, así como antes se apartó del mundo para reanudar su meditación. "Toma lo que quieras pero paga el precio", dijo Emerson alguna vez, con claridad griega de expresión. El precio del yoga era el renunciamiento al mundo; la prueba de que esto era así residía en el hecho de que los orientales que comenzaban a progresar en la meditación y buscaban nuevos progresos terminaban habitualmente escuchando la melancólica melodía del ascetismo y huyendo de la esposa, la familia, el hogar, la propiedad y el trabajo; refugiaban en ashrams, cuevas, monasterios, selvas o montañas, para

PAUL BRUNTON

que así, con el mundo ya bien lejos, sus esfuerzos por alcanzar el talante contemplativo pudiesen ser más ininterrumpidos y continuos. Como buscaban gozar durante todo el día de la paz yóguica, se veían obligados a sacrificar la ocupación diaria de vivir en el mundo.

Más aún, ese simple hecho de que la *excesiva* práctica cotidiana de la meditación incapacitaba inevitablemente a un hombre para la actividad en la esfera práctica de la existencia se me fue haciendo cada vez más perturbadoramente clara. En rigor, tuve que abandonar mi carrera de trabajo editorial y periodístico, por un tiempo, en parte porque me había excedido en la práctica y en parte de resultas de una hipersensibilidad que convertía la mayoría de los ambientes en una tortura para mí. Resultaba más fácil escribir libros, porque era una actividad que podía ser llevada a cabo en la cima de una montaña remota, en caso necesario, lejos del agitado tráfico de la vida ciudadana. De todos modos, me di cuenta de que por lo menos el noventa y cinco por ciento de la humanidad occidental estaba atrapada involuntariamente en atestados remolinos y no tenía esperanza de escapar de ellos. Por lo tanto no se podría ofrecer un sistema completo del yoga, a la generalidad de la gente, como una posibilidad práctica. Y entonces, ¿cómo una forma de vida que ofrecía al mundo la recompensa de una simple paz intermitente podría constituir en sí misma el ideal de una forma perfecta, verdadera e integral que las personas reflexivas habían estado buscando desde siempre? La combinación de la práctica de la meditación y el trabajo mundano era valiosa por lo general sólo para aquellos que se sentían satisfechos con la transacción de una consecución imperfecta en materia de meditación.

Había, sin embargo, una excepción. El sistema que prevaleció antiguamente entre los budistas en el viejo Japón era sensato y práctico. Los jóvenes que mostraban gusto y capacidad para la meditación eran llevados a los monasterios Zen y adiestrados en ellos por un período de unos tres años. Durante ese lapso no había distracciones que los obstaculizaran, de modo que la obra de dominio del pensamiento podía continuar ininterrumpidamente. Los maestros japoneses, con un sentido realista y práctico de que carecían a menudo sus colegas indios, no permitían a sus pupilos excederse en la meditación o el éxtasis, sino que insistían en una estricta moderación. Al contrario de la opinión corriente, la capacidad japonesa iba más allá de una imitación servil. Los japoneses jamás se convirtieron en ciegos adherentes de las costumbres nacidas en la India y transmitidas por los chinos. Usaban lo que era aplicable a sus propias necesidades y desechaban el resto. El objetivo

final del Zen medieval era crear hombres agudos y decididos, de mentalidad clara y enérgica, que desarrollasen una actividad serena y se concentrasen hábilmente en sus empresas; que olvidaran espontáneamente el yo en el servicio de su país. El opaco letargo, la especial melancolía v la antimundanalidad de muchos monjes indios no se adecuaba a una tan viril, optimista y práctica. No se permitía a los estudiantes raza

casar el día en una existencia ociosa, inútil o parásita, sino que se les daba tareas activas para mantenerlos ocupados. Como el objetivo Zen era una existencia equilibrada, se les hacía trabajar intensamente y meditar bien. Pero al cabo del período disciplinario, con excepción de los que sentían una vocación innata y abrumadora por el retiro monástico, eran enviados de vuelta a la vida mundana para casarse, escoger una carrera y progresar. Equipados con el poder de una instantánea y sostenida concentración, capacitados para enfrentar con imperturbable ecuanimidad las dificultades y vicisitudes de la vida práctica, universalmente respetados por su elevado carácter, se adelantaban por lo general a los otros hombres y obtenían pleno éxito en las carreras de su elección.

Muchos de los más famosos soldados, estadistas, artistas y eruditos del Japón fueron hombres adiestrados en el Zen. Su ideal era un perfecto equilibrio del hombre interior y del hombre exterior, poniendo el acento en la *eficiencia* de ambos. La calidad de su meditación era tan alta, que media hora diaria era suficiente, después de su alejamiento del monasterio, para mantenerlos en contacto con la tranquilidad espiritual; así, su vida mundana no sufría, sino que era enriquecida.

Aparentemente había poco espacio para tal método en la vida moderna, de modo que entretanto teníamos que considerar los hechos tales como eran entonces.

ESPERANDO LA SABIDURÍA. Tales eran las desagradables conclusiones que extraje después de mis cursos de experiencia occidentales e indios en el yoga, *tal como lo conocía entonces*, cursos que me llevaron hasta el punto de una intensa abstracción interior, pero no más allá.

Resultará evidente que mi preocupación no era sólo personal, sino en cierto grado altruista. Había tenido la devota esperanza de encontrar en el misticismo un sistema que pudiera satisfacer por entero las más altas aspiraciones de aquellos que, como yo, hacían de la experiencia la prueba final. En una oportunidad pensé que el materialismo contemporáneo podría encontrar su cura parcial en el misticismo.

Tales percepciones me llegaron sólo después de que cometí el error inicial de creer en todas las afirmaciones tradicionales acerca de los

ejercicios del yoga de que había tenido conocimiento, y de respaldarlas ocasionalmente. Sólo más tarde, y con gran dificultad, la creciente amplitud de mi enfoque me permitió separar de estas afirmaciones lo sensato de lo supersticioso.

Estas palabras podrían ser muy fácilmente mal interpretadas. En mis libros he abogado enérgicamente por la quietud mental, y no lamento dicha defensa ni me retracto de ella por un solo momento. La infiltración de un poco de tranquilidad en una vida atareada resulta relativamente de un gran valor, y aun el recuerdo de una media hora matinal bañada por una bendita tranquilidad endulza el trabajo más severo y disciplina incluso los placeres depravados. Frecuentemente he afirmado en mis libros que nunca tuve la intención de inducir a los occidentales a refugiarse en ashrams, sino sólo la de hacerlos huir por un tiempo hacia el interior de sí mismos. Esos libros muestran tal camino, la práctica de sus ejercicios ofrece una recompensa, así de abundante, y esta última podría muy bien ser suficiente para la mayoría de la gente. Los otros beneficios de la meditación, *si se la practica correctamente* —cosa que no sucede a menudo—, constituyen también un valioso haber, ya que tienen una influencia práctica sobre la vida y la conducta. Son, simplemente: la capacidad para concentrar el pensamiento a voluntad; una mayor pacificación de la emoción y la pasión; un mayor poder para eliminar de los pensamientos los factores indeseables o perturbadores, y, finalmente, una mejor comprensión de sí mismo. Es evidente que tales beneficios no son de despreciar, y resultan sumamente útiles, aun entre las distracciones corrientes de la vida diaria. Según mi conocimiento personal, varios conocidos y activos hombres de nombradla —tales como lord Kitchener, el extinto mariscal de campo británico, y lord Brabourne, el extinto gobernador de Bengala— se interesaron en privado por estas prácticas.

Pero para los pocos que, una vez más, como yo, buscaban entender el sentido de la vida y desentrañar el imperioso problema de la verdad, la tranquilidad o la autodisciplina no podían por sí solas acallar el gran apetito de la mente — por valiosas que fuesen en sí mismas. En pocas palabras, busqué la realización de las promesas de conocimiento final que los antiguos libros sánscritos describen como pertenecientes a los misterios superiores del yoga.

Tendría que detenerme en este paréntesis para tornar más claro lo que entiendo por las palabras "los misterios del yoga". Ellas representan la diferencia entre *saber* algo y *sentirlo*. En las profundidades de la meditación uno sentía, aparte de las transitorias exaltaciones emo-

cionales que el mundo era como un sueño pasajero, el cuerpo no más que una carga sobre el verdadero yo, y el único valor permanente como *residente en la inefable profundidad* del corazón. Por medio de largas **pruebas practicas** había sondeado las honduras del yoga, tal como parecían conocerlas los místicos y yoguis de mi relación, y encontrado los adecuados límites de su utilidad. Y por cierto que ofrecían mucho; ofrecían la brumosa *sensación* de haber alcanzado la verdad, pero no el irrefutable *conocimiento* de la verdad. El yoga proporcionaba solamente esos vagos sentimientos, pero no podía convertirlos en formulaciones definidas. Más aun, podía convertir esas experiencias intermitentes en actitudes permanentes, sólo si uno se mostraba dispuesto a permanecer en meditación el día entero. Esto no sólo era impracticable para la mayoría de los hombres, sino también —lo sé ahora— imposible para todos los hombres.

Mí desconcierto fue intenso hasta que se me ocurrió lentamente la idea de que tal permanencia sólo podía surgir del equilibrio entre el conocimiento y el sentimiento. Cuando el intelecto había descubierto lo que la emoción entreveía, cuando había establecido ese descubrimiento sobre una base irrefutable de hechos demostrados para siempre y cuando la razón y el sentimiento se habían fundido perfectamente en la acción espontánea, su visión, firmemente establecida, y su tranquilidad interior se unían férreamente en un elemento inquebrantado e inquebrantable. Y entonces ya no importaba si desplegaba actividad en el ruidoso mundo o si se hundía en un éxtasis silencioso, porque su vida era una *unidad integral*. Había en los antiguos textos indios afirmaciones que corroboraban estas ideas. Aunque tal comprensión de la naturaleza íntima del mundo, tal percepción de los significados más sutiles de la vida, pudiese cobrar existencia real antes que teórica *sólo en la medida en que fuesen obra de uno mismo*, era igualmente cierto que algún dedo antiguo tenía que surgir de la oscuridad y señalar el camino que llevaba a dicha existencia real. Por lo tanto, la seguridad de que existían aparentemente cimas no escaladas aún, y de que no se podían discernir en la actualidad sendas que llevasen a ellas, me llenaba en ocasiones de doloroso descontento.

Esta necesidad de más amplia ilustración intelectual en cuanto a la naturaleza del mundo y a su correcta relación con la visión mística del hombre -en una palabra, la Verdad en su plenitud- me hacía mirar en torno y pensar en qué otra parte podría ser satisfecha. Conocí vanas de las respuestas de Occidente, sabía también que a menudo eran excelentes hasta cierto **punto, pero no** llegaban muy le-

PAÚL BRUNTON

jos. La ciencia confesaba francamente su insuficiencia, y los científicos de primera fila como Jeans, Eddington y Planck habían comenzado, por pura obligación, a señalar con sus atrevidos dedos hacia la filosofía. Conocía algo de las filosofías occidentales, admirablemente razonadas y laboriosamente construidas como eran, pero sus tremendos conflictos de opinión eliminaban en su mayor parte sus valores y dejaban desorientado al estudioso. Sabía, empero, que los principales pensadores de los países asiáticos habían cavilado largamente sobre este problema mucho antes de que los primeros griegos ciudadanos hubieran comenzado a pensar al respecto en Europa. Lo que es más, existía esta diferencia vital: que mientras los pensadores de Occidente afirmaban por lo general que nadie había descubierto la verdad definitiva y que las limitaciones humanas eran tan estrechas que no era probable que nadie la descubriera, los autores de los antiguos libros asiáticos declaraban que la verdad definitiva era ciertamente descubrible y que unos pocos sabios la habían conocido.

Recordé el entusiasmo con que, en mi juventud, había defendido esta afirmación ante un escéptico artista francés, mientras nos paseábamos junto al Sena en noches iluminadas por la luna. Pero, ¡ay!, en esos días yo usaba las palabras "sabio" y "místico" como intercambiables; ahora estaba un poco mejor enterado. Sentí, por lo tanto, que si había alguna esperanza, estaba en Asia, el continente en que habían nacido los más renombrados maestros religiosos, místicos y filósofos del mundo entero, desde Jesús hasta Confucio. No era necesario más que otro poco de análisis para reducir la búsqueda a la India, porque sabía, por mis amplios estudios y mis viajes personales, que todos los países asiáticos, como Tíbet, China y Japón, habían extraído su conocimiento filosófico, sus sistema yoga y sus especulaciones religiosas, directa o indirectamente, de esa sola fuente. Lo más probable era que la corriente de pensamiento filosófico fuese más pura en su nacimiento, de modo que examiné su posición en la India de ese momento.

A primera vista resultaba evidente, para cualquier hombre cuyo cerebro no estuviese repleto de polvorientas telarañas, que el revoltillo de opiniones contradictorias y la esterilidad de resultados útiles que afectaban a la filosofía occidental prevalecían también en la India. Había seis sistemas clásicos que pretendían explicar el universo racionalmente, pero cada uno partía de premisas totalmente distintas y recurría a hechos absolutamente diferentes. En consecuencia, todos ellos llegaban a ideas irreconciliables de lo que constituía la Verdad. Había también innumerables sistemas teológicos y escolásticos que se

disfrazaban de filosofías y encubrían su llamado final a la fe por medio de un llamado inmediato a la razón, o bien se enorgullecían de su magnífica estructura de razonamiento mientras comenzaban con el más grande de todos los dogmas, el de la existencia de un Dios personal. Existían no pocos videntes y santos sobre cuyas cabezas el populacho había creado un halo de santidad y que pretendían estar en relaciones íntimas con el Supremo Creador; explicaban palabreramente cuál era el significado del universo, según las explicaciones que el Creador les había otorgado personalmente. ¡También allí había tanto conflicto de doctrinas, que uno sólo podía ver que el plan divino era cambiado todos los meses de acuerdo con el humor momentáneo del Creador! Había igualmente numerosos pretendidos autores que ofrecían el máximo de cháchara con el mínimo de sustancia. A dondequiera fuese uno, en ese país parlanchín, podía encontrar maestros de mente ágil que llevaban a cabo impresionantes proezas de prestidigitación lógica y que, al menor pretexto, se mostraban dispuestos a vomitar un profuso torrente de palabras largas — a menudo carentes de sentido, a veces enigmáticas y generalmente combinadas para formar afirmaciones indemostradas o indemostrables. Pero cuál era el significado de la experiencia en este mundo, eso seguía siendo al cabo tan escurridizo como nunca. Yo quería una filosofía carente de dogma, cuya verdad pudiese ser demostrada tan irrefutablemente como se puede demostrar un experimento en el terreno de la ciencia; en pocas palabras: quería pisar terreno firme.

La mayoría de los hombres, en mi posición, se habrían conformado indudablemente con sus adquisiciones yóguicas y gozado de la tranquilidad diaria de la meditación, ¡retirándose al yo interior y dejando que los entremetidos intelectuales se preocuparan por el significado del universo! Desdichadamente mi temperamento estaba construido de un modo distinto. Las estrellas de la razón fría y de la singularidad quijotesca entraron en conjunción durante mi nacimiento. Había tenido una experiencia suficientemente madura de la sociedad y de su aterrador aridez, para saber cuan transitorias y defectuosas eran las satisfacciones externas que ofrecía, en comparación con las realizaciones interiores. Una gran pobreza se había arrastrado hacia mí con miserables muletas, cuando mi objetivo era la plenitud de una rica existencia, y yo la había odiado. Una gran riqueza se arrojó, zalamera, a mis pies, en un momento en que mi ideal era la más sencilla de las vidas, yo la desprecié. Ahora hacía caso omiso de ambas, porque mi vida personal había sido entregada en manos más elevadas, y podía aceptar con

PAÚL BRUNTON

alegría lo que viniese. Había llegado a una edad madura, en que los primeros cabellos grises comenzaban a crecer alarmantemente, y mi cerebro había crecido lo suficiente para hacerme sentir que cualquier tentativa de eludir sus insistentes interrogaciones violentaría la integridad de la conciencia. El tiempo me había arrojado en una época estremecida de funestas consecuencias, en que todo el mundo se sentía atontado y anonadado por una serie devastadora de sobrecogedoras experiencias y apresado en una complicada red de acontecimientos, de la cual debía surgir arruinado o rejuvenecido. Era una época que había tratado de armarse como candidata para la muerte. Y como yo pertenecía a la fraternidad de los borroneadores de cuartillas, me interesó, naturalmente, el destino de mis co-moradores en esta triste estrella. La aspiración a servir a la minoría de sinceros buscadores de entre la sufrida e ignorante humanidad, entregándole una compasiva ofrenda de la Verdad —por humilde e imperfecta que dicha ofrenda fuese—, así como anteriormente traté de entregarle una ofrenda de Paz, ardía en mi interior como un fuego que me consumía. No le quedaban ya muchos años a un cuerpo que había trabajado en exceso, y no podía permitirme el lujo de esperar negligentemente el momento de bajar a la tumba, mientras estas preguntas quedaban sin contestar. Pero estaba atrapado en un callejón mental sin salida, del cual aparentemente no había forma de escapar, hasta que recordé que si en la India de ese momento no había nadie vivo que pudiese ayudarme, podría haber habido alguien en su pasado muerto. Las más serias reflexiones de la India en cuanto al significado de la existencia se encontraban encerradas en una multitud de amarillentos manuscritos rectangulares de hoja de palmera. Quizás entre esas voces acalladas fuese posible encontrar una o dos que me hablasen con simpatía y comprensión a través de los siglos. De manera que decidí buscar la obra de un autor así.

No hay que pensar que las pocas diferencias ideológicas en relación con el Maharishi cambiaron mi cariñosa devoción y mi profunda reverencia por él. Como escribí en un periódico de Londres en 1950, cuando murió: "Fue el místico indio que más me inspiró... El contacto telepático interior y la estrecha afinidad espiritual existentes entre nosotros permanecieron vividos e ininterrumpidos... Por medio de un amigo que me visitó, me envió su último mensaje verbal: 'Cuan-do el corazón le habla al corazón, ¿qué más hay que decir?'"

CAPÍTULO II

LA ULTIMA SENDA

"Espero que expondréis ante el Congreso la meta de la verdad de la filosofía india, la consecución de la dicha de todos los seres, tal como está atesorada en las grandes sentencias sánscritas: 'Sarve Janah Sukhino Bhavantu' (Que toda la humanidad sea feliz) y 'Sarve Sativa Sukho Hitah' (Lo que produce el bienestar de todo lo que existe)." Mensaje telegráfico de Su Alteza el extinto maharajá de Misore al delegado indio al Congreso Filosófico Internacional, París, 1937.

"No te sientes junto al que discute sobre el destino ni comiences una conversación con él", fue la sabia prevención del profeta Mahoma, de mentalidad práctica, quien de este modo desechó la cuestión de una sola plumada e indudablemente ahorró mucho tiempo e interminables discusiones a sus confiados discípulos. En verdad, alguien parecido al Destino, que no pocas veces me había brindado su amistad cuando atraje su atención gracias a mis decididos esfuerzos, apareció entonces e intervino repentinamente en ese juego celestial.

Busco a tientas en los anaqueles de la memoria, sumidos en la oscuridad, en procura del libro de ese incidente. Había subido muy alto, a las colinas cubiertas por selvas, para escapar de la sociedad de mis congéneres, por un tiempo, y trabajar en el esclarecimiento de un batiburrillo de notas que se habían acumulado en mi alrededor. Las necesidades de un temperamento hipersensible tornaban imperativa, a intervalos intermitentes, tal separación de la sociedad. Anteriormente había albergado la esperanza de que en la sociedad supuestamente espiritual de cierto ashram, equivalente indio de una ermita fraternal o institución monástica, podría encontrar la armonía del pensamiento elevado y la conducta pacífica que se avendrían a esos períodos de

fuga de la actividad mundana. La esperanza finalmente resultó ser una ilusión risible, y el ashram un fragmento en miniatura del mundo imperfecto que había abandonado. Por lo tanto, a los que sienten la misma necesidad interior que yo les recomendaría enérgicamente, basado en la experimentación y la experiencia, el único ambiente perfecto que convendría a su caso. A saber: que vuelvan a las amistosas soledades escénicas de la Madre Tierra y conviertan su encantadora belleza en su amante. En umbríos bosques silenciosos o en vertiginosas y toscas alturas, junto a arroyos de manso fluir o en desiertas playas batidas por las oías, en el silencio de la tierra, en el color del cielo y en la pureza de la montaña, encontrarán siempre el bálsamo sanador de las heridas causadas por los contactos con un mundo áspero y hostil. La nueva alcándara que establecí gracias a la generosa hospitalidad de Su Extinta Alteza el Maharajá de Misore era un lugar así de bendito. Cuando la mirada de uno recorría todo el círculo del acogedor e inspirador horizonte de la India suroccidental, no alcanzaba a ver ninguna aldea, ninguna ciudad extendía sus crueles tentáculos como un pulpo para abrazar la verde campiña. La naturaleza era mi compañera, su salvaje grandeza solitaria era mi alegría. En su bella presencia, bajo expectantes auroras de flor de ciruelo y acallados ocasos rojocobrizos, sabía que recobraría pronto lo que había perdido entre hombres de mentalidad estrecha y que lograría llevar a cabo una pequeña parte de trabajo urgente.

Tres inspiradas semanas habían transcurrido cuando sucedió de pronto un acontecimiento inesperado. Mi criado apareció un tarde y me entregó una carta que le había sido dada por un desconocido. No era más que un simple pedido de una conversación de unos minutos, de un caballero indio que escribía que estaba familiarizado con mis libros y que, de vacaciones en la vecindad, había descubierto que yo estaba allí. Sin embargo, aunque yo no lo sabía, en esa hoja de papel blanco grisáceo estaba inscripta la próxima fase de mi tortuoso destino. No pude dejar de sentirme divertido ante la imprevista visita, porque creía haber logrado una verdadera soledad en ese lugar anónimo. • Saboreé algo de la sorpresa que llenaría los pensamientos del famoso misionero-explorador perdido durante mucho tiempo en las selvas del África Central, cuando se encontró de pronto con la figura de un hombre blanco salido como del aire. Y el blanco se sacaba cortésmente el sombrero y exclamaba: "¡Mr. Livingstone* supongo!"

Pronto apareció el hombre de la esquila: un anciano caballero bracmán, de turbante blanco y gafas, de aspecto plácido y corta estatura,

con tres libritos bajo el brazo. ¡El caso es que diez minutos más tarde lo escuchaba con ansiedad, mientras me hablaba vigorosamente sobre el problema que me perturbaba los pensamientos! Y así el rollo del destino comenzó a desenrollarse nuevamente, en una forma curiosa pero trascendental.

Muy pronto volvió las páginas de uno de sus libros, el famoso clásico *Bhagavad Gita* y explicó cita tras cita, en ardiente defensa de sus propias tesis, tan poco convencionales, que eran: que el punto de vista ortodoxo del yoga era por lo general inexacto y ciertamente insuficiente; que la práctica de la meditación era una excelente preparación mental para la búsqueda de la verdad, pero que en sí misma nunca podría obtener la verdad; que el noventa y cinco por ciento de los yoguis indios practicaban disciplinas preparatorias según la difundida pero errónea noción de que todas conducían a la misma meta elevada; y que casi ningún yogui contemporáneo conocía o seguía la única senda que podía llevar a un hombre a la comprensión de la verdad definitiva, que se llamaba "el yoga del discernimiento filosófico"¹ y cuya etapa culminante era "el yoga de lo incontradecible".²

Tomó de la mesa el segundo de los volúmenes que había llevado y dijo:

—Permítame que le presenté un libro poco conocido, que casi todos pasan por alto, raramente leído porque su contenido está fuera de la comprensión de los estudiosos comunes o porque resulta ofensivo a las ideas preconcebidas de los eruditos corrientes. Se llama *Ashtavakra Samhita*.³ Tiene nada menos que tres mil años de antigüedad, y es posible que sea varios miles de años más antiguo aun, porque nuestros remotos antepasados no se cargaban con la tarea de registrar fechas. En el libro misterioso que el venerado sabio de Bengala y yogui de hace más de medio siglo, Sri Ramakrishna, solía esconder bajo la almohada y sacar únicamente cuando se encontraba a solas con su discípulo favorito, el más desarrollado, el famoso Swami Vivekananda. Ninguno de sus otros discípulos fue nunca instruido en sus altas doctrinas, porque habría trastornado sus más caras creencias. Con esto se dará usted cuenta de que no es un libro para principiantes. Describe las enseñanzas altamente avanzadas del sabio Ashtavakra —quien había llegado personalmente a la meta final de la sabiduría india— al

¹ Gñana yoga.

² Asparsa yoga.

³ *La canción del sabio Astavakra*,

rey Janaka, que era un ardiente buscador de la verdad aunque seguía siendo fiel a sus deberes de gobernante de una nación. Sus últimos capítulos subrayan el hecho de que el verdadero sabio no huye a cavernas ni se queda sentado ociosamente en ashrams, sino que se dedica constantemente a trabajar por el bienestar de otros. Señala que incluso fingirá ser exteriormente como la gente corriente, a fin de no ser colocado en un pedestal por ésta. Pero la doctrina hacia la cual quiero llamarle especialmente la atención está condensada en el décimo quinto verso del primer capítulo: "¡Esta es tu esclavitud: que practiques la meditación!" El significado de esto es que la meditación constituye una práctica para desarrollar la calma, la sutileza abstracta y la agudeza concentrativa de la mente y que el buscador sincero no debe dejarse cautivar de tal modo por la serenidad resultante, que se demore en esa etapa disciplinaria, sino que tiene que complementarla buscando la verdad superior. Ashtavakra previene a su real discípulo que no debe conformarse con el misticismo, con el yoga o la religión solamente, sino que tiene que dar el paso necesario para adquirir un conocimiento de la filosofía de la verdad. Ese paso está contenido en un sistema superior llamado "discernimiento filosófico", porque el poder para tranquilizar y concentrar el pensamiento, conferido por el yoga común, es ciertamente un paso esencial pero sin embargo colateral. Y ahora entenderá por qué unas doctrinas tan revolucionarias no resultan agradables para el gusto popular.

El visitante dejó el libro, hizo una pausa en su disertación y me miró a través de sus grandes y redondas gafas. Sentí un interés cada vez más profundo en él. Dándole seguridades de mi cálido interés, le rogué que continuara.

Acarició tiernamente el tercer libro de su pequeña colección, que mientras tanto había tomado; lo alabó altamente y luego me lo mostró. El volumen consistía en brevísimo texto intitulado *Mandukya Upanishdd** y tenía sólo doce apretados párrafos, juntamente con un largo suplemento intitulado *Gaudapada Karika*⁵ que contenía doscientos quince párrafos cortos, y finalmente un comentario más largo escrito por el renombrado Shankara, sobre el texto y el tratado.

—El que domine intelectualmente el texto y el comentario, habrá dominado la más elevada expresión de la verdad, de la que la India ha sido la única guardiana durante miles de años y de la cual algunos

4 *La doctrina secreta del sabio Mandukya.*

5 *Las concisas estrofas de Gaudapada.*

fragmentos han sido tomados en préstamo por el resto de Asia —observó mi visitante—. Esta obra contiene la llave maestra de los misterios superiores que están más allá del yoga, de los que usted ha oído hablar, que ha buscado y que son conocidos con el nombre de "yoga del discernimiento filosófico", que a su vez culmina en el enfoque final, llamado "el yoga de lo incontradecible". Estos métodos comienzan donde termina la meditación, porque son realmente disciplinas filosóficas que emplean la intensa concentración engendrada por la práctica del yoga, y se dirigen hacia la liberación de la mente de su ignorancia innata y sus errores habituales. Difíciles son, por cierto, para que las comprendamos nosotros, los del Oriente, pero más difíciles aun para ustedes, los de Occidente. Estos yogas avanzados son ignorados por casi todos nuestros yoguis indios y generalmente mal entendidos por casi todos nuestros eruditos. Y sin embargo, conociendo estos sistemas olvidados, no necesitará conocer ningún otro. Si en la India, tierra de su nacimiento, ese texto es tan poco apreciado y mucho menos entendido, ¡cuan inútil será buscar una correcta penetración de su sentido entre vuestros orientalistas occidentales!

Ahora bien, entre todos los motivos de mis diversos viajes a la India, el que primariamente me llevó a visitar Misore en respuesta al generoso llamado de su gobernante fue la alta reputación de que Su Alteza, el extinto maharajá, gozaba en toda la India. Su irreprochable carácter, su sincera devoción a la cultura y su incansable esfuerzo por mejorar el bienestar de su pueblo durante un largo reinado de más de cuarenta años le hicieron el más universalmente respetado y el más ampliamente querido de todos los gobernantes nativos. Gandhi lo había aclamado admiradamente con el título singular de *Rajarisbi*, es decir, rey-sabio. Cuando llegué a conocer más íntimamente a Su Alteza, descubrí que la fuente secreta de toda su grandeza residía en la filosofía con que se había identificado y que trataré de explicar en este libro. Desde el cabo Comorin, batido por el océano, hasta los venerados Himalayas, él había viajado para conocer a los más renombrados eruditos y santones de su país; desde Cachemira a Benarés, conversó con todos los principales estudiosos y yoguis. E incluso había cruzado las nevadas corilleras, hasta el Tibet, en mística búsqueda. Sondeó las profundidades de todos esos hombres. Por lo tanto tenía mejores títulos que la mayoría de los indios para juzgar lo que había de más valioso en la cultura de su país. Y eso lo encontró finalmente en la filosofía oculta, cuya verdadera interpretación corporizaba, no sólo en su vida personal, sino también en la pública.

PAÚL BRUNTON

Su Extinta Alteza resumió el valor práctico de lo que había aprendido en el mensaje al Congreso Filosófico Internacional citado al comienzo de este capítulo, el mensaje de que toda la humanidad debería ser tratada como una sola familia. Ningún mensaje más elevado ni más valioso habría podido ser entregado al mundo en una época tan desconcertante. Ninguna religión institucional ni filosofía exotérica lo ha dado hasta ahora, porque todas las religiones y filosofías, por el simple acto de rotularse, han excluido, hasta el momento de su congregación, a los adeptos de otras creencias u otras enseñanzas. Europa no hizo caso de esta advertencia sin saber que los conceptos de la verdadera filosofía, lejos de ser fútiles, contenían verdaderas inferencias para la guía ética; y la peor guerra de su historia estalló en el término de dos años. Los dos pasajes sánscritos mencionados en ese mensaje eran entonados diariamente en el palacio de Misore. Su Alteza demostró en su propio Estado que la filosofía podía ser aplicada prácticamente con notable beneficio para la gente común. Misore tenía bien merecido su familiar descripción de "Estado modelo" así como su frecuente mención con el título del más progresista de toda la India. Su fama se difundió por todas partes, y a su muerte *The Times*, el principal periódico de Londres, lo elogió diciendo que había "sentado la norma" para el resto de la India. Tal fue el fruto práctico de la verdadera filosofía. Podría también permitírseme mencionar aquí que el difunto maharajá mostró un íntimo interés personal en mis progresos filosóficos y literarios, y me dijo, unos años antes de su muerte: "Usted ha estudiado y llevado el yoga a la gente de Occidente; estudie ahora y lleve *lo mejor* que la India puede dar: ¡nuestra filosofía superior!" Por fin ha llegado la hora de cumplir con la segunda parte del deber que me fue entonces encomendado. Su Alteza estaba tan ansioso de que la Verdad fuese vindicada, que estimuló calurosamente mis trabajos en este libro, y lamento que no haya vivido para presenciar su publicación. Los sabios desaparecidos declararon desde su torre de sapiencia la existencia de una senda final, única que podía llevar a la mente interrogadora del hombre a descansar en la perfecta sabiduría y el poder oculto, en la belleza ética y en la beneficencia universal de la realización definitiva. En esa sublime conciencia, aun en medio del terrible *tempo* de la vida moderna, nada y nadie eran distintos *en esencia* de uno mismo. Ciertamente, había que buscar ESO. Llegué a entender mejor el yoga después de ese largo período de investigación; conseguí separar las etapas preliminares e intermedias de

la avanzada y poco conocida para la cual esa investigación había sido en verdad una preparación.

LOS TRES GRADOS DEL YOGA. Ahora puede hacerse un breve examen, a vuelo de pájaro, de la relación existente entre esta doctrina oculta, que pretende ser la coronación y culminación del yoga, y los yogas interiores, más populares. Esto exigirá la inclusión de unos cuantos vistazos previos a un material que en realidad corresponde a estudios más avanzados.

Esta relación surgirá con más claridad si dividimos al praxis yoga en tres grados progresivos por medio de los cuales ascendemos a una conciencia más amplia. El grupo más elemental se dedica por entero a ejercicios *físicos* de concentración, porque atraen más fácilmente a aquellos —siempre más numerosos— cuyo intelecto no ha sido cultivado. El principiante en matemáticas tiene tendencia a sentirse desorientado si comienza su curso de estudio con el Teorema del Binomio, que está reservado para una fase posterior de sus estudios. Del mismo modo, el novicio en yoga, no capacitado, por temperamento y educación, para nada mejor, pasa por uno u otro de esos ejercicios físicos. Pero algunos poseen un objetivo superior que el cultivo de la concentración, destinado a mejorar la salud, aumentar la fuerza y ayudar a curar las enfermedades del aspirante. Se sabe que un cuerpo enfermo perturba la mente y encadena los pensamientos a la dolencia misma. Por lo tanto, esos ejercicios son prescriptos con no poca frecuencia como un paso preliminar, aún para los bastante cultos como para comenzar en un grado más elevado. Los métodos empleados tienen un sonido extraño para los oídos occidentales, pero no carecen de una notable eficacia para sus fines especiales. El primer método consiste en colocar el cuerpo en una postura específica poco usual y en mantenerlo fijo e inmóvil durante un tiempo. El segundo método implica varios ejercicios peculiares para disciplinar rítmicamente, por periodos fijos, la inhalación, retención y expulsión del aire. El tercer método es la práctica de mirar sin parpadear un punto durante el mismo periodo de tiempo todos los días. El cuarto método consiste en murmurar mil y una veces diariamente un nombre religioso de Dios. El quinto método reside en entonar sílabas sagradas específicas en conjunción rítmica con la inspiración y espiración.

El segundo grupo de prácticas de yoga, o grupo intermedio, se eleva más allá del grosero cuerpo, al plano superior de la educación de

PAÚL BRUNTON

los *sentimientos* en la devoción, y al adiestramiento de los pensamientos en la concentración. Incluye varios ejercicios místicos de meditación, cuya meta final es la consecución de una paz emocional y mental; puede abarcar también la inculcación de una constante ansia de la presencia de Dios. El carácter genérico de este grupo será esbozado en el próximo capítulo. Sus ensoñaciones meditativas y arrobamientos extáticos dejan entrever al aspirante la inmaterialidad básica del mundo y su armoniosa unidad subyacente, pero esas visiones fugaces no son, *a la postre*, más que sentimientos transitorios, aunque exaltados. Tiene que aprender a convertirlos en comprensión permanente, cosa que sólo se puede hacer interpretándolos a la luz superior de la razón, actividad que corresponde a otra etapa. La consecución exitosa en este segundo grado está señalada por el poder de alcanzar y mantener un prolongado éxtasis con perfecta concentración, y con la atención separada del ambiente exterior. Con los beneficios de la autopreparación, conquistados con estos primeros métodos, sube al tercer peldaño, el yoga del discernimiento filosófico.

Este es el grupo más elevado de la familia yoga; es finalmente supermístico, pero, en su comienzo, puramente intelectual y racional. Es la doctrina oculta. Parte de él está bosquejada en este libro, pero esas páginas deben detenerse obligatoriamente, por el momento, *antes* del umbral de la porción avanzada, con su sorprendente revelación final, el yoga de lo incontradecible. En esta tercera etapa, junto con el sentimiento y el pensamiento concentrados y disciplinados, el estudiante trata de aguzar su razón y de aplicar esa inteligencia aguzada a una consideración filosófica orientada hacia el significado y la naturaleza de todo el mundo y toda la vida. Hasta ese momento se ha preocupado enteramente de *sí mismo*, de su propio y pequeño ego; ahora amplía todo el horizonte de su visión y hace del problema universal su problema. Debe adiestrarse minuciosamente para imprimir esas nuevas ideas en cada átomo de su ser. Debe pensar profunda e intensamente sobre las sutiles verdades que aprende, hasta que el pensamiento queda establecido como *percepción interior*. Cuando estos esfuerzos maduran definitiva y exitosamente, practica los ejercicios de contemplación ultramística y trata, por el puro poder de su inteligencia, ahora iluminada, de sondear el último misterio de todos: la relación existente entre la gran realidad definitiva del mundo y él mismo. Ha llegado a la culminación de una aventura en que su mente y su cuerpo deben ahora viajar, esforzarse y trajinar al unísono. Esta senda cumbreña es el yoga de lo incontradecible. Demuestra primero su doctrina final de la identidad *secreta* del

hombre con la realidad universal y luego le muestra cómo realizarlo en la vida práctica.

Su mente no puede subir más alto que eso; y sus años restantes serán dedicados a establecer incansablemente la verdad en su propia conciencia, a vivir con ella a cada momento y todos los días, a expresarla prácticamente con minuciosidad sostenida y sin renunciamento, a vivir repetidamente en su espíritu y en su ambiente, hasta que pierde todo vestigio de infamiliaridad y se convierte en conocimiento de primera mano, verificado y comprobado. El conocimiento debe hacerse dinámico, practicándose hasta que la propia práctica se pierda en su completa realización. El estudiante habrá terminado entonces con las formalidades de la religión, con las visiones de la meditación, con los razonamientos de la filosofía. Así como un andamiaje es construido cuidadosamente y permanece durante toda la erección de la casa, sólo para ser implacablemente derribado al final, así primero la religión, después el yoga y finalmente la filosofía se ven entonces como andamiajes que permitieron al estudiante construir la estructura de la verdad. Al final, cuando ha subido a ellos, también los rechaza. Pero este rechazo rige sólo en cuanto a la pretensión de esas disciplinas de *realizar* la verdad a través de su canal individual, y no en cuanto a sus usos inferiores. Una vez establecidos permanentemente, el maestro puede vivir en todos esos distintos mundos, si así lo quiere, y sentirse igualmente a sus anchas en cada uno de ellos. Puede seguir estudiando filosofía con vistas a orientar las corrientes mentales de su época; puede adaptarse a los ritos y exigencias de la religión ortodoxa a fin de alentar a otros que no puedan elevarse por sobre ella; puede entrar incluso en éxtasis meditativos con vistas a un descanso personal, pero nunca se volverá a engañar hasta el punto de ver en alguna de estas cosas la sola y definitiva avenida que conduce a la verdad. Cuando mucho, podrían entregarle sus reflejos en el *pensamiento*; él mismo debe llegar a tener conciencia de su *sustancia*, y ninguna hechicería puede conseguirlo. El lector entenderá mal estas explicaciones si no capta el importante punto de que los que no han dominado el yoga de segundo grado no podrán, en consecuencia, dominar el yoga de grado superior. Porque la práctica del éxtasis es necesaria para que la búsqueda de la filosofía resulte exitosa. La investigación de la verdad es el contenido que debe llenar el éxtasis meditativo. La disciplina ascética de la voluntad, del cuerpo y del ego debe correr lado a lado con el estudio de los mismos y complementar en la acción los descubrimientos teóricos de la filosofía. El yoga tal como es corrientemente entendido, no debe ser, por lo tanto, dejado

PAUL BRUNTON

de lado, aunque no sea ya un fin en sí mismo, sino sólo un medio para' un fin. La capacidad para practicar el yoga es esencial no sólo al comienzo de la última senda, sino también en su final. Es la perfecta combinación de aguda investigación racional fundida en un profundo éxtasis meditativo y reveladora de sus consecuencias lógicas en la existencia práctica cotidiana, que al cabo da los frutos de la comprensión final. La simple captación intelectual de la enseñanza oculta, sin la capacidad yóguica paralela de mantener esa captación ininterrumpidamente, es tan parcial como incompleta, y tan insatisfactoria como el mero poder yóguico de abstraer la atención de las *cosas* externas y concentrarla en talentos abstractos, no llenados por el esfuerzo filosófico. Ni un seco intelectualismo académico ni una práctica yoga no iluminada podrán conducir a la verdad, ni las dos juntas, si no *son* vivificadas por la acción.

El novicio asciende así de un grado al otro, de la disciplina corporal a la emocional, y de ahí a la intelectual. *Los* tres grupos se combinan para constituir un progresivo despliegue de sus capacidades y comprensión. Es importante advertir que son pasos, no paradas. La verdad que aprende está siempre en proporción relativa con su nivel de comprensión.

La confusión entre el segundo y el tercer yogas es en cierto modo general en todo el mundo religioso e ilustrado de la India de hoy. Pantanjali es citado a menudo, pero él solo habla de la meta de dominar la mente y los sentidos, no de la unión del alma con lo Últérmino. Es cierto que se refiere a Ishwara (Dios), pero *lo* hace solamente para indicar un método de práctica. Se equivocan de medio a medio los que quieren hacer del yoga de la concentración mental una senda final. El *Bhagavad Gita* expresa claramente en el capítulo décimo quinto que no existe nada igual al yoga del conocimiento, y, en el décimo tercero, que es el medio más alto de realización. Por lo tanto, no debemos confundir las cosas. Debemos mantener a la religión libre de misticismo, en nuestros pensamientos, y al misticismo libre de filosofía. Si por sentimiento, costumbre o error confundimos una con otra, equivocaremos el camino y terminaremos en el desconcierto. Se verá que los distintos métodos de yoga conducen sucesivamente de uno a otro, y, decididamente, *no son* sendas que lleven a una meta central común, como en la actualidad se enseña popular pero erróneamente en la India. ¿Acaso el propio Atmarama Swami, el autor del manual clásico del yoga sobre el dominio del cuerpo, intitulado *Hatba Yoga Pradipika*, no confiesa que lo redactó para ayudar a aquellos que encontraban imposible practicar el

yoga de la concentración mental? "El yoga de dominio corporal ha sido prescripto solamente para llegar al yoga de concentración", escribió Los yogas populares son absolutamente inadecuados para el elevado fin de la comprensión suprema. Cuando mucho, ofrecen un conocimiento mediato o indirecto de la verdad, pero nunca la verdad misma. No son sino unidades de una serie progresiva, peldaños preliminares de una escala, y debemos pasar de uno a otro a fin de poder subir. Ningún peldaño por sí solo nos llevaría a la cima, salvo el último. Del mismo modo, ningún yoga aislado es suficiente por sí mismo, y ninguno proporcionará la comprensión final, salvo el yoga culminante de lo incontrovertible. El término "yoga" es un amplio paraguas que cubre muchas y distintas ideas y prácticas. Cubre al asceta acucillado, en autotortura, sobre una cama de clavos, y también al caviloso filósofo que aplica su sabiduría a la vida práctica. Por eso los que limitan el yoga a la práctica de la meditación, excluyendo entretanto la investigación filosófica, adoptan una actitud injustificada.

Sin embargo el valor *práctico* de cada paso continúa estando en su lugar como siempre. Pero para los pocos que originariamente encaran el yoga en la esperanza de que los lleve a la verdad por encima de todo, que practican los métodos elemental e intermedio con resultados satisfactorios en cierto grado, para éstos hay siempre una invitación no pronunciada a explorar el método superior. Si aceptan esta invitación a complementar el yoga de la experiencia con el yoga del conocimiento, no abandonarán el plan del yoga, sino que, más bien, lo cumplirán. Porque el trabajo del yoga completo no termina con la meditación, ni la devoción agota sus posibilidades. Los sabios pueden efectuar el cambio sin perjuicio alguno para su integridad intelectual, en tanto que los necios verán sólo peligro y quebrantamiento en el método superior. El peligro es ilusorio, y consiste en dar el segundo lugar a la bienaventurada experiencia de la meditación, que la antigua costumbre les hizo considerar como de importancia primaria, en tanto que el quebrantamiento que temen no es más que el sometimiento, por parte del sentimiento intuitivo, al freno superior del discernimiento racional. Pueden conservar sus meditaciones e intuiciones, no tienen por qué perder ni ceder nada, aparte de que las excesivas pretensiones de la meditación y las empecinadas extravagancias de la intuición en cuanto a su sola supremacía deben ser abandonadas cada vez que chocan con la razón filosóficamente adiestrada. Por cierto que la incapacidad para practicar exitosamente la meditación y la imposibilidad de entrar a voluntad en un éxtasis sostenido tornarían del todo imposible la gran compren-

sión final. Por lo tanto se les pide que elijan entre la conquista de una paz momentánea y el logro de una paz duradera. El trabajo del yoga no termina con la meditación, no termina con la devoción, no termina con las posturas o los ejercicios respiratorios; termina sólo con la comprensión, única que concede una paz eternamente presente, ya sea que el hombre practique la meditación o no.

Así, la realidad puede ser concebida desde cuatro puntos de vista distintos, ubicados a lo largo de un sendero que debe ser recorrido en etapas progresivas. Primero debe ser adorada religiosamente como separada de uno mismo. Luego puede meditarse místicamente en ella como existente dentro de uno. Después puede ser estudiada filosóficamente, dejando a un lado todas las falsas concepciones que se tengan de ella. Y en cuarto término puede ser entendida conscientemente como lo que es *en si misma* y por procesos ultramísticos.

CUÁL ES MI POSICIÓN ACTUAL. Sin el poder de entrar en éxtasis místico, y sin la reorientación emocional que eso produce, la filosofía sólo puede terminar en un intelectualismo estéril y desalentador. La vida es un producto del hombre completo, y cuando el pensamiento filosófico ha hecho todo su recorrido y entregado la verdad que surge del pensamiento llevado a sus últimos límites, el yoga debe intervenir nuevamente para equiparar las conclusiones filosóficas con su poder único de absorber la idea universal dentro del yo. Este libro no es ofrecido con una arrogante estimación de mi propio discernimiento, sino más bien con un deseo de transmitir al lector una actitud mental que me ha sido de inmensa ayuda para responder urgentes preguntas. Este es el mejor servicio que puedo hacerle.

Que no haya mal entendido en cuanto a mi posición actual en relación con estos asuntos. Ahora sigo un camino solitario. Es cierto que he dejado de buscar yoguis y maestros en el sentido convencional, y que no me identifico ya con sus ashrams. Esto es así, en parte, porque he agotado personalmente la utilidad de tal búsqueda, y en parte porque una larga experiencia en cuanto a ciertos ashrams y ascetas ha terminado fatalmente por desilusionarme. Antes confundía a los yoguis y otros con sabios —como los confundimos la mayoría de nosotros—, pero ahora estoy mejor enterado. Continúo considerando mis experiencias místicas pasadas como plenamente indispensables en su momento y lugar, y las experiencias similares lo serán igualmente para otros. El cambio que se ha producido en mí reside, no en la negación, sino en la interpretación de tales experiencias. Una investigación más profunda y una guía mejor

e han ayudado a aquilatar su exacto valor y a ubicarlos en su lugar adecuado. Aun así, existen fases de la experiencia mística que deben ser pasadas por todos los investigadores. Yo no soñaría siquiera con pasar un solo día sin algún interludio, por breve que fuese, de alejamiento mental de los asuntos personales y la actividad mundanal hacia esa serena y beatífica tranquilidad de la profunda meditación, que el hábito y la práctica constante me han capacitado para alcanzar a voluntad en cualquier momento y en cualquier lugar. No he abandonado la meditación, sino que la conservo como una parte breve, atrayente y esencial del programa diario. Empero, me niego a seguir confundiendo los problemas. Las visiones, los éxtasis y las intuiciones son ahora los meros accidentes de la meditación y constituyen su producto colateral inesencial. No existe una norma universal por la cual pueda ser medida su validez; en consecuencia sé que es mejor mantener la vista fija solamente en el propósito esencial de la meditación.

En dos libros anteriores prometía ofrecer eventualmente la exposición intelectual completa de las verdades finales que realizan y subyacen al yoga tal como es corrientemente conocido. La tarea de formularlas en este volumen, que ha sido esperado durante mucho tiempo por un público internacional, no ha sido completada ni siquiera ahora y no agota todo el acopio de lo que aun debe ser entregado al mundo. La tarea exige un segundo volumen. Lo que se presenta aquí constituye *parte* del yoga del discernimiento filosófico, pero no todo. El resto, juntamente con la piedra clave de coronación del arco de la verdad, que estoy tratando de construir, ha sido obligadamente dejado sin tocar. Si estas páginas encienden suficiente interés, entonces las doctrinas que faltan y el yoga de lo incontradecible, que es la piedra final, serán agregados a la construcción y la tarea quedará finalizada. La redacción del volumen final resultará extremadamente difícil, y su separación de éste es esencial. Porque esta obra no sólo actúa como puente tendido sobre el abismo entre mi primera obra sobre el misticismo y esta nueva obra de filosofía pura, sino que, además, reorienta el pensamiento del lector y debería prepararle eficazmente para el estudio altamente avanzado con el cual su investigación racional podrá terminar.

El lenguaje común está defectuosamente construido como medio para expresar conceptos abstractos; de ahí la necesidad habitualmente sentida de inventar una terminología filosófica especial. Sin embargo, he tratado de recordar para quién escribo —y por cierto que no lo hago para pedantes enclaustrados o para metafísicos académicos, sino para los hombres de la calle que todavía piensan un poco en el sen-

PAÚL BRUNTON

tido de la vida—, y por lo tanto, a regañadientes, me he negado a usar esta terminología remota y poco familiar, salvo donde es necesariamente inevitable o fácilmente comprensible. Hasta donde pudo ser, mis investigaciones de estas complejas abstracciones han sido descendidas al reino del lenguaje no técnico comprensible para la gente ordinariamente inteligente, sin sacrificar su exactitud o profundidad. Las verdades atormentadoras del cerebro que contienen se limitaban otrora al círculo cerrado de una *élite* intelectual, y sin embargo, aunque no he escrito para retardados, han sido expresadas en palabras tan sencillas como para ser comprensibles para la mayoría de los que pueden entender las palabras de un periódico de primera clase. Pero los que nunca han practicado la meditación o la concentración ni estudiado filosofía podrían no sentir gusto por tales pensamientos, en tanto que los que transitan por la estrecha senda de la rígida ortodoxia religiosa se sentirán asustados por ellos. Y todos los lectores descubrirán que, aunque estas páginas están abiertas y son accesibles para cualquiera que quiera leerlas, la penetración de su verdadero sentido estará vedado para los que no se sientan dispuestos a efectuar un pequeño esfuerzo mental. Por lo tanto harán bien en leer un poco por vez y luego detenerse a reflexionar acerca del fruto filosófico así arrancado.

Sería igualmente bueno que me adelantara por escrito a algunas críticas que ya he oído en privado e incluso leído en un periódico indio de la clase más baja, que actúa como vocero de ciertas penosas criaturas que han encarado los vanos esfuerzos de la enemistad personal. Estas críticas quedarán más ampliamente cristalizadas con la aparición de este libro. En primer lugar se me hará la acusación de una seria incoherencia. Se dirá que he destrozado iconoclastícamente definiciones y doctrinas previas, que he cambiado un punto de vista establecido, alterado anteriores valoraciones de hombres de experiencia, mostrándome así de carácter inestable y de juicio poco digno de confianza. Los amigos personales se sentirán indudablemente divertidos ante las doce últimas palabras, en tanto que la acusación general traiciona una definida incomprensión de mi actual forma de ver las cosas. No me he retractado de anteriores puntos de vista, sino que, sencillamente, los he ampliado. De todos modos, la integridad de mi objetivo me obliga a confesar francamente que la coherencia no es mi espantajo. Me ha preocupado solamente de lo que se refería a continuar la búsqueda de la verdad; ¡si los resultados de dicha búsqueda varían y difieren a medida que avanzo, pues que varíen y difieran! No dejaré de reconocer el hecho. La honestidad de mi pasado propósito me da el valor actual

para hacerlo. Para un escritor que ha establecido su fama sobre la base de sus investigaciones de una defensa del yoga, la confesión franca de sus limitaciones no es cuestión sencilla. Debería resultar evidente que sólo las razones más importantes y la experiencia más prolongada me condujeron a dar este paso de responsabilidad. Estoy constantemente dedicado a aprender y verificar nuevos hechos y a madurar mi juicio. Cuando esto ocurre, es inevitable que un hombre tenga que modificar sus anteriores conclusiones y las antiguas interpretaciones de sus experiencias — a menos de que no sea sino un ciego creyente en lo que otros le dicen o un ciego aceptador de todo lo que le suceda.

Esta búsqueda es como preparar a una montaña desconocida, como hacer un viaje que supone sucesivos cambios de paisaje. Uno ve muy arriba lo que parece ser la cima. Después de muchos arduos esfuerzos y muchos arduos años, llega a la cumbre de la montaña. Pero, ¡ay!, en el fatídico momento del triunfo descubre que la verdadera cima está mucho más alta aun y que tendrá que seguir ascendiendo durante muchos más años arduos antes de que la cumbre salude su mirada. Las visiones místicas, las experiencias yóguicas, las creencias religiosas y las teorías científicas son cimas por las que uno pasa mientras sube por los empinados flancos y a las que confunde una y otra vez con el picacho final. Uno recibe visiones distintas y hasta entonces insospechadas de la verdad, a medida que los antiguos hitos del camino desaparecen hacia atrás y se continúa ascendiendo. Lo último existe, no lo dudemos, pero si los registros históricos están en lo cierto, ¡sólo puede ser encontrado por los que tienen el valor de ser incoherentes! Incluso el Buda, cuando entrevio un sendero más elevado, no vaciló en rechazar las formas elementales de yoga que había practicado durante seis años.

La segunda acusación salida de labios ignorantes es la de que soy un renegado. Esta es una tontería absurda, porque nunca he abrazado ninguna otra causa que la de la verdad, a la cual estoy aún unido. Si las mentes superficiales y poco escudriñadoras me han considerado hasta ahora —que estoy seguro de que lo han hecho— como un converso al hinduismo, o como un propagandista de algún ashram indio en especial, se trata de una vana presunción creada por ellos mismos y nunca de mi actitud personal. Ello no obstante, si un sincero paso de un punto de vista inferior a uno superior me convierte en un renegado, entonces me declaro gustosamente culpable.

La tercera acusación, de que he repudiado el yoga, es igualmente desatinada. No **me ha apartado** de mi **propio formulario**. No **me opongo**

PAÚL BRUNTON

a él, sino que continuó estimándolo altamente en el lugar que le corresponde, como antes, pero me niego a seguir concentrando toda mi mirada en él. Prefiero tratar de apreciarlo, criticarlo y entenderlo más equitativamente contra el fondo más amplio de la verdad final. Lo que es más, no acepto ya todas las afirmaciones groseramente exageradas a favor de los caminos *inferiores* del yoga, que a los yoguis irresponsables y poco críticos les place hacer, y considero ahora que tales caminos nos llevan eventualmente a una región que está más allá de ellos mismos. No repudio el yoga, sino que lo desarrollo. Hay que admitir que, asociado a una filosofía, el yoga puede proporcionar la verdad; a solas no puede sino conceder tranquilidad. El cultivo de la intuición mística, la práctica del quietismo mental y de los ejercicios de meditación son absolutamente indispensables para todos los que aún se encuentran en la etapa de la búsqueda.

Todos los buscadores de la verdad, todos los hombres que se han atrevido a pensar honradamente y a aceptar los resultados de sus pensamientos —ya fuesen amargos como el ajeno o dulces como la miel— han sido vagabundos. Sus puntos de vista nunca fueron fundidos en un férreo molde definitivo. Saben que la sabiduría es el último residuo que resta del agitado proceso de destilación de la vida y no el primero. La búsqueda en que están empeñados es dinámica y no estática. No pueden descender a una tumba intelectual y erigir la lápida de una opinión empecinada para anunciar su propia muerte. Por lo tanto quiero como lectores solamente a aquellos que estén dispuestos a entrar conmigo en la temible selva. El esfuerzo de descubrir la verdad es una gran aventura, un antiquísimo impulso hacia adelante para aumentar la experiencia de lo desconocido y no una mísera rutina de quedarse en casa. El explorador debe sufrir y trajinar para aprender como nueva verdad todo lo que sus sucesores disfrutaron como una cosa antigua. La coherencia debe ser llevada como un agradable traje nuevo, cuando ayuda en la búsqueda de la verdad, pero tiene que ser desechada como un traje viejo y raído cuando la obstaculiza. La mayoría de las dudas son expansivas; tienen más de un aspecto. Si las velas del barco de un hombre han girado en el pasado hacia un punto y ahora giran hacia otro... ¡bueno, tanto mejor, se verá un paisaje más veraz!

Por cierto que el tiempo me ha hecho un poco más sabio en estas cuestiones, un poco más crítico de mí mismo y de mis experiencias, así como de los renombrados ashrams y de los ensalzados místicos que he conocido personalmente. He cavado más hondamente en

sus cimientos, para entenderlos con más claridad. Para este esfuerzo me he valido de los hallazgos de los más competentes psicólogos occidentales modernos e indios antiguos. Habría resultado más halagador para mi vanidad continuar en la nutrida compañía de los místicos —ya sea de opaca antigüedad o de brillante modernidad, del joven Occidente o del antiguo Oriente—, en indiscutida aceptación de las extraordinarias visiones y las inefables experiencias que previamente había considerado bajo la más rosada luz, y dejar las cosas tal como estaban. Pero el Destino fue más bondadoso, y al herir mi autoestima me condujo a una atmósfera más elevada de verdad. Deliciosos éxitos y terribles desilusiones fueron maestros menores que prepararon el camino. Inapreciable fue el favor que me hizo la filosofía al mostrarme la forma de valorar mis visiones místicas a la luz de la Verdad Suprema, que pocos se preocupan por buscar porque aplasta el deseo egoísta y humilla todas las motivaciones personales.

En consecuencia, aquellos que vean este libro como un símbolo del defecto de la incoherencia, lo verán erróneamente. No tengo necesidad de disculparme débilmente ante el tribunal de la razón. Algunas de las nuevas enseñanzas aquí presentadas no son del todo incompatibles con mis anteriores afirmaciones. Me eran ya conocidas cuando escribí *The Quest of the Overself*, donde quedaba claramente expuesto, en el primer capítulo, que la última palabra no había sido escrita aún:

"Todo escritor o maestro debe necesariamente adoptar una posición distinta de acuerdo con el grado de desarrollo de la mentalidad a la que se enfrenta. .. El propósito de estas páginas no debe ser equivocadamente entendido. Están destinadas a mostrar un camino del yoga adecuado para el mundo occidental..., muestran la manera de alcanzar ciertas satisfacciones, pero no tratan, en esta etapa, de resolver el misterio del universo... Cuando se hayan conquistado la tranquilidad de espíritu y la concentración del pensamiento, sólo entonces estará uno en condiciones y listo para embarcarse en la búsqueda de la Verdad Final. Nos encontramos aún en el proceso de develar una sabiduría sutil y sobrecogedora, que no ha sido captada ni por una persona en un millón."

Aunque mi adhesión al misticismo, hasta donde éste alcanza, permaneció inmovible, supe que no era bastante, que era incompleto

e insuficiente. Había comenzado a percibir que la verdad estaba tan lejos del misticismo como éste de la religión. En el libro siguiente (6) admití audaz y frecuentemente que el misticismo no era suficiente, y que había una senda final más allá de él. Pero sólo en esta obra ha llegado el momento para una clara explicación de los motivos que tuve para efectuar un cambio de un punto de vista fragmentario a uno más completo.

Todos los libros que he sacado de la fluida oscuridad de la tinta representan, por lo tanto, un jalón superado, un oasis en que acampé durante un rato en mi viaje a través del desierto de este mundo en busca de una explicación válida de la vida y la realidad. Puede que no llegue a vivir para escribir un último testamento filosófico o un credo final, pero en este volumen los lectores encontrarán seguramente la Búsqueda llevada más cerca de su término definitivo. Que no piensen que *los* volúmenes anteriores pueden ahora ser pasados por alto. Tal error resultaría fatal para su desarrollo. Las enseñanzas anteriores siguen en pie, pero están complementadas. Esos escritos vivirán y serán necesarios mientras los hombres tengan que trepar penosamente, de etapa en etapa, hacia la verdad; mientras las mentes humanas deban madurar como el fruto en un árbol; es decir, describen puertas que no pueden ser esquivadas y que tienen que ser abiertas y traspuestas. No existe una repentina y milagrosa transición a la verdad final, de la noche a la mañana, para los que tengan una prisa desalada. Por ello esos libros anteriores, al presentar tan fiel y lúcidamente como podía hacerlo mi pluma lo que indubitablemente pensaba, sentía y experimentaba cuando los escribí, son registros reales que representan también lo que muchos otros pensarán y experimentarán obligatoriamente, cuando sigan y avancen por el mismo sendero.

Einstein descubrió que un rayo de luz describe una curva en el espacio. Todos los hombres de ciencia anteriores daban por sentado que tenía una trayectoria recta. ¿Estaban equivocados o eran embusteros? La Teoría de la Relatividad rechaza ambas críticas. Demuestra que las explicaciones anteriores eran bastante exactas cuando se las miraba desde el punto de vista en que se había ubicado el observador. Yo era como un hombre de ciencia inquieto por avanzar de uno a otro experimento de laboratorio, hacia una más plena comprensión de todos ellos. Incluso los principios aceptados de las matemáticas tienen que ser vistos como poseedores de un carácter sólo relativo. La sed

⁶ *Inner Reality.*

de saber absoluto me protegió del letargo de la satisfacción con los descubrimientos existentes. Es cierto que he escrito con fuerte convicción y aparente dogmatismo. La justificación consiste en que había practicado la meditación durante un cuarto de siglo y, habiendo descubierto sus beneficios, naturalmente, trataba de transmitirlos a otros. Sentí que me era necesario desempeñar el papel de defensor y atraer enérgicamente la atención de mis congéneres de Occidente hacia el hecho de que esas experiencias eran también accesibles para ellos, si querían tomarse algún interés en ellas.

El esfuerzo que constituye este libro es algo más que una simple excursión hacia la redacción de libros. Es una estructura del pensamiento del Oriente y el Occidente fundidos, construida para nuestra era. Es una interpretación que hace el siglo veinte de una madura y antigua sabiduría que captó la lealtad de graves y ancianos sabios, que vivieron mucho antes de Cristo. Es una contribución a la comprensión del tema más oscuro y paradójicamente más importante de la vida, escrita en respuesta a una posterior presión del destino y a una inclinación. Consideraré francamente su consecución actual y su terminación futura como la tarea más sagrada de mi carrera hasta este momento. En una época que venera la autoridad de la ciencia y rechaza todo lo que no sea pasible de demostración intelectual, no es tarea pequeña la de tratar de organizar el pensamiento en beneficio de la realidad transcendental no expresable en palabras y hacerlo marchar por medio de su lógica inherente e inexorable. Podemos demostrar que dos y dos son cuatro, que la tierra es redonda y que el agua no es más que una combinación de dos gases. ¿Pero cómo demostraremos la realidad de lo que está por encima del pensamiento formulado, totalmente inaudible y eternamente invisible, de lo que no puede ser conocido hasta que desaparece toda discusión? ¡Hay, por cierto, una irritable paradoja cuando lo que es, aparece como lo que es! Podemos llegar a la inefable dimensión de lo definitivo, viajando a través de una serie de pensamientos y experiencias, pero lo definitivo en sí mismo no es un pensamiento ni una experiencia. La verdad, en su naturaleza absoluta, no puede ser encarnada por palabras ni expresada por ninguna otra cosa. De ahí el misterioso silencio de Cristo, de Buda y de la Esfinge.

Pero el solitario camino que conduce hacia la augusta verdad puede ser trazado por las palabras humanas, el pétreo camino hacia su comprensión puede ser delineado por ellas, y los hombres pueden ser llevados, por un proceso de exacto razonamiento, a una situación

PAÚL BRUNTON

que les indicará cómo pueden hacerla real para sí mismos. Una vez que el hilo secreto de Ariadna es puesto en sus manos, el razonamiento analítico, acoplado al yoga, puede llevarlos hasta las puertas mismas de la realidad. Sin embargo, no puede pasar por la puerta, porque entonces el propio razonador deja caer el instrumento del pensamiento, en cuanto advierte, por fin, qué es él mismo. El que permaneció bajo su propia luz al engañarse con la idea de que no era más que una persona finita, ligada a unos pocos centímetros de pobre tierra, es despertado por la fuerza inmanente de su propia visión ultramística interior, cuando ésta es suficientemente fuerte para afectar y fundir su voluntad y sus sentimientos, y entonces deja que la antigua ilusión caduque para siempre. En ese momento desaparece al otro lado de la puerta y su viaje ha terminado. No malgastaría mi tiempo y el del lector pidiéndole que se esforzara por llegar a alturas inalcanzables, pero sí le pido que busque al sentido de toda la existencia terrenal, por un lado, y que investigue el propósito de su corporización carnal, por el otro, hasta que pueda vivir en armonía con ambas.

CAPÍTULO III

LOS GRADOS RELIGIOSOS Y MÍSTICOS

Algunas dudas antiquísimas han enfrentado persistentemente a la humanidad. ¿Es la vida sencillamente una broma tremenda pero patéticamente trágica jugada al género humano por su Creador? Este vasto panorama de brillante estrellas ubicadas en un tremendo espacio, ¿tiene un significado o no? ¿No somos más que accidentes biológicos que desfilamos inútilmente a través del tiempo? ¿No es el hombre sino una vela chisporroteante que arroja su charquito de luz entre las sombras, durante unos minutos, y luego desaparece para siempre ?

Las respuestas primitivas a estas preguntas fueron convertidas por los hombres en las primeras religiones, ya perdidas en el lóbrego abismo de la prehistoria, cuyos ecos han repercutido hasta nuestra época a través de sus sucesores. Un poco de investigación demuestra muy pronto que ninguna fe es enteramente nueva, que pocos dogmas son peculiares de una religión y que todos tienen un linaje mezclado. Así como en lingüística la palabra sánscrita *bhrater*, la latina *frater*, la francesa *frère*, la alemana *bruder* y la inglesa *brother* indican una estirpe aria común, así la similitud de distintas doctrinas religiosas señala la influencia de antiguos contactos. Las investigaciones registradas de la religión comparada y las revelaciones de la mitología comparada han dejado ya malparada la estrecha noción de que cualquier credo aislado pueda contener la única revelación de los dioses que puedan existir. En cada religión oímos más o menos los mismos sonidos: temor al oscuro otro mundo, asombro ante el despliegue de la Naturaleza, alabanza a un maravilloso Ser superior que creó lo conocido y lo desconocido, suplicantes peticiones de favores personales o nacionales, consuelos para los acongojados, apagados murmullos de profundas doctrinas filosóficas y leves esbozos de verdad superior —to-

PAÚL BRUNTON

do ello curiosamente mezclado y todo terminado en beneficiosos preceptos morales.

La religión puede ser definida brevemente como la creencia en un Ser o Seres sobrenaturales. Cada religión, en su origen, tenía por cierto derecho a ser llamada una revelación, porque era un llamado a la fe y a la fantasía antes que a la razón crítica del hombre.

Lo más importante y significativo de todas las religiones fue la consecuencia de una tentativa, por parte de un hombre realmente sabio y más tarde convertido por la historia en su dirigente titular, de compartir su conocimiento con las masas analfabetas, en la única forma en que éstas podían entender su instrucción: alimentándolas con creencias simbólicas y sencillas fábulas en lugar de darles verdades directamente expresadas. Hombres así han cruzado muy raramente la órbita de nuestro destino mundial. No necesitamos convertirlos con la imaginación en seres sobrehumanos, como sus fieles generalmente lo hacen, pero tenemos que reconocer que un hondo destino ha concedido una extraordinaria importancia a su vida personal y sus palabras habladas. Incluso Macaulay, a pesar de lo ampliamente escéptico que era no pudo dejar de escribir que "Dar a la mente humana una dirección que conserve durante siglos es rara prerrogativa de unos pocos espíritus imperiales. Son tales espíritus los que mueven a los hombres que mueven al mundo".

Tal patrocinador de una nueva fe legítimamente inspirada llegó con una antorcha encendida en la mano para disipar parte de la oscuridad ética de su época y ambiente, para descifrar el primer significado de la vida para la multitud adormecida y para abrir la primera puerta de entrada a la salvación final para los pocos buscadores. Por amplia compasión y noble simpatía, quiso que una pequeña parte de su sabiduría fuese accesible a los mentalmente incapaces de entender su deslumbrador total. No quiso ocultar su conocimiento a las masas laboriosas, pero no se atrevió a pasar por alto el hecho psicológico de que sólo podía ser impartido en su completa plenitud a los que hubiesen alcanzado una etapa que los volviese plenamente calificados para entenderlo. Para todos los demás sería fatigosamente ininteligible. Porque las verdades finales de la vida eran remotas y abstractas. Pertenecían a la región de la filosofía, término que no debe ser confundido aquí con el de metafísica. Esta última ha llegado a significar *especulación* acerca de la verdad, en tanto que filosofía tiene aquí el sentido de *verificación* de la verdad. Tales puntos de vista no podían ser puestos al alcance de mentes inmaduras sin darles primero

una forma sólida y concreta. Y ello sólo podía hacerse convirtiéndolos en símbolos populares, y un sistema de símbolos así relacionados constituiría una religión histórica. El simbolismo tendría que aparecer en las formas de ritual, leyenda, mito, seudohistoria, simple dogma y así siguiendo, pero fuere cual fuese la forma que adoptara, representaría necesariamente una desaparición de concepciones profundamente abstractas y una sustitución de concepciones toscamente concretas. Así la filosofía moriría aparentemente para renacer en la forma empujada de la religión. El metafísico podría lamentar esta transformación, pero no el verdadero sabio. Este sabría que las masas que encontraban indigerible e inaprendible la filosofía recibirían de ese modo ayuda a su manera y no quedarían en la oscuridad absoluta. Sabría también que el populacho se elevaría muy lenta pero muy seguramente de esos leves bosquejos emocionales hacia la captación intelectual de su origen en la plenitud del tiempo.

Un Dios que no fuese parcial y personal, que no estuviese cálidamente interesado en la vida individual de sus fieles adeptos, les habría parecido fríamente desolado. Tenían el cerebro demasiado poco educado y desarrollado para luchar exitosamente contra nociones abstractas, y su inteligencia era demasiado opaca para visualizar una Mente impersonal alejada de sus mezquinos intereses. Como experto psicólogo, el sabio dirigente religioso se dio cuenta de ello. No quería desconcertarlos sino ayudarlos. Por consiguiente consideró un error dar a los toscos muchos lo que sólo era adecuado para los refinados pocos. Entendió cabalmente que la presentación de la verdad filosófica debe ser necesariamente determinada por la comprensión de sus fieles, y que debía pasar mucho tiempo antes de que aquélla pudiese resultar accesible en su pureza a la multitud.

Por lo tanto no tenía más alternativa que hacer tal presentación en forma un tanto elemental, usando el ropaje de la anécdota mitológica para vestir sus sutiles verdades, ofreciendo la realidad final bajo el espeso velo de una Deidad personal como objeto de las oraciones populares o como foco de la concentración del pueblo en la adoración y elevándola a un código de preceptos éticos más noble que el ya corriente. Se vio obligado a expresar el conocimiento en términos simbólicos; a tomar lo más inmediato y presente para su pueblo —los fenómenos de la Naturaleza— y transformarlo en seres invisibles fácilmente imaginados cuyo poder fuese más extraordinario que el de los seres humanos; a envolver su sabiduría en interesantes relatos semihistóricos; a apelar al sentido de lo pintoresco de las mentalidades inmaduras y

PAUL BRUNTON

captar su imaginación dramatizando algunos de sus hechos en formas ceremoniales ritualísticas; a insinuar una realidad superior expresándola en la forma de un hombre inmensamente exagerado, es decir, un Dios personal, y a destinar el todo al fin práctico inmediato de delinear las agradables recompensas de la virtud en comparación con los desagradables castigos de la maleficencia. ¿Qué otra cosa podía hacer cuando trataba con intelectos infantiles? ¿Acaso los niños de todo el mundo no aman los cuentos de hadas y se regocijan con las fábulas? Una religión creada por un hombre realmente sabio era siempre, por lo tanto, una fábula significativa, una tremenda metáfora cuyo último fin era dirigir el pensamiento de las masas hacia ideas más elevadas e ideales más nobles, y cuyo propósito inmediato era inculcar, recurriendo al miedo y la esperanza, cierto grado de responsabilidad moral en sus vidas personales.

¿Cuál era su significación práctica? Proporcionaba un credo para satisfacer la curiosidad de la mente de masas laboriosas ignorantes, que no tenían tiempo disponible ni capacidad para lanzar sondeos de largo alcance inquisitivo en la corriente de la vida. Ofrecía una fe para satisfacer su fuerte necesidad de consuelo en medio de la calamidad y para proporcionarles confortación en la desgracia. Instituí una saludable código ético para guiarles los pasos en las dudas de la conducta humana, para protegerlos contra su propio lado malo y para erigir un ideal elevador para sus aspiraciones. Era una autoridad para proporcionar una guía práctica a los efectos del moldeamiento de formas sociales y de la unión de los individuos en naciones. Fue una fuerza estética para inspirar y estimular las bellas artes. Fue una primera insinuación de que al hombre le aguardaba una existencia más grande que la de ser zamarreado y sacudido por las circunstancias, que ese interminable acoso de penas no buscadas y alegrías efímeras, que esa constante lucha contra la desdicha exterior y la debilidad interior, que ese largo catálogo de agitaciones materiales que terminan en el polvo y en la desaparición; que le aguardaba una existencia más grande, eterna en toda su beneficencia y serenidad.

De tal manera, toda la estructura del dogma religioso y de la doctrina formulada, de complicado ceremonial y legendario milagro, no fue originariamente más que un *emblema* de cuestiones más elevadas. Los que entraban en una iglesia o un templo y adoraban a Dios no derrochaban del todo su tiempo ni se permitían el lujo de un huero soliloquio. Habían dado un paso decidido por el camino del reconocimiento del hecho de que el mundo material no agotaba la realidad, aunque

fuese solamente un primer paso vacilante. El silencioso temor que sentían dentro de lo que creían ser el sagrado hogar de la divinidad era un débil reconocimiento de la verdad de que el hombre puede conocer la presencia de esa última realidad. El consuelo que extraían de las enseñanzas escriturales y de las imágenes talladas que postulaban la existencia eterna de una Deidad era su introducción elemental al valor filosófico del concepto de una existencia eterna, que subsistía detrás del mundo continuamente cambiante. El simbolismo conceptual de la religión era por lo general antropomórfico, hecho que lo tomaba inteligible para la mentalidad del rebaño. El culto de éste estaba por lo tanto realmente dirigido a un Ser imaginario, pero era la única forma en que podían adorar lo que creían ser la verdad. Cuando, en el largo curso de la evolución, sus capacidades intelectuales se desarrollaran lo suficiente, surgirían inevitablemente dudas, cosa que los empujaría a buscar un concepto más satisfactorio. Y esto los llevaría eventualmente a penetrar en la superficie del símbolo y acercarse aun más a su verdadero significado. Tratarían de quitar el velo a Dios y verlo tal cual El realmente era y no como había sido imaginado. El instinto primitivo del culto era por lo tanto sano, pero la forma en que los hombres cedían a ese instinto tenía que diferir necesariamente de acuerdo con los distintos grados de cultura.

De esto podemos extraer la deducción correcta de que la masa de la humanidad siempre necesita una religión digna, en forma de primitiva mirada lejana a la filosofía, pero de que sus símbolos escriturales e históricos, sus dogmas pontificales y sus doctrinas tradicionales no son eternos, sino solamente experimentales, y pueden ser alterados o mejorados sin dañar los fines reales de la religión.

Tales son la naturaleza, valores, funcionamiento y servicios de una religión *digna*. Pero con frecuencia oímos hablar a desdenosos racionalistas de los salvajes aterrorizados que tallan un fetiche de madera grotescamente feo para representar a su Dios; o de gente primitiva que personifica las fuerzas impersonales de la Naturaleza como Espíritus a cuya diestra es saludable colocarse durante el sacrificio ceremonial y el culto propiciatorio, y de rituales sagrados que son un culto fálico des-embosado. La idea escéptica de que toda religión extrajo su primer aliento de los tímidos temores de antepasados fantasmales o de los supersticiones animísticas del ignorante hombre primitivo es enfrentada por la piadosa opinión de que un Dios antropomórfico envió a un emisario especial equipado con un libro sagrado, haciéndolo aparecer en medio de un grupo arbitrariamente elegido de personas afortunadas

PAÚL BRUNTON

a las que convirtió en Su raza elegida. Las dos están demasiado prejuzgadas para percibir correctamente por qué surgen las religiones y cuál en su lugar exacto en la sociedad.

Cada religión proporciona un caso distinto que es necesario examinar. Si una ha surgido por el deseo de un individuo ambicioso, agresivo e inescrupuloso de influir sobre mentalidades más débiles, otra apareció por la creencia, honesta aunque equivocada, de un hombre bien intencionado y sumamente imaginativo, de que era el depositario de la sagrada misión de "salvar" a otros hombres. Si una fe fue una tentativa de propiciar a poderosas fuerzas de la naturaleza, una segunda fue en realidad un esfuerzo, por parte de un hombre profundamente benevolente, para elevar a sus congéneres menos éticamente disciplinados, inculcándoles ideas del bien y del mal y poniendo en vigor frenos sociales por medio de un código fijo.

Se admite con pena que incluso una religión digna puede degenerar con el transcurso del tiempo y traer desdichas a la humanidad. Que los creyentes sinceros se han perseguido y asesinado mutuamente, es un testimonio de toda la historia; que charlatanes, pillastres y brutos han utilizado la religión para satisfacer su egoísmo y sus codicias personales, es igualmente cierto, y que el progreso del mundo ha sido periódicamente obstaculizado por religiosos ignorantes y fanáticos, también hay que reconocerlo. Pecados colosales manchan las páginas de la historia religiosa. En un tratado completo del tema tales críticas deberían ser encaradas franca pero constructivamente a la luz de la filosofía. En esta obra sólo deseamos señalar la posición ocupada por la religión en relación con la enseñanza oculta de la India. No es más que el intento primario de entender la vida, y atrae a los hombres que se encuentran en el primer grado de la evolución mental. Llegará el momento en que las dudas acerca de la verdad y el valor de la religión penetrarán insistentemente en el cerebro del hombre más reflexivo, que quizá no querrá ni la salvación ofrecida por la religión popular ni la aniquilación ofrecida por el ateísmo ortodoxo, porque es posible que la primera le parezca charra y la segunda terrible. ¿Dónde, pues, debe buscar? La filosofía oculta está por lo general fuera de su alcance y su capacidad, aparte de que resulta sumamente difícil encontrarla en cualquier parte. Y ningún hombre puede saltar el elevado obstáculo que existe entre la religión simple y la filosofía sutil. La hazaña está más allá de su capacidad. La vida es un crecimiento, no un salto. El hombre tiene que encontrar una etapa intermedia que le resulte más accesible. Y puede hallarla en el misticismo, que constituye el segundo escalón del ascenso.

QUÉ ES LA MEDITACIÓN. El misticismo es un fenómeno que ha aparecido en todas las partes del mundo y en todas las comunidades religiosas. No hay lugar aquí para hablar de su origen histórico; muchas plumas competentes han trazado ya sus líneas anteriores. Despojándolo de los simples aspectos externos nacidos de la ignorancia dogmática, las diferencias geográficas, el ambiente religioso y la perspectiva racial, puede decirse con justicia que el misticismo de Occidente podría ser comparado al grado medio del yoga asiático en sus dos ramas: el yoga de la Devoción¹ y el yoga del dominio mental.² Se le pide por lo tanto al lector que dé por sentado que la palabra "misticismo", en estas páginas, y en verdad en todo el libro, designa esos dos yogas, y que la palabra "místico" tiene por intención incluir también a los yoguis. La conveniencia literaria de semejante práctica supera con mucho el problema de reconocer, en este examen condensado, las diferencias menores que existen. Más aun, la palabra "yoga" se ha vuelto ahora tan ambigua en la tierra de su nacimiento como lo es la palabra "misticismo" en Europa o América.

Podemos considerar correctamente el misticismo, con su intento de penetrar por debajo de la superficie corriente de la religión y su búsqueda de satisfacciones nacidas interiormente en lugar de aquellas derivadas de ritos externos, como una fase inevitable en el desarrollo de la mente humana, cuando se siente insatisfecha con la estrechez de la fe ortodoxa. Este cambio se opera con un desarrollo lento, pero a veces repentino, del culto teísta ordinario. Puede llegar en tres formas. En el primer caso el buscador se desilusiona con los resultados de la religión o se siente disgustado por las antiguas hipocresías practicadas en su nombre, o insatisfecho con las contradicciones y los conflictos teológicos, o desilusionado por la aparente impotencia de Dios para ayudar a un mundo assolado por la guerra. Los símbolos anteriormente reverenciados pierden su encanto histórico y no son ya sacrosantos; el buscador pasa por un período de helada duda y de yerto agnosticismo, y hasta posiblemente por el ateísmo militante, en el que permanece durante un tiempo sin ancladero. Sin embargo ese período es superado, si continúa su búsqueda, por el interesante descubrimiento de que una pequeña minoría de hombres ha visto que es posible tener una visión amplia de la religión — una visión que les permite apartarse de la ortodoxia insatisfactoria y de sus organizaciones sacerdotales y acercarse más a la atmósfera original de la religión. Se interesa en el estudio de

¹ Bhakti yoga.

² Raja yoga.

la literatura de esa visión amplia, así como anteriormente le interesó aferrarse a la más estrecha. Luego oye hablar de la existencia de un método práctico —la contemplación mística— por medio del cual puede experimentar por sí mismo la belleza y la paz de un espíritu divino eternamente presente, en el cual antes podía creer pero al que nunca pudo conocer. Lo único que le piden los testigos de tal experiencia es que haga el experimento con los ejercicios previamente necesarios. Tales promesas resultan atractivas para no pocas personas, en una época que exige resultados definidos.

O bien su cambio puede producirse sin ninguna fase anterior de incredulidad, sino debido a la intensidad, el ardor y la sinceridad de su aspiración religiosa, conduciéndolo gradualmente, de la repetición formal y la petición materialista de una oración verbal convencional, a la espontánea aspiración silenciosa que madura suavemente y por sí misma hasta convertirse en concentración interior y tranquilización del espíritu, es decir hasta convertirse en meditación. Sus rezos, entonces, no son ya pedidos personales, sino ofrecimiento de sí mismo a modo de sacrificio. El devoto religioso que encuentra satisfacción en la oración corriente debe necesariamente visitar un templo o iglesia, ya sea para alabar o propiciar, o para obtener alguna ayuda de su Dios, o para pedir consuelo a alguna imagen sagrada, contenida dentro del sacro recinto, en tanto que el devoto que alcanza la satisfacción por medio de la meditación no necesita hacer tal cosa. Le resulta suficiente retirarse dentro de sí mismo y descubrir que su corazón es ya un lugar sagrado habitado por Dios. Reemplaza la imagen material, que antes adoraba en un templo, por la imagen mental, que ahora adora en su mente. Sustituye la piedra por su propio corazón, la escritura por su propio espíritu y al sacerdote por su propio pensamiento. La meditación es, por lo tanto, superior a la oración, en el sentido de que el hombre capaz de practicarla posee necesariamente una capacidad mental superior, porque no depende ya de las cosas o los lugares materiales. Puede llevar su objeto o lugar de concentración, en forma de imagen o concepto mental, adondequiera que vaya. Descubre que la oración hablada no es más que una parábola, y que en el sagrado silencio de la humilde contemplación surge una oración muda que no necesita de la palabra hablada. Los resultados éticos de la adquisición *exitosa* son también importantes. El hombre deja de sacrificar sus corderos y vacas o su equivalente en los altares sacerdotales y comienza a sacrificar en el altar de su corazón una parte mayor o menor de su excesivo materialismo, de sus desequilibradas actividades y de su miope persecución de los placeres físicos.

La tercera forma en que puede producirse ese cambio pasa a través de la (puerta coloreada de la receptividad apreciativa de la belleza, ya sea fabricada por el hombre, como la buena música, o hecha por la Naturaleza, como los verdes paisajes. Desde un punto de vista práctico, las formas físicas en que la belleza es comprimida o moldeada poseen su propio valor intrínseco, pero desde un punto de vista superior el disfrute de la misma es una actividad que existe, no sólo por sí misma, sino más aun como medio para un fin más alto. Un hombre que gusta de entregarse a las impresiones recibidas por vías tales como las bellas artes y la gran Naturaleza experimentará cualquier día, espontáneamente una sensación de haberse perdido para sí mismo, como cuando escucha hermosos compases de sonido o cuando contempla la soberbia perspectiva de picos nevados trepando al cielo o sometiéndose a los sublimes ocasos que llegan temblando con el fin del día. Este dulce sentimiento fluye mansamente como un arroyo, no sabe él desde dónde, y lleva consigo los pensamientos del hombre centrados en sí mismos. Toda argumentación ofrecida por las preocupaciones y toda resistencia levantada por el yo son barridas. El sentimiento puede crecer imperceptiblemente hasta convertirse en un éxtasis inolvidable. Su espíritu se ha escurrido de los grilletes del tiempo, por así decirlo. Una suprema quietud sojuzga su corazón y envuelve sus emociones. Es difícil describir tal estado adecuadamente. Nietzsche lo sintió momentáneamente en su elevado hogar montañoso y escribió: "Los mayores Acontecimientos — no son los más ruidosos, sino, por el contrario, las horas más tranquilas. El mundo gira, no en torno del descubridor de nuevos ruidos, sino en derredor del descubridor de nuevos valores; inaudible él mismo, gira". La referencia del escritor alemán al cambio de valores indica la nueva visión de la vida engendrada por el intenso silencio del pensamiento, visión que hace que la existencia material parezca efímera, transitoria e irreal, pero, ¡ay!, el vislumbre es momentáneo. Aun así, ese exquisito sentimiento ha revelado posibilidades superiores. En adelante el hombre será perseguido por su perfilado recuerdo, hasta que aprenda que por medio de la disciplina mística es posible recuperar deliberadamente un puro gozo estético, y repetirlo intermitentemente sin ayuda externa. Así empieza a entender cuan subjetivas son sus bases, cuando la contemplación pura puede evocar, como con una varilla mágica, todas las variaciones de tales inspiraciones, desde el leve placer hasta el éxtasis salvaje. Semejantes efectos no son en modo alguno una característica exclusiva del místico puro o del esteta puro, sino que pertenecen a ambos. Estas afirmaciones son ciertas en cuanto al hombre que produce

formas artísticas y en cuanto a aquel que goza de ellas. El talante creador arrastra a éste a través de similares impresiones, ritmos, ensoñaciones, silencios, quietudes, éxtasis y otros ahondamientos emocionales del ser. El principio básico de toda práctica mística es la abstracción mental, que puede ser ilustrada de dos maneras. El que se "pierde" mientras sigue atentamente el hilo de sus pensamientos o cuando se rinde plenamente a las fantasías del ensueño, tiene menos conciencia de las condiciones físicas, y eventualmente llega casi a no advertirlas. Así el tullido se olvida casi de su deformidad, el peatón apenas observa el gentío que se arremolina en su derredor en la acera, el autor no recuerda lo que lo rodea en su hogar, y así siguiendo. Tales ejemplos demuestran que la conciencia puede liberarse temporariamente de su suposición habitual de que debe limitarse a las fronteras inmediatas del cerebro y el cuerpo físicos. Existen signos indicativos de las más amplias posibilidades de la mente, cuando es libertada de su gravitación universal y abrumadora hacia los sentidos físicos, gravitación que le impide tener conciencia de su propia naturaleza no material y que inconscientemente convierte la existencia física en su cárcel de por vida.

En la otra ilustración podemos imaginarnos la superficie de un lago, agitado por frecuentes olas y repetidas tormentas, como parecido al estado habitualmente inquieto de la mente humana corriente. Las olas de ese lago pueden arrastrar de aquí para allá a un bote ingobernado (es decir, sin remos ni timón), sin tener en cuenta la seguridad del remero, de modo que sus pensamientos teman constantemente por su vida. En forma similar, nuestros pensamientos arrastran incesantemente a nuestra atención de aquí para allá, en reacción puramente mecánica a la existencia física y sin tener en cuenta la verdadera salud y la tranquilidad del espíritu, que es la única "alma" cuya existencia el hombre *conoce*.

Los métodos usados por los yoguis y los místicos varían grandemente, pero por lo general consisten en seguir un curso prescrito de rígido ascetismo físico o de renunciamiento mundanal, juntamente con intentos de provocar cierto talante contemplativo, disciplinando, durante períodos fijos, el confuso fluir de los pensamientos e impresiones que componen la existencia interior del hombre. Este talante surge cuando todas las incoherencias son apartadas del espíritu y sólo se practica persistentemente la adhesión a la línea de concentración elegida. La clave del éxito es doble: una práctica constante y una ayuda experta. Este esfuerzo puede ser repetido todos los días, y la voluntad debe ejercitarse para dominar los vagabundeos externos del espíritu, el incansable tra-

bajo de las ideas. No es fácil hacerlo, y muchos novicios se desalientan, porque la marea del pensamiento asciende y se retira en forma rebelde. La facultad de la atención debe ser gobernada y obligada a retirarse de las cosas exteriores, para que pueda surgir un estado de completa e imperturbada abstracción. Tiene que ser retenida entonces tan fijamente como un lagarto acechando a su presa. Este esfuerzo debe ser unido en la imaginación con la noción puramente religiosa de encontrar la presencia de Dios, o puede ser ligado a la idea puramente psicológica de hallar el yo real de uno mismo, o aun a la puramente mágica de entrar en un mundo invisible. El éxito se revela lenta y gradualmente cuando el meditador puede ir aflojando todos los esfuerzos, y cuando el *tempo* de su pensamiento se aminora hasta permanecer inmóvil y el pensador entra imperceptiblemente en un estado de intensa concentración mental, ni distraído ni perturbado por el espectáculo de la existencia mundana. El místico plenamente avanzado no necesita hacer un esfuerzo consciente para destruir los pensamientos intrusos, porque la firmeza de su intención los mantiene alejados. Olvidando regularmente el mundo externo y sus asuntos, por un breve lapso, y volviendo los pensamientos hacia adentro, hacia sí mismos, con atención agudamente concentrada, puede penetrar en un *hinterland* de tranquilidad mental y llegar a una quietud emocional profundamente satisfactoria. A veces es posible incluso que los sentidos corporales entren en coma temporario. El arrobamiento extático, en distintos grados de profundidad, puede aparecer también. Ambos estados son por lo general inofensivos, pero a las veces resultan aterradores para los que no están familiarizados con ellos. Existen ciertos acompañamientos fugitivos y subjetivos de la experiencia mística. El devoto religioso puede tener visiones de una luz que lo envuelve, o del amado "Guía Espiritual" —vivo o muerto hace tiempo— a quien ha pedido ayuda en su esfuerzo. Otros practicantes pueden imaginarse flotando fuera del cuerpo y conversando con espíritus, o recibiendo órdenes de algún ser angélico. Aunque tales fenómenos mentales difieren tan grandemente, existen ciertos factores comunes a las experiencias místicas más avanzadas, tales como: *a)* sensaciones de sereno deleite, de beatífica calma; *b)* sensaciones de alejamiento del contorno físico; y, en intervalos más raros, *c)* exaltación extática por encima de la existencia corporal y personal. Todas ellas surgen después de que las luchas conscientes y voluntarias contra las olas del pensamiento han logrado cierto grado de éxito. El místico extrae por lo general una extrema satisfacción de tales experiencias, y cuando llega al estado extático considera que su búsqueda

PAÚL BRUNTON

ha llegado a su fin, que ha entrado en la unión con Dios o encontrado su propia alma inmortal. La sutil exquisitez de ese estado sólo puede ser apreciada por los que lo han realizado en su propio ser. Ello no obstante, la savia vital que nutre el árbol del misticismo es extraída de sus raíces sólo en sensación.

Los beneficios esenciales de la práctica exitosa del yoga existen sin duda alguna, digan lo que pudieren decir los críticos en cuanto a sus visiones incidentales y sus intuiciones religiosas. Parecería que la maldición de Babel cayó sobre los hombres cuando empezaron a pensar. Su cerebro se encuentra ahora normalmente en un estado de movimiento tan continuo, que han perdido el poder de hacerlo descansar adecuadamente. Cuando el cerebro está cansado de sus interminables pensamientos y el corazón se fatiga de sus talentos continuamente cambiantes, cuando el mundo agota a ambos y los nervios se encuentran en tensión, nuestra gran necesidad de descanso mental y de tranquilidad interior resulta manifiesta, y puede ser par parcialmente satisfecha por medio de la costumbre de la meditación serena. Cierta sistema de adiestramiento de la memoria encontró una multitud de compradores en todo el mundo, en los años de la guerra de 1914-18 y posteriores. ¡Ahora a muchas personas acongojadas, abrumadas por las preocupaciones, les agradecería comprar un sistema sobre el arte de olvidar! El conde de Keyserling ha aventurado la predicción de que el propio materialismo de la civilización occidental conducirá por lo menos a una reacción contra el misticismo y muy pocos observadores competentes estarán en desacuerdo con él.

Estamos atrapados como ardillas en la jaula móvil de este mundo. Subimos los escalones de esa jaula que gira, emocionados por la ilusión de una incesante actividad. Los más sabios dejan de trepar de tanto en tanto, descansan interiormente y ahorran energías. Pueden llegar más lejos que nosotros, porque por lo menos consiguen cierta cantidad de tranquilidad, ¿y nosotros . . . ?

La disciplina de la quietud mental fue descubierta hace miles de años, pero sigue siendo cierta hoy, en esta era de maravillas mecánicas y de calles repletas de automóviles. Todavía le enseña al hombre a dejar que su facultad de atención trabaje para él y no contra él.

Estas ventajas psicológicas no tienen nada que ver con el aspecto religioso de la meditación, aunque la mayoría de los místicos rechazarían tal afirmación. No pueden hacer otra cosa, porque su enfoque es prejuiciado, tendencioso y anticientífico. Empero, el investigador imparcial podrá descubrir por sí mismo que la meditación puede ser practicada

incluso por un ateo, y no hablemos ya de un agnóstico, ¡y que, sin embargo, los mismos beneficios pueden ser obtenidos de ella! Indudablemente la introducción de una técnica de meditación cuidadosamente estudiada, simplificada, no religiosa e impecable, como auxiliar para un vivir correcto, tiene que resultar altamente ventajosa para el mundo moderno, y especialmente para el mundo moderno occidental. Tal sistema debería ser puramente racional y estar purificado de todas las absurdas supersticiones a menudo adheridas al yoga en la India. La profunda necesidad del mismo se torna más urgente a cada año que pasa. En la febril tensión y la áspera lucha de la vida europea y americana, la meditación, como método de desarrollar la capacidad para eliminar pensamientos perturbadores, consiguiendo de ese modo un mejor equilibrio emocional, calmando corrosivos temores y consiguiendo una agradable paz interior, parecería una necesidad primordial. Su introducción como parte de la vida cotidiana merece una enérgica defensa. Sus ejercicios podrían y deberían ser agregados, a una edad adecuada, a los programas de estudios de escuelas superiores y colegios, para disciplinar la mente de los estudiantes y concentrar sus pensamientos. Pero los prejuicios ignorantes de los padres, la actitud suspicaz de los eclesiásticos y la completa infamiliaridad de los propios estudiantes levantan elevadas barreras ante la consumación de ese importante proyecto.

UN RESUMEN DEL MISTICISMO. Tal es el segundo grado de la ascensión del hombre a la verdad. El misticismo podría ser críticamente descrito como un modo de vida que pretende, con largas y laudatorias alabanzas a Dios, acercarnos más a El que los métodos religiosos corrientes; como una visión de la vida que rechaza el Dios demasiado humano hecho por el hombre a su propia imagen y sacado de su imaginación, para reemplazarlo por una divinidad infinita y carente de forma; y como una técnica psicológica que trata de establecer la comunicación directa con ese espíritu, por la vía de la contemplación interior.

Ciertas doctrinas colectivas del misticismo no se limitan a una fe determinada, a un país o a un pueblo, y son más o menos universales. Estas posiciones cardinales del pensamiento del místico son cinco, y pueden ser destacadas y exhibidas brevemente como sigue. Los místicos sostienen, en primer lugar, que Dios no debe ser ubicado en ningún lugar especial, iglesia o templo, sino que Su espíritu está presente en todas partes en la Naturaleza y que la Naturaleza, en todas partes, mora

en ese espíritu. La idea ortodoxa de que Dios es una Persona especial entre muchas otras personas, sólo que mucho más poderosa, pero cargada de gustos y disgustos, de cólera y celos, es rechazada como infantil. El panteísmo, por lo tanto, es la nota inicial que es preciso hacer sonar. El pensamiento correcto santifica un lugar o lo hace profano, y la verdadera santidad reside sólo en la mente. A continuación sostienen que, como corolario del primer dogma, Dios mora dentro del corazón de cada hombre, así como el sol vive en sus incontables rayos. No es sólo un cuerpo *físico*, como creen los materialistas, ni un cuerpo más un alma fantasmal que sale de él 'después de la muerte, como creen los religiosos, sino que está aquí y ahora, divino en la carne misma. El reino celestial debe ser encontrado mientras vivimos, o nunca más. No es un premio que nos sea concedido en las nebulosas cortes de la muerte. La consecuencia práctica de esta doctrina está corporizada en el tercer dogma de los místicos, que afirma que es perfectamente posible, para cualquier hombre que se someta a la disciplina ascética previamente exigida, entrar en comunicación directa, por medio de la contemplación y la meditación, con el espíritu de Dios, sin necesidad de ningún sacerdote ni prelado como intermediario y sin necesidad de la pronunciación formal de una oración verbal. Esto torna completamente innecesario levantar las palmas en suplicante conjuro a un Ser superior. La aspiración silenciosa reemplaza así la recitación mecánica. El cuarto dogma es tan detestable para la religión oficial como el anterior, porque declara que los relatos, acontecimientos, incidentes y sentencias, que en su totalidad constituyen una escritura sagrada, son no más que una mezcla de alegorías imaginadas y de hechos reales, un menjunje literario por medio del cual las verdades místicas son inteligentemente expresadas gracias al mito simbólico, a la personificación literaria y el hecho histórico verdadero; que el siglo veinte podría por cierto, y muy justificadamente, escribir sus nuevas Biblias, sus nuevos Coranes, sus nuevos Vedas otra vez, si quisiera, porque la divina inspiración puede volver a descender en cualquier momento. Los místicos sostienen, en quinto lugar, que sus prácticas conducen al cabo al desarrollo de facultades supernormales y extraordinarios poderes mentales, o incluso extraños poderes físicos, ya sea como dones de la gracia de Dios o como consecuencia de los propios esfuerzos. Resultará claro que cuando el éxtasis místico es fuerte, lógicamente tiene que llevar a un hombre a considerarse como el portador de la divinidad, y, en casos extremos, como la Deidad misma. Así un renombrado sufí mahometano exclamó al asombrado pueblo de Bagdad, hace

mil años: "¡Yo soy Dios!" Desdichadamente el califa opinaba de otro modo y castigó, su impiedad con torturas neronianas, arrojando finalmente su cadáver al Tigris. Tal fue el destino del célebre Hallaj. El efecto ampliador del misticismo sobre la visión religiosa del hombre es un incentivo a la tolerancia, y por lo tanto un decidido haber en este mundo intolerante. Considerar la Biblia, por ejemplo, *como* la única base auténtica de la verdad religiosa, haciendo caso completamente omiso de la posibilidad de que otras razas, tales como los indios o los chinos, hayan producido escrituras que merezcan por lo menos igual consideración, es sustentar un punto de vista estrecho. Ese fanatismo religioso que no puede ver otra fe que la propia está fuera de lugar en nuestra época más amplia, ahora que el estudio de la religión comparada puede demostrar claramente los lazos familiares existentes entre las creencias mundiales. La elevación religiosa no es posesión exclusiva de ningún hombre, movimiento o raza en especial. El místico plenamente desarrollado entiende que el sol de Dios brilla para todos por igual y que se encuentra en libertad para seguir algún credo en especial o ninguno. Lo que busca debe descubrirlo para sí y en sí por medio de la meditación introspectiva.

El inspirador o fundador realmente avanzado de un culto religioso sabría cómo graduar a sus oyentes y devotos, cuándo permitir al populacho la entrada en el primer grado pero no en el siguiente y cuándo dar a los más místicamente imbuidos acceso al segundo grado. Podemos tomar las palabras de Jesús como ejemplo de este conocimiento, cuando dijo a sus discípulos más fieles: "A vosotros os es dado conocer los Misterios del Reino de Dios, pero a ellos no ... por lo tanto les hablo en alegorías; porque... oyendo, no oyen, ni entienden". La palabra "Misterios" del original tiene el sentido de "anteriormente oculto pero ahora revelado", si bien Moffat no ha vacilado en traducirla como "verdad secreta" en su traducción del Nuevo Testamento. Pero tales misterios no se refieren a la filosofía. Existe amplia evidencia, en las palabras y las vidas de sus primeros discípulos, como por ejemplo en los éxtasis místicos de Juan y en las frases místicas de Pablo, de que Jesús instruyó a algunos de sus discípulos personales, y por medio de ellos a los apóstoles posteriores, en las doctrinas y prácticas del segundo grado, es decir, del yoga y misticismo.

Esta comprensión puramente mística de la verdad por parte de ellos provocó ciertos defectos, más tarde, en sus propias enseñanzas, así como ciertos errores en cuanto a la verdadera naturaleza de la personalidad de Jesús, defectos y errores que los filósofos gnósticos posteriores advir-

PAÚL BRUNTON

tieron en cierto grado y trataron de remediar. Pero si la historia y el misterio de Jesús desconcertaron a su propia gente, no debe sorprendernos que hayan desorientado a todo el mundo desde entonces.

Un cuidadoso repaso de las partes del Nuevo Testamento demostrará que si bien la mayoría de ellas podría ser convenientemente clasificada como del primer grado, es decir, como materia puramente religiosa, existe también una delgada vena de misticismo del segundo grado que las atraviesa. Por ejemplo, la frase "El reino del cielo está dentro de ti" no tiene absolutamente ninguna relación con la religión oficial y se refiere por entero a las experiencias de yoguis y místicos. Hay una explicación doble de la existencia de tal mezcla de conceptos. En primer lugar, la compilación de esos documentos en un solo volumen no se produjo hasta unos cientos de años después de la fecha en que se cree que murió Jesús. El oscuro Concilio de Nicea encontró en existencia numerosos evangelios —cuando se reunió para efectuar la compilación— consistentes en una colección mixta de libros religiosos destinados a las masas y libros místicos para los pocos elegidos. La inmensa cantidad de obispos que constituían el concilio disputaron acerca de la naturaleza de Cristo; naturalmente, hicieron sus selecciones y rechazos de acuerdo con su temperamento y punto de vista personales.³ De ahí la selección de tanto despereja de evangelios auténticos y el rechazo injustificable de ciertos apócrifos. En segundo lugar, Jesús se había rebelado contra la rígida ortodoxia de los sacerdotes judíos, la mayoría de los cuales no sólo ignoraba el grado superior, sino que perseguía deliberadamente a los que tenían tendencias místicas. Su indignación se expresó en las palabras: "¡Ay de vosotros! No entrasteis en vosotros mismos, y a aquellos que entraban se lo impedisteis". Es evidente que su simpatía hacia las masas ignorantes e indefensas era tan grande y abrumadora, que abrió deliberadamente las puertas de la enseñanza mística superior a una pequeña parte de ella, aunque sólo sus discípulos más íntimos estaban plenamente iniciados. Es indudable que Buda fue impulsado precisamente por los mismos sentimientos, y abrió las mismas puertas aun con más amplitud que Jesús.

Apenas existió un pueblo antiguo que no apreciara sus doctrinas místicas. Cuando buscamos sus registros más recónditos, descubrimos que casi todos exclamaron con Epicuro: "Existen dioses, pero no lo son lo

³ El relato oficial del milagroso movimiento y clasificación de los libros por sí mismos durante la oscuridad de la noche puede ser desechado como lo que fue: un cuento infantil destinado a impresionar a los ignorantes.

que supone la gente común". Nociones similares son conocidas en ciertas altas esferas de algunas religiones mundiales, aun en la actualidad, pero por lo general los labios están sellados en ese sentido. El Vaticano sabe cómo conservar sus secretos históricos y cómo vigilar su acopio de raros manuscritos y libros místicos. Algunos se sorprendieron no poco ante la franqueza de la significativa confesión hecha recientemente por un antiguo Deán de la catedral de San Pablo, en Londres, cuando dijo públicamente: "En cuanto a repudiar dogmas anticuados, es muy difícil... Es perfectamente inútil tratar de componer un credo que satisfaga a la vez al erudito y a la cocinera".

EL MISTICISMO NO ES SUFICIENTE. Pero la ley de la vida es el movimiento. El hombre no puede permanecer inmóvil como un sapo en hibernación, en prolongado éxtasis. Tiene que salir de éste en uno u otro momento. Tiene que relacionarse con otros místicos, o con su familia, o con el mundo en general. O tiene que atender una u otra necesidad física. Más aún; tarde o temprano deberá enfrentarse a las distintas limitaciones del misticismo y a los defectos característicos de los místicos. Algunos de estos defectos son graves e importantes. El buscador que nunca los ha encontrado, o que habiéndolos encontrado no tuvo jamás el valor necesario para encararlos adecuadamente, no podrá nunca subir más allá del segundo grado, sino que pondrá fin prematuramente a su búsqueda y se quedará en relamido subgraduado satisfecho consigo mismo. Como este capítulo trata solamente del valor práctico del misticismo, y no de su valor filosófico o de veracidad, la consideración de los problemas relacionados con este último tendrá que ser postergada hasta un capítulo posterior.

Y así el buscador llegará un día al muro que limita la esfera del misticismo. Verá que, fuere cual fuese el bien que pueda hacer, hay mucho que no puede hacer pero que erróneamente afirma que sí Verá, más aun, que el valor social del misticismo histórico es tan pequeño como grande es su valor individual, y que por lo tanto no puede constituir una solución completa del problema de la existencia humana ni ofrecer una panacea total para la enfermedad del sufrimiento humano. Se apartará, disgustado o desilusionado, de la velada explotación de la ignorancia, credulidad, recursos financieros, enfermedades, ansiedades o deseos de sus adherentes por la mayoría de los que afirman enseñar ese tema o de los que proclaman su competencia para guiar a los aspirantes. Preguntará por qué charlatanerías tan nocivas y supersticiones tan groseras han nublado el cielo de la historia del misticismo. La opinión

PAÚL BRUNTON

final sólo puede ser la de que la misma posibilidad de estos defectos revela la insuficiencia y las limitaciones del misticismo. En su aspecto meritorio es admirable, pero no perfecto. Le falta algo. Ese elemento faltante es precisamente el mismo que el elemento de que carece la religión. El uno apela directamente a la fe emocional; el otro, a la experiencia emocional. *Ninguno de los dos apela al criterio de la verdad superior.* Ambos carecen de fundamento racional, e incluso se jactan de ese defecto. Para el que respira la atmósfera enrarecida de la verdad ninguna charlatanería, superstición ni explotación podrá nunca ser posible. No permitirá que el autoengaño lo roce, y por cierto que nunca engañará a sabiendas a otros. Las variaciones y contradicciones de la experiencia mística indican necesariamente que la verdad *final* debe de estar más allá de sus límites. Porque tiene que existir una sola verdad así de la vida, no dos o más. Los fracasos éticos de los místicos y ocultistas deben ser atribuidos a sus fracasos personales por lo que hace a descubrir y entender esa suprema verdad, y al hecho de que dependen de una fuente inestable e incierta de inspiración, a saber: el sentimiento, que es notoriamente cambiante, no importe cuán exaltado se vuelva temporariamente por la contemplación. Sus dificultades intelectuales son el resultado lógico de su desprecio por la lógica y de su oposición interior a los procesos racionales probados, con preferencia a los intuitivos y discutibles. Está claro que aquel que busca lo más alto deberá tomar algún día la decisión de alejarse del misticismo, por útil y necesario que éste le haya sido como etapa en su camino hacia adelante, y a pesar de que siempre seguirá siéndolo.

La incapacidad para obtener respuestas satisfactorias y convincentes a dudas como las que la plenitud de la experiencia y el amor al conocimiento plantearán eventualmente, debe llevar al místico investigador y reflexivo, que no se ha inmovilizado en el pulido autoelogio o la quietud conservadora, a una selva por la que caminará durante un tiempo en solitario desconcierto, así como otrora caminó por la selva de la duda, la desesperación y el escepticismo, cuando salió de las contradicciones de la religión dogmática. La operación de invertir la marcha y pasar del sometimiento al sentimiento místico para llegar a la aguda autocrítica por medio de la razón, para un hombre que ha funcionado durante años con el primero, no es fácil ni de rápida consecución. Cier-to período será necesario para efectuarlo, y aquí regirá también el principio del paso gradual. Aunque no lo sabe, el propio descontento que se le ha insinuado en el espíritu es un heraldo de su próxima llegada a la frontera invisible de una región superior del pensamiento. Pero

la frontera permanecerá cerrada para él, a menos de que persevere en su solitario viaje y se niegue a ser retenido por antiguas costumbres u otras opiniones. El valor que necesita entonces no es menor que el que necesitó en su anterior y trascendental fuga de la religión o el agnosticismo al misticismo. Pocos estuvieron dispuestos a acompañarlo entonces pero tiene que tener la seguridad de que muchos menos lo acompañarán ahora a esa espantosa soledad. Pero si sigue teniendo en cuenta la gravedad de su empresa, no dejará de acceder a esa exigencia. Llegará a advertir, aunque sea vagamente, que el acicate interior que lo impulsa imperiosamente debe ser respetado por sobre todo lo demás, porque su inefable santidad es algo que está muy por encima de la supuesta santidad de la fe religiosa o de la intuición mística.

La posición elemental de todos los sistemas religiosos y místicos se vuelve clara, entonces, cuando se los coordina en los conceptos más amplios de la filosofía. Cualquiera sea la porción de verdad que contienen no es más que la traducción simbólica de sutiles doctrinas filosóficas. Las piadosas fabricaciones de un Dios humanizado proporcionan un útil pábulo a la gente común; los pacíficos ensueños de la meditación son bendiciones para mentes más evolucionadas; pero para estas dos clases el caviar de una *élite* moral, emocional o intelectual es inevitablemente frío y poco atrayente.

De manera que el místico cuyo lema es "¡Excelsior!" tiene que sufrir y luchar, aun en medio de los frecuentes espasmódicos interludios de tranquilidad contemplativa que ahora ha logrado. Llegará un momento en que se encontrará ante la puerta de la frontera misma. Unos pocos pasos más y podrá atravesarla. Más allá hay un nuevo territorio, vastamente misterioso y apenas hollado. Es la región del tercer grado, el imperio de la suprema sabiduría abierta al hombre. Pero no sabrá cuan cerca está de él, a menos de que aparezca entonces un guía que le haga la revelación y lo escolte hacia adelante. El guía puede ser antiguo y hablarle a través de las generaciones por medio de las páginas de un manuscrito o de un libro impreso. O podrá estar vivo y hablarle cara a cara. El primero es un mapa que puede acompañarlo lentamente parte del camino, en tanto que el segundo lo llevará con mayor rapidez y más lejos. Pero en cuanto el nuevo viaje ha comenzado y la frontera se encuentra a su espalda, nunca volverá a conocer el significado de un descanso complaciente o un ocio egoísta. Porque el nuevo acólito del Absoluto deberá luchar incesantemente, en primer lugar para llegar a su propia posición final, y luego por la beneficiosa liberación de *otros*, bajo la autorizada dirección de una potencia superior: ¡LA VERDAD!

CAPÍTULO IV

LA FILOSOFÍA OCULTA DE LA INDIA

Los lectores que llegan a estos capítulos con, una actitud benévola, no llegan preparados. Es de temer que alguna parte de la exposición los haya sorprendido, y otras tienen que haberlos alarmado. Pero las enseñanzas que todavía se asentarán constituirán una sorpresa para aquellos que han gozado con el relato de las aventuras yóguicas del escritor o con su narración de sus experiencias místicas. Pero que tengan paciencia, porque a la postre descubrirán que no todo el oro verdadero de la religión y el misticismo estará perdido y que un valor aquilatado íntegro les será devuelto por su paciencia. Todo lo que es admirable en la religión y sirve a la afanosa humanidad será respetado también aquí; todo lo que hace que el misticismo sea un don para los individuos que se esfuerzan recibirá una favorable evaluación de sus méritos. Nuestra balanza es justa. Aun así, no puede ser engañada. No puede aceptar lo espurio junto con lo auténtico ni lo ficticio al lado de lo real. Tampoco permite que lo pernicioso se acumule en sus platillos bajo la protección de lo beneficioso.

Aunque estas páginas apelarán sólo a la comprensión racional, y no a la fe y la credulidad sentimentales, ni a la imaginación fácilmente conmovida, la amplitud distintiva de la verdad es tanta, que cubre todas las cosas con su manto. Una unidad jamás soñada, una sublime síntesis que une lo Real, lo Verdadero, lo Bueno y lo Hermoso **les** espera al final. Las interminables guerras de la doctrina y los bestiales odios de los hombres encuentran aquí su tumba definitiva.

La relación de la filosofía con la religión ha sido considerada ya, y su relación con el misticismo ha sido francamente sugerida. Las interrelaciones de las tres son tales, que si la religión es considerada como el vestíbulo del misticismo, éste ocupará la misma posición con respecto a la filosofía. Sin embargo, en este punto es necesario destacar más

claramente *la* relación de Ja filosofía oculta con lo que frecuente pero erróneamente es denominado filosofía, tanto en Occidente como en el Oriente. Esto exige algunas *reflexiones* preliminares acerca del significado general del término.

Ningún animal torturado le preguntó nunca al benigno Buda por qué existía el sufrimiento universal, ni pasó nunca más allá de las apariencias momentáneas para preguntar qué significados más amplios subyacían al enigma de la vida. Sólo el hombre, de entre todas las especies vivientes, ha hecho tal cosa.

El mono es el animal más parecido al hombre, pero los conflictos éticos de la religión, la apreciación estética del arte y las atormentadoras dudas de la *filosofía*, jamás le pasaron por la cabeza. ¿Cuál es, pues, la diferencia más marcada entre la mente del hombre y la del mono? Por cierto que muchos animales poseen pensamientos y retienen recuerdos, en tanto que algunos tienen indudablemente inteligencia. Unos pocos, como el elefante de la India, poseen un grado sumamente elevado de inteligencia. Pero hay una sola cosa que ningún animal puede hacer: la de emplear su inteligencia para lo abstracto. No pueden razonar teóricamente ni hacer que la reflexión trascienda de su medio físico. Sus acciones están determinadas invariablemente por las condiciones concretas que los rodean.

Otra actividad mental que está más allá de la inteligencia del animal *mas* inteligente del mundo es la de pensar impersonalmente. Nunca se ha conocido un animal que pudiera comunicarse con otro de un continente distinto y remoto, porque ninguno de ellos siente la necesidad de preocuparse por los que no se encuentran en su proximidad o por los que difícilmente se encuentren en ella alguna vez. Esto implica que no pueden elevarse por sobre la individualidad para llegar a la impersonalidad, y la causa de ello es su incapacidad para relacionar correctamente una parte aislada de su experiencia con el universo. No pueden apartarse de su propio cuerpo y contemplar con desapego completamente abnegado el carácter, la naturaleza y la vida de otro animal que se encuentre cien metros más lejos, para no hablar de las estrellas del cielo, cuando aparecen por la noche. Las necesidades primordiales del cuerpo son la principal preocupación de todos los animales. El centro de su universo, en torno del cual gira todo, es y sigue siendo el animal mismo, y reacciona ante todas las demás criaturas según la relación de éstas con sus temores, deseos, etc. La vida es un hecho simple para tales criaturas, en tanto que el intelecto del hombre está destinado a crear problemas y a torturarse luego tratando de solucionarlos.

Sólo el hombre ha considerado digno agitar su mente y hacer todas esas cosas. Sólo él es provocado por el universo hasta el punto de formular preguntas y buscar sus respuestas, cosa que demuestra que posee facultades mentales distintivas que les han sido negadas a los animales. Y la suma de esas facultades no es más que el poder de pensar desarrollado, no sólo en un grado superior, sino también en un plano impersonal abstracto. El intelecto del hombre puede elevarse en una actividad puramente teórica; puede dedicarse a los estudios más impersonales, como la astronomía y la investigación de los movimientos de planetas remotos; puede desdeñar las exigencias de un ambiente material que lo apretuja y ascender a preguntas relativas a la causa y el curso de toda la estructura del universo, y mientras tanto puede tomar los hechos y los aspectos de la experiencia y, gracias a una reflexión constante, unirlos en conexiones racionales, entrelazándolos al cabo en un esquema amplio y sistemático de explicación. Si buscamos la significación de todo esto, tenemos que sacar en conclusión que sólo al hombre le ha sido concedida la capacidad de sentir interés por la verdad sobre su propia vida, de investigarla, de reflexionar acerca de ella y eventualmente de entenderla, así como la de hacer todo ello con el universo que le rodea. Ningún insecto, ninguna planta, ningún animal posee este privilegio único y superior de buscar la verdad y reflexionar sobre ella. Vasishta, un antiguo sabio indio, exclamó: "Mejor el sapo pegado a la roca, mejor el gusano que se *arrastra*, *mejor* la serpiente ciega de las cavernas que el hombre que no averigua". Tal averiguación es llamada filosofía. Pero que nadie piense que la *filosofía* es algo que debe ser elegido por el hombre cuando se le ocurre; ¡por el contrario, *lo elige a él!* El hecho mismo de que sea un ser humano y no uno animal lo ha convertido por fuerza en un filósofo, si bien inconsciente. ¡Es cierto que no pidió tal distinción, pero no puede eludirla! Los primeros pensamientos toscos y desarticulados acerca del medio que le rodeaba, que atravesaron flotando el espíritu del primer salvaje; los primitivos trozos sueltos de conocimiento acerca de sí mismo y de otros hombres, que recogió durante breves y brumosas reflexiones; el asombro y la adoración que el advenimiento del sol matinal agitaban siempre en él — éstos fueron los comienzos de una vida mental que distinguió al hombre del animal y marcó los primeros pasos inconscientes en esa búsqueda de la sabiduría, en cuya última etapa despierta un día y a la que le pone el nombre de filosofía. Entonces su actitud se vuelve consciente y razonada; entonces adquiere alto rango. En adelante sus movimientos no son ya lentos, ciegos y torpes, sino rápidos y directos. Formulando preguntas

PAUL BRUNTON

abstractas, indagando hondamente en la existencia universal, demuestra cuan lejos está ya de los animales. Pero la búsqueda es en realidad una unidad, aun cuando esté dividida en esas dos etapas claramente definidas.

Por lo tanto, todos son un poco filósofos, si bien imperfectos, inarticulados e incipientes. Ya se ha explicado por qué la religión es una iniciación elemental en una forma inferior de filosofía; de ahí que toda persona religiosa pueda ser clasificada igualmente en esa categoría. Sólo ellas prefieren las parábolas allí donde los intelectuales exigen explicaciones razonadas. El hombre de negocios, demasiado atareado para devanarse el seso con invenciones intelectuales tan estériles e indignas como las que para él constituyen la filosofía, tiene sin embargo su propia visión de la vida, su propio punto de vista en cuanto al motivo por el cual está aquí y hasta qué punto es real la materia. Puede creer que la mascarada cósmica carece de sentido, que el propósito esencial de su propia encarnación es sólo económico. Puede considerar que la silla en que está sentado posee una materialidad tan evidente, que no necesita ser considerada ni puesta en duda un solo instante. No viene al caso el que estas opiniones sean correctas o no, porque el solo acto de sostenerlas demuestra que también él, como el metafísico académico a quien desdeñosamente desprecia o ignora, tiene una filosofía. Lo que es más, una filosofía que influye sobre su conducta y que posee una influencia práctica en su vida, tanto como en la de cualquier hombre. Y así llegamos a la verdad poco conocida de que la crítica del hombre corriente, en el sentido de que la reflexión filosófica es absolutamente inútil y de que los problemas contra los que luchan los filósofos carecen de importancia y son triviales, *¡es ella misma el resultado de la reflexión filosófica!* Está empleando el mismo método que usan los filósofos, aunque toscamente. La esterilidad de los resultados prácticos y la falta de conclusiones estables de las cuales se queja en filosofía se deben en parte al hecho de que los filósofos son mucho más cautelosos en su enfoque, mucho menos apresurados en sus procedimientos, de mentalidad demasiado clara para llegar a los juicios prematuros que le agradarían a él. Incluso la propia formulación de su crítica constituye una conclusión a la que ha arribado por medio de un pensamiento lógico generalizado a partir de hechos dados — que es precisamente el método empleado en filosofía. ¡En consecuencia su juicio contra la filosofía está invalidado por la forma en que ha sido obtenido! Más aun, tiene que pensar acerca de la vida, le guste o no y lo quiera o no, porque los actos y las circunstancias más vulgares de su existencia personal exi-

cierto pensamiento, por pequeño que sea, acerca de ellos y de su significado. La diferencia entre él y el filósofo reside en que él reflexiona casual y superficialmente, en tanto que éste reflexiona deliberada y profundamente, no dejando jamás de formular preguntas hasta que todo le resulta claro.

Una queja a menudo escuchada es la de que la filosofía no llena la despensa. En la actualidad la gente dice: "Pongamos en orden nuestra casa económica, ordenemos nuestra casa política, y luego tendremos tiempo para filosofar". Los antiguos romanos dijeron casi lo mismo en su proverbio: "Primero se debe vivir y luego filosofar". La gente formulaba la misma queja cuando Nabucodonosor reinaba en la ardiente Babilonia, y seguirá formulándola cuando los colosos arquitectónicos de la ciudad de Nueva York no sean más que tenues fantasmas del pasado. Todo hombre es perfectamente libre, por lo tanto, para hacer caso omiso del estúpido problema que la vida le pone silenciosamente delante, y nadie se esforzará en reprocharle por hacerlo. La existencia del siglo veinte es suficientemente difícil con su tensión, sus preocupaciones y su lucha como para justificar que un hombre mire únicamente sus necesidades inmediatas y postergue toda consideración de cuestiones *aparentemente* tan remotas como las que plantea la filosofía. Y habitualmente lo hace así. Deja todo el tema en manos de unos pocos ermitaños académicos que no tienen mejor ocupación que la de dedicarse a semejantes especulaciones abstrusas sobre un Final abstracto. Tal es su primer y superficial vistazo del lugar que ocupa la filosofía. Pero como muchos primeros vistazos, es sumamente discutible y pasible de revisión con el tiempo.

La objeción general implica que el mundo puede arreglárselas perfectamente sin la filosofía. No se le ocurre al mundo que aquellos que primero deciden hacia dónde viajarán mejor, antes de montar a caballo, pueden llegar a un lugar mejor que los otros, que saltan sobre sus corceles y se precipitan no saben a dónde. Según todos los informes, el mundo todavía está tratando de desenredarse de las vastas dificultades en que lo ha colocado una política tan "práctica" pero irreflexiva. Sus aprietos son melancólico testimonio de la ausencia de la filosofía en su seno.

La queja de que a un hombre adinerado le resulta más fácil dedicarse a ese estudio que a un pobre, y a uno libre más que a uno esclavizado, es por cierto verdadera. ¡Pero la ley de compensación comienza a funcionar aquí y hace que a un hombre pobre le resulte más fácil

PAÚL BRUNTON

practicar la filosofía que a un rico! Esta verdad se hará más evidente más adelante.

Es también justificable decir que se necesita cierta cantidad de tiempo libre para llevar a cabo ese estudio, así como para reflexionar acerca de sus puntos, y cierta proporción de educación es exigible para su comprensión. Por lo que hace a esta última cuestión, la biografía está llena de ejemplos que muestran que hombres sin medios económicos se educaron por sí mismos antes que someterse a la derrota cultural, y por lo que respecta a la anterior, los que se quejan de que no pueden encontrar tiempo para el estudio no tienen más que robárselo al sueño. De esa manera conseguirán por lo menos una hora diaria. Y ello no les causará ningún sufrimiento, porque es poco y dedicado a una buena causa. Pero hay otros que podrían obtener el tiempo más fácilmente. Se ocupan de muchas cosas y deberían suprimir algunas. No necesitan descuidar los deberes esenciales ni cancelar relaciones existentes a fin de lograr ese ajuste de su tiempo. Pero cuando encuentren la forma de encajar en su jornada el período de estudio, encontrarán al mismo tiempo su recompensa. Así la verdad final es que los ambiciosos siempre se sacudirán a sí mismos mientras los otros gimen.

Entonces, si ninguno de nosotros puede dejar de ser un filósofo, ¿por qué habría de parecer un pedido pueril el de que aprendamos a filosofar correcta, consciente, sistemáticamente y con los ojos abiertos, en lugar de hacerlo defectuosa, adormilada y ciegamente; en una palabra, el de que seamos verdaderos filósofos y no tontos a la deriva? Nuestra tentativa de negar, ignorándola, la supremacía de tal pensamiento generalizado y dirigido, será siempre vana. No puede ser una empresa estúpida ni inútil, sino, por el contrario, indispensable, la de elevar el total de nuestra actividad en la vida, del plano del esfuerzo a tientas al del esfuerzo deliberado. La vida nos presenta su propio programa educacional en la forma de experiencias dolorosas y agradables, pero la búsqueda *consciente* de la verdad es algo que nosotros mismos debemos agregar.

Los pensamientos que son habituales llevan a sus consecuencias por medio de la acción. La visión general del hombre *corriente* determinará siempre el curso de sus acciones, así como lo determinará la del filósofo. Pero en tanto que aquél es por *lo* común zarandeado por el viento de las circunstancias, y en consecuencia atenazado por la incertidumbre, el filósofo tiene la ventaja de que ha reflexionado largamente y sacado a la luz ciertos *principios* de acción sana. Un hombre que nunca ha formulado preguntas fundamentales, que nunca ha elaborado

actitud razonada propia, se encontrará presa de la duda o de la oscuridad cuando se presente la primera gran crisis de su vida. Por otra parte el que ha dominado la verdadera filosofía estará tranquilo *dispuesto* en todas las situaciones, en todas las eventualidades. La falta de principios predeterminados conduce al hombre incauto a actuar detrimento, no sólo de su propio bienestar, sino también en el de los demás. ¡Y sin embargo el hombre de mundo se irrita con los filósofos!

La gente se amedrenta ante el mero sonido de la palabra filosofía. Incluso Plutarco pudo glorificar solamente a los hombres públicos, los guerreros y los políticos en sus *Vidas Paralelas*. Así, alabó a Licurgo y se burló de Platón porque éste era un filósofo, porque "mientras el primero estabilizó y dejó tras de sí una constitución, el otro dejó tras de sí solamente palabras y libros escritos". Sin embargo la filosofía desempeñó un papel principal en la cultura corintia. Los griegos mostraban cierta consideración hacia el pensamiento correcto. Pero la actitud de la época propensa al jazz es: "¿Por qué habríamos de devanarnos los sesos con tales problemas?" La mayoría de los hombres y mujeres de nuestro tiempo prefiere el tosco parloteo que pasa por conversación, y se conforma con deslizarse de la cuna a la tumba con los ojos cerrados. Estos incapaces intelectuales tienen poca predilección por una ascensión a la montaña del pensamiento y un soliloquio en esa atmósfera más enrarecida. En la imaginación de la persona media el tema es un árbol seco, muerto y estéril, un tejido monótono e incoloro de pensamientos. Hay ciertos buenos fundamentos para su imagen mental, porque muchos temas dudosos pasan por filosofía, cuando no son nada de eso, pero cuando investigamos un poco más profundamente la base del temor y la repugnancia, lo más probable es que descubramos que surgen de la ignorancia antes que del conocimiento del tema. Sin embargo la persona media piensa con justicia que elevará su espíritu del terreno familiar de la realidad concreta a las alturas poco familiares de la vida, y así, como muchas personas de edad antes de su primer viaje en avión, lo teme. Y cuando por casualidad se encuentra con un ser humano reseco que se titula filósofo, agrega la irritación al temor, porque él hombre parece estar vagando por un desierto erial en el que nada es fructífero y en el que no puede encontrarse nada comestible.

Nuestros amigos científicos se suman al lúgubre coro de quejas. Se burlan desdeñosamente de los estériles resultados de los tres mil años de filosofar documentado del mundo; señalan con orgullo la inmensa enciclopedia de hechos comprobados y admitidos que la ciencia ha **for-**

PAÚL BRUNTON

mado en menos de trescientos años. Hacen el viejo chiste de que el filósofo es como un ciego que busca un gato negro en una habitación sumida en la oscuridad y vacía, ¡aunque el siglo veinte ha puesto el chiste al día agregando al filósofo un teólogo y anunciando que éste consigue encontrar al gato! El que tiene la audacia de hablar de la filosofía de la verdad tiene que ser necesariamente un ignorante, que no conoce la historia de la filosofía y que alienta en sí mismo y en otros una esperanza predestinada a desvanecerse tétricamente.

Estas quejas son justas. La historia de la exploración filosófica es un fascinante relato de aventuras inconclusas en medio de la futilidad. La historia demuestra que los filósofos no tienen una plataforma estable de conocimiento acerca de la cual puedan estar de acuerdo, y que se encuentran aún en el reino de la conjetura, cuando tratan de interpretar el sentido del mundo.

Lo que un filósofo construía tan convincentemente era derribado del mismo modo convincente por el siguiente; lo que el siglo dieciocho creyó que era un hermoso descubrimiento fue rechazado y refutado por el siglo diecinueve; los sistemas venerados por un pueblo fueron arrojados al cuarto de los desechos por otro. Incontables páginas de papel inocente fueron inundadas de tinta negra por ansiosos pensadores, pero la forma de la verdad sigue siendo invisible. Por cierto que las graves discusiones acerca de si la vida tiene como meta una tumba o no siguen estando tan atormentadoramente sin solución como siempre. Las respuestas de los filósofos a las preguntas que ellos mismos formularon han sido tan distintas y opuestas entre sí como lo son el Polo Sur del Norte. La importancia de ser frívolos es imbuída en los lectores cada vez que toman muchas de esas páginas campanudas y altisonantes. Por cierto que es posible que finalmente se vean reducidos a exclamar, en las palabras impertinentes e irónicas de Anatole France: "Las cosas tienen distintas apariencias, y ni siquiera sabemos cuáles son. . . ; ¡Mi opinión es que no tengo opinión!"

Ya se ha observado que este mismo demonio de la autocontradicción hechiza también las casas del misticismo y la religión. ¿Es que no es posible huir de él? ¿Tiene razón Herbert Spencer cuando declara que la verdad absoluta debe ser relegada al dominio de lo inalcanzable? ¿Acaso los buscadores religiosos, místicos y filosóficos recorren un camino que no es más que un ciego laberinto interminable, sin punto de partida discernible y sin una meta alcanzable?

Los asombroso es que los hombres no hayan dejado de filosofar del todo. ¿Qué es lo que les impulsa a construir y reconstruir, a criticar

destruir las teorías de sus predecesores y las especulaciones de sus contemporáneos? ¿Por qué no abandonan irritados ese vano empeño, siguiendo así el ejemplo del genial persa Ornar, Khayyám, quien

Cuando joven ansiosamente asistía

A casa del doctor y el santo, donde se discutía

Sin descanso, pero nunca de salir dejé

Por la misma puerta por la cual entré.

El hecho es que *están* dejando, y con ritmo cada vez más apresurado, de filosofar. La que otrora estuvo sentada en su trono, reinando sobre las ciencias empíricas, es hoy una Cenicienta olvidada. Los que se preocupan por el estudio de la filosofía como una búsqueda de la Verdad disminuyen rápidamente de número. El proceso de declinación del prestigio y la desaparición del interés se produce en todo el mundo.

Alemania, que hace medio siglo podía abrigar la pretensión de ser el hogar de la filosofía europea, desprecia ahora esa materia por inútil y se burla de ella como un simple juego de mosaico intelectual. La India, que hace mil años mantenía universidades como la de Nalanda, dónde no podía ingresar nadie que no pudiera responder a las más abstrusas preguntas metafísicas, y donde podían verse diez mil estudiantes a despecho de esa difícil barrera inicial —la India, que ha alimentado a todos los demás países asiáticos con sus pensamientos, no puede encontrar hoy suficientes estudiantes para formar clases más que ridículamente pequeñas de la misma materia. En verdad es un hecho bien conocido que varios colegios han abolido ya la cátedra de filosofía. En rigor ésta ha sufrido una severa caída, y sus sistemas se han convertido en todas partes del mundo en una colección de desoladas antigüedades, ¡con sus profesores atareados como melancólicos curadores de ese museo metafísico! El humor moderno se irrita habitualmente ante cualquier tentativa que se haga de atraerlo a los salones llenos de telas de araña de la especulación metafísica.

LA FILOSOFÍA DE LA VERDAD. Semejante crítica es justificable sólo cuando la pretendida filosofía aleja de la acción en lugar de acercarse a ella, cuando gira en torno de un círculo vicioso y permanece eternamente inconclusa y cuando comienza su movimiento de pensamiento con simples fantasías en lugar de hacerlo con hechos comprobados, aunque aun en esos casos pueda ser útil a los que quieren gozar del estímulo intelectual de la gimnasia mental. Pero todo esto no tiene nada **que** ver con la filosofía oculta.

El error mundial que ha mezclado la fantasía personal con la filosofía o la teología obstinada con la metafísica obliga a lanzar la advertencia de que la filosofía de la verdad, *tal como ha sido revelada en la India*, no debe ser confundida con tal *especulación* filosófica acerca de la verdad. Si la semifilosofía y la pseudofilosofía han hecho ya su trayecto y sido desechadas, entonces queda abierto el camino para la verdadera filosofía. Las anteriores se elevan a reinos de fantasía, como un pájaro en libertad, en tanto que la última se encuentra estrictamente encadenada a los hechos. Empieza con ellos en la medida en que los tiene al alcance de la mano, y se niega a adelantarse a ellos. No da nada por descontado, comienza sin suposiciones, sin dogmas, sin creencias *de especie alguna*. Opera solamente por el empleo de un razonamiento estricto basado en esos hechos, el razonamiento más agudo y penetrante jamás practicado por la mente humana, y concluye aplicando la prueba de *toda* la experiencia humana. Muchos famosos metafísicos han agotado su ingenio *imaginándose*, por ejemplo, un Noúmeno, una Sustancia, un Espíritu, un Absoluto, etc., hipotéticos, subyacentes bajo la apariencia del mundo, pero la filosofía de la verdad no permite que sus exponentes o sus estudiantes busquen una sola fantasía ni la acepten sin averiguar si es verdadera. Es posible que el espíritu exista, pero tienen que descubrir su existencia por medio de la investigación, y no comenzar presuponiéndolo. El hecho es su solo cimiento y la realidad su superestructura.

La *filosofía* académica presenta un cuadro de opiniones en conflicto, principalmente a causa de los distintos puntos de vista adoptados por los filósofos. Un solo punto de vista es posible para el verdadero filósofo, a saber, el más elevado. Tal punto de vista debe basarse en los hechos de toda la experiencia. Por lo tanto todas las suposiciones, todos los dogmas, toda fe ciega, todo sometimiento al sentimiento, todos los sueños de lo invisible y lo desconocido, son inmediatamente desechados. Dondequiera la filosofía ha fracasado, su fracaso se debió en parte a la violación de este factor. La vida no puede ser nunca satisfactoriamente interpretada estudiando nuestras fantasías en lugar de sus hechos. En consecuencia, hasta ese punto, la filosofía auténtica debe abrazar la ciencia, debe comenzar con ella, caminar a su lado, aun cuando más tarde la aventaje por ser más aventurera. La ciencia es por cierto una parte, aunque la parte preliminar, de la *filosofía* de la verdad. Y por ciencia se extiende principalmente el método científico, el enfoque científico, la vasta colección de hechos verificados, pero no las suposiciones y opiniones fluctuantes de los hombres de ciencia.

Para muchos occidentales la especulación metafísica es una manía o un juego para aficionados, o cuando mucho un ejercicio intelectual de persecución de fantasmas. La verdadera filosofía es una ocupación infinitamente más seria y más fructífera. Considera esta vida nuestra como una preciosa oportunidad para obtener un eterno beneficio, extrayéndolo de su aparente transitoriedad. En consecuencia no puede permitirse el lujo de perder tiempo en esfuerzos vanos o inútiles, condenados de antemano a terminar desilusionadoramente en el vacío. Emplea el método de la investigación filosófica, no para encontrar excusas por vivir menos plenamente, sino para encontrar una guía a fin de vivir más plenamente; no para atenuar los intereses humanos, sino para expandirlos, y no para perseguir fugaces espectros, sino para buscar lo Real duradero.

En un capítulo posterior consideraremos otra característica especial de la filosofía superior, que es la verdadera justificación (todas las otras filosofías no la buscan) de su pretensión de proporcionar un examen que abarque todo el mundo y una visión sinóptica conexas de la Vida. Su éxito en la demostración de esa pretensión explica por qué las mentalidades indias tendrían que haber penetrado más plenamente la oscuridad del mundo, allí donde las mentalidades occidentales todavía consideran la tarea, bien como imposible, bien como destinada a ser posiblemente completada en un futuro remoto.

Ya hemos visto que las explicaciones de la religión son excelentes para la gente sencilla o tímida, pero demasiado elementales y demasiado adversas para la conciencia y el sentido común de las personas cultas. También hemos aprendido que las doctrinas y las prácticas del misticismo son más amplias y mejores, pero que también ellas son insuficientes, porque sólo entregan una visión parcial de la vida. La filosofía oculta de la verdad —que en adelante será nombrada como "filosofía", en este libro, en parte por conveniencia verbal y en parte porque la derivación de la palabra señala hacia la *verdad* y no hacia la mera especulación en que con frecuencia ha degenerado— pretende que solamente ella trata de investigar todas las fases de la existencia universal total, sin pasar nada por alto, y que sólo ella se esfuerza por encontrar la explicación más completa y la definitiva; y lo que es más, no sólo comienza la investigación, sino que avanza con férrea decisión hasta llegar exitosamente a la meta.

Por esta afirmación se podrá colegir que la verdadera filosofía no es un monocromo, sino que es tan rica, que no debe abarcar solamente los métodos usados por la religión, el misticismo, la ciencia y el arte,

PAÚL BRUNTON

por ejemplo, así como los resultados logrados por ellos; que no sólo debe incluir dentro de los límites de su examen asuntos tan diversos como los negocios, la industria, la guerra, el matrimonio y la maternidad, los sueños luminosos y el mísero tráfico, porque forman parte de la vida humana; no sólo tiene que incluir el vasto despliegue de animales y plantas y ríos y montañas dentro de su examen, porque este despliegue pertenece a la existencia universal, sino que debe contemplarse críticamente a sí misma, porque, en fin de cuentas, toda investigación —ya sea religiosa, mística, científica, o filosófica— es hecha con el cerebro. De ahí que la filosofía trate también de descubrir por qué el cerebro quiere conocer todas esas *cosas*, por qué inicia esa búsqueda de la verdad y cuál es su propia naturaleza, cuáles son los límites de su capacidad para conocer la verdad, cómo llega a conocer el mundo y cuál, en resumen, es la verdad final de todas las verdades que ya *conocemos*. Pide la verdad en su plenitud, no verdades a medias ni cuartos de verdades.

La filosofía valora las contribuciones de las subdivisiones de los hechos o de la fe ya nombradas, y por cierto que de todas las demás, en tanto que huye de su restringido especialismo, porque se niega a detenerse en cualquiera de ellas o a limitar su investigación a una sola. La ciencia, por valiosa que pueda ser para proporcionarnos un enfoque razonable de la vida y para organizar nuestro conocimiento del mundo es evidentemente limitada. Se dedica a los fragmentos. No se puede esperar que el hombre de ciencia medio entienda el significado de la música, por ejemplo. Trabaja, como todos los especialistas, con anteojeras, porque se mantiene dentro de cierto sector y tiene que aceptar las limitaciones y los puntos de vista restringidos de ese sector. Todo especialista es inconscientemente influido por el énfasis puesto sobre el aspecto especial de la vida al cual se dedica. La consecuencia de ello es que obliga a su idea de la verdad a encajar dentro de los muros limitantes de una visión de compartimiento y hacer caso omiso del objetivo de la verdad liberada de tal limitación. Por útil que eso sea para los fines prácticos, se convierte en un obstáculo cuando se establece el objetivo más amplio de la verdad última, universal e incontrovertible.

Resulta difícil saber cómo ubicar una actitud mental tan notable, porque está demasiado al día para ser antigua, es demasiado racional para ser medieval y demasiado histórica para ser moderna. Tal es la paradoja de la sabiduría más arcaica del mundo, ¡tan adelantada aún al conocimiento contemporáneo, que sólo ahora comenzamos a ponerlos a su altura! Tal es la singularidad de una filosofía que constituye

un valiente esfuerzo de llegar al significado de la existencia, de emplear la más elevada facultad de inteligencia del hombre para la meta más elevada imaginable y de descubrir un criterio ético adecuado, un canon inatacable de verdad y sabiduría para el respaldo de la acción social. Sólo los superficiales se atreven a dudar de su utilidad práctica y de sus notables ventajas, pero hay que admitir que un esfuerzo semejante no pertenece a la vida cotidiana de las atestadas planicies. Debe pertenecer necesariamente a las distantes sendas de montaña. El habitante del llano tiene derecho a negarse a abandonar sus placeres para viajar a esa región poco familiar, pero que no desprecie a los que apartan el temor y tratan de ascender. No encontrarán allí monotonía alguna, sino, por el contrario, una aventura fascinante y estimulante. Es realmente absorbente, y, cuando todo su sentido práctico aparezca en el horizonte del estudio, se verá que tiene un interés humano vital. Desde entonces verán los episodios de su vida cotidiana contra un fondo de creciente grandeza.

Hemos visto cómo el enfoque de la verdad se escalona en una serie graduada, y lo liemos seguido hasta el final de su segunda fase. Esto concuerda con la antigua enseñanza india, que postula tres etapas de evolución a través de las cuales debe pasar la mente del hombre, tres actitudes progresivas en relación con la vida. La primera es la religión, y se basa en la fe; la segunda, el misticismo, está regida por el sentimiento; y la tercera, la filosofía (que incluye a la ciencia), está gobernada por la razón. Y no puede ser de otro modo, porque la comprensión que el hombre tiene del mundo debe crecer necesariamente paralela a su capacidad mental. Su visión está invariable e inevitablemente limitada por el grado de su inteligencia. De ahí que sea imposible que todos los hombres respondan a las preguntas de la vida del mismo modo. Ahora debemos acercarnos a la puerta del tercer grado del arcaico templo de la sabiduría y golpear en ella esperanzados. Si queremos alcanzar nuestro máximo desarrollo tenemos que cruzar ese umbral y ver qué hay detrás de él. Sobre el dintel podemos contemplar, grabadas con digna escritura, las cinco palabras *La Filosofía de la Verdad*, en tanto que encima de ellas la figura del buho de Minerva nos observará con solemnidad. Porque esta ave comienza su actividad cuando caen las sombras de la noche y ve con claridad distintos objetos allí donde el hombre sólo percibe una profunda oscuridad.

¿Pero quién ha oído hablar nunca de una filosofía tan carente de rótulo? Hemos oído hablar de la filosofía alemana, de la filosofía griega, de la filosofía india; recordamos, como de un pasado remoto,

algunos de los libros *más ininteligibles del mundo*, escritos por los hombres más inteligentes del mundo, que arruinaron nuestros días de estudiantes *con* atormentadoras emociones de confusión, desesperación y desconcierto final. Recordamos habernos trastornado el seso con la lectura de una montaña de tediosos libros de la materia, pero en lugar de hacernos avanzar hacia una luz más clara, las contradictorias teorías y especulaciones nos hicieron retroceder a una mayor oscuridad; creíamos irónicamente en lo que parecía ser una regla general en la discusión filosófica: la de que cuanto más trivial el punto que se debatía, más grave debía hacerse la controversia. Habíamos recogido un poco de la jerigonza del sistema de Spinoza, del sistema de Anaxágoras, del *sistema* de Emmanuel Kant, pero nunca descubrimos —ni sabemos que nadie la haya descubierto jamás— una filosofía que representara algo más que las opiniones de un hombre o una escuela.

Existen sin embargo unos pocos que han explorado *minuciosamente* las tierras crepusculares de la religión, el misticismo y la metafísica y no simplemente recorrido sus *costas*; unos pocos que saben también lo que la ciencia puede decir acerca del mundo y que no tienen tal *pesimismo*. Su asombro *inicial* creció hasta convertirse en el deseo de saber, y éste a su vez en la pasión de entender, y ésta, finalmente, en la búsqueda de la realidad. Sienten que esta absorbente investigación que los ha empujado hacia adelante y hacia arriba es una reacción en respuesta a algo que *es*. Una inextinguible esperanza los impulsa. Porque lo que habían creído a medias con la *religión*, lo que sintieron plenamente con el misticismo, lo que sospecharon racionalmente con la ciencia y lo que discutieron especulativamente con la metafísica es que existe alguna esencia final en cuanto a la verdadera naturaleza de las *cosas* y los hombres; que esta esencia, al estar presente siempre y en todas partes, concede el significado más elevado posible al universo, y que en consecuencia el primer y más alto deber humano es *conocerla* personalmente. Pero perciben que, antes de que se la pueda conocer final y ciertamente en alguna forma, es preciso conocerla intelectual y especulativamente en lo que es y también, por cierto, en lo que no es. De ahí que adviertan la necesidad de una filosofía adecuada — no la filosofía de tal o cual escuela, persona o país, sino solamente la filosofía de la *verdad*. Tal filosofía, si se la descubriera, sería como un mapa indispensable con el cual el explorador podría entonces partir a descubrir la verdad por su propia cuenta.

¿Pero por qué la esperanza de estas pocas personas nada convencionales no habría de ser otra cosa que una ilusión *creada* por un

deseo personal disfrazado de profunda intuición? Sólo hay una respuesta posible para crítica tan justa, pero es una respuesta que enarcará sorprendidas cejas y fruncirá burlones labios en los círculos occidentales que sufren de complejos de superioridad, justificables quizá por pura ignorancia de lo que han estado haciendo y pensando los hombres del otro hemisferio durante los últimos milenios. Empero, tiene tanto derecho a ser escuchada como cualquier otra respuesta, como quedará ampliamente demostrado a lo largo de este libro. Es la audaz declaración de que la esperanza de unos pocos se ha convertido, si bien a intervalos poco frecuentes, en la realización probada de individuos extraordinarios, y de que, dijeren lo que digan los archivos públicos del pensamiento mundial, tanto los documentos escritos como los no escritos de la India indican que la verdad que el Occidente considera inalcanzable ha sido alcanzada ya por tales individuos en el pasado, y puede ser alcanzada ahora por los que la valoran lo suficiente como para pagar su alto costo.

Cuando hemos presenciado las maravillas que la mente humana produjo al cambiar la faz del mundo, ¿debemos sentirnos tan desesperanzados como para creer que la totalidad de la Naturaleza teme la revelación de la verdad y que ha conspirado astutamente para prohibir al hombre que entendiera jamás la significación final de su vida en este planeta? Y si alguien afirma que esa significación es absolutamente incognoscible, entonces está afirmando inconscientemente que ya tiene conciencia de lo que generaciones futuras pueden o no llegar a conocer — suposición enteramente injustificable e indemostrable. ¿Pero por qué no habríamos de poder condescender a estudiar en los antiguos lo que no podemos estudiar en los modernos?

LA DOCTRINA SECRETA DE LA INDIA. Una doctrina india recóndita, que constituye esta filosofía de la verdad y que está ubicada en un plano superior que el de la religión y el del misticismo, ha existido durante un periodo que los eruditos admiten que no puede ser menor de cinco mil años pero que en rigor es mucho mayor, porque su origen desaparece en épocas históricamente imposibles de rastrear. Era posesión tradicional de unos pocos iniciados que formaban un círculo cerrado excluyente y que la protegían con el máximo cuidado como la culminación de toda la sabiduría de su país, no permitiendo que nadie tuviera acceso a ella, salvo aspirantes calificados. (En verdad, hasta el alba de la era moderna un bramán que se atreviera a revelar que la verdad que existe latente en la religión se vuelve real sólo en la filoso-

fia era pasible de castigo.) La trasmitían de generación en generación, pero la mantenían tan firmemente entretanto, que los ecos aislados que llegaban flotando accidental o subrepticamente al mundo más amplio eran rápida y extrañamente deformados. Representantes nombrados por sí mismos y que se engañaban a sí mismos aparecieron más tarde en público y convirtieron los pocos ecos de filosofía pura que habían escuchado en un escolasticismo religioso, en algunos casos, o en misticismo teológico, en otros. La mala comprensión condujo a la mutilación, y de tal modo convirtió una gran verdad universal en una empedregada verdad de tribu. Ello no obstante, aun cuando sus verdaderos y fieles representantes vivieron, murieron o desaparecieron casi todos de esta tierra, mantuvo una existencia inmortal en unos pocos y raros escritos olvidados, y una fragmentaria en algunos pocos más populares. Sin embargo, se producen invariablemente interpretaciones erróneas a causa de que son leídos sin la adecuada elucidación personal por un maestro competente, cosa indispensable.

Es de prever, por lo tanto, que varias de las explicaciones dadas en estos capítulos sean rechazadas como no auténticas por la mayoría de los ilustrados estudiosos de la India de hoy, o calificadas de perversiones por la generalidad de sus místicos y yoguis convencionales, o denunciadas como ateístas por la mayoría de sus autoridades religiosas. Así sea. No nos dirigimos a ellos ni a sus numerosos adherentes, sino a espíritus estrictamente buscadores de la verdad. Puede que la verdad quede oculta de la vista durante incontables siglos, porque depende de los sufragios secretos de unos pocos; sobrevivirá, como el vasto océano, a la espuma de la *opinión* mortal y la de los intereses prejuiciados. Aunque nuestra presentación poco convencional de este conocimiento sea occidental y moderna, su fuente original es antigua e india. Tanto los 'textos silenciosos como las voces vivas que han informado nuestra obra son principalmente indios, complementados por algunos documentos tibetanos y por una esotérica instrucción personal mogólica. Un millón de hombres podrá negar la defendibilidad de las doctrinas aquí expuestas, pero nadie podrá contradecir el hecho de que son doctrinas indias, si bien poco conocidas, sin deformar los más autorizados documentos antiguos para adaptarlos a su mediocre mentalidad. Si no citamos aquí esos textos es porque nuestros lectores son principalmente occidentales y no queremos abrumarlos con la molesta necesidad de explorar minuciosos glosarios de nombres sánscritos nada familiares. En verdad el hecho de que en este libro no se empleen más de dos términos filosóficos sánscritos constituirá el motivo de otra acusación contra él, pues se

firma que ciertas ideas filosóficas indias no solamente son incomprendibles para el Occidente sino que no pueden ser expresadas en ningún lenguaje occidental tradicional. Es verdad que tenemos que trabajar con ideas que en sánscrito son expresadas con una sola palabra, mientras a menudo es necesaria toda una serie de palabras inglesas para expresar el sentido de dichos términos. Pero la verdad existía antes de que naciese el hipnotismo del sánscrito; y seguramente perdurará mucho después de que ese idioma haya desaparecido. Los hombres siempre han encontrado o inventado términos expresivos antes de que apareciera el sánscrito, y si la necesidad les apremia, quizá volverán a hacerlo. También habrá una vociferante negación y una oposición personal en los estrechos círculos de Occidente y Oriente que se dan el título de "esotéricos" y pretenden la posesión de sabiduría "oculta". La confusión y el error reinantes entre esa gente informada a medias son perdonables. Crean, y creen bien, que algunos de los renombrados maestros mundiales enseñaron una doctrina secreta a sus discípulos más íntimos. También creen, pero creen mal, que esa doctrina consistía principalmente en una mezcla de magia y maravilla, taumaturgia y teología. Esos grandes maestros tenían algo mejor que hacer. El objetivo final del esoterismo indio era llevar a los hombres a descubrir el significado esencial de la vida humana, ayudarlos a lograr la visión íntima de la verdadera estructura del universo y señalarles la suma total de la verdad absoluta que brillaba en el horizonte de toda la existencia. Aun antes de que los victoriosos vagabundeos de Alejandro pusieran en fertilizante contacto el pensamiento oriental y el helenístico, algunos fragmentos de esa doctrina habían sido llevados a Europa por emprendedores viajeros como Apolonio de Tiana y Pitágoras. En nuestra época, pruebas fragmentarias de la existencia de esa enseñanza oculta han surgido al mundo exterior a medida que el grupo creciente de orientalistas occidentales entregaba al mundo la cosecha de su investigación secular en el tesoro cultural de la India. Derribaron los muros de secreto y de exclusividad que han mantenido la mayoría de los libros importantes en poder de un pequeño número de brachmánes. Quien quiera hojearlos podrá encontrar por su propia cuenta numerosos indicios de la existencia de una enseñanza protegida, ocultada de todos menos de los que podían llenar ciertas difíciles condiciones y que poseían raras cualidades de carácter y capacidad; y podrá encontrar también constantes referencias al hecho de que el pleno conocimiento sólo podía ser obtenido *personalmente* de un maestro competente. Tal verificación puede ser encontrada, no sólo en la antigua regla de que los brachmanes iniciados **que**

revelaban su conocimiento a extraños no autorizados se hacían pasibles de castigo, sino en las traducciones inglesas ahora disponibles de textos sánscritos como los *Upanishadas*, el *Bhagavad Gita*, los *Comentarios de Shankara sobre éste*, el *Vivekachudamani*, los *Brahma Sutras*, el *Panchadasi*, etc.

Con estas afirmaciones podemos confrontar las siguientes palabras del Buda, tomadas de *El Saddharma Pundarika*:

"Hombres superiores de sabia comprensión protegen la doctrina, protegen el misterio y no lo revelan... Ese conocimiento es difícil de entender; el simple, si lo oyera de pronto, quedaría desconcertado. ... Yo hablo de acuerdo con sus alcances y capacidad; por medio de distintos significados acomodo mi doctrina (a ellos)."

Ya hemos visto cómo, de acuerdo con esta enseñanza oculta, existen etapas progresivas de desarrollo por las cuales debe pasar el buscador de la realidad. Esto es claramente expresado por el sabio Gaudapada, en su antiquísimo libro ya mencionado, con las siguientes palabras:

"Hay tres etapas en la vida correspondientes a los tres poderes de comprensión: el inferior, el medio y el superior. ... Este (el yoga de lo incontradecible) es difícil de alcanzar por los yoguis carentes del conocimiento prescripto en la filosofía superior. ... esos otros yoguis que también atraviesan la senda pero que poseen una comprensión inferior o media."

Comentando estas frases, el gran maestro Shankara observa: "Los órdenes de la humanidad son también tres en número. ¿Cómo? Porque también están dotados de tres grados de comprensión, a saber: inferior, medio y superior".

Pitágoras, que viajó hasta la India y consiguió obtener la iniciación en la sabiduría secreta de los brahmanes, dividió a los hombres en tres clases, ubicando a los que amaban la filosofía en la más elevada. Por cierto que en relación con eso acuñó y empleó la palabra *filosofía*, y fué así el primer europeo en hacerlo. Ammonio, que fundó una importante escuela mística y filosófica en Alejandría, también dividió a sus discípulos en tres grados, haciéndoles jurar que no revelarían sus elevadas enseñanzas filosóficas. Sus reglas fueron copiadas de

los más antiguos misterios griegos de Orfeo, quien, según el historiador Herodoto, los trajo de la India.

No hay que pensar que la fuerte reserva de que fué rodeada otra esa enseñanza fuese enteramente voluntaria. Esa reserva surgió de cuatro factores principales. El primero fué una clara percepción de que si se hacía conocer la verdad real de la religión, toda la trama de la moralidad pública quedaría seriamente en peligro. La publicación indiscriminada de una enseñanza que describía a Dios como El realmente es y repudiaba al Dios como corrientemente se imagina que es, y que revelaba que todos los ritos y sacrificios y sacerdocios eran auxiliares puramente provisionales, habría destruido muy pronto la influencia de la religión institucional ante quienes la necesitaban, y con esa destrucción se habrían desvanecido sus frenos éticos y sus disciplinas morales, dependientes de aquella influencia. Las confusas masas de gente ineducada se habrían vuelto entonces contra sus ídolos aceptados, pero no podían entender los indudables beneficios de una filosofía superior para sustituir a aquéllos, porque semejante filosofía habría sido rechazada por ellos por demasiado remota. Habrían quedado en un vacío mental, o cuando mucho en una desconcertante mala interpretación, a consecuencia de lo cual la sociedad habría caído igualmente en el desconcierto y la vida social hubiera podido retroceder hasta la implacable ley de la selva. Hubiese sido nocivo desquiciar los pensamientos de las masas mentalmente adolescentes, quitándoles la fe en la religión tradicional, cuando no se les podía ofrecer, para reemplazarla, nada que pudiesen asimilar. De ahí que los sabios, cuidadosa y prudentemente, reservaran su conocimiento para los pocos seleccionados que estaban preparados para entenderlo, que se sentían desilusionados de la religión ortodoxa y querían algo más racional. La iniciación, además de los mentalmente maduros, también se daba a los reyes, estadistas, generales, Sumos Sacerdotes brahmanes y otros que tenían la responsabilidad de orientar la vida de un pueblo; de este modo se encontraban mejor equipados para llevar a cabo sus tareas más sabia y eficazmente.

El segundo factor descansaba en la naturaleza aristocrática de esta filosofía. No era igualmente adecuada para las ovejas y para los leones. No podía ser llevada a las cuevas y chozas de los analfabetos y esperar una comprensiva bienvenida de parte de éstos. Era tan mentalmente abstrusa y tan éticamente avanzada, que estaba fuera del alcance popular. Si hubiera podido encontrar una fácil aceptación, la habría logrado poco después de que fué formulada por primera vez. Es-

taba igualmente condenada a la oscuridad por la ley que hace que sea inútil imponer a los muchos ideales que sólo los pocos pueden obedecer. Sus doctrinas sólo podían ser dominadas por personas de intelecto bien desarrollado y de noble carácter; eran demasiado sutiles y por lo tanto demasiado incomprensibles para mentalidades inmaduras, para los obtusos y los estúpidos, para los mezquinos y los egoístas. Las primeras poblaciones consistían principalmente en campesinos que trabajaban laboriosamente en los campos, del alba al ocaso, o en pastores que seguían maquinalmente a sus rebaños. Ninguna de las dos clases podía desarrollar con facilidad mentalidades capaces y dispuestas a reflexionar durante prolongados períodos acerca de los más abstractos tópicos impersonales, aparentemente muy remotos del campo y del hogar, pero podían dar crédito a relatos sencillos. Por lo tanto se conformaban con seguir el fácil camino de creer en lo que habían creído sus padres. Las masas eran por lo general analfabetas e inadecuadas mientras vivían en un mundo en el que obligatoriamente tenían que afanarse por el sustento, a fin de atender a sus necesidades inmediatas; en el que el gigantesco pulpo de la actividad personal y la responsabilidad familiar los mantenía fuertemente apresados en sus tentáculos, tan fuertemente, que no les quedaba ni la voluntad ni el tiempo libre necesarios para explorar el significado más sutil de su propia existencia, para no hablar ya del significado más remoto del universo. El trabajo, el sufrimiento, la propagación de la especie y la muerte componían su limitado horizonte. Apenas sospechaban para qué estaban aquí, en el sentido más elevado de la cuestión, ni tal cosa les importaba mucho. ¿Cómo, entonces, podía esperarse que entendieran doctrinas y apreciaran valores tan alejados de su órbita como los cursos de extensión universitaria están alejados de los alumnos de la escuela elemental? Es preciso dar tiempo a la mentalidad popular juvenil para que crezca, y no se podía esperar, en aquellos primeros tiempos, que esa mentalidad pudiera juzgar en punto de materias que a menudo estaban más allá de la capacidad de los más inteligentes. Más aún, el "Muchos son llamados pero pocos elegidos" del texto del Nuevo Testamento tiene su equivalente hindú en la frase "De entre los millares, un hombre, por casualidad, lucha para entender la verdad" del *Bhagavad Gita*. No hay en esa frase una exclusividad arbitraria, sino que está basada en las limitaciones humanas, porque el libro también dice: "No me revelo a todos y cada uno, porque la mayoría de la gente tiene su visión nublada por la ilusión".

El tercer factor de tal secreto era que los pocos sabios que habían penetrado a fondo en la doctrina vivían por lo general en pequeñas ermitas de los bosques, o en oscuros refugios de montaña. Esta modalidad de vivir lejos de la multitud no era elegida por necesidad personal, porque habían alcanzado una pétrea inexpugnabilidad de pensamiento y de carácter que podía pasar inafectada por las varias actividades de bulliciosas ciudades, como en el caso de Shankara 1 o que podía permanecer imperturbable en medio de la dorada grandeza de las cortes reales, como en el de Janaka.² Tal reclusión era escogida para beneficio de los que la necesitaban, es decir, para el restringido puñado de discípulos que estaban maduros para una instrucción tan especial. La sostenida concentración y la profunda reflexión exigidas a sus devotos por la diosa de la sabiduría oculta, a lo largo de varios años encontraban la menor oposición e interrupción en sus últimos puestos avanzados, en las salvajes soledades de hermosos bosques o en la inmensa grandeza de solitarias montañas. Tan reconocida era esta tendencia a buscar tales lugares para el estudio, que los antiguos textos empleados por esos maestros eran llamados, y siguen siéndolo, *Las Doctrinas del Bosque*. Sería un profundo error, sin embargo, confundir tan deliberado retiro del mundo, por parte de algunos —con vistas a la necesidad de equiparse mejor, por medio de un severo estudio, para entender a la humanidad y después servirla mejor—, con el ascetismo barato que prevalece en la mayoría de las amplias y populosas caricaturas actuales de aquellas minúsculas ermitas desaparecidas. El letargo estéril y la especulación supersticiosa ocupan ahora el lugar del esfuerzo mental y el estudio disciplinado. Los antiguos estudiosos del tercer grado eran hombres que advertían que habían estado demasiado tiempo atareados como hormigas sin saber a qué venía ese ajeteo, y que durante mucho tiempo habían bailado con loco frenesí, como muñecos, en el escenario del mundo, al compás de una música compuesta por otros. Habían llegado a un punto en que querían sa-

¹ Shankara fue un antiguo filósofo que llegó a la más alta iluminación a edad extraordinariamente temprana, y luego viajó a lo largo y a lo ancho de la India para ayudar a las masas ignorantes y esclarecer a las pocas personas cultivadas, a cada clase a su manera.

² Rey que gobernó un gran Estado del noroeste de la India y simultáneamente estudió la doctrina oculta con el sabio Ashtavakra, con tan buenos resultados, que conoció personalmente la esencia final de las cosas. Se sentía igualmente a sus anchas con el sereno sabio en un bosque, con el preocupado subdito que pedía ayuda en una de las cámaras de audiencia del palacio o con un ejército listo **para la acción en el campo de batalla.**

ber qué significaba todo eso, por qué estaban en esta tierra y adonde los llevaba, a ellos y a otros, la fatal coacción de la vida. Sentían que les era preciso encontrar en su programa algún lugar para el estudio de la filosofía. La vida totalmente carente de un pensamiento más profundo les parecía indigna de un hombre, puesto que lo tornaba semejante a un animal. En pocas palabras, querían conocer la verdad. De ahí que se retiraran por un tiempo del afanoso mundo e hicieran una vida de fugitivos, no por desilusión emocional, sino por consagración a una seria tarea intelectual. Tan prolongada ausencia de la sociedad, si bien destinada a ser un medio temporario y no un fin permanente, inevitable aunque gradualmente les quitaba el conocimiento adquirido en la tradición cultural común de la sociedad, hasta que la misma palabra sánscrita que significa "La Doctrina del Bosque" llegó también a significar "La Doctrina Oculta". Y no es que los sabios se mantuvieran siempre ocultos, sino que, cuando se aventuraban a aparecer en público, enseñaban a la gente sólo lo que les convenía, es decir, la religión pura en la mayoría de los casos y el misticismo puro en los otros.

El cuarto factor ya ha sido mencionado. Era el peligro de que los textos tradicionales fueran mal interpretados y mal entendidos al punto de que la falsedad fuese considerada gradualmente como verdad y rotulada como tal por las generaciones posteriores. Los que no estaban preparados ni disciplinados ética y mentalmente habrían endosado otros significados a los textos, imaginando interpretaciones que se adecuaban a sus gustos o temperamentos personales. Y ese peligro era sumamente real, porque los textos estaban altamente condensados y necesitaban una explicación discursiva.

De este modo el esoterismo surgió al principio *como* un fenómeno natural, aunque, con el efecto corrosivo del tiempo, fue llevado más tarde a límites extremos por el egoísmo humano de parte de unos pocos y por la indiferencia humana de parte de los muchos. Los materiales para una historia de esta lenta declinación serían no poco instructivos en relación con aspectos muy ajenos a la filosofía, si se los pudiese conseguir.

Dos dudas subirán ahora naturalmente a los labios del crítico occidental. En primer lugar, si tal filosofía ha existido en la India durante tanto tiempo, ¿por qué no logró elevar la cultura india al pináculo de la consideración mundial? La respuesta es que, como ya se ha explicado, los indios que poseían ese conocimiento fueron demasiado pocos en todas las épocas y casi no existieron, en tiempos recientes,

número suficiente para dejar un rastro muy pronunciado en la cumbre de un vasto subcontinente. Sin embargo, aunque su influencia inmediata se limitó a un círculo selecto e influyente, *su influencia final e indirecta ha sido inmensa.*

Las dificultades materiales y lingüísticas de la comunicación cultural entre la India y Europa, hasta hace uno o dos siglos, juntamente con el carácter esotérico de esta filosofía, explican su falta de influencia mundial, como lo demuestra el hecho de que en el resto de Asia, con el cual las comunicaciones eran más constantes y frecuentes, la sabiduría india fue siempre tenida en alta estima. Ello no obstante, es significativo que el hombre que introdujo la palabra "filosofía" en el uso europeo fue el primer griego notable que se aventuró a llegar a la India en busca de sabiduría. Pitágoras fue bien recompensado por los riesgos de su largo viaje. Llevó consigo a Occidente nuevas y más altas concepciones de la verdad.

La segunda pregunta que podría formularse razonablemente es la de por qué, si esta doctrina fue mantenida escrupulosamente oculta de las masas durante tantos siglos, tiene ahora que ser sacada a la luz tan abiertamente y explicada al vulgo. Esto puede ser encareado con una respuesta triple. La revelación no es nueva en absoluto, porque se ha continuado haciendo desde que la fuerza de las armas británicas preparó el camino para los eruditos ingleses, franceses y alemanes en el siglo dieciocho. Texto tras texto fue tomado por ellos, en los primeros días, como parte del botín militar, pero desde entonces adquiridos por metódica compra en los exclusivos círculos brahmánicos que hasta entonces habían guardado celosamente los libros. Estos han sido puestos ahora en circulación en beneficio de un sector más amplio del mundo. Numerosas aldeas han sido registradas por los agentes compradores, y numerosos manuscritos, ocultos durante siglos por temor a los destructores conquistadores mahometanos o descuidados por pura incapacidad de entenderlos, han sido llevados a la luz, sacándolos de sus cajas o de las madrigueras en que se ocultaban. Algunos de esos textos han sido traducidos a idiomas europeos y pueden ser estudiados por cualquiera, en tanto que la mayoría fueron cuidadosamente reunidos y conservados en su estado original, en excelentes bibliotecas como la del Secretario de Estado de la India, las Colecciones Orientales de los Estados de Misore, Baroda y Travancore, la Real Sociedad Asiática, etc., donde ahora están a disposición de los estudiosos. Hace doscientos años pocas de esas obras podían ser conseguidas por nadie que no perteneciera a una pequeña

PAÚL BRUNTON

élite de la intelectualidad india. En la actualidad varios cientos de distintas obras filosóficas antiguas pueden ser conseguidas casi gratuitamente por los estudiosos europeos o americanos. Por consiguiente no se hace aquí ninguna revelación, sino que se continúa una revelación que comenzó hace un siglo y tres cuartos. La presentación que se ofrece aquí, sin embargo, será considerada probablemente por la mayoría de los lectores como una reexposición nueva y esencialmente moderna, y por cierto que como una reexposición poco convencional. Aun así, el elemento novedoso de estas páginas es el de que sus principios se basan parcialmente en unos pocos libros que la marejada de la erudición orientalista de occidente ha pasado por alto porque su importancia especial y su difícil significado no eran entendidos, y en parte también en una instrucción personal que quizá sea única en el conjunto de la India actual.

Otra réplica a la pregunta del crítico es la de que la principal prohibición de revelar la filosofía oculta, en épocas pasadas, era explicada por el peligro que constituía para la autoridad de la religión ortodoxa, y, en consecuencia, para la moralidad. Desde esos días han actuado tantos agentes en el socavamiento de la mencionada autoridad, que cumple un tanto débilmente sus funciones de proteger la moralidad. La situación es distinta de la de la época en que Sócrates podía ser condenado a muerte por debilitar la fe religiosa. La mente del pueblo es ahora inestable, y sus respaldos religiosos han sido dañados. El Estado de cosas actual se ha alterado hasta el punto de ser un tanto paradójico, porque la filosofía oculta, en lugar de destruir lo que queda de la religión, podría salvarlo gracias a su exégesis simbólica y por medio de la justificación que ofrece a los espíritus educados en punto del lugar y los fines de la religión institucional. Su revelación no podría ya afectar a las masas, porque éstas harían caso omiso de ella, así como hacen caso omiso de toda la filosofía abstracta, y aun cuando no hicieran caso omiso de ella, no lograrían entender sus sutilezas.

El tercer factor que ha dado ocasión para una explicación más franca, más audaz, más plena y más libre que nunca de la filosofía superior es completamente excepcional y el más importante de todos. Desde la época en que sus enseñanzas fueron formuladas y ocultadas por primera vez, el mundo ha cambiado grandemente, y la humanidad con él. El detalle de tales cambios, en cuanto afectan a la posición de esta filosofía, ha sido dado en las primeras páginas de este libro.

CAPÍTULO V

LA DISCIPLINA FILOSÓFICA

El simple hecho de que la persona media permita que cualquier deseo de conocimiento que pueda poseer sea superado por el desagrado surgido de su impresión superficial de la filosofía, o por una sensación de temor a lo abstracto, lo incapacita para llevar a cabo tal estudio. Porque cada hombre necesita poseer ciertas características cardinales antes de que se le permita siquiera cruzar su umbral. Nadie puede tener la esperanza de filosofar con provecho si le faltan siete cualidades psicológicas. Son necesarias porque representan los medios gracias a los cuales puede tener la esperanza de llegar exitosamente a su meta. Un explorador que quiere penetrar en difíciles territorios nuevos tendrá que prepararse previamente para la expedición, si conoce su oficio, obteniendo un equipo adecuado. El que desee explorar la filosofía oculta y penetrar en el nuevo territorio de la verdad deberá, del mismo modo, cuidar la naturaleza y calidad de su equipo personal antes de que su mente pueda arriesgarse a una actividad que seguramente pondrá a prueba su capacidad al máximo.

No todos ni cualquiera pueden emprender semejante expedición. Los que cumplan con las condiciones preliminares son los únicos que podrán esperar el éxito final. Estas condiciones no son impuestas desde afuera, sino que son inherentes a la naturaleza misma de la aprehensión de la verdad, y por lo tanto su cumplimiento es inexorable. Tampoco son fabricadas arbitrariamente por un maestro exigente. Son impuestas por la Naturaleza y aceptadas por una larga tradición. Sin embargo, nadie necesita preocuparse por ellas, si no pertenece al pequeño grupo de los sinceros que tratan de conocer, a cualquier precio, el secreto final de la vida. Todas las otras personas pueden hacer cómodamente caso omiso de ellas y tomarse su tiempo y tranquilidad en la vida. Bien dijo Emerson: "Toma lo que quieras, pero paga el

PAÚL BRUNTON

precio". Estas palabras encajan magníficamente en este punto de nuestra búsqueda.

En los países occidentales siempre fue posible para cualquiera iniciar un estudio filosófico, pero en Asia se le exigía previamente al aspirante que demostrara o adquiriera una proporción de capacidad adecuada para la tarea. Hasta que la aptitud y la actitud eran aceptables, se le negaba lamentablemente la instrucción. A los custodios de la sabiduría no les importaba que tuviera alguna fe religiosa o ninguna, que fuese ateo, cristiano o musulmán, pero sí les importaba que fuese psicológicamente capaz. Esta diferencia era importante, y ayuda a explicar los superiores resultados y el notable éxito obtenido por los asiáticos. Sin embargo, Fichte debe de haber entrevisto la necesidad de esta preparación disciplinaria, porque en una ocasión dijo: "La clase de filosofía que escoja un hombre depende en definitiva de la clase de hombre que sea". La exitosa asimilación de la verdad superior estará en exacta relación con la capacidad personal.

Después de que se haya concluido la lectura de este capítulo, el estudiante debe examinarse sincera y detenidamente, en forma estrictamente objetiva, para decidir hasta qué punto las características deseables se encuentran presentes en su estructura mental. El examen debe ser llevado a cabo sobre la base de la más estricta honradez. Los resultados de su espaciosa investigación podrán asombrarlo si es honrado, avergonzarlo si es sensible o ilustrarlo si está ansioso por conocerse a sí mismo. Una de las primeras cosas que se le mostrará será la proporción en que influyen sobre él los instintos dañinos, los prejuicios conocidos, las tendencias desconocidas, los temores ocultos, las esperanzas tontas, las actitudes injustas, los talentos del momento, las poderosas alucinaciones o las ilusiones arraigadas, y la forma en que busca a tientas, en medio de una bruma de motivos en conflicto y de potente influencia subconsciente. ¡Y así descubre qué es la realidad! Tal revelación no le resultará agradable. Si está realmente incapacitado para la filosofía, ese momento se hará crucial; apartará el libro con irritación y abandonará del todo el tema. Pero si está hecho de buena madera, se adaptará a la disciplina necesaria y efectuará gradualmente el cambio deseado.

La primera preocupación de un maestro filosófico es la de derribar los ídolos de pies de barro del estudiante, o bien decirle con claridad qué es lo que realmente hace cuando los adora. Porque el tutor está en la situación desagradable de un médico de alienados, que a veces ha complacido a los lunáticos que creen ser lo que no son —por ejem-

pío, Napoleón—, mostrándose de acuerdo con ellos, ¡pero que eventualmente considera que ha llegado el momento de decirles bruscamente que no son lo que se imaginan ser! ¡En un momento tan desagradable, el médico sabe por experiencia que se convertirá en el hombre más odiado de la institución!

La certeza de que se encuentran en una situación similar —porque a pocas personas les agrada que se les diga que no son competentes para recibir la verdad— es otro de los motivos por los cuales los maestros de la filosofía oculta la mantuvieron en secreto durante tantos siglos. En rigor, desde el punto de vista de la filosofía pocas personas son adecuadamente equilibradas y verdaderamente normales; de ahí que sea axiomático que el aspirante tenga que ser tratado y curado de ese estado de desequilibrio que comparte con otros millones de personas. Porque la filosofía trata de ubicar a sus estudiantes en el ángulo correcto desde el cual podrán observar el desfile de la existencia cósmica *tal como realmente es*, despojado de todo hechizo y engaño. Esto no puede hacerse hasta que el intelecto está bien esclarecido, hasta que se desvanece la fuerza de sus complejos ocultos. La tarea de barrer con las falsedades y las tonterías que lo acosan puede llegar a dejar algún vacío detrás. Es esencial descubrir qué fuerzas actúan en el espíritu y afectan su razonamiento y su perspectiva. En cuanto el estudiante exhuma las bases reales de sus acciones y actitudes, puede filosofar libremente y sin temor, pero no antes. Debe desenmascarar implacablemente, por medio de una crítica escudriñadora, sus motivos ocultos, sus deseos inconscientes, sus prejuicios cubiertos de oscuridad. Los complejos que llenan ¡a capa subconsciente de la mente humana, y que él no reconoce ni nombra, son parcialmente culpables de su incapacidad para aprehender la verdad. Por lo tanto un aspecto sumamente importante de la actividad preliminar es el de desarraigar esos yerbajos mentales y llevarlos a la clara luz de la conciencia.

En cuanto tenga una clara noción de los procesos secretos de su cerebro y del funcionamiento oculto de sus deseos, descubrirá que muchas falsas creencias, muchas deformaciones emocionales, salidas de su largo pasado, se aferran a él, actuando como poderosos detrimentos de la conducta adecuada e impidiendo una clara visión interior de la verdad. Descubrirá que lleva una pesada carga de ilusiones y racionalizaciones que impiden el ingreso del verdadero conocimiento. Sólo por medio de tan completo conocimiento psicológico de lo que ocurre detrás del decorado de su vida personal consciente podrá llegarle la libe-

ración y preparar el camino para nuevos pasos por la senda final. Debe desnudarse de sus características más íntimas, sin aceptar ni dar excusas; antes bien, tratando de conocer las verdades más amargas acerca de sí mismo. Debe verse tal como realmente es, desenmascarando el yo ante el yo. Tal es la delicada operación psicológica que hace falta para encontrar y eliminar del proceso del pensamiento y la acción todas las tendencias, los complejos, las alucinaciones y las racionalizaciones que impiden la entrada de la verdad en el espíritu o la desvían por caminos equivocados. Hasta que esas influencias sean descubiertas por el análisis y expuestas por la interrogación, no cesarán en su labor maléfica. Estos complejos llegan a dominar al hombre y retardar su libre uso de la razón. Y el hombre tiene que humillarse desde el comienzo, no vacilando en admitir que su carácter, en su aspecto abierto como en el oculto, es una cosa deforme, tullida y desequilibrada. En una palabra, tiene que estudiar un poco de psicología antes de estudiar filosofía con provecho. Tiene que analizar sus emociones, examinar la interacción de sentimiento y razón, percibir cómo forma sus conceptos de las ideas y las cosas y encarar el problema de la motivación inconsciente.

Cuando, por ejemplo, una idea en especial reaparece constante e irresistiblemente en el cerebro y se convierte al cabo en una obsesión profundamente arraigada, obstaculiza el libre juego del pensamiento y torna imposible la reflexión filosófica exacta. O cuando un hombre efectúa una reserva mental en favor de ciertas creencias, en un tema o campo de su interés, y no permite que sus facultades obren plenamente en el mismo, su cerebro queda entonces dividido en dos o más secciones aisladas a las que nunca se permite que actúen en lógica interacción mutua. Puede presentársenos entonces el espectáculo de una completa credulidad en una de las secciones y de un razonamiento crítico en la otra. El hombre está realmente desequilibrado en uno de los sectores y, a la vez, completamente equilibrado en el otro. La excelencia del primero oculta el defecto del segundo. La falta no reside en la capacidad para pensar correctamente sino en un complejo especial que obstaculiza en cierto punto. O cuando hay que hacer una concesión a la razón con vistas al autorrespeto o al respeto a otros, presenciamos el proceso en el que la persona encuentra una base consciente para sus conclusiones, base consciente del todo distinta de la verdadera. Y así se engaña a sí misma, y quizás a los demás, con semejantes racionalizaciones de deseos egoístas y prejuicios injustificables. Otras dificultades son los errores, que asumen un carácter tan fijo, que llegan a presentar un frente inexpugnable a la razón. La persistencia de los mismos aparece por lo

general en el dominio de las creencias políticas, religiosas, sociales o económicas.

Todas éstas pueden ser clasificadas como enfermedades de la mente, y hasta que son curadas impiden un funcionamiento saludable de las facultades que son puestas en juego cuando buscamos la verdad.

Porque determinan los procesos del pensamiento y la acción.

Tal es la autorrevelación que aguarda el estudiante. No será agradable, pero si tiene el valor de aceptarla como una medicina, lo purificará. No puede haber curación alguna mientras no se dé cuenta de que está enfermo.

Es difícil llegar a un análisis exacto por uno mismo, y en ese sentido la ayuda de un filósofo experto, es decir, de un sabio, resulta siempre útil cuando se la puede obtener, pero tales hombres son muy raros. El filósofo competente ve, al cabo de una pequeña conversación, cuáles son los complejos que trabajan en un hombre, y no necesita para ello pasar por el prolongado y a veces fantástico proceso del psicoanálisis. Más aun, los ve con mucha mayor claridad que el psicoanalista, ¡porque también éste sufre de una serie distinta de complejos mientras no ha pasado por la disciplina filosófica! Semejante examen sólo puede ser llevado a cabo eficazmente por el que está mentalmente "libre".

Sin embargo estas páginas deben ayudar en cierto grado, a todos los lectores sinceros, a examinarse ellos mismos, en tanto que la constante búsqueda del elevado ideal de la verdad es por lo general sumamente útil para curar los complejos. Ningún auténtico maestro puede realizar la autosuperación del estudiante mismo; éste deberá conseguirla por su propia y libre elección y por su propio esfuerzo firme; pero por lo común la crítica constructiva de un maestro así es esclarecedora, mientras que su presencia personal resulta siempre inspiradora.

Esta zambullida introspectiva en las profundidades del carácter y la capacidad del aspirante es una empresa que debe efectuarse fría y audazmente. Topará inevitablemente con resistencias innatas, con oposiciones instintivas y con impedimentos emocionales que tratarán de impedir el descenso. Ellos surgen, naturalmente, de tendencias insitas así como del ambiente, de la educación o las circunstancias. Son en su mayor parte debilidades encubiertas o represiones psicológicas. Ello no obstante, cuando el aspirante tiene conciencia de ellas gracias a una serena autocrítica, debe encontrar en su misma presencia —si tiene una mentalidad filosófica— un incentivo especial para corregirlas y conseguir una adaptación correcta a la vida. Esto exige una gran honradez intelectual para negarse a eludir las realidades y un mayor valor inte-

PAÚL BRUNTON

lectual para superar el oscurantismo; en consecuencia es una tarea para un héroe mental que no tenga vergüenza de enterarse de que necesita cambiar ni miedo de contribuir voluntariamente a semejante reforma. Se trata de un proceso metabólico interior que produce dolor temporario pero conduce a una salud permanente. Y esa es la única forma en que podrá prepararse para el dominio de la filosofía oculta.

Es inmensamente difícil convencer a la gente que reniegue de sus antiguos hábitos de pensar o que los cambie, porque la naturaleza humana en el fondo es conservadora. Y esas antiguas costumbres se refirman empecinadamente en cada oportunidad. Sin embargo, si un hombre descubre que estas aptitudes psicológicas parecen estar muy lejos de su alcance y que esa norma de conducta intelectual es demasiado elevada, no necesita sentirse mortificado. Los notables resultados clínicos logrados por el tratamiento psicoterapéutico señalan el camino para la consecución de poderes de automejoramiento jamás soñados, latentes en la mente humana. Ninguno de nosotros ha alcanzado el límite de su capacidad. El conocimiento siempre se acumula cuando buscamos nuevos horizontes. Muchos hombres podrían llegar a ser filósofos si se agitaran un poco a sí mismos, si quisieran pagar el precio de esfuerzos persistentes e incansables para quebrar el hechizo de antiguas falacias y si se aferraran con firmeza a una fe transformadora y viva en sus propias posibilidades de progreso.

Hace años solía pensar que todo hombre nacía con carácter fijo, con un grado fijo de capacidad y con una cantidad limitada de potencia mental, y que nunca podría superar esos límites. Hoy el penetrante análisis de la psicología ha disipado el mito de esta última frase, llevándola al limbo en que merece continuar estando. Así, como el poder de la cultura física es en la actualidad reconocido universalmente como una cosa definida, así como sabemos que nuestros músculos pueden ser fortalecidos y nuestra circulación sanguínea apresurada por el ejercicio diario, así sabemos también que nuestra capacidad mental y nuestras características naturales pueden ser desarrolladas a lo largo de lineamientos exactos, si nos dedicamos a la tarea en la forma adecuada.

"Un viaje de diez mil kilómetros comienza con el primer paso", un proverbio chino.

Por lo tanto ningún hombre se desesperará ante las complejidades y dificultades de estudiar esta filosofía. Nadie ha fracasado realmente hasta que renuncia a luchar. ¿Por qué no habríamos de hacer hoy lo que otros hombres tienen la intención de hacer mañana? O, para alterar la frase de Milton; no se sirve a los que sólo se quedan inmóviles y

esperan. Si queremos, podemos rehacer nuestra mentalidad. Porque las teorías de la psicología y las realidades de la experiencia demuestran claramente el hecho de que la capacidad de la mente es extraordinariamente flexible y expansiva; puede crecer hasta hacerse irreconocible, cuando un paciente esfuerzo para entender lo aparentemente incomprensible es complementado con la esperanza, que es la última de las posesiones humanas, así como la sabiduría es la mejor. Por lo tanto, debemos disciplinarnos mentalmente y moldearnos éticamente, sin retaceo alguno, a fin de despertar en nosotros la correcta actitud para el arduo viaje que nos espera. Ese es nuestro paso preliminar.

Si este libro entrega al mundo una doctrina que exige una cantidad extraordinaria de atención sostenida nada más que para seguirlo; una doctrina que requiere una intensidad de pensamiento concentrado, por parte de los que lo estudian, que muy pocos poseen; una doctrina que postula un ideal de abnegación que a la mayoría de los hombres les parecerá absolutamente inalcanzable, la respuesta, en defensa de esta obra, puede tomarse de la frase de Thoreau que dice "de todos modos tenemos que tender a subir a las cumbres, aunque la multitud no ascienda a ellas".

No quiere decir esto que nos sea necesario poseer las características requeridas hasta un punto de perfección; quiere decir que tenemos que hacer un esfuerzo interior a fin de desarrollarlas en grado suficiente para permitirnos aprehender por lo menos los principios elementales y primeros de la filosofía y a fin de mantener siempre ante nosotros las siete aptitudes como ideales personales. Y así la estrecha rendija de luz intelectual crecerá y crecerá hasta convertirse en un ancho rayo que iluminará gran parte de lo que hasta entonces era indistinto. Un comienzo humilde puede ser suficiente para empezar, porque para cuando hayamos dominado una mayor cantidad de esos principios habremos experimentado el sutil encanto y la extraordinaria fascinación que residen en el alma, profundamente oculta detrás del temible rostro de la filosofía.

Y entonces cederemos gustosamente a su exigencia de que sigamos mejorándonos en tales aptitudes, aunque nos demos cuenta de que su conquista plena no será rápida ni sencilla. De ese modo desplegaremos las características paso a paso, no de golpe.

La mayoría de nosotros empezamos como pecadores; sólo podemos abrigar la esperanza de terminar algún día como sabios. Pero existe una enorme diferencia entre el hombre que chapotea alegremente en sus pecados y el que se levanta insatisfecho y descontento después de cada pecado. El primero está atascado y carece de objetivo, en tanto que el

segundo no sólo se mueve, sino que tiene una orientación correcta. Porque la pura alegría de ennoblecer el carácter, aguzar la inteligencia y crecer en energías es uno de los incontables beneficios de la filosofía. Un simple vistazo a las cualidades necesarias para un estudio tan disciplinario demostrará que no pueden ser simple lustre para exhibir el intelecto de un hombre ni siquiera un adorno cultural; exigen mucho más de un hombre, pero a la postre dan más, porque poseen suma influencia en esta cuestión de conseguir el sustento material y la vida eterna. Llevan a una equilibrada comprensión del conjunto de la vida, no para su exhibición teórica, sino para una acción eficaz y sensata. Ya se ha mostrado que la justificación práctica de la religión es su defensa de la buena vida; más adelante se demostrará que la justificación práctica de la filosofía es su defensa de la mejor vida. Aun cuando este estudio no hiciese nada más, los objetivos prácticos y psicológicos que coloca ante nosotros habrían asentado el firme cimiento moral y mental de una personalidad excepcional que más tarde o más temprano se verá destinada a la superioridad en una u otra esfera. Se convertirá en una segura guía para la acción correcta y en una satisfacción de los sentimientos más puros y más exaltados. Sufriremos una profunda transformación de mejoramiento de nuestra actitud, nuestra perspectiva y nuestras costumbres. Y así esas horas de sacrificio entregadas a la disciplina o el estudio filosófico no son entregadas en vano. La deidad que de tal modo adoramos recompensa a sus fieles devotos.

Al inexperto le resultaría fácil menospreciar la necesidad de esas siete aptitudes psicológicas, pero el filósofo esforzado sabe que ellas son sus más preciosos atributos. Con ellas queda en condiciones de ser esclarecido y puede tener la esperanza de llegar a la meta suprema de la vida; pero sin ellas ... ¡nunca!

LA VERDAD ANTE TODO. La primera característica es nada menos que una fuerte ambición de encontrar la verdad. El aspirante debe aprender a hincarse de rodillas para pedir ser liberado de su ignorancia. Ningún sabio asiático de épocas pretéritas habría ilustrado a consultante alguno ni siquiera en lo referente al alfabeto de la filosofía, si hubiera advertido que esa ambición estaba ausente o era sumamente débil. No se puede pegar fuego a una pila de troncos mojados sin antes secarlos más o menos; del mismo modo, ningún maestro honrado puede tomar a ningún hombre satisfecho, para quien el mundo no necesita ser analizado porque le parece bien tal como está, y elevar su espíritu a las regiones superiores del ser. Esa ambición es una octava más alta de la

misma ansia hondamente sentida de llegar hasta el oculto corazón de la vida, que los místicos llaman "la manifestación de la Gracia", sólo que surge de la imperiosa emoción para transformarse en sereno pensamiento, a medida que adquiere una forma más avanzada y exige la verdad final antes que la satisfacción temporaria. No muchos nacen con semejante atributo de amar la verdad por sí misma, porque por lo general el espíritu no quiere esforzarse por encontrarla. Los que lo adquieren más tarde lo hacen por lo general al salir de las profundidades de un sufrimiento atormentado, de una pérdida trágica o de una desilusión sufrida en materia de religión o de misticismo. Es también posible que surja de un contacto personal con un verdadero sabio, cuando la demostración exterior de sus *beneficios*, especialmente en épocas críticas, se vuelve claramente evidente y mentalmente atractiva. El deseo de la verdad significa en realidad el deseo de librarse de la ignorancia. Ningún hombre realmente reflexivo puede permanecer satisfecho como un animal sensual, sino que, después del asombro o de la duda iniciales en cuanto al espectáculo cósmico, tiene que tratar de apartar, en un momento o en otro, el velo que oculta el significado de la vida. Debe dedicarse a eliminar esa ignorancia; si afirma dogmáticamente que la verdad es inalcanzable, eso mismo lo inhabilita. Si quiere dogmatizar correctamente al respecto, tendrá que esforzarse primero y no desistir jamás de tal esfuerzo.

Y el que siente simplemente una curiosidad momentánea se incapacita igualmente, porque también él quedará muy pronto fuera del camino. La sabiduría debe conquistar al hombre para que sea su ardiente discípulo o nada. El mejor dotado para la filosofía es aquel que se siente atraído a ella por una quemante pasión de conocer la verdad y no por una repugnancia ascética del mundo. La verdad exige una profunda devoción antes de revelarse. Muy pocos la quieren con tanta fuerza. La mayoría de los hombres y mujeres pueden sentir interés en ella como en una manía o con vistas a una cortés discusión intelectual, pero no permiten que coloree sus vidas. En consecuencia son engañados y se les endosa burdos sustitutos, porque así como en las transacciones cotidianas de cosas materiales sólo consiguen lo que pagan. De cualquier modo, muy pronto son puestos a prueba en esa búsqueda. Los inconscientemente insinceros o aquellos que tienen objetivos limitados o motivos mediocres dejarán que su amor por cosas más pequeñas pero más tangibles supere su amor por la verdad intangible. Porque se verán arrastrados a considerar profunda y deliberadamente —ya sea por el tiempo o por el maestro—, no sólo si quieren la verdad más alta, sino también

si la quieren sin importarles si es desagradable o agradable. El buen buscador la perseguirá hasta el fin y luego la aceptará, cualquiera sea su gusto, sea veneno o néctar, porque habrá entendido la inferencia y sentido la fuerza de la frase de Bacon de que "Ningún placer es comparable a encontrarse en el ventajoso terreno de la verdad". Quien desee oír el llamado de la diosa velada y seguirla a dondequiera se encuentre, sea en tierras familiares o en pensamientos familiares, se convertirá en su amado adorador.

AFÉRRESE Y TENGA ESPERANZA. Pero la diosa no llegará como una aparición para visitarlo; él debe buscar incansablemente. Por lo tanto, a cualquiera que sintiese un ansia tan fuerte de verdad le resultaría por completo natural esforzarse para llegar a poseer la segunda aptitud, que es la permanente decisión de encarar la búsqueda de la verdad y perseverar, suceda lo que sucediere, hasta alcanzar la meta. La indagación es inevitablemente una cuesta larga y empinada que ascender con tensión y esfuerzo, y no un camino llano donde el avance sea fácil y predecible. Este solo factor de no amenguada resistencia en medio del desconcierto y la oscuridad que envuelven al aspirante es esencialísimo si no quiere fatigarse en el desaliento y abandonar la búsqueda. Es esencial porque le proporciona la fuerza impulsora que necesita para seguir adelante a través de todas las dificultades y contra todos los *obstáculos*, dándole la suficiente fuerza para seguir hasta el amargo final. Incluso el que siente el ansia de encontrar la verdad debe protegerla bien, porque nada contra la corriente del ambiente superficial del día — tarea dura pero factible, porque el que lucha en serio recibe un impávido valor nacido de la desesperación.

Los talentos derrotistas del espíritu y el corazón pasarán inevitablemente sobre él y se irán, pero la decisión de continuar con la búsqueda debe persistir. Los camaleones mentales que cambian el color de su meta a cada año no pueden transitar por este sendero. El buscador debe ser lo bastante paciente para soportar con firmeza las pruebas y las tentaciones, las penas y las alegrías, y seguir tan pacientemente decidido como antes. Las pruebas y las dificultades asaltarán su paso por el mundo y atacarán constantemente su espíritu.

Volvamos a nuestra analogía del explorador y digamos que se ha dispuesto a cruzar el norte de África de costa a costa. Si se detuviera en cualquier punto de su viaje y regresara por falta de agua, por la hostilidad del medio o por los ataques de mosquitos y serpientes, no llegaría jamás a la otra costa. El buscador de la verdad no debe ser menos ani-

moso en su propia esfera de exploración intelectual; tiene que negarse a todo lo que sea dejar de avanzar en la dirección fijada. Debe saber cómo continuar con estudios que no dan frutos inmediatos y cómo esperar el momento de la iluminación. Ninguno de nosotros es su propio amo absoluto, y todos debemos esperar el momento adecuado, la hora destinada a la comprensión superior, sin cejar en nuestra tarea mientras esperamos. El tiempo se convierte así en un factor que debe ser tenido en cuenta. El salto del coronel Lindbergh al otro lado del Atlántico fue en su época una hazaña cuyas alabanzas llegaron hasta los cielos por los que voló. Pero lo logró sólo después de haber practicado en siete mil viajes menores. El hechizo del triunfo filosófico da un vivo colorido a un nombre histórico, pero debajo de la historia del éxito corre un río invisible de persistente y paciente trajín cotidiano. La revelación de la verdad debe crecer poco a poco dentro de uno mismo, a medida que arrastra al espíritu a una gradual transfiguración,' aunque su realización final pueda ocurrir con sobrecogedora repentinidad. Debemos combatir nuestras debilidades de voluntad. La verdadera lucha en la vida es la lucha del hombre consigo mismo. Es la que pocos realizan porque les exige demasiado. Y sin embargo es la única digna del esfuerzo. Nada grande o importante puede ser obtenido con sólo quererlo. Para recibir es preciso estar dispuesto a dar... ¡a darse! Una vez hubo en Galilea un maestro vagabundo que advirtió la tendencia a la debilidad en sus discípulos. Y tuvo que decirles: "Los que *hagan* mis palabras conocerán mi doctrina".

El espíritu decidido es el que más consigue. Cuando la válvula de presión de una caldera a vapor comienza a subir, empieza a salir de la máquina un mayor volumen de energía. Cuando los mismos cables que transportaban una débil corriente de electricidad empiezan de pronto a transportar un alto voltaje, los resultados mejoran con la misma rapidez. Estas *cosas* son parábolas a las que es necesario prestar atención. Finalmente, la decisión filosófica de averiguar qué es la verdad se niega a confundir la derrota con el fracaso. De la primera extrae sus beneficios de advertencia o sabiduría, pero el segundo jamás es reconocido.

¡PIENSE! La tercera característica necesaria es la potencia de pensamiento, una inteligencia lo suficientemente vigorosa para sopesar la importancia relativa de las cosas o la validez de apreciaciones, y hacerlo con corrección y no sólo en forma convencional. La filosofía requiere perspectiva. Trate de ver las cosas como realmente son. Esto implica

cierta vivacidad mental, consciente del proverbio trillado pero cierto de que las cosas no son siempre lo que parecen ser. Lo falso a menudo parece —o es hecho parecer— lo cierto. El razonamiento tiene que ser tan independiente que produzca una empecinada negativa a aceptar cualquier opinión sólo porque la sostenga cualquier otra persona. El rebaño se hunde en la marea de opiniones y teorías de los demás porque está mentalmente preso de creencias erróneas, realidades aparentes y apariencias equívocas, pero el Pensador se mantiene firme. La salida a esta esclavitud es la reflexión correcta, el análisis profundo y la constante investigación — todo ello combinado en la búsqueda de la verdad. Este estudio implica mucho pensamiento nuevo y no del todo fácil; es posible que nuestra generación no asimile mucho de él, pero los espíritus adelantados lo harán con seguridad. Es necesaria una intensa inteligencia. Debemos pensar y actuar, no para nosotros, sino para la verdad. Tal cultivo de la visión interior racional facilitará la comprensión de la filosofía.

Y esto no es todo lo que implica. Es igualmente importante una aguda capacidad para distinguir lo efímero de lo eterno, las cosas del día de las de toda una vida, el pasajero espectáculo de la existencia material y *los* factores mentales relativamente más permanentes. Podría llamársela sexto sentido, un sentido que conoce lo que es auténticamente fundamental en el juego de vivir. Tiene que actuar de modo que conduzca a un constante ejercicio de discernimiento entre los valores duraderos y los puramente temporarios. Y tiene que amar de tal modo los hechos estrictos antes que las fantasías agradables, que la decisión de distinguir lo real de lo ilusorio, sumamente esencial a lo largo de todo el estudio y la práctica de la filosofía, pase gradualmente a primer plano. La filosofía no puede volverse inteligible sin mucho esfuerzo mental; es difícil de seguir —tan difícil, que el esfuerzo se parece a menudo a tratar de caminar sobre una cuerda tensa lógica sin perder el equilibrio—, y los incapaces de realizar el esfuerzo, o los no dispuestos a hacerlo, encontrarán necesariamente que partes de *este* libro les resultan un enigma, no importa cuán fácil sea su lenguaje. Los intelectualmente tímidos y los mentalmente débiles se excusan con frecuencia diciendo que tales investigaciones son innecesarias. Ello se debe a que no conocen el lugar del pensamiento verdadero en la vida; por consiguiente no entienden que estimular el pensamiento no es menos necesario que informarlo.

Juguetear con algunos problemas a fin de poder soltar algunas observaciones ingeniosas ante una sociedad admirada no convierte a

nadie en filósofo. Sólo el que piensa las cosas hasta el fin, el que persigue las dudas hasta su problema central y no vacila en ningún momento aunque tropiece con una idea sustentada por todos los demás hombres, el que aplica la conclusión que extrae a la vida que lleva — sólo él es digno del nombre de buscador de la verdad. Quien no esté dispuesto a examinar una doctrina a fin de descubrir si es cierta o no, sólo porque su extraño rostro le es completamente desconocido, no tiene derecho a recibir la verdad. Y quien deja de investigar una doctrina porque no es sustentada en su país o entre sus compatriotas sino que proviene de otro lugar y de gente de distinto aspecto, es igualmente indigno de ese don inapreciable. La razón no conoce fronteras geográficas. En esta esfera de la investigación filosófica, la introducción de la parcialidad política o el prejuicio racial contra doctrina o maestro es absolutamente fatal para el éxito.

El hombre corriente no puede tolerar la reflexión sostenida y es gobernado por impresiones inmediatas; llega a conclusiones con demasiada rapidez, basándolas a menudo en apariencias superficiales y erróneas. De tal manera, es un prisionero de la ignorancia. Esta debilidad es un defecto que puede ser superado por medio de la disciplina. Semejante mentalidad necesita ahondar y aguzar su propio carácter y adiestrarse en hábitos de viaje por debajo de la superficie. Ningún espíritu que se niegue a sufrir tal fortalecimiento y adiestramiento será capaz de la empresa implicada en la filosofía, la búsqueda de lo que *es*. Es necesaria la agudeza de comprensión para disipar todas las cosas que no son ciertas, todas las ilusiones, y para aclarar todas las confusiones. Más aun, su necesidad se hará también evidente cuando, en el volumen posterior, estudiemos el significado del sueño y los sueños.

El ideal final es un cerebro tan agudo como una espada de Toledo, para que el acerado tajo de su pensamiento pueda perforar eficazmente las ilusiones y las fantasías, los sentimientos y las supersticiones. Es posible que las ideas más entrañables y alegres tengan que desvanecerse cuando son disecadas por una hoja tan filosa, porque se descubrirá, a medida que este estudio se desarrolle, que casi todos los hombres albergan muchas ilusiones, sólo porque el movimiento de sus pensamientos es defectuoso y lento y porque tienen el filo embotado.

DESapego INTERIOR. Cuando la mente haya sido de tal modo aguzada estará mejor dispuesta para desarrollar la cuarta característica. Esta es una actitud asentada de desapego interior, de desapego tanto de los episodios desagradables como de las atracciones agradables que cons-

tituyen el nadir y el cénit de la vida mundana. Cualquiera sea la desdicha que la rueda de la fortuna, en sus giros, pueda poner en el primer plano de la vida del estudiante, éste debe cultivar una indiferencia oculta; y cualesquiera sean *los goces* y los deseos que gobiernen la hora, no debe sentirse tan fuertemente apegado a ellos como para no poder abandonarlos si es necesario. Si quiere conseguir una perspectiva filosófica, tiene que mantenerse en el terreno de tal indiferencia, porque sus vínculos crean favoritismo mental y de ese modo le impiden adoptar una actitud justa e imparcial cuando compara evidencias, cuando lleva a cabo investigaciones y cuando emite juicios. Lo que es más, tal aptitud es necesaria para que el buscador no pueda ser apartado de su búsqueda por tentaciones temporarias. Porque si estuviese tan apegado a la experiencia corriente del mundo que ésta *lo* significara todo para él, no existiría causa alguna para que se embarcara en esa investigación filosófica.

Una inteligencia que no esté idiotizada por las convenciones sociales, por la situación personal, por una desmesurada ambición, por un hilarante hedonismo o por deseos insatisfechos no puede dejar de ver que la vida en este globo que gira es un flujo cambiante de acontecimientos favorables y desfavorables *de los que nadie está libre*. Y si esa misma inteligencia es lo bastante aguda, percibirá también que todo, incluso ella misma, es perecedero, que todo se desvanece. Todas las atracciones mundanas, todas las relaciones humanas, todos los placeres sensuales, así como sus objetos, pueden morir o desaparecer mañana. Por lo tanto se le pide al estudiante de filosofía que cultive una actitud correcta hacia el hechizo seductor de todo eso, que no debe ser una actitud ni de ciega infatuación ni de repulsión total. Debe asignar un valor exacto a ese espasmódico panorama de los días que pasan, si no quiere engañarse a sí *mismo*. Cuando vea que todo es relativo y que todos son transitorios, entenderá que, cuando mucho, todo y todos no pueden darle más que una felicidad relativa y transitoria. Debe comprender que no está a salvo si considera lo fugaz como el fin absoluto y el ser absoluto de su encarnación. En consecuencia debe volverse lo bastante serio para usar su inteligencia en la tarea poco corriente de buscar algo que no muera y no se disipe. El que tal cosa pueda ser encontrada o no es un asunto distinto, pero la búsqueda de la filosofía es la búsqueda de una realidad duradera y de una verdad absoluta que esté más allá de la simple opinión humana. Pero no sólo necesita su inteligencia para ver todo esto, sino también su valor para admitirlo. Si puede viajar hasta ese punto —y pocos pueden—, entonces está pre-

parado para adoptar la actitud aquí propugnada: cierto estoico desapego de las fluctuaciones del destino individual y una ecuanimidad ascética en relación con el placer.

Existen, empero, otros espíritus que quizá no sean tan agudos como para ver la necesidad de tal actitud, y sin embargo pueden llegar igualmente a ella, de resultas de ciertas experiencias por las que hayan pasado. En ellos eso surge de un gran sufrimiento, de una amarga pérdida, de un golpe repentino, de un esfuerzo no coronado por el éxito o de un profundo peligro. Tales personas son muy a menudo bastante ricas en experiencias terrenales. Cuando se aburren de rendir tributo a lo casual y de dejar muy atrás lo fundamental; cuando se cansan de afanarse a lo largo de los años oscuros y de mariposear durante los años brillantes, se crean por sí mismos, inconscientemente, esa característica filosófica. Las heridas de los corazones femeninos, causadas por hombres poco bondadosos o infieles, no menos que los sombríos vacíos que mujeres volubles ponen en los corazones de hombres enamorados, pueden eventualmente hacer que aparezca esa aptitud. De este modo, el sufrimiento inyecta en la sangre humana cierta indiferencia hacia la vida.

Las penas y los sufrimientos mundiales que han herido seriamente a nuestro siglo han proporcionado una iniciación menor en tal actitud. Cuando la gente observa que la existencia de sus posesiones, propiedades y personas no es ya segura sino que puede desaparecer al día siguiente; cuando ha pasado por la angustia de perder la sustancia de su riqueza o la presencia de parientes amados, tiende a perder algo de su apego a la vida mundana. Se da cuenta de cuan transitoria e inestable es, y los días de espantoso caos y de continua inseguridad se vuelven menos atractivos a sus ojos. Así, el sufrimiento conduce al entendimiento. Cada lágrima se transforma en un maestro.

Sería muy fácil que la naturaleza de tal cualidad fuese mal entendida por los que nunca la han sentido o nunca la han visto en acción o manifestándose teóricamente, y que la tomen por lo que no es. Ello no implica una huida ascética de la vida humana, ni apartarse de la actividad personal, ni siquiera alejarse de los goces comunes, sino algo completamente distinto. No bastará un simple disgusto temporario debido a una aflicción pasajera. Se necesita algo más profundo, un verdadero rechazo de cadenas invisibles. En verdad, el que lo posea podrá participar exteriormente de toda la misma existencia rutinaria de obligaciones de familia, trabajo y placer de los demás, pero en lo hondo de su

corazón lo aquilatará en su verdadero valor, lo verá transitorio e inconstante.

Esta característica no tiene por qué divorciarlo de la vida práctica y personal; llevará a cabo al pie de la letra todos los requerimientos de esa vida, y sus relaciones externas pueden incluso seguir existiendo como antes, pero se formará de ella una opinión distinta de la común. Puede actuar del mismo modo que los otros, pero no se perderá en su acción. Podrá apreciar el deleite de un ambiente cómodo y de otros atractivos, y sabrá cómo gozar de ellos no menos que los demás. Sin embargo, no deposita sus esperanzas de felicidad totalmente sobre esa base, porque tiene un claro sentido de la naturaleza transitoria de todas las cosas. Sólo en ese sentido puede decirse que se abstiene mentalmente. Esta característica tampoco significa un debilitamiento de las capacidades mundanas. Se la interpretará correctamente sólo cuando se coloque su énfasis en el fondo del espíritu y no en su primer plano. El hombre será tan firme y positivo en sus actividades prácticas como cualquier hombre de negocios, pero el deber lo impulsará más que el deseo.

Si no hay lugar en este libro para un fácil optimismo acerca de la vida, tampoco lo hay para un torvo pesimismo. La meta es demasiado grande para eso. La persona común podrá encubrir su amarga desilusión o su secreto sufrimiento detrás de una sonrisa cortés o de un punzante cinismo, pero el filósofo no necesita semejante máscara, y aun cuando tenga un propósito serio y profundo en la vida, sabe que puede ser serio sin ser solemne. Todavía puede gustarle reír. Siempre abrigará la esperanza de que no llegue jamás el momento en que no pueda reírse de sí mismo. Pero si le sucediera alguna vez un percance tan desdichado, pediría a sus amigos —sí es un verdadero filósofo— un favor: ¡que lo envolvieran pulcramente en una mortaja y lo llevaran con rapidez al crematorio más cercano! Porque preferiría no afligir al mundo con la presencia de una persona que piensa tan altamente de sí misma, que se ha olvidado que su nacimiento no fue más que uno entre millones, y que menosprecia de tal modo la realidad, que no puede jugar con su vida superficial tan alegremente como un niño juega con un aro y una varita. Y si en su búsqueda de la verdad puede matar, por medio del poder del estricto razonamiento, toda la poesía de su alma y descuidar y perder todos los matices delicados de sentimiento que le llegan a través de las artes y la Naturaleza, entonces está perdido. Si esa búsqueda lo lleva a un punto en que un bosque se convierte en una reunión de tantos miles de árboles y nada más, nada de suave tranquilidad y belleza

clásica, entonces está perdido. Si no puede tomarse unos minutos todas las tardes y detenerse en sus asuntos a contemplar el juego de encantadores colores del sol que se pone, entonces también está perdido. El ansia de medidas exactas que experimenta la mente lógica no tiene por qué desplazar la apreciación del encanto y la atmósfera por parte del corazón sensible; en la vida hay lugar de sobra para ambas cosas. Por eso es a la vez posible y preferible que el profundo conocimiento filosófico que produce el desapego repose junto al pleno crecimiento de la cultura humana y la actividad humana. La pérdida del sentimiento o la mutilación del ansia de vivir no es tan deseable como el cultivo de un profundo desapego hondamente enclavado en esos momentos de sentimiento o ansia.

CONCENTRACIÓN, SERENIDAD Y ENSUEÑO. La necesidad de conquistar la quinta característica ha sido mencionada ya en un capítulo anterior. Consiste en la capacidad para practicar la técnica de la meditación. Los aspectos generales de esta técnica han sido plenamente tratados en los otros libros del autor, y bastará anotar aquí tres puntos que el practicante necesita subrayar especialmente, si también lleva a cabo la búsqueda filosófica. No tiene que preocuparse de las demás consecuencias del yoga. En rigor, las experiencias ocultas, las visiones extraordinarias y los sucesos anormales similares no harán más que retardar su progreso en la filosofía, si les presta indebida atención. No tienen importancia aquí, por alentadores que sean con frecuencia en la senda del místico. El primero de esos puntos es el poder para regular los pensamientos y dominar la atención, para concentrarse luego plenamente en cualquier aspecto que sea necesario. La mente posee una tendencia natural a correr en distintas direcciones y a saltar de un tema a otro, debido a la presión de los vínculos emocionales, del medio físico o de una educación imperfecta. Esta tendencia puede ser detenida y corregida por la disciplina psicológica de la meditación. El poder de concentrarse por completo en el tema deseado puede entonces ser desplegado. El significado de semejante concentración es una extrema atención al tópico que se considera, sin permitir jamás que dicha atención disminuya por pereza o fatiga. La mente debe moverse solamente hacia donde la voluntad le indica. Muchas cosas pueden lograrse gracias a ese poder de concentración. Es una fuerza firme que, cuando se la dirige hacia algún objetivo u obstáculo, supera las resistencias. La llama de acetileno para soldar —que funde el acero más duro— es un ejemplo adecuado de concentración física. Del mismo modo, la facultad de fijar la atención

y retenerla a voluntad ayuda en definitiva a abrir un camino a través de los *más* difíciles problemas intelectuales.

El segundo factor de importancia filosófica que debe ser buscado en la disciplina mística es el equilibrio — una disposición de espíritu serena, firme y pareja que puede soportar todos los golpes. Cuando las pasiones se desatan, terribles, en el interior de un hombre, cuando la cólera surge con demasiada frecuencia o cuando los deseos amenazan con sumergirlo, se vuelve desequilibrado. Y cuando potentes complejos emocionales se oponen a las razones adecuadas, cuando los problemas domésticos o las inquietudes comerciales le distraen incansablemente la atención o cuando el temperamento es inestable y vacilante y salta de una cosa a la otra, deben surgir necesariamente los conflictos mentales y atormentar al hombre. En estas condiciones, la tranquilización del espíritu puede ser efectuada por la práctica de la meditación. Gracias a su ayuda se puede conseguir experimentalmente y mantener con irregularidad un mejor equilibrio entre los sentimientos y los pensamientos, entre un pensamiento y otro, entre la pasión y la razón. Pero el equilibrio permanente sólo puede ser establecido completando un curso de disciplina filosófica. Ello no obstante, la meditación en manos de un practicante moderadamente adelantado puede eliminar con rapidez la violencia y la agitación del espíritu, así como pacificar sus conflictos. Los sentimientos excitados pueden ser dominados, la energía de la cólera reducida y los cálidos deseos que deforman la vida apartados por medio de la disciplina y la meditación. Esto vuelve a asentar la mente y le devuelve su ecuanimidad y equilibrio, al menos por el momento. Los yoguis indios llaman "juiciosidad" a ese estado de resistencia a las pasiones momentáneas y de autodomínio general. Nosotros preferimos llamarlo "paz interior".

El tercer punto que es preciso notar es el del desarrollo del ensueño. Es de la más profunda importancia y del mayor valor cuando, en las etapas más avanzadas, el estudiante intenta conquistar los frutos finales de su esfuerzo filosófico, el conocimiento de la verdad definitiva. Es lo que aparece en la constante tentativa del místico para cesar en toda la actividad exterior, para alejar las distracciones de su medio material, para detener el funcionamiento de sus cinco sentidos y crearse un estado de completa introversión. Este último es afín a la profunda abstracción y a los talentos creadores que se advierten en la vida de genios famosos. Esta sostenida interioridad puede incluso consumarse en el éxtasis, pero el factor esencial es la capacidad para reorientar la atención a voluntad, del mundo de las cosas concretas al mundo de los pensamientos abs-

tractos. Muchos prácticos hombres de negocios o de industria poseen un cerebro agudo y penetrante, pero son incapaces de moverse en medio de ideas abstractas porque sólo pueden aplicar la atención a los objetos concretos. Esta capacidad para la introspección sutil es poco corriente. Es conveniente ahora explicar una cuestión relacionada con el misticismo y el yoga, qué estaba fuera de lugar en nuestro tratamiento anterior de éstos y que arrojará cierta luz sobre la fórmula-problema planteada en el primer capítulo. Todo filósofo debe poseer estas tres cualidades de concentración, serenidad y ensueño. En ese sentido será un místico, pero la mayoría de los místicos no son filósofos. El misticismo puede ser considerado ahora como una etapa disciplinaria por la cual debe pasar el futuro filósofo si descubre, como lo hace la mayoría, que le faltan tales aptitudes. Es bien conocida la dificultad de concentrar por completo los pensamientos en la vida ordinaria, tan personal y tan familiar. ¿Cuánto mayor será tal dificultad en la investigación filosófica, que es tan remota e impersonal? Lo difícil de tal investigación cansa muy pronto a la mente poco dispuesta, a menos de que haya desarrollado previamente la fuerza que nace de tal disciplina. Y sin la total concentración que moviliza al espíritu con vistas a un fin único y que aleja los pensamientos extraños, la resistencia debilitará el esfuerzo para aprehender los significados de los problemas filosóficos o para avanzar hacia las soluciones adecuadas de éstos. Las prolongadas cadenas de pensamientos a que se entregan los estudiantes de filosofía exigen absolutamente la presencia de esa cualidad. El espíritu debe ser competente para encararlos sin ser apartado de sus propósitos por ideas extrañas o un ambiente perturbador.

Más aun, la serenidad mental es un preludio esencial para la investigación imperturbada de la verdad. El hombre que no puede mantener los conflictos y las ansiedades fuera de sus pensamientos no podrá tampoco mantener su atención ininterrumpidamente fija sobre cuestiones filosóficas. El equilibrio necesario para tal meditación puede ser obtenido con la meditación, y ayudará a impedir las interferencias emocionales y a eliminar las obstrucciones ideológicas, permitiendo al estudiante encarar su estudio con el cerebro más claro. Es un hecho conocido el que la excitación oscurece la inteligencia, que no puede emitirse un juicio sólido y bien meditado cuando la mente está embargada por la cólera} pero ambas cosas son suprimidas o desaparecen bajo la serenadora influencia del yoga. Aun cuando un hombre posea un agudo entendimiento, puede malograr su valor filosófico si lo emplea cuando está enojado. La mente debe estar emocionalmente libre para el estudio. Cuando la

PAÚL BRUNTON

hostilidad a otro hombre o una injuria que se le ha inferido a uno mismo escuece en ella, o cuando el espíritu se siente excesivamente descontento, se distrae y en la misma proporción queda incapacitado para la reflexión profunda.

Más tarde, en el curso de esta investigación, se hará necesario derrotar los ingenuos informes de los sentidos corporales para penetrar en una región que éstos no conocen. Esta tarea resulta difícil porque el hombre medio cree hasta cierto punto que su mente está prisionera de su cuerpo, y es frenado inconscientemente por esta creencia, que, según será demostrado, es errónea. Si se quiere realizar esta tarea, se podrá hacer sólo separando previamente la mente de su autoencarcelamiento y volviéndola de tal modo lo bastante flexible para encontrar esa región. Las costumbres de introspección y de abstracción engendradas por la meditación resultan ser aquí prerequisites esenciales. Y en la investigación del significado del sueño también se advertirá el valor de tan extrema fineza o sutileza mental. Lo que es más, todo el pensamiento metafísico es sumamente facilitado por una experiencia previa en materia de meditación. Y cuando la mente tiene que moverse rápidamente desde el mundo práctico hacia la consideración de los principios últimos y de los temas abstractos, la atención intensamente aguda del yogui puede permitirle captarlos con más sencillez.

Por estas observaciones se verá que la filosofía considera el yoga de la concentración como un valiosísimo adiestramiento psicológico, que prescribe para capacitar al hombre para su estudio. Ese yoga ayuda a la comprensión del mundo en la medida en que colabora en la formación del instrumento mental por medio del cual debemos lograr tal comprensión. El místico que desarrolla la ensoñación y la serenidad por medio de la meditación y *se detiene* en ellas, decidido a gozar de la paz o el éxtasis que pueda sentir, permanecerá ignorante de la suprema verdad de la vida, aunque haya llegado más lejos que otros en el camino del autoconocimiento. Podrá sentirse dichoso, pero no será sabio. Para decirlo en pocas palabras, el yoga del discernimiento filosófico es la escuela necesaria del yoga de la concentración mental. El uno es necesario para preparar el instrumento mental que deberá ser utilizado en el funcionamiento del otro.

También debe repetirse que sólo cuando la meditación es *correctamente* practicada puede ser útil para esta investigación, y por cierto que para cualquier otra. Cuando se la hace erróneamente o cuando se la lleva al exceso, se convierte en un obstáculo para la actividad filosófica, engendra nuevos males, caprichos y fantasías que deberán ser-

perados y que no estaban antes presentes. Tiene que ser practicada sólo dentro de límites adecuados. Cuando la gente pierde de vista estos propósitos disciplinarios y purificatorios del misticismo y lo magnifica con exclusión de todo lo demás, ¡no sólo no logra eliminar sus complejos, sino que incluso puede llegar a aumentarlos!

Se advertirá que la meta filosófica es decididamente distinta de la del misticismo. En esta última el neófito asciende en la escala reprimiendo el pensamiento; en la primera se eleva por medio del pensamiento. La una enseña la inercia, el vaciamiento de la mente, en tanto que la otra enseña actividad, la expansión de la mente. Ambas son correctas en sus lugares propios, y no chocan entre sí. *El místico acalla a la mente a fin de conseguir el dominio de sus pensamientos, pero una vez logrado ese dominio tiene que comenzar a pensar vigorosamente.*

De ese modo, ¡debe matar los pensamientos sólo para usarlos mejor más tarde! La práctica de la meditación debe ser colocada, en esta etapa más avanzada, *detrás* del estudio de la filosofía. El orden correcto ahora consiste en comenzar con una y terminar con la otra. Pero el buscador que no se siente satisfecho con nada que no sea la comprensión final no puede detenerse ni siquiera en ese punto. Porque cuando su trayecto filosófico ha sido recorrido, deja nuevamente a un lado los trabajos del pensamiento y de su práctica mística. Pero esta vez el pensamiento llegará a su merecido descanso espontáneamente, por su propia voluntad, cumplido ya su propósito, en tanto que su concentración en el yoga será un proceso natural, continuado, secreto, nada manifiesto, y no entorpecerá sus actividades prácticas de todos los días. No es posible llegar a este estadio final de comprensión definitiva a menos de que se haya perfeccionado, no sólo en el yoga formal y en la filosofía formal, sino también en el arte de expresar las consecuencias lógicas de los mismos a través de una acción vigorosa.

Se recordará que en libros anteriores el autor hizo de un fragmento elemental de la filosofía analítica superior la base de ciertos ejercicios de meditación, intentando de tal modo algo que se hacía muy raramente entre los místicos: hacer que incluso los ejercicios de meditación resultasen fructíferos para posteriores propósitos filosóficos. Esta fue una contribución original, presentada porque no quería que sus lectores se convirtiesen en tontos, cosa que tantos místicos parecen desear tan ardentemente, y también para preparar el camino para la obra de este volumen. En verdad, escribió en *The Quest of the Overself*: "Esta es la verdadera realización del yoga". Durante las elecciones políticas multitudes enteras caen en una excitación emocional y son fácilmente

PAÚL BRUNTON

manejadas por los demagogos; en tales momentos es evidente que sus espíritus están ofuscados y que no es posible hablar siquiera de un razonamiento riguroso. Y los médicos de manicomios saben que cuando la excitación emocional de los populachos se intensifica hasta el punto de hacerse ingobernable, resulta reconociblemente similar a uno de los síntomas de la insania, con la cual están bastante familiarizados. Por lo tanto una fuerte bocanada de emocionalismo proporciona una barricada contra la cual los ataques de la razón son inútiles. La emoción no fiscalizada por la razón es una de las más grandes traidoras de la humanidad. Dos potentes emociones —el odio y la codicia— son las responsables conjuntas de muchos de los crímenes de la historia mundial. Las pasiones engendradas por el sexo son responsables de terribles problemas. En ello reside una de las causas de las tradicionales privaciones y vetos que la sociedad ha impuesto a la libre y plena manifestación de la emoción en las relaciones sociales decentes.

Ahora bien, el estudiante de filosofía no puede permitirse en modo alguno esos lujos emocionales. Sabe que cuando el sentimiento inunda el conjunto de la vida de un hombre, lo hace en detrimento de su naturaleza intelectual. Y como su principal instrumento de penetración en el dominio de la verdad es nada menos que la mente misma, aguzada al máximo, más tarde o más temprano debe elegir decididamente entre el constante ejercicio de la razón y el refrenamiento, o el constante abandonarse a la emoción y la pasión. El, más que ningún otro debe cuidarse de las ilusiones engendradas por el sentimiento personal, de permitir que el juicio sobrio ceda el lugar al entusiasmo contagioso, de sacrificar los hechos fríos ante la imaginación calenturienta y de balancearse en el atrayente arco de fantasías creadas por el sentimiento personal o por el deseo sexual. No podrá descubrir la verdad si no está dispuesto a apartarse de un punto de vista poco digno de confianza, en beneficio de aquélla. No es el placer o el dolor que alguna idea le produzca lo que tiene derecho a determinar la veracidad o el valor de la misma, *porque esas emociones no hacen sino revelar algo del carácter del estudiante, pero nada en punto de la verdadera naturaleza de la idea o del acontecimiento mismo.*

Los sentimientos enmarañan fácilmente la facultad de pensar y le impiden funcionar con claridad. El elemento irracional del alma humana busca continuamente el sentimiento de satisfacción y elude constantemente el de frustración, sólo porque el uno produce placer y el otro dolor. Los pueblos primitivos que no han desarrollado sus poderes de razonamiento proporcionan mejor ejemplo de este principio que los

hombres civilizados. ¿Y quién no sabe que los veredictos de la cólera son mayormente efímeros, en tanto que los de la razón siempre perduran?

Las cuestiones que deben ser consideradas en filosofía están a menudo tan delicadamente equilibradas, que la emoción puede con suma facilidad interponer su juicio arbitrario en detrimento de la voz más fría de la razón, impidiendo de tal modo al estudiante la percepción de la verdad real. Y estas dificultades se acentúan debido a que los sentimientos humanos saben camuflarse ingeniosamente. Los deseos humanos, en especial, son altamente competentes 'para seducir a la razón. Pocas personas reconocen los verdaderos motivos de algunas de sus acciones más importantes. Hay muchas barreras interiores para tal reconocimiento, barreras que se levantan por sí mismas o sencillamente innatas. Se han envuelto con el vendaje de muchos complejos emocionales, y ese vendaje debe ser dolorosamente desenvuelto antes de que se pueda ver la verdad. No pocas veces retuercen la verdad para adaptarla a sus complejos. En un caso hipotético un estudiante puede tener una mente agudamente desarrollada, a pesar de lo cual su apego a sus deseos puede hacerle mirar con favor su creencia en la materialidad final del mundo físico, a pesar de que todas las pruebas señalen que su naturaleza definitiva es esencialmente un producto mental.

También es posible que no le agrade tal y cual persona, y sin embargo, a los fines de entenderlas, tendría que estar dispuesto a impedir que tal sentimiento influyera sobre su examen. De lo contrario embotaría él mismo su potencia de juicio y cegaría su facultad de discernimiento.

La simpatía o antipatía del estudiante por ciertos hechos o ciertas experiencias no tiene nada que ver con la verdad o realidad de los mismos. Si insiste en hacer de tales repulsiones o tracciones su guía —como lo hace la mayoría de la gente—, jamás llegará a encontrar la verdad o la realidad. La superficie de un lago puede reflejar una imagen sin distorsiones sólo cuando no es perturbada por el viento, y la mente puede investigar la verdad en forma adecuada únicamente cuando está libre de la perturbación de los sentimientos fuertes. La expresión de deseos es siempre agradable pero a menudo poco provechosa.

La esperanza de la filosofía reside en seguir a la razón, y no en deformarla siguiendo deseos excesivos y fantasías emocionales. Incluso la ambición desequilibrada y la indebida vanidad pueden falsear el pensamiento e impedir la adquisición de un conocimiento exacto. Pero la cólera y el odio son notorios despistadores. Cuando no se las contiene,

todas esas emociones son embusteros invasores que sin embargo afirman decir la verdad. De ahí que los que insisten en negar a la razón en beneficio de sus sentimientos se inhabilitan con ello para la investigación, así como los que prefieren mantener su mentalidad deformada, sus pasiones indomeñadas y sus repulsiones instintivas ingobernadas no podrán llegar nunca a una verdadera comprensión del sentido de la vida. Porque se dedicarán a la inútil y aun imposible tentativa de encajar la verdad en el lecho de Proscusto de compulsiones involuntarias e internas.

Lo único que puede llevar al estudiante a una solución exitosa de sus investigaciones es la fidelidad científica a los hechos, sin tener en cuenta los sentimientos personales. Cuando la facultad razonadora está cargada de espesos sentimientos y estrechas preferencias, muy pronto se pervierte inconscientemente. Todas las emociones se vuelven potencialmente peligrosas cuando se endosan la tarea de guiar a la razón, en lugar de dejar que la razón las guíe a ellas. Para pensar verazmente, entonces, el neófito debe poner en práctica, con valentía, una estricta autodisciplina. Este es el espantoso sacrificio que se le pide que cometa, esta sagrada ofrenda de lo que desea en el elevado altar de lo que *es*. Una manifestación de sentimiento particularmente capaz de poner en peligro al estudiante incauto es el *indebido* entusiasmo injustificado. Se trata de una estrella que con frecuencia arde brillantemente por un tiempo, sólo para hundirse en el horizonte de la desilusión. Es sabido que los entusiastas navegan libremente, por sobre los hechos establecidos, con rumbo a un Empíreo de pura teoría; con no poca frecuencia carecen de discriminación, y por cierto que de desapego. Por lo tanto sus juicios son a menudo falsos. En consecuencia el buscador tiene que tener cuidado de no dejarse llevar por ninguna clase de entusiasmo *cuando considera testimonios o trata de formarse un juicio*. Tiene que estar siempre en guardia cuando se encuentre en la presencia literaria o personal de un doctrinario excesivamente ardiente, así como en la del duro fanático que ha cerrado sus pensamientos. Tiene que negarse a pronunciarse acerca de cualquier tema en punto del cual no ha buscado pruebas más sólidas que las tergiversaciones de sus preferencias personales. *Si* deja a un lado esta cautela, lo más probable es que abra la puerta a sus fantasías para que entren en su ser, o a los razonamientos especiosos y engañosos para que lo confundan. El novicio en filosofía tiene que dedicarse seriamente a adiestrarse con vistas a desechar las aversiones emocionales y las atracciones emocionales durante las horas de su estudio. Tiene que liberar su mente de las deformaciones here-

dadas innatas y adquiridas de ésta. No debe permitir que imposibles fantasías y excitaciones locamente visionarias lo arrebatan. Todas esas imaginaciones deben ser llevadas analíticamente al primer plano de la mente y sometidas allí al estudio más atento e imparcial. Si se resiste a este proceso y no consigue aislarse contra ellas —como es probable que suceda en las primeras etapas—, no hará más que postergar el momento en que sus pasos puedan ser conducidos hacia la verdad.

Y así llegamos a la antiquísima sabiduría que dice que si en el reino de los hombres es la emoción la que gobierna por el momento, la razón llegará a regir a la postre.

Estas han sido frases duras. Es sumamente posible que sean mal entendidas. De ahí que deba hacerse una advertencia por segunda vez en este capítulo, en el sentido de que no se le pide al estudiante que mate la emoción íntima y destruya los sentimientos cálidos; por cierto que tal cosa es imposible. Sólo se le pide que los mantenga subordinados a la razón y que, cuando la contradicen, no les permita subir a la superficie de su ser. Puede, correcta y *útilmente*, apelar a la emoción cuando es respaldada por la razón. No debe ser su meta la destrucción del sentimiento y la emoción, sino la adecuada guía y fiscalización de los mismos. La emoción forma parte de la naturaleza del hombre, y por lo tanto es imposible eliminarla; debe proporcionársele su lugar correcto en la vida, pero la razón debe dirigir su curso siempre que ambas entren en contacto. No debe ser ahogado nada que resulte digno de ser conservado, pero tiene que ser colocado en una relación correcta.

Tampoco debe valorarse en menos la necesidad de un entusiasmo razonable, adecuadamente dirigido. Proporciona al novicio una preciosa fuerza impulsora y lo aísla contra críticas tendenciosas y contra la oposición carente de fundamento. En verdad, todo sentimiento es el elemento propulsor de la personalidad humana y conduce a la acción más que cualquier otra cosa; de ahí lo melancólico del espectáculo de los insensibles ratones de biblioteca filosóficos, incapaces de ponerse a la altura de sus nobles razonamientos.

Sin embargo, el aspirante tendrá que refrenar las pasiones incapacitantes de la ira y suprimir el abismal pecado del odio, porque sólo una costumbre autocrítica semejante lo capacitará para encontrar la verdad. Debe tomar claramente esa resolución en todos los conflictos. Debe exigirse a sí mismo una absoluta sinceridad. No querer encarar un problema no tiene que ser una excusa para eludirlo. Es posible que no siempre pueda y quiera dominar la creciente oleada de sentimien-

PAÚL BRUNTON

tos o contener los irracionales impulsos interiores, pero en tales ocasiones debe por lo menos tratar de entenderlos y analizarlos como lo que son. Así, aun cuando se rinda a ellos, no lo hará ya a ciegas. El llegar a dar ese paso constituye un considerable triunfo para el novicio sincero. Sus deseos disminuirán seguramente bajo el hurgamiento del análisis agudo, y de esa manera tranquilizarán más su mente. Y de tal gobierno de los sentimientos se seguirá inevitablemente un gobierno más organizado y disciplinado de la conducta. Comenzará a vivir como un hombre mejor y más sabio.

Después de tales reflexiones no debe resultar sorprendente enterarse de que la filosofía es más asunto del sexo masculino que de su contraparte, y más de la época de la madurez que de la adolescencia. A los nombres les resulta por lo general más fácil seguir este camino que a las mujeres, aunque la Naturaleza compensa esto haciendo que el camino del misticismo sea más fácil para las mujeres. Estas tienen por naturaleza más tendencia que los hombres a dejar que la razón se lance sobre los cebos de la emoción sentimental y a permitir que éstos nublen el cielo del pensamiento. Debido a motivos sociales, las mujeres occidentales son más intelectuales que sus hermanas de Oriente, pero se aferran más fuertemente al egoísmo. De ahí que en la cuestión de la búsqueda de la verdad no estén mejor servidas. Empero, siempre será un axioma el que una mujer excepcional se abrirá camino gracias a estas debilidades, enfrentará los motivos inconscientes que la acosan y exigirá a la Naturaleza su herencia superior. Finalmente, vemos que la filosofía se adapta mejor a los que se acercan a la edad mediana que a los jóvenes. Estos son conmovidos más fácilmente por la emoción y la pasión que sus mayores, quienes, como poseen una experiencia más madura en lo referente a la disciplina no escrita de la vida, son más reposados. Pero aquí, una vez más, funciona también la hermosa ley de la compensación. Porque es privilegio de la juventud el hollar nuevas sendas de pensamiento con una magnífica audacia que en otros falta.

¡ABANDONE EL EGO! De todas estas luchas aparecerá lentamente, por sí misma, la séptima y última característica, pero el aspirante debe cultivarla ahora con plena conciencia de lo que está haciendo y después de larga deliberación. Se trata de la disposición de mirar la vida directamente, a través de una lente clara y no de una teñida por las predilecciones y preconcepciones de su ego. Desarrollar conscientemente esta impersonalidad es quizá la más difícil de todas sus tareas preparatorias. Sin embargo su importancia no puede ser exagerada. Todo hombre que

no ha pasado por la disciplina filosófica tiene inclinación a asignar a sus juicios un mérito mayor del que tienen. Por lo general trata de arribar a conclusiones que satisfacen sus prejuicios arraigados y sus parcialidades heredadas. Le resulta sumamente corriente no aceptar en la discusión ningún hecho que no se adapte a su visión existente del mundo. De *este* modo, y con no poca frecuencia, llega a rechazar lo que necesita urgentemente, así como un inválido puede negarse a tragar una medicina amarga que necesita mucho más que el remedio dulce que pide.

Cada vez que un hombre interpone su ego en una cadena de pensamientos, su equilibrio queda perturbado y sus valores de verdad deformados. Si juzga todos los hechos nada más que con las normas de su experiencia, impedirá con ello que aparezcan en él nuevos conocimientos. Cuando examinamos las manifestaciones de su mentalidad en la conversación y en la acción, su actitud general, si bien inconsciente, parece ser: "Esto encaja en lo que *yo* creo, y por lo tanto debe ser cierto; esto concuerda con *mis opiniones*, por lo cual debe ser cierto; este hecho no choca con los hechos de los cuales *yo* tengo conciencia, y por ello lo aceptaré; esta creencia es completamente contraria a lo que *yo* creo, y debido a ello debe de ser errónea; ese hecho no *me* interesa, es decir que no tiene valor alguno en la discusión; esa explicación *me* resulta difícil de entender, ¡y" por lo tanto la desecho en favor de una que pueda entender y que, en consecuencia, será cierta!"

Quien quiera ser iniciado en la legítima filosofía tiene que comenzar por apartar puntos de vista tan puramente egoístas. Porque ellos demuestran su engreimiento y vanidad, su búsqueda de la corroboración de sus propias preconcepciones y prejuicios y no la búsqueda de la verdad, su estudio de la página impresa con vistas a confirmar sus conclusiones decididas de antemano, el hecho de que recurre a un maestro, no para adquirir nuevos conocimientos, sino para que se le aprueben sus antiguas creencias. Por hacer del "*yo*" lo principal de su pensamiento, es arrastrado inconscientemente a varias falacias viciadas. Las simpatías y antipatías engendradas por tales puntos de vista personales constituyen obstáculos para el descubrimiento de lo que una idea o un objeto es realmente en sí mismo. Hacen a menudo que el hombre vea cosas que no existen pero que por asociación de ideas imagina que existen. Es un hecho patológico el de que las distintas formas de insania y desorden mental están arraigadas en el ego y el de que todas las obsesiones y los complejos se encuentran igualmente relacionados con el *yo*.

El que no ha pasado por la disciplina filosófica se envanece con frecuencia de sí mismo y su estado mental se encuentra limitado por todos lados por el pronombre "yo". Este "yo" le roba la verdad, porque le bloquea el camino para llegar a una percepción correcta. Prejuzga inconscientemente sobre los argumentos o decide de antemano sobre las creencias; de ese modo el hombre jamás tiene garantía alguna de llegar a conclusiones correctas, y sólo le es posible volver al punto de vista mental del cual partió, por medio del descubrimiento de justificaciones y racionalizaciones. Es como una araña atrapada en la tela que ella misma tejió. Cuando tal egoísmo dicta la tendencia del pensamiento, la razón debe apartarse, impotente. Encierra al espíritu en un armario, y así pierde la ventaja de nuevas ideas que hubieran querido entrar en él. Cuando el *ego se* convierte en el centro de estados obsesivos, nos encontramos con mentalidades limitadas por el fanatismo religioso, nubladas por tortuosidades metafísicas, endurecidas por un materialismo no meditado o desequilibradas por creencias tradicionales y abrumadas por creencias adquiridas —y todas negándose ciegamente a examinar lo no familiar, lo desagradable o lo desconocido y rechazándolo de antemano. Crean voluntariamente en lo que las atrae y rechazan voluntariamente lo que no las atrae, inventando después racionalizaciones de sus propias preferencias, pero en ningún caso la pregunta "¿Es esto cierto?" es investigada independientemente de las predilecciones y aceptado el resultado de tal investigación, sea éste de su agrado o no.

Todo esto significa que los que tienen los puntos de vista personales más arraigados son los más difíciles de conducir hacia la verdad. Tales personas necesitan absorber la lección inculcada por Jesús: "A menos de que os volváis como niños, no entraréis en modo alguno en el reino de los cielos". La humildad involucrada en esta frase ha sido con frecuencia mal entendida. Se refiere a la mente semejante a la del niño y no a la mentalidad pueril. No significa un flácido sometimiento a personas malvadas o una floja sumisión a personas tontas. Significa dejar a un lado todos los prejuicios nacidos de la experiencia y todas las preconcepciones surgidas de pensamientos anteriores, hasta el momento en que no se vea uno detenido o perturbado por ellos cuando encara el problema de la verdad. Significa apartarse de las parcialidades personales y no dejarse influir por los pensamientos de "mí" y "mío". Significa dejar de emplear como argumento las palabras "yo creo que..." o "me atengo a mi convicción" y dejar de pensar que lo que *uno* cree tiene que ser por supuesto cierto. Semejante argumento lleva sólo a una simple opinión, no a la verdad. Las creencias personales pueden ser

falsas *los* conocimientos sustentados pueden ser ficticios. Debemos caminar humildemente por esos ámbitos filosóficos. ¡Hay que reconocer que los buenos maestros son raros, pero lo mismo rige para los estudiantes !

Ahora bien, la filosofía es un estudio puramente desinteresado y exige que se lo encare sin reservas mentales previas. Pero el prejuicio está a menudo tan profundamente arraigado, y por lo tanto tan oculto, que los estudiantes no siempre sospechan su presencia, y no se habla ya de descubrirla. Incluso muchos presuntos filósofos de gran reputación tienen una decisión subconsciente de no aceptar nada distinto de lo que esperan aprender, y bajo tal autosugestión permiten que el prejuicio supere al juicio y que la predisposición esclavice a la razón. En consecuencia el estudiante sincero debe desarraigar deliberadamente esos cómodos subterfugios detrás de los cuales esconde sus debilidades y egoísmos personales. Durante el curso de su estudio, y cada vez que aplica su mente a algún problema, tiene que tratar de liberarse de la presión de todas las predilecciones individuales. Semejante abnegación mental es poco común y sólo llegará por medio de un deliberado desarrollo.

El estudiante debe recordar siempre que en primer lugar debe plantear correctamente el caso y luego juzgarlo con cuidado, antes de emitir el juicio. La verdad no tiene nada que temer de la investigación plena, sino que en realidad es fortalecida por ésta. Si el estudiante descubre entonces que está equivocado, debe dar la bienvenida al descubrimiento y no huir de él porque le escuezan las heridas de la vanidad ofendida y la humillación inesperada. Necesita una completa elasticidad mental a fin de librarse de su esclavitud al prejuicio y de lograr una integridad interior y una auténtica salud mental.

Bertrand Russell ha indicado en alguna parte que "el meollo de la visión científica es la negativa a considerar que nuestros deseos, intereses y gustos nos proporcionan una clave para la comprensión del mundo". Esta es una excelente formulación de la aptitud que aquí se exige, la despersonalización de toda investigación del conocimiento, el registro mental de las cosas tales como son y no tales como deseamos que sean, la ubicación de cada problema en un terreno mental desapagado.

El estudiante no puede esquivar un problema. No tiene que retroceder ante la lucha con sus propios complejos. No tiene más opción que la de encararla con energía. Tiene que ser por lo menos veraz consigo mismo, tratando de elevarse por encima de la preconcepción personal,

PAÚL BRUNTON

porque sólo de esa manera podrá contemplar las cosas en su correcta perspectiva. Su adhesión a la verdad debe ser tan incorruptible y admirable como lo fue la de Sócrates. Una firme objetividad intelectual, antes que una débil expresión de deseos, emancipará su espíritu de su esclavitud al ego y le permitirá aceptar la verdad sin ofrecerle resistencia. De ese modo ascenderá a una atmósfera de imparcialidad e impersonalidad y se adiestrará para el pensamiento abnegado y puro, el único que puede hacerlo avanzar hacia una correcta visión interior. Y aun aquellos que declaran que esta tarea es demasiado difícil en la vida cotidiana, por lo menos pueden tratar de tender temporariamente a su ideal durante los minutos u horas dedicados a estos estudios.

A dondequiera lo lleve la verdad, el aspirante debe seguirla. Si traiciona su visión interior racional y resulta ser un traidor a su elevado ideal, por clamorosa exigencia de preconcepciones que le obligan a una baja conformidad, se condena a la pena de ser permanentemente un cautivo de la ignorancia común.

Un resumen demostrará que la búsqueda de la verdad por el estudiante comienza por la dependencia de la autoridad, asciende con el empleo de la lógica y más tarde de la razón, progresa con el cultivo de la intuición y de la experiencia mística y culmina con el desarrollo de la visión interior ultramística. La filosofía superior está tan sabiamente equilibrada y tan hermosamente integrada, que no desdeña ninguna de esas formas de conocer, sino que emplea cada una de ellas en el lugar que le corresponde. De ahí que aunque a veces la palabra "filosofía" ha sido utilizada aquí en su sentido académico, con el significado de un sistema metafísico, ha sido usada con más frecuencia en su sentido más antiguo y verdadero, con el significado de sabiduría unificada que completa la metafísica con el misticismo e incorpora la acción a la religión.

Es preciso hacer aquí una advertencia indispensable, a saber: que este libro no hace tentativa alguna de proporcionar una instrucción en cuanto a la preparación moral para la Búsqueda. Esta omisión es deliberada, por cuanto tal instrucción ha sido a menudo y ampliamente ofrecida a la humanidad por los maestros de ética, los escritores religiosos, los predicadores y los profetas. Si bien no hemos desarrollado ese tema aquí, ya que mucho se escribió y se dijo sobre él en innumerables libros, su importancia no debe ser menospreciada. Por el contrario, tiene que ser considerada por cada aspirante como una de las principales necesidades de la disciplina filosófica. El aspirante filoso-

fico tiene que entender que, como también él practica la meditación, debe satisfacer las mismas exigencias autopurificadoras prescritas para el aspirante metafísico. Si quiere que sus prácticas de meditación sean protegidas de los peligros implicados por ellas, debe tratar constantemente de no herir a otros, de ennoblecer su propio carácter, de gobernar sus pasiones y de cultivar virtudes, las virtudes principales inculcadas por los profetas de todas las grandes religiones.

CAPÍTULO VI

EL CULTO DE LAS PALABRAS

Hasta ahora este estudio se ha basado en la suposición corriente de que las palabras empleadas, como que eran de circulación cotidiana y general, eran bien entendidas tanto por el autor como por el lector. Pero la filosofía oculta, fiel a su decisión de no dar por sentada ninguna suposición, se rebela ahora contra tal complacencia universal y exige que aprendamos a conocer con más exactitud lo que estamos diciendo. En rigor, concede una tremenda importancia al análisis del lenguaje y al descubrimiento de los significados como cimiento esencial para el pensamiento riguroso que entra en su construcción.

Y el sentimiento de esa necesidad de aclaración verbal no es peculiarmente asiático, aunque sólo Asia ha llevado la satisfacción de la misma, no sólo más lejos, sino también hacia una meta inexorable y lógica. Un distinguido profesor de la Universidad de Londres hizo no hace mucho la asombrosa confesión de que:

"Cuando encaré la tarea de expresar mi propia filosofía en un lenguaje no filosófico, descubrí, con considerable sorpresa, cuan vaga era mi aprehensión del verdadero significado de términos técnicos que habitualmente empleaba con suma precisión. La tentativa de descubrir su sentido resultó ser a la postre la primera disciplina filosófica a que jamás me he sometido, y de más valor para la comprensión de la filosofía que cualquier otro estudio erudito de textos clásicos."¹

Cuando un famoso filósofo hace un descubrimiento tan desconcertante —que equivale a admitir que sólo conocía a medias lo que

¹ Profesor John MacMurray, *Freedo/n in the Modera World*.

había estado diciendo—, tenemos que estar preparados para golpes aun mayores cuando nos ponemos a examinar la forma en que la gente común usa habitualmente el lenguaje. Semejante examen forma parte esencial de este curso, porque no podemos eludir las palabras; ellas constituyen el medio de comunicación, de pensamiento, de estudio y de comprensión. Son las herramientas con que trabajamos. Lo que se revelará en este capítulo conseguirá posiblemente que la gente tímida se sobresalte de sorpresa o retroceda atemorizada. El estudiante que ha sobrevivido a las humillaciones infligidas por el capítulo precedente y todavía está dispuesto a continuar, puede prepararse a derribar unos cuantos más de sus ídolos, personales. ¡Pero aquí los proyectiles serán dirigidos contra las palabras!

Por lo tanto se nos previene que tengamos en cuenta la grave importancia de la expresión verbal. En efecto, corresponde que tengamos cuidado en este reino de la palabra escrita o hablada. Porque toda la mente se inscribe en la palabra. Nuestros procesos de pensamiento son en gran medida pensionistas del lenguaje. No podemos llevar a cabo el pensamiento conceptual sin la ayuda de las palabras. La mayor parte del *pensamiento* del hombre, en cuanto distinto de su percepción, se lleva a cabo en palabras antes que en imágenes. Las primeras dan forma al pensamiento y proporcionan las herramientas que deben ser usadas por la razón. En último análisis, las palabras no son sino servidoras del pensamiento, y, como todos los criados, deben ser mantenidas en su lugar. Por lo tanto debemos tener más cautela y vacilar más en el empleo demasiado libre de las palabras, pero saldremos gananciosos aunque nuestros vecinos puedan perder con ello. Hubo un político del partido laborista británico que podía subir a una plataforma y hablar fluidamente y con desenvoltura sobre cualquier tema. Siguió un curso de dos años en el Colegio Ruskin, donde a los hombres de su partido y de su clase se les proporcionaba el equivalente de una educación universitaria parcial. Al cabo de ese período regresó cambiado. Hablaba con lentitud y vacilación. ¿Por qué? El aumento de su capital intelectual le hizo perder su antigua seguridad y convicción; desde entonces tuvo más cuidado con las palabras. El próximo punto que hay que anotar es el de evitar la tentación de decir aparentemente demasiado cuando en realidad se dice demasiado poco. Los hombres a menudo disfrazan el vacío de su cerebro con la arrobadora profusión de su florida verborrea. Sankara Acharya, un sabio indio del siglo nueve, comparó a sus contemporáneos ilustrados y efusivos con hombres que se pierden en un bosque

de palabras largas. Hamlet fue elocuentísimo en su respuesta de tres palabras a la pregunta de Polonio acerca de qué estaba leyendo: "Pafifras palabras, palabras". El abuso del lenguaje, como de loros, maniató el pensamiento y lo enreda en gruesos nudos que tienen que ser desatados antes de poder pensar con corrección, o bien produce una traicionera facilidad de lectura que provoca la ilusión de progreso en el conocimiento. Los que confunden verbosidad con sabiduría volumen con veracidad, gustan de deleitarse en un pretencioso laberinto de palabras, pero los que saben cuan esquivas son la sabiduría y la verdad tratan a las palabras con cautela. Los primeros hablan antes de pensar, volviendo sobre sus pasos una y otra vez, en constante confusión, en tanto que los otros piensan antes de hablar. Por otra parte es igualmente peligroso, para la comprensión exacta, decir demasiado poco. Dos escolares leyeron la palabra *lápiz*. El primero es pobre y piensa inmediatamente en un trozo de lápiz de grafito. El otro es rico y la palabra le trae inmediatamente la connotación de un lápiz de oro. El que escribió la palabra no pensaba en ninguna de las dos cosas, sino en un lápiz de madera, nuevo, entero. De tal modo, las expresiones fragmentarias e inconexas no pueden conducir a una correcta comprensión de la experiencia comunicada. El lenguaje tiene que adecuarse al significado; cuando no ocurre así, entonces tenemos que buscar a tientas en un ocaso mental, o de lo contrario puede que proporcionemos significados de nuestra fabricación, que quizá resulten ser falsas suposiciones.

Un error corriente es el de suponer que los significados de la mayoría de las palabras son evidentes por sí mismos. El hecho es que muchas poseen distintos matices de significación. El lenguaje incompleto es una obstrucción para una comprensión adecuada. Se dice a menudo, por ejemplo, que cierta medida sea pública, cuando sea convertida en ley, será una *bendición*. Pero lo que es una bendición para un hombre puede ser lo contrario para otro. Si se trata de la cuestión de hacer pasar un ramal ferroviario por las tierras de un granjero, el proyecto podrá ser una bendición para el público pero un daño para el granjero. Similarmente, es inútil que uno diga que el mundo progresa y no agregar nada más. Los horrores que se han lanzado sobre la humanidad durante las dos guerras mundiales de este siglo indican progreso técnico, pero no progreso moral alguno de parte de los que han perpetuado esos horrores, sino todo lo contrario. Por lo tanto es necesario particularizar la aplicación de términos tan indefinidos. A menos de que eso se haga explícito entendiendo la declaración, esos

PAÚL BRUNTON

términos resultan inútiles desde el punto de vista del que investiga la verdad de una cuestión, por útiles que sean para impresionar con oratoria y para deslumbrar mentalmente a un público poco reflexivo. Una palabra que es leída pero no entendida del todo es una palabra muerta. A menos de que un sentido completamente inteligible vuele desde la palabra hablada o escrita hasta la mente, no habremos aprovechado nada. En ese caso, ¿cuánto más cuidado y atención tendremos que aprender a dedicar a las palabras que usamos en un estudio importante y en una discusión seria?

Esta incertidumbre es la fuente de la que fluyen muchas controversias innecesarias, y la causa real de muchas disputas inútiles. Muchas discusiones intelectuales alrededor de "hechos" se hacen en realidad en torno al sentido real de palabras sin relación con las cosas, con lo que se vuelven tan insensatas como la disputa en punto de si lo que forma un círculo es el lado convexo o el lado cóncavo de una circunferencia. Cuando nos movemos en medio de un lenguaje ambiguo estamos moviéndonos entre personas traicioneras de las que deberíamos tener cuidado. Antiquísimas riñas continúan prolongándose a causa de ese defecto. Las palabras nebulosas han sido las responsables de dolores de cabeza de tres mil años de antigüedad sufridos por desorientados metafísicos. ¿Cómo dos personas podrían tener la esperanza de alcanzar una perfecta comprensión mutua, cuando emplean dos pensamientos distintos para la misma palabra, o dos palabras diferentes para la misma cosa? ¿Cuántas disputas evitables, cuántas discusiones innecesarias han surgido de una causa tan oculta?

Supongamos que alguien pronuncia la palabra *hombre* durante una discusión en la que toman parte otras cinco personas. Y supongamos que piensa en un monje indio de cuerpo delgado, piel morena y cabeza afeitada. ¿Qué sucede en la mente de los que le escuchan? El primero se forma una imagen mental de un hombre de estatura sumamente elevada, de textura poderosa y tez rubicunda. El segundo ve con su ojo mental un hombre bajo, regordete, de piel cetrina. El tercero piensa en un hombre de estatura mediana, de físico mediano y de piel clara. El cuarto se imagina un anciano canoso en tanto que el quinto se forma en el cerebro la idea de un joven de cabello castaño. ¿Cuál de las cinco definiciones corresponde a la idea sustentada por el que habló? En consecuencia, ninguna de las seis personas podría asignar un significado fijo a esa palabra sencilla y vulgar, *hombre*. Esta palabra aparentemente fácil puede provocar una plétora de definiciones distintas. Cuando los que la oyen reaccionan de diferentes

maneras ante un vocablo tan comente, cuando no pueden ponerse uniformemente de acuerdo en un caso tan sencillo, resulta claro que muchos significados en conflicto unos con otros son creados o descubiertos por los que perciben las palabras, significados que no son en modo alguno los que les dio el que las pronunció. Y semejantes ambigüedades no son tan fácilmente evitables. Los que quisieran que la palabra *hombre* represente en todas partes la misma idea se ven obligados de inmediato a limitarla al solo caso de un hombre elegido de entre los millones que habitan en este atestado mundo, ¡dejando de este modo a los demás sin denominación ninguna! Semejante procedimiento es del todo impracticable. Para los acontecimientos cotidianos de la vida basta por lo general con cualquier definición viable de la palabra, pero para los asuntos superiores de la reflexión exacta esa es una costumbre peligrosa. El único método satisfactorio, pues, es exigir o dar una descripción más extensa de la clase de hombre de que hablamos.

Pero éste no es más que un ejemplo de ininteligibilidad nacido del uso incompleto de una palabra. Si la misma palabra pone imágenes distintas en la mente de personas distintas, ¿qué sucederá cuando varias palabras, de significado ambiguo sean combinadas para formar una cantidad de frases?

La comunicación satisfactoria se logra sólo cuando un contenido es comunicado y entendido por el lector precisamente como el autor mismo lo entendió.

El servicio que una palabra brinde dependerá del sentido que le den los que la empleen. Una palabra que no posee un significado común para todos deja de tener un valor común a todos. Cuando se la utiliza en forma, tan indefinida que pueda usársela para referirse a varios conceptos mentales, se convierte en un terreno peligroso. ¡Cuántas personas conversan con despropósitos, se embarcan en enconadas controversias o discuten en vano, sólo porque las mismas palabras significan cosas distintas en la mente de personas distintas! Entonces, si liberar el lenguaje de sus trampas de interpretación y traducir un significado perfecto de una mente a la otra es infinitamente más difícil de lo que supone la multitud, ¿cuánto más difícil no será ello cuando se efectúan investigaciones filosóficas? Sócrates fue probablemente el primer investigador semántico fuera de Asia. Ahora entendemos por qué interrogaba a los maestros y molestaba a los oradores pidiéndoles definiciones.

Por lo tanto, no siempre es suficiente definir el sentido de una palabra; a menudo debemos definir la aplicación exacta de la palabra. De lo contrario, la lectura o pronunciación de una palabra podrá tener un significado en la mente de una persona y otro totalmente distinto en la de otra persona. Lo que parece riqueza a una persona menesterosa le parecerá pobreza a una que tenga una abultada cuenta bancaria. En un caso como este es necesario relacionar la palabra "riqueza" con una esfera especial, a fin de expresar toda su significación. Aunque es más de niños que de hombres crecidos el hablar sin tener una idea clara y distinta de lo que dicen, una pequeña investigación revelará que la gente se mueve por lo común en una bruma de vagos pensamientos e ideas poco claras, simplemente porque no se preocupa por penetrar hondamente en el sentido de los términos que utiliza.

Además, el significado fluctúa con cada hombre que utiliza una palabra. Cada uno percibe sólo lo que su experiencia pasada y su capacidad presente le permiten percibir. En consecuencia la misma palabra puede significar mucho para un hombre y muy poco para otro. No nos ceguemos a tales limitaciones del lenguaje. Para el campesino italiano pobre la palabra *Norteamérica* evocó en una época una visión de un país en que abundaba la riqueza y al cual esperaba emigrar a fin de enriquecerse con rapidez. La misma palabra evoca un significado distinto en la mente del obrero italiano desocupado que vive en Chicago. Este describe con ella a un país en el que reina una lucha implacable por la supervivencia del más apto y donde la pobreza pesa más duramente que en su país natal.

La significación derivada de una palabra no tiene importancia. Todo lo que la sociedad o el individuo quieren agregarle se convierte en su interpretación adquirida. Lo único que importa es el uso. Un significado puede variar incluso de país en país y de un autor a otro. Un diccionario inglés moderno no aprobará los valores que asigne uno antiguo. El pensamiento cae inevitablemente en la falacia cuando se muestra incoherente en el empleo de términos y asigna ora una significación y ora otra distinta a la misma palabra. No se sugiere con esto que las palabras deban tener un significado fijo para toda la eternidad y que no se empleen jamás sino en una sola acepción. Tal deseo sería imposible de cumplir. Aun hoy, con todos nuestros diccionarios, ha demostrado ser imposible. El lenguaje fluye y está permanentemente en movimiento. Se adapta y readapta mientras trata perezosamente de ponerse a la altura del tiempo. No es, nunca ha sido y nunca podrá ser estático. Ha crecido sencillamente porque posee la característica del

cambio, de la expansión y de la pérdida. Está sometido a los procesos de nacimiento y decadencia, como cualquier otra forma de actividad humana. Pero es de desear que tal significación sea primero claramente establecida por definición mutua y luego respetada constantemente, cada vez que se use la palabra, si tiene un papel importante en materia de instrucción o de discusión.

Ninguna palabra es realmente errónea, y ninguna es correcta. Una palabra llega a serlo tan sólo por el empleo correcto o incorrecto que hagamos de ella. Y para su utilización diaria, ninguna palabra carece del todo de sentido, porque cada palabra tiene un valor en la mente del que la usa o del que la escucha. Por lo tanto tenemos que separar el significado que queremos darle a una palabra del significado aceptado de la misma, si queremos lograr una trasmisión exacta. Pero sólo cuando encaramos el empleo filosófico comienzan a surgir los problemas graves, y entonces encontramos una desconcertante oscuridad y una profunda negrura allí donde el mundo exterior encuentra una completa claridad y una luminosidad solar.

LA PSICOPATOLOGÍA DE LAS PALABRAS. Un acto en modo alguno permisible *nunca* a un matemático es la introducción de un favoritismo personal, un prejuicio emocional o un interés subjetivo en el empleo o la comprensión de un signo algebraico o de un símbolo geométrico. El estudiante tiene que aprender también una valiosa lección de esa clase de especialistas y aplicarla a su propio manejo de los signos y los símbolos lingüísticos, es decir, las palabras. Así, muchas personas pronuncian un juicio como "¡Este es un té excelente!" cuando lo más correcto sería que confesaran: "*Considero* que este es un té excelente". La diferencia entre estas dos formas lingüísticas puede carecer de importancia en lo que se refiere al té, pero es vital cuando está en juego la verdad filosófica, porque constituye la amplia diferencia entre el hecho objetivo y la proyección personal inconsciente sobre los hechos. En rigor, muchas suposiciones personales erróneas son la consecuencia de un lenguaje tan estructuralmente defectuoso.

Los factores psicopatológicos asoman a través de cada una de las frases usadas por una mente indisciplinada al hablar. Cuando un objeto o un acontecimiento le resulta desagradable a un hombre, emplea un término completamente distinto para referirse a él que cuando es de su agrado. Pero como en ambos casos sus sentimientos individuales —y no el objeto o el acontecimiento mismo— son los que han dictado la adopción del término en cuestión, los términos empleados no pueden

PAÚL BRUNTON

constituir indicadores exactos de lo referido. En verdad es peligroso suponer que conocemos qué quiere decir una palabra sólo porque agita fuertes sentimientos en nosotros. Por lo tanto, ¡cuánto cuidado debe tener el buscador de la verdad cuando penetra en este reino del idioma!

La gente acomoda los significados a sus deseos personales. Cuando alguien consigue derribar un gobierno por medios violentos, se intitula a sí mismo *jefe* del nuevo gobierno, pero llama *traidores* a sus rivales. Sin embargo, durante la lucha por el poder, el gobierno existente lo consideró culpable del delito de traición, y por lo tanto lo calificó de traidor. Si entonces era un traidor, no puede haber dejado de serlo después, y si no lo era, entonces el anterior gobierno empleaba la palabra en un sentido totalmente incorrecto, o, en lenguaje más vulgar, decía mentiras. De ahí que un traidor jamás logre triunfar, porque cuando triunfa deja de serlo según la ley y en los hechos. ¡Sólo los que fracasan son motejados de traidores! En ambos casos la palabra representa una confusión del pensamiento con el deseo y ha adoptado un valor puramente personal.

Teñimos las interpretaciones de palabras con nuestras emociones personales de agrado o desagrado, y de tal modo violamos la norma de exactitud. Con no poca frecuencia se llama a los dirigentes obreros "agitadores" por los patronos que no sienten ninguna simpatía hacia ellos, pero los obreros de opiniones extremistas los llaman "conservadores burgueses". ¡De tal manera, si escuchamos a ambas partes y somos demasiado perezosos para hacer un análisis crítico por nuestra parte, nos enteraremos de que la definición de *dirigente obrero* es la de alguien que simultáneamente es un revolucionario y un reaccionario! Con estos ejemplos el inmenso valor del análisis verbal se hace claramente evidente, porque nos ayuda a separar los hechos desnudos de la opinión pre-juiciada.

Cuando el propagandista religioso o el polemista político usan un nombre como *ateo* o *radical* con tan caluroso desprecio como para hacer que el término implique un juicio antes que sea posible ninguna discusión racional, resulta claro que no tienen interés en llegar a la verdad en punto de tales vocablos, sino que simplemente quieren provocar emoción e hipnotizar a su público para hacerlo aceptar cualquier cosa. Cuando un término inocente es pronunciado con tono de desdén o disgusto, como si fuese un epíteto insultante, las masas mentalmente poco protegidas no se detienen con mucha frecuencia a examinar equitativamente la idea subyacente, sino que caen víctimas de la sutil sugestión psicológica.

Los lemas y las consignas son métodos favoritos de políticos cantes de principios, de demagogos baratos, de propagandistas horros de ética y de todos aquellos a quienes les importa más los beneficios que la verdad. Usan tales frases para desatar en el cerebro de grandes cantidades de personas emociones excesivamente acentuadas, tergiversaciones ocultas, deliberadas verdades a medias o imágenes deformadas que destruyen el juicio sensato. La gente repite tales consignas en la creencia de que en realidad está pensando. Por útiles que sean esos lemas para tales propagandistas, es aconsejable investigar más atentamente su significado antes de que los aceptemos, así como tenemos" que mirar por debajo de los adornos de la oratoria para encontrar su sustancia.

Las concepciones superficiales se han arraigado tan fuertemente en nuestro lenguaje, que las verdaderas sólo pueden desalojarlas después de encontrar y vencer la máxima resistencia. El hombre corriente, que no piensa y que habla demasiado, no está dispuesto a molestarse por este choque y conflicto de significados, de modo que el filósofo debe cargar solo con el peso de la lucha. El lenguaje —la elección de las palabras y la estructura de las frases— puede ayudar u obstaculizar marcadamente en la búsqueda filosófica, y por eso el filósofo debe ser tremendamente más cuidadoso en su empleo que los demás. El descuido irresponsable de los hombres comunes se vuelve absolutamente imperdonable en él.

Los éxitos de la ciencia moderna han sido principalmente alcanzados gracias a que trabaja esencialmente con hechos. El fracaso de la lógica medieval o escolasticismo se produjo debido a que se ocupaba esencialmente de las palabras. Los triunfos de la filosofía oculta en lo referente a resolver el problema de la verdad han sido logrados principalmente porque trabaja con los hechos y las palabras. La teología medieval o escolasticismo está llena de numerosos seudoproblemas, como, por ejemplo, el de cuántos ángeles pueden posarse en la punta de una aguja, y ello porque nunca se tomó el trabajo de averiguar qué era lo que realmente sabía. "Mejor ser ignorante que ser un teólogo y saber tantas cosas que no son ciertas", dijo un hombre de negocios norteamericano, que efectuaba su culto a su propio modo místico y que supo morir noblemente y con una fe elevada, cuando el *Lusitania* fue hundido.

Los peligros de las frases metafóricas son mucho mejor conocidos que los de las literales. Cuando lleguemos al estudio de la mente descubriremos cómo la unión de una pequeña preposición de dos letras con una figura de dicción anatómica es responsable de todo lo que hay

de erróneo en nuestra visión exterior. Porque cuando decimos de un pensamiento que está "en mi cabeza", obligamos inconscientemente al espíritu a meterse en la caja ósea del cráneo. De este modo le atribuimos ciertas dimensiones limitadas en el espacio, sin haber averiguado jamás si está ubicado allí o no. Descubriremos, al cabo de nuestra indagación, que no se trata de un hecho y que el uso de esa peligrosa metáfora espacial nos conduce a la confusión y el error.

El lenguaje común es un lenguaje descuidado. Toleramos ilogicidades, ambigüedades, irrealidades, ilusiones y autoengaños. Las palabras, las afirmaciones y las definiciones poseen una importante influencia en la solución de los problemas filosóficos. De tal modo el hombre corriente se conforma, y con justicia, con decir "veo un árbol". Esta clase de afirmación es perfectamente válida para las necesidades de todos los días, pero insuficiente para la filosofía. El estudiante tiene que aprender a preguntar: "¿Cuál es el significado correcto de la afirmación de que veo un árbol?" Por medio de esta disección de palabra y frase se logra el inestimable beneficio de separar el hecho de la afirmación y la verdad de la suposición. Pone en el pleno resplandor de la luz la permanente lucha entre lo que es cierto y lo que es incierto. ¡Y por cierto que es una gran consecución la de descubrir lo que realmente sabe, y lo que no sabe pero equivocadamente cree que sí sabe! Así podrá continuar avanzando; de lo contrario queda detenido o derrochada años en perseguir fantasmas. De este modo logrará eliminar almidonadas ideas de supuesto conocimiento, haciéndolas pedazos, por así decirlo.

Los hombres pueden colocar inconscientemente en un altar toda su actitud hacia la vida, con sólo dos o tres palabras que pronuncien descuidadamente. El proceso individual de elaboración mental se revela en la frase más corta y en el párrafo más largo. ¿Cuál es nuestra reacción a la palabra *sobrenatural*? Será piadosamente definida de un modo por un sacerdote, pero de una manera distinta y desdeñosa por un escéptico. De modo que la misma palabra producirá ciertamente definiciones en pugna. Cualquiera sea el significado que ambos individuos relacionen arbitrariamente con la palabra, creen que están obteniendo una definición, pero lo que en realidad consiguen es un pensamiento que responde a su idea *personal* de la definición. De ahí que supondrán equivocadamente que están interpretando hechos, cuando no hacen más que interpretar la *imaginación* de ellos o de otras personas en relación con esos hechos.

En fin de cuentas la definición que dé un hombre depende de su teoría individual del universo. ¡El significado se convierte en una

creación de la mente! Y así el elemento de la preconcepción personal, *contra* el cual ya se ha prevenido enérgicamente al estudiante, tenderá a introducirse una vez más en los lugares menos sospechosos, en su empleo o comprensión de las sumas parciales del pensamiento que totalizan el lenguaje.

Cada palabra tiene por lo tanto dos significaciones: la significación externa, que es el *hecho* o acontecimiento objetivo de la experiencia exterior, y la significación interna, que es la *idea* que de ese hecho o suceso se forma en la mente. El hecho mismo y la expresión de él diferirán siempre y no se encontrarán jamás, hagamos lo que hiciéremos. Cualquiera sea el sentido que asignemos a un término, nunca podrá corresponder a la cosa a la cual rotula. Porque se trata sólo de una abstracción preferida — y empleamos el término abstracción en su sentido técnico. Todos sabemos lo que Napoleón dijo a sus tropas antes de la Batalla de las Pirámides, pero nadie conoce el matiz exacto de tono con que sus palabras fueron pronunciadas ni el sentimiento preciso que despertaron en cada soldado. Por lo tanto, tenemos que ser más exactos y confesar que sabemos algo acerca de su famosa exhortación pero que no sabemos y nunca podremos saber todo lo relacionado con el acontecimiento.

Las palabras nos dicen; lo que está en nuestra imaginación, no lo que está en la cosa en sí. Hablan de nuestra propia definición imaginada antes de lo que realmente *es*. En consecuencia hay una nueva trampa que aguarda a los irreflexivos y contra la cual también debemos estar en guardia. Es imposible verificar *directamente* cada afirmación hecha por otra persona en relación con su experiencia personal. Sólo podemos aceptar la verdad de su declaración sobre una base analógica o de inferencia, es decir, indirectamente. Sea lo que fuere lo que nos diga, lo único que podemos hacer es *imaginar* la idea que se alberga en su mente. Entonces, cuando nos engañamos, dejándonos arrastrar a la creencia de que hemos llegado a una comprensión directa, en verdad sólo llegamos a una imaginación individual. Cuando empleamos el mismo nombre que otros para un objeto, nos engañamos hasta el punto de llegar a pensar que nos referimos todos al mismo objeto. Pero ningún objeto puede ser igual en todo sentido para todos los observadores. La montaña que veo no es la misma que ve otro observador que se encuentra en otra posición, por ejemplo. ¡Y sin embargo ambos la designamos del mismo modo! En tales casos tenemos que ser francos y darnos cuenta de que a menudo nos formamos imágenes distintas de las de otras

PAÚL BRUNTON

personas, si bien todos ponemos el mismo nombre a esas entidades disímiles.

El hombre que ha recibido la noticia de la muerte de un amigo querido puede, en respuesta a una pregunta, explicar cuánta tristeza siente por el suceso. Pero el que lo escucha sólo entenderá aproximadamente lo que *oye*, no lo que el otro hombre *siente*. Y como los poderes de expresión verbal podrían ser débiles en el caso de este otro, incluso esa comprensión aproximada puede resultar más imperfecta aun de lo que habría sido en otro caso. De cualquier manera, la cuestión esencial es que existe y tiene que existir una brecha entre lo que dice el hombre acojugado y lo que realmente siente. ¡Por lo tanto, esa brecha indica el hecho de que la significación verbal es a la vez una significación incompleta e imperfecta, es decir, no estrictamente exacta!

De ahí que la palabra no representa toda la idea ni puede representarla. Nos dice algo *acerca* de la idea, pero no es más que un extracto de la significación total, eso es todo. La relamida satisfacción que a menudo sentimos cuando hablamos para expresarnos es una satisfacción falaz. Está sólo parcialmente respaldada por una comunicación exitosa, y es sólo parcialmente respaldable por ésta y siempre lo será. El significado de la palabra *mesa*, por ejemplo, ¿es la imagen mental que surge en la mente de uno cuando se la pronuncia, o lo es el pensamiento del objeto ante el cual el que la escucha se sienta para cenar? Si esto último, nos encontramos entonces ante el problema de que la imagen que surge en la mente del que escucha pueda diferir grandemente de la mesa en que pensaba el que pronunció la palabra. La de éste puede ser una mesa de tres patas, en tanto que la del otro quizá tiene cuatro.

No se puede tener confianza en las convenciones lingüísticas. Es evidente que tenemos que ir más allá de la simple palabra o de su sonido, si queremos obtener precisión. Tenemos que mantener claramente ante nosotros la relación real existente entre el término y la cosa misma. El hombre educado afirmará con irritación que sabe lo que quiere decir la palabra, pero en verdad confunde con frecuencia su dominio de la corrección gramatical y su amplitud de vocabulario con el conocimiento de lo que representa esa estructura del idioma. Porque las palabras no son cosas. Es fácil confundir la palabra escrita con la cosa real, u olvidar que la palabra hablada no es más que una *abstracción* de la cosa por ella significada. Cuando mucho una palabra expresará solamente una aproximación selectiva del pensamiento o la emoción, del acontecimiento o del hecho que se encuentra en *la mente* del que habla. Tal **error**

de convertir la palabra en una causa de error que impida un adecuado conocimiento del objeto mismo.

El estudiante de filosofía debe cuidar entonces de separar la palabra del pensamiento que ella representa y el pensamiento de la cosa a la que representa. Sólo entonces podrá percibir con exactitud el valor que la palabra tiene para él. Debe analizar las palabras y las estructuras de frases, retraduciéndolas a referentes reales y no imaginados. Esto exige un hurgar por debajo de la superficie, así como el cirujano hurga con su lanceta. Debe tener claridad en este sentido: que la significación de una palabra puede ser puramente verbal, es decir, no más que una cantidad de otras palabras, o absolutamente no verbal, es decir, una cosa real; y en este último caso está la cuestión posterior de saber qué proporción de esa cosa es simbolizada por la palabra. Las frases descriptivas nos dicen algo acerca de parte de un objeto, pero no consiguen hablarnos del todo de ese objeto porque son siempre, necesariamente, abstracciones. No se las debe censurar por ello, ya que poseen, como todas las cosas, sus limitaciones, y no debemos esperar que realicen milagros. Pero, dicho esto, no necesitamos empeorar las cosas mostrándonos flojos, insípidos, vagos y descuidados cuando vertemos la sustancia del pensamiento en la matriz lingüística.

Cuando a los legos carentes de conocimientos técnicos se les presentan por primera vez estos problemas de la significación, acostumbran a apartarlos por considerarlos demasiado evidentes como para que merezcan una atención especial o demasiado triviales para una consideración prolongada. Y aun los estudiantes declarados de filosofía se muestran con no poca frecuencia sumamente irritados cuando se los somete a este novedoso interrogatorio en punto de lo que parece ser el lenguaje común y familiar de todos los días. Lo consideran, en el mejor de los casos, una pérdida de tiempo, y en el peor, un engorro. No ven ninguna ventaja positiva ni interés especial alguno en semejante tarea. Se preguntan qué tiene que ver con la filosofía toda esa preocupación por simples palabras. ¿No se trata acaso de algo que concierne exclusivamente al filólogo?

La respuesta es que la importancia total de semejante estudio semántico se verá sólo con el pleno desarrollo de este curso. Sólo cuando esta investigación esté bien adelantada podrá el estudiante entender adecuadamente *por sí mismo* por qué se ha insistido en la importancia de la misma, a pesar del hecho de que la mayoría de las personas educadas supone que entiende perfectamente las palabras que emplea por lo

PAÚL BRUNTON

general. Ello no obstante, aun dentro de los límites de este capítulo se mostrará algo de su utilidad.

El futuro filósofo que se ha equipado psicológicamente para este viaje verá toda la extensión de la existencia como si le perteneciera. Tiene que dedicarse a explorar las subsuperficies en busca de la verdad de lo que oye o lee, de la verdad de lo que dice o escribe, de la verdad del mundo que le rodea, de la verdad de lo que piensa y de lo que piensan los demás y de la verdad del mundo interior, es decir, del espíritu. Pero tiene que comenzar en alguna parte, y será sumamente conveniente empezar en el punto más cercano, lo que significa que tiene que comenzar por las palabras, porque todos sus demás conocimientos tendrán que ser formulados con palabras.

¡Su indagación comienza, pues, por ponerlo todo lo mentalmente inquieto y lo lingüísticamente incómodo que sea posible! ¡Tiene que salir a perseguir fantasmas! Porque la mayor parte de los hombres, quizá todos los hombres, han estado conversando con fantasmas y tratando con transparentes espectros, bajo la engañosa impresión de que se trataba de sólidas figuras de carne. En una palabra, tiene que averiguar en qué medida su pensamiento y su habla formulados con palabras son pura tontería y cuánto es hecho verificable y verdadero, cuánto es pura equivocación y cuánto auténtica interpretación. Cuanto más claras haga sus significaciones para sí y para los demás, tanto más se acercará a la verdad. La falta de ambigüedad es, por lo tanto, un ingrediente esencial para un eficiente vocabulario filosófico. El empleo arbitrario de las palabras puede a menudo ser poco importante en el mundo de los asuntos mundanos, pero cuando se trata de la recepción o comunicación de la verdad tiene que tener sumo cuidado y fijar el significado preciso de las mismas, para inmunizarlas a la mala interpretación.

Con una serie bien definida de términos que constituya un lenguaje común entre escritor y lector, ambos pueden abrigar la esperanza de progresar un poco. Sin ella podrían caer ambos en la vieja trampa de erigir toda una estructura filosófica sin nada más sustancial que la simple ambigüedad.

Es absolutamente erróneo, entonces, considerar tal disección verbal como una pura pedantería. *Porque es parte del equipo esencial para descubrir la verdad.* Quien no quiere dedicar tiempo a este esfuerzo preparatorio está condenado a quedarse fuera de los portales de la filosofía. ¡Muchos esperan esquivar este fatigoso trabajo y conquistar sin embargo los frutos de lento crecimiento de la filosofía! ¡Ignoran que un dominio inteligente del análisis verbal les permitirá después atacar por los

flancs los argumentos especiosos y las falsas suposiciones, limpiando de te modo el terreno para su avance hacia la verdad! Pues las palabras crecen y se transforman en frases, y éstas a su vez se convierten en sistema de afirmaciones que se corporizan en series completas de pensamientos. Si las palabras mismas presuponen lo que es realmente falso, ¿quién podrá conseguir una verdad mezclándolas con otras palabras? Si los hombres insisten en mantener una actitud de indiferencia hacia los problemas de la significación, se vuelven incapaces de proseguir con el estudio filosófico. Porque el efecto psicológico de su obstinación es nada menos que una afirmación no expresada de conocimiento, que, en realidad, no existe dentro de la cabeza de ellos. Equivale a una repentina parálisis de la facultad de razonar; conduce a la aceptación de razonamientos especiosos. ¡Los hombres, ignorantes, imaginan que tales problemas son pura fantasía, cuestiones académicas, y que pertenecen al reino de las indignas discusiones medievales, como la ya mencionada acerca de cuántos ángeles podían bailar en la punta de una aguja! Se equivocan en ello de medio a medio. La solución de estos problemas tiene una aplicación práctica y una filosófica, un valor completamente insospechado por los que no han explorado profundamente en ellos.

Esta exigencia de precisión filosófica en el manejo de términos no es arbitraria. Es en realidad una exigencia de limpiar el terreno, porque el progreso es impedido por las nociones falsas y desorientadoras. Es una exigencia de que examinemos las palabras a fin de trazar una clara línea divisoria entre hechos y falsedades, de descubrir las falacias subyacentes en su empleo y de dejar al desnudo las suposiciones inexcusables o inconscientes. De tal manera, debemos guardarnos de las expresiones poco cuidadosas que dan vigencia a tonterías carentes de sentido.

EXTRAÑOS DESCUBRIMIENTOS ACERCA DE LA VERDAD, DE DIOS Y DEL ESPÍRITU. La filosofía es la amplia investigación de la verdad impenetrable, de la significación subyacente de toda la existencia. La mayoría de los hombres que adhieren a una religión, a un culto o a una escuela de pensamiento adoptan perezosamente una actitud que considera que tales doctrinas constituyen la última palabra de la sabiduría, actitud que con mucha frecuencia se irrita ante las contradicciones. La inferencia inconsciente de semejante actitud es, por lo tanto: "Yo sé que esto es verdad". ¿Pero cómo les es posible estar seguros de que lo que ellos saben *es* cierto, si no han examinado antes sus fundamentos analítica y críticamente, si no han hecho un estudio similar de.

PAÚL BRUNTON

todas las doctrinas comparativas y opuestas, y, sobre todo, si no han tratado antes de averiguar el significado adecuado de la verdad? No podemos hacer nada mejor, a fin de proporcionar una visión de una aplicación filosófica de los principios ya establecidos, que comenzar por examinar las significaciones dadas a la palabra *verdad* por algunos contemporáneos.

Preocupémonos por descubrir qué pueden informarnos los ilustrados en punto de la verdad. La encontramos definida en un diccionario común como "cierta o verídica; una afirmación verdadera; exactitud de presentación; la verdadera explicación". ¡Cuando tomamos los escritos de los filósofos para descubrir su definición, vemos ante nosotros una interesante variedad de *teorías* de la verdad u *opiniones* sobre la verdad! La escuela pragmática dice, con William James, que: "lo verdadero es el nombre de lo que demuestra ser bueno en materia de creencia". Los que sostienen la teoría de la Correspondencia dicen que "la verdad es lo que se conforma a los hechos y se corresponde con la situación real". Los protagonistas de la teoría de la Coherencia dicen que la verdad es la coherencia. Otros dicen que la palabra *verdad* es pasible de cuatro interpretaciones: en primer lugar puede ser tomada como algo que no encuentra oposición. En segundo, como algo que indica una realidad; en tercero, como una simple afirmación sobre una realidad; en último lugar, puede indicar una relación correcta existente entre dos cosas, dos personas o dos unidades, como $3 + 2 = 5$.

Por este revoltillo de definiciones en conflicto advertimos que el término es tan proteico, que resulta estrictamente nada menos que una jerga extraña, y que la creencia corriente de que todos conocen su significación es simplemente una suposición errónea. Las diferencias de connotación son demasiado amplias para tener un sentido neto. Y sin embargo el mundo usa la palabra "verdad" volublemente y pretende poseer una adecuada comprensión de su significado. En ese sentido es evidente que el mundo se engaña. El hombre común cae muy pronto víctima de la seductora sencillez de esta palabra tan corta y no sueña siquiera con que sea un punto de partida en la carrera por la comprensión filosófica. ¡Y sin embargo cree que es la meta de la carrera!

Lo más difícil del mundo es alcanzar la verdad, lo más fácil llegar a su simulacro. Por eso todos los hombres se *imaginan* conocer la verdad. En el diccionario filosófico debería destinársele a esta palabra el lugar más importante de todos, como el que tiene en los mejores textos de la India. Pero el Occidente no ha podido encontrar una definición fija con la que puedan concordar sus pensadores. Por lo general éstos

o se han ocupado de la cuestión de definir la verdad, si bien están familiarizados con la importancia del principio general de definir los términos. Pero creen que la naturaleza de la verdad final no puede ser determinada y que en consecuencia resulta inútil tratar de definir lo incognoscible. Pero si la filosofía quiere ponerse a la altura de su propósito declarado de averiguar la significación del Todo, es decir, la verdad del Todo, ¿qué otro destino aguarda a sus escritores y lectores, que no sea una caída en la oscuridad, si esta importantísima palabra elude una definición incontradecible? Sin embargo los pocos que han intentado la tarea ofrecen denotaciones tan desvergonzadamente distintas, que resulta del todo claro que están ofreciendo simples opiniones bajo un complicado disfraz lingüístico. Todas las definiciones en boga tienen sus debilidades y pueden ser destruidas por una mentalidad aguda.

Y así llegamos a la aterradora situación de que la significación de algunas de las más importantes palabras empleadas en la búsqueda de la verdad no está fijada, sino que se refiere puramente a su interpretación. Empero, tal descubrimiento ayuda a explicar por qué Buda mantuvo un silencio sereno cuando un oyente le preguntó acerca de la naturaleza del Nirvana y por qué Jesús mantuvo un silencio similar cuando Poncio Pilato le interrogó en cuanto a la naturaleza de la Verdad. Cualquiera hubiese sido la respuesta que hubieran dado, habría significado inevitablemente algo imaginado, y por lo tanto algo distinto en la mente del que preguntaba de lo que significaba en la del que hablaba. Pero la explicación completa de estos misteriosos silencios pertenece a la parte más avanzada de este curso.

¿Quizá se preguntará aquí en qué consiste la grave importancia de llegar a una definición universalmente aceptable y completamente incontradecible de la naturaleza de la verdad antes de llegar a la verdad misma? La respuesta será que somos como exploradores en un continente desconocido, que necesitan una guía para dirigir sus movimientos, ya se trate de un hombre o de una brújula mecánica. Una definición confiable de la verdad proporcionaría una dirección correcta para los esfuerzos de los pensadores, mostrándoles el camino que deberían seguir para llegar a ella. Les prevendría, como la móvil aguja de una brújula, cada vez que se encaminaran hacia el engaño, el error y la ilusión, y los alentaría cuando se dirigiesen hacia la meta correcta. Ardería perpetuamente en el cielo mental, como una estrella polar, de modo que no tendrían que perderse en inútiles especulaciones y buscar vanamente a tientas en medio de fantásticas teorías. Y esto no es todo. Les impediría

PAÚL BRUNTON

engañarse y aceptar una "verdad" sólo porque ésta les resultase agradable al paladar. Les permitiría aceptar la imaginación propia o ajena en punto de la verdad como si fuese la verdad misma. Les daría una certidumbre definitiva de perspectiva, que no poseen aquellos que no *saben* si lo que creen es verdad o no y que por lo tanto están siempre dispuestos a cambiar de opinión.

Ahora puede darse otro vistazo al valor filosófico de un vigoroso análisis verbal. ¿Cuántos hombres son totalmente hipnotizados o quedan semiatemorizados por el simple sonido de una palabra impresionante como *Dios*, apartándose de tal modo de una serena verificación y de un análisis imparcial de todo lo que ella implica? Esta palabra proporciona gran consuelo y un mágico solaz a millones de personas, pero, ¡ay!, el buscador de la verdad no puede extraer de ella consuelo alguno antes de considerar el pensamiento mismo en lugar de la palabra. Como la sociedad ha usado la palabra continuamente, durante varios siglos, las mentes superficiales llegan a suponer que el vocablo tiene que representar "algo" que existe dentro de la experiencia humana, que *es*. Sin embargo el estudiante tiene que analizar antes psicológicamente lo que esas mentalidades han hecho. Porque debe partir de una base de indagación libre de dogmas y que sea, no obstante, fructífera para el crecimiento de la comprensión, o de lo contrario será pura verbosidad. Una definición específica y exacta debe ser su punto de partida en el estudio. No tiene él la buena suerte de esos volubles sacerdotes y esos sabios teólogos que hablan de Dios con tal familiaridad y tal certidumbre, que dan la impresión de que se encontraban presentes cuando El creó el mundo, o, por lo menos, la de que, según las palabras de Matthew Arnold, "hubiesen sido personas que vivían en la calle vecina" Entonces, lo primero que el estudiante descubre es que esa breve palabra de cuatro letras puede ser entendida en muchos sentidos. Mientras escudriña entre el conglomerado de asociaciones piadosas que el término posee, percibe muy pronto que diez hombres pueden pronunciar la palabra "Dios" pero que es posible que haya importantes diferencias de opinión ocultas debajo de cada una de las emisiones de voz, aunque se las escuche a todas como si fuesen un mismo y único sonido. La palabra puede significar un ser personal o impersonal, puede representar una totalidad abstracta de las leyes de la Naturaleza o una existencia individual especial, un trozo de madera tallado o una imagen de metal moldeado. En la mente de un hombre primitivo se trata de un término puramente animístico, en tanto que en el espíritu del extinto lord Haldane era un término abstracto y absoluto. El estu-

diante no debe limitar su investigación a la concepción que se tiene de la palabra en su localidad, en su país o entre los hombres de su raza; es un buscador de la verdad de *toda* la vida, y por lo tanto tiene que reunir comparar las concepciones de todas las regiones del globo. Verá entonces que hay dioses raciales como Jehová, dioses de tribu a carradas, gobernantes personales del universo como Vishnú y espíritus impersonales sin forma alguna, y que la mente humana, en su primitividad, adora a una Deidad distinta de aquella a la cual rinde culto en su madurez.

Su intento de penetrar por debajo de la epidermis de este término y de fijar su plena significación lo lleva, de tal modo, a una fatigosa tarea, tan interminable como incongruente. Porque haga lo que hiciere, le será absolutamente imposible descubrir qué quiere decir con exactitud esta palabra desarmadoramente breve. Esta es susceptible de una cantidad de interpretaciones extrañas. Puede proporcionar quince significaciones a otras tantas personas. Probablemente ha dado nacimiento a más parloteos nebulosos que ninguna otra palabra del diccionario. Lo único que puede descubrir es lo que una multitud de personas, que van desde los simples isleños de Fidji hasta los graduados universitarios, imaginan, creen, esperan, suponen, confían o visualizan en cuanto a la significación del término, pero nadie —ni una sola persona— sabe *realmente* de qué se trata. La diversidad de definiciones dadas de "Dios", no sólo por bárbaros incultos, sino también por gente educada, es realmente escandalosa. Pocos Dioses mentales son iguales. Como se ven obligados a emplear las palabras como materia prima de su pensamiento, como las significaciones deben fluir previamente en forma de palabras antes de que puedan ser adecuadamente apropiadas por la mente, esta abigarrada mezcla de habladores sobre Dios no sabe en realidad de qué está hablando ya que no conoce el sentido preciso de la palabra. Y no sólo no saben qué están diciendo, sino que los que les escuchan tampoco pueden entenderlo. Porque es probable que las nociones que son recibidas y formadas en su mente sean del todo distintas que las que se forman en la mente de los que hablan. En rigor, todos han objetivado en la palabra sus suposiciones personales, y por medio de ella en el mundo que los rodea.

El estudiante de filosofía no debe someterse sin resistencia a una situación tan extraordinaria. Debe ponerse en guardia y tomar precauciones antisépticas contra estos serios peligros a la salud mental. Tiene que aplicar a la confiada charla sobre Dios, que constantemente se vierte en sus oídos o pasa en letras de imprenta **ante** sus ojos, la prueba

del pensamiento desinteresado. Y no puede hacerlo consultando simplemente un diccionario impreso para encontrar una respuesta a la pregunta: "¿Cuál es el significado de Dios?" Tiene que saber que todos los diccionarios son meros intentos de estabilizar las significaciones, que nunca han triunfado plenamente en su objetivo porque distintos diccionarios ofrecen distintas significaciones y que, en fin de cuentas, no son más que indicadores de una opinión interpretativa existente en el momento de la compilación; su autoridad no es absoluta. Sólo podrá hacerlo reformulando la pregunta de este modo: "¿Qué siento en mi espíritu cuando empleo esa palabra? ¿Qué hay en la experiencia del mundo o de la vida que corresponda al término *Dios*?"

Así, cuando consideramos profundamente "el significado del significado", descubrimos que es, al fin y al cabo, no más que una idea de la mente, un pensamiento que tenemos o aun una imaginación que construimos. Y como posee una existencia puramente mental, jamás es posible comparar la idea sustentada en la mente de un hombre con la sustentada en la de otro. Dos objetos externos tales como lápices pueden ser colocados fácilmente juntos y comparados, pero no dos ideas internas. En consecuencia cada oyente o lector de una palabra puede imaginarse y se imaginará sólo lo que *él* prefiere como significación. Por lo tanto una comunicación exacta y una recepción perfecta quedan de ese modo derrotadas. Tal derrota sólo puede ser evitada entrando más cuidadosamente en un examen cauteloso y en una definición previa. Cuando el estudiante no sólo ha entendido cómo aquilatar el valor de las palabras, sino también cómo valorar la significación de la significación, ha llegado entonces el momento en que puede abrigar la esperanza de descubrir lo que Dios es en realidad, en contraste con lo que algunas personas simplemente creen que El es; ¡pero no antes! Su descubrimiento no llegará de golpe, no se efectuará hasta el final de su búsqueda filosófica, pero si persevera vendrá, y en adelante ya no será engañado por las imágenes talladas de falsos dioses.

Una palabra que también ha representado un papel importante en lo referente a atrapar a los hombres en falsas concepciones o a desorientarlos con concepciones vagas es *espiritual*. ¡Ha sido empleada por los dictadores totalitarios para rotular su visión de la vida, pero también ha sido usada por sus oponentes! Hay algo de irónico en la forma con que los dictadores y los demócratas se han acusado mutuamente de ser materialistas y antiespirituales. Evidentemente existe mucha confusión en cuanto a la noción que los políticos tienen en punto de esta atrayente palabra. Pero cuando entramos en las esferas de la religión y

el misticismo la confusión aumenta grandemente. Oímos hablar de experiencias "espirituales" que, examinadas analíticamente, resultan ser magníficos estremecimientos emocionales, vuelos altamente imaginativos, visiones de seres inmateriales, etcétera. Por lo tanto las interpretaciones posibles son muchas. Finalmente, si decimos que cierto hombre es sumamente espiritual, uno de los oyentes creerá que queremos decir que tiene un noble carácter, otro supondrá que con ello indicamos que posee un temperamento sereno, un tercero imaginará que vive una vida de sencillez y soledad ascéticas, un cuarto se lo imaginará como ultrarreligioso en tanto que un quinto lo verá como viviendo en un misterioso estado de conciencia desconocido para los mortales corrientes, y así siguiendo. De tal manera, cada definición difiere de las demás.

Analícemos ahora más a fondo la inferencia de la palabra *espiritual*. Sea cual fuere la naturaleza de la experiencia espiritual o de la conciencia espiritual de cualquiera, rastréese hasta un término analítico y se descubrirá que es su mente la que le habla de ella y su mente la que le permite conocerla como existente en su vida. Ahora bien, la mente sólo puede hacer tener conciencia de algo —ya se trate de un insecto minúsculo o de un gran Dios— albergando el pensamiento de ese algo. Por lo tanto lo que es conocido de algún modo es conocido en definitiva como pensamiento. Las experiencias espirituales y la conciencia espiritual no constituyen una excepción a esta regla universal. Tampoco ellas son en realidad nada más que pensamientos, por extraordinario que fuere su carácter en todo otro sentido. De ahí que no exista diferencia entre la palabra *espiritual* y la palabra *mental*. Toda la vida consciente es vida de pensamiento. El hombre más "espiritual" vive en los pensamientos tanto como el hombre más materialista. No puede hacer otra cosa y a la vez permanecer despierto.

Ahora resulta posible entender, no sólo por qué la gente no se forma una idea clara y coherente del significado de *espiritual*, sino, además, por qué nunca podrá formársela. Lo único que puede hacer es, en forma inconsciente, construir con la imaginación un significado que les plazca al gusto o temperamento personal. El filósofo debe negarse a ser cautivado por el hechizo de la palabra y, pensando profundamente, tiene que disciplinar su propio empleo del término, a fin de lograr claridad acerca de lo que dice.

¿QUÉ ES UN HECHO? Un cuarto enemigo lingüístico, contra cuya aceptación superficial debe luchar el filósofo, no sea que lo engañe y lo pesque en la trampa de la ilusión, es el *hecho*. Porque la filosofía

PAÚL BRUNTON

de la verdad se enorgullece de basarse en hechos antes que en creencias. ¿Pero qué es un hecho? He aquí una palabra cuya significación en el uso cotidiano se da por sentada, pero incluso una indagación analítica leve nos demostrará que se diluye traicioneramente en una cantidad de otros matices. Si uno acepta arbitrariamente la primera o la tercera de estas interpretaciones, porque el esfuerzo de una mayor averiguación es demasiado fatigoso, ¿cómo podrá tener la seguridad de que su conocimiento está realmente basado en los hechos?

Supóngase que un chiquillo vuelve a su casa caminando en la vaga luz del ocaso y ve que una serpiente enroscada se encuentra a un costado del camino. Se apresura y más tarde se encuentra con otro caminante que viene en sentido opuesto. El primero considera que es su deber informarle del *hecho* de que hay una serpiente en el camino, más adelante, y prevenirle para que no la pise accidentalmente y sea mordido por ella. Al día siguiente el chiquillo vuelve a encontrarse con el hombre, quien le informa que hizo un disparo a la serpiente y luego se acercó a ella. Para su asombro, descubrió que no se trataba de un reptil sino sencillamente de un rollo de cuerda gruesa. ¡La vaguedad de la luz los había engañado a ambos! El reptil no era más que una creación de la imaginación no verificada, un autoengaño inconsciente.

¿Fue un hecho el que el chiquillo hubiera visto una serpiente? La respuesta tiene que ser afirmativa. ¿Fue un hecho el que el objeto visto era en realidad una cuerda? La respuesta, una vez más, debe ser *sí*. Pero supongamos que no se hubiera vuelto a encontrar con el hombre. ¿No habría afirmado firmemente que era un hecho el que había visto una serpiente, así como el hombre afirmaría luego con insistencia el "hecho" de que el niño no había visto ninguna serpiente?

Resultará claro para el espíritu reflexivo que tenemos que tener mucho cuidado cuando empleamos ese término. Si un hecho es algo de que nos informan los cinco sentidos, entonces a éstos les resulta posible engañarnos y proporcionarnos una tergiversación del mismo. En ese caso el estudiante tiene que agregar la palabra *hecho* a la lista de términos cuyo empleo no crítico tiene que considerarse con suspicacia. Si en lugar de pensar "He visto una serpiente" hubiera pensado "He visto algo que parece tener las características de una serpiente", no se habría engañado a sí mismo y a los demás con tanta facilidad. Esta, sin embargo, es la más simple de las dificultades que surgen cuando acepta el término. Las palabras que pertenecen a la era pre-científica y a concepciones muy alejadas en el tiempo y en el espacio

continúan infiltrándose en nuestro lenguaje y pueden llegar a inducir en error al estudiante, ahora que el referente de las mismas es algo acerca de lo cual el conocimiento contemporáneo tiene enorme extensión. Los resultados alcanzados en nuestra generación no habrían podido ser logrados en ninguna otra época anterior, porque han sido posibilitados principalmente por los maravillosos instrumentos nuevos y los delicados aparatos diseñados e inventados para ayudar a los cinco sentidos a funcionar con una precisión que no podían tener antes. Así el microscopio, el telescopio y el espectroscopio, la superficie fotográfica sensible y la célula fotoeléctrica han hecho posibles informes visuales que el ojo humano, sin ayuda, no habría podido conseguir de otro modo.

El microscopio, por ejemplo, revela un nuevo mundo ante nuestros ojos, un mundo maravilloso que nos muestra que el cadáver que creíamos estáticamente muerto está en verdad dinámicamente vivo, lleno de parásitos activos; que en el agua que nos parecía inhabitada pululan minúsculas criaturas vivas; que el filo de navaja que veíamos perfectamente recto tiene el borde aserrado y torcido y que lo que es perceptible para los sentidos desnudos no es más que una penosa y leve abstracción de lo que aún es imperceptible. Hace un siglo todo el mundo decía volublemente que las primeras impresiones puras se referían a los hechos, en tanto que la ciencia moderna declara ahora que sólo las últimas impresiones se refieren a los hechos. Ambos grupos de observaciones parecen contradecirse mutuamente, o aparentemente se falsifican uno al otro. Sin embargo muchos millones de personas han pensado, y mucha gente sigue pensando, que las observaciones más sencillas son *hechos*.

Todavía continuamos aplicando los antiguos términos primitivos a tales fenómenos, aunque todos los estudiantes de ciencias saben ahora que son técnicamente inexactos y equívocos. Nuestra mente sigue usando conceptos del mundo tal como éste es indicado por los sentidos desnudos. Nuestra habla aún abarca expresiones verbales basadas en esos engañosos conceptos. El lenguaje se arrastra perezosamente en la retaguardia de nuestro conocimiento. ¿Cómo los que usan descuidadamente un medio tan falaz de pensamiento, comprensión y comunicación podrían tener la esperanza de poner la verdad definitiva de la vida a su alcance?

Porque, en último análisis, ¿cuál es la significación de estas afirmaciones? Es la de que los hombres ponen con suma facilidad sus pro-

PAÚL BRUNTON

pias *creencias* en la palabra *hecho*. Cuando consideramos la materia científicamente, vemos que todos los objetos materiales están constituidos por voltejantes electrones. La máquina de escribir de usted puede aparecer ante los sentidos como existente continuamente y como constante, pero a la moderna investigación de laboratorio aparece como una energía cuyas oleadas se alejan ondulando en un instante. Más aun, la ciencia, como no logró encontrar una sustancia final, dejó de lado la palabra "objeto" en favor de la palabra "suceso", de modo que su máquina de escribir es un complejo de sucesos en un espacio-tiempo, complejo que no puede volver a darse en forma idéntica dos veces. La máquina de escribir, como hecho espacio-temporal, nunca puede ser idéntica en momentos sucesivos de tiempo. Mientras su preocupación por la máquina sea de orden puramente práctico, estas consideraciones podrán no tener interés para usted, porque no tienen valor cuando quiere escribir en una hoja de papel. Pero cuando su preocupación es científica, cuando trata de enterarse de algo más de la verdad relacionada con la máquina de escribir como un objeto material entre muchos otros, estas consideraciones se tornan vitalmente importantes. Entonces, sería erróneo y equívoco que usted pensara en la frase *máquina de escribir*, es decir, que la definiera, del mismo modo que la pensaría desde el punto de vista práctico. Si se atiene empecinadamente a la antigua definición precientífica, como un esclavo de ésta, es evidente que nunca llegará a la verdad científica, sino que será engañado por los cinco sentidos y corrompido por la palabra misma. Si insiste en considerar el término "hecho" como poseedor solamente del contenido superficial que el hombre corriente le asigna por lo general, es decir, si insiste en referirse a la materia en su sentido más tosco, a lo que resulta tangible para los cinco sentidos desnudos, entonces permanecerá en una atmósfera de pensamiento que le impedirá la adquisición de la verdad. Y esto no es todo. Si pudiera esperar mil años y presenciar el proceso de enmohecimiento gradual y de decadencia eventual por el que pasaría la máquina de escribir, la vería, a la larga, desmoronarse convertida en polvo y desaparecer de la vista por completo. Así, se transformaría en alguna otra "sustancia". En una forma completamente nueva, continuaría su existencia. La indagación acerca de la naturaleza de esa existencia final es una tarea que se eleva por encima de la ciencia para entrar en el reino de la filosofía, la que revela entonces una versión previamente insospechada de la significación de "hecho", a la que el estudiante llegará a su debido tiempo y que en el momento actual está más allá del horizonte del hombre de ciencia especializado.

De tal manera, la filosofía no se conforma con conocer el hecho de un momento; también quiere conocer el hecho permanente, si existe. De ahí que al filósofo le resulte de poca utilidad que se le diga que algo es un hecho, cuando la afirmación es efectuada por alguien que nunca trató de conocer las características y las pruebas de un hecho. Si quiere llegar efectivamente a la verdad *definitiva*, por cierto que tiene que retraducir una parte de la terminología de la vida cotidiana. No puede usar siquiera un término precientífico como "hecho" *sin discriminación*, so pena de mutilar el conocimiento moderno, porque no es más que una entre numerosas palabras importantes tomadas en préstamo del reino de la experiencia de todos los días que, empleadas descuidadamente, pueden impedirle llegar a un pensamiento correcto, porque sus significaciones han quedado demasiado borradas debido a su mala utilización popular. ¡Cuánto más cierto no será esto en el caso en que ascienda por sobre el nivel científico hasta llegar a la atmósfera aun más enrarecida de la interpretación filosófica de esas palabras! Tal corrección de su vocabulario llevará a la corrección de su pensamiento, porque ambas cosas son inseparables. Las palabras poco meditadas de esta naturaleza llevan sobre sí una pesada carga de antiguas comprensiones a medias, de equívocos primitivos y de modos erróneos de pensamiento de otra época, de los que tienen que ser purificadas cada vez que se las emplea para algo más elevado que los simples fines prácticos rudimentarios. Es preciso buscar la liberación de estos defectos. El lenguaje está vinculado al conocimiento y, lógicamente, tiene que evolucionar con él y no arrastrarse penosamente detrás de él.

Nuestro examen de estos cuatro términos, *verdad, Dios, espiritual, hecho*, ha revelado las contradictorias definiciones que cada uno de ellos puede tener para distintas personas que los empleen. Son locuazmente empleados por todos, por los hombres de la calle que nunca les han dedicado un día de pensamiento, por muchos que son incluso incapaces de dedicarles tal pensamiento y—¡es preciso decirlo!— por todos los místicos que presumen que sus experiencias extáticas les dan derecho a decir la última palabra en relación con ellos. ¿Cómo podría alguna de estas personas tener certidumbre al respecto, cuando no se ha tomado previamente el trabajo de cerciorarse qué es lo que se corresponde con sus palabras? Pero la brumosidad de sus pensamientos le proporciona un refugio conveniente debajo del cual puede cobijarse contra preguntas inquietantes o repentinas dudas. El estudiante no puede permitirse el lujo de tolerar tales debilidades.

PAÚL BRUNTON

Este examen ha mostrado también la vital importancia de obtener una comprensión definida de las palabras-pensamientos que pueden hacer el papel de brújulas para sacarlo de toda esa confusión y darle una orientación adecuada en su búsqueda. Este esfuerzo para lograr una *comprensión* semántica es lo que el estudiante debe tratar de realizar de ahora en adelante, y también debe poner dentro de la esfera de esa comprensión ciertos otros términos importantes de naturaleza similar, a medida que vayan surgiendo. Debe cuidarse de emplear palabras que produzcan satisfacción emocional pero carezcan de claridad intelectual; debe tener cuidado con los términos que fomentan antiguos prejuicios y costumbres arraigadas sin definir nada concreto. Tiene que reconocer que liberarse de la tiranía del lenguaje superficialmente empleado equivale a liberar su mente del fardo de la ignorancia y la mala comprensión. Debe protegerse contra las falsas teorías que se apoyan, no en los hechos verificados, sino en ficciones de construcción puramente verbal.

El propósito de este capítulo no es el de tomar todas las principales ideas expresadas en términos religiosos, místicos, filosóficos o cotidianos y analizarlas. Palabras como *intelecto*, *razón*, *realidad*, *existo*, *mente* y otras irán apareciendo y serán definidas a lo largo de este libro, y una reeducación del pensamiento puede llevarse a cabo cuando se atienda adecuadamente a su significación. El objetivo exacto de este capítulo es el de preparar la mente del lector mostrándole ampliamente la forma de encarar con exactitud los problemas verbales que surgen, explicándole el *principio* general que tiene que seguir de ahora en adelante. La primera dificultad de los problemas de filosofía es que su verdadera naturaleza queda por lo común oculta para los que tratan de resolverlos, porque los términos de lenguaje en que tales problemas son formulados surgen al cabo de una larga serie de procesos conocidos y desconocidos. El análisis ayuda a exhumar lo que hay implícito en ellos.

Por lo tanto, el buscador tendrá que aplicar el método de la disciplina verbal, no sólo ahora, sino también a cada nuevo paso de su estudio. En consecuencia, tiene que aprender aquí a captar una característica intelectual especial. En el capítulo anterior se le dijo que asimilara ciertas otras características esenciales para la investigación filosófica. Entonces, estos dos capítulos son complementarios el uno del otro. Una consecuencia de este esfuerzo será la de que -escapará gradualmente del error que a menudo acusa a tantas personas religiosas, místicas y metafísicas entre otras, en el sentido de que han aprendido algo verídica-

mente nuevo, cuando en realidad no han aprendido otra cosa que palabras sonoras. Descubrirá que la gente explora las palabras en busca de ideas que no contienen, que nunca han contenido y jamás podrán contener, palabras que a menudo son meros sonidos huecos. Llegará a tener especial cuidado de las significaciones indefinidas, de las palabras emocionales que parecen tan llenas de sentido pero que en verdad están repletas de insensatez. Los políticos, los oradores y los demagogos gustan especialmente de utilizar palabras grandilocuentes, lemas y frases que, o apestan a grosera exageración, o no quieren decir absolutamente nada atinado, o se pronuncian con la intención de provocar fuertes sentimientos ciegos, o tratan de encubrir hechos incómodos ... ¡y los encubren !

Poseen un hechizo arrobador, un efecto hipnótico que les confiere una semblanza de significación pero oculta su vacuidad. Cuando el estudiante analiza resueltamente esas frases, puede destruir sus falsas pretensiones de conocimiento.

El empleo de palabras carentes de sentido puede conducir incluso a un hombre reputado de inteligente a creer que está investigando datos determinados y hechos objetivos, cuando en realidad no hace otra cosa que investigar sus propias alucinaciones, en las que puede estar absolutamente envuelto, como una mosca atrapada en la tela de una araña. La mayoría de las personas se encuentran bajo la influencia de la ilusión de que todas las palabras tienen que representar necesariamente una cosa no verbal, Pero en realidad es posible que no haya absolutamente nada debajo de la superficie de esa ilusión. La falsedad de esta creencia de que cada palabra tiene que poseer una significación está demostrada por la posibilidad de usar frases como "el hijo de una mujer estéril" y "flores del cielo", que resultan claramente ridículas, incluso para un colegial, pero no más ridículas para un filósofo que numerosas expresiones irreflexivamente empleadas por la gente, de los círculos más altos a los más bajos.

La base de esta crítica es la de que se debe guardar silencio acerca de la *verdad* de las cosas cuya existencia nunca se ha verificado y nunca se podrá verificar. En tal caso, hablar es imaginar y, por lo tanto, apartarse del camino recto de los hechos estrictos. No tenemos que permitir que una palabra nos engañe hasta el punto de hacemos creer que estamos tratando con objetos, experiencias y existencias cuando en realidad no hacemos nada de eso.

"Esta palabra, ¿designa algo real o algo ficticio?", tiene que llegar a ser una pregunta constante cada vez que nos veamos ante afirmaciones

hechas por muchos defensores y muchos propagandistas. Cuando una palabra sirve para expresar lo inconcebible, puede cegar muy pronto el juicio de un hombre y llevarlo a aceptar lo inexistente. Este lanzar un término sin sentido tras otro, esto de moverse en círculo, volviendo a la palabra original sin haber proporcionado una explicación verdadera de significación durante el viaje, es seudointerpretación. ¡De esta manera se construyen magníficos mundos verbales en los que sus creadores viven dichosos por siempre jamás! En todas partes los hombres sustentan falsas opiniones debido a su incorregible costumbre de suponer que algo nombrado es algo que existe, debido a su tendencia tradicional de confundir las palabras vacías con realidades sustanciales. De ahí la necesidad de examinar las afirmaciones para asegurarse de si son realmente pensables o si son simples seudesignificaciones — series de símbolos con nada sustancial en materia de experiencia humana que corresponda en realidad con ellos. En pocas palabras, es la necesidad de llegar a lo que se conoce realmente, de develar las suposiciones ocultas y de elucidar lo que se hace cuando se dice que una cosa es cierta.

El estudiante de filosofía no tiene más remedio que *empezar* por desconfiar de todas las palabras que no representen una cosa particular dentro de su experiencia personal definida y universal. Debe dudar de los ídolos verbales que hombres de antes o tradiciones actuales han erigido para que los adorara. Tiene que apartar a un lado la sencilla fe de que la existencia de una palabra significa necesariamente la existencia de una cosa o de una idea denominada por esa palabra. ¡Entonces podrá descubrir, para su asombro, que esa supuesta existencia no es tal existencia! Es claro que, si bien esa palabra no representa ningún objeto existente, como se supone, puede representar un sentimiento de una persona que la pronuncia, y a su vez provocar un sentimiento de la misma clase en el oyente.

De tal manera, tiene que buscar la sustancia sólida que hay detrás de la pompa del lenguaje, llegar al "significado del significado". Antes de poder comenzar correctamente con una frase como "¿Cuál es la naturaleza del mundo que me rodea?" tendrá que preguntar: "¿Cuál es el carácter de esta expresión, 'naturaleza del mundo'?" Tendrá que aprender a formular las preguntas con corrección, si quiere obtener respuestas correctas. Los químicos del siglo dieciocho se perdieron en la falsedad de la teoría del flogisto porque preguntaron "¿Qué sustancia especial está involucrada en el proceso de combustión?" en lugar de preguntar: "¿Qué clase de proceso es la combustión?" El lenguaje debe ser acomodado para adaptarse a la búsqueda de la filosofía y no a la

inversa Las palabras que no tienen significación deben ser implacablemente abandonadas. Las palabras que poseen una significación ambigua tienen que ser enérgicamente aclaradas. Las palabras que pretenden representar hechos pero en realidad representan imaginaciones tienen que ser reveladas como lo que son. Todas estas palabras tienen aherrojado al filósofo en ciería, y limitan el campo de su investigación, hasta que él separa la realidad conceptual de sus significaciones de la realidad real el significado ficticio del significado verdadero. La elucidación de sus significaciones últimas es una etapa necesaria en la elucidación de la última verdad, porque implica la reconstrucción total del pensamiento. La reorientación involucrada en esta revisión de las evaluaciones verbales para establecer la conformidad de éstas con la visión filosófica, hay que admitirlo, resulta penosa al principio. Puede resultar trabajoso adquirir una minuciosa autoconciencia lingüística, pero el arduo esfuerzo se convierte con el tiempo en una fácil costumbre. ¡Aun así, los semieducados lo consideran francamente un fastidio, mientras que el sexo femenino por lo general lo ve como un engorro! De ahí que observemos que pocas mujeres se dedican a la filosofía y que a muy pocos hombres les gusta, a no ser que sus antecedentes mentales o su avidez de verdad sean de buena calidad.

Es preciso agregar que el efecto general de este autoadiestramiento verbal aparecerá ciertamente dentro del campo de la vida de todos los días. Así como la mente se vuelve más exigente en las demandas que plantea a los pensamientos y las palabras durante la indagación filosófica, así irá extendiendo lenta y automáticamente la costumbre de incluir los asuntos prácticos comunes. El estado universalmente descuidado que caracteriza la mayor parte del pensamiento, que impregna una buena porción de lo que se escribe y deforma la conversación diaria cederá el paso gradualmente a una certidumbre significativa, resuelta y realista. Es probable que estas consecuencias sean de largo alcance. No sólo los rótulos, sino la sustancia misma del pensamiento quedará alterada y mejorada. Cuando prestamos atención a la significación estamos prestando atención a algo cuyo alcance se extiende más allá de la esfera de la comunicación o aprendizaje; es arrastrado por el ímpetu de su propia costumbre hacia otros ambientes y otros campos de actividad, donde cosechamos los beneficios consiguientes. No es exagerado decir que conduce a una reeducación mental. De tal modo desarrollamos una capacidad para el pensamiento independiente. "Está claro que las palabras fuerzan y gobiernan al entendimiento", confesó ese maestro de las palabras, Francis Bacon. Fue *lo* suficientemente penetrante para se-

ñar que de todos los obstáculos impuestos al razonamiento correcto, el de las palabras era "el más molesto de todos", y su prevención a todos los presuntos filósofos tiene que ser recordada eternamente: "Las palabras, como el arco de un tártaro, disparan de rechazo contra el entendimiento y enmarañan y pervierten poderosamente el juicio". Si la estructura del lenguaje es en fin de cuentas un sistema de inferencia, las posibilidades de error e incertidumbre son sumamente reales. Las afirmaciones que representan imperfectamente a una cosa pueden llevar siempre a un pensamiento incorrecto sobre esa cosa.

Como anteriormente en este libro, es necesario formular una advertencia. No debe haber ningún equívoco en cuanto a la función del análisis lingüístico. Esto no quiere decir que el habla tiene que existir *sólo* con el fin de expresar hechos. No quiere decir que todo el lenguaje metafórico, todas las bellezas de la poesía, todos los placeres de la ficción, todos los descansos del humorismo y todos los trabajos imaginativos deben dejar de ser expresados o apreciados. Los toques leves y a menudo groseramente exagerados que el humorismo proporciona a la conversación, las coloridas pinceladas que la lectura de novelas da al descanso, no deben ser rechazados desdeñosamente. Aquí no se dice nada en contra de goces tan razonables de la vida. "Sé un filósofo —aconsejó el escocés Hume—, pero en medio de toda tu filosofía sigue siendo un hombre."

Lo que realmente se quiere decir es que, ya sea que se hable humorísticamente o que se aprecien las tonterías del humor, no hay que olvidar el hecho de que es una tontería; de que, cuando se escriben o se leen irrealidades fantasiosas, hay que saber qué es lo que se está haciendo y no caer en la creencia de que tales fantasías poseen alguna sustancia; y de que, en medio de todo el parloteo inseparable de la vida social, no hay que dejarse arrastrar a la inconsciencia por la insignificancia de ese parloteo o a la confusión de la práctica con las necesidades filosóficas. Lo que necesitamos para la vida cotidiana no tiene que ser juzgado por las normas de lo que nos hace falta para la investigación filosófica. Podemos complacernos en todas las tonterías que nos dé la gana en relación con lo primero, dentro de los límites del gusto personal, pero no es posible que nos dediquemos a la más leve tontería en lo que respecta a lo último. Podemos pronunciar un millón de palabras sin sentido durante los chismorreos de toda una vida, sin hacernos mucho daño, o haciéndonos ninguno, pero no debemos pronunciar ni pensar una sola palabra carente de sentido durante la indagación filosófica sin perder nuestra correcta orientación. Podemos cargar nuestras

frases con toda la imaginación artística o el colorido emocional que deseemos, siempre que no nos engañemos con ello y podamos reconocer lo que hemos hecho. Podemos leer página tras página de novelas, siempre entendamos la naturaleza nada filosófica del lenguaje con que estamos tratando. Incluso podemos arengar a una reunión política con metáforas equívocas y con insinuaciones figurativas, si ésa es nuestra obligación, pero no tenemos que caer en los errores que preparamos para otros.

El lenguaje no tiene por qué ser despojado del colorido y la fantasía, siempre que retengamos en la conciencia el conocimiento de que *se trata* de colorido y fantasía. El arte es admisible en la vida del filósofo tanto como en la vida del empírico. Podemos gozar de todo ello al máximo, pero no lo establezcamos como norma por medio de la cual juzguemos la verdad; antes bien, mantengámoslo en la conciencia, fuera de los aledaños de nuestra aguda búsqueda de lo que es definitivamente real. Debemos renunciar a ello para ascender a las alturas, como un frío asceta que renuncia al mundo, pero podemos volver a retomar lo serenamente en cuanto la mente se aparta de ese estudio. De ese modo se desarrollará gradualmente un punto de vista doble: el práctico y el filosófico. Tal dualidad durará mientras el hombre sea un buscador, pero para el sabio que ha alcanzado la meta oculta la vida entera se convierte en una sublime unidad, y no necesita protegerse de nada. ¿Qué hace la mente cuando busca una significación? Esta pregunta proporciona una tarea filosófica de primera magnitud, y su respuesta es en sí misma un triunfo mental.

Este capítulo puede ser resumido con la afirmación de que cuando un hombre habla o escribe revela, no sólo lo que sabe, sino también, inconscientemente, lo que no sabe. Su ignorancia, no menos que su conocimiento, queda desnuda en sus frases para ser captada por el discernimiento filosófico. Constituyen ambas un documento de autorrevelación, una manifestación de su mente subconsciente no menos que de su mente consciente. Sólo el sabio puede alcanzar una exacta formulación de su conocimiento, en tanto que los demás revelan la pobreza de su pensamiento por medio de construcciones lingüísticas ambiguas, tendenciosas, inexactas o vacías, porque sólo él ha hurgado en las raíces de sus propias ideas. De tal manera, sólo el sabio puede descubrir, por el estilo de la conversación de un hombre, por el carácter de sus estructuras lingüísticas, la etapa precisa del camino a la verdad a que han llegado su inteligencia y su conocimiento.

PAÚL BRUNTON

El análisis filosófico en cuestiones lingüísticas, practicado según los lineamientos aquí indicados, ayudará al estudiante a ver si cualquier afirmación que hacen él u otros proporciona una auténtica información o una simple información errónea. Porque la filosofía de la verdad es enseñada en forma especial y peculiar. Comienza por conducir a los hombres a la verdad al señalarles su error, al mostrarles cómo piensan o dicen tonterías, al hacerles desaprender conocimientos ilusorios y al recordarles luego que la penetración en un plano más profundo de investigación es posible y deseable. Se establece en la mente de sus estudiantes, no tanto por la afirmación de lo que *es* como por la eliminación de lo que *no* es. Despliega los principios rectores de todos los demás puntos de vista conocidos sobre la existencia y luego les demuestra la falsedad y los errores de los mismos. Cuando estas falsas opiniones son arrojadas de la mente, se llevan consigo numerosos problemas, pseudo-problemas y atormentadoras dudas que han inquietado el pensamiento de todas las épocas pero que no fueron solucionados nunca porque nunca pudieron serlo, porque no tendrían por qué haber surgido jamás. Y finalmente dice: "Dios existe, pero El no os podría ser revelado *tal como realmente es* antes de que libréis vuestra mente de las ideas erróneas que albergaba acerca de El. Sólo ha quedado preparado el camino para que lo encontréis, para que encontréis la Verdad y encontréis la Realidad, la sagrada trinidad que es realmente Uno". De ahí la altísima importancia de este método de análisis crítico.

De tal manera, las sutilezas del lenguaje pueden ser moldeadas y transformadas en una llave maestra que abre muchas puertas de los misterios del pensamiento y del ser.

CAPÍTULO VII

LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

"¿Existía una nueva fuente, finalmente satisfactoria, de obtener el conocimiento?" Tal fue la pregunta formulada en el primer capítulo de este libro, luego de una breve referencia a la fe religiosa, al pensamiento lógico y a la experiencia mística, caracterizándolos a todos ellos como parciales, insuficientes y carentes de una certidumbre absoluta. Los capítulos subsiguientes proporcionaron nuevos datos para esta conclusión. Ahora es preciso llevar a cabo un análisis y encontrar una respuesta, en lo posible, a la pregunta que encabeza este párrafo. No debe pensarse, sin embargo, que la fe, la intuición, el pensamiento lógico y el arrobamiento místico carecen de valor. Por el contrario, tienen su lugar adecuado y sus utilidades especiales, pero deben ser considerados solamente como etapas. No son ni podrán ser nunca instrumentos perfectos al servicio de un hombre que busca nada menos que la completa certidumbre. Si lo hubieran sido, el mundo habría solucionado hace mucho tiempo sus antiquísimas dudas, y su prolongada búsqueda sería hoy innecesaria. La mera presencia de tantas opiniones en conflicto, que continúan desorientando a la humanidad, demuestra la insuficiencia y lo poco decisivo de tales fuentes, en las que la humanidad ha confiado principalmente en el pasado.

El indagador fatigado puede sentirse muy bien impulsado a preguntar si la mente humana es capaz de resolver problemas últimos. Esta es una pregunta importante. Es precisamente la misma que nuestra primera pregunta, pero formulada de otro modo. Su respuesta implica la contestación a otras preguntas, tales como "¿Cómo consigo yo el conocimiento? ¿Qué quiere decir conocimiento? ¿Qué conocimiento es el verdadero?", todas las cuales deben ser encaradas por el filósofo si quiere caminar con precaución en la luz y no con dudas en la oscuridad. Toda investigación en punto de la significación final de la experiencia y del misterio del mundo representaría un derroche de tiempo, si

PAÚL BRUNTON

los límites de tal investigación nos fueran fijados de antemano por duras barreras infranqueables que rodearan todos los medios disponibles de conocimiento. Por lo tanto es mejor conocer lo peor, si es que existe, antes que abandonarse a la locura de realizar una búsqueda interminable. Emmanuel Kant tuvo el honor de ser el primer pensador occidental en formular la pregunta de si el hombre poseía un instrumento mental adecuado para el conocimiento de la verdad. Llegó a una conclusión grave. Afortunadamente, nosotros no tenemos por qué ser tan pesimistas, porque descubriremos, como los descubrieron los sabios indios, que sólo lo mejor nos espera al final y que el enigma de la vida *puede* ser solucionado con los recursos actuales del hombre. Un niño es demasiado desvalido para encontrar por sí mismo el camino de la vida. Se ve obligado a depender de otros, a saber, de sus padres. Del mismo modo los hombres maduros que se sienten más o menos ignorantes e inseguros en cuanto a la interpretación de la existencia en general tienen que buscar la ayuda de otros. Así, para satisfacer esa necesidad, surge la primera orientación ofrecida al hombre, que es la de la autoridad, ya sea religiosa, política, cultural u otra, ya sea tradicional o no. Esa autoridad le dice: "¡Cree y estarás a salvo!"

Por lo tanto debemos comenzar un examen de ese autoritarismo con el sorprendente postulado de la ignorancia universal. Y esto significa que las masas siguen siendo infantiles en ciertos sentidos. Millones y millones de hombres maduros y de mujeres adultas que viven hoy en el mundo son todavía intelectualmente niños que aceptan plenamente y creen por completo todo lo que es absurdo y mucho de lo que es falso. No debemos asustarnos de esta afirmación. En las operaciones de aritmética encontramos que la cifra de un millón multiplicada por cero sigue siendo igual a cero. En la vida humana el mismo cálculo valora el *conocimiento* de la mayoría de la gente. Pero siendo la sociedad lo que es, las masas de la humanidad, atareadas con su trajín o sufriendo con sus preocupaciones, deben confiar en el autoritarismo, y en tiempos normales no pueden, por lo general, encontrar mejor guía que la tradicional para atravesar el laberinto de problemas de la vida, siempre que no se abuse de la confianza.

Tómese por ejemplo la religión. Una religión tiene que establecer su autoridad congelando sus opiniones y convirtiéndolas en afirmaciones formales y en dogmas fijos. Tiene que anunciar estas doctrinas como verdades "sagradas" sobrenaturalmente reveladas, no como verdades humanas discutibles. En cuanto se muestra dispuesta a discutir las

sobre cualquier otra base que no sea la de la revelación dada e infalible, abre la puerta a numerosos cismas y a un lento pero seguro debilitamiento de toda su posición. La continuación de semejante debilitamiento conduciría un día a su colapso. En consecuencia la religión, prudentemente, ofrece su conocimiento al hombre como algo recibido de una fuente superior, de un ser superior o de un mundo superior, como algo que tiene que aceptar piadosamente, con fe indiscutida, y mantener reverentemente como tradición incuestionada.

Examinemos esta posición. Resulta históricamente satisfactoria para las masas, que, como es natural, se inician en la vida con las concepciones más sencillas posibles y que están dispuestas a aceptar el universo en que se encuentran sin devanarse mucho los sesos en ese sentido. Pero su valor es pequeño para los pocos que se dedican a la búsqueda de la última certidumbre y a quienes se aconseja, por lo tanto, que comiencen con el ejercicio de la investigación agnóstica.

¿Por qué han recomendado los sabios una actitud tan cautelosa?

Porque, en fin de cuentas, toda famosa escritura no es más que un libro que alguna vez escribieron algún hombre o algunos hombres, porque de lo contrario no habría existido, y porque las creencias religiosas florecen en tan inmensa variedad de desconcertantes contradicciones. Quien se aventure a indagarlas todas imparcialmente terminará al cabo de una inevitable confusión. Se verá totalmente incapacitado para convertir ja masa de afirmaciones en conflicto en especie alguna de unidad. Nunca podrá *saber* con seguridad cuál de los dioses a que se rinde culto existe en realidad, o cuál de los relatos cosmológicos es correcto, o cómo armonizar los dogmas irreconciliables o las distintas explicaciones del cielo y el infierno. Ni siquiera podrá atisbar en la mente de otro hombre que tenga delante, porque la mente es la única característica que jamás se encuentra normalmente abierta a la inspección pública.

¿Cómo podría entonces escudriñar en la mente de un ser totalmente invisible —Dios— y afirmar que éste es misericordioso? Por lo que él sabe, Dios podría ser implacable. El conocimiento de lo que ocurre en la mente de Dios debe necesariamente limitarse a Dios mismo. Si trata de leer los pensamientos de Dios, sólo logrará leer los pensamientos de su propia *idea* de Dios, es decir, ¡su propia imaginación! Su creencia relativa a Dios es en definitiva su imaginación acerca de Dios; en modo alguno es un conocimiento verificable. Y cuando percibe la mano de la divina intervención en su vida o en la de los demás, su percepción es en realidad no más que un esfuerzo imaginativo por su parte; tal esfuerzo podrá satisfacer plenamente sus sentimientos perso-

PAÚL BRUNTON

nales y proporcionarle mucho solaz, pero no será nada mejor que cualquier otra imaginación, como criterio de lo que es cierto.

¡En resumen, su mente puede llegar a descansar por entero en cualquier religión sólo porque es incapaz de investigar profundamente o porque está cansada del pensamiento agudo, pero no porque haya encontrado la verdad! Los documentos de la historia nacional y la prueba de la experiencia individual han demostrado a menudo en este mundo que la fe no es digna de confianza; por lo tanto no puede conducir a un conocimiento uniformemente cierto.

Se preguntará, quizá con horror: Y entonces, ¿los sabios enseñan el ateísmo? La acusación no puede ser admitida ni negada. Lo enseñan en lo que se relaciona con los dioses dudosos, es decir, los dioses imaginados. Lo niegan en lo que respecta al verdadero Dios, es decir, Dios tal como realmente es. Pero no dogmatizan en cuanto a este último. Lo que es Dios constituirá parte del objeto de nuestra búsqueda, y sólo podrá ser asegurado *después* de dicha búsqueda. Es un enigma que hay que resolver, no un dogma que es preciso fijar. Si al comienzo tenemos que dudar de los dioses hechos a la medida y rechazar a éstos y a sus legados de revelación en cuanto fuentes de conocimiento seguro, lo hacemos sólo para limpiar el terreno con vistas a una completa investigación de lo que es la verdad irrefutable en punto de toda la cuestión. Y si se pueden anticipar aquí, esperanzadamente, conclusiones posteriores, lograremos, por medio de la filosofía, redescubrir el verdadero Dios en lugar de perderlo.

Un famoso hombre de ciencia contemporáneo, después de respaldar admirablemente el valor de la filosofía para la ciencia y para la verdad del idealismo metafísico, se dedicó a partir de entonces a alejarse de la filosofía y de la ciencia, a la deriva, y se fue flotando hacia la simple especulación. Escribió reverentemente sobre el "divino arquitecto" responsable de este mundo. Cayó en la fácil falacia de pensar que, puesto que las mejores clases de seres humanos planean sus casas arquitectónicamente antes de construir las, Dios también debió planear Su universo del mismo modo. De ese modo redujo a su Dios todopoderoso al nivel de un simple ser humano. ¿Dónde está la justificación del hecho de haber reducido la estatura de Dios de esta manera? ¡El hombre de ciencia no vio, por desdicha, que todas estas especulaciones antropomórficas no eran más que una refinada blasfemia! Semejante Dios existía en su imaginación y no podía demostrarse, para satisfacción de todos, que existiese en realidad.

El estudiante de filosofía no debe hacer una profesión de fe ante el altar, porque él, por encima de todos los demás, busca la verdad; tiene que limitar su indagación a los hechos y no a las imaginaciones especulativas.

Estas palabras no resultarán agradables para las personas sinceramente piadosas. Pero cualesquiera sean las críticas que puedan hacer a estas afirmaciones, siempre hay un hecho inconveniente del cual por lo general los religiosos tratan de hacer caso omiso. Dios nos ha dotado a todos —por débilmente que fuere— del poder de pensar, de la capacidad potencial para discriminar y razonar por nosotros mismos. ¿No tenemos entonces que emplear Su don, en lugar de despreciarlo? Sin embargo, en este punto nos preocupamos menos por la existencia y la naturaleza de Dios que por la ayuda que puede obtener el buscador de la verdad de las revelaciones de la religión en su forma popular. La cuestión está involucrada en otra mayor, la de la validez de la creencia en alguna autoridad, ya sea religiosa o cualquier otra. Aquí es preciso prevenir una vez más al lector de que no cometa el error de confundir distintos sistemas de dimensión en el mundo del pensamiento. La misma regla no debe ser empleada para medir la utilidad y la verdad. No nos preocupa por el momento el valor práctico del autoritarismo; éste tiene innegablemente su lugar y por cierto que es absolutamente indispensable para regular los asuntos de la sociedad. Estudiamos ahora la cuestión desde una dimensión superior, la de la filosofía, la de la búsqueda de la verdad última, y *por el momento* el lector debe apartar por completo de su pensamiento la dimensión inferior; de lo contrario mezclaría los problemas y confundiría sus pensamientos. Y ahora demostrarán su valor las capacidades esenciales descritas en un capítulo previo. En rigor, sin el pasaporte que nos proporcionan las mismas, el estudiante no puede pasar más allá del umbral de esta dimensión.

Tiene que haber una inflexible negativa a ser intimidado por la autoridad. Debe existir una actitud que sondee profundamente y que diseque todos los dogmas establecidos para el consumo; debe haber libertad en relación con los antiguos prejuicios y las predilecciones irracionales implantadas por la herencia, el medio y la experiencia; tiene que haber el valor de resistir a la presión emocional engendrada por las fuerzas sociales convencionales, presión que arrastra a la mayoría de la gente en la comente de la falsedad, el disimulo y el interés egoísta.

PAÚL BRUNTON

¿Qué encontraremos cuando la autoridad de un libro, de una biblia, de un hombre o de una institución es ofrecida como única sanción de la verdad filosófica de cualquier afirmación? ¿Encontraremos que siempre es posible descubrir en otra parte otro libro, otra biblia, otro hombre u otra institución que pueden ser también ofrecidos como sanción de una afirmación directamente opuesta! Cualquier cosa que pudiera ofrecer una parte puede ser contrarrestada con otra opuesta, justificablemente o no, por la parte contraria. Apenas existe un dogma religioso, sociológico, económico, político, literario, artístico, metafísico o místico en la historia de la cultura antigua, medieval o moderna que no tenga o no haya tenido alguna vez su contraparte. Apenas hay una afirmación que no haya sido vigorosamente atacada por oponentes que formularan contraafirmaciones.

El que declara que "la religión hindú promete muchas vidas en la tierra al hombre" será replicado por otro que objeta: "La religión cristiana promete sólo una vida en la tierra al hombre". El que cita un pasaje de Buckle para demostrar que la historia no es más que el producto del esfuerzo individual y nacional del hombre será contradicho por otro que cita un pasaje de Bunsen para demostrar que la historia es el producto de la voluntad de Dios en el mundo. Tal establecimiento de autoridades contrapuestas puede continuar interminablemente, y así sucedió en épocas pasadas. ¡Las religiones se contradicen audazmente unas a otras, los escritores enfrentan gravemente una tesis con otra, dos historiadores, sin sonrojarse, encontrarán en el mismo acontecimiento la prueba y la negación del propósito del drama mundial!

¿De dónde han derivado todos estos dogmas en conflicto y todas estas discordantes afirmaciones? Han sido invariablemente propuestos por alguna autoridad, muerta o viva. No pueden ser todos ciertos; ¡muchos se anulan incluso mutuamente! El investigador tímido pasa por alto por lo general esta molesta situación, pero los más valientes la encararán plenamente, porque indica que en alguna parte, entre las afirmaciones, existe una falacia lógica. Se sentirán entonces obligados a confesar lo que los sabios han enseñado hace tiempo: que la mera afirmación de un hombre, aunque sea una figura tan mundialmente reverenciada como Mahoma o una tan universalmente repudiada como Nerón, no posee valor alguno para el estudiante filosófico, sino que tiene que ser minuciosamente investigada para ver si es cierta, no menos que las afirmaciones de los hombres oscuros y menos estimados. Y ninguna autoridad puede impedir permanentemente que la gente analice los dogmas que se les impone. ¡Aun la hormiga corre de un lado

para otro examinando varias sustancias para averiguar si son comestibles! La credulidad surge de la debilidad mental: tiene que ser superada fortaleciendo la fibra mental.

Si el buscador no puede hacer que ninguna autoridad individual sea definitiva, ello es porque semejantes fuentes han demostrado a menudo, en el pasado, ser falibles, y pueden volver a caer en el error. Sólo pueden servirle como posibles indicadores de la verdad, pero nunca como árbitros de ésta. No tiene derecho a aceptar creencias sólo porque sean aceptadas por algún otro o porque las acepte la mayoría de las personas. Porque si los otros aceptan sus creencias sobre la misma base, es posible entonces que todos hayan aceptado falsedades absolutas como si fuesen completamente ciertas. De ahí que la filosofía sea incapaz de hincarse de rodillas ante personas falibles, y que sólo pueda hacerlo ante los sólidos hechos. Aplica esta fórmula a todos los hombres sin excepción, ya estén sentados en un trono y coronados como reyes, ya anden descalzos y con vestiduras amarillas como los yoguis, ya tengan la mitra y la capa de cardenales o estén cubiertos por la fama de escritores cuyas palabras son seguidas por millones de personas. La repetición de mil frases carece por completo de valor como prueba filosófica, aunque sea bastante valiosa en la existencia empírica en muchos casos en que las autoridades citadas son expertas en el conocimiento especializado.

El método del desacuerdo puede ser aplicado a todos los que citan a alguna autoridad como definitiva. Si dicen como prueba que A afirma una cosa, ello no termina con la cuestión. Siempre es posible adoptar una posición opuesta y citar a B como afirmador de algo que está en desacuerdo con la declaración de A. Esto es suficiente para demostrar que ningún hombre puede ser tomado como autoridad final. ¡El estudiante de la indagación filosófica debe descartar, entonces, la fe ciega, la aceptación incuestionada, el fácil seguimiento de la tradición y el sometimiento a la tiranía de los grandes grupos, porque todos éstos deben ser considerados como falacias del pensamiento! Útiles como le son a la mayoría de los hombres, para los fines prácticos del vivir cotidiano, les son inútiles para la averiguación de una verdad que no pueda ser desmentida.

Esto no quiere decir que tales autoridades estén siempre equivocadas; por el contrario, a veces tienen razón. Quiere decir más bien que *podrían* estar equivocadas, que no tenemos garantía alguna que asegure su perpetua infalibilidad.

La sola existencia en el hombre del deseo de conocer, de la necesidad de entender, ya sea que adopte la forma de una creencia o no, indica que la ignorancia existe igualmente en él. De ahí que sea mejor reconocer que tiene que tomar un camino distinto, si quiere adquirir conocimiento, y que sólo puede hacerlo comenzando por la duda. A menos de que introduzca un elemento de valiente indagación en sus concepciones de todos los días, no podrá tener la esperanza de conocer algo más en punto de la validez de las mismas.

¡No es posible llegar a la cima del conocimiento de la verdad de todo a menos de que empecemos desde el principio, con el primer paso de dudar de la verdad de todo! Esta es la única forma de obtener una garantía de que cada nuevo paso será seguro y de que no tendremos luego que volver hacia atrás desilusionados. Es importante entender que el término "duda" no se emplea aquí en un sentido escéptico sino en uno agnóstico. La actitud correcta no es la de negar intolerantemente lo que ni siquiera entendemos, pero es perfectamente correcto observar: "No sé. No he visto. Por lo tanto no puedo partir de ninguna suposición dogmática, ya sea afirmativa o negativa". Tal posición no será adoptada por los naturalmente impacientes, que están siempre dispuestos a creer en cualquier cosa de inmediato sólo porque les agrada, que no se muestran con disposición de dejar en suspenso los juicios prematuros y plantearse dudas pertinentes antes de lanzarse a la aceptación de cualquier afirmación. Los que saltan sobre la primera y más fácil conclusión se libran de la preocupación del conflicto interior, pero cometen inconscientemente la falacia de primitividad. En consecuencia, a la postre, su actitud defectuosa deberá dar algún día sus frutos de desilusión. Por lo tanto, en este sentido es ventajoso poseer un espíritu que no tenga prisa.

Esto no significa que debamos considerarnos satisfechos con nuestras dudas y contentarnos con la lúgubre limitación del agnosticismo. Significa que tenemos que hacer que nuestra duda actúe como acicate constante para una investigación más profunda y no como una fría mano pegajosa que nos descorazone. Los sabios dicen que las dudas son sumamente valiosas, siempre que nos veamos llevados a superarlas y solucionarlas por medio de una perseverante indagación que eventualmente nos eleve a un nivel superior de comprensión. No tienen que ser expulsadas por la fuerza ni ahogadas débilmente. Y si dejamos tontamente que las dudas paralicen toda búsqueda posterior, no tendremos derecho a dogmatizaciones pesimistas sobre la inalcanzabilidad de la verdad en general, como lo hacen muchos en Occidente.

La filosofía oculta dice, en forma contraria a la autoridad: "Da la bienvenida a la duda, sin temor, considerándola el primer paso a la certidumbre. ¡Duda y serás salvado!" Pero se lo dice sólo al que busca la verdad *más elevada*. A todos los demás, a los que no tienen tiempo para las meditaciones necesarias para tan larga búsqueda, ni voluntad o capacidad para ella, les dice sin vacilaciones que respalda los preceptos de la autoridad. Tiene perfecta conciencia del valor práctico que para tales hombres poseen las instituciones hechas a la medida, que, por medio de los libros sagrados y los sacerdotes establecidos, los gobernantes entronizados y los funcionarios dirigentes, dictan sus formas habituales de pensamiento, sus costumbres corrientes de conducta y sus opiniones básicas.

Ahora resultará más claro por qué, cuando describimos las cualidades necesarias para el investigador filosófico, se puso tanto énfasis en la eliminación de la arraigada tendencia humana a considerar las cosas desde una posición egoísta. Porque ahora podemos observar que los autoritaristas de toda clase están tan imbuidos de los matices de sus predilecciones personales y de sus presuposiciones emocionales, que, inconscientemente, limitan sus posibilidades de llegar a la verdad de las cosas. La raíz oculta de sus afirmaciones es ... ¡el ego! Yo tengo razón, dice uno; no, *yo* tengo razón, replica el otro.

El *yo* está agazapado detrás de la ignorancia gregaria, de los errores fatuos y de los primitivos equívocos de los hombres.

De entre todas las falsas creencias y engañosas ilusiones que oscurecen la mente, la más fuerte es la de que todo lo que uno conoce, cree, ve o elabora mentalmente es cierto por necesidad. "¡Yo sé!" es una afirmación que cualquier tonto puede hacer, como dicen los sabios, pero que muy pocas veces se detiene a averiguar si lo que sabe es correcto. Por eso es tan necesaria la duda. Una característica de esas personas —y es preciso tener en cuenta que esas personas son casi la mayoría de la humanidad— es la de creer que entienden claramente lo que en realidad no entienden en modo alguno. De ahí que el sabio que inicia al candidato en la senda final tome como primera tarea la de desenmascarar este defecto universal. Explica que el "¡Yo sé!" es la presunción consciente o inconsciente de la humanidad, y que el aspirante debe buscar y encontrar la humildad en su sentido más exacto antes de poder avanzar un solo paso. Y ese sentido no es sólo moral, sino también psicológico. "¡Yo sé!" significa por lo general "Yo siento" o "Yo experimento" o "Yo prefiero" —> nada de lo cual es un adecuado criterio de verdad. De ahí la necesidad de dudar rigurosamen-

PAÚL BRUNTON

te de lo que creemos conocer, de apartar severamente nuestras imaginaciones, de verificar las ideas, de poner a prueba los conceptos que sustentamos tan fervientemente y plantear dudas en cuanto a los puntos acerca de los cuales somos confesadamente ignorantes. Porque la creencia se introduce allí donde la razón teme pisar.

LA MANERA DE PENSAR. El estudiante, aunque lo lamente, debe alejarse. Podrá dirigir sus pasos hacia otra parte y golpear en otra puerta: la de la lógica. Todos la usan en cierta medida. El ave, el castor y el pez se guían por el instinto natural, pero el hombre tiene que encontrar su camino empleando un poco de su poder de pensar. La lógica posee un inmenso valor en los reinos de la vida diaria; puede disponer nuestro pensamiento en forma coherente y ordenada; puede descubrir groseros errores y distintas falacias en nuestro viaje de premisa a conclusión; puede demostrarnos útilmente cómo no debemos pensar; pero es necesario que confesemos con humildad que el conocimiento teórico de las reglas lógicas jamás ha impedido que los hombres cometan numerosos y absurdos errores.

Los abogados emplean la lógica cuando presentan un caso en el tribunal. Pero como su propósito consciente o inconsciente es el de ganar el caso, no es poco frecuente que la verdad quede mutilada en el proceso mediante la exageración de todas las cuestiones de menor importancia, la supresión de todos los hechos embarazosos o inconvenientes y el coqueteo con todas las tendencias emocionales del jurado. Más aun, cuando examinamos el silogismo común de la lógica desde un punto de vista filosófico, descubrimos que es absolutamente falaz. "Todos los hombres son mortales. Sócrates es un hombre. Por lo tanto Sócrates es mortal." Bajo las plausibles sílabas de este silogismo clásico se oculta la gigantesca *suposición* de que hemos conocido a todos los hombres que vivieron en el pasado, a todos los que viven hoy y a todos los **que** vivirán en el futuro. Esto es del todo imposible. Por lo tanto el silogismo comienza con un conocimiento afirmado que, en rigor, no es conocimiento. Lógicamente es perfecto, pero filosóficamente es defectuoso. Bastará para las condiciones limitadas de los propósitos prácticos de todos los días, pero para los fines superiores de la verdad final es completamente inaceptable. Los mismos lógicos expertos admiten ahora que no puede proporcionar *nuevas* verdades, sino extraer lo que ya está contenido en los hechos dados. La lógica es un instrumento imperfecto, y como tal no puede proporcionar absoluta certidumbre. Funciona dentro de una esfera limitada de utilidad y validez. Y en consecuencia no

puede revelar la significación última de la existencia; los muros que rodean a ésta son demasiado empinados.

Ocasionalmente sucede que los que tienen conciencia de estos defectos incurables de la lógica escogen un atajo que los lleve hacia el alivio intelectual, y en su desesperación u oscuridad retroceden y descienden hacia el plano antes abandonado del sentimiento personal — recurso que aparentemente es el único que les queda. Allí el intelecto puede abdicar voluntariamente y encontrar reposo durante un tiempo, pero más tarde o más temprano tienen que ocurrir severas desilusiones y flagrantes contradicciones, indicando de este modo que por ese lado no se puede experimentar ningún alivio verdadero. Otros, que no están dispuestos a volver sobre sus pasos, han comenzado a abandonar sus antiguos métodos formales y a construir sistemas de lógica no aristotélica. Pero todavía se encuentran en la etapa de la experimentación. El buscador que quiera dejar la lógica por un método superior dará a la larga el paso siguiente, que es el de la razón madura. Por "madura" se entiende una facultad de pensar que no sólo se conforma rígidamente a las exigencias del hecho, de la inducción y la deducción; que no sólo se libera imparcialmente de toda clase de favoritismo, prejuicio, parcialidad o egoísmo, sino que también aprende a funcionar tan libremente sobre los planos abstractos como sobre los concretos. Debe llegar a hacerse tan capaz de vuelos metafísicos como de observaciones científicas. Los antiguos sabios declaraban que era preliminar y una medida de precaución para la adquisición del discernimiento.

Antes de seguir adelante es preciso liberar al término *razón* de la difundida ambigüedad y confusión con que está frecuentemente asociado. Es la facultad que aprehende y juzga la *verdad*, distinguiéndola de la falsedad, la opinión, la imaginación o la ilusión. Y será conveniente introducir la definición que los sabios hacen del término "verdad". Se ha demostrado anteriormente que sin tal definición los hombres vagan por un seco desierto de huera fantasías, de opiniones infundadas, de teorías sin valor alguno y de palabras hipostasiadas. Esta definición podrá parecer muy sencilla, pero sus inferencias son sumamente profundas. Debe ser grabada en forma indeleble en el corazón. Hela aquí: *La VERDAD es lo que está más allá de toda contradicción y libre de toda duda; lo que, por cierto, está más allá de la posibilidad misma de contradicción y de duda, más allá de los cambios y las alternativas del tiempo y la vicisitud; lo que es eternamente igual a sí mismo, inalterable e inalterado, universal y por lo tanto independiente de toda ideación humana.*

PAÚL BRUNTON

Esta filosofía busca un conocimiento independiente de las interminables vicisitudes de la opinión humana. Aplicando el criterio de esta definición, descubrimos que toda confianza en las cambiables autoridades humanas, toda creencia en las palabras escritas o habladas, toda aceptación de nada que no sea la razón adecuada como supremo tribunal de apelaciones o como guía, nos ponen inmediatamente dentro de la región de las contradicciones, las réplicas y las posibles dudas, y, por lo tanto, eliminan de nuestras operaciones estas dudosas fuentes de conocimiento. No hay en ellas ninguna *certidumbre*. En consecuencia la palabra "razón" no es usada aquí como mero sinónimo de un seco análisis lógico. Los escolásticos de épocas pasadas usaban la palabra en ese sentido y demostraron cómo incluso los hombres astutos podían encontrar muchos motivos para respaldar suposiciones huecas. La *lógica* es el arte que trata de realizar un pensamiento correctamente coherente, pero desdichadamente no trata de asegurar que ese pensamiento parta de datos correctos; puede empezar por suposiciones que sean simples fantasías o datos erróneos, y a menudo lo hace. La *razón* es la facultad del pensamiento correcto, que busca la verdad y que se asegura de que su actividad comience con todos los hechos observados de la experiencia real. El lógico cuyas premisas son defectuosas puede, sin embargo, pensar correctamente y arribar a conclusiones erróneas. La razón evita este error.

Tampoco es usado el término como sinónimo de simple especulación. Los anales de la metafísica están repletos de numerosos vuelos de pura fantasía a los que se les dio una dirección aparentemente racional. El pensamiento que ignora los hechos de la experiencia no es un razonamiento en el sentido que le damos nosotros. Y el razonamiento que se restringe solamente a los hechos de la experiencia personal tampoco es razonamiento en el sentido total de la palabra. Aunque tanto la *lógica*, como la razón establecen el mismo criterio de que el pensamiento no tiene que contradecirse a sí mismo y de que no tiene que ser flojo ni deforme, la primera se conforma con hechos parciales, en tanto que la última exige nada menos que la totalidad de los hechos. Una vez más, el *intelecto*, que puede ser definido como la actividad del pensamiento lógico, es influido por los deseos personales y la parcialidad individual en la elección preferencial de sus datos, en tanto que el *razonamiento*, que puede ser definido como la actividad del pensamiento verídico, es rigurosamente impersonal y aparta en forma ascética sus sentimientos en lo relacionado con el manejo de los hechos.

Sólo cuando el pensamiento es, además de rigidamente lógico, rigidamente impersonal; sólo cuando es llevado a sus extremos y cuando a todo lo largo se basa en hechos universalmente válidos, que pueden ser puestos a prueba y verificados en los desiertos del norte de África así como en las calles de Nueva York, que tendrán validez aun dentro de diez siglos, sólo entonces merece el elevado nombre de razón.

Un razonamiento tan competente, una integridad intelectual así, son raros. Veremos que poseen una auto expresión doble. La primera reside en la ciencia, pero es limitada e imperfecta. La segunda existe en la filosofía, y en ella encuentra su mejor y más amplio terreno de actividad. En consecuencia se notará que la ciencia es el portal de la filosofía. La vanguardia de los hombres de ciencia modernos empieza a hacer este descubrimiento, porque, haga lo que hiciere para escapar, la presión de sus propios resultados y la fuerza de su propio razonamiento les conducen paso a paso a la búsqueda de la significación última de toda la experiencia, que es la filosofía.

Podrá objetarse que los antiguos indios nunca conocieron la ciencia tal como la entendemos hoy. Eso es correcto, si se hace referencia al método experimental inaugurado por Bacon, pero los sabios indios conocían el principio científico de la experimentación y el valor filosófico de la observación, que son los elementos esenciales de sus doctrinas.

Tanto el hombre de ciencia como el místico comparten este factor común: están cansados de las creencias ciegas y buscan la satisfactoria verificación de la experiencia. Por eso el misticismo está ubicado tan alto en la escala de la evolución mental, hasta el punto de encontrarse más allá de la fe, la intuición y la lógica. Ello no obstante, es preciso notar ciertas diferencias de gran importancia. El místico busca y encuentra satisfactoria su propia experiencia, en tanto que el hombre de ciencia no se conforma con la validez de la experiencia personal, sino que busca también la experiencia de una gran cantidad de individuos, es decir, de un grupo. De ahí que la verificación sea más amplia. La ciencia es una colaboración; sus resultados son los resultados de los esfuerzos de grupos tales como los biólogos, los químicos o los físicos. La irremediable debilidad del misticismo consiste en que hace descansar su validez sobre lo que un hombre siente y encuentra *dentro de sí mismo*, región inaccesible a otros, y, por lo tanto, la mayoría de sus descubrimientos no pueden ser verificados. La admirable fuerza de la ciencia reside en que su validez se apoya sobre lo que puede encontrarse accesible en la Naturaleza o en los laboratorios y que entonces

PAÚL BRUNTON

puede ser verificado por cualquier otro miembro del grupo científico, cuyos integrantes pueden de ese modo llegar a ponerse de acuerdo entre sí. La inexpugnabilidad de la auténtica filosofía consiste en que sólo ella recurre a la experiencia *universal*, que cualquier hombre de cualquier época y lugar puede verificar, si tiene la necesaria capacidad mental.

Es moda entre los místicos, los intuicionistas y algunos religiosos hablar cáusticamente de las mudables hipótesis de la ciencia y de verter el ácido del desdén sobre sus más modernas consecuciones y aplicaciones tecnológicas. Lo que es más, cuando la guerra estalla en la actualidad, la mayor parte de su horror es achacado igualmente a la ciencia. Todo esto demuestra un pensamiento confuso y un prejuicio emocional. Si los cambios de teoría revelan las imperfecciones de la ciencia, como hay que admitir que lo hacen, tenemos que reconocer que también revelan un doble objetivo interior que la filosofía gustosamente alentaría y valoraría como poseedor de una importancia extrema. En primer lugar, una búsqueda de la verdad que engendra una disposición a dejar de lado opiniones defectuosas en favor de otras mejores, cuando la defectuosidad de las primeras ha quedado concluyentemente demostrada por hechos adicionales. En segundo lugar, un esfuerzo para generalizar los datos, para formular leyes universalmente comprensivas. Este es en realidad un intento de encerrar lo mucho dentro de lo uno, de recibir la gran multitud diferenciada dentro de una gran unidad. Son características que, llevadas a su punto terminal, harán llegar indudablemente al ejército en marcha de los hombres de ciencia al campamento, que ya los espera, de los verdaderos filósofos. Por lo que hace a censurar a la ciencia por el empeoramiento de la guerra, puede decirse que aquélla, como todas las demás cosas, tiene su aspecto luminoso y su lado sombrío, sus ventajas atrayentes y sus desventajas repulsivas. Si bien nos ha dado explosivos de gran potencia y aviones de ataque en picada, también nos ha dado la gran comodidad de la luz eléctrica, la energía y el calor.

La ciencia no debe ser censurada porque algunos hombres sean lo suficientemente tontos o lo bastante poco éticos para no usarla correctamente. Es en todo sentido neutral. Los mismos explosivos químicos que pueden hacer saltar por los aires a todo un pelotón de hombres vivos, pueden refertilizar un suelo agotado y hacer que nuevas cosechas nazcan a la vida. El mismo motor de combustión interna que impulsa al tanque blindado sembrador de muerte puede impulsar al útilísimo ómnibus. La misma estación radiodifusora que llena las mentes de un

millón de oyentes con mentiras, odio y una propaganda deformadora puede igualmente llenarlas de verdades grandes, nobles e instructivas. Los descubrimientos científicos han avanzado por el siglo veinte como un torrente. El conocimiento científico puede ser bien usado por el hombre, y éste puede abusar de él como quiera, pero sus notables progresos no podrán detenerse. Ha llegado empecinadamente, y se quedará. El místico puede tratar de hacer caso omiso de él, pero no tendrá éxito. Ningún hombre moderno puede vivir una semana sin beneficiarse cien veces con los frutos de la investigación científica. ¿Y no es mejor que esclavicemos a máquinas de acero y no a hombres que gimen? Otra moda entre los místicos orientales, de los cuales Gandhi es un ejemplo convenientemente ilustrativo, es la de censurar todo lo moderno en favor de todo lo medieval y, en consecuencia, la de adscribir a la ciencia un origen satánico y uno celestial a las formas primitivas de la cultura y la civilización. No hace falta otra réplica que la proporcionada por sus propias vidas, porque ni siquiera el propio Gandhi desdeñó utilizar los últimos métodos de la cirugía científica para conseguir la eliminación de su apéndice, que tanto dolor le producía; los yoguis no vacilan ni por un momento en aprovechar los trenes a vapor para acercarse a sus refugios ubicados al pie del Himalaya; los peregrinos se trepan entusiasmadamente a los camiones que recorren en etapas las llanuras, en dirección a las ciudades santas; ¡y aun los críticos que hacen tales censuras las escriben con estilográficas sobre papel fabricado a máquina, y a menudo las escriben con vistas a hacerlas imprimir en prensas automáticas, para que tengan mayor difusión! Puesto que la ciencia ocupa su lugar inevitable en sus vidas, ¡cuán desagradecidos son aquellos a quienes sirve! Su capacidad para dañar a la humanidad por medio de la guerra y la violencia, por lamentable que sea, puede ser eliminada de un solo modo, a saber: poniendo la verdad filosófica al alcance de la humanidad. Y ahora se hace necesario pronunciar una advertencia basada en hechos conocidos de los psiquiatras y los psicólogos profesionales. La facultad de razonar puede ser altamente desarrollada en lo que respecta a su aplicación a una esfera especial de interés, y sin embargo en el mismo hombre puede carecer en absoluto de aplicación o funcionar cuando mucho débilmente, cuando se trata de una esfera distinta. Este es el singular fenómeno llamado esquizofrenia, o división mental. Por ejemplo, un hombre puede haber llegado rápidamente a la primera fila de su profesión gracias al empleo eficaz de la razón, y sin embargo,

PAÚL BRUNTON

en cuanto su atención se dirige hacia otras cuestiones, ¿es posible que ninguna creencia, por tonta que sea, deje de obtener su sincera adhesión! Es completamente factible que el mismo hombre sea un chiquillo en cuestiones religiosas y un adulto en asuntos de negocios, ¡y que, en consecuencia, esté mentalmente dividido y, a la vez, físicamente unido!

La mente puede estar dividida en compartimientos estancos a las ideas; uno de los compartimientos puede ser razonable y eficiente, pero el' otro, deformado,. estará totalmente aislado contra las ideas. Ciertos famosos jueces y estadistas de demostrada agudeza han exhibido históricamente esta peculiar enfermedad mental, como, por ejemplo, cuando su razón retrocedía ante la necesidad de investigar las bases de la religión tradicional. Esta derrota del "compartimentalismo" surge de una negativa consciente o inconsciente a usar la razón cuando se piensa en ciertos temas reservados. Por consiguiente, presenciarnos el lamentable espectáculo de un hombre, en todo otro sentido sensato, complaciéndose en alegatos especiales para respaldar ridículas creencias. La gente es engañada hasta el punto de creer que porque un hombre es famoso por su aguda capacidad en un terreno, o por llevar a cabo sus tareas públicas de un modo eficaz, sus opiniones en punto de cuestiones ajenas a la esfera de su labor profesional tienen el mismo valor. No saben que la insania puede localizarse en ciertas partes de la mente, por así decir.

La división mental se encuentra con frecuencia entre los insanos. Pero existen varios grados de insania. Sólo cuando una persona insana se vuelve peligrosa para otros o para sí misma, sólo entonces se la considera tal y se la encierra en un manicomio. Grandes cantidades de personas no entran dentro de esta categoría, pero están lo bastante desequilibradas para ser parcialmente insanas, aunque ni ellas ni la sociedad lo adviertan. No es exagerado decir que las guerras, los crímenes, los odios, los conflictos y las luchas sociales que afligen al mundo existen porque la mayor parte de la humanidad es *más* o menos insana. ¡Y según la enseñanza oculta, sólo los sabios han alcanzado una plena cordura y un completo equilibrio!

La insania tiende a crecer gradualmente. Lo que comienza como una forma leve e inofensiva de creencia supersticiosa puede convertirse en absoluta incapacidad para dirigir las tareas de la vida. La tentativa de justificar simples fantasías carentes de base o alocadas supersticiones heredadas por medio de una plausible exhibición de lógica es una racionalización. El esfuerzo de pensar estricta e im-

personalmente es razonable. La distinción entre ambos puede ser observada por los curiosos en los casos de hombres públicos.

La palabra *razón* tiene un sonido tan familiar, está tan a menudo en labios de oradores y en la pluma de escritores, que el lector que esperaba con expectativa alguna clase de nueva revelación, es probable que retroceda, desilusionado. Quizá tenía la esperanza de enterarse de que los sabios del Lejano Oriente, como la ola más elevada de la evolución mental y ética humana, habían desarrollado en su persona un nuevo órgano de conocimiento, algo que el resto de la peregrina humanidad desarrollaría también en el curso de las épocas futuras. Verá que su esperanza estaba ampliamente justificada cuando los misterios superiores de la meditación ultramística le sean revelados en el segundo volumen de esta obra. Tal nuevo órgano existe. Pero no puede ser desarrollado sin una evolución preliminar de la trillada, vulgar y asendereada facultad de la razón.

Veamos: ¿Fueron los sabios tan tontos y tan poco conscientes de la historia de la cultura mundial como para presentar un instrumento del conocimiento que aparentemente había sido puesto ampliamente a prueba por los griegos y que aún es utilizado ampliamente por los hombres de ciencia y filósofos euroamericanos, pero que en ninguno de los dos casos ha producido una sola solución del problema mundial, que lo más probable es que siga siendo *eternamente* insoluble; fueron tan ridículos como para considerar perfecto semejante instrumento?

La respuesta es que tanto el pensador griego antiguo como el moderno han sido objeto de tres acusaciones principales que explican ese fracaso: (a) no haber reunido datos *completos*, (b) ignorancia de la aplicabilidad de la ley de la relatividad, no sólo a los fenómenos físicos observados, sino también a los fenómenos psicológicos observados y, en fin, a la mente del observador mismo, (c) no haber llevado su línea de razonamiento a su último término posible para así agotar todas sus posibilidades aún desconocidas. Estas acusaciones son de peso, pero serán levantadas. Aun así, aunque los tres defectos fuesen rectificadas, la verdad estaría fuera del alcance del investigador científico medio, a menos de que éste estuviese dispuesto a disciplinarse en cierta forma. Pero hecho todo esto, la mente humana, purificada de su egoísmo innato, concentrada en grado perfecto, aguzada hasta la más metafísica sutileza de razonamiento acerca de datos adecuados y abstraída en una intensa ensoñación de deliberada autovigilancia, puede abrigar al cabo la esperanza de conquistar una percepción interior única de la natura-

leza real de las cosas, de la significación última de la existencia universal y de la verdad oculta de su propio ser misterioso.

La primera acusación puede ahora ser justificada. La filosofía occidental no ha estado a la altura de su propio credo. Lo que más atrajo a los hombres reflexivos y a las mentes generosas al estudio de la filosofía a lo largo de los siglos fue quizá su afirmación de que buscaba —y de que era la única que lo hacía, entre todas las ramas de la cultura humana— una visión comprensiva de la vida *como un todo*. Y sin embargo es singular que toda la tradición histórica de la filosofía griega, europea y americana ignorara por completo y omitiera de su investigación un aspecto de la vida de tal importancia, que ocupa nada menos que un tercio de la duración de la existencia humana.

Nos referimos al estado del sueño. Los pocos que estudiaron este tema fueron psicólogos o médicos, no filósofos, y, por consiguiente, estaban interesados sólo en algunas de sus significaciones físicas limitadas.

¡No es de extrañar que los pensadores occidentales no lograran llegar a ninguna solución aceptada en cuanto al problema de la existencia, cuando no investigaron el problema del sueño y, por lo tanto, tuvieron una visión fragmentaria e incompleta de la vida, aunque afirmaban, como filósofos, que estaban investigando el panorama en su totalidad! No debemos sorprendernos de que vagaran en forma tan inconcluyente, porque sin los hechos que debían ser elucidados en tal investigación se encontraban insuficientemente equipados para su ambiciosa tarea y estaban condenados de antemano a volver, desconcertados e indecisos, al punto de partida, del mismo modo que el tigre mutilado vaga vanamente en círculo, a través de la selva, con sus tres patas sanas. ¿Cómo habrían podido cubrir con el pensamiento el conjunto de nuestra compleja vida humana, cuando ese amplio sector que transcurre en pacífico sueño o en inquietos ensueños era considerado demasiado insignificante para ser digno de estudio, cuando todo el énfasis era puesto injustamente en el estado de vigilia? Tal visión era totalmente inadecuada para el objetivo que se fijaban, y su derrota quedó de ese modo asegurada al comienzo de su combate en procura de la verdad. No puede haber nada de definitivo en un sistema de pensamiento que excluye el estudio del sueño, sino sólo la posibilidad de inclusiones erróneas, defectuosas o imperfectas.

Si la ciencia quiere evolucionar y convertirse en filosofía, y si la lógica quiere evolucionar y transformarse en razonamiento, deben abarcar en su órbita los tres estados de la existencia. Un mérito poco

conocido de los sabios indios es el de que, incluso cuando la civilización europea se hallaba en su infancia, entendieron ese aspecto especial de la vida y proclamaron a sus discípulos que el mismo ofrecía la clave de los misterios más profundos del ser y lo incluyeron desde el comienzo como tema de sus estudios filosóficos. En rigor, declararon que era esencial una investigación de la naturaleza y de las implicaciones del ensueño y el sueño, porque estos fenómenos de la vida son tan plenamente importantes para su comprensión como el estado de vigilia.

Existe en Occidente la idea, común pero perdonable, de que sólo la gente primitiva tiene que prestar atención a los sueños y de que las mentes científicas no pueden aprender nada del sueño profundo. La superficialidad de esta opinión quedará ampliamente demostrada cuando el tema sea tratado en detalle.

Otro obstáculo para los filósofos occidentales, así como para los hombres de ciencia, reside, no sólo en sus datos insuficientes, sino también en su imperfecto instrumento. La herramienta con que un filósofo tiene que trabajar es su mente. Los sabios antiguos no permitían que un hombre iniciara estudios filosóficos hasta que hubiese puesto su mente a punto a fin de que funcionara eficientemente. Esta fase preliminar consistía en un curso práctico del yoga de la concentración mental, a menudo acoplado con un curso paralelo de abnegación ascética. Pero ambos cursos eran por lo general temporarios y se continuaban sólo cuando eran necesarios para llevar las facultades mentales a un grado razonable de competencia concentrativa y el carácter del alumno a un grado razonable de autodesapego, suficiente para emprender la difícil tarea de la reflexión filosófica.

Los pensadores occidentales han hecho admirables tentativas, pero no han logrado tener éxito, en parte porque les faltaba esa herramienta de mentalidad equipada por el yoga, de ego purificado y de cuerpo dominado, mediante la cual abrir la puerta cerrada de la verdad.

La falta de un curso de adiestramiento en el yoga explica igualmente la incapacidad de ciertos distinguidos hombres de ciencia de Occidente para continuar hasta las más amplias inferencias de sus propios descubrimientos. Por lo tanto, los hombres de ciencia y los filósofos que no han adquirido los perdurables beneficios mentales de la práctica mística (en tanto que opuesta a las visiones y los sentimientos fugitivos) tendrán que volver sobre sus pasos y hacerlo.

Esta carencia es parcialmente responsable por la segunda acusación contra ellos, porque en medio de todas sus investigaciones han

sido incapaces de descubrir, como se demostrará en el segundo volumen, que su propio ego ha entrado en su tarea y la ha obstaculizado, aunque es tan relativo, tan transitorio y tan objetivo como todos los fenómenos que han observado: y, lo que es más, ha impedido a la mayoría de ellos ver la sutil verdad de la naturaleza mental de todos los fenómenos, ya se trate de los del mundo exterior o de los del ego interior.

La justificación de la tercera acusación se dará igualmente en detalle en el volumen posterior, pero bastará por el momento señalar que, a despecho de los descubrimientos de Heisenberg, autor de la *Ley de la Indeterminación*, y de Max Planck, formulador de la Mecánica de los Cuantos, ni un solo dirigente euroamericano del pensamiento se ha atrevido aún a adoptar una posición audaz y decidida en la cuestión de la No Causalidad, ¡sino que adoptan todos una posición intermedia entre la antigua ley familiar de causación y la extraña y nueva doctrina revolucionaria cuya plena aceptación convertiría involuntariamente a los hombres de ciencia en filósofos hechos y derechos! Sin embargo la física, como la más viril de las ciencias actuales, ha hecho un notable comienzo y lanzado varias miradas vacilantes en dirección de la filosofía, que está inmediatamente más allá de su posición de hoy y a la cual se verá eventualmente obligada a viajar.

A TRAVÉS DE LA INTUICIÓN Y EL MISTICISMO. El estudiante debe calzarse los zapatos y salir de la casa de la ciega creencia, de la mera lógica y las limitaciones racionales. ¿Adonde irá? La primera reacción a la dependencia de otros es la de depender de uno mismo. De ahí surge la referencia a sentimientos personales no derivada de la referencia a la experiencia exterior, a la experiencia intuitiva e interna. De ese modo pasa al segundo grado de la inteligencia humana, donde el conocimiento que le es ofrecido parece superior a la fe ciega. Los que se sienten cansados de las contradicciones emanadas de depender crédulamente de otros, se dirigen a veces hacia esas fuentes personales y encuentran en ellas una nueva certidumbre, por lo que parece, y una satisfacción que les da la impresión de liberarlos de tan dudosa dependencia. Tenemos ejemplos de esto en Emmanuel Kant, con su "imperativo categórico" interior en cuestiones de moral; en Adolfo Hitler, que no reconoció como correcto ningún otro camino que el que le pareció mejor; en el Dr. Frank Buchman, cuyos Grupos de Oxford escuchan durante "el tiempo tranquilo" los mensajes intuitivos orientadores, relacionados con sus actividades personales en el mundo.

Una intuición es un pensamiento o idea que surge espontáneamente y sin haber sido buscado, y tiene que ser defendida por el ego sin demora. Surge en un abrir y cerrar de ojos, por su propia voluntad; persiste independientemente de nuestra volición y desaparece sin siquiera pedir permiso. Puede pretender decirnos con una sola ojeada algo acerca de la verdadera naturaleza de una cosa, o puede ser la predicción de futuros acontecimientos, o la descripción de sucesos que ocurrieron en la remota antigüedad, o puede ofrecer —lo que es más corriente— una guía inmediata para la acción ante cierto juego de circunstancias.

¿Es posible fijar en ese sentido una fuente que entregue por sí misma un conocimiento seguro en punto del objeto de la existencia y de la significación del universo? ¡Ay!, una pequeña investigación histórica nos dará muy pronto la información de que los intuicionistas de todas las épocas han diferido entre sí en sus conclusiones finales, de que han tenido una guía espontánea absurdamente contradictoria y de que se han arriesgado a audaces afirmaciones que el tiempo falsificó burlonamente. No todas sus predicciones han dejado de cumplirse ni todas sus intuiciones fueron vanas; hubo en verdad notables casos en que las palabras se justificaron ampliamente y fueron verificadas como correctas. El descubrimiento de salientes invenciones tecnológicas y de útiles leyes científicas ha surgido a veces intuitivamente y por su propia voluntad durante momentos de descanso o de ensañación. Pero estos casos han sido tan relativamente pocos, que nadie podría garantizar por anticipado la infalibilidad de ninguna de esas afirmaciones. Por otra parte, los casos de divergencia, de incumplimiento, de prejuicio emocional y de evidente apartamiento de los hechos conocidos han sido tan numerosos, que, lamentablemente, tenemos que confesar que el terreno que pisa el intuicionista es incierto y poco seguro. Si su guía interior le ha servido a veces sin equivocaciones, no existe garantía alguna de que continúe haciéndolo. ¿Por qué? Porque los sentimientos fuertes, los complejos inconscientes, los impulsos repentinos y "el deseo que es padre del pensamiento" son confundidos habitualmente con auténticas intuiciones. Sólo los pocos que han pasado por una disciplina filosófica son capaces de distinguir todas esas seudointuiciones de las reales. Pero como la persona común pasa muy pocas veces por tal disciplina, es engañada con frecuencia, en el momento mismo en que, orgullosa, cree que está siendo guiada por la intuición, que en rigor es tan maravillosa como poco comente. Aun así, cuando aparece la verdadera facultad intuitiva, es más valiosa que ninguna otra, más profunda que la capacidad de pensar y, como guía, más segura.

Esto es ejemplificado históricamente por Ralph Waldo Emerson, con su simbólico "influjo de la divina mente en nuestra mente"; por Jacob Boehme, con sus repentinas "iluminaciones" logradas con los tres éxtasis que marcaron su vida, y por Emmanuel Swedenborg, con sus extrañas visiones de los espíritus de hombres y mujeres muertos, en medio de sus actividades celestiales o purgatorias. Una experiencia mística es a veces espontánea, pero por lo general autoprovocada. En este último caso surge de la práctica de la concentración mental, de una intensa aspiración emocional o de la atención dirigida hacia adentro, absorbe en sí misma y prolongada hasta convertirse en un estado de ensoñación o aun de éxtasis. Durante estos estados pueden aparecer ante el ojo mental, con extraordinaria vividez, visiones de hombres, acontecimientos o lugares; el místico puede oír voces que no sean audibles para nadie más, y ellas pueden darle un mensaje, una advertencia, una serie de instrucciones o una revelación religiosa; el propio Dios puede incluso ser sentido como una presencia exaltadora, que todo lo *abarca*.

El místico puede llegar a imaginarse que atraviesa el espacio, como sucede también durante el sueño no místico, a tal punto, que puede visitar mentalmente escenas, personas y esferas distantes. O puede llegar a la consumación final en un éxtasis gozoso que podrá ser violento y erótico, o sereno y asentado, pero que él tomará como signo de su ingreso en un reino superior del ser, reino que usualmente llama "espiritual", "el alma", "realidad divina", etc.

Sin embargo no debemos aceptar falsificaciones de las maravillosas y verídicas realidades de tales experiencias. En primer lugar, aplicando un criterio sostenible, veamos cuan lejos están los místicos de contradecirse unos a otros. Sin hacer una larga excursión por un terreno debatible, podrá decirse brevemente que no hay que pensar que el misticismo es una experiencia tan singular que todos los místicos se encuentran en armonía entre sí. Lejos de ello. Así como vemos que los hombres de religión, desde el más tosco campesino hasta el predicador más culto, varían grandemente en cuanto a calibre personal y visión mental, así descubriremos que entre los místicos existen similares diferencias individuales y que, en cuanto dejemos a un lado sus cinco doctrinas comunes, mencionadas en un capítulo anterior, incluso los místicos revelan, en las palabras y en los hechos, que no han alcanzado tampoco mucha más unanimidad. Aunque existen varias similitudes en sus doctrinas y en sus prácticas, hay también muchas diferencias irreductibles. En tanto que la mayoría pasan mucho tiempo estudiando problemáticas significaciones esotéricas sepultas en las escrituras, unos po-

cos desdennan las escrituras y consideran esta práctica como una acrobacia de la imaginación y no como un descubrimiento espiritual, afirmando que emplearían mejor el tiempo meditando acerca de sí mismos. En tanto que muchos se apegan más o menos estrechamente al nombre de algún personaje sagrado como Jesús o Krishna, unos pocos declaran que no importa mucho a quién se siga, siempre que se sienta la presencia de la divinidad. Las doctrinas acerca de las cuales están en desacuerdo se encuentran repletas de prolíficas fantasías y son mucho más numerosas que los cinco esenciales especificados acerca de los cuales es probable que concuerden.

Los que discuten este hecho —y son mayormente gente bien intencionada pero con poca capacidad de crítica— deberían tratar de imaginar un solemne cónclave de los siguientes famosos místicos históricos, encerrados en una habitación hasta que pudieran salir con una declaración de su completa unidad de opinión (¿saldrían alguna vez?): ¡Cornelio Agrippa, que mezcló la piedad mística con una extraña magia; Emmanuel Swederiborg, que conversó familiarmente con ángeles y espíritus; Simón el Estilita, que estuvo sentado solo, durante muchos años, en automortificación, en la parte superior de una columna de piedra; Anna Kingsford, que afirmó abiertamente que había matado a viviseccionistas por medio del poder del pensamiento, a fin de salvar las vidas de animales; Miguel de Molinos, que puso una intensidad emocional española en su unión con Dios; Elifas Levi, que aplicó raras interpretaciones cabalísticas a la teología católica; Jacob Boehme, que caía en éxtasis entre los zapatos viejos de su taller de remendón; Hui Ko, quien enseñó su misticismo a los campesinos chinos y fue cruelmente martirizado por sus afanes; y Wang Yang Ming, que descubrió un mundo divino dentro de su propio corazón!

Porque esta es la limitación oculta y la debilidad no descubierta del misticismo: que no se trata de una búsqueda de verdad concluyente, sino más bien de un ansia de experiencia emocional. Por lo tanto el místico se ocupa más de conseguir que sus sentimientos sean envueltos temporariamente por una gran paz, o emocionados temporariamente por una gran visión, o halagados temporariamente por un mensaje oracular personal. De ahí que la filosofía lo aborde o lo sobresalte con la pregunta: "¿Cómo sabes que la fuente de tu comunión es realmente Dios o la Realidad o Jesús o Krishna?"

Pero el místico no quiere escuchar críticas, por impresionantes que sean, de la posible incongruencia de sus conclusiones. Insiste en hacer del hecho innegable de su propia experiencia el criterio negable de la

PAÚL BRUNTON

validez de la misma. Es completamente inevitable y perfectamente humano que en tales circunstancias se vea tan irresistiblemente arrebatado por la sensación de extraordinaria inmediatez del acontecimiento y por la energía de sus poco corrientes exaltaciones, que ponga el acento en lo menos esencial y que ello le baste para conformarlo, sin que haga más indagaciones en cuanto a su naturaleza oculta y su verdad.

El *valor* de la meditación para la paz interior, para el éxtasis sublime y para la concentración en sí mismo libre del mundo es inmenso. Pero su valor para la búsqueda de la *verdad* y la *realidad* sin la ayuda de la filosofía es una cosa completamente distinta y exige una penetrante investigación por parte de mentes simpáticas pero imparcialmente críticas que posean un sentido de la proporción y agudeza filosófica — cualidades generalmente ausentes de la conformación del místico. El éxtasis es en verdad una forma de satisfacción personal, pero no es un criterio completo de realidad o una evidencia adecuada de verdad. Porque la satisfacción, *de cualquier clase que fuere*, por noble que sea, no es una evidencia de verdad. En rigor, cuanto más cálidos los sentimientos de un hombre y cuanto *mis* impetuoso su entusiasmo, más debe enfriarse y calmarse a fin de examinar la experiencia imparcial e impersonalmente. *Si* es cierta, no perderá nada con tal examen, pero si es falsa, su serenidad le ayudará grandemente a descubrir su falsedad.

Más aun, nos vemos ante la insuperable dificultad de que resulta imposible verificar la experiencia interior de otro hombre, porque por lo corriente es imposible entrar directamente en su mente. Aun la transmisión del pensamiento y la lectura del pensamiento, si bien son legítimas posibilidades, son aún poco comunes e imperfectas. Podemos hacer inferencias, imaginar creadoramente o hacer conjeturas, pero esto no es lo mismo que participar real y perfectamente del conocimiento o la experiencia interior de otro hombre. Esto último está por necesidad fuera del alcance humano normal. De modo que aun cuando un místico nos diga que ha visto a Dios, no tenemos medios innegables de confirmar o refutar su visión. Esta no es transmisible. Aun cuando consigamos reproducirla mentalmente, será entonces *nuestra* propia producción, y nunca podremos poner ambas visiones una al lado de la otra para comparar su similitud. Y admitiendo la ocasional exactitud del conocimiento adquirido en la meditación, desdichadamente no es posible para la mayoría de los hombres de otras partes del mundo tener la seguridad de conseguir el mismo descubrimiento del mismo modo; deben recurrir a la mera fe o abandonar ese método por completo. De ahí que la experiencia mística sea absolutamente individual y posea sólo una certi-

dumbre personal. Así, la falta de certidumbre universal que se encontraba entre los hombres de fe se encuentra ahora entre los hombres de visión. ¿Dónde está la garantía de que lo que ellos sienten ahora como el estado más alto, de que lo que consideran la conciencia más elevada, la realidad final, no será más tarde reemplazado por otra? Goethe indicó correctamente que el misticismo era "la escolástica del corazón y la dialéctica de los sentimientos". El plano que encara es el del sentimiento indominado. ¿Pero cómo sabe el místico o el yogui que aquello con lo cual ha entrado en contacto durante la meditación o el éxtasis es la realidad última? "Yo lo sentí, por lo tanto tiene que ser real" es la actitud general de la mayoría de los místicos, que jamás se detienen a analizar. Dan por supuesta la realidad de sus sentimientos porque están a tal punto apegados a ellos, que quedan ciegos para la importante diferencia existente entre la existencia aparente de una cosa y su realidad demostrada, o entre lo que parece ser y lo que es. ¿Cómo saben que han llegado al más alto estado del conocimiento? ¿Por qué la paz extraordinaria habría de constituir un título suficiente para la propiedad de la verdad? ¿Por qué habría de convertirse en un sinónimo de omnisciencia? Estamos plenamente justificados cuando formulamos tales preguntas cruciales, porque con ello hacemos un doble servicio: a nosotros mismos y a la verdad. Los devotos de la meditación que han encontrado la verdad final dentro de la quietud de aquélla tendrían que detenerse a meditar si es realmente la verdad, aunque esa detención les ocupe unos pocos meses o toda una vida.

Puesto que los místicos no han penetrado más allá de sus sentimientos, por exaltados que éstos sean, tenemos que sacar en conclusión que el conocimiento que afirman entregarnos por medio de la meditación podría no ser definitivamente cierto. ¿Por qué? Porque el sentimiento es pasible de cambio; lo que se siente ahora como cierto podrá, ser desechado mañana como falso. Aun Plotino, que es alabado por los antiguos místicos y los modernos teósofos como uno de los más ilustres miembros de su grupo, ha confesado que la más alta realización mística no produce ninguna emoción, ninguna visión y ninguna relación con lo bello. Si no hubiera sido discípulo de Ammonio no habría podido llegar a esta comprensión. Porque la escuela de Ammonio, en Alejandría, enseñó *tanto* el misticismo *como* la filosofía, aunque esta última reservada a la clase superior y se basaba, como se ha explicado previamente, en una tradición de iniciación que provenía en definitiva de la India. "¿Qué quieres?", preguntó Ramakrishna, el ilustre sabio que iluminó la oscuridad del siglo diecinueve de la India. Y le contestó su

PAÚL . BRUNTON

famoso discípulo, el Swami Vivekananda: "Quiero permanecer inmerso en éxtasis místico durante tres o cuatro días de una vez, interrumpiéndolo sólo para alimentarme." Y dijo Ramakrishna: "¡Eres un tonto! *Hay un estado aun más alto que ese*".

Nuestra búsqueda de una fuente válida *de* conocimiento puede llegar a su fin sólo cuando nos descubra una que sea universalmente y para siempre inalterable, que sea la misma y se atenga a las mismas leyes de verificación en todo momento y en todas las condiciones, y no sólo durante la meditación.

Sin embargo tenemos a mano otro medio de aquilatar la obra de la guía mística. Consideremos cuántas afirmaciones místicas pasan sin ser refutadas, cuántas son contradichas, cuántas están absolutamente fuera de toda duda. ¡Que nos den una respuesta los anales de la ciencia escéptica y de la religión ortodoxa!

Está claro, entonces, que, como única fuente de un conocimiento *cierto*, la experiencia mística o yóguica no es digna de *confianza*.. Su valor principal existe para el individuo que la experimenta, pero no para la sociedad en general. De ahí que sólo cuando un discípulo ha pasado por todos los preliminares de la autodisciplina personal y completado un largo curso de práctica de la meditación es considerado maduro para ser iniciado en los misterios superiores del conocimiento que están más allá del yoga común. Entonces el estudiante de la última senda que tiene la suficiente fortuna de conseguir un maestro personal, advertirá que éste comienza por insinuar ciertas dudas en su mente. Esto es hecho tan inteligente y cuidadosamente, que el alumno es llevado en forma insensible, con lentitud, por grados, de su posición presente a una superior. No se hace ello de pronto y con violencia, porque entonces perdería la fe en su posición de ese momento sin poder encontrar apoyo en una nueva y más fuerte. Este cambio lo consigue el maestro formulando al alumno ciertas preguntas enigmáticas, y formulándose las de tal manera, que la mente de éste comience a adquirir más energía y a crecer en claridad, hasta que ciertas dudas surgen por sí mismas. Cuanto más se somete a esta disciplina de la duda más probable es que abandone actitudes mentales sustentadas desde hace mucho tiempo. Consigue el valor necesario para dudar de *sus propias* experiencias y para revalorarlas de nuevo luego de un examen crítico hecho desde un nuevo punto de vista. Sólo así podrá entender correctamente la significación de las mismas, la invalidez de sus creencias y las limitaciones de sus prácticas. Las ilusiones que lo han tenido prisionero hasta entonces comenzarán

a aflojar su garra. Pero su maestro le prevendrá que no debe descansar hasta que sus dudas queden plenamente aclaradas.

Este análisis no significa que debemos despreciar los ejercicios de meditación o desechar la experiencia del místico por inútil. La paz, la tranquilidad y el éxtasis no son cosas inútiles. Y ningún desdeñoso escéptico puede negar que el místico exitoso los obtenga, si bien intermitentemente. Ni el sabio ni el novicio tienen por qué desechar esas u otras satisfacciones, sólo que el primero jamás les permitirá que aparten su mente de la verdad. La meditación se convierte en un engorro sólo cuando consiste en abrazar la imaginación como si fuese la realidad o en aferrarse a la visión como si fuese la verdad, en tanto que es realmente una colaboradora de la técnica filosófica cuando consiste en un sometimiento a la absoluta tranquilidad.

Los que buscamos la verdad podemos rechazar las visiones no criticadas del *místico* y su estrecho enfoque del mundo, pero seríamos realmente tontos si rechazáramos los valiosos dones de concentración y paz que nos ofrece el misticismo. El novicio que ha practicado fielmente la meditación durante un período podrá desarrollar cierto grado de concentración y de sutileza que le será sumamente valioso cuando pase a una etapa superior, porque se esperará de él que mantenga su mente orientada absolutamente en un solo sentido, durante su evolución en el yoga del discernimiento filosófico.

EL DISCERNIMIENTO FILOSÓFICO. El éxito de los antiguos sabios no provino de que creyeran ciegamente en las palabras de algún personaje; no fue el producto de ceder a los consuelos de algún libro religioso; no fue el resultado de las satisfacciones del yoga elemental solamente, sino que llegó luego de largas y laboriosas meditaciones metafísicas seguidas por el yoga supremo, que arrastró el ego hacia el Todo Universal y acalló el pensamiento y el sentimiento.

Sin embargo habría que hacer notar también que las fuentes del conocimiento que han sido vistas como falibles no quedan por ello excluidas de la vida racional. Algunas creencias son bastantes razonables, aunque muchas sean ridículas. Cuando las autoridades y las escrituras, las intuiciones y las iluminaciones, las discusiones y las conclusiones, están de acuerdo con la experiencia universal y la auténtica razón, tienen que ser bastante aceptables. Pueden ser útiles como colaboradoras, aunque no se pueda tener confianza en ellas solas. El filósofo no se muestra hostil a escuchar lo que ellas puedan decirle, porque a menudo puede llegarse al conocimiento por medio de tales fuentes, pero, a diferencia

PAUL BRUNTON

de otros, se mostrará dispuesto a juzgarlas en definitiva por cánones superiores, para poder averiguar hasta qué punto puede tener confianza en ellas. Porque busca una posición pétrea, inexpugnable. No rechaza nada por adelantado, pero al final lo analiza todo para saber si es cierto, en tanto que los hombres no ilustrados separan deliberadamente la intuición de todo contacto con la razón y los místicos no ilustrados se niegan deliberadamente a someter su "verdad" a prueba alguna. No será tan tonto como para rechazar una intuición, por ejemplo, pero estará dispuesto a aceptarla sólo *después* de haberla verificado, examinado y confirmado. Así fortificado mentalmente, empleará de tal modo sus propias intuiciones o las autoridades expertas, que se conviertan en una útil ayuda.

La lealtad a la razón no suprime la fe, sino que la admite; sólo exige que pongamos a prueba nuestras creencias y descubramos si son ciertas. Acepta igualmente la existencia de la intuición espontánea, pero pide que estudiemos nuestras intuiciones y nos cerciemos de si son correctas, sin vacilar en rechazarlas cuando las encontramos insatisfactorias. Admira sin vacilar la extraordinaria tranquilidad que se puede encontrar en las meditaciones místicas, pero aconseja que indagemos vigorosamente si el sentimiento de realidad que nos da *es* realidad. Aprueba siempre el ejercicio de la lógica en la organización del pensamiento, pero señala que las operaciones de la lógica están estrictamente limitadas por la cantidad de datos disponibles y que, cuando mucho, la lógica no puede hacer sino disponer en forma ordenada lo que ya sabemos explícita o implícitamente. En resumen, busca una firme verificación.

Por ejemplo, si los que tienen experiencias místicas quieren, sin que sea necesario abandonarlas, someterlas a las pruebas aquí descritas, el beneficio será mucho y el progreso más. Una de las funciones de la disciplina filosófica es actuar como correctivo de la experiencia mística.

Ahora bien, ¿cómo podemos poner a prueba nuestras creencias, confrontar nuestras intuiciones, investiga: la realidad de la experiencia de meditación, saber si nuestra lógica tiene en cuenta o no todos los hechos posibles, para así eliminar los errores de cada uno de estos métodos? No hay mas que una sola respuesta a todas estas preguntas, un solo medio* de satisfacer nuestras dudas en relación con ellas a saber: debemos comenzar y terminar con los cánones de la razón como único criterio de juicio. Porque sólo razonando críticamente en punto de ellas podremos llevar a cabo en forma fructífera esos exámenes.

¿Qué es lo que incluso los teólogos tratan de usar cuando quieren discriminar entre escrituras auténticas y espurias? ¿Qué es lo que nos dice de la insuficiencia de la lógica y de la falibilidad de la intuición? No la intuición misma, no la revelación y no la visión, sino la *razón*. Y cuando se afirma que tanto la intuición como el sentimiento místico están por encima de la razón, ¿por qué los que hacen esa afirmación se aventuran a discutir, a argumentar y a demostrar por medio del razonamiento que lo que han sentido o visto es correcto? ¿No es esta una referencia inconsciente a la razón como tribunal supremo de apelación, una referencia al veredicto del poder del pensamiento como arbitro supremo? ¿No es una admisión tácita de que sólo la razón tiene derecho a juzgar silenciosamente sobre el valor definitivo de todas las demás facultades? Los pensamientos no pueden cesar, salvo durante el sueño o el éxtasis, y toda forma de pensamiento —ya sea empleado por el empecinado realista o por el místico extramundano— implica algún razonamiento, por imperfecto y tosco que fuere. ¿Por qué no habríamos entonces de ir hasta el final, cuando hemos recorrido tan gran parte de este camino, y aceptar sin reservas la supremacía de la razón?

Una absoluta convicción y una incommovible comprensión de los verdaderos principios pueden ser alcanzadas sólo por medio de un adecuado ejercicio del poder del pensamiento intensamente concentrado y elevado a su más alto grado. Ningún otro método de enfoque puede producir una corrección tan duradera en cada caso. Y eventualmente llegará a ser la única forma de obtener un acuerdo mundial entre todos los pueblos y todos los lugares de este globo, porque la razón no puede variar sus conclusiones en cuanto a la verdad; es universalmente verificable y continuará siéndolo dentro de cien años. Tales variaciones, sin embargo, aparecerán en lo que finge ser razón. Y existirán igualmente cada vez que la razón sea injustificadamente limitada a la experiencia del estado de vigilia.

De tal manera, es posible arribar a un conocimiento de la significación de la existencia mundial que sea válido en toda ocasión, que algún barbudo sabio indio reconoció complacido otrora, hace cuarenta siglos, en su morada de la escuela del Himalaya, pero que no será anticuado ni considerado falso por algún agudo hombre de ciencia norteamericano dentro de cuarenta siglos más, a pesar del hecho de que para entonces será el heredero de todo el conocimiento de las generaciones desaparecidas que le precedieron. Semejante serie de invariables conclusiones finales no podrá ser desahuciada por las actividades de nuevos pensadores ni desplazada por la nueva brujería de la ciencia moderna.

PAÚL BRUNTON

Los antiguos sabios indios estuvieron en ciertos sentidos donde están ahora los hombres de ciencia, pero no vacilaron en proseguir sus investigaciones y llevarlas a un erial en que desaparecían todos los mofones familiares. Disminuyeron el valor del factor personal y, así, comenzaron como héroes que hubieran jurado no detenerse jamás hasta que la última palabra del pensamiento humano acerca de la verdad hubiera sido completamente deletreada. Llevaron firmemente sus razonamientos hasta su última posibilidad, hasta un punto en que, en rigor, no podían seguir más adelante, porque la facultad de razonar dejaba de funcionar en el misterioso momento en que descubría la verdad oculta y se dedicaba a descansar en el mismo instante. Lo que es más, descubrieron que existen en realidad dos distintas clases de pensamiento, que podrían ser denominadas la etapa inferior y la etapa superior del razonamiento. En la primera el poder del juicio analítico es aplicado al mundo exterior, en un esfuerzo por distinguir lo sustancialmente real de lo simplemente aparente. Cuando esto ha sido llevado todo *lo* lejos posible —y no hasta entonces—, el pensamiento debe volver críticamente sobre sí mismo y *examinar sin vacilaciones su propia naturaleza*, paso final que sólo puede ser alcanzado exitosamente si se ha conseguido antes el éxito en el yoga.

Esta es una tarea de inmensa dificultad porque exige una máxima concentración de la clase más sutil. Una inteligencia débil y frágil no puede realizar el esfuerzo requerido. Cuando esta concentración ha logrado finalmente su objetivo, el conocimiento de la realidad aparece de inmediato, y en ese momento la razón deja de funcionar porque sus servicios para juzgar y discriminar dentro de sí misma no son ya necesarios. Esta cesación espontánea del pensamiento no debe ser confundida, como ocurre a menudo, con la "intuición directa de la realidad", del místico. Señala la conclusión exitosa del pensamiento, no la exitosa abolición del pensamiento. La reflexión no debe renunciar a sí misma antes de que haya realizado toda su tarea. Y el místico no consigue nunca la abolición del pensamiento simultáneamente con la retención de la conciencia durante la vigilia, ya que esa hazaña sólo es posible cuando *avanza* por el camino final. Así, lo que el místico considera como la consecución última de su tarea es considerado por el sabio sólo *como* la semiterminación de la suya. Y donde el místico sólo siente, él entiende absolutamente.

Los sabios idos miraron dentro de sí mismos en busca de una realidad permanente antes que de una experiencia incierta, de la realidad final antes que de la satisfacción emocional, y, por sobre todo,

MÁS ALLÁ DEL YOGA

197

miraron en sí al final, antes que al comienzo de su examen del mundo — de ahí que sólo ellos encontrarán la auténtica meta. Y porque no huyeron como los místicos del torturante problema del mundo, también resolvieron éste en el mismo sobrecogedor momento en que fue entendido el yo. Ese raro instante de comprensión que todo lo abarca, en la profundidad del éxtasis místico lleno de pensamiento, fue el punto culminante de la pirámide de su esfuerzo filosófico. Los sabios lo llamaron "el relámpago", porque cruzaba el campo de la conciencia con la tremenda velocidad del estallido de un relámpago. Alcanzado esto, su labor posterior era la de recuperar y estabilizar la satisfactoria visión así conquistada. Con ello su búsqueda llegaba, a un fin perfecto. Porque el nuevo sol no se eleva sólo para ellos en el Oriente enrojecido. De ahí en adelante hacen suya la antiquísima causa de toda la humanidad. ¡Lo que ellos sabían, eso fueron! Habiendo perfeccionado la razón, la dejaron sin vacilaciones muy atrás y luego perfeccionaron la facultad superior del discernimiento, en la que el conocimiento y el ser se funden en uno.

CAPÍTULO VIII

LA REVELACIÓN DE LA RELATIVIDAD

El estudiante que ha seguido decidida y comprensivamente este hilo de pensamiento hasta este momento, se habrá elevado por sobre los primitivos consuelos de la religión y las insustanciales conjeturas de la imaginación; habrá despertado de los bienaventurados sueños del misticismo, de los sistemáticos autoengaños de la lógica y del profundo sopor del verbalismo; habrá aguzado su entendimiento y moldeado sus sentimientos para embarcarse en la más alta aventura a que pueda dedicarse hombre alguno: la búsqueda de la verdad final. Estará bien preparado para la primera prueba de fuerza por la que debe pasar ahora. EN primer lugar se ve ante el problema del mundo, porque es el problema de lo que es más familiar y visible. Si bien el problema del yo parece más cercano, es en realidad más remoto, y aunque parece más sencillo es en verdad más difícil de resolver que el enigma de este inevitable universo que lo rodea. ¡Por lo tanto está bien comenzar con una indagación de la naturaleza de este curioso mundo al que los humanos somos lanzados de pronto y del que somos lentamente apartados sin que nadie nos consulte en ese sentido!

Ya se ha explicado por qué la actitud inicial de un filósofo es de duda. Debe llevar esa actitud consigo, no sólo cuando busca una fuente satisfactoria de conocimiento de la verdad, sino también cuando recorre distancias mentales que muy bien podrían hacer vacilar la complacencia del hombre corriente. ¡Tiene que tener la suficiente audacia para comenzar su investigación tratando de pasar por detrás de su conocimiento convencional del universo mismo!

Pero el lector alarmado puede ser tranquilizado inmediatamente.

No se le pide que dude de la *existencia* de este mundo, que es el primer hecho que surge ante sus ojos todas las mañanas y el último que desaparece ante sus ojos todas las noches. Se le pide que ponga en duda la

PAUL BRUNTON

veracidad de las visiones, sonidos y contactos de los que tiene conciencia y la realidad de los objetos así vistos, oídos o palpados, todo lo cual sólo un lunático pensaría siquiera en desechar como inexistente. Son dos dudas distintas y separadas, que exigen distinto tratamiento. Por lo tanto bastará considerar en este capítulo hasta qué punto nuestro conocimiento es básicamente cierto y reservar para el capítulo siguiente la indagación de en qué medida lo que se conoce es también básicamente real.

El estudiante, como todos los demás, experimenta el mundo "dado", es cierto, ¿pero se ha detenido alguna vez a cuestionar la validez de esta experiencia? En caso de que no lo haya hecho, tiene que hacerlo ahora. Porque si lleva tal investigación a su máxima profundidad hará el más extraño y sobrecogedor de los descubrimientos intelectuales. ¿Cuál fue uno de los pocos acontecimientos supremos del mundo científico durante nuestra generación? ¿Qué principio revolucionario fue entonces establecido, que lanzó una sensacional luz nueva sobre antiguos problemas? Sin duda alguna, la formulación de la Teoría de la Relatividad por Albert Einstein no sólo resumió dos mil años de investigación matemática y pasó revista a trescientos años de investigación física, sino que abrió nuevos caminos y amplió enormes panoramas para *los* exploradores del pensamiento. La prueba razonada de esta complicada conclusión está llena de fórmulas que se encuentran fuera del alcance del cerebro del *lego común*, y la doctrina misma no puede ser plenamente explicada, salvo en abstrusas ecuaciones matemáticas. ¡El propio Einstein confesó una vez, cuando se le pidió que la explicara en unas pocas palabras comprensibles, que necesitaría tres días para dar una corta definición! Empero, sin necesidad de perdernos en una difícil maraña de complejos símbolos técnicos y de indigeribles alimentos intelectuales como el cálculo de variaciones y la teoría de las invariantes, podemos y debemos simplificar ciertos aspectos de la hipótesis de Einstein que son de especial interés para los filósofos. El que él mismo mire un poco de reojo la filosofía es una consecuencia natural, aunque lamentable, del prejuicio nacido de su especialización científica; pero surge también debido a que confunde la mera especulación con la filosofía verificada, error del cual son responsables muchos presuntos filósofos y muchos *semifilósofos*. En su horror hacia la metafísica, ha tratado de limitar su pensamiento, en su labor, dentro de ciertos límites bien definidos, pero jamás habría *podido* desarrollar su hipótesis con la sola ayuda de la experimentación, y en la medida en que se dedicó a una rigurosa reflexión fue, quieras que no, un *filósofo*,

aun inconscientemente. Al físico le resulta imposible contemplar la cuestión de la relatividad, con la minuciosidad que merece un principio tan importante, sin elevarse a cuestiones finales y, por lo tanto, sin convertirse por el momento en un miembro de la fraternidad filosófica. Pero Einstein es un matemático y un físico, y quiere mantenerse estrictamente en su oficio. De ahí que se niegue a considerar las posteriores implicaciones de su tarea, es decir, que se rehusa a filosofar. Pero no todos sus discípulos son tan limitados. Eddington y Whitehead se han arriesgado a perseguir las consecuencias del hecho de llevar su doctrina a reinos en que el pensamiento cala más hondo, el primero en el campo de la psicología filosófica y el segundo en la lógica filosófica, regiones ambas en las que el maestro no quiere aventurarse. Pero sólo en el antiguo pensamiento asiático ha sido recorrido hasta su último término el camino de análisis que ambos han comenzado a transitar.

No debemos permitir que el carácter altamente matemático de los cálculos de Einstein nos deprima o nos ahuyente de la hipótesis misma. Porque la matemática no es más que una especie de taquigrafía lógica cuyos símbolos expresan conclusiones obtenidas a partir de datos dados, y las expresan con una velocidad desconocida para la lógica. Abrevia el procedimiento silogístico, sustituyéndolo por fórmulas y ecuaciones. La esencia conceptual del descubrimiento de Einstein era conocida por los desaparecidos sabios del Indostán, que, sin embargo, no eran, como Einstein, matemáticos adiestrados, en tanto que filósofos griegos como Platón y Aristóteles reconocieron su profunda importancia. Los pensadores jainos de la India formularon una doctrina filosófica similar, la Syadvada, que se parece al Relativismo, más de dos mil años antes de que Einstein formulara su doctrina científica. De tal manera, los pensadores indios y griegos, anticiparon un principio que sólo sería experimentalmente puesto a prueba y finalmente demostrado con el transcurso de muchos siglos. Lo que Einstein hizo en realidad fue corroborarlo científicamente, colocarlo sobre un cimiento de observación matemática original y de prueba experimental al ilustrar su aplicación práctica a una esfera especial. Formuló la teoría de la relatividad a fin de adaptar las hipótesis de la física a datos observados. Hizo que la ciencia fuese la responsable de la prueba y verificación de un principio que hasta entonces había vivido una vida precaria entre las discutibles especulaciones de metafísicos ignorados o entre las antiguas doctrinas de extranjeros desconocidos. Y el desarrollo de ciencias tecnológicas tales como la óptica y la electrodinámica hizo

posible, por ejemplo, su trabajo experimental en la investigación de la influencia gravitacional del sol sobre los rayos luminosos. *¡De ahí que esa prueba no haya podido ser realizada históricamente antes de lo que lo fué!*¹

La relatividad ha despojado al tiempo de su inalterable fijeza y lo ha convertido en una dimensión variable. Dicho en lenguaje más sencillo, el tiempo no tiene una significación particular que sea siempre fija y la misma para todos los seres humanos. Los que quieren limitarlo a su medición con relojes o por la revolución de cuerpos estelares no hacen más que difundir un prejuicio. Porque el sentido del tiempo no es una realidad absoluta sino una interpretación del reloj y la estrella hecha por un ser consciente. Es la forma en que las sensaciones se disponen en la mente. No existe una medida absoluta del tiempo. Un análisis minucioso revelará que todas nuestras mediciones basadas en las revoluciones planetarias son *en definitiva* no más que impresiones relativas nuestras. Einstein empezó a señalar esto, pero lo hizo sin advertir todas las consecuencias de ello.

- La luz desempeña un papel único entre los elementos. Un rayo de luz es la cosa más veloz que conoce la ciencia y el medio más importante de la comunicación humana con el mundo exterior. Esta introducción de la teoría de la relatividad en el pensamiento científico debe su origen a un famoso experimento en torno a la velocidad de la luz llevado a cabo por los norteamericanos Michelson y Morley, liada fines del siglo pasado. La labor de éstos determinó que la velocidad con que viajaba la luz era constante, no importa en qué dirección lo hiciera o hacia el encuentro de qué cuerpo del espacio se dirigiera. El experimento demostró que la luz se movía a la misma velocidad relativa a la tierra, ya sea que ésta se aproximara a ella o se alejara de ella. Resultaba difícil reconciliar este descubrimiento con el hecho de que la tierra se mueve a través del espacio. Era de esperar que la velocidad del movimiento de la luz fuese mayor cuando ésta se aproxima a la tierra. Esto se basa en el mismo principio que dice que las velocidades combinadas de dos trenes que se acercan uno al otro desde direcciones opuestas es mayor que la velocidad de uno de los dos.

En consecuencia, un observador situado en un planeta que avanzara rápidamente hacia un rayo de luz que se dirigiera a él, debería descubrir que la velocidad de movimiento de éste es mayor que cuando retrocedía ante él. Pero el experimento demostró que la velocidad de la luz permanecía inalterable, que era exactamente la misma, 300.000 kilómetros por segundo, de antes que se tuviera en cuenta el movimiento mutuo. ¡Este fantástico resultado era por lo tanto aritméticamente igual a $2 + 1 = 2!$

¿Por qué los rayos de luz no aumentaban su velocidad de recorrido, como habrían tenido que hacerlo de acuerdo con leyes conocidas? No se ofreció ninguna explicación realmente adecuada de esta peculiaridad hasta que la dio Einstein. Este señaló en lenguaje matemático que todas las reflexiones anteriores

La doctrina enseña que el movimiento no significa más que el cambio posicional de relación entre una cosa y otra y que, por lo tanto, el cambio físico, como el movimiento, nunca es absoluto, sino relativo. En cuanto admitimos que las *normas* de medición del tiempo y el espacio pueden variar, tenemos que abandonar nuestras ideas convencionales en punto de las ciencias de la física, la geometría y la astronomía. La astronomía habla volublemente de las constelaciones de estrellas "fijas". Y sin embargo éste es un término relativo, porque sin duda también ellas están cruzando velozmente el espacio cuando son vistas por alguien situado en lo que para él es un punto relativamente fijo. Tratarnos a la Estrella Polar como si estuviese siempre inmóvil, pero el fenómeno de la precesión, de los equinoccios demuestra que también ella es un cuerpo móvil. Por lo tanto nuestro empleo de la palabra "fija" es completamente arbitrario. Las estrellas fijas son llamadas así, no porque permanezcan estacionarias en el espacio, sino porque la astronomía no ha podido inventar aún instrumentos que las al respecto habían estado evidentemente basadas en principios que interpretaban erróneamente el experimento, y que sería más prudente modificar esos principios para adaptarlos a los hechos que dicho experimento revelaba. Pero esto puso a prueba toda la cuestión de la forma en que era medida la velocidad de la luz y la forma en que cada instrumento y cada observador que usaba el instrumento obtenían el tiempo y las dimensiones espaciales resultantes. Si se hacía tal cosa se descubriría entonces que era necesario alterar nociones heredadas, en boga, sobre el tiempo y el espacio mismos. Estos habían sido considerados previamente como algo fijo para siempre, en todos los lugares y en todas las condiciones, pero las antiguas normas en relación con ellos habían demostrado ser fallibles gracias a ese experimento en punto del comportamiento de la luz en un sistema de movimiento rápido. Estableciendo un cambio en el carácter de tales normas, despojándolas de su supuesta fijeza y poniéndolas en dependencia fundamental de la situación del observador, reconociendo que toda medición espacial es la comparación de las posiciones relativas de dos cosas en el espacio y aceptando que no existe nada definitivamente constante en cuanto al tiempo o el movimiento o las mediciones de longitud, nacería una nueva visión del mundo, que no sólo explicaría satisfactoriamente el problema de la velocidad uniforme de la luz, sino que también explicaría otros problemas físicos que recientes progresos de la ciencia habían planteado. Tales fueron los comienzos del principio de la relatividad. Einstein aplicó entonces el principio a la influencia de la gravitación solar sobre el paso de los rayos de luz, y con su ayuda realizó un cálculo preciso de la deflexión que experimentarían. Cuando en 1919 las observaciones astronómicas realizadas durante un eclipse confirmaron su predicción, el principio de la relatividad fue magníficamente justificado ante el mundo de los hombres de ciencia. Estos no pudieron ya seguir haciendo caso omiso de él. La base de todo el pensamiento científico convencional acerca de su propia posición tenía que sufrir un cambio vital.

PAUL BRUNTON

acerquen lo bastante a nuestra percepción para descubrir «incluyentemente algún movimiento en ellas. Cuando Einstein dijo que no había en el universo una posición absolutamente fija y, en consecuencia, ninguna posición desde la cual pudiera ser averiguada la forma y dimensiones de un objeto de modo que se pudiese decir que regían en todas las condiciones posibles de observación, *dijo*, en rigor, que' la ciencia era impotente para llegar a un cálculo final en cuanto al mundo.

Hacemos nuestras mediciones espacio-temporales de posición y movimiento en relación con alguna norma que suponemos permanente, inalterable e inmutable; en una palabra: eternamente fija. Pero Einstein ha demostrado convincentemente que no existe en el universo nada a lo cual podamos aplicar la descripción de "fijo". Por lo que sabemos, bien podría moverse en torno a una segunda cosa que también suponemos fija. ¿Cómo podemos saber que algo está perpetuamente inmóvil, que nunca se mueve, cuando el alcance de nuestra percepción es tan limitado? Por lo general juzgamos mediante plausibles apariencias exteriores, mediante lo que nos dicen los limitados cinco sentidos, y corriente pero ignorantemente tomamos las piedras por materia en reposo. Sin embargo la verdad es claramente revelada por la moderna investigación física del maravilloso mundo de los átomos y las moléculas. Porque el conjunto de la materia está construido de protones y electrones que se mueven incesantemente como enjambres de inquietas abejas. Debemos revisar nuestra sencilla noción del mundo.

Si permanecemos sentados durante un tiempo en un tren en marcha, contemplando el verde paisaje que se desliza ante las ventanillas, nuestros ojos se acostumbran al movimiento y lo toman por un estado normal. Si el tren se detiene, se produce una ilusión temporal de que el paisaje avanza, o de que el tren se mueve hacia atrás. En ciertas relaciones con el universo, toda la humanidad es como el pasajero del tren.

Un hombre que camine por un recodo de las vías del tren no notará —si mantiene la vista continuamente fija en sus pies— que la senda por la cual camina es curva. Sólo cuando levante la vista, mire un poco hacia adelante y altere con ello su perspectiva verá que los rieles son realmente curvos. Por lo tanto, el mismo objeto parece distinto desde distintas perspectivas. ¿Qué porción de nuestra visión del mundo podría ser alterada si pudiésemos alterar nuestra perspectiva? Una caravana de quinientos camellos descansando en un valle parecerá absolutamente en reposo para un observador que se encuentre

sobre un risco, arriba. Pero esto rige sólo para las ideas acostumbradas sobre el espacio, pertenecientes a la física anterior de la relatividad, y en consecuencia hace caso omiso del hecho de que la tierra viaja alrededor del sol y llevando consigo también a la caravana. El observador, incapaz de descubrir ese movimiento, se engaña *inconscientemente* al sustentar la creencia de que lo que es cierto desde su punto de observación tiene que ser igualmente cierto desde cualquier otro punto de observación del universo. Esto es evidentemente incorrecto, porque un segundo observador presenciaria por cierto el paso de la caravana a través del espacio, si fuera posible superar las dificultades prácticas de colocarlo en el sol y, si sobreviviera a la prueba, diseñar y proporcionarle un instrumento óptico adecuado para el fin. Lo único que el primer observador tiene derecho a decir es que los camellos están en reposo en relación con la tierra; no puede decir más, *veridicamente*, a menos de que pueda desplazar su punto de observación. Y sin embargo ninguno de los dos observadores está del todo en lo cierto o del todo equivocado. Como lo indica Einstein, el hecho es que cada cuerpo en movimiento posee su propia norma del tiempo y su propio sistema de espacio con los cuales un observador siempre estará en relación. Por lo general éste no sabrá que las otras normas y los otros sistemas pueden diferir del suyo, y que si persiste en apegarse a él será incapaz de explicar la presencia de factores absolutamente incomprensibles y completamente irracionales en el universo.

Estas afirmaciones son la consecuencia lógica de nuestro conocimiento de que la tierra gira en derredor del sol. Pero el movimiento de cualquier planeta puede ser medido y descrito por comparación mutua con algo que esté absolutamente inmóvil, digamos, por ejemplo, con la totalidad de las estrellas fijas. De ahí que la relatividad enseñe que sólo podemos conocer las relaciones existentes entre los cuerpos en el espacio y que la descripción de dichas relaciones es sólo comparativa. Sólo podemos comparar una cosa con otra. Nos vemos obligados a tratar con dualidades. Porque nuestra concepción del espacio carece de sentido sin una norma dada de referencia.²

² Un hombre que escuche regularmente para oír al reloj de la Municipalidad cuando dé la hora del mediodía afirmará que todos los días oye el sonido como procedente del mismo punto. Empero, si fuera posible que otro hombre ubicado en el sol escuchara también, tendría que asegurar que los sonidos procedían de puntos sucesivamente distantes 480.000 kilómetros uno del otro, todos los días. Porque la tierra y el reloj se habrían movido regularmente a una distinta posición diaria en relación con el sol. De ahí que el cambio del punto de observación produzca un inmenso cambio en los resultados obtenidos.

Si nos viésemos encerrados de tal manera que nos resultara imposible ver otras estrellas y planetas en el cielo, no podríamos saber que nuestra tierra avanzaba por el espacio. Nos sentiríamos seguros de que estaba inmóvil en el firmamento. Porque no tendríamos un punto de referencia. Por lo tanto el movimiento es totalmente relativo.

La tierra se abre paso dinámicamente a través del espacio, en torno al sol, a la enorme velocidad de 110.000 kilómetros por hora, pero nadie siente la más mínima vibración de este movimiento; ¡por el contrario, todos los que están sobre ella sienten que la tierra está perfectamente inmóvil !

Usamos corrientemente la palabra "aquí". Sin embargo, mientras señalamos el lugar designado, la tierra ha girado a gigantesca velocidad a través del espacio, llevándose el punto consigo, de modo que en *pocos* minutos éste está a muchos kilómetros de distancia de donde estaba antes. El "aquí" se convierte por lo tanto en un término relativo, relacionado con algún punto o persona de la tierra pero carente de sentido cuando se lo aplica al espacio. Más aun, la tierra gira sobre sí misma y además en torno al sol. Pero éste se mueve a su vez en relación con la vía Láctea, y aunque se trata de una cuestión que en la actualidad está fuera de nuestras posibilidades de medición, es posible que también la vía Láctea se mueva, a través del espacio. Cuando se tienen en cuenta todos estos movimientos, tenemos que advertir que no podemos estimar en qué medida el punto en cuestión se ha desplazado *realmente* en el transcurso de esos pocos minutos. Y tampoco experimento alguno podría descubrir la -velocidad a que se mueve en realidad a través del espacio, porque no existe ningún cuerpo que esté *absolutamente* en reposo y con el cual pueda ser comparado su movimiento. Sólo podemos determinar su lugar relativo y su velocidad relativa de movimiento. Y ese será siempre el resultado, dondequiera nos coloquemos.

Así llegamos nuevamente a la base de la doctrina de Einstein, que dice que el espacio no tiene una norma definitiva de movimiento en sí mismo, y que no es el mismo en todas las circunstancias. El espacio, en último análisis no posee las propiedades implicadas por Euclides en sus postulados y axiomas. Tal es la conclusión a que ha llegado la relatividad. Pero mucho antes de Einstein, tanto Zenón como Pitágoras en Grecia y muchos sabios en la India habían encontrado las contradicciones inherentes a la idea de que el espacio tiene una existencia característica, una inalterable fijeza propia. Vieron que desde un punto de vista es mensurable, puramente relativo y finito, pero que

desde otro es absolutamente inmedible e infinito en todas las direcciones. Desde *el* primer punto de vista podemos limitarlo a sus partes, que pueden ser fácilmente distinguidas de las otras partes de la extensión ocupada por los objetos físicos, pero que desde el segundo punto de vista no tienen existencia independiente separada del todo, por lo que no podemos imponer límites a su continuación indefinida. Porque cuando tratamos de reunir todas sus partes, no podemos llegar nunca a un agregado que sea el conjunto del espacio; lo que consideramos como el todo tendrá siempre más espacio que se extienda más allá de él, y así de seguido, en una interminable retrogradación. De tal modo, si uno piensa en el espacio como en una parte menor, niega su existencia como un todo. Si ambos puntos de vista se anulan, entonces, mutuamente, debemos sacar en conclusión que el espacio es más una idea subjetiva que un elemento objetivo.

Lo que es más, si aplicamos algunas de las valiosas lecciones aprendidas en el sexto capítulo a ciertas palabras empleadas cada vez que es dada por sentada la existencia absoluta del espacio, las palabras *aquí* y *allí*, habrá que encarar una curiosa situación. Porque se supone que el espacio es aquello en lo cual algo existe o aquello en lo cual el orden mundial se diferencia a sí mismo.

Y ahora pensemos en un punto situado aquí, en esta hoja de papel. La geometría define el punto como una posición sin magnitud. No tiene ninguna dimensión. Esto significa que un punto no tiene nada dentro de sí ni lugar para ponerle nada adentro. Llévase este análisis más lejos aun y se verá que el punto no es en modo alguno espacial y que por lo tanto el espacio, en cuanto representado por su "aquí", existe y no existe a la vez, contradicciones que, de ese modo, vuelven a anularse mutuamente.

Piénsese ahora en algo que está "allá", en el espacio, digamos, por ejemplo, el distante continente de Australia. Eso significa que no está "aquí". Pero con "aquí" se podría querer decir aquí en esta ciudad, o aquí en este país, o aquí en este continente; o incluso se lo podría ampliar hasta hacerlo abarcar la totalidad de este mundo. No se puede ir más lejos, porque ya no se tiene un punto de observación especial desde el cual un lugar puede ser distinguido de otro. La limitación de la atención que restringe su definición de "aquí" quedará entonces abolida. Pero al llegar hasta ese punto usted ha incluido a Australia en su "aquí". Por lo tanto "aquí" y "allí" se contradicen mutuamente, y con ello se derrumba la noción misma del espacio como una realidad separada que descaira sobre ellos.

¿Qué resulta de nuestra idea corriente del espacio cuando una investigación radiactiva nos dice que la aguda punta de la aguja más aguzada es un minúsculo mundo en el que millones de cuerpos móviles circulan incesantemente sin tocarse nunca?

Los que se oponen al análisis de tales paradojas por considerarlo un simple juego de palabras no entienden el importante papel representado por las palabras en la construcción secreta de nuestro pensamiento, ni entienden que los problemas de la semántica son en realidad problemas lógicos y, con mucha frecuencia, incluso problemas epistemológicos. Y no entienden que la significación de una cosa es inseparable de lo que *pensamos* que es; no es solamente lo que algún diccionario dice en relación con ella. Y no entienden que el funcionamiento oculto de la mente en la visión del mundo es algo completamente distinto de lo que ellos suponen que sea.

La relatividad demuestra por lo menos que tenemos que alterar nuestras costumbres heredadas de pensamiento acerca del *mundo*. El espacio y el tiempo exigen un examen, porque entran en todas las concepciones del mundo externo. Son las formas en que nos es dada nuestra experiencia. Una comprensión completa de este mundo los implica por completo también a ellos. Nuestra vida objetiva sobre la tierra se mueve evidentemente dentro de las condiciones impuestas por el espacio y el tiempo; toda nuestra experiencia es en verdad inseparable de éstos. Todos los cuerpos mensurables y todas las criaturas vivas se presentan a nuestros sentidos como existentes espacial o temporalmente, y no podemos dejar de representarnos todo el universo dentro de un marco específico de espacio y tiempo. No podemos pensar en los múltiples hechos y acontecimientos de la Naturaleza sin pensar en ellos como llenando una posición en el espacio y a veces en el tiempo. Pero la significación de esto último es siempre relativa y cambia con los cambios de circunstancias. Por lo tanto, estos fenómenos de la Naturaleza sólo pueden ser pensados en términos relativos. Si cambiamos nuestro marco cambiaremos también las características familiares de nuestro universo. Y éste perderá su fijeza fundamental, su absolutez inalterable. No puede existir una relación espacial única o una observación de tiempo incambiable. Cuando miramos más profundamente en el espacio, éste tiende a cambiar su carácter, de lo que parece ser un hecho exterior a lo que es realmente un factor mental interior. En pocas palabras, debemos empezar a mentalizar el espacio y a espacializar la mente. Lejos de ser una propiedad del mundo exte-

rior, el espacio comienza a aparecer *como* un misterioso elemento subjetivo que condiciona nuestra percepción de todo el mundo externo. Pero este punto de vista abandona las antiguas concepciones de los físicos. Está de acuerdo con las deducciones matemáticas de Einstein, que han hecho variable la masa de un cuerpo. La antigua idea de la *materia* consistía en que su característica más prominente y más tangible —técnicamente denominada masa— era también su característica más perdurable. Esto es cierto en lo que se refiere a las bajas velocidades de movimiento de los objetos cotidianos, pero no rige ya para aquellos objetos que están más allá de la experiencia común, donde prevalecen altísimas velocidades de movimiento, porque Einstein ha obligado a la ciencia a desechar la antigua creencia en la medida en que demostró que la masa de la materia puede variar. De tal manera los objetos físicos se transforman en campos de fuerza eléctrica, de energía pura que asume formas dictadas por la velocidad. La creencia de un algo separado, en una sustancia material sólida, ha sido seriamente afectada. Hasta ahora no podíamos hablar de una materia aparte del espacio que ocupara, en tanto que ahora podemos hablar de la energía con mucha menos necesidad de ubicarla en el espacio.

Esta nueva noción de que la energía tiene masa y de que la masa de un cuerpo puede cambiar proporcionalmente, por encima de ciertas velocidades de movimiento, hace que el carácter material de una cosa no sea ya su carácter cardinal. La imaginación no puede en este punto ponerse fácilmente a la altura de la razón, pero esto no debe ser tomado como una excusa para permitir que la primera obstaculice a la segunda. El nuevo punto de vista científico debe ofender necesariamente al sentido común, cuando destruye la naturaleza estática de un objeto. Es imposible que la mente se presente a sí misma, por medio de alguna adecuada imaginaria, la idea de cómo la relatividad afecta extrañamente a la masa de nuestro universo material. Debemos conformarnos con saber, sin saber cómo.

LAS TRIQUINUELAS DEL TIEMPO. La extraña luz que la relatividad ha lanzado sobre nuestras creencias acerca del espacio es completamente similar a la que arrojó sobre nuestras creencias en punto del tiempo. Nuestra seguridad al fechar un acontecimiento queda hecha trizas cuando nos enteramos de que el acontecimiento de marras será visto en distintos momentos por dos observadores colocados en cuerpos con distintas velocidades de movimiento; nos sobresaltamos, sorprendidos, cuando se nos dice que dos sucesos que ocurren simultáneamente para

PAÚL BRUNTON

un testigo de los mismos parecerán tener una separación en el tiempo para otro.

¡La tierra no gira tan velozmente a través del espacio como lo hacía durante los primeros días de su ardiente juventud, y en consecuencia la duración de nuestro día es más del doble de lo que era entonces!

La relatividad del tiempo es tal, que la lenta tortuga que vive durante un siglo puede de no sentir que ha durado más que el veloz insecto que aparece, crece, se aparea y muere en una semana, porque determina su experiencia desde un punto de vista distinto. La cuestión es saber cuántas sensaciones pasan por la mente; si la cantidad de sensaciones es igual en ambos casos, entonces los años no cuentan. Quien haya experimentado con ciertas drogas sabrá que una consecuencia del uso de ellas puede ser el desarrollo de un sentido anormal del tiempo, al punto de que un acto sencillo como el de levantar una mano puede necesitar vividamente media hora para realizarse en la conciencia aunque, para la persona que lo presencie, será cosa de un momento. Los que han escapado a la muerte por canto de una uña declaran que durante el breve período precedente a la inconsciencia pasó como un relámpago, ante el ojo de su mente, toda la historia de su vida.

Nos dormimos sólo aparentemente, para despertar poco después en un ensueño, pero más tarde sabemos que sólo nos hemos despertado en realidad a la mañana siguiente. Nos sentimos tan despiertos durante el sueño como durante el día. Empero, en cinco minutos de tiempo del sueño completamos una jornada que exigiría tres semanas de nuestro tiempo de *vigilia*. En el sueño pasamos por una larga secuencia de acontecimientos dramáticos, a menudo sumamente detallados, y en la experiencia parecen haber pasado horas y días, ¡pero la indagación revela que toda la serie de acontecimientos ha ocupado sólo una fracción de minuto! De tal manera, la experiencia revela las extrañas fluctuaciones de nuestro sentido del tiempo cuando encaramos el mismo hecho desde distintos puntos de vista.

Un hombre diferentemente situado, digamos en el planeta Venus, tendría necesariamente una distinta sensación del tiempo que la nuestra. No es correcta la idea de que veinticuatro horas serán siempre veinticuatro horas, en todas las condiciones y en todos los lugares. Esta afirmación puede proporcionar una profunda sacudida a nuestras más familiares costumbres de pensamiento. Y sin embargo considérese el caso de un joven que ha pasado tres o cuatro horas con una novia ardientemente amada. El período le parecerá abreviado a menos de una **hora**.

•Y considérese como contraste el caso de un inválido que ha caído accidentalmente sobre una estufa al rojo y es incapaz de levantarse con rapidez! ¡Para él cada segundo intensificado será tan largo como una hora! Cada hombre tiene su percepción individual del tiempo, como estos ejemplos anormales lo aclaran, y es ilusorio creer que se trate de algo más que de su propia experiencia única. Ve los acontecimientos desde la perspectiva de su propio punto de vista especial, porque el tiempo mismo no es *más* que una relación. En realidad nunca medimos el tiempo en sí. Incluso el tiempo de reloj no es más que la medida de un movimiento en el espacio, es decir, la relación existente entre dos cosas.

Somos obligados por la naturaleza a verlo todo como existente en el espacio y en el tiempo. El tiempo es presupuesto inmutablemente en el proceso del pensamiento. El espacio es una condición necesaria en el proceso de percepción. Jamás podemos separar nada de ellos. ¡Y sin embargo nunca vemos al espacio y al tiempo mismos! No tenemos una impresión sensorial directa del espacio puro o del tiempo puro. No podemos revestir la idea desnuda del espacio con imagen mental alguna; sólo podemos pensar en una cosa que ocupa distancia, extensión; de ahí que únicamente conozcamos el espacio como una propiedad de las cosas y el tiempo como una propiedad del movimiento.

Es corriente considerar el tiempo *como* una corriente que fluye o como una constante sucesión de momentos aislados. Esto es perfectamente natural, porque la mente humana no puede imaginar siquiera un tiempo exento del pasaje de sucesos o en el cual no existan "antes, ahora y después" de los acontecimientos. Sólo en el tiempo un pensamiento sigue al otro, así como sólo en el tiempo ocurren los acontecimientos. ¿Puede formarse una idea del tiempo, a menos de que lo conciba en comienzos y finales, o con interrupciones y cambios? Pero desdichadamente *esto* nos lleva a una ilusión. Porque suponemos que el tiempo está dividido en momentos, pero tratamos de aferrarlos con exactitud y se desvanecen. El análisis no descubre partes separadas, momentos independientes; no hay intervalo alguno entre el presente y el pasado. ¿Cómo podría nadie distinguir cuándo empieza el momento actual o cuándo termina? Trate de encontrar el punto de separación reconocible entre el pasado y el futuro, entre el "antes" y el "después". Cualquier cosa que usted tome por tal punto no seguirá siendo tal en cuanto lo haya distinguido, Y sin embargo, ¿qué es el momento actual, sino tal punto hipotético? Una de las ilusiones del tiempo es la de que perpetuamente creemos estar viviendo en los acontecimientos

del momento presente, cuando semejante división no existe en realidad. Ya se trate de un segundo, de un milésimo o de un millonésimo de segundo, el así llamado momento actual habrá retrocedido hacia lo que llamamos pasado. Nuestro gárrulo parloteo acerca de las fases presente, pasada y futura del tiempo se refiere a algo que nadie puede determinar y de lo cual nadie puede formarse una idea apreciable que resulte lo suficientemente correcta para desafiar todo análisis. ¿Qué ocurre entonces con toda nuestra noción del tiempo, cuando no puede formarse noción alguna de sus distintos constituyentes? De tal modo, lo que parecía una realidad tiene *más* probabilidades de ser, en cierta medida por lo menos, una idea prolijada por nuestra mente, o sea que el movimiento del tiempo está mayormente dentro de nosotros *mismos*.

Obsérvese cualquier cosa que crezca, una semilla de hierba, por ejemplo. ¿Se puede afirmar exactamente en qué momento la simiente se convierte en una planta? Es completamente imposible. Entonces, ¿dónde está ese momento en que la semilla no es ya tal, sino una planta? Si existe en alguna parte, tiene que existir en su mente o en su imaginación. De tal manera, los cambios de tiempo son en realidad experiencias propias de usted. Los momentos no existen realmente. El tiempo no es una suma de no existencias. Súmese cero a cero y el resultado seguirá siendo cero; por lo tanto el tiempo no es una realidad independiente, sino una abstracción de la realidad. El tiempo, como el espacio, es una abstracción. Pero cuando se toma una abstracción como si fuese algo real, se contradice a sí misma.

Cuando llevamos nuestro razonamiento más lejos aun, tenemos que admitir que nuestro sentido del tiempo puede contraerse del mismo modo que puede ampliarse nuestro sentido del espacio, y que cuando medimos el vuelo del tiempo, la mente lo crea en cierto modo y hasta cierto punto. La relatividad nos enseña que las formas que el tiempo adopta en la experiencia jamás son finales. Son aspectos que pueden cambiar del modo más alocado. Y, ello no obstante, hay un elemento inseparable que persiste a través de todas sus alteraciones, y que los unifica y los contiene a todos. Es el factor de la mente.

Todo esto demuestra que el tiempo no es la cosa sencilla que creemos que sea, sino que en realidad está preñado de misterio. "La humanidad parece rápidamente porque piensa que el tiempo es real. El poco tiempo que paso preguntándome '¿Existe realmente el tiempo?' me ha revelado la Pa2 perfecta, la Deidad misma", fue la observación de Tirumoolai, un escritor medieval de lengua tamil. Y más sabiamente

aun formuló la pregunta: "¿No sabes que el tiempo desaparece cuando se busca su origen? ¿De qué te sirve entonces limitarte a él?"

Sería un gran error imaginar que se está haciendo alguna tentativa para negar que el hombre tenga algún sentido del tiempo. No hace falta negar nada por el estilo. El hombre siente ciertamente el paso del tiempo, y siente fuertemente su realidad. El intento que se hace aquí es el de arrojar un poco de luz sobre la naturaleza del tiempo. La fuente oculta de esta sensación de su realidad se hará evidente a medida que este curso vaya desarrollándose.

LA DOCTRINA DE LOS PUNTOS DE VISTA. Es inmenso el valor del trabajo de Einstein al demostrar la verdad de la relatividad por medio de hechos físicos y no con fantasías metafísicas. Logró inconscientemente una crítica del conocimiento, si bien limitó su indagación a los métodos científicos de medición. El principio de la relatividad pone un gigantesco signo de interrogación en todas nuestras definiciones del conocimiento. ¿Qué sabemos realmente? El mundo no es un hecho sólido, sino un problema difícil.

La relatividad es una ley fundamental que subyace en todos los acontecimientos físicos, en todos los objetos de la Naturaleza. No se conoce nada que no sea conocido en relación con otras cosas. De ahí la afirmación de Lotze que existir es encontrarse en relación. La idea de que existen en el universo sistemas cerrados desaparece bajo la penetrante luz de la relatividad. Cada uno no es más que una etapa experimental en el enfoque de la verdad, y nunca el paso final. El universo requiere una constante reinterpretación.

Puede haber tantas verdades relativas en el mundo físico como posiciones posibles o modos de mirar una cosa. Este es el defecto antropocéntrico que vicia el conocimiento corriente. En el mundo del pensamiento pueden existir tantas visiones de la verdad como seres humanos hay. Tales visiones pluralistas y proteicas dependen de las limitaciones humanas y por lo tanto son siempre condicionales y a menudo pasibles de alteración. Cada una no es más que un aspecto; ninguna es la verdad entera. El materialismo de mediados de la era victoriana, por ejemplo, es refutado ahora por varios hombres de ciencia, tan vigorosamente como fue mantenido por sus predecesores.

He aquí nuestra roja señal de peligro. Una observación puede ser completamente cierta cuando es la consecuencia de la fijación de nuestra atención en un punto de vista especial del campo en que reina la relati-

vidad, y sin embargo puede no ser la verdad *en sí misma*. Las dos cosas son distintas.

Es preciso tener en cuenta todos estos factores como opiniones individuales e incompletas de los hombres, porque dependen de la flexibilidad del gusto humano, de las clases de temperamento humano, de los grados del conocimiento humano o de los de su capacidad. Por eso vemos tan amplias diferencias de opinión, tan extraños conflictos de experiencia y tantas variedades de creencia, perspectiva, costumbre y conclusión. Por lo tanto estos sectores son llamados "verdades relativas". Tan amplia es la variedad posible de los puntos de vista individuales que surgen de esa dependencia de la verdad relativa, que no hay límite para su cantidad. Cada aspecto, como la biología o la farmacología, por ejemplo, posee su propio punto de vista de la vida o encara algún fragmento de la misma, pero ninguno posee un punto de vista común a todos, así como ninguno encara la totalidad de la existencia.

Cuando la aparición de la relatividad se presentó en el umbral de la ciencia, asustó a los tímidos. Tenían éstos muy buenos motivos para temer llevar sus consecuencias lógicas a sus límites extremos. Todavía vacilan en hacerlo, de modo que la filosofía tiene que encargarse de la tarea en lugar de ellos. Desde su elevado punto de vista, que, preciso es señalarlo, es el de la verdad última y no el del valor práctico, todo el conocimiento no filosófico, ya sea científico o de otro tipo, se encuentra en territorio traicionero. Ninguna de sus conclusiones es definitiva ni podrá serlo jamás. Todo depende del punto de vista parroquial de los observadores de nuestro insignificante planeta, un puntito entre millones de otras estrellas del espacio. Todos sus resultados pueden ser modificados cuando se disponga, con nuevos conocimientos, de nuevos puntos de vista. Puede abrigar la esperanza, gracias a sus métodos actuales, de descubrir deformaciones de la realidad final, pero nunca la realidad misma. Continuamente pasa de una doctrina provisoria a otra, como un inquieto judío errante.

En consecuencia es muy posible que nos sintamos desorientados en cuanto a la naturaleza de este desconcertante mundo en que vivimos. Es tan paradójico como cualquiera que podamos concebir. Es un mundo en que la razón violenta a la experiencia y en que los hechos niegan el pensamiento. Todo el conocimiento intelectual humano sufre por el hecho de ser completamente relativo, y a la postre trata de morderse su propia cola. Se mueve en un círculo del cual parece imposible escapar. Daría la impresión de que nunca podremos llegar a la verdad final del universo y de que somos cautivos perpetuamente condenados a .

recibir no más que la ilusión de nuevos conocimientos pero nunca el conocimiento mismo.

La verdad se ha convertido en un mito. La finalidad es una ficción. Representa simplemente uno de entre innumerables puntos de vista posibles. Cada opinión puede entonces recibir su justificación. Ninguna observación científica puede ahora ser declarada correcta para todos los tiempos y todas las observaciones. No existe teoría científica alguna que no esté incurablemente coloreada por este relativismo que todo lo penetra. Estas apariencias diferentes y divergentes de una y la misma cosa, cuando los observadores o los puntos de observación son diferentes ellos mismos, podría muy bien hacernos desesperar de llegar a conocer jamás la verdad acerca del mundo. Porque los hombres cambiarán constantemente su posición intelectual y se desplazarán hacia nuevas nociones, sólo para volver a perderlas en el momento siguiente. ¡De tal modo, en último análisis, todo se convierte en una fugaz apariencia o en una ilusión insignificante! Nada puede pretender ser final.

Quiere esto decir que sólo tenemos visiones fragmentarias del mundo y que nunca vemos el mundo como un todo. Quiere decir que sólo obtenemos un interminable reemplazo de una doctrina por otra. Quiere decir que la mente desplaza continuamente una serie de ideas, sustituyéndola por otra. Quiere decir que el hecho mismo depende del punto de vista desde el cual lo enfoquemos. Lo que es adecuado para un punto de vista no se adecuará a otro. Porque aprehendemos aspectos, no entidades independientes. La visión de un aspecto excluye a todos los demás. Tampoco hay finalidad en la metafísica, porque ésta, lo mismo que la ciencia, está aquejada por la empecinada y persistente enfermedad de la relatividad. La tentativa de alcanzar un irrevocable sistema de explicación ha resultado fútil. En pocas palabras, el cuadro que poseemos del mundo, o que posee la ciencia, no es el definitivo.

En este mundo del relativismo, donde todas las opiniones son a la vez falsas y ciertas, donde lo que se puede afirmar desde un punto de observación puede ser negado desde otro, parece no haber significación final. Los buscadores indios que percibieron la inevitabilidad de esta consecuencia se sintieron insatisfechos. Querían saber si es posible llegar a una noción que explique *todos* los hechos y no sólo algunos de ellos. De modo que se les planteó nuevamente la pregunta cardinal. Buscaron una respuesta, como Poncio Pilatos, a su suprema duda: "¿Qué es la verdad?" ¿Podemos llegar a la última palabra de la

verdad en su integridad?" Con esto se referían a algo que no fuese tan imperfecto, que no fuese menos universalmente válido para los hombres que la suma de uno más dos igual a tres. Nadie, en ninguna parte del mundo ni en siglo alguno ha puesto en duda este resultado aritmético. Semejante principio invariable de verdad fue buscado por ellos. Y llamaron a esto la verdad *última*. Finalmente encontraron una respuesta satisfactoria, y entonces fue formulada la enseñanza oculta. Demostraron que se trataba de una cuestión de punto de observación, de ascender lo suficientemente alto, hasta llegar a la cumbre de todos los picos posibles. Insistieron en que el fracaso en lo tocante a encontrar una característica absoluta en los materiales de nuestro conocimiento del universo no debía asustarnos hasta el punto de hacernos desesperar. Tenía que estimularnos a escuchar la voz de la filosofía oculta, que dice explícitamente que es preciso buscar —y que puede ser encontrado— un nuevo enfoque del problema.

Euclides postuló que las líneas paralelas jamás se encuentran; Einstein demostró que pueden encontrarse. Y sin embargo se puede considerar que ambos tienen razón, siempre que recordemos que difieren según los distintos puntos de vista adoptados. El habitante de otro planeta, que usara un reloj exactamente igual a los nuestros, mediría aparentemente el tiempo del mismo modo, pero en realidad la similitud sería ficticia. Su día podría ser más largo o el nuestro más corto, y, por lo tanto, las tres de la tarde, para él, podría no ser equivalente a la misma hora nuestra. Porque las normas de referencia espacial serían distintas, y los sistemas de tiempo diferirían también por necesidad. La diferencia de punto de vista será siempre fatal para la uniformidad de observación; la apariencia de lo que ve el hombre de la tierra no puede ser separada de su propia posición en el espacio. La forma de una cosa, la posición que ocupa y el lugar que posee en el tiempo y en el espacio son, en fin de cuentas, apariencias que se presentan de modo distinto a diferentes observadores. Esto es lo que implica la Teoría General de la Relatividad de Einstein.

La necesidad de encontrar nuevos puntos de vista para lograr una visión más amplia es, por lo tanto, una lección esencial e importante de la relatividad. El principio de relatividad no hace que Newton esté equivocado, ni obliga a desechar antiguas mediciones. Traza una línea de limitación en torno a toda clase de resultado, y, dentro de cada sistema de referencia así logrado, las antiguas mediciones y las nociones newtonianas siguen siendo correctas. Ello demuestra que no debemos

esperar que sean siempre aplicables, porque son sólo relativas a un punto de observación particular.

Un punto de observación más elevado que otro revelará un horizonte más amplio. Hasta la más somera experiencia de la vida demuestra que muchas cosas no son lo que parecen a primera vista, que las primeras impresiones ingenuas de ellas resultan ser insuficientes cuando nos dedicamos a una investigación más profunda. Es ésta la primera lección de la filosofía y la última lección de la experiencia. Es la diferencia que existe entre lo que realmente es y lo que *parece* ser, entre lo que es sustancial y lo que parece serlo; en todas partes encontramos esta contradicción de la experiencia. Se la encuentra en la sociedad humana así como en los procesos planetarios. La trayectoria, tamaño y distancia de un cuerpo estelar no son descubribles por la mirada, por más tiempo que miremos. Debemos realizar un esfuerzo intelectual, instruirnos en astronomía, y sólo entonces podremos arrancar su secreto a lo visto. Si todo revelara su naturaleza total en la primera impresión no corregida, la ciencia no sería necesaria y la filosofía no tendría que fatigarse jamás pisándole los talones a la ciencia. La amplia discrepancia que hay entre la experiencia y la verdad de la experiencia nos obliga a seguir avanzando más allá del hecho plausible y encarar el desafío de la reflexión sobre los hechos.

Aferrarse siempre a una sola posición y tomar las cosas desde tal posición, sólo porque es fatigoso encontrar una nueva o porque todos se aferran a la primera, es, en definitiva, nada seguro y filosóficamente incorrecto. ¿Desde qué punto de vista buscamos la verdad? ¿En qué lugar de observación nos colocamos cuando contemplamos lo que nos parece la verdad? Porque todo ello determinará lo que veamos y hasta qué punto es cierto lo que vemos. La significación de lo que creemos ser la verdad y el valor de un juicio está enteramente condicionada por el punto de vista que adoptemos. De tal modo, la posibilidad de descubrir más verdad en la esfera científica aumenta con el solo desplazamiento hacia arriba del punto de observación. La filosofía absorbe esta lección y luego la lleva más lejos aun, porque dice: ascendamos entonces lo más alto posible, hasta el último punto de observación, donde no hay relatividad, y hagamos sólo entonces nuestras conclusiones finales acerca del mundo. Esto indica que no podemos escapar a la necesidad de un doble punto de vista; el primero incluye todas las posiciones posibles y relativas abarcadas por la vida práctica corriente y el segundo es el remoto, austero y único de la razón puramente universal, *libre de toda relatividad*. Porque la visión que se obtendrá desde este último será absoluta-

PAÚL BRUNTON

mente independiente de las características humanas personales que hacen que todos los resultados sean parciales y relativos. Estas podrán ser útiles para los fines inmediatos y prácticos, pero no pueden servir para la búsqueda más exigente de la verdad final.

Una mente que se cense fácilmente se conformará, ante caminos desacostumbrados, con el primer punto de vista, con el más inmediato, el de la utilidad práctica, y tomará las cosas tales como son percibidas por los sentidos, en tanto que una mente imbuida del amor a la verdad re esforzará por elevarse por encima de las primeras apariencias o por sobre la superficie casera de las cosas, para llegar a la explicación de las mismas adoptando una posición crítica e inquisitiva. Esto es lo que hace el hombre de ciencia. Pero se detiene en ese punto. De ahí la queja de la filosofía oculta. Da la bienvenida a la marcha hacia adelante del hombre de ciencia. No teme a éste como le teme la religión. Sólo que le insta a no detenerse en nada que no sea una posición desde la cual pueda afirmar la verdad final o el juicio incontradecible. Tal posición puede pertenecer sólo a la rigurosa actividad de la razón pura puesta en su más amplia tensión, y no es revelada por la observación física o el experimento de laboratorio.

El punto de vista primitivo es una necesidad de la vida cotidiana.

Puede resultar sumamente exitoso para los fines prácticos, en cuanto opuestos a los fines teóricos, y, de tal manera, no necesita otra sanción para el hombre medio. Por lo general se basa en los toscos e ingenuos informes de los cinco sentidos; estos informes existen y todo el mundo debe aceptarlos. El simple se conforma con el valor nominal de los datos de sus sentidos y en su pobreza mental se niega a ir más allá de la experiencia real, pero tanto el hombre de ciencia como el filósofo la aceptan sólo a modo de ensayo y luego se dedican a interrogarla en busca de su significación. Ambos perciben que es esencial pasar con el pensamiento más allá de la experiencia, hasta llegar a una indagación más amplia y más honda de la forma en que los hechos llegan a la existencia. Si el pensamiento popular fuese siempre un pensamiento correcto no sería necesaria la instrucción; si las impresiones inmediatas fuesen suficientes para conocer toda la verdad acerca de algo, no se llamaría a la educación para corregirlas; y si los hombres percibiesen naturalmente la significación del universo y de sus propias vidas, la tarea de la filosofía sería absolutamente supérflua. En rigor, los hombres nacen en el error original e innato; llegan a un conocimiento sólido sólo gracias a una laboriosa rectificación de sus juicios comunes y espontáneos. Pero la repugnancia popular al esfuerzo mental se conforma por

lo general con la opinión más fácil, por cargada de numerosas falacias que esté, y a menudo sospecha de la del filósofo, aunque la de éste representa la larga lucha y la victoria final de la razón.

Así llegamos a la conclusión de que siempre habrá dor formas posibles de contemplar el mundo. El primer punto de vista es múltiple y puede incluir numerosos grados de lo que se cree ser real o cierto, pero siempre está implicado en lo que en lógica se llama la filada de la simplicidad. Puede ser descrito como primitivo, inferior, relativo, ordinario, sencillo, práctico, de sentido común, empírico, inmediato parcial, finito, fenoménico, local, ignorante y evidente. El segundo punto de vista puede ser descrito como absoluto, final, filosófico, unificado, superior, nouménico, reflexivo, universal, cierto, pleno, único, superior, definitivo y oculto.

Ya hemos visto cómo la ciencia ofende el punto de vista del sentido común. ¿Cuánto más no se ofenderá éste por cualquier cosa que adopte una posición aun superior a la de la ciencia? Esta posición más elevada es no sólo incuestionablemente necesaria, sino también felizmente posible. Sólo la filosofía puede darla, porque solo ella trepa hasta la cumbre misma y se niega a limitarse al "compartimentalismo", ya que explora el total de la existencia, *incluyendo a la propia mente exploradora*. La filosofía trata de llenar el hueco dejado por el compartimentalismo de la vida práctica y de la investigación científica, cuidando escrupulosamente de que ningún aspecto de la existencia mental y material —por insignificante que pueda ser considerado por otros— sea omitido de su ancha esfera y de su coordinación única.

La ciencia nunca puede completar su tarea por sí sola. Su aventura es grande pero no puede llegar a su término. Cuando se cansa de viajar en círculo tendrá que buscar un respiro, no debilitándose y cayendo en los sedantes brazos del dogmatismo, sino elevándose a la atmósfera ártica de la filosofía, donde encontrará una paz duradera. Este círculo vicioso de la relatividad no tiene salida alguna, a menos de que la ciencia recurra a la ayuda de la visión filosófica. Y así surgen dos puntos de vista separados y bifurcados de nuestra visión de la naturaleza. Sólo puede haber una verdad última y un punto de vista final cuyo carácter sea a la vez inalterable e Invulnerable. El filósofo trata de descubrirlos, y no se conforma con nada menos. El concepto del mundo que surge de la reflexión absolutamente pura es distinto del que nace de la primera impresión sensual. Debemos distinguir claramente entre ambos. Porque el primero es perfecto en tanto que el segundo es prematuro. El primer punto de vista es el del *universo* mismo; el segundo

PAÚL BRUNTON

es el del hombre. El primero mira desde el punto de observación de todo el universo y no sólo desde el del conocimiento de un hombre cualquiera, y por consiguiente es absoluto y cierto, en tanto que el segundo *sólo* ve antropocéntricamente, es decir siempre relativamente. El paso de un punto de vista inferior a uno superior, dado por la filosofía oculta, sólo puede hacerse después que se ha trepado al andamiaje de una larga experiencia de la vida o después de que se ha atravesado penosamente el río de la profunda reflexión acerca de ésta. Porque es el paso *del* primer amor al apareamiento final. Es a menudo presagiado cuando las circunstancias presentan difíciles problemas que chocan contra creencias preconcebidas y desorientan a la mente esclavizada. Esto evoca el oscuro fantasma de la duda, el que a su vez exige una nueva investigación, más profunda. Pero la investigación hace que muy pronto surjan penetrantes dudas. El conocimiento resultante de la adopción de un punto de vista superior es el único que puede ofrecer una respuesta satisfactoria a estas preguntas, porque sólo él trata con esencias, en tanto que los otros puntos de vista ofrecen respuestas que pueden *servir* por el momento, que son visiones pragmáticas útiles, pero también ellas están condenadas a fracasar bajo la presión de los hechos empecinados. La historia demuestra que los gobiernos, las religiones, las teorías y las instituciones se derrumban a la postre, a despecho de su invencibilidad de otrora. Porque no puede haber un asentamiento permanente, salvo en la verdad última. Es mucho menos importante viajar desde Canadá hasta Ciudad del Cabo que viajar desde el punto de vista primitivo hasta el filosófico.

Por consiguiente sólo la filosofía puede llegar a ser el único vértice en el cual deben encontrarse todas las líneas de la pirámide del conocimiento y la acción. Sus dictámenes son diamantinos, pueden ser ratificados por el tiempo pero no rectificadas por él.

La virtud única y el incomparable valor de tal actitud se exhiben en la audaz afirmación que solamente la filosofía oculta se atreve a hacer, a saber: que llega a la integridad de los resultados, a la incontradecibilidad de la verdad y al principio verificado subyacente a todas las fases de la experiencia y el conocimiento que, cuando es alcanzado, hace que todo lo demás sea entendido. Esta afirmación debe ser puesta a prueba, sin embargo, como todas las demás, y la filosofía oculta se somete impávida y gustosamente a cualquier prueba imaginable, porque, habiendo sido siempre el crítico *mas* severo de sí misma, tiene conciencia de haber llegado a bases tan sólidas como el Peñón de Gibraltar. Si bien lo que en todas partes pasa por filosofía difiere con los

filósofos mismos, en ninguna parte puede variar la auténtica filosofía en sus principios esenciales, ni siquiera en una coma, de lo que siempre ha sido y siempre tiene que ser.

Así, en nuestra búsqueda, tenemos que aprender a aplicar el punto de vista adecuado. ¿Queremos saber la última palabra de la verdad? Entonces tenemos que encarar el mundo desde la posición filosófica. ¿Queremos un punto de vista práctico, viable? Entonces podemos adoptar el punto de vista limitado e inferior. Pero hagamos lo que hiciéremos, no debemos confundir nuestras categorías. Porque el castigo será la deformación de la verdad y la incapacidad para encontrar una regla utilizable. El punto de vista filosófico tiene que ser mantenido distinto y separado del punto de vista práctico, porque de lo contrario obtendremos una visión borrosa y confusa, dice la doctrina oculta.

Más aun, no hay que pensar que adoptar esta visión superior significa destruir la inferior. La antítesis entre ambas pertenece al mundo del pensamiento elemental y" no disloca las fuentes de la acción cotidiana. Pueden ser coordinadas de acuerdo con las circunstancias individuales. Los dos puntos de vista pueden ser distinguidos, pero no separados; no pueden ser divorciados. Podemos estudiar el uno aparte del otro, pero al hacerlo los convertimos a ambos en una abstracción, en tanto que lo real es el todo. No tienen que ser tomados como divisiones rígidas sino como distinciones necesarias. Nadie puede descuidar al primero sin dejar de ser un ser humano, en tanto que nadie puede descuidar al segundo sin condenarse a permanecer fuera del reino de la verdad. Nadie puede hacer caso omiso del punto de vista más primitivo, porque la vida práctica tiene que basarse en la creencia en mucho mayor medida que en la verdad. Tenemos que tener confianza en nuestro cocinero, por ejemplo, porque no hay tiempo para investigar o vigilar todos los detalles menores de la preparación de la comida de todos los días. Esto significa que tenemos que conformarnos con no conocer nunca la verdad en relación con ello, con no *demostrar* nunca que todo es lo que pretende ser. La vida activa sería imposible si tuviéramos que esperar y reunir todos los hechos antes de llevar a cabo una simple acción o movimiento, de modo que nos vemos obligados a aceptar mucho o la mayor parte según su valor aparente. La aplicación del punto de vista superior a todas las preocupaciones insignificantes del día no es ni deseable ni necesaria. Sería tan tonta y tan imposible como la tentativa de aplicar los cánones del sentido común a las cuestiones de la filosofía pura. Por lo tanto, es suficiente que mantengamos perpetuamente presente en el *conocimiento* la redondez de nuestra tierra, sin

exigir que la vista y el tacto también nos hablen de esa redondez. Es suficiente que el filósofo siga siendo un ser humano sensato, siempre que se atenga firmemente a los *principios* que generalizan la verdad por detrás de todos los cambiantes escenarios de su diorama diario. Pero un método, como el método práctico, es por sí sólo demasiado defectuoso para la filosofía, que debe poner a prueba minuciosamente cada centímetro de su avance. Cuando el hombre empieza a pensar en el significado de la vida y en el significado del mundo, tiene que abandonar los pequeños compromisos que componen la existencia popular y ascender a actitudes mentales como las del Himalaya. Cuando filosofía tiene que terminar con tales compromisos, con todas las concesiones a las debilidades de nuestra raza adolescente, y ser leal a su amada.

El movimiento del pensamiento dentro de ambas etapas resulta inevitable. Estas son complementarias. Tenemos que coordinarlas. Pero confundir o conciliar los dos puntos de vista es confundir los problemas de la vida y el pensamiento. Desde su punto de vista único, la filosofía traía de proporcionar la explicación final y coherente de todo lo que existe, pero no niega el valor de la tarea realizada por los que se limitan solamente al punto de vista corriente ni la experiencia de los que sólo pueden encontrar la verdad en lo que *ellos* ven. Pero demuestra el carácter puramente relativo de tal labor, de tal experiencia, de tal juicio y de tal conocimiento, por considerarlos inadecuados para una visión comprensiva de la vida que no omita nada de su indagación. De tal manera podemos hacer concordar las exigencias de la vida práctica con las exigencias de la verdad filosófica, y armonizar todo el conocimiento. Para la experiencia, la ciencia es el punto de partida de la auténtica filosofía.

Cuando pueda reunir suficiente valor para dar el salto, cuando la revelación de las fuerzas de la relatividad la obligue a confesar que jamás podrá alcanzar la certidumbre por sí sola, podrá elevarse a la togada dignidad de Ja filosofía. No tiene por qué abandonar la persecución de las realizaciones prácticas, cuando lo haga, porque ambas cosas pueden y deben ser coordinadas. Y, así, deben trajinar en medio del tráfico de la lucha terrenal mientras se aferra al silencio interior del ser ultraterrenal; tiene que conciliar las limitaciones que rodean al hombre por todos lados con la libertad que mora muy en lo hondo, dentro de sí mismo; tiene que disolver la falsa oposición existente entre lo práctico y lo filosófico y llevarla a una unidad superior. ¡Porque en tanto que el primer punto de vista proporciona visiones de Ja verdad,

el último proporciona la verdad misma! Este punto de vista último descansa sobre la base doble de la razón y la experiencia. Es inexpugnable porque las lleva a ambas a un grado jamás soñado. Los que pasan de la relatividad del pensamiento de la primera visión a la rigidez de la certidumbre de la otra sufren la suprema revolución de la mente humana. La nueva posición se torna crucial para su pensamiento acerca del universo y para su actitud hacia los demás hombres. Cuando tal reflexión es llevada a su grado máximo, que exige tanta paciencia como valor, aparece la relatividad de todo su conocimiento psicológico. Este principio, aplicado en su lugar adecuado, al comienzo mismo del segundo volumen que completará esta obra, actuará como una operación quirúrgica de la catarata de un ciego. Entonces será posible lograr los sobrecogedores resultados, únicos en la historia del conocimiento mundial, que revelan un mundo insospechado del ser en el que las más altas esperanzas de la raza humana podrán fructificar a medida que sus más grandes intuiciones logren una perfecta realización.

LA AMPLIACIÓN DEL SENTIDO ESPACIO-TIEMPO DEL HOMBRE. EN

las primeras páginas de este libro se indicó que los recientes inventos obligaban al hombre a ampliar su sentido del espacio y que agrandaban su sentido del tiempo. Ahora es posible presentar algunas nuevas e importantes implicaciones de ese desarrollo. ¿Nos damos cuenta de que el hombre llegó a la nueva noción de que la tierra es redonda gracias a la expansión de su sentido del espacio? Cuando los navegantes medievales hicieron largos viajes y dieron finalmente la vuelta al globo, y cuando los astrónomos inventaron instrumentos superiores y conocieron las estrellas más distantes, la creencia de que la tierra era chata se hizo ridícula e insostenible. Copérnico introdujo la idea de la relatividad de la orientación del pensamiento europeo. Cuando imperaba la noción medieval de la tierra chata, existía sólo una visión posible del mundo, absoluta y fija. Cuando triunfó la noción de ¡a tierra que gira, el descubrimiento de Copérnico cambió la orientación del pensamiento europeo y puso en marcha fuerzas que revolucionaron gradualmente su cultura. La hipótesis de la relatividad nació de la investigación de un campo espacial de una vastedad sin precedentes en tales experimentos. ¡Esto permitió a Einstein descubrir que los rayos de luz aparentemente rectos son en realidad curvos y que una línea recta, suficientemente prolongada, resultaría ser curva! Las rectas parecen tales sólo porque no seguimos la **luz** a lo largo de millones de kilómetros y durante un perio-

do de tiempo suficientemente largo. Si pudiéramos hacer tal cosa, descubriríamos que son curvas. Pero tal descubrimiento es subversivo de todos los axiomas de Euclides, de toda la geometría basada en esos axiomas, de todos los antiguos conceptos en punto de cuerpos materiales fijos dispuestos en el espacio según las antiguas leyes euclidianas. La geometría de Euclides funcionaba bien siempre que se le aplicara sólo a porciones limitadas del universo. Pero cuando fue necesario considerar un campo más vasto, resultó insatisfactoria, y se encontró que eran más adecuados los sistemas como el de Riemann para la medición del mundo. Una vez más, el espacio en expansión había revolucionado incluso el carácter de las matemáticas. Si bien exigió el abandono de nociones limitadas, ofreció, en cambio, explicaciones más amplias y generalizadas de los fenómenos físicos.

La expansión del sentido del tiempo de la humanidad es igualmente importante para el pensamiento y la cultura, y lo ha demostrado de distintas maneras. Los hombres no sienten ya vértigo en la actualidad ante ese notable cambio, como seguramente lo habrían sentido hace quinientos años. El gramófono les lleva hasta los oídos una voz que habló hace una década, la radio les permite oír de inmediato palabras o canciones que anteriormente habrían exigido varios días o semanas de viaje para ser escuchadas. El mundo del tiempo se ha contraído, en tanto que el sentido del tiempo se ha agrandado.

Esta ampliación del sentido del espacio, producida por los descubrimientos de Copérnico y de Einstein en el campo de la ciencia, ha traído también otra nueva verdad en su estela. Y es una verdad que afecta los programas prácticos de los estadistas y los principios teóricos de los economistas. Influye en los principales sectores de la vida humana y de la cultura humana. Y en la medida en que esa alteración hace que los hombres comiencen a advertir la unidad de la existencia, en la misma medida se adapta a las enseñanzas prácticas de la filosofía en relación con la vida social y la conducta ética. Tanto la ciencia como la filosofía tienden, en ese sentido, a encontrarse, y sus caminos se tornan cada vez menos divergentes. Lo que es más, todas estas nuevas verdades en cuanto al espacio y al tiempo producen una gran evolución en los pensamientos de los hombres y una gran evolución en su concepción del mundo. De tal manera, preparan la mente pública para una recepción más favorable de las verdades de la filosofía india oculta, hacia la cual tienden a dirigirse notable e inevitablemente. A medida que la gente se acostumbre a pensar de este nuevo modo, le resultará más fácil apreciar la visión filosófica superior.

La relatividad ha proporcionado una nueva visión mundial como telón de fondo para todos los futuros pensamientos acerca de las cosas. Una completa comprensión de la significación de la relatividad no puede menos que dar nacimiento a una nueva visión para los hombres reflexivos y emancipar su mente de ideas muertas, porque hasta ahora la característica del mundo externo era su inevitabilidad, su estado mecánico. Nos veíamos constreñidos y obligados por nuestros sentimientos a aceptarlo tal como parecía ser. Sentíamos instintivamente que no se trataba de lo que quisiéramos pensar de él sino de lo que debíamos pensar sobre él. De ahí que todos, incluso los hombres de ciencia, abrigaran la creencia de que cualquier cosa que fuese vista con cierta forma poseía una apariencia y unas medidas separadas, que le eran objetivamente propias, precisamente tales como se las percibía. También creían que cada vez que ocurría un suceso, la duración de éste era igualmente algo inherente al suceso mismo —como había dicho Newton, como dijeron todos los hombres de ciencia que lo siguieron—, absolutamente inmutable y uniforme, y, en consecuencia completamente independiente de la experiencia humana al respecto. El universo estelar que nosotros, los seres humanos, creíamos que "estaba allí, en el espacio, persistente a través del tiempo, no era afectado por nuestra posición, presencia o ausencia, y continuaba una existencia uniforme cuyas características fundamentales eran las mismas para todos los observadores de todas las épocas. El espacio y el tiempo eran "dados" de una vez para siempre.

Con el advenimiento de Einstein quedó demostrado que estas opiniones eran falaces, imperfectas y erróneas. Einstein demostró que las normas convencionales de medición, en cuanto establecidas en el espacio y el tiempo, no son en modo alguno absolutas e irrevocables. Dependen por completo de factores, tales como la posición del observador, que son en sí mismos variables y relativos. Lo que conocemos realmente del mundo no está estereotipado para todos y para cualquier lugar, sino que es íntegramente relativo a un punto de vista especial que hemos adoptado. Cambiando el punto de vista vemos el mismo mundo de un modo distinto. Pero es preciso advertir que convertir el espacio en una variable es despojarlo de su carácter euclidiano y hacer que penetre en él un factor mental.

Durante todo el siglo pasado la ciencia, como si fuese un observador que hubiera escudriñado el mundo, no supo que los datos que había de tal modo obtenido eran más útiles para realizar cosas que para llegar a la verdad final. Era como un hombre de un sistema astronó-

mico cerrado, incapaz de decir si la tierra se movía porque no tenía ninguna otra cosa con que compararla. Pero ya terminaba el adormecimiento mental de la raza. La historia había señalado el siglo veinte como el siglo del repentino despertar. La ciencia comenzó a analizar su propia posición, y así cobró conciencia de la falta de un elemento en su observación de otros movimientos: ¡su propio movimiento!

La ciencia se había concentrado en el estudio del mundo exterior, pero omitió tener en cuenta al estudiante mismo, las condiciones en que éste trabajaba y los preconceitos de que se servía; y sin embargo todos éstos eran factores que entraban en las observaciones mismas y que, en consecuencia, modificaban los resultados obtenidos. Pensar en los objetos como cosa aparte de los hombres que los estudiaban es pensar en abstracciones. Es como dos extremos de la misma estaca: no se puede tener el uno sin el otro, hágase lo que se hiciera. Tiene que existir alguien para conocer el objeto; en lo que respecta al conocimiento humano de él, existe como una cosa *conocida*. Tratarlo de otro modo es abstraer un extremo de la estaca y pretender que el otro no existe. La relatividad afirma claramente que el observador no puede ser separado de sus observaciones, que el espacio no es un extenso vacío del que penden objetos ni el tiempo una ancha corriente en la que los objetos están detenidos. Las formas que percibimos, las mediciones que llevamos a cabo, dependen de la posición del que percibe y mide. Que varíe de posición y ante su vista se presentarán nuevas formas y nuevas medidas. Por lo tanto el conocimiento empírico está perpetuamente expuesto a revisión. Sin la filosofía no podemos llegar jamás a una determinación del carácter del universo que sea absoluta y que siga siéndolo.

La significación interna de la relatividad es que el mundo puede ser conocido de un modo distinto en la experiencia de los distintos seres humanos. El principio puede ser aplicado a la forma especial en que se nos aparece un objeto desde un punto particular, o puede ser aplicado al hecho de que el objeto mismo se muestra también como una idea en relación con una mente que conoce. Un objeto jamás es independiente de las condiciones que afectan a un observador particular.

El universo ha sido privado de una entidad inalterable. La relatividad lo ha convertido en un universo de interpretación individual o colectiva. Aun cuando las observaciones de un millón de personas concuerden más o menos entre sí, siguen siendo interpretaciones. El principio de la relatividad no pierde su veracidad porque un millón de personas agrupadas en una ciudad no encuentre diferencia alguna en

su observación general de un objeto particular; rige igualmente para ellas, si bien colectivamente, porque han usado la misma posición general o establecido la misma norma general de referencia.

Aparte de su valor práctico, que no se considera aquí, el valor de la obra de Einstein para el mundo cultural reside en que ha dado una sacudida a la remilgada tradición científica que trataba de erigir una representación fija del universo. Inaugura una nueva era de comprensión para las mentes reflexivas. Porque su aspecto que más importa demuestra concluyentemente que el universo *observado*, es decir, el universo *conocido*, en cuanto distinto del que se supone que existe afuera, depende, al menos en parte, para su apariencia, del observador mismo. Y, sin embargo, cualquiera puede penetrar en esta comprensión sin volverse matemático ni tratar de dominar los tecnicismos de la relatividad; lo único que tiene que hacer es dedicarse a estudiar su propio mundo más atentamente como lo que *es* antes que como lo que a él le parece que es. Entonces, por fuerza, verá que los aspectos del espacio y el tiempo de su experiencia humana no son tan objetivos como el pensamiento cotidiano sostiene que lo son.

Si nada existe aisladamente, independientemente de su relación con el que lo percibe, entonces, sin meterse en los zapatos, el cuerpo y la mente de otro hombre, es decir, sin convertirse en el otro hombre, observar un objeto precisamente como lo observa éste resulta una hazaña imposible. De tal modo, llevamos empecinadamente nuestra visión del mundo con nosotros, a dondequiera que vamos. Las observaciones que hacemos son en realidad hechas dentro de ella, son inseparables de ella. ¡Nuestro mundo de hechos observados es también un mundo de juicios! Separamos por abstracción algún aspecto especial y tomamos a ese aspecto por la cosa misma. ¡Aislamos apariencias especiales de un objeto y luego nos dedicamos a afirmar que hemos visto el objeto mismo! Es irrefutable la lógica que demuestra que el objeto conocido no puede ser nunca separado del sujeto conocedor como si fuese una entidad independiente, que el observador es parte de toda observación que hace y que el mundo es descriptible sólo en términos de relaciones.

Cuando Einstein demuestra que no existen espacio y tiempo comunes a todos los grupos de seres humanos es como si demostrara que se utilizan gafas diferentes, que los cristales de cada grupo están teñidos de un modo distinto y que por lo tanto captan un cuadro de diferente color. ¿Dónde ocurren realmente estos cambios de aspecto? Los cuadros resultantes, cuando se los sigue hasta su morada

PAUL BRUNTON

final, no están "allá", en el objeto, sino en el observador mismo. Si cinco hombres que estudian la misma cosa desde cinco posiciones distintas descubren que la cosa en cuestión varía de tamaño, masa, velocidad de movimiento, etc., ¿quién sino ellos mismos son responsables de los cambios del objeto observado? Esta es la única forma posible de expresar tal relatividad. Elimínese de los cálculos al observador y se derrumba todo el sistema de relatividad. Las observaciones dependen en gran medida del observador. El mundo de macizos continentes y majestuosos océanos parece ubicado en el espacio, y sin embargo, cuando reflexionamos al respecto, las propias relaciones espaciales están inextricablemente mezcladas con el observador que las contempla. Si la tierra parece chata y es en realidad redonda, si parece estacionaria pero gira continuamente, ¿dónde habrá que buscar el error? Evidentemente, en el propio observador, porque sus sentidos trabajan para moldear y presentar ante él mismo el cuadro de la tierra.

La suposición plausible, de que la herencia y el hábito han grabado en nuestra mente, de que entramos en contacto *directo* con un mundo independiente y separado de nosotros, no puede ya justificarse. La relatividad nos arranca la melancólica admisión de que existen distintos modos de contemplar el mundo, de que no hay características fundamentales que perciban todos los espectadores y de que la alteración de la posición o de las normas de referencia altera el cuadro sensorial del mundo en los observadores mismos.³ Y ese cuadro sensorial es el único que ellos invisten incuestionablemente de realidad, porque no conocen ningún otro.

Por lo general obtenemos nuestros hechos relacionados con el mundo mediante el empleo de los cinco órganos de los sentidos, esas complicadas estructuras que comenzaron en el pasado como simples trozos sensibles de piel. El hombre de ciencia tiene que trabajar con mediciones que debe leer en un instrumento o en un aparato, gracias

³ Podemos contemplar en una pantalla cinematográfica una película de movimiento lento de un caballo saltando sobre un obstáculo. Sus patas se mueven tan despaciosamente, que el animal necesita sesenta segundos para una hazaña que en realidad ha realizado en dos. ¿Qué ha sucedido? El fotógrafo ha acelerado el giro de la manivela de su cámara, de modo de tomar cientos de fotografías por segundo, en tanto que el operador las ha proyectado en la pantalla a una velocidad tan retardada, que los movimientos son disminuidos casi al mínimo. No se trata de una ilusión. En realidad la máquina ha ampliado nuestra medición del tiempo por medio de una alteración del número de nuestras sensaciones. Ha ejemplificado sencilla y prácticamente lo que el principio de la relatividad expresa por medio de fórmulas matemáticas.

a su facultad de la vista. En esa medida depende por entero de los servicios que le presten sus dos ojos. El químico altera pesos en el platillo de una balanza de laboratorio y luego lee la cifra indicada por una aguja que se mueve sobre una escala graduada. En realidad su conciencia ha notado ciertas sensaciones visuales, ciertas experiencias que han ocurrido en los mecanismos nerviosos de su propio cuerpo. Se dice que la ciencia se basa solamente en mediciones, pero es evidente que ésta es una afirmación incompleta; también el observador humano debe ser tenido en cuenta como parte de los resultados. La ciencia no puede ser separada de los científicos. De ahí que el esquema que la ciencia ha creado es también un esquema de experiencia humana. Esto ha sido admitido por Einstein, porque incluyó en sus conclusiones una idea matemática de un observador. Y el observador, a su vez, depende de sus sentidos para la información.

"¿Pero qué tiene que ver conmigo todo este análisis? —preguntará alguien—. ¿No pertenece a la especialidad de los hombres de ciencia y matemáticos?" La respuesta a qué tiene que ver es: ¡todo! Porque usted, querido lector, es un observador del mundo que ve, y el medio que lo rodea es su campo de observación. El trabajo de Einstein se emplea aquí sólo como un ejemplo, sólo para ilustrar algunas importantísimas doctrinas de la enseñanza india oculta. El ha enseñado que no sabemos nada definido acerca de la realidad, y ha demostrado por inferencia la necesidad de un punto de vista filosófico superior. Más aún, aunque su descubrimiento se refirió a mediciones cuantitativas en el tiempo y en el espacio, puede extenderse a muchos otros campos de la investigación. La relatividad es un principio que rige casi en todos los terrenos, y su estudio *filosófico* es de importancia para usted. Servirá como útil estríberón para llegar a un plano único de referencia en el que pueda ser develado el verdadero carácter del mundo y, más adelante, el verdadero significado de la existencia de *usted*.

La relatividad reina en el mundo mental así como en el físico.

La creencia colorea o condiciona la percepción. La predilección es selectiva y elimina de la observación estratos enteros de hechos. El egoísmo es engañoso y a menudo ve sólo lo que quiere ver. La suposición falsifica incluso lo que ve. La emoción sobrecarga lo trivial, rechaza lo mental y hace caso omiso de lo sustancial. La imaginación fabrica sin esfuerzo alguno los datos más improbables.

Lo que es más, la obra de Einstein no sólo despoja al tiempo y al espacio de su realidad independiente, sino que conduce lógicamente a otro punto que no debe ser descuidado. Cuando deja claramente es-

tablecido que un hombre situado en la luna tendría una clase distinta de tiempo que un hombre de la tierra, demuestra que la referencia del tiempo está un tanto mezclada con la del espacio. La relatividad muestra que no se puede separar el tiempo del observador y que tanto el tiempo como el espacio forman parte de una sola cosa. El continuo espacio-tiempo es una cosa, no dos: no hay espacio sin tiempo como compañero inseparable de él y coexistente con él. El "cuando" y el "donde" están unidos para siempre.

Todas las percepciones de tiempo deben implicar referencia al mundo externo, y por lo tanto implican también percepciones de espacio. Son inseparables. El momento en el cual un objeto ocupa sus tres dimensiones en el espacio debe ser incluido para completar la medición de dicho objeto. Todo nuestro conocimiento de la naturaleza es el conocimiento de las cosas extendidas en el espacio y que ocurren en el tiempo; toda nuestra experiencia es la experiencia de objetos que ocupan una particular posición espacial y un particular orden de tiempo. No se trata solamente de que vemos el mundo que nos rodea, sino también que lo vemos en una relación espacio-tiempo.

El tiempo y el espacio se implican mutuamente, dependen el uno del otro. Porque vemos los objetos en el espacio separadamente, y por lo tanto sucesivamente, y por lo tanto en la total dimensión del espacio-tiempo. A la inversa, si no pudiéramos separar la tierra del sol, en el espacio, no tendríamos medios de medir el tiempo ni ningún movimiento de ¡evolución gracias al cual marcarlo. De tal manera, todas nuestras sensaciones están correlacionadas en el espacio-tiempo. Espacializamos mediante un arbitrario apartamiento del continuo tetradimensional en el que el espacio y el tiempo están perpetuamente unidos. El continuo espacio-tiempo es el cimiento que subyace en toda nuestra experiencia del mundo.

No debemos dejarnos intimidar por el formidable aspecto de la palabra "continuo". Se torna explicable cuando sabemos que el espacio y el tiempo son relativos a la mente del observador y que ese continuo está en cierto modo inextricablemente mezclado con la mente misma. El espacio-tiempo es en fin de cuentas una idea matemática, una imagen conceptual, y por lo tanto, una cosa mental.

¿Cómo es que nos parece encontrar el espacio y el tiempo como realidades separadas? Es porque la mente los ha tomado inconscientemente para separarlos en cierta medida de sí misma, y luego, arbitrariamente, se los ha impuesto a sí misma como descubrimientos objetivos. En consecuencia la estructura del mundo depende en parte de la estruc-

tura de la mente. No debemos pasar por alto el hecho de que la mente interpreta constantemente al mundo, de que está continuamente en funciones detrás de cada movimiento medido en el tiempo y de cada cosa medida en el espacio. La ciencia ha podido llegar sólo hasta el punto en que advierte que el espacio-tiempo es la matriz final que moldea los objetos y los sucesos que adquieren existencia: es la fuente misteriosa de la materia y a la vez su cuarta dimensión. Sin embargo, cuando llegemos a darnos cuenta de que el espacio-tiempo es inseparable de la mente, veremos qué dirección se verá obligada la ciencia a seguir con sus nuevas investigaciones y descubrimientos. Cuanto más vacile en dar ese paso, más amplia será la acumulación de pruebas que tendrá que enfrentar.

Desde el momento en que Einstein anunció sus descubrimientos, la ciencia física no pudo ya mantenerse alejada, como lo había hecho en el pasado, del problema de la relación de la mente con el mundo. Porque la relatividad minó toda la naturaleza objetiva de esa ciencia e introdujo involuntariamente un factor subjetivo. En consecuencia, según la relatividad, nada existe completamente por sí mismo. Este mundo interpretado depende, por lo menos parcialmente, de la mente interpretadora del observador. Tiene que desaparecer la antigua noción de que el espacio y el tiempo eran receptáculos en los cuales se exhibían las cosas. La nueva noción de que el espacio y el tiempo están contenidos dentro del observador deberá ocupar su lugar. El corolario que debe sacarse de esto es que la mente y la sensación son factores inevitables en la construcción, en cuanto distinta de la percepción, del mundo que conocemos, porque ese mundo es tan inseparable del espacio como lo es del tiempo.

La verdad tal como existe en sí misma, incondicionada, es, según la doctrina de Einstein, inalcanzable; la verdad tal como existe en relación con las facultades del hombre individual es la única que se puede alcanzar. La enseñanza oculta está enfáticamente en desacuerdo con este pesimismo; señala que la entidad exenta de toda relación sólo puede ser de una naturaleza mental común y que podría ser aprehendida por medio de un enfoque no individual. De cualquier manera, en cierto modo y hasta cierto punto, los principios que determinan el conocimiento humano existen dentro de los sentidos humanos y de la mente humana, y no decididamente fuera de ellos, en el universo. Sin la ayuda de la mente somos incapaces de conocer nada. Esta proposición es irrefutable. De tal manera, en la etapa a la que hemos llegado, el mundo depende principalmente de nosotros co-

mo observadores de él. ¿Pero qué somos sin nuestros instrumentos de observación, sin los cinco sentidos? ¡Nada! Todo es recibido a través de ellos. La tierra por la que caminamos y la silla en que nos sentamos entran en nuestra conciencia sólo porque quedan registradas en la piel, en los ojos y en los oídos. El mundo que *conocemos* es un mundo sensorial, hubiera lo que hubiere más allá de él o fuera de él. Variará en la medida en que varíen nuestras propias sensaciones quíntuples. Lo que éstas nos dicen constituye nuestro mundo. Y pueden decir cosas distintas a hombres ubicados en posiciones diferentes. Esta es la lección fundamental de la relatividad. La relatividad introduce un carácter individual o de grupo en todas las observaciones. La gente que no reflexiona no entiende que por lo menos una parte de lo que cree que está fuera de ella existe más bien como impresiones sensoriales *dentro* de ella. No se conoce *definitivamente* lo que se piensa que existe más allá de tales impresiones.

Estamos siguiendo una senda sugestiva y exploratoria que nos ha llevado hacia atrás, a través de las cosas del tiempo y del espacio, hasta el hombre mismo, en parte a su mente y especialmente a las sensaciones que se forma del mundo de afuera. Esto plantea la duda fisiológica y *psicológica de cómo* obtenemos las sensaciones y qué son éstas en realidad. Por lo general aceptamos los datos de los sentidos como ciertos y, por lo tanto, no nos detenemos a considerar en qué medida lo son. La próxima tarea será investigar su naturaleza exacta, así como averiguar cuánto de lo que vemos depende de ese factor mental.

CAPÍTULO IX

DE LA COSA AL PENSAMIENTO

Nos encontramos ahora en el umbral de un antiguo misterio.

Existe un aspecto agitado y estimulante del descubrimiento científico de la relatividad al cual el Occidente no le ha reconocido su correcta significación y su valor adecuado, pero que era conocido, entendido y valorado por los pensadores indios de la antigüedad. Y este misterio es la relación existente entre las cosas de nuestra experiencia, los sentidos y la mente. Porque en esta etapa hemos llegado a ver que cada cosa de la cual el hombre tiene conciencia o puede tenerla es aparentemente un producto de dos ingredientes, el mental y el material, y no sólo del material. Pero en qué proporción están mezclados ambos componentes es algo que todavía tenemos que descubrir. Qué cantidad de una cosa es proporcionada por la mente y cuánto es recibido del mundo externo: he aquí un enigma que ha intrigado a los hombres, desde Kapila hasta Kant, más bien porque su respuesta correcta es demasiado inesperada e insospechada para ser aceptable que porque su dificultad sea demasiado insuperable.

Sabemos que existe en derredor nuestro un mundo de objetos comunes tales como casas de ladrillos y árboles frondosos. Pero *lo que* sabemos en realidad de este mundo depende de *cómo* llegamos a saberlo. La parlanchina ignorancia puede afirmar que lo vemos, que ciertas imágenes correspondientes se registran en nuestros ojos y son de algún modo captadas por la mente. La visión, sin embargo, no es una cosa tan sencilla como parece, porque proporciona sorprendentes revelaciones cuando se la somete al tratamiento analítico. La mente inculta corriente, por costumbre habitual y jamás cuestionada, cree que su conciencia del mundo, sus experiencias personales y sus cambios ambientales son asuntos sencillos, pero las mentes científicas saben cuan complejos son en realidad.

Las formas que vemos por todas partes no se explican por sí mismas. Si queremos conocer la verdad acerca de ellas, tenemos que llevar a cabo una rigurosa investigación. El mundo que es "dado" a la mente no es dado con una explicación fácil que lo acompañe. Es preciso que busquemos y persigamos tal explicación con toda la energía que podamos reunir. De lo contrario no la obtendremos y permaneceremos en la etapa de *kindergarten* del pensamiento.

Antes de aceptar o rechazar el testimonio de nuestros sentidos tenemos que *entender* adecuadamente cómo llegan a ofrecernos tal testimonio. No necesitamos negar que puedan hablarnos del mundo de afuera, pero *tenemos* que cerciorarnos de que ese mundo es precisamente tal como ellos tratan de decirnoslo. Los que tienen la paciencia de encarar estas indagaciones con espíritu de sinceridad están dando importantes pasos para despertar del sueño de ignorancia que mantiene presa a casi toda la humanidad en sus pesados pliegues; habrán comenzado a quebrar la ilusión universal en la única forma en que puede ser quebrada, porque habrán comenzado a interrogarla. Serán los precursores de un pueblo correctamente educado y noblemente elevado.

Debemos empezar como la ciencia moderna, lúcida y lógicamente, desde el punto de partida de lo conocido, y sólo entonces podremos abrirnos paso hasta lo desconocido. Por lo tanto, por el momento tenemos que convertirnos en físicos, fisiólogos y psicólogos. Debemos examinar nuestro aparato corporal, vigilar la forma en que se comporta cuando siente las cosas y examinar el campo de nuestra conciencia. Y aunque habrá que introducir en *este* estudio unos cuantos términos científicos, la mayoría de los lectores los encontrarán sencillos y conocidos; ello no obstante, su plena explicación *será* también proporcionada, para que ninguno de ellos pueda resultar poco claro para nadie.

La investigación física y fisiológica tiene que venir primero, porque el cuerpo es mejor entendido que la mente. Tal estudio revelará algunos datos peculiares en cuanto al funcionamiento de nuestros sentidos. Toda la experiencia pasa a ser conciencia de los portales de los instrumentos sensoriales: ojos, oídos, nariz, lengua y piel. Casi no es necesario señalar que la percepción del mundo y la relación con el mismo serían imposibles si no poseyéramos esos cinco instrumentos corporales sensibles que nos mantienen informados en cuanto al mundo de las cosas que nos rodean, si no poseyésemos esos cinco canales de sensación: visión, audición, tacto, olfato y gusto. Una vida

sin alguno de esos sentidos es una vida trágicamente limitada. Por eso sentimos instintivamente piedad hacia los ciegos, los mudos y los sordos, que viven en mundos sin color, sin palabras o sin sonidos.

La piel está atestada de sensibles terminales, parecidos a bulbos, de los numerosos y delicados nervios que se encuentran por debajo de su superficie. Por medio de esos terminales obtenemos nuestras sensaciones de tacto, de temperatura y de presión, que son informaciones más sencillas que las de los demás instrumentos sensoriales. La lengua y parte de la boca están forradas de terminaciones nerviosas filiformes que nos dicen del gusto, de la dulzura o acritud de las cosas. La parte superior de la nariz contiene una membrana nerviosa por medio de la cual olemos las delicadas partículas gaseosas de los olores que flotan en el aire. La oreja que vemos, parecida a una aleta, no es el verdadero instrumento del oído, sino una especie de protección del mismo. En realidad oímos las ondas sonoras gracias a una membrana parecida a un tambor, que se encuentra dentro de la cabeza y en el extremo de un canal de unos tres centímetros de longitud.

El sexto sentido es la conciencia de nuestros movimientos musculares, un séptimo es el sentido del mantenimiento del equilibrio corporal, pero nos bastará con limitarnos a captar el principio esencial que informa a todos los sentidos.

Nuestros sentidos nos dicen algo acerca de un objeto, pero jamás nos dicen sino una fracción de los hechos relacionados con tal objeto. Porque funcionan dentro de una esfera bien definida y limitada de vibraciones. Si pudieran decírnoslo todo, si los oídos estuvieran despojados de la capacidad de eliminar los sonidos de alta frecuencia o si las fosas nasales fuesen plenamente sensibles a todos los olores, la vida se tornaría intolerable, si no imposible de vivir. Esto debería constituir una seria advertencia de que no tenemos que ser excesivamente confiados en cuanto a la corrección del conocimiento reunido por los sentidos. Y tiene que resultar claro que todo lo que conocemos, cuando proviene de esa fuente, debe ser no sólo complementado mediante el empleo de una investigación razonada, sino también fiscalizado por ésta. Algo se aprendió en este sentido en el capítulo anterior, en nuestro estudio del principio de la relatividad, estudio que demostró la imperiosa necesidad de establecer un doble punto de vista, y en este capítulo se aprenderá algo más. Por consiguiente, la filosofía no se muestra recalcitrante cuando aparece desconforme con nuestra primera visión del mundo tal como se presenta inmediatamente a los sentidos. Percibe el misterio allí donde no lo ve la mente co-

mún. En rigor trata de desentrañar el misterio que existe detrás de la apariencia sentida.

De entre los cinco sentidos, el que nos habla de un mundo externo es principalmente el sentido de la vista. Por lo general aprehendemos la existencia de cada cosa individual gracias al instrumento de la visión. Todos los otros sentidos le están subordinados. La visión, por lo tanto, es el más importante de todos nuestros sentidos, y *el oído* viene sólo en segundo lugar. Y es también el más útil de los cinco, porque pensamos mayormente el mundo en términos de imágenes visuales, y la mayor cantidad de *imágenes* que integran la memoria y la imaginación son igualmente visuales. Lo que es más, la función de los ojos es con mucho superior en alcance a la función de cualquier otro sentido. De tal manera, pueden percibir una gran cantidad de cosas distintas, tanto lejanas como cercanas, en pocos instantes, en tanto que el tacto, por ejemplo, tiene que limitarse a las que están al alcance de la mano. Finalmente, la vista es el más sutil y el más parecido al sentido mental. ¿Qué sucede cuando contemplamos la multitud de objetos que nos rodean? ¿Qué queremos decir cuando anunciamos que hemos "visto" algo? La visión no es en modo alguno el *proceso* sencillo que parece ser. Es un proceso sumamente complicado. Lo primero de la serie que es preciso hacer resaltar es que comparte con los otros sentidos la necesidad de un estímulo físico que lo ponga en actividad. Las ondas sonoras despiertan al oído cuando tocan su tímpano, y son las ondas luminosas las que hieren el ojo y lo ponen en acción. La luz es su estímulo. El tejido nervioso del ojo es sensible a la luz como ninguna otra cosa.

He aquí una estilográfica. Los rayos de luz deben partir por lo tanto de este objeto, reflejados en su superficie, y luego viajar a lo largo de su recorrido y estimular los mecanismos sorprendentemente eficaces que son Jos instrumentos ópticos de la Naturaleza: los ojos. Dos bolas de tejido fibroso están colocadas dentro de profundas concavidades del cráneo. Hay tres capas de fibra nerviosa en cada globo ocular, y la más interior es la sensible a la luz y, en consecuencia, al color. Esta capa tiene el nombre técnico de retina. Desempeña el mismo papel que una película sensible o un visor de vidrio esmerilado en una cámara fotográfica, porque registra las imágenes de los objetos exteriores. Pero en tanto que la película de una cámara sólo puede ser usada una vez y luego tiene que ser desechada, la retina puede ser utilizada un incontable número de veces y aún así seguir siendo útil. Los rayos de luz se encuentran en ella y afectan a numerosas termina-

ciones nerviosas de forma de bastoncillos y conos, terminaciones nerviosas cuya actividad pone en funcionamiento el segundo eslabón de la cadena de procesos conectados que se extiende desde la estilográfica hasta nuestro conocimiento de su existencia. Todos los demás instrumentos de los sentidos, como el oído y la piel, también contienen los terminales de nervios adecuados, y si no los poseyeran serían absolutamente inútiles.

Esta estructura retínica posee una exactitud microscópica, lo que permite que en su superficie se formen imágenes detalladas, de una precisión y claridad inigualadas por los datos proporcionados por cualesquiera de los otros sentidos. No debemos olvidar que la presencia de tal imagen no obedece a otra cosa que a la influencia de la luz sobre la retina.

A fin de ver cualquier objeto exterior, éste tiene que tener un fondo de color, porque el contraste de un color contra otro hace que distingamos la forma y el tamaño del objeto; pero para tener color tiene que estar iluminado, porque el color es un producto de los rayos luminosos. Sólo cuando establecemos una comparación entre dos colores podemos afirmar que ante nosotros se encuentra un objeto. Reconocemos la llameante gloria del flamenco gracias a los tonos apagados del lugar en que se encuentra. Percibimos la maciza pirámide porque sus piedras parduscas se destacan sobre las doradas arenas y porque su rojiza punta se hunde en el límpido azul de un cielo egipcio. Si un solo color nos rodeara o estuviera ante nosotros, ningún objeto podría cobrar forma para nuestros ojos, porque la forma percibida de una cosa es la consecuencia de la existencia de un segundo color, o de varios colores más, como medio de contraste.

Estos son los rayos que los objetos quiebran en los castaños, grises y verdes que la superstición popular pone en las cosas que ve. La cascara de una naranja, por ejemplo, refleja y quiebra la luz blanca de tal modo, que aparece ante nosotros como de un amarillo dorado. Es un experimento de escolares el de demostrar que la luz blanca puede descomponerse y dividirse en varios colores, denominados técnicamente colores del espectro, porque no hace falta más que poner un prisma de cristal cerca de la ventana de un cuarto sumido en la penumbra para ver aparecer tonos encantadores como el violeta, el amarillo, el rojo, el azul, etc.

Así, pues, no vemos las cosas directamente, sino más bien la luz que ellos reflejan o emiten. No es la estilográfica lo que golpea contra los ojos, sino solamente los rayos de luz que viajan desde ella. La

PAUL BRUNTON

superstición que la ciencia destruye es la de que los colores forman parte de las cosas mismas. Porque no es así. Los colores son el resultado de la descomposición de las ondas de luz blanca. La luz no está en las cosas mismas. Solamente es reflejada por ellas. Los experimentos científicos lo han demostrado eficazmente, pero un ejemplo sencillo ilustrará muy bien esta verdad. La puesta del sol disminuye la luz del interior de la casa, y con ello las cosas cambian sus matices y se oscurecen. Las mesas castañas se vuelven negras y las cortinas verdes se tornan grises. Porque sus colores no son realmente su propiedad esencial.

Podría decirse con exactitud que el único mundo que vemos jamás es un misterioso mundo de luz, como lo afirmaron otrora, místicamente, los cultos antiguos y *como lo* demuestra ahora experimentalmente la ciencia moderna. Pero la filosofía no puede detenerse ahí. Debe penetrar hasta la raíz misma de las cosas. Debe cerciorarse incluso de donde viene a la luz misma su existencia.

DESDE EL OJO A LA MENTE. Volvamos a nuestra estilográfica.

La impresión de haberla visto comienza cuando la luz entra en el ojo, que, en respuesta a ese estímulo, forma una imagen en la retina. La Naturaleza se convierte en artista, por así decirlo, y pinta un cuadro de luz coloreada sobre el lienzo del tejido nervioso. Pero no tenemos conciencia de él tal como existe allí, prueba de lo cual la da el hecho de que la imagen que aparece en la retina está invertida, tal como lo está en el negativo de una cámara fotográfica. ¡Si conociéramos esta imagen solamente, la estilográfica también *parecería* invertida! Está claro, por lo tanto, que la imagen pasa por un proceso posterior de cambio y aun de transformación, antes de que tengamos una correcta conciencia de la estilográfica.

Se ha llevado a cabo un cambio químico y estructural en la capa superior de la retina. Ninguna conciencia del reluciente color, de la forma alargada y esbelta y del capuchón dorado de la estilográfica ha logrado aún penetrar en nuestra ignorancia de ella. Para nosotros el instrumento todavía no existe. La noticia de su existencia no ha llegado aún a la mente y tiene que avanzar a una etapa posterior a la de los ojos, debe ser llevada, en verdad, a algún punto central del cuerpo que pueda hacer el papel de cámara de compensación de todos los informes sensoriales enviados desde los distintos puntos distribuidos a todo lo largo y lo ancho del cuerpo. Semejante punto existe en el cerebro.

La Naturaleza, pues, ha tomado admirables medidas para llevar a cabo esa tarea. El cuerpo entero es en realidad un aparato receptor nervioso que reacciona en forma distinta ante cada uno de los estímulos recibidos. Enormes cantidades de blancos nervios se abren paso desde la superficie del cuerpo hasta el cerebro y constituyen un amplio sistema de comunicación, una especie de sistema telegráfico nervioso y cerebral, a decir verdad.

Existe un proceso general de interacción entre los objetos exteriores y el cerebro interno, gracias a la función del medio que los une: los cinco instrumentos sensoriales del cuerpo. Ciertos acontecimientos tienen lugar en los instrumentos y, por medio de vibraciones que pasan a través de los nervios de unión, inician impulsos nerviosos que los difunden en una parte especial del cerebro.

La estilográfica, que produce una "impresión" en el ojo, como se dice técnicamente, ha provocado una actividad en las numerosas partes parecidas a bastoncillos y conos de la retina, y, por intermedio de ellas, en los nervios que salen de sus bases. Esta corriente de movimiento ondulatorio es transmitida por éstos al nervio principal que sale del globo ocular, llamado nervio óptico, y éste, a su vez, transmite su reacción a lo largo de toda su extensión, hasta su lugar de nacimiento en la parte posterior del cerebro. Allí una porción de la superficie del cerebro llamada corteza cerebral toma conocimiento de la actividad vibratoria que constituye el mensaje enviado por el ojo.

Consideremos un aspecto de este último punto. Lo que hace posible la imagen y comunica la forma de ésta a la retina es la lente de combinación formada por la córnea del ojo y la lente cristalina. La superficie de esta lente es convexa, y si la Naturaleza hubiese aumentado su convexidad habríamos visto la estilográfica con dimensiones exageradas y deformada en su aspecto. Todos los demás objetos del universo habrían adquirido la misma grotesca apariencia, ya se tratara de una cordillera glacial como el Himalaya o un minúsculo insecto como una hormiga. Desde el nacimiento hasta la muerte habríamos creído firmemente que los objetos y la gente que nos rodearan tenían realmente tal aspecto. Los llamados espejos deformadores de ferias y exhibiciones proporcionan cómicos ejemplos de la clase de rostros y figuras raras que nuestros congéneres tendrían en ese caso.

¿Por qué es posible eso? Porque el cerebro depende por entero de la imagen proporcionada por los ojos. Es evidente que nunca puede llegar a un contacto directo con ninguna cosa externa.

Además, algunas personas nacen con ceguera para los colores. A menos de que otros les llamen la atención respecto a ese defecto especial de sus ojos, puede que nunca lleguen a saber que su visión es distinta de la común. Es posible que afirmen, de dos cosas de distintos colores colocadas ante ellas, que ven el mismo color en ambas. Pueden asegurar suavemente que una rosa tiene el mismo color que una caléndula, sólo porque son incapaces de ver. Les resulta imposible distinguir entre las fresas verdes y las fresas maduras, rojas, o entre la luz verde de una señal ferroviaria, que indica la vía libre, y la luz roja que previene de la existencia de peligro. Por ese motivo las compañías exigen que sus maquinistas pasen un estricto examen en lo referente a la distinción de los colores. La lección que hay que extraer del análisis de este defecto es que el color erróneo, como no forma parte de la señal ferroviaria o de la fresa, tiene que ser parte de la imagen que se forma en la retina, y que el cerebro está limitado al material que encuentra en la representación retínica, no al disponible en la cosa exterior misma. El punto esencial de esta cuestión es *qué* vemos, y no *qué* deberíamos ver de acuerdo con la observación común.

Todo lo que los ojos pueden ofrecer, en el caso de nuestra estilográfica, está contenido en la porción sensible de la retina y consiste en una imagen de menos de dos centímetros y medio de diámetro, invertida y que tiene sólo las dimensiones de ancho y alto. Pero la estilográfica real tiene quince centímetros de largo y no dos y medio, está en posición vertical y no invertida, y tiene tres dimensiones —ancho, alto y espesor—, de modo que se destaca en sólido relieve. He aquí tres penetrantes sugerencias de que la estilográfica exterior presente ante nuestra vista no es la estilográfica percibida de la cual la mente cobra conciencia y de que la creencia personal de que vemos las cosas en sí mismas es pura ilusión. ¡Porque la imagen con que opera el cerebro está dentro de nuestros *ojos*, es decir, dentro de *nuestro* cuerpo, y por lo tanto dentro de nosotros mismos! No podemos siquiera ir más allá de ella. Esto significa que vemos imágenes, aspectos, y que ellos son relativos al observador — lección que aprendimos en el capítulo anterior a partir de otros datos, así como a partir de nuestras reflexiones sobre la obra de Einstein. Para los fines prácticos de todos los días debemos suponer que percibimos una cosa exactamente como ésta pretende ser, pero para la investigación filosófica tenemos que penetrar por debajo de la superficie de tal suposición.

El mensaje del ojo acerca de la existencia de la estilográfica es el único informe que el cerebro puede tener la esperanza de percibir, porque está demasiado alejado del instrumento. Y sin embargo, hablando en términos físicos, está claro que le ofrece sólo una miniatura invertida. Un mensaje tan imperfecto no concuerda con la estilográfica exterior y no puede ser tomado literalmente. Debe ser elaborado hasta que ésta sea exactamente representada por lo que se ve, es decir: tiene que ser *interpretado*. En consecuencia el mensaje ha llegado al cerebro en forma de un código Morse fisiológico- Imaginar que la propia imagen visual viaja a lo largo del nervio óptico sería como imaginar que a lo largo del cable telegráfico viajan las palabras mismas y no los impulsos eléctricos correspondientes, largos o cortos. Estos impulsos chisporrotean al llegar a su punto de destino, en forma de sonidos carentes de significado, y entonces son escuchados e interpretados de acuerdo con el código Morse por un operador, un ser humano cuya mente los traduce a letras y palabras con significado. Más aun, el telegrama mismo no es sino una serie de trazos negros sobre una hoja de papel. Esos trazos tienen que ser descifrados y convertidos en pensamientos por la persona que los lee. Del mismo modo la mente tiene que trabajar para descifrar los impulsos nerviosos parecidos a ondas que ha percibido el cerebro y traducirlos hasta darles la forma de una conciencia de las impresiones correspondientes de su estímulo físico original, que en este caso es una estilográfica. Resulta sumamente difícil definir la palabra *mente*, como lo han confesado la mayoría de los hombres de ciencia y los filósofos recientes. La enseñanza oculta entiende absolutamente la significación de lo que hay detrás de esa palabra, pero esa significación sólo podrá ser plenamente revelada en los finales de este curso, y no ahora, cuando estamos a menos de la mitad del camino. Sin embargo, para los fines del momento podemos definir breve, sencilla y experimentalmente la palabra como lo que nos hace pensar en algo y nos hace cobrar conciencia de algo.

Tal interpretación tiene que ser necesariamente una actividad mental. Debe suceder en la mente, porque exige la actividad positiva de la inteligencia antes que la receptividad pasiva del ojo, el nervio y el cerebro. La inteligencia implica conciencia de algo, y como por lo general no tenemos conocimiento de semejante proceso, es preciso sacar en conclusión que ocurre por debajo del umbral de la conciencia común y es totalmente subconsciente. Sólo conocemos los resultados

de esa labor invisible. Se nos aparecen como una visión exacta de ese hermoso instrumento para escribir.

Este es el instante en que la conciencia ha aparecido en el proceso y determinado el nacimiento de una observación. Este es el punto crucial en que comenzamos a saber que la estilográfica existe. Hasta este momento no teníamos conocimiento de su existencia, a despecho de la imagen formada en la retina, a despecho de la vibración que pasa a lo largo del nervio óptico y a despecho de la reacción del cerebro.

Prueba de *ello podemos* encontrarla en los anales de la ciencia quirúrgica. La piel de cada dedo *está* conectada a la médula espinal por paquetes de fibras nerviosas. Si éstos son seccionados cerca de la médula, los dedos podrán ser cortados o aplastados, pero ya no se sentirá dolor alguno en ellos. Los mensajes provenientes de ellos no podrán ya llegar al cerebro, y si no pueden llegar al cerebro tampoco podrán llegar a la conciencia. Por lo tanto, cuando hablamos de que tenemos una sensación de dolor en un pie lastimado, estamos pronunciando palabras equívocas, porque la sensación debería ser referida al punto en que es realmente experimentada, es decir, a continuación del movimiento de una vibración en el cerebro. Localizamos en la lengua las sensaciones del gusto dulce o amargo, cuando en realidad ocurren después de que el cerebro ha reaccionado. Pero en ambos casos el pie y la lengua sólo pueden recibir las impresiones de presión dolorosa y de dulce fluidez, en tanto que dichas impresiones no son transformadas en trozos de experiencia consciente sino *después* de que los nervios las han enviado en vibraciones hasta los adecuados centros cerebrales. Ubicar esas sensaciones *localmente* en las terminaciones nerviosas es caer en una grosera ilusión, si bien una ilusión perfectamente perdonable.

Los importantes papeles asignados por la Naturaleza a los recorridos nerviosos y a los centros cerebrales resultarán ahora más claros. Mientras la conexión nerviosa con el cerebro permanezca intacta, el instrumento sensorial continuará funcionando. Pero un leproso cuya comunicación nerviosa entre mano y cerebro ha sido corroída, no experimentará sensación alguna de tacto. Su mano leprosa puede ser quemada o cortada, que no sentirá dolor. Que se destruya el nervio, que quede paralizado o que aparezca una lesión en el centro cerebral adecuado, y el instrumento sensorial no podrá efectuar su tarea: deja de existir la visión o desaparece la sensación en los dedos. Por lo tanto nuestro conocimiento de un objeto no puede ser obtenido sin el nervio y el cerebro. Los ojos pueden estar perfectamente intactos y mos-

trar su reacción física normal a la luz, y sin embargo el hombre podrá no ver más que un ciego si la sección cortical de su cerebro estuviese lastimada, enferma o cortada o si el nervio óptico fuera seccionado a mitad de camino. La visión no es posible sin la vital cooperación del nervio y el cerebro con el ojo — que de tal modo constituyen una sociedad triple. La significación sencilla de esto es que el conocimiento de la existencia de un objeto no aparece en el ojo, en la oreja, en la piel, en la lengua o en la nariz, que se encuentran en el extremo terminal de los nervios, sino solamente *después* de que el mensaje ha llegado a los centros cerebrales que se encuentran en los puntos de partida de los nervios. Porque sólo entonces se revela el misterioso elemento llamado conciencia. Obtenemos primeramente el conocimiento de una cosa, en la experiencia sensorial, advirtiendo las características particulares que la distinguen, tales como una forma especial, un tamaño particular y un grado de dureza, por ejemplo. Sólo podemos tener conciencia de ella mediante el conocimiento de esas cualidades. Ahora sabemos que una cosa llamada reloj está delante de nosotros porque tenemos una minúscula imagen del reloj en los ojos, el sonido de su rítmico tictac en los oídos y la sensación de su resistencia al tacto en los dedos; todas estas impresiones se combinan y corroboran entre sí. Una naranja nos es conocida porque tiene un aspecto redondo y amarillento, porque tiene un gusto dulce y *aparece* blanda al tacto. Estas son características bien conocidas. ¿Pero cómo tenemos conciencia de ellas? Sólo experimentando los efectos inmediatos que la naranja produce en nuestra mente a través de los sentidos. Cada efecto *individual* que surge en nuestra conciencia, como la consistencia blanda de la naranja, y no la naranja entera, es llamado técnicamente *sensación*.

Lo que es percibido por los sentidos o pensado en la reflexión se convierte en un objeto del campo de la conciencia. Por lo tanto podemos agregarle el término técnico de "objeto". Cada objeto posee ciertas cualidades reconocibles que se presentan a la mente como sensaciones. Estas varían grandemente; nos dicen dónde está el objeto, cuan grande o pequeño es, qué forma tiene, cuan dulce, agrio o salado es su gusto y cuan desagradable su olor, qué peso o qué calidez posee y si está inmóvil o se mueve.

Cuando los impulsos nerviosos transmitidos que se originan en los oídos completan su recorrido y llegan al cerebro, *provocan* sensaciones de sonido. Estas varían en tono, fuerza y carácter. El tono puede ser alto o bajo, la fuerza grande o pequeña y el carácter de simple

ruido o de tono musical, pero cada efecto sonoro será una sensación *separada*.

De las impresiones producidas en la piel, en un extremo, y de los procesos que consecuentemente ocurren en ella, se provocan procesos relacionados en el otro extremo, en el cerebro, del cual recibimos sensaciones de tacto que se agrupan aproximadamente en tres clases: las de contacto, las de temperatura y las de dolor superficial. Aparecen como el reconocimiento de distintas cualidades tales como calor o frío, suavidad o rugosidad, pesadez o ligereza, dolor, movimiento o presión. La mayor cantidad de sensaciones de tacto es recibida a través de la piel de la mano, porque es el más activo de los miembros del hombre. Sostenga este libro en la mano y experimentará las sensaciones de presión en la piel de la misma, así como la sensación de tensión de sus tendones. Estas dos sensaciones, tomadas conjuntamente, forman la sensación combinada del peso del libro. Cuando uno toma un trozo de hierro, la mano entra en contacto con su superficie y se experimenta entonces una sensación de dureza. Y los dedos le dicen a uno si el cuerpo de la estilográfica es redondo y liso, lo que significa que está recibiendo sensaciones de redondez y suavidad. Cuando se la aprieta fuertemente en la palma, el dedo y la estilográfica comienzan a repelerse mutuamente y surgen nuevas sensaciones: las de resistencia y dureza. Cuanto más fuertemente se la aprieta, más enérgicas se tornan esas sensaciones.

Las luces y las sombras que juegan sobre las cosas y en torno a las mismas nos proporcionan sensaciones de formas coloreadas. Cuando tomamos la estilográfica y contemplamos *mis* atentamente su hermoso aspecto, experimentamos sensaciones de púrpura, gris, oro y negro. La ciencia de la física sabe que las distintas velocidades de vibración de uno y el mismo rayo luminoso son leídas por *los* ojos en forma de colores distintos. El color de una cosa es, por lo tanto, una interpretación óptica. Lo que percibimos como un color no es percibido separadamente de nosotros mismos.

Cuando hablamos a un hombre y lo oímos contestar, ¿qué es lo que sucede realmente? El sonido, una vibración del aire, actúa sobre ambos cuerpos, y ocurren entonces ciertos movimientos en las terminaciones nerviosas de los tímpanos de los oídos, así como la luz forma ciertas imágenes retínicas en los ojos. Estos estímulos son propagados como excitaciones a lo largo de los nervios principales, hasta el cerebro, donde surgen subsiguientemente sensaciones correspondientes. Si tocamos el cuerpo de un hombre, entresacaremos, en la forma

de sensaciones musculares de presión y relajamiento, los resultados de las impresiones producidas sobre la piel.

¿Dónde se originan, por ejemplo, las sensaciones de dureza y rugosidad? ¿Están en la cosa o en el observador de la cosa? Un pequeño análisis demostrará que están en el observador, superficialmente en su cuerpo pero en realidad en su mente. De una manera similar, las sensaciones de peso y redondez no se encuentran en las *cosas* materiales mismas sino en las sensaciones que tenemos de ellas.

¿Cuál es el punto en que un hombre adquiere conciencia de haber oído la rosa? ¿Es el momento en que la rosa se aproxima a la nariz? ¿O aquel en que las minúsculas partículas de perfume tocan la membrana interior de las fosas nasales? ¿O el instante en que los nervios olfatorios registran la perturbación? ¿O cuando esta perturbación llega al cerebro? ¡No! El hombre no sabe y no puede saber qué aroma tiene la rosa hasta que su mente registra la sensación, hasta que le da existencia *pensándola*. Sólo en ese punto adquiere significación para él el intercambio fisiológico que ha tenido lugar entre la rosa y él. La interpretación de las impresiones de la experiencia física comunicadas por los nervios es seguida por una reconstrucción de las sensaciones resultantes en la experiencia mental. Por lo tanto cada sensación, hablando solamente en términos de fisiología, es una respuesta puramente mental a que se ha traducido de algún modo un estímulo nervioso material. Cada sensación es una cuestión mental; está dentro de la conciencia, en tanto que las impresiones sensoriales se encuentran dentro del cuerpo.

Es más fácil entender esto si se considera qué sucede cuando nos cortamos un dedo con un cuchillo. Surge una sensación de dolor. Esa sensación está indudablemente dentro de nosotros mismos y de ningún otro; más aun, es un estado de nuestra conciencia y no un estado *del* cuchillo. Es, para decirlo en pocas palabras, una sensación de dolor. De un modo similar, si colocamos la mano sobre un libro, el acto da nacimiento a una sensación de resistencia cuando la superficie de la palma encuentra resistencia por parte de la superficie del libro. Decimos entonces que sentimos el libro, pero no es así; lo que en realidad sentimos es esa parte de nuestra piel que toca el libro, y desde la piel es enviado un mensaje a la médula espinal, y de ahí al cerebro, hasta que nace, así, una sensación de resistencia en nuestra zona individual de la conciencia. De ahí que no sintamos el libro, sino más bien lo que está ocurriendo en nuestro propio yo. Todas las demás clases

de sensación —ya se trate de los olores, los sabores o los sonidos de la experiencia cotidiana— son igualmente estados de nuestra conciencia. ¿Dónde está el amargor que experimentamos al probar una fruta verde? En rigor, como todos los sabores, es una sensación derivada de la lengua, porque es primariamente una *conciencia*, un dato proporcionado por la conciencia. Tiene que ser identificado con nuestra mente. Por lo tanto, como experiencia, está en nosotros, y sin embargo, inconscientemente, la proyectamos hacia afuera, sobre la fruta. La fruta produce el sabor agrio en *nosotros*, pero decimos erróneamente que ella misma es agria. ¡Un estado de conciencia es de tal manera equivocadamente adscrito a una cosa externa! Tal ejemplo demuestra de qué modo el lenguaje inexacto produce confusión en nuestro pensamiento. En capítulos anteriores aprendimos a tener andado con las palabras y a vigilar las trampas y añagazas que ellas tienden a nuestra comprensión del mundo.

¿Sabemos de un reloj algo más que esas sensaciones que nos dicen qué aspecto tiene y cómo suena? Si nos detenemos a analizar la situación, y si hacemos nuestro análisis correcta y profundamente, nos vemos obligados a confesar que son *solamente* esos informes sensoriales los que forman para nosotros el reloj real que conocemos. Qué tense los colores castaño, dorado y negro, las sensaciones de dureza, de redondez, de frialdad y de suavidad, y el rítmico sonido del tictac, ¿Y qué queda del reloj? Sin todo eso no puede haber reloj alguno en la experiencia de nadie. Y sin embargo, sin excepción, son todas *sensaciones*, son todos acontecimientos producidos en la mente, ideas, si queremos llamarlas así. Lo que *nosotros* vemos, lo que *nosotros* oímos y lo que *nosotros* palpamos son las *primeras* cosas de que tenemos conciencia en relación con cada objeto. Los movimientos dentro de cada sentido, de cada nervio, del cerebro y de la mente son efectuados con tal velocidad, que nos vemos imposibilitados de advertir el proceso. Las sensaciones son por lo tanto, no sólo las primeras cosas que conocemos en punto del reloj, sino también, en rigor, las *últimas* cosas. Esta increíble rapidez de la acción mental es la que crea algo que resulta ser nada menos que una ilusión de haber entrado en contacto directo con algo que está afuera, cuando en realidad no hemos hecho otra cosa que entrar dentro de nuestras propias sensaciones. En forma similar, la visión de alguien que está cerca es el resultado compuesto de varias sensaciones, es decir, la suma de lo que los sentidos presentan a la mente, pero nada más. Cada cosa que vemos o experimentamos por separado posee, pues, una reunión de cualidades

características, y cada cualidad impresiona individualmente sobre los sentidos, proporcionando de tal modo una sensación separada de color, sonido, gusto, etcétera. Cuando calamos hondo en los cimientos de nuestro conocimiento del mundo descubrimos que este hecho primero de la sensación es su respaldo y origen. Ningún conocimiento es posible a menos de que estén previamente presentes la visión, la audición, el tacto y otras sensaciones, o sus recuerdos revividos. Porque cada una es un aspecto de la experiencia humana.

Podemos conocer muchas cosas, pero sólo las cosas que conocemos con *seguridad*, es decir, nuestras sensaciones, y nada más, constituyen las condiciones de nuestra conciencia. Sólo nuestros cinco sentidos nos hablan de la existencia de este mundo familiar y nos proporcionan información acerca del mismo. Es imposible llegar directamente hasta el objeto como existencia independiente. Sólo llegamos hasta la interpretación sensorial del mismo, es decir: llegamos a una condición fisiológica que está dentro de *nosotros mismos*.

Cada sensación es una cuestión privada e individual, porque es una actividad que se origina en el propio yo. No es compartida en común con otros; por lo general no podemos ver directamente en la mente de otra persona. Cada hombre sólo puede observar normalmente lo que pasa dentro de su propia conciencia. Experimenta sensaciones que están separadas entre sí y que incluso pueden ser un tanto distintas de las de otro hombre que contemplara el mismo objeto. Estas impresiones personales de luz y sonido y tacto, que nos hablan del objeto exterior, son lo que conocemos de primera mano, aquello de lo cual tenemos conciencia inmediata y lo único que estamos seguros de experimentar.

El punto que debe ser entendido —y será necesaria una concentrada sutileza de pensamiento para entenderlo— es el de que *nunca conocemos el mundo panorámico exterior en sí mismo. Vemos ese mundo sólo a través de los espectáculos inmóviles de los informes sensoriales que recibimos en relación con él*. No podemos ponerlo bajo observación directa. ¡Lo que observamos directamente es ... nuestra reacción mental al mismo, es decir, nos observamos nosotros mismos! *Sin tener jamás conciencia de esa verdad cierta y sencilla, vivimos día y noche en no otro mundo que aquel cuya forma se constituye para nosotros por medio de lo que se denomina sensación*. Las personas no científicas ni filosóficas nunca sospechan de la existencia de esta verdad. No hay que olvidar que estas afirmaciones son extraídas de una larga serie de

observaciones almacenadas en los depósitos de la ciencia moderna, y que se basan en experimentos hechos sobre personas vivas así como en disecciones efectuadas sobre personas muertas.

No nos impacientemos con estas páginas porque repitan hechos científicos ya conocidos por todo el mundo. Por cierto que son conocidos, pero principalmente para los estrechos círculos de los estudiantes de medicina y psicología. Por lo general no sé los conoce en los círculos más amplios de los legos. Son importantes para nuestro objetivo por dos razones. Primera, que confirman ampliamente una doctrina crucial de la enseñanza oculta, que debe ser asimilada en esta etapa de nuestros estudios. Segunda, que estamos recurriendo a los hechos, interrogando a la Naturaleza de acuerdo con el espíritu de Francis Bacon, el fundador de la ciencia moderna. Una presentación moderna de la antigua enseñanza india tiene que basarse en la ciencia, porque esta es la tendencia dominante de la cultura moderna y porque los nuevos descubrimientos científicos comienzan a respaldar y vindicar los antiguos descubrimientos indios. Pero en tanto que la ciencia se siente desconcertada ante los hechos que ha reunido y no sabe muy bien qué hacer con ellos, la filosofía oculta tiene una perfecta comprensión de esos hechos, porque entiende plenamente el lugar que ocupan y su significación. En tanto que la ciencia tendrá que hacerse tarde o temprano filosófica o continuar en un perpetuo desconcierto, la enseñanza oculta ha elaborado cada una de sus doctrinas de modo que están terminadas hasta la última de sus sílabas. Ha investigado la verdad y puede llevar directamente hacia la verdad a los devotos dispuestos a ello. Por lo tanto, si bien estudiamos la ciencia de pasada, no nos detendremos en ella. Avanzaremos intrépidamente y la dejaremos bien atrás, hasta llegar a un conocimiento verificado, comparadas con el cual las declaraciones de la ciencia no sean más que entrecortados balbuceos ante el misterio universal. Que los lectores tengan paciencia, entonces, porque les tenemos reservado algo completamente *nuevo*. Que esperen a llegar al volumen final, en el cual se presentarán por primera vez en forma moderna y por primera vez en algún idioma occidental las enseñanzas avanzadas y secretas de la más antigua filosofía conocida en el Asia, el hogar de la cultura más antigua de este mundo.

EL NACIMIENTO DE LA EXPERIENCIA CONSCIENTE. Cualquier hecho o acontecimiento que es observado tiene derecho al título de *experiencia*. Por lo común pensamos en objetos y en sucesos sin darnos cuenta jamás de que estamos pensando en sensaciones. Tal conocimiento

puede llegar sólo después, cuando un análisis reflexivo intenta entender las experiencias reales. Por lo general nos preocupa más el objeto que el contenido mental que se refiere inmediatamente a él o que la forma en que llegamos a tener conciencia de su existencia. Porque esta es tarea especializada del psicólogo.

En el momento de contemplar la estilográfica no nos damos cuenta para nada de la extraordinaria complejidad de este acto aparentemente sencillo. Podría creerse que cuando tenemos conciencia de *todas* las sensaciones producidas por la estilográfica la percibimos. La opinión no instruida cree por lo común que el reconocimiento de la existencia de la estilográfica es una cuestión perfectamente simple de recibir pasivamente todas las sensaciones que produce y nada más. La investigación científica revela, sin embargo, que la operación es mucho más complicada.

Una sensación no es ya divisible por el análisis, ya que distingue una sola cualidad básica del objeto. Pero por lo general, normalmente, no tenemos conciencia de una sola sensación aislada. Es decir: nunca vemos el color dorado de la pluma de nuestra estilográfica aparte de su forma de pluma. El color, por ejemplo, no llega a la conciencia divorciado del tamaño y la forma. Nadie puede examinar el uno aparte de los otros a la luz de la conciencia. Tal cosa existe para nosotros sólo en el estudio teórico y es consecuencia del análisis teórico. Esto se debe a que tenemos conciencia de una variedad de distintas experiencias en uno y el mismo momento, a que tenemos conciencia simultánea de una acometida de distintas sensaciones. De tal modo, la sensación de que hay algo duro al tacto llega *simultáneamente* con la de que hay algo de superficie suave y con el reconocimiento visual de que tiene un color púrpuro y una forma redondeada. Todas estas cualidades separadas, si se las toma aisladamente, no nos dirán que el objeto es una estilográfica. Así como una pila revuelta de ladrillos no produce *más* que una sensación de confusión caótica, a menos de que se los utilice para construir una casa, así las sensaciones no tienen valor racional si no se les da un orden inteligible de relación. No debemos formar solamente sensaciones; tenemos que ser capaces de distinguir una cosa de otra, necesitamos poder discriminar la forma de la estilográfica de la forma de una botella, por ejemplo.

Vemos una flor. También la tocamos y olemos su perfume. La visión, el tacto y el perfume de la flor son sensaciones aisladas. Todo el grupo de sensaciones debe combinarse antes de que puedan constituir la flor para nosotros. El simple estímulo de la superficie coloreada de

PAÚL BRUNTON

una rosa puede producir una sensación de rojez, pero sólo la reacción de la mente, no solamente a ésta sino también a todas las sensaciones recibidas —tales como suavidad, fragancia y liviandad— es lo que determina finalmente nuestra comprensión de que se trata de una rosa. Y lo que rige para la rosa rige para todas las cosas experimentadas. Ver algo es pensar en algo, palpar una pieza de tela suave o un leño de madera dura es *pensar* en ellos, y oír cualquier sonido, ya se trate del más suave susurro o del redoble del trueno, es igualmente *pensar* en él. Ninguna experiencia sensorial es posible sin la asociación de un acto equivalente del pensamiento. Todo, desde el microbio infinitesimal hasta el espacio infinito, es primero un acto de pensamiento, una imagen o una idea.

Así, las sensaciones desnudas carecen de significación hasta que son reunidas, no en serie sino simultáneamente, y constructivamente ensambladas para formar una cosa percibida por la mente que las experimenta. Una multitud de impresiones aisladas puede lanzarse sobre los ojos saliendo de una estilográfica, pero no llegan a la etapa del *reconocimiento* de que son la estilográfica misma hasta que se completan las operaciones mentales de asociarlas y fundirlas. Sólo entonces pueden divulgar su sentido y ser apreciada su significación. La identificación de un objeto cualquiera implica un proceso creador de implantar una significación adecuada y de proporcionar una asociación significativa a las sensaciones elementales. Esto puede surgir sólo después de que las sensaciones más salientes han sido reunidas en una sola experiencia unitaria. Esto es precisamente lo que ocurre, y de tal manera las sensaciones son convertidas en los pensamientos de cosas o sucesos tales como corrientemente los *conocemos*. La mente ordena, sintetiza y construye estas sensaciones aisladas y simultáneas hasta llegar a pensamientos o imágenes completos.¹ Cada pensamiento es contemporáneamente compuesto por dos o más sensaciones asociadas. Cada sensación separada es un elemento de la construcción ordenada de la percepción, de manera que la imagen percibida de la estilográfica es en realidad un grupo de tales elementos llevado a la plena luz de la conciencia. Tenemos una sensación como primera reacción subconsciente de un estímulo físico de cosas exteriores y tenemos un pensamiento consciente como primera reacción consciente a una suma de sensaciones. La serie completa aparece, pues, como un estímulo efectuado sobre el instrumento sensorial por un objeto exterior,

¹ Tal pensamiento se denomina técnicamente *percepto*, o, en forma más popular, *pettepciott*,

luego como una impresión sensorial, después como una transmisión nerviosa, a continuación como una reacción cerebral, en seguida como reacción mental subconsciente (sensación) y finalmente como una reacción plenamente consciente (imagen mental, idea del acontecimiento, imagen, pensamiento). Por lo general sólo conocemos la sexta etapa de esta serie, porque es la experiencia consciente terminada y familiar, en tanto que la quinta es sólo la materia prima de tal experiencia.

Pero no debemos caer en el error de considerar tal pensamiento perceptual como la simple suma de nuevas sensaciones; éstas componen ciertamente su núcleo, pero este núcleo está necesariamente complementado por algo más, porque es preciso que cada experiencia sea adecuadamente rellena. La mente debe previamente interpretar y luego formarse creadoramente su propia imagen de la estilográfica no sólo con las impresiones reunidas por los sentidos, sino también con aquellas relacionadas con los recuerdos de experiencias anteriores de ver y manejar otras estilográficas. Debe imaginar y agregar algo al mensaje desnudo recibido de los sentidos, si quiere reinterpretar exitosamente la imagen retínica invertida, empequeñecida y bidimensional. De ahí que en cada acto de percepción intervengan inevitablemente otras tres contribuciones mentales y se mezclen con el material proporcionado por las sensaciones, elaborando así el todo y convirtiéndolo en un pensamiento final de reconocimiento. i) La asociación con una experiencia anterior similar, 2) la anticipación de una nueva experiencia y 3) la interpretación personal peculiar al individuo que experimenta. El más importante de» estos tres elementos es el primero.

Cuando reconocemos la sensación de dureza al manipular un trozo de madera, nuestra memoria lo clasifica y conecta automáticamente con el acopio de sensaciones previamente experimentadas de dureza. La dureza recordada se funde, por así decirlo, con la nueva sensación de dureza. Injertamos antiguas impresiones familiares e reproducimos inconscientemente la experiencia pasada sobre las nuevas sensaciones. De tal manera la experiencia antigua es revivida y puesta junto a la nueva, apareciéndonos en la forma de una percepción real. La mano puede proporcionar impresiones de algo duro y liso, en tanto que el ojo puede darlas de algo redondo y de color pardo, pero todas estas sensaciones no son más que el material al cual la mente debe agregarle un elemento extraído de la riqueza de la experiencia pasada, que posee en el subconsciente, para luego construir sintéticamente el todo en la imagen de una mesa. Esto lo hace fundiendo todas esas sensaciones e interpretándolas al mismo tiempo a la luz de la experiencia recordada. Se injerta el

recuerdo de sensaciones previas asociadas. De ese modo llega a la significación de la cosa: la superficie redonda de la mesa.

La mente recurre al pasado aparentemente desaparecido, elevándose de tal manera sobre la limitación del tiempo, y aferra l?..s experiencias que más probabilidades tienen de ayudarla a entender la experiencia actual. Las experiencias revividas influyen en la formación de una nueva imagen.

Otra prueba de la contribución hecha por el pasado para el moldeo de estas imágenes mentales puede ser encontrada en la relativa velocidad con que un adulto reconoce el tamaño, la distancia y la forma de una cosa, en comparación con el tiempo que necesita el niño para hacerlo. La criatura pequeña tiene que aprender entre una cosa vaga y otra cosa vaga, hasta que ambas comienzan a adquirir lentamente un perfil más claro, gracias a la familiaridad, y una significación más clara gracias a la experiencia. El chiquillo extiende la mano para tomar la luna, creyendo que la tiene muy cerca, en tanto que el adulto ve la luna como algo sumamente remoto de su propio cuerpo. Pero los ojos del niño registraron las impresiones de la luna no menos fiel y exactamente que los del adulto, porque la construcción de los ojos de ambos no es en modo alguno distinta. El fracaso del primero en lo referente a percibir su adecuada relación espacial con la luna no debe ser achacado a los ojos, sino que sólo puede ser explicado por la más débil actividad de su mente al construir una imagen partiendo de sus sensaciones visuales, debido a la falta de una suficiente experiencia anterior a la que recurrir. Y un niño que acaba de aprender a leer recorrerá la página impresa con lentitud y dificultad, confundiendo no pocas veces una letra con otra e incluso una palabra con otra. El mismo chico, al crecer, leerá la misma página con rapidez y exactitud. Y sin embargo las impresiones y las imágenes registradas por la retina son exactamente similares en ambos casos. ¿Por qué ocurre, pues, esta diferencia de resultados? La respuesta es que, a medida que el niño que crece lee cada vez con más frecuencia libros impresos, su mente recuerda imágenes anteriores de letras y palabras y contribuye, cada vez con mayor medida, con esos recuerdos a la operación de la lectura, hasta que, al cabo, cada palabra es plena y correctamente reconocida, es decir, percibida como lo que es. Esta es una clara prueba de la naturaleza compleja y creadora de cada pensamiento que se refiere a la experiencia.

He aquí una manera sencilla de entender cuan poderosamente contribuye la mente a la experiencia actual recurriendo al pasado. Escúchese a una misma persona cantar rápidamente dos canciones distintas, una

de las cuales es familiar y la otra absolutamente desconocida. Las palabras de la primera canción serán seguidas con facilidad, en tanto que las de la segunda serán seguidas con una pequeña dificultad, a tal punto, que resultará imposible reconocer algunas de ellas. Los sonidos serán escuchados, pero no serán distinguidos como palabras reconocibles. Por otra parte, la memoria ha agregado algo, en el primer caso, a las sensaciones de sonido. La impresión producida en los oídos es de la misma calidad en ambos casos. Y sin embargo la audición resulta confusa cuando la canción es desconocida, pero perfecta cuando es familiar y recordada. Es defectuosa en un caso y exacta en el otro. Por lo tanto hay un factor mental presente en todos los casos de audición, factor que hace su debida contribución a lo que se oye conscientemente, antes que a lo que impresiona realmente a los oídos por medio de las vibraciones sonoras.

Una extraña ilustración que demuestra en qué medida existe el pasado como ingrediente de la percepción humana puede ser encontrada en el caso de los que han perdido una pierna o un brazo por un accidente violento o una amputación quirúrgica. Los anales médicos revelan que tales personas se han quejado en muchos casos de sentir dolor en el pie o los dedos del miembro que faltaba, ¡como si éste estuviera aún unido al cuerpo! Por lo tanto la mente puede incluso introducir ficciones en su experiencia, bajo la potente influencia de la memoria. Esto indica que el testimonio de la memoria prepara el camino para la entrada de la expectativa. Por lo tanto un nuevo elemento que entra en la formación de una imagen juntamente con las sensaciones recordadas y las nuevas es la anticipación de lo que el objeto es o debería ser. Es el factor final para la formación del pensamiento. En el hilo de la actividad mental entran, no sólo las imágenes de la experiencia pasada, sino también las emociones personales. Cada construcción mental está condicionada por nuestra organización individual. Esto queda bien ejemplificado cuando surgen ciertas ilusiones ópticas. Por lo tanto, no recurrimos directamente a las nuevas impresiones sensoriales para toda nuestra conciencia. El recuerdo del pasado proporciona parte de ella en forma de imágenes mentales revividas, en tanto que la imaginación expectante produce otras, pero, indirectamente, ambos derivan de impresiones sensoriales anteriores.

De tal manera los hábitos mentales profundamente arraigados, las esperanzas fuertemente asentadas y las asociaciones excitadas tienen también su participación en esta tarea de moldear una imagen mental o el pensamiento sobre un acontecimiento. El paso de una sensación

desnuda a la plena percepción no es sólo el paso a un grupo de sensaciones que se unen simultáneamente en la conciencia para formar la experiencia, sino también el paso a la interpretación, mental y a la adaptación mutua de las sensaciones simples.

La idea llega a ser un producto completo cuando lo reconocemos como perteneciente a una clase particular, como, por ejemplo, cuando un objeto de color rojo y dorado, liso, rectangular, de quince centímetros de largo, es reconocido como perteneciente a la clase llamada libros. Sin embargo su formación de un precepto no debe ser considerada como una simple suma aritmética. Es más bien un proceso de fusión *instantánea*. Las sensaciones no se entrelazan, sino que se funden. Ninguna de las operaciones que integran la formación de la experiencia es realizada por nosotros hasta el punto de que tengamos conciencia de ella, ni es directamente accesible a nuestra observación. Son efectuadas automáticamente por debajo del umbral de la mente consciente. Son demostradas por sus efectos. Si somos incapaces de desentrañar estos elementos sencillos y separados y exponerlos individualmente a nuestra mirada, es precisamente porque un pensamiento no es otra cosa que la fusión final y permanente de dichos elementos en una unidad. Durante el tiempo de la elaboración el pensamiento se forma automáticamente y fuera de la fiscalización de la voluntad consciente. No tenemos conciencia personal de esta incesante actividad de la mente en lo que respecta a dar nacimiento a los pensamientos, las imágenes y las ideas cuya totalidad constituye nuestra experiencia del mundo, y por lo tanto no tenemos conciencia del hecho de que la estilográfica, tal como se nos aparece, es fabricada por la mente.

En consecuencia el análisis de la percepción revela que la forma y el tamaño de cualquier objeto que tenemos ante nosotros, no menos que las sensaciones de tacto y de color que nos suscita, son cualidades que en definitiva existen sólo para la *mente*. Esto no es menos cierto por lo que hace a las cosas duras y pesadas como las rocas de granito, porque existen para nosotros como grupos fundidos de sensaciones. Sólo las rocas vistas y sentidas pueden existir para nosotros. Conocemos todas las cosas a través de la totalidad de las sensaciones, es decir, a través de la conciencia que producen en nosotros, a través de los colores, olores, sabores, tactos y sonidos que componen nuestra experiencia física y que son en definitiva experiencias de la mente. Lo que *vemos* no es la cosa en sí misma, sino lo que está en nuestra mente. El pensamiento es más íntimo que la cosa.

¿Cómo es que la formación de un pensamiento se lleva a cabo con tan increíble velocidad? Sólo podemos responder que originariamente tiene que haber sido un acto lento y consciente que en el curso de la evolución, a través de incontables siglos, fue imperceptiblemente transformado por el individuo y la raza en un acto instantáneo e inconsciente. Las experiencias familiares y de reaparición frecuente han facilitado a la mente la creación de sus imágenes en forma prácticamente instantánea. El acto completo y complejo de ver el objeto ocupa en realidad una cantidad de pasos sucesivos, pero se suceden con tan inimaginable e increíble rapidez, que prácticamente se funden en una sola operación instantánea. Esta acción veloz es en parte el resultado de la existencia de la historia de experiencias sensoriales pasadas con la cual se funden inmediatamente las nuevas sensaciones, y en parte el resultado *del* poder innato de la mente.

Estos pasos separados con que se llega a la conciencia de una cosa no se revelan a la conciencia común, sino solamente al análisis científico. De ahí que puedan aparecer para el no iniciado como un fárrago de tonterías. Pertenecen a un proceso que está enteramente por debajo de la superficie; son subconscientes en proporción parcial o completa. Aquí se los describe en la forma en que aparecerían ante nosotros **si** pudiéramos estudiarlos individualmente. La percepción es por lo común un proceso tan tremendamente rápido, tan perfectamente suave y automático, que no nos detenemos a considerar la gran significación implicada en su funcionamiento. De tal manera, la visión podría ser considerada desde tres puntos de vista distintos. El primero es el estímulo físico, y es una cuestión del movimiento de los rayos de luz desde el objeto hasta el ojo. El segundo es el proceso fisiológico, y es una cuestión de proyectar una imagen en la retina. El tercero es la construcción psicológica, y es una cuestión de tener conciencia previamente de que el objeto existe. La física investiga la luz, la fisiología estudia el ojo y el cerebro, la psicología tiene que estudiar el nacimiento de un percepto consciente, en tanto que la filosofía no sólo debe coordinar los resultados de las tres ciencias, sino también evaluarlos y analizar su verdadero valor en un sistema más amplio de explicación del mundo.

Así podemos llegar a percibir que en la medida en que limitemos nuestro examen a la superficie del cuadro, cualquier comprensión de la forma en que llegamos a tener conciencia de las cosas y personas familiares que nos rodean nos parecerá una cuestión sencilla; pero en cuanto tratamos de ver también la parte interior y contemplar el cuadro como un todo, sólo entonces comenzamos a entender **qué asunto tan difícil** 7

PAÚL BRUNTON

complejo es en realidad. Así podremos también llegar a darnos **cuenta** por qué el hombre de ciencia hasta cierto punto y el filósofo en la más amplia medida no se sienten satisfechos con lo que ven y tocan todos los días, como la gente común, sino que tratan más bien de zambullirse en aguas más profundas. Porque en el caso del tema de este capítulo hemos sido llevados paso a paso hasta el sorprendente descubrimiento de que, por tangibles que fueren las propias cosas materiales de todos los días, su existencia nos es revelada, en definitiva, sólo por nuestra experiencia mental de ellas, o sea que nuestro conocimiento de esas cosas nos encierra dentro de las cuatro paredes de los pensamientos solamente.

Dicho en lenguaje más sencillo, conocemos sin duda ninguna nuestras ideas de lo que por lo general se dice que son los objetos externos, en tanto que creemos erróneamente conocer los objetos mismos. La diferencia entre ambas cosas es la diferencia que existe entre una película cinematográfica del inimitable y genial Charlie Chaplin, proyectada sobre una pantalla blanca, y el Charlie Chaplin vivo, en carne y hueso. Pero ahí tiene que terminar la analogía. Llevarla más lejos es clasificarla. Porque en tanto que una fotografía es en fin de cuentas no más que una *copia* de algo, un pensamiento no es una copia; es una *creación* mental. Es nuevo porque representa un nuevo nacimiento en la conciencia, el nuevo surgimiento de una idea. Es una prueba del maravilloso poder que tiene la mente para construir —y no simplemente para explorar— lo que percibe. Y es también una evidencia de lo que se insinuó en las primeras líneas de este capítulo: que el mundo externo es enteramente relativo a la mente que lo percibe, que el fecundo principio de la relatividad gobierna todas nuestras observaciones y toda nuestra experiencia. Aquí llevamos este principio a un extremo que Einstein no había captado y al que por lo tanto no estará dispuesto a llegar. Los que puedan entender este punto habrán obtenido una introducción a una infalible inoculación contra la tosca especie de materialismo que prevaleció en el siglo pasado entre los adherentes proletarios de la ciencia, y contra el mojigato materialismo que prevaleció entre los nada inteligentes defensores de la religión.

La estilográfica que comenzó como una colección de cualidades sentidas ha terminado como un fragmento de nuestra mente. La última lección de este capítulo es la de que lo que vemos es primariamente visto como un pensamiento, lo que tocamos es primariamente tocado como una imagen y todas las experiencias humanas de este mundo físico son esencialmente una experiencia producida mentalmente. Nuestras ex-

perencias, que parecen tan físicas, son prominente y principalmente acontecimientos mentales. Todas las cosas coloreadas y olorosas y palpadas que conocemos son experimentadas en definitiva en la mente y en ninguna otra parte. A fin de entrar en contacto con las cosas exteriores, tenemos que darles existencia *pensándolas*; de lo contrario permanecemos totalmente ignorantes de ellas. La idea que la mente hace nacer de ese modo, subconscientemente, representa, equivocadamente o no, la proporción que conocemos de la cosa y toda la proporción que jamás conoceremos. Porque no podemos ir más allá de nuestros pensamientos. No podemos ver lo que ellos no nos describen. La estilográfica podrá tener quince centímetros de largo, pero si nuestra mente nos hiciera la jugarreta de mostrárnosla como si tuviera sólo tres centímetros, continuaríamos creyendo, en nuestra bienaventurada ignorancia, que tiene tres centímetros. Afortunadamente tales triquiñuelas son raras, aunque ciertamente existen, como lo demostrará el próximo capítulo. Y si nuestra mente no supiera que nuestros ojos están viendo una montaña y que las manos la están tocando, no sabríamos que la montaña existe. Necesitamos más verdad. No existe otro anodino para nuestra turbulenta época. Admitimos que resulta difícil creer que tengamos sólo conciencia de los *pensamientos* de las cosas externas, cuando durante todos estos años hemos creído gustosamente que teníamos conciencia de las cosas mismas. La mayoría de los hombres son inaccesibles a esta doctrina. Los coloca bajo un cielo extraño, frío, nada familiar. En consecuencia nos resultará difícil despojarnos de nuestra opinión familiar convencional, es decir, de la opinión materialista. Pero podemos hacerlo si estamos dispuestos a dedicar un poco de tiempo y mucho pensamiento escudriñador e independiente a la tarea. Tenemos que ser implacables y eliminar de nuestra mentalidad todos los errores, todas las falsedades y las ilusiones. Nuestra esclavitud en relación con la ignorancia popular no tiene que durar eternamente. Puede tornarse débil e insignificante a medida que nuestros pensamientos erróneos se tornen débiles e insignificantes. El pensamiento instruido y concentrado puede obrar milagros, porque puede convertir el agua del error en el magnífico vino de la verdad.

CAPÍTULO X

EL SECRETO DEL ESPACIO Y DEL TIEMPO

Debemos entrar ahora en la etapa más dificultosa de nuestra investigación del proceso mediante el cual percibimos los objetos exteriores — es decir, de nuestra investigación acerca de la naturaleza de la experiencia humana del mundo exterior. Tenemos que proseguir inexorablemente esta indagación, a despecho de sus dificultades, porque el mundo nos enfrenta continuamente y exige en silencio una adecuada comprensión de su naturaleza.

Es imposible pensar en el mundo, o en cualquier cosa del mundo, sin pensar en él como existente en el tiempo y el espacio. Esto, como se ha demostrado, se debe a que la mente misma desempeña un papel importantísimo en la predeterminación de cómo vemos el mundo, obligándonos a *verlo* en términos de imágenes separadas y sucesivas. Por lo tanto, los sabios indios dijeron que el pensamiento *mismo* no puede llegar a la realidad o la esencia del mundo para observarla. Los hombres de ciencia que establecieron la teoría de la relatividad y la mecánica del cuanto se encuentran ahora en la misma dificultad. Han confesado que es imposible llegar a los más sutiles fenómenos de la Naturaleza para observarlos, sin obstaculizar a esos fenómenos en el proceso mismo de observación. En cuanto la investigación científica entró en el misterioso mundo subatómico de los electrones, los neutrones y los protones, tuvo que reconocer que el observador mismo representaba un papel determinante de los fenómenos observados por él.

Lo que se ve inmediatamente como la cosa exterior es en realidad la imagen mental. La ciencia ha comenzado, con lentitud, a entenderlo. Las antiguas teorías científicas de la ilusión óptica, por ejemplo decían que ésta era puramente física, la atribuían a alguna perturbación fisiológica de la retina o a un defecto de los músculos del ojo, en tanto que las modernas introducen un ingrediente decididamente mental. ¡La

PAÚL BRUNTON

materia no es ya lo único que importa! Las teorías antiguas pensaban que la ilusión era una anomalía carente de importancia, en tanto que las modernas han descubierto está unida desde el principio hasta el fin al proceso de percepción.

Confundir la estructura corporal con la conciencia inmaterial misma y caer en la antigua trampa de considerar el cerebro como el misterio de la mente son errores naturales y perdonables en personas que no reflexionan ni tienen instrucción, en las personas filosóficamente incultas que se apartan disgustadas ante la primera mención de esta doctrina mentalista. El que una cosa que es tocada, vista y gustada sea tan interior de la mente como es exterior del cuerpo, y el que el cuerpo sea, a su vez, interior asimismo de la mente, les irrita el sentido común. Sólo la más profunda reflexión puede demostrar que las sensaciones derivadas del propio cuerpo humano son en realidad tan objetivas como las sensaciones derivadas de las estilográficas, porque son capaces de ser observadas por la mente, el sujeto. De tal manera el segundo pensamiento refuta lo que afirma la primera impresión.

Sin embargo, sería un gran error suponer que esta enseñanza nos pide que creamos que los objetos visibles no son vistos fuera de nuestro cuerpo, que porque describe esos objetos como percepciones mentales tienen que ser, por lo tanto, ubicados en algún lugar del interior de nuestro cuerpo y que la ventana ante la cual estamos sentados no se encuentra más cerca que esa lejana estrella titilante. Intentar ubicar una casa dentro del óseo cráneo de un hombre es una tentativa inútil por parte de los que no han logrado entender esta doctrina, que, casi ni es necesario decirlo, está absolutamente exenta de expresión alguna de semejante absurdo. Ningún objeto material de semejante tamaño podría existir dentro de la cabeza material de un hombre. Creencias tan imposibles e improbables pertenecen a los anales de la locura y no a los de la filosofía oculta de la India. Esta última afirma enfáticamente que vemos los objetos, como las casas y los árboles, fuera de nuestro cuerpo y no dentro de él, y que todos esos objetos son indudablemente vistos a distancia de nosotros así como distanciados los unos de los otros.

Lo que afirma es que, como la percepción de los objetos es puramente mental, y como es imposible asignar ninguna ubicación espacial particular a la mente, resulta imposible, por consiguiente, decir que los objetos son vistos a distancia de la mente misma.

La noción de la existencia del cuerpo como separado de la mente, de la conciencia, es la falacia de moda sustentada por los materialistas. 'Invertir al cuerpo de las cualidades que deberían ser adscritas a la mente

es interpretar en forma extrañamente errónea toda experiencia. No tenemos derecho a tratar nuestro conocimiento de todos los objetos exteriores como si fuesen mentales y el de nuestro cuerpo como si fuese material. Tal distinción es ilógica e injustificable. Si fuera correcto decir que todo es conocido a través de la mente, sería cierto, no sólo para todos los objetos exteriores, sino también para nuestro propio cuerpo, con su cabeza, sus manos, su tronco, sus piernas y sus pies. También ellos son conocidos, por necesidad, mentalmente. No existe motivo alguno para pensar que constituyen una clase distinta de la de los objetos exteriores. Por lo tanto, tenemos que tratar al cuerpo exactamente del mismo modo que tratamos a todos los objetos y considerar nuestra conciencia de él sólo como la conciencia del pensamiento.

Tampoco debemos cometer el error de muchos novicios en este estudio, y de muchos críticos que lo desdennan, de imaginar que el cuerpo humano es conocido sólo a través del cuerpo, aunque los objetos que están fuera de él sean conocidos mentalmente. Nuestro cuerpo, con sus cinco instrumentos sensoriales —el ojo, el oído, la nariz, la lengua y la piel—, existe precisamente del mismo modo que una pared, en la medida en que existe como una idea de conciencia. Tenemos conocimiento de los instrumentos sensoriales mismos gracias a las sensaciones que derivan de ellos, y no de otro modo. Debido a que consiste en cierta forma, tamaño, color, etc. que nos son hechos conocer por la mente, todo el cuerpo —e incluso el cerebro físico— está tan dentro de la mente, y dependemos de ésta en tal medida para el conocimiento de su existencia, como dependemos de ella para el conocimiento de un muro de ladrillo.

El hecho es que la mayoría de los hombres confunden su piel con su mente. No entienden que la distancia que se extiende desde la superficie de su cuerpo hasta la cosa más cercana no es en modo alguno la que se extiende desde ésta hasta la mente. El error cardinal consiste en confundir la existencia extracorporal con la existencia extramental. La mente proyecta inconscientemente sus percepciones al espacio y luego contempla las cosas fabricadas por ella misma.

Resumamos estas afirmaciones aplicando un pequeño tratamiento analítico, una pequeña crítica corrosiva a esa palabra: "externo". Nadie ha visto jamás un objeto fuera de la mente, sino sólo fuera del cuerpo. Dejando a un lado el punto de vista práctico y hablando en términos filosóficos, es erróneo hablar de objetos "externos", porque incluso el cuerpo es conocido en definitiva como un pensamiento y es por lo tanto mental; de tal manera, nada es nunca realmente exterior. Hablar

de que un objeto está fuera del cuerpo es decir que está fuera de un pensamiento, o sea fuera de una cosa mental, o sea fuera de la mente — lo que es imposible. Los que usan la palabra "externo" tendrían que definir si quieren decir externo al cuerpo o a la mente. Porque si lo primero, entonces se ha demostrado que el cuerpo mismo es interno a la mente, de modo que los objetos mismos tienen que ser también internos a la mente. Y si lo segundo, entonces la noción de adentro y afuera es totalmente inaplicable. De ahí que no podamos decir con exactitud que nada es externo; sólo podemos decir que existe. La palabra contiene su propia contradicción. Pertenece a una jerga irracional y supersticiosa.

Desde los primeros comienzos de la conciencia cada objeto se presenta sin cesar a la mente como algo aparte e independiente. No sólo reconocemos una cosa, sino que la reconocemos como teniendo una forma y un tamaño especiales, como ubicada a cierta distancia de nuestro cuerpo y de las demás cosas. Reconocemos que existe en el espacio. La vemos espacialmente. Poseemos una inveterada convicción, por ejemplo, de que la pared está situada afuera, en el espacio, y sentimos que no nos atreveríamos a abandonar esta convicción sin perder la cordura.

Pero debemos empezar a encarar un extraño problema. Si ninguna sensación puede salir más allá de la periferia del cuerpo, puesto que se supone que toda sensación es el resultado interno de la operación de un instrumento sensorial corporal, ¿por qué percibimos el pensamiento terminado como una forma extendida en el espacio? Todos los objetos considerados exteriores tienen una relación espacial entre sí, ¿pero cómo nuestras ideas de ellos, que aparentemente son lo único que conocemos, pueden ser consideradas poseedoras de posiciones en el espacio? Si ya se ha demostrado que nuestros pensamientos u observaciones de esos objetos son en realidad nuestras experiencias de ellos, ¿por qué es que esa misma experiencia refuta nuestro razonamiento, ya que revela que los objetos están enteramente separados de nuestro cuerpo y fuera de él?

¿Cómo una imagen de la que se dice que es interior puede aparecernos como un objeto que es exterior y que posee características espaciales?

¿Cómo los colores, que son científicamente demostrables como interpretaciones ópticas, o sea que están dentro de los ojos, pueden asumir la forma de cosas exteriores independientes? El enigma, para decirlo en pocas palabras, consiste en explicar la conversión de una experiencia puramente mental en una experiencia aparentemente separada e independiente, y en explicar la proyección de una experiencia puramente interna sobre una exterior.

Para arrojar alguna luz sobre la respuesta a estas preguntas debemos hacer un prolongado examen científico de ciertos aspectos del proceso de percibir las cosas por medio de los sentidos. Existe cierto funcionamiento anómalo de los sentidos que parece de importancia trivial cuando se lo considera desde el punto de vista práctico, pero que en realidad ofrece un material único para el enfoque de un conocimiento más hondo del lugar que ocupan los sentidos y la mente en la observación del mundo. Esos errores peculiares de los sentidos, que llamamos ilusión, y esas misteriosas perturbaciones de la mente, que llamamos alucinación, proporcionan una interesante ilustración de un principio cuya gran importancia pasa generalmente inadvertida para la mente no científica o no filosófica. Sería un error menospreciar su valor instructivo por el solo hecho de su insignificancia práctica.

La experiencia de la ilusión tiene ciertos elementos en común con la experiencia constante y habitual, aunque parece burlarse sardónicamente de ella. El acto psicológico de percepción está presente en ambos casos, aunque las causas difieren. El proceso por medio del cual tenemos *conciencia* de una ilusión no puede ser distinto de la forma en que llegamos a la conciencia de una cosa común. Como acto de conciencia ambos son ciertamente iguales, aunque se diga que el uno es erróneo y el otro exacto.

La ciencia ha descubierto que el estudio de lo que es anormal arroja nueva luz sobre lo que es normal. Las perturbaciones del proceso psíquico y los defectos del mecanismo psicológico revelan a veces valiosas claves del funcionamiento de ambos o confirman los resultados previamente obtenidos por el examen científico y la reflexión pura. En consecuencia, cuando el mecanismo de la sensación está perturbado, como en las ilusiones, y cuando el estímulo físico es mal interpretado, entreveamos *cómo* funciona el mecanismo mismo. Una disección cuidadosa y sistemática de estas experiencias anormales proporciona valiosos indicios que ayudan a hacer más inteligibles los intrincados procesos de la percepción e iluminan más reveladoramente los respectivos papeles representados por la mente observadora, los sentidos observadores y el objeto observado. Por consiguiente el tema de la ilusión se encara aquí debido a su valor científico para explicar la experiencia sensorial.

Los intelectuales griegos como Aristóteles se inquietaron por la facilidad con que los hombres podían ser engañados por sus sentidos, pero los sabios indios como Gaudapada no sólo advirtieron ese hecho, sino que llevaron su investigación a la última etapa posible. Porque les inquietaba la facilidad con que los hombres podían ser engañados por

su mente. Todas las implicaciones del fenómeno de la ilusión —que toda filosofía digna de su nombre debería investigar— exigen, para ser captadas, una refinada sutileza de aprehensión que no se encuentra con mucha frecuencia en los occidentales. Las realizaciones de las razas arias ¹ en las esferas física y mental les dan derecho a una posición superior, pero la rama indoaria es la que, en proporción, ha producido la mayor cantidad de hombres cuya agudeza de concentración y sutileza de pensamiento se han combinado con un singular dominio de los deseos y egoísmos que podrían debilitar su meta indivisa de seguir a la filosofía. Cada aspecto de la ilusión y la alucinación ha sido minuciosamente estudiado por los sabios indios, porque tenían una inclinación mental científica y no aceptaban nada que no hubiese sido investigado ni verificado. Desdichadamente los sabios desaparecieron, su conocimiento se perdió en gran parte y la filosofía india degeneró, con el transcurso de los siglos, hasta convertirse en la hueca especulación balbuceante que llegó a ser en otros países.

Las ilusiones están relacionadas con un extraño factor de la percepción que habría debido poner hace tiempo a los espíritus occidentales investigadores en el camino correcto de la verdad psicológica, porque fué advertido hace miles de años por los sabios indios, quienes meditaron profundamente al respecto, si bien su significación no ha recibido una atención adecuada en Occidente. Y esto es lo que observamos sólo cuando le prestamos atención: que en medio de toda la multitud de experiencias retínicas seleccionamos sólo aquellas en las cuales estamos interesados. Así, podemos estar leyendo un libro mientras nos encontramos sentados en una habitación; o podemos estar en una oficina, ocupados en un trabajo que sea profundamente fascinante o de gran importancia. Un reloj puede dar dos veces la hora y sin embargo puede que no recordemos haber oído las campanadas, simplemente porque nuestra atención estaba altamente concentrada en la lectura o en el trabajo. Las impresiones se han llevado a cabo sobre el instrumento sensorial, las ondas sonoras golpearon el tímpano de los oídos sanos, pero, debido a la disociación de la atención, no son percibidas por nosotros, aunque son oídas por otras personas. Puede que estemos caminando por la calle y que un amigo, al pasar, nos salude. No obstante, si estamos sumidos en hondas reflexiones, no lo veremos ni le devolveremos el saludo. Vemos lo que queremos ver, más bien que lo que miramos. La conciencia se gradúa hasta llegar a la vaguedad e incluso

¹ El término se emplea sólo en su auténtico sentido científico.

hasta desaparecer, cuando no prestamos atención a lo que vemos, en tanto que, como compensación, ilumina vividamente el objeto al que se ha entregado el pensamiento en absoluta concentración.

Cuando se atiende alguna tarea tan completamente que ocupa la conciencia con exclusión de todo lo demás, pueden ocurrir acontecimientos o presentarse objetos a la mirada, y sin embargo escapar a la atención y pasar inadvertidos. Permanecen fuera del campo de la conciencia, aunque dentro del campo de la impresión sensorial. Lo que domina la mente decide qué es lo que será percibido: esta es una lección que es preciso aprender. Cuando la atención a las facultades "sensoriales está preocupada por las ideas de la ensoñación interior, queda bloqueado el camino hacia toda la actividad externa. Esto queda prácticamente ilustrado por el caso de los yoguis que se hunden totalmente en un estado de éxtasis o coma y luego quedan inconscientes y libres de dolor, cuando se les corta con cuchillos o se les sepulta bajo tierra. El factor mental de la atención desempeña un papel poderoso en lo que respecta a determinar el contenido de lo que percibimos. Cuanto más es dirigida la mente hacia una herida corporal, más intenso e intolerable se vuelve el dolor. Por otra parte, cuanto más se ocupa la mente de otro suceso, menos molestia se experimentará con la herida. Cuando el pensamiento vacila o desaparece por completo, podemos quedar ciegos a lo que se encuentra realmente presente ante nuestra vista.

Este hecho extraordinario, por sí solo, habría debido ser una clara insinuación de que el funcionamiento de la mente contribuye a la formación del mundo del que somos testigos y a la vez le saca algo. Tendría que haber sido una advertencia en el sentido de que el factor mental no puede ser omitido de ninguna explicación de la experiencia sensorial. Porque si la mente no colabora con los sentidos, no habrá experiencia consciente de ningún objeto exterior, por mucho que se cumplan las condiciones físicas; o, si coopera imperfectamente, entonces la experiencia se tornará menos clara y menos intensa en proporción. Resulta difícil tener conocimiento del grado de intervención mental, cuando nuestro estado normal no nos da evidencias del mismo. Podemos, sin embargo, abrigar la esperanza de lograrlo mediante la vigilancia de las experiencias anormales y de los acontecimientos poco corrientes que provocan, por así decirlo, desgarrones en el velo de la percepción. Ya se ha indicado que psicológicamente es un error separar las ilusiones de los hechos aceptados de la vida normal. Mediante el estudio analítico de desviaciones tan excepcionales del curso corriente de la Naturaleza obtenemos nuevos conocimientos de lo que tal curso

es en realidad. Si bien una ilusión es una falsa impresión sensorial, es, aun así, una impresión, no importa cómo surja.

Consideremos en primer lugar la clase de ilusiones que pertenecen a la Naturaleza. La consideración más elemental de esta cuestión produce una alarmante revelación. Tómese, por ejemplo, la silla común en la que está uno sentado. He ahí un objeto sólido, duro y tangible, hecho de una sustancia material natural que se llama madera. Esa es la verdad en punto de la silla, por lo que respecta a uno mismo. Vaya, sin embargo, al laboratorio de un hombre de ciencia. Que éste tome ese trozo de madera con el cual está construida la silla de usted y lo someta a su penetrante examen analítico. Lo reducirá sucesivamente a moléculas, átomos, electrones, protones y neutrones. Le dirá finalmente que la madera está compuesta de nada más sólido que una serie de radiaciones eléctricas, o, en lenguaje más sencillo, de electricidad. Y sin embargo, a despecho de conclusiones tan expertas, y desafiando lo que le dice la razón irrefutable, sus cinco sentidos continuarán diciéndole que la madera es algo sumamente sólido, precisamente lo contrario de lo que se imagina que es la energía eléctrica. ¿Significa esto que está usted experimentando una sorprendente ilusión, una ilusión más extraña que la proeza de cualquier prestidigitador? En rigor todo el planeta nos ofrece un curioso ejemplo de grandes masas de sustancias sólidas, líquidas y gaseosas que no son realmente lo que parecen. Porque, si la investigación científica no se ha engañado, son vientos arremolinados de energía eléctrica, o sea que las elevadas montañas, los ríos caudalosos, los mares encrespados y los verdes campos no están verdaderamente constituidos tal como los vemos. Su existencia es ciertamente innegable, pero su apariencia de "trozos de materia" es fundamentalmente ilusoria.

El estudio de la geografía científica moderna revela el hecho extraordinario de que millones de personas caminan en realidad por este globo con la cabeza suspendida hacia abajo y con los pies aferrándose a la tierra más bien que descansando en ella. Tal afirmación, tomada tal como aparece en la hoja impresa, es tan sorprendente, que el así llamado sentido común, cuando es opinión común poco instruida, se niega a creerla, aunque la aceptación de la forma globular de nuestro planeta no nos deja más alternativa que la de aceptar este nuevo descubrimiento, tan contradictorio de lo que nos dicen nuestros ojos. ¿Qué hombre habría conocido este hecho si los hombres de ciencia, hurgando constantemente, no lo hubieran averiguado y descubierto así que la creencia popular en cuanto la relación corporal humana con

la superficie de la tierra es puramente ilusoria? Esta sencilla ilustración puede ayudarnos a entender por qué los que insisten en aceptar el testimonio de sus impresiones sensoriales inmediatas como las únicas ciertas están incapacitados para la filosofía.

Cuando surge la luna llena, roja, resplandeciente, cerca del horizonte, adopta la forma de una enorme rueda de carro. Pero vemos la misma luna cuando está sobre nuestra cabeza, y se ha empequeñecido hasta tener el tamaño relativo de una moneda. ¿Qué apariencia hay que aceptar como la correcta? No hay que censurar a los ojos, porque la retina registra en ambos casos una imagen perfectamente exacta. La diferencia ocurre porque usted mide inconscientemente la luna que surge de pronto con la misma escala mediante la cual mide habitualmente las colinas, los árboles, las casas u otros objetos que también ocupan el horizonte, en tanto que por lo general, emplea otra escala para medir lo que está arriba, muy por encima de su cabeza. Así, el sol que se pone detrás del ramaje de un árbol familiar aparecerá enormemente agrandado, porque llena todo el espacio ocupado por las ramas. Uno establece una falsa norma de percepción mediante un hábito asentado, y luego juzga por ella el tamaño del sol o de la luna. ¿Pero dónde ocurre realmente ese error? No se produce en el objeto mismo ni en sus ojos. Sólo puede ocurrir en la mente de usted, porque es un error de interpretación, es decir, una *actividad mental*. El aparente agrandamiento del sol o de la luna está en realidad presente en la idea de usted.

Contemple el paisaje que se extiende ante usted por la mañana.

Puede que sus ojos no vean en el fondo otra cosa que una espesa niebla que llena el horizonte. Fotografía la niebla con la ayuda de una placa especial, sensible a los rayos infrarrojos. La cámara verá entonces lo que la vista sin ayuda no puede ver, porque registrará fielmente la imagen de una cordillera hasta entonces invisible, situada a treinta kilómetros de distancia. En forma similar, un espectroscopio sensible y una placa fotográfica revelarán la existencia de estrellas en un espacio aparentemente vacío, aun cuando un poderoso telescopio no logre revelarlas. El hecho de que ilusiones tan naturales existan y sean posibles es en sí mismo una crítica de nuestro conocimiento del mundo y de la validez de ese conocimiento. Si los sentidos pueden engañarnos en estos casos, ¿no es probable que nos engañen en otros casos que pasan desapercibidos? Estos ejemplos tendrían que darnos motivo, no tanto para desconfiar de los sentidos —porque no tienen directamente la culpa de estos errores—, sino

PAÚL BRUNTON

para desconfiar de nuestras interpretaciones de los informes proporcionados por los sentidos.

Sí, los sentidos pueden engañarnos. Un observador situado en un avión que desciende rápidamente ve que la tierra sube hacia él, y un viajero de un tren expreso ve que los postes telegráficos corren hacia atrás. Estos son errores visuales. Pero ayudan a ilustrar cómo funciona realmente el proceso de la visión. Porque dejan al descubierto un elemento de juicio, es decir, de contribución mental, en lo que parece ser el dictamen definitivo de los sentidos.

¿Por qué los últimos cien metros de una caminata de siete kilómetros parecen más largos que los primeros cien, cuando las impresiones producidas sobre los sentidos de la vista y el tacto son las mismas que antes, igualmente exactas? La respuesta es que los músculos fatigados han *sugerido* una serie distinta de sensaciones exageradas, que producen las ilusiones de movimiento magnificado y de duración alargada. Las sensaciones, es preciso recordarlo, son *mentales*. Entre usted en una habitación sumida en semipenumbra y deje que la luz de una ventanita caiga sobre una chaqueta de color verde. Contemple ésta a través de un trozo de vidrio rojo. Probablemente lo sobresalte el descubrir que se ha vuelto negra. Luego mire una prenda de vestir roja a través de un vidrio azul, y también le parecerá negra. Ponga una lamparilla eléctrica verde y mire una chaqueta azul a ojo desnudo. ¡También parecerá negra! O ponga una lamparilla roja y contemple una ramillete de primaveras amarillas. Las flores parecerán extrañas, porque tendrán un color rojo. Y es una experiencia común el descubrir que ciertos matices de tela que parecen verdes a la luz del día cambian su color al castaño con la luz artificial. Y la xantonina, una droga tóxica, cuando se la toma en cierta dosis, hace que muchas cosas parezcan amarillas. La clara implicación de tales ilusiones ópticas es que tiene que estar usted preparado para desconfiar, por lo menos no de sus sentidos, sino del funcionamiento de éstos. Porque son incapaces de actuar sin la mente.

Cuando contempla un trozo de tela verde durante un tiempo y luego se vuelve para mirar un retazo de tela gris, esta última adquiere un tinte rojo rosado. Las impresiones sensoriales del color gris no pueden haber cambiado. Lo que ha ocurrido es que la mente lo ha interpretado mal, porque las sensaciones actuales son relativas a las anteriores y son afectadas por éstas debido a que, en la formación de las imágenes de la experiencia, la mente trabaja con lo que recibe.

Vemos un magnífico arco iris que tiende su comba de la tierra al cielo. Pero el piloto de un avión que lo atravesase no verá absolutamente nada... ¡claro ejemplo de relatividad!

Los encantadores colores que tiñen el cielo al amanecer son en parte la consecuencia del polvo atmosférico y del vapor de agua disperso en el aire. Y sin embargo no vemos el polvo ni el vapor, y superponemos los colores sobre el espacio que llenan aquéllos. Cuando las gotas de agua son lo suficientemente grandes para descomponer la luz en los colores del espectro, percibimos un hermoso arco iris. Cuando se reúnen en forma de masas de nubes, son radiantemente blancas si reflejan los rayos del sol en los ojos de uno, y lúgubremente grises o negras si están colocadas de tal modo que no puedan hacerlo. En medio de todas estas alteraciones de brillante colorido o de tétrico encubrimiento, la luz no cambia por cierto de naturaleza; sigue siendo una y la misma, aunque *parece* distinta para distintos observadores en diferentes momentos. De tal modo, el vasto dosel del cielo es con frecuencia una gigantesca ilusión de color y enseña a las mentes desaprensivas de los hombres a tener cuidado con lo que ven, a reflexionar acerca de la relatividad de todas las cosas y a captar la gran diferencia que existe entre *parecer* y *ser*.

Mire dentro de un vaso de agua limpia. Sus ojos le dirán que es absolutamente pura. Examine la misma agua al microscopio y verá que en ella pululan incontables animálculos. La lechuga puede ser escurpulosamente lavada y parecer tentadoramente limpia, pero, una vez más, el microscopio descubre que está llena de bacterias. En ambos casos, los sentidos desnudos no han logrado decirle la verdad, y además lo han llevado a una ilusión equívoca.

Cuando en un vaso lleno de agua se sumerge parcialmente una varilla, parecerá quebrado en el lugar en que toca la superficie del agua, de manera que la parte inferior dará la impresión de estar levantada y apartada de la línea recta. En este caso la experiencia visual proporciona una información definidamente inexacta acerca de la forma de la varilla, e insistirá en hacerlo, por perfectos que sean sus ojos y por más frecuentemente que sea mirada la varilla.

He aquí un poste telegráfico de madera. Si empleamos una vara de medir veremos que tiene diez metros de altura. Si nos alejamos un tanto de él y volvemos a mirarlo veremos que parece algo más pequeño. Y si nos alejamos mucho más en la misma dirección y lo contemplamos otra vez, la altura parecerá haberse reducido a un par de metros. ¿Acaso el poste es esa estaca pequeña que vemos ahora? ¿Es el objeto

que tan clara y convincentemente tenía diez metros cuando lo medimos? He ahí tres distintas alturas que el poste *parece tener*. ¿Cuál de ellas representa la altura real, en cuanto distinta de las alturas aparentes? Si replicamos que sólo la altura medida es la correcta, debemos explicar entonces por qué un metro de medir tiene que tener más privilegios que un hombre y por qué el concepto matemático, es decir, la idea de "diez metros" tiene más derecho a la precedencia sobre la otra idea, "un metro", que surge cuando nos encontramos a considerable distancia del poste. Y esto no es todo, porque tendremos que explicar por qué el metro de medir —que es simplemente un trozo de madera— tiene que ser investido de una longitud cierta cuando existe tal incertidumbre en cuanto al poste telegráfico, que es también un trozo de madera. Porque es evidente que, estemos junto al poste o a cien metros de distancia de él, lo que vemos en ambos casos es solamente el objeto tal como aparece ante nosotros.

Este punto ha sido estudiado en nuestro análisis científico de la relatividad, en un capítulo anterior. Plantea serias y sobrecogedoras dudas. ¿Es el poste una cosa y otra lo que vemos? ¿Vemos las cosas tales como realmente son, o sólo como aparecen ante nosotros? Si lo último, ¿estamos condenados a percibir solamente la apariencia y nunca la realidad? Las respuestas a estas preguntas comienzan a revelarse ahora, gracias a nuestro estudio del proceso perceptivo. Porque hemos empezado a saber que lo que en realidad vemos son las imágenes formadas por nuestra mente. Ya sean formadas subconsciente o conscientemente, no son otra cosa que imágenes mentales, pensamientos. Todas las apariencias de los postes o las varillas no son más que revelaciones de nuestra mente. Vemos nuestros pensamientos de las cosas, no las cosas mismas. La cuestión de cuál es la realidad que existe detrás de esas apariencias, de cuál es el objeto real que produce los pensamientos acerca de él, es demasiado avanzada para ser encarada aquí, y será considerada más adelante.

Lo que rige para la vista puede regir también para los demás sentidos. Hay ilusiones táctiles, por ejemplo. Tómense tres tazas de agua, respectivamente fría, tibia y tan caliente como pueda soportarse. Ponga la mano izquierda en el agua caliente y al mismo tiempo hunda la derecha en el agua fría. Manténgalas así durante dos o tres minutos. Luego sáquelas rápidamente, sacuda las gotas sobrantes y hunda ambas manos en el agua tibia. ¡La mano izquierda la sentirá fría, pero a la derecha le parecerá caliente! El sentido del tacto de cada mano estará en contradicción con el de la otra, porque calculará distintas

temperaturas para la misma agua. El que la misma agua sea a la vez caliente y fría no es solamente una clara discrepancia entre ambos informes sensoriales, sino también un sorprendente ejemplo de cómo las sensaciones actuales *dependen* de las anteriores y de cómo lo que sentimos en realidad *es* en parte una proyección de la experiencia pasada, proyección realizada por la memoria.

Déjese una pala afuera durante una noche de helada. Tómesela a la mañana siguiente. El mango de madera parecerá frío, pero la parte metálica se sentirá intensamente fría. Por lo tanto el tacto hablará de notables diferencias de temperatura entre ambas partes de la misma pala. ¡Mídaselas, sin embargo, con un termómetro, y se descubrirá que ambas partes registran el mismo grado de frío! ¡Esto en lo que respecta a los peligros de confiar en la exactitud *de lo que experimentamos* !

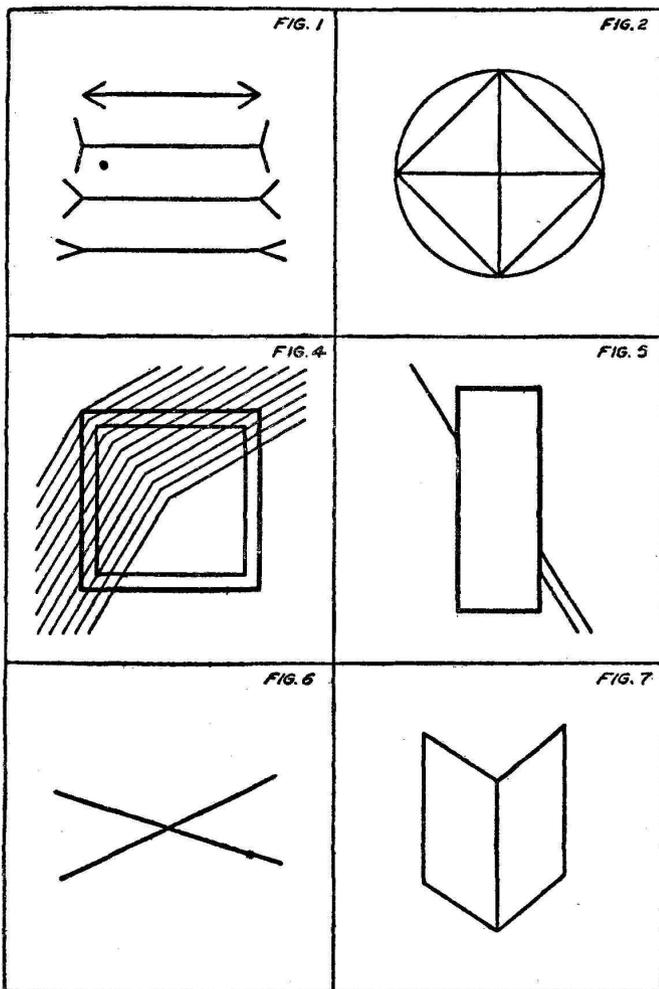
LAS ILUSIONES DE LA GEOMETRÍA. Consideremos ahora una clase distinta de ilusiones: las que ha creado artificialmente el hombre. Existen interesantes ejemplos de ilusiones geométricas conocidas de los estudiantes de física, fisiología y psicología. La *Figura 1* muestra cuatro líneas horizontales de longitud aparentemente desigual, cada una de ellas limitada por cortas líneas oblicuas dirigidas hacia adentro o hacia afuera. ¿Qué línea le parece a usted la más larga? ¡Mídalas con una regla y descubrirá que todas son iguales! La primera línea parece la más corta porque el ojo ubica su extremo en alguna parte de la cabeza de la flecha y no la sigue hasta el final. Las otras líneas parecen asimismo desiguales porque uno no las aísla unas de otras. Las imágenes retínicas de las cuatro líneas tienen que ser, sin embargo, del mismo tamaño. De manera que si vemos las líneas como si fuesen desiguales, no tenemos que culpar a los ojos, sino al juicio. Esto significa que existe un factor mental funcionando en lo que vemos, y que dicho factor mental es lo suficientemente potente para hacernos ver lo que quiere, aun cuando, como en este caso, se equivoque y presente las cosas erróneamente, es decir, aunque construya una imagen equivocada.

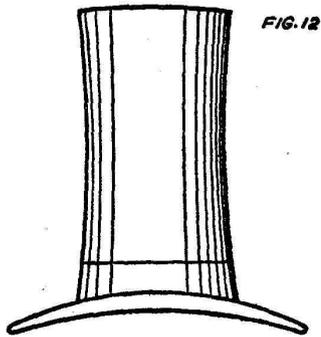
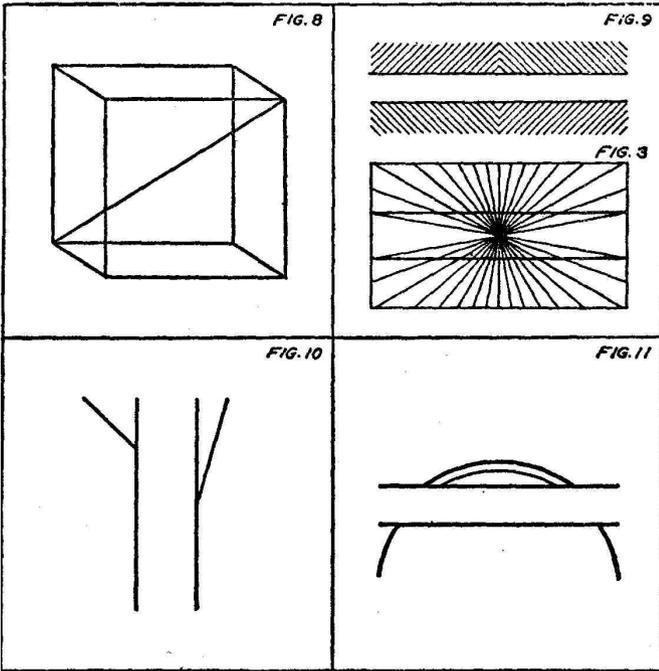
La *Figura 2* muestra un círculo que parece ser asimétrico y achatado en cuatro puntos: los de las esquinas del cuadrado. ¡Pruébeselo con un compás y se verá que es perfecto! La *Figura 3* muestra dos líneas largas cruzando a varias líneas cortas y dando la impresión de estar curvadas en el centro, donde las intersecciones son más próximas y más numerosas. ¡En rigor son rectas y paralelas! He aquí dos líneas

perfectamente paralelas, y sin embargo, mediante la simple inserción de unos trazos cruzados, la mayoría de los observadores creerán que dan la impresión de ser convergentes. Se trata de una ilusión de dirección. La *Figura 4* muestra aparentemente el contorno de una figura cuadrilátera irregular, alargada, cortada por muchas líneas paralelas. Pero si usted la acepta como tal se habrá equivocado, ¡porque en realidad es un cuadrado perfecto! La *Figura 5* proporciona un acertijo. ¿Cuál de las líneas dobles del lado derecho del rectángulo continúa la línea oblicua del lado izquierdo? La mayoría pensará que la línea superior. Utilice una regla recta y quedará claramente demostrado el error.

Contemple fijamente la *Figura 6*. A veces aparecerá como un dibujo chato, una intersección de dos líneas en ángulo agudo, pero en otras ocasiones se alejará de la vista y aparecerá como un objeto sólido, una cruz en ángulo recto, colocada en el suelo, a la que se contempla oblicuamente desde arriba. Cierre un ojo y mire durante un rato la *Figura 7*. ¡A veces parecerá una hoja de papel plegado vista desde afuera, y otras la misma hoja vista desde adentro, con el pliegue hacia atrás

La ilustración no sombreada de la *Figura 8* es más ambigua y complicada que cualesquiera de las otras. Uno se ve ante un cubo transparente. Al principio mostrará una de sus superficies más cerca del ojo, pero una atención continuada bastará para invertir la experiencia y hacer que la otra superficie aparezca en primer plano. La superficie originaria parecerá entonces haber retrocedido hacia el fondo y dará la impresión de que se la ve a través del cuerpo del cubo. Esto convertirá el cubo chato y transparente en uno sólido y opaco. Cuando se lo contempla fijamente, el cubo cambia alternativamente de posición, de momento a momento. La consecuencia es que las distintas esquinas de la figura serán llevadas hacia adelante por turno. Es importante advertir que la interpretación invertida poseerá toda la fuerza de una percepción cotidiana corriente. Uno comienza a ver, no lo que el artista ha dibujado con tinta negra sobre papel blanco, sino lo que la propia mente ha imaginado, es decir construido, a partir de su experiencia anterior de figuras similares o relacionadas. Las impresiones reales producidas por esas sencillas líneas sobre la sensible retina de nuestros ojos son perfectamente correctas, como ha quedado demostrado en los casos en que se tomaron fotografías de imágenes retínicas mediante el empleo de ingeniosos métodos, y revelan que no ha ocurrido ningún cambio en ellas. Ello no obstante, la figura de que uno tiene conciencia no es simplemente un compuesto de esas sensaciones, **sino**





una sensación enteramente recreada. Esta experiencia demuestra claramente que la mente misma puede contribuir en gran medida a lo que percibe. La figura ilusoria que se ve intermitentemente es consecuencia directa de un trabajo *mental* subconsciente con los materiales ofrecidos por el dibujo del artista, porque dicho dibujo permanece inmutable.

La *Figura 9* debe ser contemplada con el libro inclinado. ¡Las líneas horizontales casi no parecerán paralelas, pero lo son! Y cuando la ilustración de la *Figura 10* es ubicada en el campo visual, las líneas oblicuas se encontrarán exactamente en el mismo punto de la vertical de la derecha, ¡aunque el ojo lo lleve a uno, casi invariable y equivocadamente, a la creencia de que no se encuentran en ese punto! Las impresiones sensoriales son válidas, pero no lo es el juicio que la mente se forma inconscientemente de ellas. Las impresiones de los ojos están libres de reproche, pero no así las impresiones de la mente.

Sólo hace falta una mirada momentánea para convencernos enfáticamente de que el arco superior de la *Figura 11* continúa la curva que comienza y termina por debajo de la horizontal inferior. Pero tómese un compás y se verá cuan engañosa puede ser la sencilla facultad de la vista. ¡Porque la verdadera continuación de la curva es el arco concéntrico inferior! La *Figura 12* es una excelente ilustración de una ilusión que persiste a despecho de su corrección consciente después de haber sido descubierta. No importa con cuánta frecuencia y durante cuánto tiempo contemple uno la figura, ni cuánto se familiarice uno con ella, difícilmente podrá dejar de verla como si poseyera el mismo carácter ilusorio que poseía el primer día que la vio. He aquí la representación de un sombrero de copa cuya altura parece ser mayor que su ancho. ¡Parece increíble, pero la medición demostrará que las dimensiones verticales y horizontales son iguales! Los instrumentos de la visión no se han equivocado, porque la retina registra sólo lo que recibe. Lo que está equivocado es el juicio formado en punto de las impresiones recibidas, es decir, la mente.

Sería un grosero error desechar todos estos efectos ilusorios como curiosidades geométricas carentes de importancia. Son tutores psicológicos. Poseen una profunda significación porque proporcionan claves especiales para elucidar correctamente las fases más avanzada del proceso de la percepción. Demuestran que la interpretación mental se mezcla a la impresión fisiológica, y en la confusión subsiguiente resulta fácil percibir la imagen mental proyectada como superpuesta a la imagen impresa. Podemos ver como un hecho lo que la mente percibe, pero no necesariamente lo que los sentidos nos dicen. ¡Cuan difícil, pues, vindi

car la validez de una clase de cosas vistas contra otra! De tal manera, las falacias de la visión arrojan luz sobre la visión normal misma. Cuando vemos una figura geométrica distinta de la forma en que ha sido realmente dibujada, estamos viendo en realidad una producción que la mente ha transferido de sí misma a la figura. Esta es la ley psicológica que se encuentra en la raíz de la ilusión.

Es necesario hacer notar otro punto en cuanto al mecanismo de estas ilusiones. Una observación continuada no conduce a una mejor observación. Aun cuando uno continúe fijando deliberadamente la atención sobre las ilusiones, no logra eliminarlas. Siguen existiendo y no se las puede hacer desaparecer. Pueden ser ilusiones, pero son ilusiones obstinadas y pintorescas. No se puede uno librar de ellas con sólo pensar. ¡No importa hasta qué punto se familiarice uno con el mismo diagrama, distintas interpretaciones de su forma fluctúan ante los ojos, aunque la razón le diga que ha sido fijado en el papel por la tinta de imprenta! ¿Qué implica esta empeñada persistencia? ¿Cómo se puede explicar este extraño hecho? Si tiene algún significado, es el de que los errores de observación, es decir, los resultados de *procesos que se llevan a cabo dentro del cuerpo y la mente del propio observador*, ¡pueden ser proyectados por él hasta el punto de parecer físicamente *fuera* de las cosas! Porque las formas ilusorias que adoptan los dibujos no tienen realidad objetiva fuera de la mente que las percibe. *Por lo tanto es preciso estar dispuesto a aceptar, si es necesario, la sorprendente idea de que las impresiones visuales de "exterioridad" de una cosa pueden ser una interpretación absolutamente errónea de esas impresiones.* Porque las tretas de los sentidos comienzan a aparecer como triunfos de la mente.

PROYECCIONES MENTALES. Llegamos ahora a una tercera clase de ilusiones, que pueden parecer sencillas pero que en realidad poseen serias implicaciones. Hace una veintena de años se había popularizado en los lugares de diversión una máquina llamada vitascope. Se ponía una moneda en la ranura y se hacía girar una manivela, y entonces se veía una película, breve pero plausible, a través de un ventanillo. La ilusión de movimiento continuo se lograba gracias a una serie de fotografías montadas sobre cartón, que aparecían una detrás de la otra mediante la rotación mecánica de la manivela. Un desarrollo posterior de la misma ilusión es proporcionado en la actualidad por el cinematógrafo. En este caso se trata de una serie de fotografías individuales estáticas, proyectadas sobre una pantalla, pero debido a la veloz sucesión con que se ' las muestra, parecen en realidad cuadros móviles.

¿Dónde está la continuidad de movimiento que el espectador ve en tal película? ¿En la película misma? No, no puede ser, porque se trata nada más que de una serie prolongada de fotografías fijas. En consecuencia debe ser realmente el resultado de algún proceso que ocurre en los ojos y en la mente del espectador mismo.

Si se hace girar rápidamente una antorcha encendida en la oscuridad, haciéndole describir un 8, el observador que esté a cierta distancia verá la figura como una forma fija, continuada y completa. De tal manera, en la fracción de segundo en que la antorcha está en realidad en el punto de cruce de las dos elipses de la figura, el observador ya verá en otro lugar, como si formara las curvas inferior y superior de dicha figura. La explicación científica de esto es que, como en el caso de la película cinematográfica, la aparición de la figura depende de la persistencia de la imagen retínica en el ojo más allá de la fracción de momento en que realmente percibió la figura misma. La ciencia ha averiguado experimentalmente que una impresión sensorial puede persistir durante un tiempo, incluso después de que el estímulo original ha desaparecido. La imagen resultante se llama "imagen posterior". La reacción de los centros nerviosos retínicos tiene mayor duración que el estímulo mismo y tiene una existencia posterior independiente.

Es necesario mirar un poco más gravemente, penetrar un poco más hondo, en este caso. El ojo es como una cámara fotográfica y registra fielmente todo lo que ve. Es incluso superior a una cámara fotográfica, porque los necesarios ajustes de foco, etc., se hacen por lo general automáticamente. En consecuencia sólo puede registrar, en el caso del 8, una serie de imágenes individuales de *puntos* de luz. Los registros se suceden unos a otros a tanto velocidad, que el cerebro no puede aprehenderlos por separado con suficiente rapidez. Por consiguiente funde la multitud de impresiones visuales en una sola sensación y se aferra a la imagen de un 8 centelleante que se forma así. Sólo este último es captado por la mente. *De tal manera, la mente continúa viendo lo que virtualmente es su propia creación.*

Es preciso tener en cuenta aquí dos etapas. En primer lugar, las variadas posiciones de la llama de la antorcha, a medida que ésta gira, se presentan a los sentidos y son inmediatamente registradas como lo que son. En segundo lugar, las impresiones sensoriales son trasmitidas por el nervio óptico al cerebro, con tanta rapidez, que éste es incapaz de aprehenderlas individualmente. De modo que las recibe indiscriminadamente como un 8 en apariencia continuo. Este es entonces mentalmente visto y aceptado como indudablemente real. Nada que no sea

una atenta investigación puede eliminar el error y corregir la falsa percepción.

Es sumamente importante entender que la figura no existe físicamente cuando parece ser vista. ¿Dónde se la ve en realidad? Sólo puede ser percibida por la mente como una de sus propias imágenes, porque está relacionada con el observador mismo, no con la antorcha. Y más importante aún es entender que es vista *fuera* del cuerpo del observador, aunque en realidad está *dentro* de su mente. Ante sus sentidos corporales aparece como una presentación "dada". Y sin embargo la figura iluminada es, en fin de cuentas, no más que una construcción intelectual. El observador no tiene conciencia en ese momento de haber construido mentalmente la figura, ni tiene conciencia luego de lo que ha hecho. Lo que es más, aun cuando se entere de que la figura es simplemente una ilusión óptica, *continúa viendo su forma ilusoria*. De tal manera el engaño persiste, a pesar del hecho de que ahora se lo entiende como tal. Semejante proeza parece casi contradictoria en sí misma. Es, sin embargo, una contradicción de lo concebible, no de lo inconcebible—como un cuadrado redondo—, ni de lo fantástico, como una cabra con cabeza de león. Sigue siendo algo que se burla de la creencia del hombre y destroza violentamente su idea convencional de que lo que ve es real y necesariamente tal como lo ve. Y sugiere fuertemente que lo que en cualquier otra parte toma como una observación válida podría no ser más que mera credulidad.

Considérese el caso de una ilusión más significativa aun, perteneciente a la misma familia. ¿Con cuánta frecuencia, en cierto momento del crepúsculo vespertino, cuando las estrellas no han aparecido aún, el viajero solitario de las selvas orientales confunde el pardo tocón de un árbol del costado del camino con un animal salvaje agazapado, a punto de saltar sobre él?

*.. En medio de la noche, en un bosque tenebroso,
la imaginación hace del arbusto un oso,*

dice el poeta. ¿Y cuan a menudo la solitaria mata deshojada, situada al borde del camino, con un par de desnudas y cortas ramas horizontales balanceándose en el viento cuando el mismo viajero solitario se acerca a ella, no parece ser un amenazante salteador que aguardara, emboscado? El viajero advierte de pronto la figura, en la semioscuridad, y retrocede atemorizado, oyendo sospechosos movimientos en los inocentes sonidos susurrantes, y sin embargo no percibe nada más que un juego

contrastante de luz que agoniza y de la oscuridad que avanza actuando como fondo de la imaginaria figura de un hombre vivo, sobrepuesta a un arbusto inanimado.

La atención insuficiente o dividida, la preocupación mental o el juicio incorrecto, la visión defectuosa o la vaguedad de la luz, explican, puede decirse, por qué ve un salteador y no un arbusto. Pero esto, sin embargo, no explica la significación más honda de la ilusión, a saber, por qué ve exteriormente una imagen que existe en los sentidos o en la mente. Porque es evidente que no puede decirse que la ilusión resida en el objeto mismo. Tampoco puede estar en los ojos" solamente, pues éstos, en fin de cuentas, no son más que un aparato fotográfico natural. Pueden registrar sólo lo que está físicamente presente. Por lo tanto, únicamente puede tratarse de algo impuesto por la imaginación sobre el objeto. Es ahí, cuando la facultad interpretadora de la mente se pone a trabajar con los datos exactos proporcionados por los sentidos, que aparece la posibilidad de la falsa interpretación, y así se crean las ilusiones. Es psicológicamente imposible distinguir una imagen errónea de una correcta, porque ambas son experiencias personales íntimas. De ahí que podamos creer que hemos observado algo cuando, sin embargo, no hemos hecho nada por el estilo. Los recuerdos que brotan de las esperanzas pasadas o personales de lo que debería ocurrir pueden inclinarnos a *esperar* que la misma cosa vuelva a suceder, aun cuando no exista. Bajo tal preocupación mental, tendemos a suponer su presencia. De tal manera, los ojos son engañados porque la idea es defectuosa.

Si la ilusión es producida por la propia mente del hombre, no hay que buscar entonces el sustrato de la misma en el arbusto susurrante, sino en el hombre mismo. El salteador confundido con una maleza es en definitiva peculiar del observador; es una parte de él. Cuando se la analiza atentamente, la cosa ilusoria deja de ser externa y se convierte en algo interior de su mente. La mente se ha colocado en un marco de vivida expectativa y de intensa anticipación, que mediante un temor morbido o una cobarde timidez ha moldeado la imagen que percibe. Las impresiones que ha recibido del arbusto pueden tener un mínimo parecido con el salteador, pero eso le basta a la mente para captarlo y convertirlo en un percepto ilusorio que falsifica el acto de ver, no porque el temor y la sospecha llenen los ojos físicos del hombre, sino porque llenan su mente. La interpretación errónea de la escena y del sonido es mental. La fuerza de la sugestión en la ilusión del salteador es tan potente, que superpone una creación mental sobre la cosa física registrada por el instrumento sensorial. La imagen que debería ser la consecuencia

normal de tal registro es desplazada por otra que ocupa su lugar como objeto percibido. Por consiguiente, una ficción de la imaginación desplaza parte de un acto físico: la forma del arbusto se funde con la forma del saltador.

Estas afirmaciones provocan un interrogante. ¿Cuál es la diferencia práctica entre un verdadero saltador visto en otra parte y ese saltador ilusorio? En ambos casos el viajero aterrorizado cree realmente haber visto a un saltador. Y sin embargo en uno de los casos ha visto solamente un arbusto que hace las veces de saltador. Sus ojos no pueden haber registrado más que las impresiones del arbusto, porque una cámara colocada en el mismo lugar y usando la nueva clase de películas ultrasensibles a las imágenes, aun en la oscuridad, habría fotografiado un arbusto y nada más. Sabemos que el ojo está construido en realidad como una cámara fotográfica. Por lo tanto la imagen del saltador debe de haber existido en otra parte, ya que no existió en los ojos mismos. Y el único otro lugar donde puede haber existido es la mente. Esta, entonces, debe de poseer el sorprendente poder de fabricar imágenes que se parecen notablemente a los perceptos corrientes así como la asombrosa capacidad de lanzarlas en apariencia hacia afuera, al espacio.

¿Debemos enarcar las cejas, asombrados ante estas frases, o tenemos que pasarlas simplemente por alto con un tremendo bufido despectivo? ¿Vacilaremos en admitir que la mente posee el poder de emitir y retirar imágenes que son vistas exteriormente al cuerpo? Porque esto indicaría que los hombres poseen inconscientemente una especie de poder mágico. Pero decir tal cosa, ¿no es una herejía? Bien, seamos audaces y admitamos que no sabemos qué límites hay que poner a las facultades de la mente; éste es un misterio ineluctable, y cosas más extrañas aún han sido registradas en los anales de la psicología anormal, cosas que superan lo no familiar y desconciertan continuamente al investigador. ¡O si esto no es de nuestro gusto, convengamos en llamar a la posibilidad de objetivar una imagen mental, no potencia mental, sino defecto mental! Esto, sin embargo, no suprimirá el hecho de que es algo universal, y por lo tanto debemos estar todos preparados a sospechar lo que nos presentan los sentidos y la mente. Esta es la alarmante implicación de la inatacable lógica de estos hechos. Porque abre las más extrañas posibilidades. Si un solo objeto ilusorio puede ser percibido de ese modo, ¿por qué no sería posible percibir también dentro del yo toda una escala universal de objetos ilusorios?

Debemos tratar de asimilar a nuestra visión del mundo y a nuestra visión del hombre mismo todos estos luminosos descubrimientos.

Debemos convertirnos en valientes iconoclastas y negarnos a seguir siendo idólatras intelectuales. No tenemos que temer seguir estos pensamientos hasta sus conclusiones lógicas, si queremos extraer alguna sabiduría de estos estudios. ¿Acaso la estabilidad inmutable de la tierra no es más que un espectáculo engañoso, un flagrante error de sensación, una experiencia visual y táctil que la razón rechaza audazmente, ya que es fácil demostrar que el globo está en perpetuo movimiento?

Existen dos clases de ilusiones: las que nos engañan acerca de lo que vemos físicamente y las que nos engañan haciéndonos ver algo que no está fundado en ningún estímulo físico. La segunda clase se llama *alucinación* y es un error del pensamiento solamente, en tanto que la primera es un error causado imponiendo una imagen mental sobre un objeto físico.

Las sensaciones sugieren la presencia de un objeto exterior, pero cuando las sensaciones surgen en ausencia de tal objeto tenemos un caso de alucinación. La alucinación de los sentidos superiores, o sea la vista y el oído, son las más corrientes. Una alucinación puede ser considerada una ilusión que no tiene una base físicamente objetiva. La ilusión se acerca al grado de alucinación cuando no hay nada físicamente presente ante los sentidos corporales que la justifique. Si un hombre ve vividamente algo donde no hay nada que justifique lo que ha visto, está bajo una alucinación, en tanto que si hay alguna base física, por leve que sea, para su percepción, entonces está bajo una ilusión.

Es común considerar que las alucinaciones ocurren sólo entre los desequilibrados mentales y los enfermos cerebrales. Este halagador error surge porque precisamente en tales círculos se dan las formas más notables y penosas de la alucinación. Pero, aparte de esos casos patológicos, es sin embargo cierto que la experiencia cotidiana en el terreno de la política, de los negocios y de la sociedad demuestra que numerosos individuos, aparentemente normales y cuerdos en todo otro sentido, son víctimas de alucinaciones privadas, en uno u otro momento de su vida. Las raíces de la falsa percepción y de la sensación ilusoria residen precisamente allí donde se encuentran las raíces de la percepción correcta y de la sensación normal: en la mente. Desde el punto de vista de la psicología no hay una antítesis entre las alucinaciones de los locos y las ilusiones de los cuerdos. Se considera que ambas están íntimamente relacionadas en el fondo, al punto que una clase pasa, en gradación imperceptible, a convertirse en la otra. Una alucinación es la enérgica convicción de que existe algo que en realidad no existe. El insano, el delirante y el afiebrado son atacados por animales feroces u oyen voces

PAÚL BRUNTON

extrañas que, evidentemente, sólo existen en la imaginación del paciente. El hecho de que puedan surgir alucinaciones de fuentes tan anormales como la enfermedad, el agotamiento y las drogas y no disminuye el valor de aquéllas para ayudar a entender los procesos normales de la percepción.

Hubo una vez un pintor que después de una sesión podía evocar el rostro, la forma y el vestido de los modelos, con tan vivida exactitud, que de tanto en tanto lanzaba una mirada al modelo imaginado a fin de compararlo (o compararla) con el cuadro mientras trabajaba. Al cabo se convenció de que esas personas imaginadas eran tan reales como las de carne y hueso. Y entonces una sabia civilización recompensó su notable desarrollo de la facultad imaginativa con un largo período de internación en una casa de orates. Evidentemente sufría de alucinaciones, pero su caso era sumamente instructivo para los humildes. Porque un proceso como ese, que se salía de los carriles habituales, hacia posible el enfoque del estudio del funcionamiento mental en una medida que de otra manera habría resultado imposible.

La significación de semejante alucinación reside en el hecho de que indica que la mente, sin ninguna ayuda exterior, posee el poder de proyectar convincentes imágenes que no tienen estímulos físicos correspondientes y que son tomadas por percepciones. Tales imágenes poseen también la capacidad de repetirse o de persistir. La confusión de identidad hecha por maniáticos que creen ser Napoleón, etc., revela el poder que tiene una idea dominante de crear impresiones sensoriales erróneas. Cuando la mente es dominada por una preconcepción fija de esta clase, aumenta la posibilidad de caer víctima de una ilusión o una alucinación. Comenzamos a ver lo que esperamos ver. La alucinación tiene una realidad no menos convincente que la experiencia con bases físicas. Sin embargo, si estamos dispuestos a ser pacientes y carentes de prejuicios mientras hacemos un análisis más profundo de lo que el hábito permite por lo general, el examen demostrará que las mismas características pueden ser encontradas en todas las demás imágenes mentales, ya se trate de reproducciones de la fantasía o de los productos del sueño. Porque los objetos imaginados serán duros al tacto de un dedo imaginado, y los paisajes del sueño aparecerán dibujados y coloreados ante los ojos del sueño. Empero, si establecemos una norma equivocada y exigimos que las cosas imaginadas se sometan a pruebas físicas, estaremos mezclando nuestros planos de referencia y confundiendo nuestras escalas de dimensión. Debemos ser justos. ¡Porque la réplica a tal injusticia sería la exigencia de que nuestras cosas físicas fuesen puestas a prueba por las

normas de los sueños! El sentido de exterioridad de nuestra visión del mundo físico parece inexpugnable. Pero cierre los ojos, atranque todas las puertas de los órganos sensoriales exteriores durante el sueño y he ahí que en el sueño encontrará un mundo tan vividamente externo como el mundo físico. Esto revela el carácter mental del sentimiento de externalidad. La existencia de la ensoñación abstracta y la experiencia del sueño proporciona evidencia de este poder de proyectar imágenes mentales al espacio y de impregnarlas con la fuerza de la realidad. Debemos dejar perfectamente aclarado ante nosotros mismos que los procesos de la conciencia son tan sorprendentes, que las imágenes mentales pueden aparecérsese objetivamente al cuerpo. El hipnotismo lo demuestra, el sueño lo ilustra y los fenómenos de la ilusión lo prueban absolutamente.

La diferencia de contenido entre una alucinación y un sueño, desde el punto de vista psicológico, es inexistente. Considérese por un momento cómo la imaginería que no tiene absolutamente ninguna base objetiva crea, durante el sueño, estados anormales como la hipnosis y la insanía a partir de percepciones que no se diferencian en modo alguno y no son distinguibles de las vistas en los casos en que tienen base física. Una persona hipnotizada puede observar con facilidad lo que el hipnotizador le sugiere que tiene ante sí, en tanto que, por otra parte, puede dejar de observar un objeto que tenga delante, si el operador le hace la sugestión contraria. Si se le sugiere que está oliendo pimienta, puede llegar a estornudar violentamente, aunque no haya pimienta ante él en ese momento. Y los místicos que se concentran excesivamente en una imagen especial, durante la meditación, descubren, con el tiempo, que dicha imagen adquiere la vivida inmediatez y la dolorida realidad de un percepto físicamente estimulado.

La lección revolucionaria de la alucinación y la ilusión es la de que las cosas y las personas vistas fuera del cuerpo de uno y poseedoras solamente de existencia mental, son vistas objetivamente como cosas y personas que tienen existencia física. Necesitamos urgentemente esta lección, porque todos somos equipados por la Naturaleza y la herencia con una tendencia a creer falsamente que todo lo visto fuera del cuerpo tiene que estar, en consecuencia, fuera de la mente, y que los productos de la conciencia pura sólo pueden ser experimentados interiormente, dentro del cuerpo, es decir, dentro de la cabeza. Estaría bien despedir para siempre una doctrina tan gastada.

Hemos aprendido que un grupo de imágenes puede aparecer dentro del campo de la conciencia y al mismo tiempo parecer como si

estuvieran fuera de uno mismo. Se ha demostrado suficientemente que la mente puede, en efecto, sacar sus imágenes fuera del cuerpo — el análisis de las ilusiones por sí solo nos ha revelado este hecho sorprendente. Las ilusiones muestran que podemos percibir lo que no está en nuestra sensación físicamente derivada de un objeto, en tanto que el vagabundeo mental falto de atención muestra que no podemos percibir todo lo que nuestras sensaciones físicamente derivadas nos dicen sobre un objeto. Por lo general la transformación de simples impresiones sensoriales en perceptos completos es instantánea, y por lo tanto indistinguible de la autoobservación. Todo el movimiento fisiológico y psicológico ocurre con velocidad tan calidoscópica, que nadie puede distinguir las dos etapas. Esta es una de las importantes razones de que el estudio de los errores de sensación y las alucinaciones de la mente sea de tan tremenda ayuda para arrojar luz sobre la forma en que los sentidos y la mente se combinan para construir nuestra experiencia. Porque dichos errores abren una brecha, por así decirlo, en ese movimiento y nos permiten observar algo de lo que sucede en realidad. Es un error considerarlos como una percepción extraordinaria. No lo son. Son percepciones normales que funcionan como funcionan siempre, por un acto de creación mental.

Tratemos de aquilatar las valiosas lecciones que podemos extraer de las ilusiones. La mis rica de todas las vetas auríferas de esta mina abandonada tiene carácter doble. En primer lugar, la sorprendente prueba ofrecida de que el conjunto de la vida perceptual puede ser una construcción mental. Porque la experiencia aparentemente anormal de la ilusión demuestra hasta qué punto la experiencia aceptadamente normal de la vida cotidiana no es algo única y pasivamente recibida por los sentidos de un mundo exterior, sino algo que en mayor medida es formado, ordenado e impreso por la mente con materiales de su propio acopio interior. Ella misma es la fuente principal de sus propias experiencias. Cada cosa percibida es conocida, por cierto, sólo como una cosa mental. Y esto rige incluso para cosas tan duras y pesadas como la estatua de mil toneladas de Ramsés II, que yace postrada y destrozada al borde del desierto, así como rige para cosas tan delicadas y suaves como la nieve invernal que se acumula en gruesas capas sobre los pasos del Himalaya. Porque el imperio de la mente se extiende a todo lo que es visto, oído, -tocado, gustado u olido.

Las distintas causas de las apariencias ilusorias pueden ser insignificantes o importantes, pueden ser defectos del mecanismo de percepción o imágenes traídas desde el pasado, pero esto no reduce la significación

de la cuestión. El surgimiento del espectáculo de tales objetos percibidos exteriormente es un suceso misterioso y significativo. Tiene que ser entendido. Y sólo puede serlo cuando se lo entiende como una experiencia mental, como un esfuerzo pictórico y creador de la mente. El funcionamiento interno de la ilusión, que se considera anormal, se convierte en una guía para el funcionamiento interior del conocimiento sensorial, que se admite como normal.

Ahora podemos entender que las ilusiones y las alucinaciones tienen en definitiva un carácter mental sólo porque *todas* las sensaciones y *todas* las percepciones poseen un carácter mental. No existe diferencia alguna en el origen final de unas y otras, porque si bien unas *parecen* subjetivas y las otras *parecen* objetivas, las dos surgen de la misma fuente: la mente.

La segunda lección importante que ofrecen las alucinaciones y las ilusiones es la de que llevan a la conciencia cosas que son *vistas* como extendidas en tres dimensiones de espacio, iluminadas, sombreadas y coloreadas, y que sin embargo no son nada más que ideas, imágenes mentales. ¿Dónde hemos visto la ilusión? Ha sido vista fuera del cuerpo. ¿Dónde *se encuentra* la ilusión cuando la investigamos a fondo? Dentro de la mente. La única conclusión puede ser la de que las ideas pueden ser proyectadas de modo que aparezcan fuera del cuerpo y que *la creencia corriente de que las ideas se ven solamente dentro de la cabeza de uno es una creencia falsa*. En la medida en que una ilusión es un acto de *percibir* algo, tiene la misma posición que la percepción ordinaria y auténtica de la vida cotidiana. Pero si ahora ha quedado demostrado que la primera es un acto mental, debemos sacar en conclusión que la segunda es igualmente mental. La conclusión final es que el análisis de la ilusión verifica el carácter primario de la contribución de la mente al conocimiento de las cosas exteriores y reivindica la doctrina de que las ideas pueden ser objetivadas hasta el punto de llegar a tener relaciones espaciales con el cuerpo.

LA FORMACIÓN DEL ESPACIO Y EL TIEMPO. Nuestra investigación anterior de la Relatividad reveló que gran parte de la fijeza del espacio y el tiempo era imaginaria, porque descubrimos que éstos variaban con distintos observadores. El hombre cree que está experimentando el espacio real cuando contempla su medio exterior y ve una cosa aquí y otra allí, y así siguiendo. En ese caso, ¿por qué ve el sol del tamaño de una moneda? ¿Y por qué continúa viendo que el sol sale y se pone diariamente, cuando la razón niega tal cosa y demuestra su ne-

gativa ? Es claro que no tiene conciencia de las Verdaderas dimensiones del sol en el espacio, y por lo tanto no puede estar experimentando el espacio tal como éste es o bien experimenta el espacio como inconscientemente *cree* que es. La paradoja en que, si bien nunca se encuentra en la experiencia con un espacio incambiable, está constantemente sometido a la creencia de que sí lo encuentra. Es una pura ilusión, pero una ilusión que ata a la mente con más fuerza de lo que ésta supone. El mundo tridimensional que se encuentra detrás de la imagen del hombre reflejada en un espejo es puramente ilusorio. Sabe que es una ilusión, pero a despecho de su conocimiento no puede librarse de ella, haga lo que hiciere. De ahí que algo pueda "darse" inmediatamente a su experiencia, aunque la existencia de ese algo sea sólo aparente y no real. De un modo similar, la actitud filosófica que rotula sus preceptos de las cosas exteriores con el calificativo de mentales, nos los cambia en la experiencia filosófica. Siguen siendo lo que son, es decir, exteriores y extendidos en el espacio, y continúan siéndolo durante toda una vida.

Debe quedar entonces bien claro, sin posibilidades de error, que la enseñanza oculta no niega en modo alguno que haya un mundo de objetos en el espacio, más allá de nuestro cuerpo. El hecho en sí es indiscutible, su noción es universal, y nadie sino un lunático se atrevería a discutirlo, pero no es indiscutible la *forma* en que se lo sostiene. Todas esas cosas —los objetos, los espacios y los cuerpos— pueden existir tales como se nos aparecen y sin embargo ser conocidas sólo como fases de la conciencia. Si la vista nos dice que un objeto está situado a cierta distancia en el campo de la visión, la razón nos explica que la distancia es una construcción mental.

Cuando reflexionamos que un estereoscopio muestra fotografías de superficie chata en toda la profundidad, solidez, relieve y perspectiva de las escenas naturales, tenemos que reconocer que no es milagroso que percibamos las escenas reales como proyectadas a distancia de nuestro cuerpo y situadas fuera de él, en el espacio. Porque no sólo se hace que dos dibujos o fotografías levemente distintos aparezcan como uno solo, completo, sino que la bidimensionalidad de los mismos desaparece totalmente y lo que representado en ellos se ve con perfecto relieve, con profundidad real y con natural solidez. En consecuencia el estereoscopio produce la ilusión de una sola fotografía, cuando en realidad se han colocado en el aparato dos fotografías distintas, que se contemplan a la vez. No explicaremos esta extraña fusión explicando que las dos lentes del estereoscopio, como los dos ojos del

ser humano, debido a que están ubicadas en distintas posiciones, revelan diferentes aspectos del mismo objeto y las dos imágenes resultantes se funden en una. Este es ciertamente el comienzo del proceso, pero no el fin. Semejante caso de una ilusión plana que parece tener profundidad cuando sólo hay altura y ancho indica que la mente colabora en la visión y que es finalmente responsable de lo que se ve. Porque la labor de unir las dos imágenes es una labor constructiva y creadora. En consecuencia, es realizada por la mente. El precepto final terminado es plenamente mental. Su manufactura podrá ser subconsciente, pero es por cierto mental.

La mente realiza sus propias construcciones. Todos estos procesos analíticos que hacen posible la sensación y todos esos trabajos sintéticos que nos presentan un objeto exterior tienen en última instancia la naturaleza de la mente misma. Las percepciones, cuando aparecen ante la mente, tienen todas las cualidades y todas las relaciones espaciales, toda la solidez y la resistencia al tacto, todas las superficies coloreadas y todas las líneas, ángulos o curvas que creemos que poseen los objetos exteriores. Ello no obstante, la costumbre de objetivar y espacializar sus imágenes, y atribuirles únicamente a ellas la base no mental, es decir, material, es inevitablemente humana.

Para entender las fases finales del proceso perceptivo, adviértase previamente que nunca vemos en forma directa el tamaño real de un objeto, porque sólo la imagen que produce en la retina del ojo es transmitida al cerebro. Contémplese un elevado poste telegráfico, por ejemplo, con un par de prismáticos, desde cierta distancia. Concentre parte de su atención en los oculares de los prismáticos y parte en el poste. Advertirá entonces el hecho de que el poste ocupa la mitad del diámetro de las lentes y nada más — es decir, menos de dos centímetros. Esta es la imagen que ve en el ocular. Y supongamos que el poste tiene diez metros de alto. ¿Ve usted una imagen de diez metros? No, en realidad ve en el prismático una imagen que tiene una seiscientasava parte de su tamaño. Recuerde que los prismáticos son simplemente proyecciones de los ojos, muy poco más grandes que los ojos mismos. Lo que parece que se viera como si estuviera en las lentes del aparato tiene un tamaño apenas mayor que la imagen que aparece en la retina del ojo. Al nervio óptico le es totalmente imposible informar al cerebro, y luego a la mente, de ninguna dimensión mayor que la de la retina misma. La mente nunca conoce directamente el tamaño del poste exterior, sino sólo el tamaño de su imagen grandemente empequeñecida. Los movimientos que el ojo efectúa hacia arriba y hacia abajo,

PAUL BRUNTON

hacia la derecha y la izquierda, producen sensaciones musculares de la distancia, posición y dirección del poste. La imagen de la escena reproducida en la retina es una imagen espacial, es decir, tiene largo y profundidad. Pero esta misma imagen espacial no puede ser transmitida al cerebro por el nervio óptico, sino que sólo se puede comunicar la vibración del "código telegráfico" relacionada con ella. Por lo tanto la mente tiene que imaginarse, construir y proyectar en cierto modo la imagen, así como el espacio que ésta necesita como fondo. El espacio, las propiedades espaciales y las relaciones espaciales son, por lo tanto, creaciones puramente mentales.

El flujo de la *sensación* es ininterrumpido. Continuamente damos nacimiento a numerosos pensamientos, porque ésta es la significación de la experiencia humana, y la mente humana tiene que discriminar uno de otro. Toda percepción de un objeto tiene que ser distinta de las demás, para que pueda haber percepción. *La mente debe determinar una forma separada para todas sus imágenes. Y lo hace espacializándolas, extendiéndolas hacia afuera, ubicando cada imagen en dimensiones espaciales de largo, alto y ancho. La conciencia no podría funcionar en forma de percepciones, si no lo hiciera, porque el no hacerlo así significaría que ninguna imagen podría existir separadamente, y por lo tanto no podría existir de ninguna manera.*

Ningún objeto podría sernos nunca visible a menos de que se nos apareciera *afuera*, en el espacio. Porque de ninguna otra manera podría convertirse en una cosa distinta y separada del observador. Si el objeto estuviese dentro del ojo no podría ser visto. Por lo tanto tiene que aparecer como existencia *más allá* del ojo, si se quiere que éste funcione como una cámara fotográfica. Cualquier objeto, para ser visible, tiene que ser visible como separadamente individualizado e independiente del ojo que lo contempla. Hemos aprendido, sin embargo, que toda la función sensorial es realizada sólo en forma mediata por los instrumentos sensoriales y en forma inmediata por la mente. En consecuencia, si la mente quiere tener el poder de percibir algún objeto particular, se ve obligada a formar tal percepción *externalizando* el objeto en cuestión y extendiéndolo de ese modo en el espacio. La mente debe ubicar todas las percepciones en el espacio, es decir, localizarlas, y tiene que proyectarlas fuera del cuerpo y así, finalmente, percibir todo el resultado de una propiedad del objeto percibido; es una propiedad de la mente misma, y es concedida por la mente al objeto.

Una notable ilustración de tal funcionamiento es proporcionada por los casos de las personas que nacen totalmente ciegas y que más tarde

son curadas gracias a una operación quirúrgica. Durante el primer periodo posterior al restablecimiento de la vista son incapaces de juzgar tamaños, formas o distancias sin cometer los más ridículos errores. Los objetos parecen estar tan cerca del ojo, que casi *lo* tocan. Ni la externalidad ni la distancia adquieren su correcta significación, porque si bien los ojos han sido puestos en condiciones de funcionar, las ideas proporcionadas por la memoria o la asociación, que participan de la formación de las ideas de espacio, están ausentes. Un ciego que fue operado y recobró la vista pensó al principio que todos los objetos "tocaban sus ojos". No podía juzgar la más mínima distancia, no podía decir si una pared estaba a diez centímetros o a un metro de distancia de él y no podía entender que las cosas estuvieran fuera una de otra. *Precisamente el mismo requisito rige para la necesidad que tiene la mente de ubicar las imágenes en el tiempo.* Se ve obligada a darles ilación, a *hacerlas* sucederse una a otra a *fin* de poder darles existencia. Si todo se apiñara en un punto y en un momento, sería lo mismo que si nada apareciera. De ahí la necesidad del tiempo, que, en consecuencia, la mente se hace para su propio uso. El pensamiento se torna posible sólo gracias a que la mente lo hace pasar a través del tiempo. El tiempo es la forma misma del pensamiento.

¿Por qué es que a pesar del hecho de que viajamos a través del espacio a una velocidad no menor de mil seiscientos kilómetros por hora —movimiento fácilmente determinable por la relación de la tierra con otros cuerpos celestes—, no sentimos sensación alguna de esta enorme velocidad? ¿Por qué el pasajero de un avión, cuando cierra los ojos, apenas puede experimentar una sensación de movimiento, y *lo* nota sólo en la medida en que se hace más lento y no cuando se hace más veloz? La respuesta es que el mundo del tiempo se basa por entero en la relatividad, que en definitiva es mental. El tiempo es tan elástico, que es una relación completamente variable, y su poder sobre nosotros se debe a la forma peculiar en que funciona la mente, a la manera en que el pensamiento fabrica las arbitrarias distinciones entre lento y rápido, entre presente y futuro.

La distancia, el tamaño y la forma de una estilográfica parecen estar fuera de nosotros. En el caso de la distancia, se descubrirá que la vista es incapaz de determinar por sí misma, *sin* la ayuda del juicio, es decir, sin la ayuda de la mente, las distancias relativas a que los objetos están colocados de los ojos y unos de otros. La impresión de la estilográfica es mental, y en consecuencia está dentro de nosotros, pero pensamos en ella como si estuviera fuera de nosotros. Nos

referimos a la percepción de la misma afuera, en el espacio, proyectando sus cualidades a puntos o zonas exteriores al cuerpo; la pensamos como si existiera a una distancia de nosotros, aunque la sensación que constituye el primer conocimiento consciente de ella ocurre dentro de nosotros mismos. Por lo tanto la apariencia de su espacialidad nace en la mente.

Cuando decimos que la estilográfica está fuera de nosotros, estamos diciendo algo en punto de su relación con los ojos, pero nada en lo que respecta a su posición en relación con la mente. Calculamos su distancia y dirección estableciendo el cuerpo como centro espacial y confundiéndolo con la mente. Por lo general ubicamos la mente, un tanto indefinidamente, en la cabeza, pero nunca se nos ocurre que la imagen de la estilográfica que se presenta ante nuestros ojos sea en rigor inmaterial, es decir, mental. Y esto se debe a que tenemos conciencia de nuestro cuerpo y sentimos que estamos espacialmente situados dentro de él. Esta sensación desempeña un papel principal en las percepciones espaciales, y surge principalmente debido a las sensaciones pasivas de tacto que se originan en la superficie del cuerpo, juntamente con las sensaciones de presión recibidas a través de los músculos y con las sensaciones visuales. No tenemos conciencia inmediata de que es la mente la que ha dado nacimiento a ese campo del tacto, presión y vista. Las cualidades son transferidas exteriormente al cuerpo y de tal modo reciben existencia objetiva.

Se dice que una cosa tiene que existir en el mundo externo porque los ojos así nos lo afirman, porque los oídos nos informan de ello y porque el tacto nos lo revela. Pero en este momento debe formularse una importantísima pregunta. ¿Qué son esos tres sentidos? ¿Dónde están el ojo, el oído y la piel? ¿No se encuentran donde está la cosa misma, puesto que interactúan con ella? ¿No ocupan el mismo mundo que la mesa que es vista y tocada? Esto no puede ser negado. Pero en ese caso forman parte del mundo externo. Por lo tanto, argumentar que sabemos que una cosa está afuera porque los sentidos así nos lo dicen es lo mismo que argumentar que debe estar afuera porque los sentidos también están afuera. Pero esto nos lleva nuevamente al punto de partida. Porque si *todo* está afuera, entonces el término "externo" pierde su significación. Entonces ya no hay ningún "afuera". Sólo podemos decir que el mundo está afuera y que los sentidos también lo están, pero no podemos decir que sean externos a la mente.

De esto podemos deducir que la antigua noción de que el cuerpo es una especie de caja perecedera que contiene en su interior un alma permanente es adecuada para niños. La nueva noción, que dice que es una idea dentro de la conciencia, está más en consonancia con la ciencia moderna.

La situación de una cosa y el período de tiempo durante el cual está situada: estos son los moldes gemelos en los cuales debemos verter necesariamente nuestro conocimiento de todas las cosas. De tal manera, el espacio y el tiempo son los modos que tiene la mente de ordenar la experiencia consciente. No es posible ningún otro modo, si queremos tener conciencia de algo —ya se trate de una estrella vastamente distante o de la punta de nuestro dedo. La mente, al hacer que sus imágenes se adapten a las leyes del espacio y el tiempo, *anticipa* la forma misma de todas sus experiencias posibles del mundo exterior. Las imágenes no son producidas por la experiencia, sino que ellas mismas producen nuestra experiencia. Esta es la verdad iconoclasta pero pura.

Cuando la verdadera naturaleza de la percepción es puesta bajo una luz clara, se ve que podemos ser engañados doblemente por los sentidos mismos que pretenden revelarnos el mundo exterior. Porque no sólo pueden deformar la cosa de la que tienen que informarnos, sino que incluso nos engañan al hacernos pensar que nuestra experiencia directa de esa cosa en el espacio y en el tiempo es física, no mental. Ahora es posible entender por qué la revelación de Einstein mencionada en el capítulo anterior, aunque parcial y limitada, estaba, no obstante, en la buena senda. Einstein descubrió que el espacio es una relación variable, y demostró por qué era así, pero nunca intentó explicar cómo era así o cómo llegaba a existir para nosotros.

De ese modo, los manojos de sensaciones que constituyen las cosas que vemos son automática e inevitablemente moldeados por la mente, que les da su forma espacio-tiempo. En pocas palabras, mientras continuemos experimentando el mundo, deberemos experimentar por fuerza como una aparición en el espacio y un acontecimiento en el tiempo. Esta es una condición predeterminada de la existencia humana, y rige para todos, y nadie, ni siquiera el filósofo, puede escapar a tal condición. El mismo principio que explica nuestro conocimiento de la existencia de este mundo explica también sus características espacio-temporales. No son más que factores necesarios para la formación de nuestras sensaciones. *Nosotros mismos somos*

su fuente. Nuestra fe en el carácter objetivo del espacio y el tiempo en relación con la *mente* es, sin embargo, de naturaleza tan fuertemente innata y hereditaria, que su validez no es puesta en duda. Sólo un esfuerzo tremendamente audaz de investigación podría llevarnos alguna vez a repudiar esa creencia. Cobardía no es cautela. La verdad no quiere amigos tímidos.

Para los fines prácticos creemos —y no podemos sino creer—• que el libro impreso que se encuentra tan claramente ante nosotros es percibido fuera de nosotros pero dentro del espacio. La constitución misma de la conciencia humana nos lo dice con una irresistible autoridad que no puede ser negada ni por un momento. Cualquier otra afirmación contrariaría el sentido común. Y sin embargo hemos demostrado previamente que el espacio es un constituyente de la mente, que sin su presencia la mente se negaría a funcionar. Para; decirlo brevemente, el espacio mora 'dentro de la mente. Esto nos conduce inexorablemente a la siguiente conclusión. Si el libro existe, existe en el espacio, y si el espacio existe dentro de la mente, entonces el libro no puede existir en ninguna otra parte que no sea dentro de la mente. Lo que la Naturaleza nos obliga a ver como una página impresa situada fuera de nosotros, es decir, en el aparente no yo, no es nada más que una percepción del propio yo, una refracción de su propia luz, una presentación que hace la mente ante su propia vista. La gente piensa que la mente tiene que encontrarse sólo dentro de los límites del cráneo. Pero si la mente es el fabricante secreto del espacio, ¿cómo puede encontrarse ella misma atada a límites espaciales? ¿Cómo puede limitarse a este o aquel punto del espacio? ¿Cómo puede estar ubicada sólo en la cabeza de cada hombre? En vano buscaremos una plomada que mida la profundidad de la mente del hombre o una regla que mida su ancho y su largo.

Ante nosotros hay un mundo de duras realidades, una procesión panorámica de objetos sólidos y de cosas sustanciales. El que, como Sócrates, quisiera convencernos de que pongamos en duda la "afueridad" de ese mundo, que parece tan cierta e irrefutable, no tendrá una tarea sencilla. Será mal recibido, porque incluso aunque sus extrañas ideas sean ciertas, son sumamente desagradables. Parecen quitarnos el suelo mismo de abajo de los pies. Hay en tales ideas propiedades inherentes que las tornan químicamente chocantes para la mentalidad de la masa, que huye de la verdad para refugiarse en el autoengaño. De ahí que la filosofía las haya mantenido ocultas en el pasado, en beneficio de unos pocos amantes de la verdad. El hecho de que cada una de las co-

sas que nos rodean sea conocida sólo como una construcción mental integral antes de que como una construcción material exterior, el hecho de que sea vista como una imagen producida en la mente, le parecerá un milagro a la gente no instruida, algo absolutamente imposible de creer, así como el pensamiento popular ineducado supone inevitablemente que la tierra es chata y que el sol gira en torno de nuestro planeta. Se aferra firmemente a tal opinión y considera como una pura locura la opinión contraria de que existen tierras antípodas y de que la tierra gira en derredor del sol. ¿Cómo ha sido entonces posible establecer esta sorprendente verdad astronómica entre los hombres? Sólo fue posible hacerlo proporcionándoles ciertos hechos relacionados y convenciéndoles luego de que emplearan valientemente sus poderes de razonamiento para investigar esos hechos hasta que se revelara su significación más profunda. Precisamente el mismo problema es el que tenemos que encarar en la creencia popular de que todas las cosas materiales existen afuera, aparte y separadas de la mente. La filosofía refuta esta creencia abrumadoramente ingenua y elimina ese error, pero sólo puede hacerlo cuando los hombres contemplan los hechos que les ofrece y los estudian profunda e imparcialmente, con lógica inexorable, hasta el fin. Sin tan absoluta racionalidad jamás podría esperar triunfar sobre un instinto tan potente y primitivo de la raza humana como lo es el materialismo, que no es la verdad sino más bien una parodia de la verdad. Nuestro conocimiento del mundo exterior y nuestra percepción de las cosas en el espacio y el tiempo son formas que adoptan nuestros procesos mentales. Necesitamos absorber esta dura verdad, aquí afirmada, de que lo que se encuentra dentro de la mente puede ser visto fuera del cuerpo. Es una verdad irrecusable e irrecusada. Su posición es inexpugnable. Todos los contraargumentos, todas las opiniones contrarias, pueden ser encarados y dominados. Porque no se trata simplemente de la extraña idea de algunos afables chiflados, sino que es tan cierta y demostrada como cualquier otro hecho verificado del arsenal de la *ciencia*. Por lo tanto esa será la verdad que tendrá una nueva encarnación en el futuro.

Los que temen seguir a la razón cuando los conduce a las más extrañas paradojas, están perdidos para la verdad. Estas doctrinas podrán sobresaltarnos y atemorizarnos, pero si son ciertas tienen que ser aceptadas.

Contemplamos el cielo como prisioneros con ojos velados por el espacio y manos aherrojadas por el tiempo, sin saber que nues-

tra liberación está cerca. El pensamiento nos ha aprisionado; el pensamiento puede darnos la libertad.

En cuanto comencemos a entender este aterrador misterio de la tiranía del espacio y del tiempo, comenzaremos a entender por qué debemos escuchar antiguas voces como la de Jesús y qué quería decir la medulosa frase que pronunció ante un mundo preocupado y lloroso: "El Reino del Cielo está *dentro* de vosotros". El misterioso reino en que el hombre puede realizar sus mejores esperanzas no será encontrado en el tiempo futuro, como en otro mundo, después de la muerte, ni el espacio remoto, como en alguna región situada más allá de las estrellas, sino *aquí*, dentro de nuestra propia mente, y *ahora*, dentro de nuestro propio pensamiento.

Tal comprensión del poder innato de la mente para contribuir a la construcción de su propio mundo elevará a los hombres —sean ellos santos o cínicos— al nivel de los serenos sabios, calmará su agitada mente y apaciguará sus sufrientes corazones.

CAPÍTULO XI

LA MAGIA DE LA MENTE

Debemos considerar ahora el punto más crucial de este curso elemental sobre la enseñanza oculta. Los conceptos de la ciencia moderna han eliminado las cosas estáticas suspensas en el espacio, para reemplazarlas por campos de fuerza. Si es difícil reconocer que cuando experimentamos cosas externas independientes estamos en realidad conociendo pensamientos de cosas, ¿no resulta igualmente difícil admitir el conocimiento ofrecido por la ciencia de que una estilográfica está compuesta de electrones, cosa que ni siquiera puede ser imaginativamente comparada con la dura materia con que experimentamos que está hecha la estilográfica? Nada de lo que vemos o podemos ver se parece, siquiera toscamente, a la "materia". electrónica a la que la ciencia ha reducido a nuestra familiar estilográfica. Y si la ciencia puede minar de ese modo nuestra experiencia realista, ¿por qué no la filosofía? Y si la estilográfica electrónica es la verdadera estilográfica, entonces sólo vemos una imagen, una representación, cuando vemos la estilográfica material. Y sin embargo tal imagen representativa tiene que estar en nuestra mente, porque no puede encontrarse en ninguna otra parte. Si la idea no es sino una copia mental de un objeto material que está afuera de la mente y que, por lo tanto, es una entidad separada y distinta, ¿por qué entonces no pueden ser llevados ambos simultáneamente ante la conciencia y comparados entre sí? Si la estilográfica exterior que nos es dada en la experiencia sensorial fuera la causa de nuestro pensamiento de ella, jamás podríamos verificar su existencia, porque cada tentativa de observar estilográficas exteriores terminaría en la observación de pensamientos.

No podemos conocer las cosas de primera mano, no podemos inspeccionarlas directamente, hagamos lo que hiciéremos. Jamás po-

demos ir más allá de los pensamientos acerca de ellas. De ahí que ni siquiera podamos verificar su existencia separada. No podemos exhibir los objetos ante nuestros ojos porque tanto el ojo como el cerebro son a su vez conocidos mentalmente, es decir que son ideas, y por medio de ellos tenemos conciencia de cosas mentales, de ideas solamente.

Cuando tratamos de poner a prueba nuestras construcciones mentales volviéndonos hacia las cosas mismas, comparando una con otra, lo único que logramos hacer es probar una construcción con otra, es decir, comparar un pensamiento con otro.

La percepción de una cosa y la cosa misma son los dos lados de una curva. Hagamos lo que hiciéremos, nunca podremos separar una parte de la otra. La cosa está afuera y la percepción está adentro. Pero la curva no es dos cosas, sino una. La cosa se niega a ser apartada de su percepción. No podemos separar la percepción de la cosa, pero podemos distinguirlas al hablar y en el pensamiento, realizando la abstracción mental de una u otra, aunque con un lenguaje más prudente y pensamiento más profundo nos resultará imposible incluso esa proeza.

Ahora bien, no podemos ver ningún objeto sin *pensar* en él como siendo visto. Si existe para nosotros, debe existir como algo percibido. Tratemos de pensar en una estilográfica sin pensar en que la hemos visto personalmente, sin permitir que la operación de verla se mezcle con la estilográfica misma. Descubriremos que es imposible separar la una de lo otro. Sólo podemos pensar en la pluma por medio del pensamiento de que la percibimos y gracias a él. No importa lo que hagamos, nos será absolutamente imposible pensar en ella de otro modo. Nadie puede separar en el pensamiento una estilográfica de su percepción de ella. ¿Cuál es la conclusión que hay que extraer de esto? Que la estilográfica no es puramente objetiva, sino subjetiva y objetiva a la vez, material y mental al mismo tiempo. Si se aduce que cuando la estilográfica se encuentra en una habitación sumida en la oscuridad, donde nadie puede ver su existencia, ello no la elimina, la respuesta es que no podemos hablar de tal objeto ni mencionarlo sin pensar en él, y que sólo podemos pensar en él construyendo una imagen mental de él, y que si queremos hacer tal cosa nos vemos obligados a pensar la visión juntamente con la estilográfica. Sólo pensando ambas cosas juntas podemos llegar a la idea de que ella existe.

Podría hacerse otra objeción en el sentido de que una cosa puede existir en algún rincón remoto, no hollado, del globo, donde nadie haya percibido nunca y donde nadie puede llegar a percibirla jamás. La respuesta es precisamente la misma que para la objeción anterior. Donde quiera esté la cosa, no puede ser discutida como existente a menos de que se la piense. a menos de que sea mentalmente imaginada, y no puede ser imaginada si no la consideramos como percibida ya sea por nosotros mismos o por algún observador imaginario inconscientemente supuesto. En forma similar, si se objetara que es fácil imaginar una escena como la del Polo Norte, donde no es probable que esté presente ningún observador pero donde existen y se sabe que existen grandes masas de hielo, a despecho de la falta de presencia de nadie que vea el hielo, que camine sobre él, que sienta su frialdad y admire su blanca pureza, la respuesta es que al pensar en la región polar y en el hielo de que está cubierta no hemos eliminado al observador, sino que en rigor, aunque inconscientemente, lo hemos *colocado* en la escena para que advirtiera los detalles de ésta. Hemos imaginado a un observador, pero no tenemos conciencia de haberlo hecho. Y al poner en el Polo a semejante observador imaginario hemos puesto allí su mente, y le hemos hecho pensar en la escena. Se sabe que el hielo sólido es sólido, sólo porque nuestro espectador invisible siente su resistencia bajo los pies.

Sólo podemos pensar de un objeto si pensamos que vemos un objeto; es humanamente imposible considerar su existencia de ningún otro modo. Por lo tanto la vista se convierte en un concomitante indivisible de la existencia. Nada puede poseer existencia alguna para nosotros independientemente de nuestra conciencia de ello. Tanto la cosa como el pensamiento tienen que ser atendidos en la idea unificada de una cosa vista por alguien o por nosotros mismos.

Un análisis similar rige para todas las demás formas de la sensación. Los objetos no pueden ser separados del pensamiento de su existencia sentida por nosotros, por ejemplo, como dura, sólida, pesada al tacto, etc. Lo mismo es exactamente cierto en cuanto a las cosas oídas. La sensación de la audición viene antes, y el sonido mismo es subsiguiente- El sonido existe sólo porque al mismo tiempo *pensamos* que lo escuchamos. Sólo podemos pensar en él como sonido *escuchado*. Qúitese la mente de nuestro cuadro del mundo y se habrá quitado de él el espacio y el tiempo, lo habremos desfondado. El mundo, como idea, existe para alguna mente, o de lo contrario no puede existir en modo alguno. Por cada objeto visto debe existir alguien que lo vea.

PAÚL BRUNTON

En otras palabras, todo lo que es conocido lo es por alguna mente. Nada ha sido conocido nunca, y nada podrá ser conocido jamás, aparte de un sujeto conocedor. Esto es incontrovertible. Ningún objeto puede existir solo y desconocido. Por lo tanto aquellos que creen y afirman que una cosa puede poseer una existencia separada, propia —y constituyen una vasta mayoría—, están en realidad diciendo una tontería. ¡Si lo niegan indignados, que muestren un solo objeto, y no hablemos de todo el mundo de objetos, sin mostrarlo también simultáneamente en relación con un sujeto conocedor! No pueden hacerlo, porque no pueden separar nada de la mente. El mundo está inextricable e inevitablemente unido a la mente. De modo que la conclusión final es que, miremos adonde miráremos, en el universo todo existe porque es pensado.

Lo inverso es igualmente cierto. No podemos pensar en la percepción sin* pensar también en percibir algún objeto, ni en el acto de *oh* sin acoplarle algún sonido. No hay audición sin sonido, no hay ninguna percepción sensorial sin su objeto. En consecuencia, vemos una vez más que las dos cosas no pueden ser imaginadas sino como una, que la visión y la cosa vista son las dos caras de una sola moneda, que el tacto y la cosa tocada son mitades subjetiva y objetiva de una unidad.

Cuando el principio científico de la relatividad dice que el observador es parte de su observación, ello quiere decir que la persona que tiene experiencia de algo forma parte de su experiencia. Podemos llevar esto más lejos y decir ahora que significa que el pensamiento es parte de la cosa pensada. Si meditamos acerca de esta aclaración veremos que el factor mental es inseparable de todo objeto conocido. Y si meditamos más profundamente aun, descubriremos que los dos son en realidad una sola cosa.

No podemos mantener la existencia y la percepción de la existencia de una cosa separadas la una de la otra, de modo que nos vemos obligados a llegar a la conclusión de que las dos no son realmente dos, sino indisolublemente una. La cosa y la sensación de la cosa viven en fundamental e inseparable unión. En consecuencia no existe nada más que el conocimiento. Pregúntese a sí mismo si esta afirmación explica toda su experiencia y descubrirá que, 'en efecto, lo hace adecuadamente. Trate, por otra parte, de descubrir, si la teoría de los materialistas •—la teoría de que no hay nada más que cosas físicas independientemente existentes— explica la experiencia que usted tiene del mundo, y descubrirá que no explica ni puede explicar la existencia de pensa-

mientos y sentimientos. Porque si cree que puede poner una cosa material en un tubo de ensayo, en cambio no puede hacer lo mismo con un pensamiento.

Debe entonces repetirse enfáticamente que un percepto no es una mera copia de algo externo. Es primario y no secundario. Esto no tiene que ser pasado por alto, porque es una clave para la correcta comprensión del "mentalismo", que es la doctrina de que todas las cosas son cosas mentales.

Vemos que la idea de una estilográfica existiendo independientemente de la mente en la cual está presente es pura ficción. El percepto de la estilográfica es nada menos que la estilográfica misma. Está fuera de nuestra capacidad de conocimiento posible el que cualquier otra estilográfica exista separada y materialmente, y por lo tanto tenemos que hacer caso omiso de ello si queremos tratar con hechos científicamente averiguados y no con suposiciones inciertas. La estilográfica es una construcción de la conciencia. Su existencia es ser conocida. No existen dos estilográficas, una material y una copia mental de ésta. Hay solamente una. La imagen que se encuentra inmediatamente ante la conciencia es la estilográfica misma. Es tan vivida, tan perfecta, y lleva impresa tan convincentemente la característica de la objetividad, que no nos detenemos en el mero hecho de verla; seguimos adelante y suponemos que es nada menos que la propia estilográfica independiente, y nos negamos a creer otra cosa. Y sin embargo la estilográfica conocida por los sentidos es precisamente él percepto que es conocido por la mente.

Pero debemos encarar ahora una objeción: "Heme aquí con una experiencia directa de una estilográfica que se encuentra fuera de mí, en el espacio, separada de mí en un lugar en que puedo levantarla y apretarla en la mano y descubrir que es sólida, que tiene cierto peso y que es dura. ¿Cómo se podría esperar entonces que crea que es simplemente una idea de mi mente?"

La respuesta a esto es que no debe entenderse erróneamente que la doctrina afirma que la estilográfica no está directamente presente ante nuestra visión. Está enfáticamente presente. Su misma inmediatez nos desarma. Tenemos que entender la verdad de que la estilográfica percibida no es menos redondeada, ni pesada, ni coloreada, ni útil que la estilográfica material supuestamente existente, a pesar del hecho de que la primera es una construcción mental. En los dos capítulos anteriores hemos visto que la mente está involucrada en toda nuestra experiencia del mundo, y hemos descubierto que la sensación, lejos de

ser un proceso puramente pasivo y receptivo, es creadora e incluso proyectiva. Pero estamos tan enamorados de las sensaciones de solidez que recibimos de las cosas que nos rodean, y nos engañan de tal manera las sensaciones de distancia y posición que recibimos de sus relaciones mutuas y con nuestros ojos, que por lo general valoramos en menos la fuerza tremendamente sugestiva y creadora de la mente. Ignoramos casi totalmente el hecho demostrado y desmostrable de que las imágenes mentales pueden asumir tamaño, forma, largo, alto, ancho, solidez, relieve, perspectiva, peso, color y otras cualidades que por lo común asociamos con los objetos externos. Pueden proporcionar todas esas sensaciones con perfecta vividez y con toda la realidad de la experiencia ordinaria. ¡Y sin embargo siguen siendo no más que ideas! De tal manera las experiencias mentales *son* las cosas visibles que creemos que están fuera de nosotros. Se admite que la cosa misma existe, pero el carácter de esa cosa es tal como lo hemos descubierto ahora, y hemos descubierto que es muy otra cosa que lo que comúnmente se piensa que es. Los que declaran que hay dos hechos separados, el hecho de la percepción y el de un objeto material externo, han hecho un falso análisis de la sensación. La unidad de la idea y el objeto es un descubrimiento al que conducen inevitablemente el sutil pensamiento de los antiguos y la aguda observación de los modernos, pero surge sólo después de la más penosa y la más rigurosa reflexión.

En cuanto se entiende este punto puede uno decirse: "Tengo conocimiento de mi conocimiento de esta cosa", y entonces se dará cuenta de que no puede arrancar el segundo conocimiento de la cosa en sí; ambos constituyen una entidad indivisible. Los que quieren dividir el hecho, la cosa conocida, en un percepto de ella por un lado y su sustancialidad material por el otro; los que hacen de la percepción un acto mental y de la sustancialidad una cosa no mental; los que oponen la mente a la materia, éstos caen en una lastimosa falacia. Lo que conocemos es una idea, lo que percibimos no es un descubrimiento, sino una construcción mental. Los que niegan esto se ponen en el aprieto de explicar lo inexplicable.

Y aparece una nueva objeción: "¿Quiere eso decir —cavila el escéptico— que los objetos abstractos de mi imaginación, la fantasmagoría de mis sueños, las imágenes de mis ensueños y las fantasmagóricas creaciones de mi fantasía son tan reales, tan existentes y tan sustanciales como la locomotora de veinte toneladas que arrastra esa hilera de vagones? ¿Quiere decir que esa locomotora es nada más que un pensamiento de mi cerebro, lo mismo que todos esos otros pensa-

mientos fantásticos? Y en ese caso, ¿por qué no puedo darle existencia inmediata a esa máquina por medio del pensamiento, por más intensamente que piense, o por qué no puedo pensar el tren y hacerlo existir y subirme a él y ser transportado? El contraste entre un tren supuesto y uno real es tan fuerte, que hace que la sugestión de que ambos son en cierto sentido similares resulte completamente absurda. Ahí está el tren real, claro y distinto ante mí; puedo subirme confiadamente a él, oír el potente rugido y los bufidos de su máquina, pero no puedo ver mi tren imaginario tan sólidamente ante mí, ni puedo ir a ninguna parte en él, salvo engañándome a mí mismo. En consecuencia no puedo aceptar su doctrina del mentalismo. Hay en ella una trampa en alguna parte, una añagaza o un señuelo. El tren percibido me es sumamente útil, pero el imaginario me es inútil. Es absolutamente ridículo que alguien me diga que ambos se encuentran en el mismo plano".

Adviértase previamente que lo que el crítico no puede hacer ha sido hecho por otros: encontrar en las fantasías de la vigilia una realidad y una vividez que las tornan completamente presentes para el ojo de la mente. Lo han hecho los grandes poetas, lo han hecho los artistas de genio, lo han hecho místicos celebrados y muchos amantes. Todos ellos encontraron en las escenas de sus ambientes imaginados y en los rostros imaginados una perfecta sensación de realidad. No contemplaron con incredulidad la presencia real de los objetos y personas pensados. Existen por cierto dos estados de la mente humana que han sido experimentados por la mayoría de las personas y en los cuales encontramos una extraordinaria ilustración de la posibilidad de hacer una parte de lo que nuestro crítico no puede. Y son los estados en que nos encontramos sumidos en una profunda ensoñación o cuando nos vemos hundidos en un profundo sueño. En esos estados los contrastes entre el mundo percibido y el mundo imaginado —contraste que es preciso admitir que es sentido en momentos normales por la gente común— quedan espontáneamente en suspenso. Durante esos estados de éxtasis podemos entrar en trenes y ser transportados por ellos, y ni por un instante sentiremos que no son trenes reales y que nuestro viaje no es un viaje real. Por el contrario, poseemos en esos instantes una completa seguridad en la realidad, solidez y existencia de nuestro universo nacido del ensueño y del sueño. Si viviésemos que vivir la mayor parte del tiempo en esas condiciones, nos parecerían más reales que cualquier caída temporaria en la plena vida de vigilia que pudiese ocurrir. En verdad las consideraríamos más reales y nega-

riamos realidad al mundo de la vigilia. Por lo tanto resulta injustificable asegurar que porque las cosas materiales son tan vivida y claramente vistas, en tanto que las imágenes mentales son comparativamente opacas y vagas, las primeras no pueden pertenecer a la misma clase que éstas, no pueden ser también mentales. Porque aquí no se trata de una cuestión de cómo se origina la percepción, sino de si ésta es o no mental.

Pero nuestro crítico argüirá que esta es una respuesta perversa y nada adecuada a su crítica. Por cierto que no tiene la intención de ser una crítica completa, porque se le ofrece sólo como ilustración y no como prueba. Si bien no vindica nada, por lo menos presenta sugerencias en cuanto a las misteriosas posibilidades por medio de las cuales la mente puede fabricar la realidad.

La respuesta *completa* a nuestro crítico no puede ser dada aquí, porque implica una explicación del secreto final de la personalidad humana, revelación que ocupa su lugar natural en el segundo y último volumen de esta obra, que todavía tiene que ser escrito. Y lo que el místico aprehende con soñadora vaguedad en cuanto a este secreto, el filósofo lo determina con sorprendente precisión. Baste decir que nuestro crítico tiene razón en la última parte de su objeción, porque la enseñanza oculta *no* pretende que la mente *individual*, el ego, de hombre alguno, pueda crear su mundo familiar a su entero arbitrio. Dentro de esos límites, la crítica encontrará alguna respuesta en este capítulo y en el que sigue.

EL ENIGMA DE LAS SENSACIONES. El crítico formulará aun otra pregunta más: "¿Cuál es pues la verdadera naturaleza de los objetos independientes que hacen que esos pensamientos se presenten? Usted nos dice que lo que *vemos* son sólo pensamientos. Admitido esto, hay todavía una cuestión que nos inquieta y que toda esta demostración ha esquivado por completo, si no hábilmente. Aun cuando se reconociera que sólo conocemos los pensamientos de las cosas, existen todavía las cosas que parecen efectuar las impresiones sobre nuestros instrumentos sensoriales, dando en definitiva existencia a esos pensamientos. Si lo que percibimos es sólo un pensamiento que sentimos como exterior, ¿qué sucede con el objeto que da nacimiento a ese pensamiento? Seguramente no nos pedirá que identifiquemos la cosa real con el mero pensamiento de la misma... Podemos dudar del testimonio de los sentidos, pero no es posible desecharlo. Y esto no es todo. Ha pasado usted por alto, en completo silencio, el proceso gracias al cual la

sensación nace de las vibraciones del cerebro. ¿Cómo se crea tal pensamiento? Nos ha dicho cómo es producida la cosa pensada, pero no cómo nace el pensamiento mismo".

¿Qué es el objeto independiente? ¿Cómo se comunica el cerebro con la mente? Por cierto que estas dos preguntas pueden ser ahora formuladas, porque hasta ahora no han sido explicadas. ¿Pero acaso es *correcto* considerar la existencia de algo hasta que se ha aclarado qué es lo que se *sabe que existe*? Y sin embargo esto, a su vez, depende de *cómo* llegamos a saberlo. Por consiguiente será más fácil ver con claridad la respuesta a la primera pregunta cuando hayamos conocido la contestación a la segunda. Comenzaremos, entonces, con ésta.

Empecemos por advertir que cada experiencia sensorial es un hecho doble: primero las impresiones fisiológicas experimentadas por el cuerpo y segundo la conciencia de esas impresiones. Esta conciencia puede ser denominada la *percepción* del objeto. La combinación de los dos factores —impresión física sobre el ojo, el oído, etc., y pensamiento consciente— constituye nuestra percepción de dicho objeto. De ahí que cuando olemos una rosa estamos coordinando un estado mental con un estado de perturbación física. ¿Pero cómo este último puede transformarse en el primero? Una perturbación física es la antítesis misma de una mental. ¿Dónde está el miedo, el eslabón de conexión que puede franquear la notable brecha que existe entre esos dos opuestos?

He aquí una duda que puede ser planteada legítimamente, una pregunta que exige una respuesta directa. ¿Cómo realiza la mente su milagroso salto de una entidad física a una no física, inmaterial, como la sensación? Nadie ha tenido nunca conciencia de que la mente diera ese claro paso de atender e interpretar la actividad de la materia gris del cerebro. Decir que nunca tenemos conciencia del proceso por medio del cual nace una sensación y decir que la vibración nerviosa se convierte en pensamiento inconsciente es dar un salto en la oscuridad y caer sobre un terreno completamente distinto. El convertir el proceso en un proceso subconsciente no resuelve la dificultad, porque continúa siendo un proceso mental. Tenemos que detenernos repentinamente en seco cuando llegamos al cambio molecular en el cerebro. Ahí termina la continuidad. La conciencia aparece bruscamente al otro lado del abismo, y no sabemos cómo unir esos dos órdenes de existencia totalmente distintos. ¿Cómo puede la fisiología unir las dos partes?

La respuesta es que *no las* une. La deja precisamente como están. Franquea el abismo empleando la expresión "de algún modo", suponiendo que las partes se unen de algún modo. Acepta el abismo y luego supone que no es un abismo. Por lo tanto, cuando la ciencia de la fisiología dice que el abismo es cerrado de algún modo, aunque es completamente incapaz de decir cómo es cerrado, está en realidad abandonándose a un juego de fantasía especulativa, no al descubrimiento de hechos averiguados y verificados. El salto que da no es natural, sino arbitrario. De tal manera, volvemos a la turbadora pregunta: ¿Cómo es posible relacionar la mente, que es inmaterial, con el cerebro, que es material?

La fisiología confiesa que el acto de salvar la brecha existente entre un movimiento ondulatorio de la sustancia nerviosa y un movimiento consciente del pensamiento le resulta incomprensible, aunque ha tratado de formular varias hipótesis y suposiciones. Ninguna de éstas ha podido obtener un amplio asentimiento. Nadie ha explicado jamás adecuadamente los hechos de la psicología por medio de los fenómenos de la fisiología. Todos esos esfuerzos fracasaron porque no lograban entender la relación existente entre la mente y la materia. Los que afirman complacientemente que la función máxima del sistema nervioso es "producir" pensamiento detrás de la corteza ósea del cráneo, están afirmando un milagro más maravilloso que cualquiera. Que tomen una regla de medir y marquen la distancia existente entre una idea y otra, entre un pensamiento consciente y otro. No podrán hacerlo. Porque nadie sabe dónde termina la mente. ¿No es una tontería sugerir que al menear su cabeza visible los hombres menean también su cabeza invisible, al mismo tiempo? Porque en ninguna circunstancia concebible puede verse a la mente como residiendo en la cabeza. Y sin embargo los materialistas aceptan sin meditar la vaga creencia que considera a la mente del mismo modo que considera a los objetos materiales. Nadie puede unir una presencia inmaterial como la mente a un lugar material como la cabeza, porque la mente no tiene un punto y una superficie que puedan coincidir con un punto o una superficie cualesquiera de la cabeza. Y sin embargo continúan hablando como si la mente estuviera definitivamente ubicada en los terminales cerebrales de los nervios sensoriales. Con vistas a la conveniencia, en la conversación común, podemos —quizá debemos— continuar hablando de la mente como si estuviese en la cabeza de uno, pero es reprehensible hacerlo con fines filosóficos.

La percepción es un proceso mental, es decir, pensamiento, y la razón exige que el pensamiento sea referido a algún sujeto al cual se le ocurre, y a alguna conciencia en la que el proceso se lleva a cabo. Por consiguiente, no debemos confundir los movimientos de las moléculas materiales del cerebro carnal con pensamientos conscientes. Los que no pueden entender la diferencia existente entre ambas cosas no podrán entender nunca la significación de la sensación — que es el hecho más elemental de la psicología. Y los primeros pasos en psicología son pasos inevitables en filosofía. Ningún microscopio ha descubierto jamás la conciencia, y ninguna trepanación del cráneo lo ha logrado tampoco. La conciencia no es observable. Debe ser tratada como lo que es: un *hecho* separado y distinto. Tratar al cerebro físico como si fuese idéntico a la plena conciencia es dedicarse a una pura fantasía. La tentativa de explicar la percepción como una simple cuestión de funcionamiento nervioso no es, en definitiva, sino una petición de principio.

Cuando el fisiólogo sigue a una sensación a lo largo de todo su trayecto, desde la superficie del cuerpo hasta el centro del cerebro, ¿qué ha hecho, en realidad? Lo ha seguido en su propia mente, ha realizado un acto de conciencia. Este no pierde su carácter mental porque a él se le ocurra poner el nombre de "cambio nervioso" a su correspondiente vibración física. La dificultad del fisiólogo reside en que no puede analizar activamente un percepto y mantenerlo al mismo tiempo en la plena conciencia. Sólo puede ser dividido teóricamente. Es una entidad, y ahora está más allá de toda posibilidad de análisis práctico. El bisturí de disección puede dejar al descubierto la sustancia nerviosa del cerebro, pero no puede dejar al descubierto un pensamiento, una idea, una fantasía o una imagen de la memoria. El abismo entre las dos cosas parece completamente infranqueable.

Aquí la ciencia fisiológica debe detenerse francamente, perpleja y desconcertada, porque le es absolutamente imposible explicar en forma satisfactoria este repentino y sorprendente salto de la inconsciencia a la conciencia. A despecho de los mejores esfuerzos de los mejores pensadores modernos, la fisiología no ha logrado resolver satisfactoriamente el siguiente problema: ¿Cuál es la conexión existente entre la mente humana de adentro y el universo material de afuera? ¿Cuál es la naturaleza de las relaciones que hay entre el pensamiento y la cosa? Herbert Spencer, por ejemplo, que trató de interpretar la ciencia para el mundo del siglo diecinueve, que escribió despectivamente de la tentativa de reducir el conocimiento de las cosas al conocimiento

de los pensamientos, tuvo que confesar que "la forma en que lo material afecta a lo mental y la forma en que lo mental afecta a lo material son misterios imposibles de sondear".

Porque el hecho de la conciencia es un hecho primario. Y es el hecho más misterioso de toda la existencia humana. Ningún movimiento de moléculas materiales puede explicarlo directamente, así como tampoco puede explicarlo adecuadamente nada no consciente. No sabemos que las moléculas posean el poder de reflejar su propia naturaleza. La experiencia mental es y siempre ha sido el supremo enigma ubicado en medio de un mundo aparentemente no mental. Limitar la conciencia a sus acontecimientos o a sus contenidos, como se hace con frecuencia, no ayuda a explicar su propia existencia sino que es solamente una forma de esquivar el problema. La ciencia ha logrado un éxito admirable en lo referente a decirnos qué hace la mente y cómo se comporta, pero hasta ahora no consiguió decirnos qué es. La mente es la entidad recalcitrante que se niega a ser desintegrada en otra cosa. Por lo tanto debemos continuar preguntando: ¿Cómo es que un proceso fisiológico se convierte en un proceso mental? Porque la mente es a la vez misteriosa y única — nadie parece saber qué es, aunque todos lo suponen. Sin embargo, sabemos esto: que no existe nada parecido a ella en el universo.

La fisiología ha considerado este problema, y lo ha considerado bien y mucho, pero lo ha abandonado por insoluble e inescrutable. La laguna es absolutamente insuperable. Y deberá seguir siéndolo para siempre, a menos de que reconozcamos dos puntos sutiles que ayudan a resolver este problema y, con él, toda la serie de preguntas tontas que se arrastran detrás.

El fisiólogo no ha advertido estos dos puntos por la sencilla razón de que semejante reconocimiento lo habría llevado más allá de los límites de su ciencia especial. Si quiere seguir siendo un fisiólogo y nada más, tiene que pagar el alto precio de la estrecha especialización: ¡un título de experto dentro de esos límites pero ignorancia fuera de ellos! Ello no obstante, si está dispuesto a llevar adelante su investigación, tiene que convertirse en psicólogo. No puede buscar la luz en ninguna otra dirección. Porque el punto de vista psicológico es el comienzo del punto de vista más elevado aun: el de la filosofía. Los dos puntos en cuestión son: primero, el orden definitivo en que los detalles de nuestro comenzar a tener conciencia de los objetos se siguen unos a otros y van ocupando sus lugares adecuados; segundo, **qué** es lo que la mente puede realmente **conocer**. **Cuando aparezcan las res-**

puestas de los dos, la solución del gran problema que se encuentra al final del camino del fisiólogo se revelará por sí misma.

El primer punto nos exige que descubramos en qué momento preciso y crucial tenemos conciencia de los objetos que nos rodean. Recordamos entonces que, *de acuerdo con la fisiología*, durante todo el paso de la impresión desde el terminal nervioso hasta el centro cerebral, no hay momento alguno que tenga conocimiento de ella; no hay una sola fracción de segundo de conciencia de la cosa independiente que supuestamente está fuera y que supuestamente es informada. Sólo *después* de que ha llegado a su término, sólo como un acto subsiguiente, surge el notable contraste del percepto.

Pensamos en un objeto y entonces la mente, curiosa por saber cómo ha nacido el pensamiento, trata de pasar por detrás de él, con la consecuencia de que el aspecto sensorio de la ciencia de la fisiología va naciendo gradualmente. El fisiólogo investiga entonces con lentitud, poco a poco, todo el proceso sensorial, hasta llegar nuevamente al proceso del pensamiento. No revela nada de la percepción en cuanto momento en que el pensamiento aparece en la mente, cuando revela la forma en que el objeto produce una impresión en el instrumento sensorial o la manera en que esa impresión es llevada al cerebro. Porque todas esas cosas implican la *primacía* de la conciencia, cuya presencia no es explicada advirtiendo las cosas de las cuales tenemos conciencia, sino que solamente es descrita. El fisiólogo es como un hombre que puede explicar un violín y explicar las leyes del sonido, pero que no sabe producir ni explicar la música misma.

No se da cuenta de que todas sus descripciones, que pretenden explicar la existencia de su conciencia de un objeto, son descripciones de lo que ocurre *después* de que esa conciencia ha aparecido ya. No ve que sus explicaciones de la acción de los procesos nervioso y cerebral, resultado de la interacción entre el cuerpo y el objeto, son catálogos de sucesos que aparecen *subsiguientemente* a la conciencia del objeto. Por lo tanto, sus intentos de explicar la conciencia lo explican todo menos el percepto mismo, hecho que inconscientemente acepta cuando confiesa que existe una brecha inexplicable en toda la serie de sucesos.

Y ahora fórmese esta pregunta: "¿Cómo sé yo *primero* que algo existe?" Y tendrá que contestarse que sabe o tiene conocimiento de algo, primariamente a través de la mente y sólo secundariamente gracias a los sentidos. *Esto queda demostrado por el fenómeno del vagabundeo mental y de la distracción de la atención descrito en la prt-*

mera parte del capítulo anterior. La pared de ladrillos que tiene ante sí puede seguir estando en el umbral de su conciencia mientras usted insiste en una atenta y profunda reflexión acerca de una experiencia pasada o de un problema inmediato. Esto no significa que los ojos no hayan cumplido con su obligación. Por el contrario, la imagen de la pared será encontrada perfectamente registrada en la retina. Tampoco significa que el nervio óptico no haya llevado a cabo su tarea de transportar un mensaje vibratorio hasta el cerebro, ni que el centro cortical del cerebro no haya recibido el mensaje. Todo eso se ha hecho, las impresiones sensoriales se han realizado y las excitaciones han surgido en el cerebro. ¿Por qué entonces la pared sigue invisible? Porque la mente no ha prestado atención a nada de ello. Porque no ha sido incorporado a la conciencia. ¡Porque, para decirlo brevemente, sólo podemos experimentar lo que experimenta la mente! Entonces, cuando usted dice que ha tenido conocimiento de una pared que tiene delante, lo que en realidad quiere decir es que ha tenido conocimiento del percepto de una pared, es decir, de la idea de una pared como un objeto de la conciencia.

Lo que es más, este mismo teorema fue demostrado en el examen de las ilusiones y las alucinaciones, igualmente detallado en el capítulo anterior.

Cuando nos ponemos un par de anteojos por primera vez, tenemos plena conciencia de su presencia sobre la nariz. Pero al cabo de un rato las lentes circulares de ante nuestros ojos y la presión ejercida sobre la nariz desaparecen de nuestra conciencia, y terminamos por olvidarnos por completo de la presencia y la presión de los anteojos. Las terminaciones nerviosas de la piel —o sea el tacto— nos informan igualmente de la existencia de ellos. Y sin embargo, por lo general, nos advertimos esas impresiones. La percepción de los anteojos desaparece de la mente, y su existencia con ella.

¿Por qué? Porque el pensamiento de los anteojos viene *primero*, y cuando dejamos de pensar en ellos, absorbidos por otros asuntos, la percepción de los anteojos también cesa. Porque el aspecto exterior de los anteojos no es más que una proyección de la idea interior. Una cosa no puede existir para nosotros cuando no existe *antes* el pensamiento de dicha cosa; ¡esta es nuestra prueba experimental!

Todo suceso y todo objeto es un hecho que previamente debe ser percibido y un objeto que primeramente tiene que ser reconocido. Pero la percepción y el reconocimiento son estados de conciencia, ideas. Dependen de la mente, ¿Puede algún hombre tener la suficien-

te conciencia para saber qué es "solidez", si no tiene primeramente conciencia de ella? ¿Puede una cosa aparecer ante la mente sin ser percibida? ¿Puede ser conocida, a menos de que una mente conocedora sea aprehendida juntamente con ella? ¿Puede haber alguna clase de cognición de algo sólido sin que el principio mental entre inicialmente en esa cognición? No conocemos y no podemos conocer ningún objeto aparte del conocimiento de la idea de dicho objeto. El nacimiento de la conciencia viene antes.

Tenemos que entender firmemente este hecho: que no tenemos primero conciencia de una estilográfica o de una procesión, sino sólo de nuestras sensaciones de ellas. Tenemos que hacer que esta distinción sea tan clara para nuestra experiencia como es evidente para nuestra razón, después de que hemos investigado analíticamente el proceso de nuestro conocimiento de las cosas externas. Tenemos conciencia de pensamientos, imágenes, representaciones de cosas, no de las cosas mismas. Los que consideran que esto es imposible no conocen la psicología como ciencia ni la filosofía como interpretación de la ciencia. Sabemos que las cosas existen, sólo porque originariamente las conocemos con la mente. La mente es el terreno final para las cosas. El pensamiento de la cosa viene antes, y debe venir antes si queremos conocerla. Por lo tanto la conciencia debe surgir antes que nada, aun antes de que se ponga en funcionamiento todo el proceso sensorio. Resumiendo: el análisis de la percepción que nos ofrece la fisiología es el resultado de la observación directa. Pero nadie ha visto jamás el objeto externo *antes* de que pasara a la percepción. Esto es irrefutable. Por lo tanto el objeto es llevado al campo de la conciencia por *primera vez con* la percepción del mismo, y no antes. Entonces, la serie analítica que la fisiología nos ofreció originariamente resulta ser incorrecta desde el punto de vista superior de la psicología, que dice que el nacimiento del pensamiento es el primer elemento de esa serie, aunque sea absolutamente correcta desde su propio punto de vista. Si la fisiología se elevara hasta la filosofía, se vería obligada a revisar su propio análisis y a ofrecer uno menos falible. Pues la fisiología ha caído en ese error porque insiste en considerar el cuerpo como lo único real y duradero en comparación con el pensamiento, al que considera como efímero e ilusorio. La "brecha" del fisiólogo aparece sólo mientras comienza la serie en el orden erróneo. Que la invierta, que ponga la idea —que colocó al final— al comienzo, donde debe ir, y la brecha desaparecerá.

La conciencia es el hecho inaugural de todo nuestro conocimiento del objeto de afuera. Hasta que entra en funciones no podemos siquiera concebir la existencia de tal objeto. Empero, cuando entra en funciones, ¡ni siquiera le concedemos esa simple condición primaria! Percibimos el objeto porque lo pensamos, no pensamos el objeto porque lo percibimos. Esta verdad no es una que el hombre pueda hacer suya con sólo lanzar una mirada en torno; únicamente puede entenderla después de pensar intensamente y de una implacable investigación. Anteriormente se mencionó que había dos puntos que ayudarían a franquear la brecha existente entre el cerebro y la mente. El primero ha sido explicado ya, y el segundo será explicado a continuación: ¿qué es lo que conoce realmente la mente?

Existen varias teorías del conocimiento que se denominan técnicamente teoría del doble aspecto, interaccionismo, paralelismo psicofísico, teoría del emergente, etc., pero ninguna de ellas logra hacer frente adecuadamente a distintas objeciones. Sobre todo, les falta percibir que el lugar ocupado por la mente es de primerísima importancia, porque nada puede ser conocido a menos de que la mente esté presente como una entidad por derecho propio. Si alguien hace la afirmación de que la mente puede aprehender en forma directa un objeto material o una colección de objetos materiales, y *si la materia fuera algo completamente distinto de la mente*, entonces estaría haciendo una afirmación que inevitablemente se contradice a sí misma. Porque si la mente y la materia tienen una acción recíproca, es preciso que exista un vínculo entre ambas, y este vínculo sólo puede ser el de que, en definitiva, tienen la misma naturaleza. Si la materia no fuese lo mismo que la mente, entonces los procesos de conocer los objetos exteriores no podrían tener lugar, porque el conocimiento es una actividad mental; las ideas son su producto, y todo lo que conocemos como percepción o como reflexión son ideas.

El conocimiento es un proceso psíquico interior, y cuando conocemos una cosa estamos obligados, por una ley de relación, a conocerla como un pensamiento. El acto final de la visión es un acto mental. Una multitud de imágenes puede caer sobre la retina de un muerto, pero éste no verá nada. Su mente no está en actividad, y no puede establecer ninguna relación. ¿Dónde se ubican realmente las sensaciones? ¿Dentro de la mente o fuera de ella? Como ocurren en la mente, y como la mente no puede salirse de sí misma, debemos admitir que se ubican dentro de ella. Un objeto debe ubicarse dentro de la misma materia que la conciencia, si se lo quiere reconocer. Lo

que significa que primeramente debe convertirse en materia mental. Por lo tanto un objeto o una experiencia deben transformarse previamente en una idea antes de que la mente pueda tener conciencia de ellos.

Los cinco sentidos parecen hablarnos de las cosas materiales, pero sin la mente quedarían mudos y permanecerían silenciosos para siempre. El análisis del proceso del conocimiento ha revelado ya que la visión, el oído, etc., residen real y finalmente en la mente, y en ninguna otra parte, y que lo que en realidad es llevado a la conciencia es una cosa mental. Es decir que el conocimiento inmediato y directo de la mente es conocimiento de cosas de su propia naturaleza, del mismo carácter y no de carácter distinto, como se supone que son distintas las cosas materiales.

El pensamiento y el sentimiento son prerrogativas de la mente.

Por lo tanto lo que es pensado o sentido es mental, es una idea, ya se trate de una mesa de madera, una estrella distante o una ardiente cólera. Nada es percibido sin ser pensado, y en consecuencia nada de lo que es visto es conocido como cosa distinta de una idea.

¿Cuál es la relación que existe entre sus percepciones y su mente?

¿Existen aquéllas fuera de su mente? La reflexión demostrará que ello es imposible. Son de la misma naturaleza que la mente; es decir, son, conscientes e inmatrimales. Están, entonces, compuestas de la misma materia de que está compuesta la mente misma. La actividad de la mente que experimenta engendra todo lo que conoce. De ahí que la conciencia, como la conocemos corrientemente, sea un continuo de ideas e imágenes. La mente es la que hace posible que veamos, oigamos y sintamos, y la visión, el oído y el sentimiento hacen posible que experimentemos el objeto. Por lo tanto, si no hay idea interna. . . ¡no hay objeto externo!

La creencia común afirma que lo que es experimentado en la sensación es idéntico al objeto físico. En realidad conocemos de la naturaleza del objeto mucho más de lo que se encuentra en los términos de la sensación, o sea en la idea. La actitud nada reflexiva de una visión común del mundo considera lo que es visto como axioma; conoce muy poco del proceso de la percepción por medio del cual es conocido ese mundo de las llamadas cosas físicas. No sabe que el mundo jamás es aprehendido directamente y que, en consecuencia, nunca entra realmente dentro de nuestra experiencia. La mente se apodera en rigor de algo relacionado, de alguna sensación, percepto, imagen o visión que es esencialmente mental. Tiene conciencia de lo que es

PAUL BRUNTON

afin a ella, lo que significa que puede conocer ideas, pero nada más. En definitiva ve lo que se presenta a la conciencia y no lo que se presenta a los sentidos. Lo conocido no es menos mental que el propio elemento conocedor.

La mente llena de tal modo una doble función. Es a la vez conciencia y la idea de la cual tiene conocimiento. Su naturaleza es tal, que no tiene conciencia directa de nada que se extiende *más allí* de ella, sino sólo de los cambios que se producen dentro de ella, es decir, de los pensamientos. Hacer de la mente el receptor pasivo de impresiones de un mundo extraño es ignorar el *hecho* de que la mente sólo conoce cosas mentales, es decir ideas. Que una cosa exterior dé o no nacimiento a una sensación, sólo podrá ser en sí misma una idea, si se quiere que llegue a ser aprehendida.

Toda una serie de falsas interpretaciones y de dudas inútiles desaparece cuando se ve la verdad. La mente no depende de ninguna cosa externa para su conocimiento de esa cosa, porque no hay nada que sea externo o interior a la mente. La cosa debe estar presente en la mente como una idea, y no puede estar inmediatamente presente de ningún otro modo. En verdad los pensamientos son lo único que posee, lo único que experimenta, se trate de pensamientos de haber oído algo o de pensamientos de haber visto algo.

No son los cinco sentidos físicos los que finalmente sienten el placer de un paseo por el jardín, en verano, o el dolor del helado viento del invierno, sino la mente inmaterial. No es el ojo físico, visible, el que lee realmente las palabras impresas en esta página, sino la mente invisible. La verdad de este hecho fundamental de la existencia es tan científica como filosófica, y se convertirá en un axioma aceptado por los textos de estudio antes de que las turbulentas arenas de este siglo se hayan terminado.

LA PRIMACÍA DEL PENSAMIENTO. Debemos reunir ahora toda la penetración que hayamos adquirido en punto de nuestra experiencia exterior de las cosas. Cuando tomamos por primera vez nuestra estilográfica, comenzamos con la idea física de que jamás la habríamos visto a no ser por los rayos de luz. Continuamos con la idea anatómica de que sin los ojos no habríamos visto los rayos de luz. Continuamos con la idea fisiológica de que si no fuera por los nervios los ojos no habrían visto nada, y de que sin el cerebro los nervios habrían experimentado en vano sus vibraciones. Luego nos elevamos a la idea psicológica de que aquí, en este punto, la mente comenzaba su labor cons-

tructiva y que, a no ser por ésta, todavía no podríamos ver la estilográfica. Porque en definitiva teníamos conciencia de ésta como un pensamiento, y el instante de la percepción consciente era el de la verdadera experiencia de la existencia de la estilográfica. Pero advertimos que no había conexión averiguable en el punto de transición del cerebro físico a las sensaciones no físicas, de manera que quedaba interrumpida la continuidad de todo el proceso. Al buscar una explicación de tal interrupción, hicimos el sorprendente descubrimiento de que, como la imagen mental de la estilográfica era la primera noticia que teníamos de su existencia, y como las únicas cosas perceptibles a la mente eran tales imágenes, tales pensamientos, ella misma tenía que haber construido la idea de la estilográfica antes de poder saber que ésta existía.

Comenzamos por hacer de la mente, la luz, el ojo, el nervio y el cerebro participantes de ese juego de adquirir experiencia de la estilográfica. ¡Y hemos terminado descubriendo que no sólo era la mente la que sufría la experiencia, sino que también producía la idea que constituía su experiencia! ¿Qué significa esto? Significa que hemos comenzado por saber que hay una estilográfica, pero que al hacer el análisis de cómo llegamos a tal conocimiento, a tal pensamiento, volvemos a nuestro punto de partida, el mismo pensamiento. Hemos estado describiendo un círculo perfecto. Esto implica que en ningún punto del círculo tocamos el objeto más que como pensamiento. Y, lo que es más extraño aun, implica que hemos estado viajando continuamente dentro del reino de los pensamientos. ¡No hemos logrado más que pasar de una construcción mental a otra!

Esta última conclusión es rara, porque nos obliga a colocar dentro del círculo mental, no sólo el cerebro, sino también los nervios, y no sólo los nervios sino también los ojos, y no sólo los ojos sino igualmente la luz. Y entonces, ¿qué pasa con la estilográfica misma? Dejemos a un lado, por un breve instante, esta pregunta y concentrémonos en este asombroso estado de cosas en que nos hemos embrollado quién sabe cómo. ¡Porque el resumen de todas estas afirmaciones es el de que, al avanzar desde el rayo de luz hasta el cerebro físico, no hemos hecho sino movernos de un pensamiento, de un percepto, a otro en cada etapa del viaje!

Lo que ocurre en los ojos, en los nervios y en el cerebro Sólo podemos conocerlo por lo que observamos en ellos, es decir, por sensaciones convertidas en perceptos, y por lo que podemos inferir de tales observaciones, es decir, por inferencias. Pero tanto las sensaciones como las inferencias son pensamientos. A menos de **que** tengamos el

PAÚL BRUNTON

valor intelectual de llegar a esa conclusión, cometeremos el grave desatino de tratar un grupo de sensaciones —o sea el percepto de la imagen luminosa reflejada de la estilográfica— como si fuesen mentales, tratando a la vez a otro grupo de sensaciones —el percepto de nuestro sistema sensorio corporal— como no mental. Los dos reinos de observaciones son idénticos en la medida en que ambos son objetivamente experimentados y físicamente vistos. ¡Tanto el rayo de luz como el cuerpo carnal se encuentran exactamente en el mismo plano!

Debemos ser, pues, coherentes. ¡Lo que es válido para la imagen iluminada y coloreada de la estilográfica, formada por los rayos de luz, es igualmente válido para las imágenes iluminadas y coloreadas de los ojos mismos, de los nervios y del cerebro! Conocemos todas estas cosas pensables, porque, en último análisis, son conocidas como ideas. Por lo tanto no nos queda otra alternativa que hacer de todo el sistema de ojos, nervios y cerebro un sistema de ideas.

La ciencia nunca ha sido capaz de demostrar cómo pueden fundirse una impresión sensorial y una idea objetiva. Esto se debe a que ha dividido artificialmente lo que forma una unión indivisible. Ha seccionado en teoría lo que nunca ha sido seccionado en la realidad. La cuestión implicada en la "brecha" del fisiólogo es imposible de solucionar porque es informable. La continuidad interrumpida de la explicación sólo puede mantenerse si se tiene la audacia de poner juntos todo el sistema nervioso, todo el cuerpo y todo el objeto exterior, haciéndoles formar una unidad con la sensación misma, es decir, privándolos de su carácter material y convirtiéndolos a todos en ideas. Debe formarse la opinión de que el lugar de ellos en el circuito sensorial es tan mental como lo es la idea con que termina el circuito. De lo contrario el proceso de conocer las variadas cosas de este mundo se torna inexplicable y debe continuar siendo un misterio insoluble.

¡Tanto el acto inicial como el final de la sensación son, entonces, como se ve, actos mentales! Todo lo que ocurre entre ambos ocurre en la mente. De un modo similar, la sustancia inicial y la final encaradas son asimismo mente. ¿Dónde hay, pues, lugar para una estructura *material* de los ojos, los nervios y el cerebro? Estas tienen que ser también construcciones mentales, porque ni el nervio, ni el cerebro, ni el ojo pueden explicar suficientemente la formación de una percepción, si se los considera cosas no mentales. Su misma naturaleza ofrece obstáculos intrínsecos para la construcción de un puente entre el acto consciente de la percepción y los materiales supuestamente conscientes que son elaborados para formar el acto. La ciencia no ha conseguido superar esos

obstáculos, y es imposible concebir que puede llegar a hacerlo alguna vez. La fisiología puede describir minuciosamente estos materiales y la forma en que están ordenados, pero nada más. Porque la percepción final es un asunto mental y, en consecuencia, está completamente fuera de sus límites. La solución consiste en reconocer que la mente está activa y presente continuamente.

La enseñanza oculta no altera ninguno de los hechos científicos ya expuestos acerca de la sensación y la percepción; por el contrario, los tiene en cuenta. Lo que hace es completarlos lanzando un puente a través del enorme abismo dejado por ellos. Explica que toda la estructura de ojos, nervios y cerebro se encuentra dentro de la mente y nunca ha existido fuera de ella, lo que significa que estamos tratando todo el tiempo con ideas mientras creemos que tratamos con sustancias materiales no mentales moldeadas en la forma de ojos, nervios y cerebro. La razón de que no tengamos conciencia de esto es que circunscribimos a la mente dentro de un pequeño espacio, en el interior de la cabeza, y por lo tanto no tenemos otra alternativa que colocar fuera de la mente la estructura nerviosa y sensorial. Olvidamos que todo el cuerpo no es más que un complejo de perceptos mentales. Todo el delicado aparato fisiológico que fabrica las impresiones, la red de complicados nervios y de retorcidas circunvoluciones del cerebro, que pertenecen al cuerpo físico y que son considerados cosas sólidas, materiales, están encerrados dentro del círculo encantado de la conciencia, son conocidos sólo mentalmente: tienen que ser, en resumen, nada más y nada menos que construcciones mentales.

¡Cómo! —se objetará—, ¿tenemos que considerar nuestra conciencia de una persona que se encuentra ante nosotros como nada más que la conciencia de un grupo de ideas? La respuesta es que tanto el tacto y la vista como todos los demás sentidos son mentales, que más allá de esas sensaciones que nos hablan de la cabeza, del tronco, de las piernas y que en definitiva se resuelven en estados conscientes, no sabemos nada con seguridad. Nuestra conciencia y sus estados existen con una seguridad irrefutable, pero la materialidad del cuerpo de la otra persona sólo existe como una idea. El contenido total del ser de dicha persona es para nosotros idéntico a nuestros estados conscientes. La persona no es ni puede ser extramental. No puede ser independiente de nuestra conciencia.

En cuanto abandonamos la fútil tentativa de considerar las impresiones sensoriales del cuerpo humano, ya sean las del nuestro o las de otro, como actividades materiales y las vemos como lo que son —pura-

mente mentales—, el cuadro de nuestro universo se torna más claro y los misterios que acosan al punto de vista materialista desaparecen por completo. Ninguna otra cosa puede contestar perfectamente nuestra pregunta y ninguna otra cosa satisfará profundamente a nuestra razón. De tal modo nuestra conciencia final de la existencia de todos estos nervios sensorios y estos organismos sensoriales es en sí misma un acto de percepción. Si bien hemos tenido que terminar con la mente, es posible que lleguemos a darnos cuenta de que inconscientemente también comenzamos con ella. Hemos estado viajando en círculo y en realidad nunca nos apartamos de la mente en momento alguno. Los términos "cerebro", "nervio" e "instrumento sensorial" son en verdad simples términos empleados por la mente para describir sus propias experiencias. ¡Ellos mismos son objetos percibidos! El conjunto del cuerpo físico del hombre no es nada menos que un percepto, porque tenemos conciencia de él debido a que vemos partes de él, vemos su superficie, etc., todo lo cual es simplemente una serie de sensaciones internas. Finalmente, se puede sugerir a los que encuentran dificultad en entender estos puntos, que, se admite, son difíciles, que una ilustración útil es la de considerar la experiencia onírica de los cuerpos que aparecen en los sueños.

Mientras los hombres lleguen a conclusiones prematuras, sin haber reflexionado, en punto de ese acto familiar de experimentar una cosa exterior, acto que se repite constantemente a lo largo de su vida de vigilia, no podrán entender su vital e inmensa importancia como clave para la correcta comprensión del misterio de la vida.

Permítaseme subrayar que lo que se ha escrito en este capítulo no ha sido escrito desde el punto de vista práctico de la vida cotidiana, sino desde el punto de vista más sutil de lo que es definitivamente cierto. Nuestro criterio de verdad no será el de lo que sienta la palma de **la** mano de uno —que es suficientemente satisfactorio para el hombre común—, sino el de lo que averigüe **el poder de** razonamiento y de juicio de la mente, único satisfactorio para el filósofo. Nadie podrá jamás desalojar a la razón de **ese** hecho central **del** mentalismo, haga lo **que** hiciere.

¿QUÉ SON LAS COSAS? Es hora ya de **encarar** uno de nuestros problemas finales. ¿Qué se hace de nuestra cosa independiente exteriormente experimentada, que en cierto modo ha sido dejada fuera de **esta** explicación mientras nos encontrábamos tan preocupados averiguando **cómo formábamos nuestra idea de ella? Nos parece haber entrado en**

estrecha relación con esos objetos externos, pero ahora sabemos que nunca nos relacionamos más que con las ideas. Creemos tener experiencia inmediata de las cosas materiales, pero es absolutamente imposible demostrar su presencia *inmediata* en nuestra experiencia. Podemos dar testimonio sólo en cuanto a la experiencia de imágenes mentales y en cuanto al hecho de que el objeto existente independientemente nunca se ha revelado en realidad a nuestros sentidos; sólo hemos *pensado* en él, así como hemos pensado en los sentidos mismos. No podemos hacer una afirmación veraz acerca de él por la simple razón de que nuestra experiencia está completamente separada de él. No podemos colocarnos junto a él.

¿Debemos entonces humillar la cabeza y admitir que esa cosa misteriosa en sí misma permanece fuera del otro extremo de la serie ojo-nervio-cerebro, como un objeto aparentemente desconocido e incognoscible?

Aceptamos la existencia de las cosas porque las percibimos. Estudiamos esto más atentamente. Es necesario examinar con mayor minuciosidad este acto de percepción. Damos habitualmente por sentado, cuando experimentamos sensaciones y percepciones, que estamos experimentando cosas materiales y que estamos recibiendo información acerca de objetos que existen separadamente de nosotros. El filósofo, sin embargo, no puede permitirse dar nada por sentado. Consigue, gracias a la más profunda reflexión posible, llegar a una comprensión de lo que ocurre realmente, rechazando todas las suposiciones e inferencias del proceso.

En primer lugar, debemos dejar aclarado fuera de toda duda que el *momento* mismo de sentir la existencia de una estilográfica es un acto mental, un acto de conciencia, y no ya un acto de vibración nerviosa o de cambio cerebral; que no es en modo alguno un proceso físico. La explicación fisiológica de la sensación lo explica todo, menos ese primer momento de conciencia en que la estilográfica nos es conocida. No explica el conocimiento de la conciencia de la estilográfica, el acto mental de conocerla como separada del acto supuestamente físico de entrar en relación con ella. Más aun, el simple acto de juzgar las impresiones de los objetos es en sí mismo una actividad mental que no puede ser explicada por ningún proceso físico. Así, en lugar de separar percepto de objeto tendríamos que separar del percepto mismo la conciencia de la percepción, ya que ambos son mentales; y en lugar de separar lo subjetivo de lo objetivo, haríamos mejor en separar la conciencia y el objeto de la conciencia, es decir, la idea.

Cuando examinamos este símbolo verbal, *idea*, descubrimos que es una expresión de una conciencia inmediata, innata, directa y evidente, en tanto que la de las cosas es indirecta, agregada e interpretada; en una palabra: inferida.

Como vemos la imagen mental de un hombre material, externo, independiente, separado, pensamos automática e inconscientemente que existe también una persona con la cual la imagen corresponde. Ello no obstante, tal es la relatividad del pensamiento, que la presencia misma de una idea nos obliga a prejuzgar en cuanto al problema y a pensar que existe afuera una cosa material que ha dado nacimiento a la idea. Sólo se conoce directamente el percepto de un hombre. Cualquier otro debe ser un percepto mentalmente construido. La conciencia de las sensaciones es cierta e indubitable. El conocimiento de una causa exterior a que responden esas sensaciones es totalmente inferida y supuesta. Vemos, gustamos y sentimos las cosas externas como absolutamente independientes, sólo porque *comenzamos* con una creencia innata de que son absolutamente independientes. Si A y B están en relación causal, entonces A siempre viene antes. La causa precede al efecto. Ahora bien, ¿qué experimentamos primero de los objetos externos? ¡Vaya, tenemos conciencia de la impresión mental de ellos, y de ninguna otra cosa en ningún momento! ¡Por lo tanto, si la impresión mental viene antes, ella tiene que ser la causa! Hacer del objeto externo la causa de la sensación interna es lo mismo que hacer de la sensación la causa de la sensación, es decir, establecer una petición de principio e intentar lo que es imposible e inconcebible.

Debemos subrayar lo que sólo aparecerá con una aguda reflexión analítica; a saber: que la experiencia mental precede a la experiencia física, y que ésta sigue a la primera nada más que porque es una inferencia subsiguiente. La imagen antecede a la inferencia de que el objeto existe. Inconsciente y casi instantáneamente decimos que el objeto está afuera, *después* de que hemos percibido la imagen; es un acto posterior. Pero concediendo que el conocimiento del objeto independientemente existente llegue después del conocimiento del percepto, ¿cómo se demuestra que sea sólo una inferencia? La respuesta es que todo lo que no puede ser inmediatamente conocido, todo lo que no puede ser conocido como es en sí mismo tiene que ser llevado necesariamente a nuestro conocimiento por el trabajo de la imaginación. Debemos representárnoslo por medio de la facultad creadora de imágenes de la mente. Y para saber qué imagen construir tenemos que pasar por el corredor del razonamiento **subconsciente, hasta llegar a una conclusión final, que sólo**

podría ser una inferencia, aunque fuese una inferencia correcta, que no lo es.

El pensamiento es primario, en tanto que la cosa es secundaria. La idea es real, en tanto que el objeto es inferencial. *Antes* de que la mente se revele a sí misma la percepción no hay conocimiento de ningún objeto externo. Tal objeto aparece en la escena *subsiguientemente*; hasta entonces no se puede decir nada de él. Esta importante distinción forma el cimiento mismo del mentalismo. Y esta distinción no es la especulación fantástica de metafísicos imaginativos; comienza a ser lentamente el descubrimiento real de personalidades como Eddington y Jeans, **que** se encuentran en la primera fila de la ciencia moderna. La significación de esta distinción es que el objeto depende verdaderamente, para su existencia, de la idea de él; no es la idea la que depende del objeto. **Nadie** puede probar que éste posea una existencia independiente. La mente **es** su base y su sostén. Es un derivado mental.

Puede que encontremos suficiente valor para encarar la verdad en lo que respecta a esos objetos externos. Porque hemos descubierto en nuestro estudio de las ilusiones que la *capacidad* de una ilusión para engañarnos desaparecía cuando nos tomábamos el trabajo de investigarla, aun cuando quedara la *existencia* de la ilusión. De un modo similar, los objetos externos, después de que nos hemos tomado el trabajo de examinarlos, han resultado ahora inferidos, aunque continúan estando en la experiencia. Ahora bien, una inferencia es una imaginación, es decir, una idea. De modo que nuestro objeto externo resulta ser una idea, así como lo es nuestra experiencia del mismo. Cuando se lo analiza, también él resulta ser un pensamiento. ¿Qué significa esto? Así como en la ilusión la mente crea un objeto propio y luego supone que es real, así, en el caso de la experiencia cotidiana corriente, la mente ha creado una cosa externa y luego supuesto su existencia; y así como en la ilusión la cosa supuesta era indubitable y repetidamente vista, así también aquí el objeto inferido es también clara y persistentemente visto. Es indudable que un percepto es un dato de la conciencia, pero es simplemente una idea el que el objeto se encuentre afuera. Lo primero es un hecho, pero lo segundo es improbad e indemostrable. Un objeto independiente no es visto nunca separadamente, sino sólo inferido psicológicamente. Podemos prestarle la máxima atención y dedicarle nuestra más despierta vigilancia, pero jamás lograremos distinguirlo de la idea. Porque su misma existencia descansa sobre inferencias e implica suposiciones. Pero la verdad no trata con inferencias. Debe **mantener** los **pies** sobre terreno firme: hechos **verificados** y **averiguados**.

Se ha equivocado quien se irritó ante esta incursión en aparentes abstracciones. Porque hasta que no se ha formado una idea correcta de cómo llegamos a conocer el mundo externo de las cosas que descansan o se mueven en el espacio no puede penetrar la realidad de ese mundo. Hasta que no ha analizado el contenido de la conciencia del mundo no puede entender cómo ha sido construida ésta. Habitualmente consideramos que la pared que tenemos delante está bastante apartada de nuestra sensación de su existencia. Nos aferramos sin reflexionar a la opinión de que primero vemos la pared y luego hacemos en la mente una imagen representativa de su apariencia. La pared se ubica en el primer lugar y su imagen mental en el segundo lugar, en el orden de nuestro supuesto conocimiento de la misma. Ya hemos averiguado cuán poco correcto es esto. Llegaremos ahora al punto de vista correcto y minaremos los cimientos de nuestra antiquísima certidumbre humana en cuanto a la naturaleza del mundo, la posición del cuerpo y la dimensión de la mente.

¿Cómo podemos continuar dando por sentado que, si bien no podemos conocer directamente el objeto, nuestra idea de él es una imagen que lo copia más o menos satisfactoriamente, una especie de fotografía hecha en la mente por el objeto? ¿Cómo esta creencia puede continuar en vigencia después de todo lo que hemos descubierto con nuestro escudriñador análisis? ¿Cómo puede ser que el objeto esté realmente allí, fuera de nosotros, y que la percepción del mismo es sólo una copia de él, si bien una copia mental? ¿Cómo puede ser que nuestra aprehensión de un universo material sea correcta, cómo puede ser que sea como parece ser y no necesite ningún análisis? Porque todos nuestros hechos demuestran que hemos comenzado inconscientemente con la idea del objeto y terminado conscientemente con ella, y que la percepción es un acto psicológico, y que la percepción de una estilográfica no es simplemente ver la copia mental de una estilográfica, sino ver literalmente la estilográfica mismo, porque ésta es idéntica al percepto mental y no está meramente relacionada con él. La teoría de que aunque es cierto que sólo conocemos nuestras construcciones mentales, estas construcciones son sólo copias, representaciones de algún objeto material exterior, desconocido, resulta absolutamente inválida. Porque el objeto forma parte él mismo de la construcción y no existe justificación alguna para separarlo de la totalidad de la percepción, a no ser la justificación de un prejuicio antiguo y habitual. Los que creen en la teoría de la "copia mental", los que ponen la idea y el objeto en distintos extremos de la misma vara, no hacen más que unir lo incompatible.

Las cosas materiales no son sólo tan mentales como sus pretendidas percepciones "subjetivas", sino que son intrínsecamente lo mismo. Sería un grosero error creer que una percepción es una simple copia mental de un objeto. Este último es tan subjetivo como la primera. Tanto la supuesta cosa material como el registro consciente de la misma son construcciones mentales y nada más. La noción de que la construcción misma se conforma a la cosa material es pura suposición.

La idea de una pared es lo único que conocemos con seguridad, porque es lo único que realmente experimentamos; el resto no es más que deducción inconsciente y juicio erróneo automático. Porque toda nuestra atención se dirige hacia la pared externalizada y no hacia la conciencia de lo que ocurre realmente durante su percepción. De ahí que las personas simples y superficiales caigan en fácil error, confundiendo esa idea con una cosa exterior. La idea, la copia mental que se supone que ha cobrado existencia a consecuencia de la presencia de la pared material, es la primera cosa que conocemos realmente, en tanto que la materia es la segunda cosa. Pero no tiene la ventaja de ser conocida; es sólo inferida y remota, y como inferencia es sólo una copia de la primera idea, o sea que hemos multiplicado la construcción misma. Podemos arreglárnoslas perfectamente sin tal multiplicación. La lección consiste en que tenemos que dar preferencia y conceder prioridad a la percepción- misma antes que al objeto de la percepción, porque debemos trazar una estricta línea límite entre lo que es realmente percibido y lo que meramente se infiere.

Pero no hemos terminado aún con nuestro crítico. Podría muy bien preguntarnos: "Si no hay nada externo, si no hay ninguna cosa independiente, surge inevitablemente la pregunta: ¿Por qué obtenemos la idea de un objeto cuando no hay aparentemente nada que la cause?" Esta y otras críticas y objeciones que pueden ser hechas, y que probablemente se harán, contra el mentalismo, tienen que ser dejadas lamentablemente para posterior consideración, cuando la doctrina sea más adecuadamente explicada y finalmente demostrada en el segundo volumen de esta obra. Están vinculadas a problemas más avanzados. Porque a menos de que se entiendan completamente la naturaleza de la Mente, el misterio del sueño, el significado de los sueños, el secreto del *yo* y la significación de la creación, la convicción de la verdad del mentalismo no podrá ser finalmente aprehendida ni su tremenda contribución puesta en relación con nuestra vida común. La filosofía en general ha ofrecido hasta ahora muchos interrogantes pero pocas soluciones definitivas, en tanto que la enseñanza oculta ofrece una clave completa para la com-

prensión del TODO. Adviértase que toca esos atormentadores misterios sólo para solucionarlos, pero esa solución pertenece a las doctrinas más avanzadas y únicamente puede ser entendida después de que han sido hechos los difíciles estudios preparatorios; y no puede ser separada sin provocar desconcierto, que surgiría de los extraños hechos que allí se revelarán. Tal es la lamentable situación, y así tenemos que dejarla necesariamente por el momento.

Entretanto, en respuesta a las preguntas —¿por qué el objeto independiente contribuye a nuestra sensación de visión, olor y tacto, y por qué induce esas sensaciones por su mera presencia?—, podemos decir ahora que como el percepto fabricado con tales sensaciones es el objeto mismo, las preguntas se derrumban como informulables. Cosa y pensamiento son idénticos. Los que quieren distinguir entre la cosa aparte de la mente y la cosa en relación con nosotros, intentan lo que es imposible, porque son tan inseparables como el rayo de sol y el sol. El pensamiento *es* la cosa, el percepto es el objeto y no a la inversa. Todo objeto, juntamente con las relaciones de espacio y de tiempo que lo acompañan, es un objeto percibido en la conciencia y en ninguna otra parte, y por lo tanto depende de ella. Lo que llamamos objeto material es en realidad el percepto de un objeto material construido en nuestra mente, y la proyección exterior de un percepto es en realidad el objeto mismo. Lo que inmediata e indisputablemente existe para nosotros es el percepto terminado. No tenemos que vacilar en aplicar este principio con la máxima audacia. Las locomotoras y los rascacielos de hormigón armado, los anchos lagos y las elevadas montañas son tan construcciones mentales como cualquier otra cosa que veamos en las febriles ciudades o en los plácidos paisajes.

Al principio es difícil, pero luego resulta fácil entender este hecho primario: que los supuestos datos de las actividades sensoriales, es decir, las sensaciones, son ellos mismos los objetos con los que tratamos en nuestras relaciones con el mundo. Cuando reflexionamos vemos que la cosa y el pensamiento se encuentran, que lo objetivo y lo subjetivo se funden, que cualquier distinción entre ellos es arbitraria, porque es hecha por el hombre y no por la Naturaleza. Así, los elementos objetivo y subjetivo se funden en la unidad, en una identidad radical. Es imposible separar en el pensamiento la cosa y la construcción, cuando consideramos lo que son en realidad. La reflexión exige implacablemente que las fundamos en una. Es una férrea necesidad de las leyes del pensamiento, contra la cual no puede prevalecer ninguna cambiante convención.

¿Cuál es la distinción entre una cosa tal como la vemos y tal como es en sí misma? Para nosotros no existe. El propósito de las actividades prácticas de la humanidad nos da derecho a no investigar más allá del punto de vista común que no confunde el pensamiento con la cosa. Pero esto no está a la altura de la investigación crítica filosófica, que exige la verdad completa y nada menos, y que, por lo tanto, descubre que la cosa es en realidad el pensamiento de la cosa. De ahí que para los fines filosóficos nos veamos obligados a borrar la distinción existente entre el pensamiento y la cosa. Podrá existir en la Naturaleza, pero no existe en el conocimiento. Es imposible demostrar que es un hecho y es igualmente imposible demostrar que es una ficción. Porque la cosa en sí misma está fuera de nuestro alcance, a no ser como pensamiento. El establecimiento de una actividad material en oposición a una mental descansa sobre la noción falsa y perversa de un mundo bifurcado que contiene cosas exteriores y pensamientos interiores. Las masas superficiales hacen inmediatamente esta discriminación, pero si piensan con suficiente hondura jamás podrían mantener esta absurda tesis. Las personas no instruidas ni reflexivas creen que tienen una conciencia directa de los objetos exteriores, porque consideran que la construcción mental es el objeto material. Los mejores psicólogos filosóficos están mejor enterados, porque saben que las operaciones mentales involucradas son las *primeras* en entrar en el campo de la conciencia, y que son también las últimas.

Mientras insistamos empecinadamente en trazar una línea divisoria entre las cosas y nuestra percepción de esas cosas seremos incapaces de entender su verdadero carácter. Mientras separemos lo uno de lo otro nos encontraremos en este *cul de sac* que hace que el problema resulte absolutamente insoluble. En cuanto eliminemos ese error primario, en cuanto arrojemos ese fundamental y fatal error de cálculo en el crisol de una reflexión atenta podemos tener la esperanza de encontrar el hecho verdadero acerca de nuestro conocimiento del mundo, pero no antes. Las masas piensan y sienten, naturalmente, que toda cosa exterior viene antes, y que su imagen mental no es más que una copia que surge subsiguientemente. No se las debe censurar por ello, porque la Naturaleza oculta su oro en las profundidades de la tierra y su verdad en las honduras de la reflexión. El hábito nos obliga a establecer esa separación de pensamiento y cosa, pero la reflexión nos obliga igualmente a reparar tal error. Los que no quieren tomarse el trabajo de abrirse paso a través de esta enmarañada investigación no pueden abrigar la esperanza de percibir la verdad en punto de las cosas familiares que los rodean. El

que, se trate de una estilográfica o de procesión, cada una de esas cosas es mental, es una verdad que se encuentra en oposición directa y primaria con sus primeras y principales impresiones. Nada que no fuera el más severo análisis de sí mismo y el más sutil pensamiento desarrollado dentro de sí habrían podido dar jamás al hombre el conocimiento de esta sorprendente verdad.

Cuando llevamos esta línea de razonamiento hasta su extremo más lejano, con minuciosa coherencia, no podemos dejar de extraer la conclusión de que, si bien ha convertido los objetos en ideas, no se detiene ahí, ¡sino que vuelve a convertir las ideas en objetos!

CAPÍTULO XII

EL DERRUMBE DEL MATERIALISMO

Volvamos a nuestra locomotora. Aun cuando usted extienda la mano y la sienta allí, detenida en el espacio, separada de usted, aun entonces todo el acontecimiento ocurrirá dentro de su conciencia y en ninguna otra parte. Porque el espacio es tan mental como el tiempo. La locomotora no es más que una construcción mental. Trate de tener conciencia de ella sin las características que producen las sensaciones de su existencia en la mente de usted. Descubrirá que la hazaña es imposible. Elimine con el pensamiento el color, la forma, la dureza, el peso de la máquina; elimine con el pensamiento, en rigor, todas sus propiedades, ¿y qué quedará? No quedará nada, porque gracias a la suma de todas esas propiedades puede usted percibir la locomotora donde la ve.

"Admitamos —dirá usted— que la locomotora tiene que desaparecer para mí cuando no existen sensaciones de ella. ¿Pero no hemos olvidado la sustancia de que está hecha, la materia a la cual esas características pertenecen, la raíz de todas esas propiedades?"

Reflexionemos a ver si es así. ¿Puede usted ver esa sustancia? "Sí —contesta usted—, es verde." Pero lo que usted ve como verde es un color, y ya se ha demostrado que los colores no son inherentes a las cosas mismas. Si su supuesta sustancia existe realmente, entonces no tiene que poseer ningún color. ¿Puede usted ver en la locomotora alguna sustancia incolora? Se verá obligado a contestar que no puede, y que cuando piensa en ella sin pensar simultáneamente en un color, se ve obligado a imaginar que algún color debe de subsistir en ella y que, por lo tanto, el color es una parte de la materia. Esto, sin embargo, es una ilusión de parte de usted, porque la ciencia ha demostrado que los colores de todos los objetos que vemos, hemos visto o veremos no forman parte del objeto mismo, sino que nacen gracias al juego de los

PAUL BRUNTON

rayos de luz sobre ellos. En otras palabras, el color es en realidad una interpretación óptica de la luz misma, y no el objeto revelado por la luz. El análisis fisiológico de la vista demuestra que la producción de color es obra de los ojos, en tanto que la sensación de color es trabajo de la mente. La proeza de imaginar una materia incolora es imposible; no importa cuan intensamente trate la mente de no hacerlo, tendrá que asignar alguna clase de color a toda sustancia vista, porque color y sustancia deben coincidir. Por lo tanto es imposible separar por completo el color de algún objeto percibido.

Pero esto conduce a una curiosa situación. Porque el color no puede existir dentro de nosotros mientras la cosa misma existe fuera de nosotros. Tienen que estar juntos los dos, y como descubrimos que el color tiene finalmente una existencia mental, también debe tener existencia mental la sustancia del objeto, o "materia". Ambos son construidos en la mente y en ninguna otra parte.

"¿Pero cómo es que los colores varían, si son interpretaciones?"

¿Cuál es la causa de tales cambios?" Esta pregunta plantea el complejo problema de causa y efecto. Emmanuel Kant señaló que esta relación era forma natural del pensamiento humano, que es la mente la que comienza por creer que existe algo que se llama causa y que luego la busca, y que existe una misteriosa e inabordable sustancia en sí misma cuya presencia nos proporciona la idea de la sustancia material. Aquí se explicará lo que tiene que decir la enseñanza oculta en relación con tal sustancia, pero el problema más difícil de la causa y el efecto tendrá que ser reservado para el segundo volumen.

"Pero —agregaré usted— aunque no pueda ver esa sustancia, puedo palparla con los dedos." La respuesta a esto es que lo que usted siente es solidez y redondez, resistencia e impenetrabilidad. Pero estas son cualidades que le llegan como sensaciones musculares, y por lo tanto pertenecen a su mente. No están separadas de usted. No son la sustancia no mental que usted dice que son. Es imposible separar el tamaño y la figura de un objeto del color y la sensación táctil que produce cuando es tocado. Es decir: no podemos poner lo primero afuera y lo segundo adentro de la mente. Todo ello existe, y, por su naturaleza, sólo puede existir junto. Nos es posible identificar una forma por su tacto y color, y si ponemos a este último en un lugar y a la masa o volumen en otro, estaremos haciendo violencia al acto mismo de la percepción y tornándolo imposible. Entonces la conclusión final es que todo el objeto, y no solamente una parte de él —toda la materia de que está compuesto— puede existir sólo mentalmente.

La objeción anterior, de que si esta doctrina de la percepción era cierta entonces una enorme locomotora no debería ser pesada o dura, si está compuesta solamente de sustancia mental, puede volver a ser mencionada como inadmisibile. Porque ahora podemos percibir cómo ha confundido los problemas y dejado de captar la verdadera naturaleza de la doctrina. Nadie niega la dureza y pesadez del vehículo.. Las aceptamos porque nos llegan en la forma de sensaciones. En rigor sentimos que podemos tocar pero no mover la máquina, y que es dura y pesada. Y sin embargo, la dureza, la pesadez y la resistencia de que tenemos conciencia son conocidas sólo por la mente y dentro de la mente. Esto demuestra que ésta es enteramente capaz de experimentar toda clase de sensaciones; ya se trate de dureza o de blandura, de pesadez o de ligereza. Por lo tanto es erróneo declarar que lo que es mental no puede ser experimentado como tales sensaciones sustanciales y tocables. ¡Si eso fuera correcto, nunca podríamos tener sueños!

En este punto es posible que usted se aparte, disgustado, o, si se queda, será para insistir empeinadamente en la afirmación de que existe y debe existir en la materia de la locomotora algo más que meras sensaciones, de que ningún registro nervioso como lo es una sensación podría parecerse a una cosa sustancial como la materia.

Aquí nos vemos forzados a formular una pregunta directa y a exigir una respuesta directa: "¿Cómo es esa 'materia'?" Haga usted lo que quiera, regístrese la razón y atormente su conocimiento como le parezca, le será imposible hablar de ella, a no ser en términos de sensación. Le resultará imposible afirmar en qué caso la materia es distinta de la sensación. Cualquier opinión que adopte al respecto la hará necesariamente visible o palpable, oíble, audible o gustable; es decir, la hará residir en sus sensaciones y, por lo tanto, en su mente. Despoje a su conciencia de la locomotora de todas las sensaciones y ya no le quedará locomotora de la cual tener conciencia ni restará ninguna sustancia material como residuo. Por ello, ¿por qué habría de creer nadie en esa misteriosa sustancia? Podemos creer en las sensaciones, porque sabemos que existen, pero esa pretendida materia no puede ser realmente captada por la mano ni por la mente. La sustancialidad existe sólo como una sensación de la mente, en tanto que la sustancia misma sólo existe en la imaginación. La materia del crítico es sencillamente un agregado innecesario a sus sensaciones; es ficticia e inexistente. Cuando se la estudia con atención, se derrumba como una simple invención de la mente humana. Es cierto que la mente pura es en sí misma tan remota a la vista, tan ajena al tacto y tan vacía a la percepción humana como la materia.

Pero en tanto que conocemos sus efectos en los pensamientos, las ideas y las imágenes, es decir, en la conciencia, nunca conocemos efecto alguno de la materia.

Un diccionario nos dice que materia es la sustancia de que está hecha una cosa física, y en ese sentido se emplea aquí la palabra. Pero cuando volvemos a abrir sus páginas vemos que sustancia es la esencia o la parte más importante de algo, y que físico significa aquello que está hecho de sustancia. El resultado de todas estas definiciones es simplemente este: ¡que todas las cosas que nos rodean son esencialmente materiales, y que la materia es materia! Buscar en el diccionario ha sido un esfuerzo vano. Lo que hemos averiguado no es en realidad más que, según la frase de Hamlet: "¡Palabras, palabras, palabras!" La aplicación del análisis semántico es importantísimo aquí. A menudo somos desorientados por el uso acostumbrado de palabras de apariencia inocente, que nos hacen creer que representan hechos, cuando en verdad sólo representan meros sonidos. Porque el análisis muestra que la palabra "materia" carece de significación. Tenemos derecho a escribir un signo de interrogación junto a ella. Tenemos derecho a formular las siguientes preguntas: ¿Alguien ha observado la materia en sí misma, aparte de los objetos de los que se supone que se reviste? ¿Ha sido alguna vez accesible a los cinco sentidos del hombre? ¿Alguien la observó nunca, antes de que se formara la idea de ella? De tal modo, definir adecuadamente la materia implica negarla.

La existencia de materia o sustancia despojada de toda cualidad que permita existir a un objeto para nuestros sentidos resulta impensable. Lo que constituye el objeto es la totalidad de esas cualidades; eso lo sabemos, pero el conocimiento de la materia misma es psicológicamente imposible. Aparte de los perceptos no hay rastros de sustancia material. No podemos captar ningún objeto, ya se trate de una estaca o de una piedra, que no sea captado en la experiencia *consciente*, es decir, mentalmente.

La materia como entidad independiente se encuentra en directa antítesis con la mente, a menos de que reconozcamos que es nada menos que la mente. La noción de la inmaterialidad de esta última entrará eternamente en conflicto con la sustancialidad *separada* de la primera. Lo que está presente ante la conciencia tiene muy poco derecho a ser considerado como más real que la conciencia misma. La materia no es distinta de la mente, aunque así lo piensen los que no la han investigado a fondo. Esto rige para las locomotoras así como para los rieles de acero sobre los cuales corren. Lo mental no sólo explica la existencia

de la materia sino también su propia existencia, en tanto que es absolutamente imposible explicar irrecusablemente lo mental por lo material. Puede resultar desconcertante el escuchar que la materia es sólo una idea, pero ninguna mente ha sido nunca capaz de formar en sí misma una concepción de ese fantasma, a no ser como se *piensa* que es. Es infantil aceptar los informes sensoriales como si fueran realmente informes de un mundo material, pero es chapucero ponerlos en duda. Si la materia es teóricamente separada de la mente, se convierte en una sustancia espuria, en una quimera que podremos buscar pero que no encontraremos nunca. Semejante pensador, entonces, repudiará su existencia, sin componendas.

Hace varios miles de años, nada más que con la más aguda concentración mental posible, el sabio indio percibió lo que el hombre de ciencia occidental ha *comenzado* a percibir en nuestra época: que la materia no es la sustancia independiente que parece ser. Los que siguieron cursos superiores de física, hace poco más de una generación, estudiaron una materia que desde entonces ha desaparecido de la consideración científica, ¿pero a dónde ha desaparecido lo que el hombre de ciencia conoce claramente? Porque su mente lucha contra lo incomprendible, hasta que se muestra dispuesto a convertirse en filósofo. El desagradable dilema en que la ciencia se encontrará pronto y del que no podrá escapar es: ¿Cómo sabe que existe un objeto material correspondiente a la idea del mismo, si nunca ha visto un objeto material y si nunca puede experimentar tal objeto?

¡Porque una de las más grandes consecuciones teóricas de la ciencia en este siglo ha sido la desmaterialización de la materia! La concepción de la materia ha sufrido un cambio tan rápido y radical, que ningún científico se atreve ahora a dogmatizar en cuanto a su existencia. La noción de que la materia es sustancia ha sido reemplazada por la noción de que la materia es energía ondulatoria. Sin embargo esta última, aunque mucho más plausible, sigue siendo tan inferencia como la primera. La materia, aceptada por el hombre de la calle, convertida en ondas de fuerza por el hombre del laboratorio, es devuelta a la mente por el filósofo. Lo que conocemos de ella es sólo sensación, y las sensaciones de luz, de piedra o de hierro son enteramente mentales en su origen.

Tocamos y aferramos algo con firmeza, oprimimos y contraemos nuestros músculos cuando sostenemos algo sólido en la mano, y así parecemos tranquilizarnos a nosotros mismos en cuanto a la existencia de la materia, pero lo único que hemos hecho en realidad en revelar

ignorancia y demostrar prejuicio. Los que toman la materia como una cosa real y, como el impaciente Dr. Johnson, patean impulsivamente en el suelo para demostrarlo, ¡no hacen más que demostrar que consideran que sus músculos son criterios adecuados de verdad! Su triunfo es grotesco e ilusorio. Porque las sensaciones musculares de resistencia y presión, que muestran las formas, son, aun así, sensaciones, y las sensaciones, a la postre, son acontecimientos de la conciencia de los que las experimentan; es decir, están en ellos mismos, y no en la materia. La clase muscular de sensaciones es en definitiva tan mental como la clase visual.

Los que consideran un mundo perceptual como si fuese espectral no han entendido estas explicaciones. Porque *es* el mundo sólido y aprehensible en que vivimos todos los días, los engaña la suposición habitual de que alguna clase de sustancia misteriosa llamada materia —de la cual están compuestas todas las cosas—, existe fuera de este mundo perceptual. No entienden que han supuesto su existencia, cuando habrían tenido que ponerla en duda. No hay la más mínima evidencia de que en este mundo moldeado por la mente exista algo que no sea totalmente mental. Debería resultar ahora claro que, cuando hablamos de la "materia", hablamos de una palabra esquivia y no de una cosa captable por los sentidos, de una vaga abstracción y no de un objeto concreto, de una ilusión y no de una realidad. Porque no puede ser dibujada por la imaginación ni justificada por la razón.

Ello no obstante, nuestra creencia en la materia —la más vaga de todas las abstracciones vagas— está casi incurablemente arraigada. Y ello se debe a que habitualmente reducimos la mente a los límites de la cabeza, creyendo erróneamente que se enciende dentro de la fosforizada masa cerebral, en lugar de expandirla habitualmente de modo que contenga todas las cosas percibidas. Creemos que vemos y tocamos la materia y que incluso la movemos, porque no entendemos ese punto fundamental de que la mente carece de dimensión y medida. De tal manera el mentalismo se basa en hechos probados, y no en simples inferencias, como el materialismo. El mentalista tiene la absoluta seguridad de que no está afirmando una suposición o una deducción, como el materialista, sino, por el contrario, una realidad comprobada e irrefutable. Es absurda la exigencia del materialista, de que aceptemos como real algo que él mismo confiesa que no podemos conocer en sí, y de que tomemos como independiente y externo algo que en realidad sólo es dado internamente como objeto de la conciencia

y que sólo puede sernos plenamente inteligible a través de la actividad de la conciencia.

El materialismo no explica adecuadamente la vida superior. No arroja plena luz sobre los problemas de por qué podemos formar ideas abstractas, por qué tenemos la capacidad de conducir el pensamiento a lo largo de una línea de razonamiento puro, el poder de juzgar entre la verdad y el error, la imaginación creadora del artista, la facultad inventiva del hombre de ciencia, la habilidad para construir ideas generalizadas, el pensamiento metafísico del filósofo, y, sobre todo, por qué podemos reflexionar acerca de nuestra propia conciencia como de una cosa inmaterial. El materialismo ni siquiera roza el borde del vestido de la conciencia.

¡Sin embargo la degradación de la humanidad es tal, que acusa, irritada, a la verdad del mentalismo de ilusoria y defiende compulsivamente el error del materialismo como una verdad! El materialismo consigue solucionar sus numerosos problemas menores sólo gracias a que cierra los ojos a su principal problema mayor: él mismo. Porque nadie ha visto la materia, nadie la ha manipulado y nadie ha sabido dónde descubrir su presencia. Su existencia es un fraude. La materia se convierte así en una entidad simplemente ilegítima en nuestra explicación del mundo, en una ficción que funciona bastante bien para los fines de la vida práctica pero que se torna carente de sentido para los fines de la verdad filosófica. Cuando tal noción errónea es descubierta como lo que es, desaparece sencillamente del entendimiento y no es vuelta a recoger. Uno continúa siendo activo en el mundo de las cosas, pero éstas no seguirán siendo ya "trozos de materia". Serán ideas. No estarán ya en oposición a la mente, sino integradas en ella.

Nos hemos alejado mucho del argumento del hombre común de que la materia es demasiado evidente para necesitar discusión. Porque la hemos convertido en una apariencia significativa, señalando la mente como su realidad oculta. Y sin embargo una extraordinaria anomalía de la razón humana es que la conciencia, la mente, es popularmente considerada menos real que la materia, aunque una reflexión adecuada nos revela que tiene derecho a la posición de una realidad única y primaria.

La creencia popular, como nunca ha investigado la verdad de sus creencias intuitivas, se alarma cuando oye hablar por primera vez de esta aterradora doctrina del mentalismo, que hace dudar de una cosa que hasta ahora ha sido aceptada sin discusión. Porque no puede haber

forma alguna de reconciliar la visión de sentido común del mundo con el hecho filosófico del mentalismo.

En nuestro estudio anterior de las ilusiones y alucinaciones encontramos primariamente su origen en la tendencia de la mente a exteriorizar sus propias imágenes y a verlas como entidades separadas. Es ahora de suma importancia recordar que, aun cuando sabemos que una ilusión es tal, y cuando hemos descubierto y corregido mentalmente los errores de sensación, no podemos librarnos de percibirlos precisamente del mismo modo en que los percibíamos antes. Su aparición persiste, contrariando nuestro conocimiento. Podemos descubrir el engaño gracias al poder de la razón, pero eso no hace que el engaño mismo desaparezca. Podemos conocer, por la reflexión y la razón, que la apariencia que se presenta a la conciencia es ilusoria, y sin embargo nos será posible resistir su poder de existencia continuada y su hechizo de realidad sólida.

Esta es una positiva demostración del complejo carácter de nuestros perceptos y del misterioso poder de la mente para imponer sus propias creaciones a nuestros sentidos, sin nuestro conocimiento personal y burlando nuestro poder de fiscalización, tal como lo hace durante el sueño.

La posibilidad y la preponderancia de estas ilusiones debería constituir una advertencia para toda la humanidad y hacerla reflexionar en punto de si no está también bajo el influjo de la ilusión en otras cuestiones en las que habitualmente cree haber percibido con corrección. Debería prevenirla también contra un exceso de confianza cuando niega con indignación la franca insinuación de que la *materialidad* de todo el mundo podría ser, en fin de cuentas, no más que una ilusión más amplia aun. Lo que es más, las hazañas públicas de los malabaristas y los fenómenos escénicos de los prestidigitadores, que nos obligan a ver lo que es contrario a la realidad, nos demuestran que las ilusiones pueden ser colectivamente compartidas por una gran cantidad de personas al mismo tiempo, en tanto que indican la importante posibilidad de que el conjunto de la humanidad puede ser susceptible de una ilusión general. ¿No podría ser que las ilusiones colectiva: de la externalidad y materialidad del mundo hayan surgido en la mente de toda la gente porque todos comparten similitudes psicológicas y fisiológicas? Cuando descubrimos cómo las alucinaciones profundamente arraigadas pueden influir sobre el individuo, estamos preparados para el posterior descubrimiento de que también pueden influir sobre la raza humana colectiva y constreñirla. Y es un hecho el

que las potentes ilusiones de materialidad y externalidad son en verdad compartidas persistentemente por todos los hombres a través de todo *el* mundo. Por este motivo los antiguos sabios indios compararon a la ignorante humanidad con una raza dormida y soñando, pero compararon a los sabios con los que estaban despiertos y plenamente conscientes..

La creencia en Ja materia, en una palabra, es Ja creencia en una grosera e hipnótica ilusión. Este es un enfático mensaje que la enseñanza oculta entrega a una época materialista, un mensaje que también hace una advertencia contra la inútil persecución de meros fantasmas. Desertamos el poder de una aterradora pesadilla ó de un sueño desagradable cuando despertamos y descubrimos su irrealidad. De un modo similar, destruimos el poder de la materia ilusoria —ese idolo de pies de barro a quien multitudes de ciegos adoradores han reverenciado erróneamente— sobre la mente cuando despertamos a la Verdad. Empero, la estupenda dificultad de esta tarea reveladora de la filosofía puede ser atendida comparándola con la tarea de convencer a un soñador, . *mientras está soñando*, de que el ambiente que lo rodea, de casas, personas y conversaciones, es imaginario. Nosotros, los que nos encontramos en estado de vigilia, vivimos también en un mundo imaginado, pero la afirmación nos suena tan increíble *mientras estamos despiertos* como le sonaría al soñador hipotético.

Los sabios griegos de la antigüedad dijeron que la filosofía era la muerte. Podemos interpretar esas palabras como queramos. Muchos moribundos y muchos ahogados perciben su pasado como un vivido sueño qué pasa velozmente. En la medida en que la vida humana es vida mental, es una serie de ideas, o sea, está hecha del mismo material que los sueños. La filosofía trata de hacer que los hombres se den cuenta de que toda la textura de la vida es pensamiento puro, pero quiere que lo vean aquí y ahora, no cuando estén agonizando. Porque si pueden despertar a la verdad cuando ésta es más necesaria, es decir cuando se encuentran en mitad del trabajo y la vida, del sufrimiento y el placer, de la salud y la enfermedad, sabrán mejor cómo encarar las vicisitudes a las que nadie puede escapar.

No se tema, sin embargo, que nos convertiremos entonces en simples soñadores; por el contrario, después que hayamos penetrado en la realidad oculta detrás y dentro del sueño y la vigilia, habremos terminado desde entonces con los sueños y aprendido a ser verdadera e incesantemente activos, no sólo en nuestro propio beneficio, sino también en el de los demás. En tanto que los ignorantes viven ciega-

PAÚL BRUNTON

mente, nosotros viviremos en la luz, y mientras aquéllos albergan ilusiones, nosotros anidaremos la verdad. No huiremos de este sueño de vida terrena, porque no podemos: nuestra mente individual y finita no es la que dio nacimiento a ese sueño, y no es nuestra mente individual y finita la que le pondrá fin. Lo aceptaremos en toda su amplitud y no trataremos vanamente de negarlo. Estimularemos firmemente la acción y no la desalentaremos, pero en mitad de nuestros sueños seremos algo parecidos a un hombre que duerme y sabe al mismo tiempo que está dormido y soñando. Así, no permitiremos que las amargas o las agradables ensoñaciones nos arrebaten; buscaremos siempre la paz en lugar de la agitación.

DE LO IRREAL A LO REAL. Nos hemos afanado para cruzar una difícil frontera, pero en distintos puntos de nuestro viaje nos hemos topado una y otra vez con cierto problema. Ahora debemos encararlo. Porque surgirá necesariamente la pregunta de que, si las cosas experimentadas exteriormente no son sino pensamientos, ¿existen realmente? ¿Es cada objeto irreal? Y en ese caso, ¿cómo es que nuestra experiencia cotidiana contradice flagrantemente tan asombrosas posibilidades?

No hay motivos para alarmarse. No negamos la existencia de una sola cosa de las que forman parte de nuestra experiencia mundial. Pero debemos aclarar nuestra mente en relación con este problema. Los experimentos de Michelson y Morley, que precedieron a los experimentos de Einstein, demostraron que la velocidad de la luz permanecía constante, cuando toda la experiencia corriente, el sentido común y la razón científica decían que tendría que haber ascendido a una velocidad mucho mayor. De ahí que constituyeran una enorme sorpresa. Porque no se trataba de una simple especulación metafísica, sino de un trabajo científico realizado con instrumentos adecuados. Los resultados experimentales contradecían lo que se esperaba y lo que habría tenido que suceder. La ciencia habría podido librarse de esos embarazosos datos explicándolos como una ilusión de los sentidos. Pero, para su honra, tuvo el valor de aceptar la "ilusión" como realidad.

El salteador que el observador ve en la maleza, ¿es real o no? Y en este último caso, ¿qué es? El que el salteador ha sido visto significa que existe, aun cuando exista solamente como una ilusión. Esto implica una importante diferencia: la que hay entre la significación de *real* y la significación de *existe*. Aquí podemos tratar de aprovechar

nuevamente la lección del capítulo seis, donde se subrayaba la necesidad de analizar las palabras para buscar su significación real antes que la aparente. Es necesario considerar la pregunta y descubrir qué queremos decir con esos términos, porque la relatividad también planteó la misma cuestión. Para hacerlo adecuadamente, debemos volver ante todo a nuestra primera consideración de las ilusiones.

Tanto el saltador como la maleza comparten la característica común de ser experimentados, y sólo de ese modo atestiguan su existencia. Pero el primero es negado por una investigación más atenta, en tanto que la segunda es confirmada por ella. Sólo cuando descubrimos que resulta imposible reconciliar el conocimiento espurio de semejante ilusión con el contenido de la experiencia normal, solo entonces comienza a despertar la duda dentro de nosotros y somos llevados a descubrir que es ilusoria. Mientras nos conformemos con el conocimiento que tenemos, aceptamos las primeras impresiones acerca de las personas y las cosas como lo que parecen ser, pero cuando entran en conflicto directo con otros hechos que surgen en él curso de la experiencia subsiguiente, aparece la cuestión de su criterio de validez. Entonces se siente la necesidad de ponerlas a prueba, y, donde sea necesario, de corregirlas.

Si se quiere reconocer una ilusión como tal, la evidencia de los sentidos tiene que ser negada, en tanto que, si se acepta la evidencia de los sentidos, tendremos dos "realidades" coexistentes que pretenderán ser una y la misma cosa. Esta absurda situación significa que no debemos confiar por entero en lo que nos dicen nuestros sentidos en punto de la realidad de una cosa, aunque podemos confiar en lo que nos digan acerca de la existencia de una cosa. Significa también que llamar real a algo es un procedimiento dudoso y peligroso. ¿En qué viene a parar la experiencia diaria de la "materia", por ejemplo, cuando es contradicha por la razón pura? Por lo tanto, *parecer* es una cosa, y *ser* es otra. Debemos aprender a tener cuidado en lo que se refiere a distinguir entre los dos conceptos. Las desconcertantes contradicciones de la ilusión desaparecen cuando entendemos que distintos puntos de vista producen diferentes percepciones; que desde el punto de vista de la razón reflexiva podemos percibir una cosa en forma distinta a como la percibiríamos desde el punto de vista de la experiencia sensorial, y que tomar tal experiencia como si siempre poseyera una sanción decisiva es una actitud primitiva. La existencia de una ilusión como la del saltador visto en la maleza no puede ser negada. Sería absurdo rechazar la experiencia que nadie tuviera de

PAUL BRUNTON

ello; porque negar una ilusión es negar el contenido de la experiencia y negar lo que se da a la conciencia. Lo único que podemos hacer correctamente es rechazar una interpretación particular de ella; es decir, rechazar su realidad. *Existe* pero no es *real*.

En rigor tenemos que distinguir entre las distintas clases de existencia, porque ahora vemos que algo puede existir y ser real, mientras otra cosa puede existir y a la vez ser irreal. Aquí, una vez más, se torna clara la necesidad de penetrar por detrás de la fachada de una palabra. En un capítulo anterior se demostró que el término *hecho* estaba abierto a insospechadas interpretaciones, ¡aunque todos los que no han reflexionado acerca de la cuestión suponen erróneamente que ya conocen esta significación!

Estas palabras engañan a la mayoría de las personas, porque creen que lo que les *parece* o lo que da la impresión de realidad tiene que ser necesariamente real. El error de ellas consiste en pensar que, sólo porque perciben cosas, éstas son, en consecuencia, cosas reales. La percepción no es prueba de realidad. ¡Porque podemos tener una percepción errónea y una percepción imaginaria e incluso las llamadas percepciones *reales*! En el delirio los hombres pueden ver víboras azules, y nadie se atreverá a decir que no son percibidas. Por lo tanto debe decirse que tales víboras existen, porque existen efectivamente en la mente de los enfermos, para quienes son incuestionablemente reales. Similarmente, nadie puede negar que existen cosas objetivas, porque son percibidas por la mente de los hombres, quienes también las consideran como incuestionablemente reales, pero en ambos casos el filósofo tiene derecho a dudar, no de su existencia pero sí de su realidad.

Todos pueden ver y nadie puede discutir que, por ejemplo, tenemos un muro de ladrillo ante nosotros. Empero, cuando se dice que ese muro sólo puede tener existencia mental, es totalmente injusto, totalmente falso y totalmente estúpido entender equivocadamente esta afirmación como si se dijera que la pared no tiene existencia ninguna. Y cuando decimos que estamos tocando la pared, no queremos decir que estamos tocando la sombra de una pared real llamada idea, sino que el tacto mismo es una idea y que las distintas sensaciones mentales de la pared son lo único de ésta que podemos conocer, y no que es una copia de la pared real, material, que parece encontrarse en algún lugar situado fuera de nuestro cuerpo. Es ridículo y poco inteligente deformar los resultados de este análisis y convertirlo en una afirmación de que un muro que es claramente visto no es más que una sombra del muro real, y de que la silla en que estamos no es sino una

copia de la silla verdadera, que existe en algún otro lugar, en el espacio. Tanto la silla como la pared existen, en rigor de verdad, tanto para el filósofo mentalista como para el materialista, y la diferencia consiste en que el primero, por medio de una reflexión profunda y habitual, ha penetrado en la verdadera naturaleza de la existencia de las mismas. Por cierto que no las ha negado. Y si tal filósofo pensara que la silla en la que está sentado y la estilográfica con que escribe no existen en realidad, no se tomaría el trabajo de escribir un libro. Y a los que quieren argüir que una realidad mental equivale a ninguna realidad, él les replicaría que no existe ninguna otra realidad que nosotros, los seres humanos, conozcamos.

La palabra "real" tiene una significación sólo cuando es distinguida de la palabra "irreal", del mismo modo que un color sólo puede ser distinguido por su contraste con otro. Por lo tanto no se podrá encontrar ninguna definición adecuada de la realidad hasta que se encuentre también la significación correcta de su contrario. Ahora bien, la gente comete a menudo el error de pensar que, porque una cosa es irreal, tiene que ser invisible. Las ilusiones demuestran lo contrario. El mundo es visible tanto para el filósofo como para el hombre ignorante, pero en tanto que este último considerará que es tal como él lo ve, el primero lo considerará físicamente irreal pero mentalmente construido.

Los objetos son vistos física y exteriormente, pero no pueden existir aparte de la construcción que la mente hace de ellos. No se nos pide que dudemos de la apariencia real de las cosas que vemos ni que abandonemos nuestra creencia en su existencia; se nos pide que nos cerciorremos de la clase de su existencia, de si se trata de una existencia ilusoria o real; y se nos pide que distingamos entre la pretendida realidad de lo que es simplemente una idea y la auténtica realidad de lo que, inmutablemente es — punto que muy pronto ahondaremos.

Hay una diferencia vital entre los términos "irreal" e "inexistente". No pasemos apresuradamente por alto estas palabras; tenemos que tener sumo cuidado cuando tildamos a algo de tal. Podemos decir con justicia que el "hijo de una mujer estéril" no existe. Sin embargo, no podemos tachar al salteador visto en la maleza de igualmente inexistente, sino sólo de irreal. Las dos categorías son totalmente distintas entre sí en cuanto a su significación, y no deben ser confundidas. Es preciso distinguir cuidadosamente las cosas inexistentes de las existentes, cuando clasificamos a ambas como ilusiones. Un unicornio y un cuadrado redondo pertenecen a la primera clase, porque ni siquiera es posible pensarlos o imaginarlos. Son frases huecas y carentes de sentido, en tanto que

un espejismo visto en un desierto pertenece a la segunda clase, porque es una apariencia desautorizada. Los primeros jamás pueden ser observados en condición alguna, pero el segundo puede ser visto en ciertas condiciones.

Es importante, entonces, que tengamos cuidado en no confundir la existencia mental absoluta con la absoluta inexistencia. Todo lo que vemos y tocamos existe realmente. No hay ni puede haber la menor duda al respecto, pero puede no existir en la forma en que creemos que existe. Puede existir mentalmente y carecer de existencia física. Ahora es necesario investigar más a fondo lo que entendemos cuando empleamos esa palabra, "real". ¿Podemos formar en nuestra mente alguna imagen que corresponda con ella? Si podemos, surge la desconcertante situación de que otras personas pueden formarse una imagen distinta, y se la forman, dándole una definición diferente.

La noción que postula lo real como lo que puede ser pesado y medido, y que implica que todas las cosas mentales son una especie de bruma luminosa que flota por sobre el mundo físico "real", incapaz de afectarlo en modo alguno, es, como ha quedado demostrado antes, en nuestro estudio de la materia, mala ciencia y peor filosofía; debemos protestar nuevamente contra ella. ¿Cuáles son, pues, las pruebas y las características de la realidad? Contestar, con muchos, que la experiencia del mundo exterior de las cosas es lo único real, o afirmar con unos pocos que la experiencia del mundo interior de los pensamientos es lo único real, es hacer caso omiso de que tal experiencia del mundo interior se basa en la sensación de realidad y olvidar que durante el sueño tenemos una sensación similar, que ambos puntos de vista pueden denunciar como irreal. De ahí que resulte inútil juzgar por medio del sentimiento. Primeramente debemos encontrar una definición que pueda regir siempre. Pocas personas se cuidan de definir tan escrupulosamente; quieren juzgar sólo por medio del sentimiento o del temperamento. La consecuencia es que *imaginan* la realidad, estudian sólo su propia *idea* de ella, y así, lamentablemente, no evitan engañarse a sí mismos ni dejar de aceptar lo que simplemente les agrada, no lo que es cierto. En una época la ciencia dijo que la realidad existente detrás del mundo estaba compuesta de átomos; luego dijo que la materia real estaba hecha de moléculas; más tarde afirmó que las cosas eran en realidad electrones. Ahora comienza a balbucear otra cosa. La ciencia confiesa ahora que no existe garantía alguna de que haya llegado al *último* secreto de la materia de que está hecho el mundo. Y entonces, ¿no debería eliminar la palabra *real* de su vocabulario —y no deberíamos eliminarla

nosotros también—, del todo? Porque tanto la ciencia como nosotros tratamos con lo que aparece ante nosotros, con lo que se presenta ante nosotros, pero no con lo que está finalmente oculto detrás de todas esas presentaciones de átomos, *moléculas*, electrones y qué sé yo qué más. Empero, habiéndose quemado los dedos, la ciencia ha aprendido a mantenerse fluida en su concepción de la realidad. Por lo tanto, ha aprendido ahora a no adelantar nunca una declaración final acerca de esa esquiva palabra. Así, el camino del conocimiento humano es un progresivo despertar de cosas ilusorias que *existen* pero que en definitiva son *irreales*.

El hecho finalmente conocido como *lo* que es, es la realidad, en tanto que el conocimiento final de la cosa es la verdad. Esto es correcto sólo desde el punto de vista de los asuntos prácticos y hasta que lleguemos a lo Definitivo. Entonces no existen dos cosas, sino la unidad, y por lo tanto no hay distinción entre la verdad y la realidad. Los metafísicos europeos han desarrollado una plausible doctrina que multiplica los grados de realidad. Se habrían acercado más a la verdad *si* hubieran dicho que existen grados de *aprehensión* de la realidad. En esa unidad que es lo inmutablemente real no puede haber jamás gradación alguna.

■ Porque, como han dicho correctamente los antiguos *filósofos* indios —no místicos—: *es real lo que no sólo puede darnos certidumbre acerca de su existencia por derecho propio, fuera de toda posibilidad de duda e* ■ *independientemente de la ideación individual del hombre, sino lo que también puede permanecer invariable en medio del flujo de un mundo eternamente cambiante. Tal realidad es, después de la persecución de la verdad final, la meta principal de la filosofía, ya se llame "Dios", "Espíritu", "Absoluto" o de cualquier otro modo.*

¿Qué se ha hecho de los millones de seres humanos que han muerto? ¿Qué ha sido de los palacios prehistóricos de reyes no recordados? ¿Qué ha sido de esos mismos reyes? Todos se han derrumbado, convertidos en polvo, y desaparecido. ¿Pero qué se ha hecho de AQUELLO que aparecía en la forma de esos hombres y esos edificios? Quien creyó que todo eso era materia no supo que estaba tratando con mente. Nuestra propia investigación en ese terreno debe llevarnos, no sólo a través de las apariencias de la materia, sino también a través del funcionamiento de la mente. Esta es la investigación de la última realidad permanente; esta es la filosofía.

Cuando tengamos la buena suerte de llegar a un entendimiento *más* pleno de tal realidad, veremos, como vieron los antiguos sabios, que este intrigante mundo no está en tan notable contradicción con ella como tememos. Porque en un sentido más sutil, que no captamos en este mo-

mento, la una no es menos real que el otro. El mundo no es esencialmente una ilusión. En definitiva es tan real como el mundo de esta unicidad innombrable que es el verdadero Dios. Las cosas, entonces, no son ellas mismas ilusorias, pero sí lo es nuestra aprehensión de ellas, tal como nos es proporcionada por los sentidos. Nadie tiene por qué preocuparse por la pérdida de la materia. Es algo que nunca hemos poseído, y por lo tanto la pérdida no es real. El mundo que ha sido revelado por nuestros sentidos es el único mundo que hemos conocido, aunque no es el mundo final que conoceremos. Por lo tanto la verdad no nos despoja de nada. El que huye del mundo en ascético desprecio, huye de la realidad; debería corregirse primeramente y aprender así a entender con corrección qué es ese algo que se le aparece como el mundo. Qué es, qué significa esa última realidad para la vida del hombre, es la segunda búsqueda de la filosofía, después de la búsqueda de la verdad, porque pronto descubrimos que arribas búsquedas están involucradas la una en la otra. Y ésta es, por lo tanto, la segunda recompensa que la filosofía tiene reservada para el hombre: la de que aprenderá a vivir conscientemente en la realidad en lugar de vivir a ciegas en la ilusión.

EL MUNDO COMO PENSAMIENTO. Hemos estado tratando los casos de objetos sueltos y de cosas aisladas y visto que en definitiva son ideas. Pero tenemos que recordar que estos hechos fragmentarios que son las ideas aparecen continuamente en nuestra vida cotidiana. Ahora es, pues, necesario, reunirlos en una unidad, fundirlos al proceso mundial y relacionarlos de tal modo con el mundo en que vivimos. Hemos descubierto que toda cosa inanimada y toda criatura viva es una construcción mental. Ahora bien, todo el mundo no es más que una reunión de todas las cosas y todas las criaturas en su totalidad. ¿Tendremos entonces el valor de efectuar la zambullida intelectual, de ser lo bastante audaces y marchar directamente hacia la conclusión lógica de que todo el mundo es también no más que una idea?

El mundo es un mundo de relativos, una red de colores, sonidos, espacios, tiempos y sus cosas dependientes relacionadas; todas las cosas existen en relación con otras cosas, pero las relaciones en sí mismas son, en definitiva, ideas. El ilimitado panorama del mundo que pasa es un panorama mental. Tal es el tremendo pensamiento al que nos vemos enfrentados: que los antiquísimos sistemas solares que ruedan por el espacio son tan construcciones mentales como la estilográfica que analizamos hasta el punto de considerarla un simple percepto. El universo, en toda su inmensidad, consiste, a la postre, en una construcción de la

mente. Este es el cuadro psicológico de nuestro mundo exterior; es una gigantesca construcción mental y nada más. Porque la experiencia perceptual extiende su abrazo sobre todo, y nada de lo que el hombre puede escapar a él.

Sólo el mentalismo proporciona una explicación adecuada. Explica la manera en que la mente crea su propio espacio, para que contenga todos los objetos, que igualmente construye a partir de sí misma. El espacio es tan idea como las cosas que parecen encontrarse en él. Si, como lo ha comenzado a mostrar la relatividad, el espacio-tiempo es el continuo del mundo de los objetos materiales, entonces, sea esa cuarta dimensión cualesquier cosa que fuere, sólo puede ser algo que está dentro de la mente y, por lo tanto, es últimamente mental ella misma. Así, aunque comenzamos por contemplar el universo como si fuese *presentado* a la mente, terminamos por contemplarlo como *construido* por la mente.

El que existe un mundo en torno a nosotros y fuera de nosotros, es una certidumbre y no un engaño. Porque no hay tal cosa como una existencia fuera o dentro de la mente. Las ideas pueden estar fuera o dentro las unas de las otras, pero todas están en relación no espacial con la mente. No existe un mundo extramental de objetos. ¡Y sin embargo los hombres, en todas partes, están convencidos de su existencia! El cuerpo humano es una parte del mundo, el mundo es una idea y el cuerpo debe de ser una idea con él. Si el mundo está fuera del cuerpo, no está fuera de la mente, sino que debe de encontrarse dentro de ella. Si el mundo existiese fuera de la mente que lo percibe, jamás podría ser percibido, porque la mente no va más allá de sus propios estados, es decir, de las ideas.

El papel desempeñado por los cinco instrumentos sensoriales es, entonces, el de proporcionar las condiciones gracias a las cuales el hombre participa en la percepción de los objetos como exteriores al cuerpo. Los sentidos son medios por los cuales comparte las ideas de un mundo material que subsiste en la mente carente de dimensiones. La función del cuerpo sería entonces la de proporcionar las condiciones para ese acontecimiento que es el surgimiento de la conciencia individual, finita, y egoica; sin esas condiciones la mente última sigue siendo lo que es: el hecho misterioso y único de toda la existencia.

En ese primer momento en que la conciencia se convierte en ser ideado, el silencio de la mente ha hablado. *Y no es que necesitara voz ni oyentes* — pero este es un misterio que debe mantenerse reservado durante un tiempo. El tictac del tiempo y el impresionante paisaje del

universo existen sólo mentalmente. Este mundo que pesa tanto sobre nosotros no es más que Apariencia, una sombra salida de lo Eterno. Y así llegamos a la conclusión final de que no porque las cosas estén fuera de nuestro cuerpo, no porque estén muy lejos de nuestro cuerpo, no debido a sus inmensas dimensiones, no por su gran cantidad, no por los variados elementos que las componen podemos negar la naturaleza mental de esas cosas. La noción del mundo es, en último análisis, fabricada por la mente. Es una construcción mental transitoria.

Cuando contemplamos una extensión de escenario campestre y observamos una cadena de montañas a lo lejos, con un bosquecillo en primer plano, no soñamos ni por un instante que estamos viendo una escena reconstruida. Las montañas son tan altas y tan sólidas, los árboles tan verdes y frondosos, que los tomamos por cosas sólidas, en modo alguno comparables con las imágenes que la mente construye durante los ensueños diurnos. Pero la ciencia de la psicología enseña que todo el paisaje es construido por la mente, como las imágenes que pasan por la conciencia durante el ensueño. Cada vez que un percepto aparece en la mente, tiene que ser necesariamente reconstruido de nuevo, y por lo tanto ninguna cosa puede tener existencia continuada ni aparecer dos veces en la misma experiencia. Lo que aparece es una incesante reconstrucción de lo que se cree que es la misma cosa, y tal es el verdadero secreto del misterio de *maya*, la celebrada pero mal entendida doctrina india. De esa manera aprendemos la lección más amplia de la ilusión, lección que es aplicable, no sólo a nuestra concepción de cosas aisladas, sino a nuestra percepción de todo el mundo.

Esta comba del cielo bajo que nos movemos

Es como una linterna mágica, y así lo entendemos:

El sol, arriba, es la llama; el Mundo, la lámpara,

Y nosotros las figuras que girando nos movemos.

OMAR KHAYYÁM

Pero el sólido mundo objetivo no es destruido por el mentalismo.

Queda precisamente donde está. Sus cinco continentes no son negados, su impresionante grandeza no es eliminada. Sólo que, por primera vez, comienza a ser entendido en lugar de ser entendido mal.

El conjunto de su pasado es ahora un pensamiento. El conjunto de su futuro es igualmente un pensamiento. El presente es incaptable e indeterminable, como se demostró en un capítulo anterior. Aun cuando •pudiera usted aprehenderlo, el pasado lo reclamaría en el acto, y se

convertiría en una idea. ¡Por lo tanto *toda* su vida —que incluye todo su fondo de un mundo panorámico— no es más que un pensamiento! ¡Si no hubiera ninguna otra prueba, ésta solamente bastaría!

Hasta que se dé usted cuenta de que el mundo no es más que una idea, será un materialista, no importa cuan piadoso, cuan religioso, cuan "espiritual" crea ser. Confunde la materia con lo que no es. Cuando descubra que el universo material es apenas una experiencia mental, entonces, sólo entonces, se habrá liberado del materialismo.

Pero la presencia de ideas postula la presencia fundamental de la mente, de lo que nos torna conscientes de las ideas. ¡De ahí que la imagen materialista del mundo lo explique todo, menos el mundo mismo! Porque omite nuestro conocimiento consciente del mundo, conocimiento que es el único mundo que conocemos. Cualquier otro mundo es un mundo meramente inferido. Así como no se puede quitar el centro a un círculo y conservar el círculo, así no se puede quitar la mente del universo y conservar la materia. Ambas están indisolublemente unidas. Todas las teorías materialistas naufragan en este hecho fatal. Examinemos lo que examinaremos en el mundo, la mente está presente desde el comienzo mismo porque él primero sólo existe para la conciencia. Lo que es más, la mente es asimismo la entidad final. No puede ser omitida en ningún punto.

Estamos llegando ya al fin de la primera etapa de nuestra investigación. Hemos colocado al mundo en la posición de una grande y aparatosa apariencia, pero aun así sigue siendo un espectáculo. Cada espectáculo implica la existencia de un espectador. ¿Cuál es el misterio que se oculta detrás del espectáculo mundial? Podría pensarse que el punto débil del mentalismo es la probabilidad de que conduzca a una situación en que el mundo sea la propia creación mental, personal, de uno, situación que resultaría demostrablemente absurda. Porque implicaría que podríamos formar a capricho nuevas estrellas, con sólo imaginarlas, o construir ciudades enteras por medio del ejercicio voluntario de la fantasía. Más aun, las ciudades siempre existieron antes de que nosotros apareciéramos en el mundo, y probablemente continuarán existiendo después de que *nosotros* hayamos desaparecido, en tanto que nuestras estrellas y ciudades imaginadas se desvanecerán en unos pocos momentos. Los montes Himalaya están ahí para cualquier otro, pensemos nosotros en ellos o no; su existencia es al menos más relativamente permanente, en tanto que nuestro pensamiento sobre ellos es transitorio. Están fuera de la fiscalización de nuestra mente, en lo que respecta a hacerlos o deshacerlos. ¿Cómo puede entonces el mentalismo hacer la

fantástica afirmación de que los majestuosos Himalaya son simplemente ideas, simples estados mentales de débiles seres humanos que no pueden ni siquiera crear un solo cedro con el pensamiento y no hablarlos ya de la más potente cordillera del mundo?

Esta crítica es bastante justa, pero involucra un completo error. Si bien debe mantenerse rígidamente que cada cosa física formada que existe debe existir como pensamiento, no debemos caer en el profundo error que considera a esos pensamientos como originados en la mente finita de un *individuo*. No es así. No puede ser así. Porque ello llevaría a la noción posterior de que no existe cosa, persona y mundo alguno que no sean los del yo individual. Tal es la conclusión errónea que podría extraerse de estas afirmaciones. Pero no es ese el descubrimiento de la filosofía oculta. Esta no establece el pequeño y limitado yo de uno como lo único real y todo lo demás como ilusorio. Este error se llama técnicamente "solipsismo". El solipsismo es pura locura. ¡Si fuera verdad, este pobre cerebro finito nuestro se convertiría entonces en creador y mantenedor del universo!

Todo objeto es una idea; es una idea presente en la mente del hombre, pero no es creada por la mente independiente e individual del hombre. Este no hace más que participar en ella. Porque cuando investigamos más a fondo vemos que su mente individual es en definitiva parte de una mente universal, y *ahí* debemos buscar el origen de esa idea. No nos atrevemos a decir que el hombre mismo *crea* las ideas de los objetos materiales, pero podemos decir que las *tiene*. Porque es inconcebible una idea sin la mente a la cual pertenece. Las múltiples manifestaciones de la mente ofrecen un notable contraste con la perfecta unidad primaria de la mente misma. La multitud de cosas individuales que son en realidad ideas deben ser, en definitiva, ideas de una mente que todo lo abarca. Debemos penetrar por debajo de la mente individual, y he ahí que encontramos una mente universal como su, realidad oculta y como el origen de sus ideas de los objetos materiales. El mentalismo no afirma que el mundo sea la creación de un individuo. Afirma que el mundo es la creación de esa mente, no la creación de "mi" mente. No enseña que el mundo sea el producto de la mente individual de uno, del yo personal de uno. La experiencia común es suficiente por sí sola para invalidar semejante doctrina. No puede ser sostenida por ningún filósofo que haya investigado la naturaleza de la mente y del yo, investigación que será realizada en el momento conveniente del segundo volumen de esta obra, donde se desplegarán los misterios superiores de la mente.

En este mundo podemos volver a recoger los cabos sueltos del yoga y la filosofía y anudarlos. Porque cuando la mente sea mejor entendida, el lugar adecuado del misticismo y las extraordinarias prácticas del yoga serán, igualmente, entendidos mejor. Para el que ha realizado tales prácticas es mucho más fácil captar la verdad del mentalismo. Ya ha *sentido* la irrealidad del mundo; pero a los que nunca las han llevado a cabo les resulta difícil al comienzo aceptar el mentalismo. "¿Cómo es posible —dicen— que este mundo sólido y tangible sea sólo una idea? ¡Tonterías!" La dureza de la materia los engaña, pero a un yogui le es más fácil convertir esa materia sólida en imaginación y, de tal manera, hacer de todo el mundo un pensamiento.

El yoga fue creado parcialmente como medio de preparar a la mente para aceptar las enseñanzas del mentalismo. Porque cuando la mente se vuelve sutil, desapegada y concentrada por la práctica de un sistema yoga, le resulta más fácil aprehender con convicción esa difícil doctrina. El poder que se desarrolla con semejante práctica —poder de abstraer la atención del ambiente físico y enfocarla en los estados o ideas interiores— demuestra su valor como accesorio de la filosofía cuando hace que la verdad del mentalismo sea menos difícil de aceptar. La mente que nunca ha practicado la meditación ni se ha dedicado nunca a los afanes de la creación artística, tropieza inevitablemente en el umbral mismo de esta gran doctrina, en tanto que la flexibilidad y la abstractividad de la mente que se ha disciplinado previamente, hasta el punto de dedicarse a sus propios pensamientos con completa concentración y completo olvido de su ambiente material, le ayudan a cruzar ese umbral y percibir la idealidad de las cosas, hasta entonces oculta. La universalidad de la mente y la implicación del mentalismo hacen también posible que nosotros, los de Occidente, *comencemos* a entender cómo las extrañas facultades cuya existencia ha sido conocida desde hace mucho tiempo para la antiquísima Asia puedan funcionar en perfecta obediencia a las leyes científicas; cómo la telepatía, las apariciones, la lectura del pensamiento y la transferencia de pensamientos, las proezas hipnóticas y todas las maravillosas magias y milagros de la historia religiosa primitiva y medieval, mística y yóguica, puedan tener bases reales; y cómo la energía poco entendida del "karma" puede estar tan universal e incesantemente presente como la energía igualmente misteriosa de la electricidad y ser tan precisa como ésta en su funcionamiento y efectos. Hemos llegado a la posición de que el mundo es una idea, pero hemos llegado a ella gracias a un agudo análisis de la experiencia y con la mente aguzada por la reflexión concentrada sobre hechos inves-

tigables y verificables. El yogui que triunfa en sus prácticas de meditación llega a la misma posición, pero llega a ella por el ensueño o el éxtasis basados en sutiles sentimientos. Pero el sentimiento no es una norma válida para otros. Su conclusión es puramente personal, y por lo tanto no tiene mucho valor para los demás. Cuando se hunde en meditación tiene una vivida sensación del carácter de ensueño del mundo, de cómo se parece en realidad a un gran pensamiento. Pero cuando trata de ir más lejos y penetrar en la realidad que así se expresa, no logra captar la verdadera relación existente entre ambos, y cae en la confusión. Valora en menos el mundo en cuanto medio de desarrollar a las criaturas dentro de sí. Y entonces se vuelve temperamentalmente desapegado del mundo, cuyas actividades prácticas llega a considerar como una vana e inútil ocupación.¹

Un efecto del yoga no filosófico, aparte de la tranquilidad intermitente, es el de hacer que el hombre vea el mundo como vería el objeto de un sueño y el de sentir agudamente que las experiencias cotidianas de la existencia corriente sufren de irrealidad. De ahí el apego que el místico tiene al "escapismo", su repugnancia hacia la actividad útil y su temor al mundo práctico. Pero esto es detenerse a mitad de camino en la investigación. Y por cierto que no es la meta de la filosofía. Porque el efecto más elevado de la filosofía es hacer que el hombre *sienta* las formas de este mundo como ensueños pero que *sepa* que es real en un sentido más elevado, ya que su esencia es nada menos que la realidad misma.

Así como el místico inmaduro recibe la ilusión de penetrar en la realidad, así también recibe la ilusión posterior de abandonar su ego. Esto sucede durante la meditación, y por lo tanto intermitentemente, o más continuadamente en el mundo exterior, por medio del desarrollo de un complejo de martirio o gracias a la práctica de la no resistencia *exterior* al mal. El filósofo, por otra parte, pierde primero el sentido de la realidad del ego gracias al discernimiento de su relación con el todo, y luego lo entrega al mundo exterior por medio del servicio a la humanidad. De

¹ Hace un cuarto de siglo, a consecuencia de la práctica continuada de la meditación en una soledad virtual, el autor sufrió en Europa una serie de exaltaciones místicas hacia el profundo estado de éxtasis a que se hizo referencia en el primer capítulo. Luego regresó a la existencia social, pero descubrió que todas las actividades parecían huecas y carentes de sentido, y que todas las personas eran simples fantasmas. Tal fue su estado de desequilibrio, resultado del misticismo no refrenado por la filosofía. El filósofo, por otra parte, no pierde su equilibrio en lo más mínimo.

ahí que el verdadero sabio sea partidario de la acción constante, porque es partidario del servicio real.

El yoga es un paso, no un fin. Cuando seamos más sabios le adscribiremos la significación de ser una importantísima piedra miliar en nuestro camino, pero, aun así, una piedra miliar. No debemos permitir que el deleite que encontremos en él nos engañe. Todavía queda mucho trecho de camino por recorrer. Los que tienen tendencias místicas o inclinación religiosa se cansarán inevitablemente de las páginas que preceden y mascullarán, impacientes, ante sus detalles semicientíficos. Esto se debe a que no entienden que estamos dedicados a un viaje trascendental y a que, si bien empleamos la ciencia, no nos quedaremos en la ciencia. Ansian los éxtasis interiores del alma o las nuevas revelaciones de la Deidad. Que sepan qué avanzamos. Si nos hemos sumergido tan profundamente en el mentalismo es porque no existe otro camino que podamos tomar si queremos realizar la tarea prefijada de conducirlos *intelectualmente* hacia el verdadero Dios, hacia el "Espíritu" real y hacia esa satisfactoria comprensión del "alma" que es la única que puede perdurar. El camino que lleva hacia la tierra prometida cruza por él erial de hechos aparentemente áridos; pero esta necesidad no suprime el gozo de las meditaciones llenas de paz. Porque la correcta reflexión acerca de tales hechos producirá comprensión, y esto, combinado con la autoconcentración mística, la reeducación mística y la reverencia devocional, es el yoga del discernimiento filosófico. No nos alejamos de Dios, como pueden pensar equivocadamente los ignorantes, sino que en realidad nos acercamos más a él. No necesitamos abandonar las grandezas del éxtasis místico en beneficio del opaco y seco intelectualismo, sino que podemos retenerlas, mientras descubrimos una satisfacción permanente que no venga y se vaya intermitentemente como esos éxtasis.

No se entiendan mal estas críticas. Que no nos cieguen ellas en cuanto al verdadero valor del yoga en su lugar correcto y dentro de sus límites adecuados. En esas condiciones puede ayudar mucho. Y ahora podemos ver la profunda y práctica sabiduría de los primeros maestros indios, que prescribieron el yoga a aquellos cuya potencia intelectual no era lo bastante fuerte para entender la verdad del mentalismo por medio del razonamiento, porque de tal manera esos hombres pudieron llegar a la misma meta gracias al sentimiento, no mediante el conocimiento. Por el mismo motivo, esos maestros prescribieron también el estudio de las ilusiones a la gente corriente, porque las ciencias de la física, de la fisiología

y la psicología eran entonces demasiado primitivas para permitir el amplio análisis detallado que ha sido realizado para los estudiantes modernos en las páginas que anteceden. Sin embargo, el yogui no adiestrado en filosofía corre siempre peligro de perder su convicción de que el mundo es idea, porque, estando basado en el sentimiento, se encuentra sometido a la ley de que los sentimientos son siempre pasibles de cambio. Por otra parte, el filósofo preparado en el yoga no puede perder nunca la profunda comprensión que ha logrado gracias al empleo de la síntesis. Es algo que ha crecido dentro de él y alcanzado madurez. No puede "descrecerlo", así como un niño de un año de edad no puede "descrecerse" y volver al útero de su madre. La certidumbre permanente debe venir haciendo de la verdad del mentalismo nuestra verdad, con una rígida certidumbre que no necesita los puntales de la autoridad falible o de la emoción que se desvanece. Tal certidumbre puede surgir sólo cuando la verdad es vista, ni siquiera como teoría científica sino sólo como hecho científico.

Empero, no debemos olvidar jamás que el mentalismo no es más que un paso que conduce a la última verdad. Es un obstáculo que bloquea el camino que debe recorrer el buscador de la verdad. Hay que trepar a él y dejarlo atrás. En su lugar, este cruce es de importancia vital. Es también un terreno temporario que la mente investigadora debe ocupar mientras consolida su primera victoria, la victoria sobre la materia. En cuanto la consolidación se ha llevado plenamente a cabo, tiene que continuar avanzando; ¡tiene que abandonar el mentalismo! La realidad final no puede consistir en pensamientos, porque éstos están destinados a aparecer y desvanecerse; tiene que tener una base más duradera que tal transitoriedad. Ello no obstante, podemos ver en los pensamientos, a los cuales lo hemos reducido todo, indicios de la presencia de esa realidad, aparte de la cual son tan ilusorios como la materia. La nueva batalla, la final, debe conducir a la victoria sobre la idea misma. Tanto el materialismo como el mentalismo son puntos de vista exploratorios, que deben ser adoptados y luego abandonados cuando se llegue al punto de vista definitivo. Sólo entonces podremos decir: "*Esto es real*". De ahí que, si tenemos que cerrar este estudio con las preguntas "¿Qué es un pensamiento?" y "¿Qué es la mente?" lamentablemente sin contestar, ello *se debe* a que tales respuestas pertenecen a la última etapa de nuestro viaje, una no sólo las necesidades de espacio y las obligaciones de tiempo nos piden que reservemos para un segundo volumen, sino además otras razones, más importantes aún. Entretanto, es

esencial estudiar bien esta base del mentalismo, porque sobre ella se erigirá más tarde una superestructura de estupenda pero razonada revelación.

Los necios que se aferran a lo que es personal, cuando todos los dolores de una época que sufre enseñan la inutilidad de hacerlo, se desalentarán ante la aparente confusión de estas enseñanzas y se apartarán con un estremecimiento. Pero los inteligentes, que han aprendido mucho, pensado profundamente y sufrido durante largo tiempo, estarán dispuestos a aceptarlas, con confusión y todo. Porque entenderán que, al así hacerlo, aceptan la verdad después de las mentiras, la paz después del dolor, la visión después de la ceguera y la realidad después de la ilusión. Si más tarde las siguen a su límite extremo y logran la más amplia comprensión, en adelante realizarán la medición de sus ideas en una armonía interior que será tanto más santa y bendita de lo que podría serlo cualquier ritual religioso, más serena de lo que puede llegar a serlo cualquier experiencia yóguica.

Es posible que hasta ahora no nos hayamos distanciado, salvo en algunas leves insinuaciones, del más adelantado pensamiento cultural de Occidente. Si los que han seguido cursos técnicos de filosofía encuentran que algunas de estas doctrinas les resultan familiares, se les ruega indulgencia y se les pide que recuerden que estas páginas fueron escritas primariamente para cualquiera que anhele la verdad, ya sea que posea algún conocimiento académico de la filosofía o ninguno en absoluto. Las ramificaciones de esta doctrina son conocidas ya en Occidente bajo el término técnico de "idealismo". No obstante ello, es preciso señalar que éste es un término genérico que cubre doctrinas contradictorias. Quienquiera estudie en su totalidad el idealismo absoluto de Hegel, el idealismo subjetivo de Berkeley, el idealismo objetivo de Kant y el idealismo nihilista de Hume, por ejemplo, terminará desconcertado y confuso. Porque será como estudiar la religión, palabra que puede significar los balbuceos de los negros de África central en torno a una grotesca figura de madera o a las serenas y silenciosas meditaciones de los cristianos cuáqueros. Nadie parece conocer la verdad acerca del idealismo o la falsedad del mismo. Hay idealistas que aceptan a Dios e idealistas que lo rechazan, así como hay idealistas que defienden la existencia de la materia e idealistas que la niegan. De cualquier modo, más allá del idealismo toda reflexión se convierte en penumbra y luego en oscuridad, porque incluso los proponentes del idealismo no perciben más que misterio detrás de él. Cada paso hacia el seno de ese misterio que se atreven

a dar les hace equivocarse de camino, en medio de especulaciones y conjeturas. Sólo la enseñanza oculta india ha explorado "valiente y audazmente, y explorado con éxito, las tierras que se extienden a partir del idealismo, hasta llegar a la verdad final.

El obispo Berkeley tenía la curiosa idea de que aquellos a quienes ignorantemente denominaba idólatras podían ser convencidos de que abandonaran su adoración del sol, con sólo darse cuenta de que éste no es más que una idea de ellos. Nunca se le ocurrió en su piadosa mente que los hombres sabios que había entre esos adoradores del sol conocían el idealismo tan bien como él. Pero en parte porque no podían elevar a las masas y sacarlas de tal concepción metafísica, indicaban el sol como la única cosa de este mundo terrenal que podía soportar adecuadamente la comparación con Dios. Pero este no es el momento ni el lugar para entrar en discusiones académicas. Este libro no es un tratado de metafísica; representa un testamento formal y final de verdad. Sin embargo puede resultar aconsejable explicar a los que temen que la enseñanza oculta conduzca necesariamente al ateísmo, que el término "Dios" no es un término de nuestro gusto, porque significa todas las cosas para todos los hombres. Pero descendiendo a un nivel no filosófico, puede afirmarse que encontraremos a Dios al final de esta búsqueda, pero será Dios tal como El realmente es. No será el hombre glorificado de la religión ni el gas atenuado de la metafísica. Y sin embargo será el Dios a quien los hombres correcta pero remotamente reverencian en templos orientales y en iglesias occidentales, en mezquitas bañadas por el sol y en grises capillas de ladrillo, pero a quien pisotean y tratan de torturar con sus ignorantes odios y sus intolerantes persecuciones de otros hombres. Encontraremos el Dios cuya imagen caricaturizada los desdeñosos racionalistas o los amargos ateos rechazan con justicia y contra cuya crueldad se rebelan con todo derecho, pero a quien niegan erróneamente, porque El es nada menos que el propio yo final de ellos. Encontraremos el Dios a quien los enjutos ascetas buscan pero no encuentran en tétricas cavernas y en cuerpos hambrientos, y ante quien los saciados sensualistas cierran las puertas de clubes nocturnos y salones de jazz, pero que, paradójicamente, mora en la caverna y en el club, invisible, inadvertido y desconocido. Encontraremos el Dios a quien los meditativos místicos y los yoguis envueltos en el éxtasis buscan prematuramente, a ciegas, dentro de su corazón; y la aureola de pacífica luz de Dios es lo único que tocan, porque la llama les quemaría en un instante el ego buscador del éxtasis. Pero en cuanto hayan obedecido al

ángel cuya espada los hará volver más tarde o más temprano al mundo que querían abandonar, y cuando hayan aprendido qué es eso que les rodea, la búsqueda dentro del yo les entregará muy pronto su secreto final, como lo han señalado los antiguos sabios indios. A todos esos hombres que han tratado vana pero inconscientemente de desplazar la realidad y que han instalado, para adorarlo, un Dios salido de su propia imaginación, un simple idolo fabricado por ellos, la filosofía los conducirá hacia el verdadero Dios, a quien desde entonces adorarán con plena conciencia de lo que hacen. Finalmente encontraremos la esquiva esencia del mundo, ahora desconocida para los hombres de ciencia y que ellos creen que es alguna especie de energía.

Ahora podemos comenzar a entender por qué el camino final fue siempre enseñado en secreto. Los libros y los textos se encontraban en posesión del maestro, para ser revelados y explicados sólo cuando los candidatos hubieran recorrido los otros senderos. Habría sido imprudente enseñar al público en general. Los hombres no pueden soportar el conocer la verdad acerca de la real naturaleza de este mundo, y ante sus primeras visiones huyen hacia el inmediato consuelo de la existencia ilusoria. Porque la noción de que existe un mundo material que los confronta y que existe fuera de ellos es instantánea, inmediata e irresistible. No es algo a lo cual lleguen por algún laborioso proceso de razonamiento lógico a partir de alguna otra cosa; es una percepción evidente en sí misma, abrumadora, intuitiva, que parece innegable y que aparentemente no depende de ninguna hipótesis previamente elaborada, pasible de ser destruida. Sólo una serie continua de hábiles preguntas extendidas a lo largo de un prolongado curso de instrucción personal podría demostrarle al hombre corriente, irreflexivo, que su realismo materialista carece de cimientos y que el meditado mentalismo del filósofo está basado en sólidos hechos pétreos.

El gran temor que desciende sobre cualquiera cuando se entera de que la materia y el espacio y el tiempo no existen aparte del hombre mismo es injustificado. Porque esa no existencia no le priva de las *sensaciones* de materia y espacio y tiempo. ¿No es bastante ver un mundo aparentemente objetivo extendido en el espacio y contemplar sus acontecimientos que se extienden en el tiempo y sentir su solidez? El mentalismo no lo despoja de esas sensaciones que experimenta; no hace más que explicarlas. ¿Qué importancia real tiene abandonar sus ilusiones acerca de ellas? ¿Por qué habría de exigir algo más que la verdad misma? Porque la filosofía debe atenerse a los hechos; la sensa-

ción es un hecho, pero la materia, el tiempo y el espacio son suposiciones demostradas. Aquí la filosofía es mucho más rigurosa que la ciencia. No existe diferencia tangible entre la vida práctica de él y la rectificación de nociones equivocadas de su vida mental. El chocolate tendrá el mismo gusto dulce y delicioso, aunque sepa que es un manojo de sensaciones, que cuando creía erróneamente que era una sustancia material, y el motor de su coche zumbará tan ruidosamente como antes. No perderá ninguna de las cosas que quiere, ninguna de las alegrías de la vida, sólo que las entenderá más correctamente. Porque las calles, las casas y la gente que lo rodean presentan precisamente el mismo aspecto para el sabio que para el hombre ignorante. El primero, sin embargo, está esclarecido por la reflexión y así sabe que esas variadas formas son todas mentales; sabe también que su mente es la materia de todas esas producciones, en tanto que el ignorante está casi completamente cegado por su falta de reflexión en cuanto a esa verdad. El mentalismo hace tambalear al de mentalidad simple con su aparente profundidad y complejidad, pero una vez bien investigado y, por lo tanto, bien entendido, nada puede parecer más sencillo o más evidente.

De tal manera, los antiguos sabios indios dejaron una enseñanza que presagió algunos descubrimientos de los mejores hombres de ciencia modernos de Occidente. La misma ciencia que nos dio la tétrica desesperanza de la mortalidad y el materialismo, el siglo pasado, nos dará la luminosa esperanza del mentalismo en este siglo. La verdad será establecida sobre una base de demostración probada; no necesitará nada místico que la respalde. La época ya es más madura para que el mundo) llegue a esta verdad antiquísima, pero debe llegar a ella en términos de conceptos científicos del siglo veinte. Esta doctrina ha estado aislada ya del mundo durante mucho tiempo. Y tampoco bastará traducir simplemente sus enseñanzas a los idiomas occidentales; se las debe interpretar a la vez constructivamente.

Vivimos en una época de transición. Reyes, gobiernos y constituciones han sido derribados de sus pedestales y conceptos científicos familiares han sido arrojados por las ventanas de los laboratorios. Pero la más grande transición de todas en el mundo del conocimiento del siglo veinte es la que la primera fila de investigadores científicos está efectuando ante nuestros ojos. Este giro fundamental en la visión de los hombres educados consistirá nada menos que en llevar a todo el mundo al círculo del pensamiento, convirtiendo así la materia en idea. Así como el estudio de la sustancia radiactiva abrió un nuevo horizonte para la

ciencia cuando sus viejas líneas de investigación parecían haberse completado, así este estudio de la relación entre el mundo y el hombre, entre la materia y la mente, terminará antes de mucho tiempo en el descubrimiento de que todo el panorama del mundo, desde la estrella vista en el telescopio hasta la célula vista en el microscopio, es en realidad una construcción mental. Destruirá el materialismo, de las raíces hasta las ramas, y abrirá de par en par las puertas que comunican con la infinita realidad cuyo conocimiento es la *Verdad*.

Epílogo

LA VIDA FILOSÓFICA

No es culpa nuestra que esta enseñanza haya sido olvidada, descuidada y mal entendida durante tantos siglos en soñolientos monasterios o en remotas cuevas de montaña. La culpa es de los hombres. Los que podían entender su inmensa influencia práctica, su vital inmediatez, eran necesariamente pocos. Tal comprensión sólo puede ser lograda por arduos esfuerzos intelectuales que están más allá de la capacidad de la mayoría de los hombres. Pero por lo general conseguimos aquello por lo cual pagamos. La única enseñanza que podría guiar a la humanidad hacia la correcta solución de difíciles problemas tiene que ser valorada de acuerdo con ello. Es un costoso y legítimo diamante, no un trocito de vidrio barato.

Vivimos en un mundo práctico. Los hombres pueden teorizar como les plazca, pero tienen que trabajar, actuar y tratar con otros hombres. Por lo tanto debe surgir la pregunta: Esta enseñanza, ¿establecerá alguna diferencia en cuanto a la forma en que la gente vive en la tierra? Porque existe la difundida creencia de que la filosofía está aristocráticamente separada de las apremiantes preocupaciones de la vida cotidiana, de que el filósofo —¡si no es un tonto o aun un lunático!— es un hombre irremediablemente impráctico que se ocupa simplemente de problemas fabricados y de que la búsqueda de la verdad es un pasatiempo para los que no soportan la carga de las responsabilidades prácticas, para ratones de biblioteca o para soñadores que quieren eludir la acción. Por lo general se cree que el filósofo establece una dicotomía artificial de actitud entre la vida interior de pensamiento y la vida exterior de acción.

Esto puede ser cierto en cuanto a esa especulación puramente metafísica o esas invenciones teológicas que se hacen pasar por filosofía, pero no en lo concerniente a la auténtica filosofía, tal como la **que**

siguieron algunos de los mejores ciudadanos griegos antiguos, en tanto que no es nada cierto en lo que respecta a la filosofía india oculta. Si la pretendida filosofía ha perdido contacto con la vida, ello se debe a que se ha extraviado en un laberinto de largas palabras técnicas o a que ha hecho tal fetiche de unas hábiles sutilezas lógicas que no deleitan más que a los dialécticos, que se ha olvidado de sus cimientos; los hechos de la experiencia humana. Es posible que en ningún otro estudio sean arrebatados los hombres de tal modo por las palabras sonoras y los vocablos polisilábicos que encubren el error y cristalizan la falacia, y en ningún otro estudio habrá surgido tan temible terminología con tan poca necesidad. Un filósofo que no puede decir lo que tiene que decir con un mínimo de palabras largas, difíciles y poco familiares, sino que necesita complicarse en el empleo de un máximo de las mismas, no sólo tendrá facilidad para enredarse en falsedades ocultas, sino que con seguridad mantendrá a no pocos aspirantes sinceros fuera de los portales de la filosofía misma.

Si tal filosofía ha desaparecido de la vida cotidiana para hundirse en un vacío verbal, o si ha perdido la alta estima y es considerada con desprecio, la culpa la tienen los propios pretendidos filósofos. Escriben sus pensamientos en una jerga técnica que oculta el significado y daña la claridad, y construyen temibles baluartes de ininteligibilidad en torno a las más grandes verdades. Construyen sistemas de reflexión acerca del mundo y de la vida, que no tienen en cuenta los hechos primarios del mundo y la vida. Ignoran los tremendos deberes de la ciencia y se ven obligados a jugar con sus propias fantasías. Inician sus reflexiones con las arbitrarias fantasías de otros filósofos, en lugar de comenzar con los hechos verificados del mundo que los confronta. En ello se parecen curiosamente a los místicos. Se imitan los unos a los otros y quedan empanados en la historia literaria de la filosofía, en lugar de crear activamente una filosofía nueva.

¿Qué es esta cuestión de la filosofía? ¿Qué fin definido tiene en vista? ¿Cuál es la correcta vocación de un filósofo? ¿Cuáles son las lecciones prácticas de la filosofía? La respuesta más breve a todas estas preguntas es: ¡la verdadera filosofía enseña a los hombres a vivir! Si no pudiera hacer tal cosa, si no pudiera servir para los fines prácticos, no sería digna de ser seguida. No se afana por atravesar los más profundos estratos del pensamiento sólo para alienarse del mundo que sufre. No termina en la abstracción, sino en la acción. Los frutos de la filosofía sólo pueden ser recogidos en esta dura tierra, no en algún remoto emporio metafísico. Abarca la labor individual y social que debe contribuir

visiblemente al bienestar de nuestra raza y hacerse sentir en la historia viva, o de lo contrario no es una verdadera filosofía. Tiene que justificar su existencia por lo que puede hacer, no sólo por lo que puede imaginar. Debe demostrar a los hombres no sólo lo que realmente son, sino también cuál rumbo de vida tiene que ser el objeto de su conducta. El hecho es que la filosofía constituye una diferencia revolucionaria cuando se la aplica a la existencia humana, cuando se la expresa en actos humanos y cuando se la injerta en las relaciones humanas. Los custodios vivos de la enseñanza oculta en nuestra atormentada época abrigan el profundo deseo de que el divorcio artificial que existe entre la filosofía y la vida práctica termine de *una vez*. Anhelan sinceramente hacer que los hombres se den cuenta de que la filosofía está íntimamente vinculada con la vida y que es útil como guía, inspiradora y juez. Una de las misiones del volumen subsiguiente será la de poner en duda la validez de la crítica corriente de que los filósofos pueden encarar problemas demasiado remotos de la vida diaria para ser útiles para nadie. Se demostrará en él que la verdad es precisamente todo lo contrario, por lo menos en lo que respecta a la enseñanza oculta, *porque sus lecciones finales afectan cada uno de los momentos de la vida terrena del hombre*. Porque la filosofía no es una pálida ficción adecuada sólo para los soñadores. Es primariamente para los hombres que viven en el mundo de la acción. Está interesada en el círculo total de la existencia, no sólo en un segmento del mismo. En cuanto comenzamos a reflexionar acerca de la vida, en cuanto empezamos a considerar las lecciones de la experiencia, en cuanto buscamos la significación o la explicación del mundo en que nos encontramos, en ese momento nos convertimos en filósofos temporarios. El filósofo especialista va más lejos que nosotros cuando exige que *toda* la experiencia sea tomada como material para la reflexión, que se medite sobre la experiencia de toda la existencia. Pero el crítico preguntará cómo puede ser eso, cuando la historia no ha escrito su última palabra, cuando la experiencia aumenta continuamente y la vida no termina nunca... La respuesta es que, así como un círculo puede ser agrandado infinitamente sin dejar de ser un círculo, así la experiencia puede ampliarse continuamente sin que la *verdad* de la experiencia deje de ser verdad. Y la respuesta es también que la verdad es el blanco final del filósofo. Por eso debe trabajar metódicamente, por eso tiene que establecer antes la verdadera significación de la experiencia universal y tratar luego de traducir esa significación en términos de actividades concretas. Sus acciones visibles tienen que ser justificadas previamente por sus reflexiones invisibles.

Al mundo no le hace falta una doctrina que trate le vida corriente de los hombres como algo ajeno y separado. El mundo tiene razón. El filósofo no conoce punto ninguno de este ancho universo en que la verdad tenga que ser expulsada. De ahí que encuentre que sus principios son aplicables en todas partes y que están presentes en todas partes, y que quien los descuida lo hace a su propio riesgo. La filosofía es lo que es utilizable; tiene que ser puesta en práctica, o sino será sólo filosofía a medias. Cree en la acción inspirada y en el servicio iluminado. Su valor no es conocido para los aficionados que juegan con teorías académicas durante un día y luego las olvidan. Puede ser transportada a la acción, puede ser hecha digna de los trabajadores, de los que sufren y de los que dirigen en la sociedad; muestra a todo el mundo cómo tiene que vivir en las circunstancias especiales en que se encuentra. Porque cada acción del verdadero filósofo es la descendiente directa de las ideas de verdad por las que ha luchado tan arduamente. Aprende las reglas correctas del juego y se dispone a obedecerlas.

Por lo tanto la filosofía es igualmente para el hombre condenado a colgar del horrible patíbulo y para el que lo condena desde el gran estrado judicial. Revela una verdad cuya aplicación a la vida diaria detiene el temor, elimina la duda, proporciona inspiración y enciende la energía mental. Seamos campesinos de hoz y arado, o cirujanos de escalpelo y lanceta, o directores de escritorio con tapa de cristal, todos nosotros conocemos momentos críticos en que necesitamos la guía segura, el firme dedo señalador que sólo la filosofía puede ofrecer. Porque sólo a ella le preocupa la rígida verdad de una situación antes que las deformaciones emocionales o los encubrimientos egoístas de la misma. Por lo tanto el valor de la filosofía es el valor de su contribución práctica a la vida de todos los días. La relación entre la oficina, la fábrica, la granja, el teatro y el hogar por un lado y la filosofía por el otro es directa y simple. La filosofía es la guía de toda la vida. Su valor final es el de decirnos cómo vivir y cómo salir al encuentro de nuestras dificultades y tentaciones para dominarlas.

El estudio de la enseñanza oculta exige que uno pase por una severa disciplina intelectual, que puede extenderse a lo largo de algunos años, según la capacidad razonadora del estudiante. Por cierto que no puede ser asimilada a toda velocidad. Sin embargo, en cuanto ese conocimiento ha sido adquirido, demuestra su valor práctico soportando todas las pruebas. La sabiduría que confiere, la ética que sostiene, la fuerza que da, la tranquilidad que irradia y la capacidad intelectual que desarrolla, todo ello se combina para hacer del estudiante que completa su curso,

que pasa de la ignorancia al conocimiento, un hombre mejor. Si se dedica a la política, rendirá servicios superiores, no inferiores. Si se ocupa de fabricar sus productos, será honrado y meritorio. El hombre adiestrado en los trabajos y esfuerzos de la reflexión filosófica encarará cada problema práctico, a medida que se presente, con clara visión, y sólo él —ya que esto es lo mismo— podrá ser el más capaz de emitir un juicio correcto sobre un asunto.

Todas nuestras ideas son mudas hasta que tratamos de ponerlas en práctica. Entonces adquieren voz y pueblan nuestro mensaje. La vida filosófica no es un simple fragmento que debe ser vivido en una polvorienta biblioteca; es una experiencia continua, ya se la viva en un hogar, en un comercio, en una cámara de senado o en una granja. Y el hombre será un mejor ciudadano cuando sea un filósofo, así como será un mejor filósofo porque es un ciudadano. Si sus estudios lo separan exteriormente de la vida general de su comunidad, entonces, sean dichos estudios lo que fueren, no son, por cierto, estudios filosóficos. Porque el filósofo tiene que expresar el contenido de una continua acción desinteresada con las hermosas o inteligentes frases que escribe o pronuncia, o si no ser simplemente un filósofo a medias. Sólo cuando las doctrinas de la filosofía hayan penetrado en su sangre podrá convertirse en un verdadero filósofo.

La verdad es una cosa dinámica, no un narcótico.

Se verá que el filósofo es siempre un hombre racional, sensato, práctico y equilibrado en sus actividades diarias. Entiende perfectamente que las dos alas de un pájaro deben moverse para mantenerlo en vuelo equilibrado, y que los dos aspectos de un hombre —pensamiento y acción— tienen que funcionar para mantenerlo en existencia equilibrada. Pero este equilibrio es más amplio. En medio del inquieto ajeteo de la sociedad moderna, el filósofo se mantiene interiormente sereno e imperturbable. Y su tranquilidad está tan sólidamente forjada que persiste cuando sale del tranquilo santuario filosófico y entra en la bulliciosa calle.

La disciplina filosófica adiestra a la mente, y por medio de ésta todos los actos de un hombre. Los pensamientos que se mantienen constante e intensamente tienden, más tarde o más temprano, a hablar en hechos. Como los hombres no se han dado cuenta del poder del pensamiento concentrado para ayudar o dañar a los demás, han producido la horrible época en que hemos nacido. Sin necesidad de unirnos a los que dañan a una buena causa con una pobre lógica y una peor filosofía, cuando niegan el poder del ambiente exterior, podemos decir que la línea

PAÚL BRUNTON

general y habitual de pensamiento tiende en definitiva y en gran medida a reproducirse en las características del ambiente de uno. La mente tiene propiedades atractivas y repulsivas. Atrae a otras mentes y a condiciones materiales de una naturaleza parecida; repele a las que chocan con ella. Esta actividad se lleva a cabo constantemente en el yo subconsciente del hombre; no necesita tener siempre conciencia de ella para hacerla efectiva. Esta silenciosa influencia nunca deja de funcionar. Sólo cuando la *vemos* notablemente evidenciada en las vidas de los genios buenos o malos advertimos vagamente qué potencia yace oculta en el pensamiento dominado y concentrado.

El hombre invisible interior del pensamiento y el sentimiento es el que dicta las acciones y reacciones cotidianas del hombre, el que lo enfrenta cuando está a solas y el que vive una existencia secreta que pone en peligro toda su existencia exterior. Los pensamientos que con más frecuencia ocupan su mente y los talentos que más frecuentemente llenan su corazón son sus gobernantes invisibles, y, en comparación con el cuerpo físico, constituyen su yo más importante. Las razas más jóvenes de Occidente miran primero la estatura exterior de un hombre, cuando quieren medirlo, en tanto que los pueblos más antiguos de Asia sabían, hace miles de años, que la más grande potencia del hombre para el bien o el mal residía en su mente. Los antiguos sabios que permanecían sentados, con las piernas cruzadas y el rostro benigno en los bosques del Himalaya, enseñaron a sus reverentes discípulos esta verdad vital. Así, su enseñanza se justifica ampliamente por el más utilitario de los motivos.

SOBRE LA CONDUCTA Y EL ARTE. Todo o todos están en relación con algo o alguien. Nada ni nadie está sólo. La vida de cada criatura está entrelazada con la vida de los demás; su imaginada separación y su zarandeada independencia es una ilusión. La humanidad está especialmente interrelacionada. Por lo tanto el filósofo no es simplemente un filósofo; es también un miembro de la sociedad. No puede evitar serlo, no puede desprenderse por completo. Aun cuando se retire a una cueva, necesitará a otro que lo atienda, o un perro que lo acompañe, o una vaca que le dé leche, ¡y de ahí que ya se forma una sociedad de dos o tres! Su conducta en esa sociedad dependerá de principios éticos que seguirían siendo los mismos aunque se tratase de una sociedad de dos millones de seres y no simplemente de dos. ¿Contribuye entonces la filosofía en algo a la ética, contribuye en algo a los valores, contribuye a señalar el camino recto del deber?

La respuesta es que la filosofía es la única cosa del mundo que hace tal contribución en el más alto grado necesario para la existencia humana. En cuanto lleguemos al conocimiento de esta gran verdad, todas las más importantes cuestiones que perturban a la humanidad toman un aspecto totalmente nuevo. Entonces, y sólo entonces, pueden conseguirse soluciones satisfactorias de antiguos y desconcertantes problemas. La atmósfera misma en que esas soluciones tendrán que ser elaboradas, habrá cambiado por entero. Nos veremos obligados, nos guste o no, a dar nuevas formas a las antiguas dudas, porque la norma de referencia será entonces muy otra de lo que fue hasta ese momento. En ese punto el estudiante de filosofía encuentra el valor real de sus estudios y consigue su recompensa en el discernimiento que le muestra cómo actuar correctamente, sabiamente y bien. El filósofo jamás podría ser un fracaso en la vida, por más que pueda fracasar en la fortuna.

La filosofía no está destinada solamente a interpretar el mundo, sino también a mejorarlo, porque sigue las ideas hasta su conclusión práctica. El idealismo social o personal tiene que estar relacionado con una meta alcanzable, porque de lo contrario será pernicioso. La filosofía proporciona una brújula a los hombres que van a la deriva. De ahí que sea tan importante para los que tienen conciencia de la ausencia de principio alguno de guía ética en su vida como para los que buscan el conocimiento puro. Ellos encontrarán en la filosofía la más grande ayuda para llegar a decisiones correctas en cuanto a las exigencias de la vida práctica. Y en toda la esfera de la cultura humana, ¿qué podría ser más útil que eso?

No existe minuto alguno del día en que no estemos dedicados a hacer o pensar algo, y este proceso continúa a todo lo largo de nuestra vida de vigilia; es una interminable e incesante actividad. El problema de si lo que hacemos o pensamos está bien o mal, mejor o peor, es decir, el problema de la ética, es uno de los más fundamentales e importantes que podamos plantear.

Existen dos dudas que todos los hombres tienen que enfrentar todos los días. Son ellas: ¿Cuál es la forma correcta en que tengo que actuar? ¿Y cuál es la cosa correcta que tengo que buscar? Varios otros problemas están involucrados en ese solo problema de lo que constituye el deber del hombre, y giran en torno a él; algunos de ellos son: a) ¿Cuál es mi deber más elevado, en cuanto distinto de mi deber inmediato; cuál es mi deber intrínseco, en cuanto distinto del práctico? b) ¿Cuál es la justificación de aceptar la noción de que existe algo que se llama deber y que no es una creación de la fantasía humana? c) ¿Cuál es la

norma de medición que me permite graduar los deberes sobre alguna escala?

Todos estos, sin embargo, son problemas filosóficos. Esto indica que la filosofía pura tiene la influencia más práctica sobre la vida. Y cualquier cosa que el hombre establezca como bien o mal es el reflejo consciente o inconsciente de su filosofía consciente o inconsciente de la vida. Su visión general del universo, es decir, su visión filosófica consciente o inconsciente, le proporciona una norma para señalar o poner a prueba el deber o el deseo. Cuando se aplica a la conducta, la filosofía se ocupa menos de establecer reglas especiales que de dejar asentados principios fundamentales. Le importan menos las pequeñas cláusulas legales que las grandes formas de vivir.

La conducta humana está ordinariamente gobernada por el deseo. Todos los deseos, las emociones, las pasiones, las energías, los anhelos, las simpatías y las antipatías comienzan a regularse por sí mismos cuando los entendemos mejor, cuando nos entendemos mejor nosotros y cuando entendemos mejor al mundo. El valor de este estudio en lo referente a restablecer el equilibrio emocional puede ser expresado en términos físicos como los que siguen. Normaliza la presión sanguínea y regula beneficiosamente las secreciones glandulares. Lo que es más, integra armoniosamente las funciones neurofisiológicas. Disciplina las pasiones, supera los malos hábitos y elimina los temores nerviosos. Tranquiliza el corazón, pone la razón en la cabeza y el objetivo en la vida. Es de valor especial para reyes, gobernantes, presidentes, ministros de estado y jefes de gobierno, y en menor medida para profesionales como los médicos, los abogados, los educadores y los dirigentes del comercio y la industria. Los beneficios recibidos afectan tanto el aspecto personal como el profesional de la vida.

Es un error, sin embargo, imaginar que el filósofo debe ser un acólito del ascetismo, un adherente de la negación de la vida, absolutamente alejado de los intereses humanos y de los goces humanos. En la verdadera filosofía no hay lugar para las incurables antinomias del conflicto ascético-hedonístico. El limitado asceta niega la vida y contempla el mundo como a una trampa traicionera. Pero el filósofo encuentra en él una útil escuela en la que aprende mucho y vive comprensivamente. La experiencia no le ofrece sólo alimento o pensamiento teórico, sino también adiestramiento práctico para la sabiduría. Sin embargo, Cupido y la concupiscencia tienen que ser refrenados. Todo hombre sensato que quiera fortalecer su vida tiene por cierto algo del asceta. El poder que la autocontención le proporciona a su carácter

mental, ético y físico lo ayuda en todo sentido. Y cuando semejante hombre se dedica a la búsqueda de la verdad, necesita esa fuerza interior en mucho mayor medida. El hombre débil que *cede* a todos los impulsos no conoce el placer de ser independiente, la satisfacción de no ser esclavo de nada. Pero tan sana contención no debe ser confundida con el insalubre y artificial rechazo total de todo lo humano. Estamos aquí para vivir y no para huir de la vida. Tenemos que encontrar una *forma* de existencia que sea razonable y equilibrada, no fanática y remota. Todo lo exagerado es un error; un bien exagerado engendra un nuevo mal; una virtud exagerada crea un nuevo vicio. El filósofo no tiene miedo de faceta alguna de la vida. ¡Convierte lo contradictorio en complementario! Por eso no necesita huir del mundo como el asceta. Las huidas que considera necesarias las efectúa silenciosamente, dentro de su corazón, y no las anuncia públicamente poniéndose las vestiduras de colores del monje. Ningún abandono del mundo conduciría a la sabiduría, en su opinión, porque sabe que fue puesto en el mundo para aprender sus lecciones. Ello no obstante, está de acuerdo con el monje en lo concerniente a querer ser libre de la esclavitud que representan los deseos y en lo referente a buscar el dominio de sus propias emociones. Pero no puede viajar más lejos con el asceta fanático. Como su principal esfuerzo se dirige hacia el dominio del pensamiento y la disciplina del intelecto, su éxito le recompensará con la capacidad para pasar a través de la comodidad y la incomodidad con suficiente desapego como para mantener su mente imperturbable y para proporcionarle el poder de trabajar en medio del intenso ajeteo de cualquier ambiente sin perder la calma interior.

La vida ascética es un comienzo bueno y necesario, pero cuando se congela y se torna rígida, frígida y profesional, es un fin imperfecto. El hombre sabio no tiene miedo de respaldar las generosas y excelentes líneas de Terencio: "Soy un hombre; nada de lo que pertenece a la humanidad me es ajeno". Avanzará sin tentarse por entre la frenética marejada de las multitudes ciudadanas, donde lo necesiten, mientras los temerosos se ocultan en cuevas; mantendrá su serenidad en el trabajo o el descanso, porque su abandono ascético está profundamente oculto dentro de su mente. No necesitará aplastar los afectos humanos a fin de aplastar el egoísmo humano. No le hará falta hacer caso omiso de los tesoros del arte o dejar de responder a los encantos de la Naturaleza a fin de mantener el equilibrio emocional.

Pero los problemas de la acción y la conducta no agotan la preocupación del hombre por la sociedad y el mundo. El también trata de em-

bellecer a ambos. Y así nace el arte. La filosofía también tiene que encontrar un lugar para el arte y tener en cuenta su contribución al todo. El arte es en verdad el combustible para la empresa filosófica. ¿Por qué se siente el hombre atraído hacia la música, la pintura, la arquitectura, la poesía, el drama y las otras artes? ¿Qué es esa belleza que atrae al hombre a través de sus amores más pequeños? ¿Es el cultivo de la sensibilidad artística una etapa de su búsqueda? Se equivocan los que imaginan que la filosofía aísla al hombre de todo lo que es cálido y hermoso en la vida. La fragancia del blanco jazmín le proporciona tanto placer como a los demás; la arrebatadora belleza del sol que agoniza como una gran bola de fuego no lo deja indiferente y la dulce voz del violín no carece de sentido para él. Es distinto de otros hombres porque se mantiene siempre apegado al más elevado punto de vista que ubica esas experiencias donde corresponden y no permite que lo abrumen por completo.

La labor de un verdadero artista es primariamente imaginativa.

Tiene derecho a llamarse artista creador en la medida en que puede llevar a cabo una obra original con el primer medio de que dispone: *la imaginación*. Si sólo puede trabajar con su segundo medio, es decir, si sólo puede copiar fotográficamente con pintura, madera, piedra, palabra o sonido lo que otros han creado, lo llamamos un artista de talento, pero no un artista creador. En verdad, los críticos competentes han llegado a separar ambas clases, negándose a dignificar al carente de imaginación con el título de artista y llamándolo nada *mas* que artesano. En la obra de genio existen por lo general auténticos indicios que demuestran la profundidad de su potencia imaginativa.

Y sin embargo la imaginación en sí misma no es, al fin y al cabo, nada más que un tejido de imágenes mentales, es decir, de *pensamientos*. Mozart, que fue un genio aun de niño, describió el proceso de su experiencia de la composición musical en una breve pero iluminadora frase: "Todo el descubrimiento y la construcción transcurren en mí Como en un sueño sumamente vivido". En ese mundo creado por él mismo, el artista debe sentirse tan completamente a sus anchas, que le moleste la llegada de las horas de comer como si fueran un engorro y la visita de amigos como una intrusión. Por eso Balzac se encerraba en una habitación literalmente día y noche. Cuando escribió esas maravillosas novelas se encontraba en un estado de semiéxtasis, como cualquier yogui indio. Que Balzac entendió perfectamente el carácter místico de su arte lo atestigua su propia afirmación: "Hoy el escritor ha reemplazado al sacerdote... consuela, condena, profetiza. Su voz no

resuena en la nave de una catedral; se extiende tempestuosamente de uno a otro extremo del mundo". Porque la producción del verdadero artista es nada menos que la práctica del auténtico yoga. El artista está en un perfecto plano de igualdad con el místico, sólo que busca la belleza memorable, en tanto que este último busca la paz memorable.

La inspiración significa sencillamente que el artista es arrebatado de tal modo por una serie de ideas, que por el momento la realidad de las mismas *lo* domina por completo. Para él el pensamiento se ha convertido temporariamente en algo que se siente que es lo Real. En ese sentido el artista es un verdadero místico. Ambos llegan a adquirir una ferviente fe en la realidad de sus construcciones mentales. Ambos llegan inconscientemente a la verdad del mentalismo por el mismo camino: una intensa y concentrada autoabstracción en una sola idea dominante o en una serie de pensamientos. Ambos son, a la postre, creyentes conscientes, semiconscientes o inconscientes del mentalismo. El pintor Whistler veía gran belleza en el Támesis cubierto por la bruma que envolvía sus sucias chalanas, sus muelles infestados de ratas y sus roncós remolcadores. Esto significa en realidad que la belleza que veía estaba contenida dentro de su propia mente. El artista que quiere llegar a la primera fila del genio creador tiene que ser un mentalista. Debe ser un creyente de esta sutil y refinada doctrina, adecuada sólo para ios temperamentos sutiles y refinados. Si no fuese así, sería falso para su propia experiencia y ciego para la significación implícita de la misma.

A menudo oímos hablar del éxtasis esclavizados en que crea sus obras, y de la lánguida melancolía que más tarde sustituye al primero. Camina pisando nubes durante un tiempo, pero luego pisa la tierra con pies de plomo, lamentando no haber sabido retener el elevado talante anterior. No le envidiemos. Porque paga muy caros sus éxtasis; los paga con la moneda de los humores melancólicos y las negras depresiones.

Existen dos explicaciones, dos causas que explican este hecho, que se encuentra en todas las biografías de los genios: la primera es que durante la obra creativa se olvida de sí mismo, pierde completamente el *yo*, porque sólo mediante una perfecta concentración puede realizar una obra perfecta. Si no puede olvidar su ego, no puede, entonces, concentrarse perfectamente, y, por lo tanto, *no* puede llegar a ser un artista perfecto. O de lo contrario se une en el sentimiento con su público en cierne, es decir, funde su individualidad a la de *otros*, y así pierde su ego por otra causa. La segunda es que el breve placer que extrae de esos preciosos minutos en que se encuentra absorto en su

imaginación es el mismo que su público obtendrá luego cuando presencia o experimente el producto terminado de su labor. Pero si este segundo hecho tiene alguna significación, es la de que, en el preciso momento de la producción inspirada del artista o de la absorta recepción de su público, ambos están o deberían estar profundamente sumergidos en el mundo de las imaginaciones. En ese sagrado instante encuentran que el pensamiento es tan importante y real como les había parecido hasta ese momento el mundo material de sus propias creencias. Lo que es más, en el ansia del artista por encontrar una perfecta expresión de sus ideas en la pintura o el papel, trata inconscientemente de derribar las barreras imaginarias entre el pensamiento y la cosa, entre la mente y la materia. En pocas palabras, se esfuerza por construir una segunda idea que sea una copia perfecta de la primera. Ahora podemos entender por qué el artista sufre cuando se disipa su talante creador. Porque es entonces cuando, psicológicamente, vuelve a caer en el estado egoísta ordinario y en el estado común carente de concentración. El contraste es tan notable como el que existe entre lo negro y lo blanco, y afecta sus emociones del mismo modo. Estas son algunas lecciones elementales que la filosofía enseña en relación con el arte.

LA DOCTRINA DEL KARMA. Debido a su omisión del hecho primario de que la mente es el terreno que respalda a todo lo demás en la vida humana, la cultura científica del siglo pasado se encontró en la posición de un materialismo éticamente peligroso que convertía al hombre en un bípedo mecánicamente manipulado. Aunque los propios hombres de ciencia de primera fila están saliendo ahora de esa fase materialista, las embestidas de sus predecesores han dañado seriamente la tela de la autoridad religiosa y debilitado grandemente la fuerza de la influencia religiosa. La popularización de la ciencia en Occidente ha hecho que las masas sean menos dóciles a los frenos y disciplinas ofrecidos por la religión. Más aún, la consecuencia de todas las guerras ha sido una decadencia de la fe religiosa y una indiferencia hacia los códigos de moralidad.

Nos aproximamos, pues, a un período en que la principal justificación social de la religión —su poder para contener la conducta de las masas dentro de ciertos límites— quedará definitivamente desterrada. El ejemplo del violento rechazo por Rusia de la religión organizada, después de la guerra y la revolución, es un fenómeno que debe ser sereno y desapasionadamente considerado. No tiene que ser

entusiastamente admirado por los irresponsables y desequilibrados, ni denunciado con violencia por los reaccionarios e indóciles. Porque encaramos un período en que la decadencia de las sanciones morales, el aflojamiento de los vínculos sociales, el hundimiento de las normas individuales y la tendencia general a desquiciar y perturbar la sociedad se combinan para constituir una situación éticamente peligrosa. Los que se preocupan por el bienestar humano deberían entender que aplicar sanciones anticuadas, que han perdido gran parte de su fuerza, no será una forma satisfactoria de encarar esta situación. La religión será incapaz de evitar el problema, y hará mejor en lo que respecta a la humanidad y a sí misma si enfrenta el problema con valor y buen sentido. Su contribución es siempre necesaria, pero tiene que ser una contribución correcta.

Toda religión ortodoxa institucional puede salvarse de la crisis cuyos estruendos preliminares presagian su proximidad, si tiene, en primer lugar, la valentía de dejar a un lado las malas costumbres, cuando ello sea necesario, y encontrar una vida mejor para el hombre; y, segundo, si abandona la esclavitud mental al infantil dogma y se vuelve intelectualmente progresista. Deberá agregar nuevas creencias, o alterar y adaptar su sistema donde sea necesario. Debe progresar paralelamente al intelecto del hombre, avanzar junto con nuestra época que avanza y no continuar siendo un credo inflexiblemente obstinado. Algunos de los eclesiásticos más sensatos han abandonado ya sus antiguas y toscas ideas ante el conocimiento que progresa, pero muchos más son simples manojos de tímidas supersticiones convencionales, pulcramente atados y adornados con sombrero, traje y zapatos. El Reverendísimo Inge no vaciló en propiciar audaces cambios racionales en la doctrina cristiana, en tanto que en África y Asia los sacerdotes mahometanos, hindúes y budistas han hecho lo mismo en menor medida. Pero hasta que los más altos dignatarios promulguen audazmente concepciones más refinadas y racionales, una fe más sostenible; hasta que valoren la ética viva por encima de la historia agonizante, las tendencias actuales perjudicarán sus anticuados dogmas y, lo que es peor, dañarán los respaldos morales de sus devotos. Las ilusiones de los fieles pueden ser perdonadas, pero la ignorancia o la obstinación de los propios clérigos es imperdonable. El mundo está preñado de nuevos pensamientos. Los dolores del parto que comienza lo afectan profundamente, y hay que esperar los gritos que surgirán de él. Todo el universo está sometido a la ley de cambio; la historia no es más que un relato de continua adaptación al medio; y cuando los dirigentes de una religión se someten volunta-

riamente a esa ley, su recompensa es grande en todo sentido. Los que se opongan a ella en el momento erróneo harán una necedad. En una época como la nuestra, de educación que progresa, nuestra religión tiene que desbrozar voluntariamente su laberinto de malezas tradicionales y reorganizarse sobre una base más intelectual. El misterio y la tradición han hecho de las religiones organizadas poderosas instituciones; la ciencia y el espíritu de investigación las están derribando. Por lo tanto, la última palabra de consejo de todo hombre bien intencionado que no esté muerto para el espíritu de la época ni ciego para la crisis mundial es la de que la religión debe crecer con la creciente mente del hombre. La posición de una institución religiosa no progresista que gobierna rigidamente a sus adherentes, que los obliga eternamente a aceptar un credo de *kindergarten* y desalienta todo interés en el conocimiento contemporáneo no es distinta de la de un maestro de escuela, que mientras da la bienvenida a los nuevos alumnos a su clase, no permite que los antiguos pasen a la clase superior siguiente y preferiría detenerlos para siempre, a sus órdenes, en la misma clase. La religión no tiene que olvidar jamás su fin superior, que es el de preparar a los más avanzados de su grey para el grado inmediato superior. Entonces dejará de molestarle el individualismo de los místicos y, por el contrario, se complacerá con sus progresos. De ese modo ayudará mejor a otros y más aun a sí misma. Finalmente, hay muchas esperanzas para la religión, debido a que *es* necesaria; sólo que tiene que despertar nuevas energías y reconstruirse valientemente.

Pero aun si ocurren estos acontecimientos improbables, la situación éticamente peligrosa de posguerra no se resolverá del todo con ellos. Muchas personas quedarán aun irrevocablemente perdidas para la religión, por más que ésta se adapte. Porque cuando los hombres ignorantes piensan que la religión es un engaño, saltan a menudo a la falsa conclusión de que la moralidad es un mito. La historia demuestra que en tiempos de grandes cambios sociales ha resultado ser desastroso el identificar la ética con algún credo religioso especial. Cuando el credo desaparece, desaparece también la ética enredada con él.

Todo aquel a quien le importe el bienestar de la raza no puede contemplar sin preocupaciones, esta negra perspectiva. ¿Qué hay que hacer? El remedio reside en recordar que los que han adoptado la actitud moderna no cederán ante exhortaciones éticas, a menos que éstas tengan una base científica. ¿Pero es obtenible tal base? ¿Se

dispone para ellos de una ética racional que los eleve y no los degrade, y que les proporcione un motivo sensato para hacer el bien? La respuesta es que hace tiempo que existe en Asia una doctrina sumamente razonable. Desdichadamente, no ha conservado su pureza pristina; el tiempo degenerador le ha mezclado mucha superstición desatinada, en tanto que el hombre imaginativo ha injertado mucho dogma religioso en lo que fundamentalmente es la base sana y científica de un sólido código ético. El nombre indio de esta venerable doctrina es *karma*.

La esencia de la doctrina es, primero la *reacción* psicológica, o sea que los pensamientos habituales se convierten en tendencias y de tal manera afectan nuestro propio carácter; éste, a su vez, se expresa, más tarde o más temprano, en acciones; éstas, no sólo afectan a otras personas, sino también, por un misterioso principio de reacción, a nosotros mismos. La elaboración de este principio implica, en segundo lugar, *renacimiento* físico, es decir, la persistencia del pensamiento en la esfera de la Mente Inconsciente, así como, más tarde o más temprano, la reaparición de aproximadamente el mismo "carácter" o personalidad en esta tierra. El karma crea la necesidad de readaptación y conduce inevitablemente al renacimiento, a una salida para los factores dinámicos que han sido puestos en movimiento. La consecuencia de este principio es la *justicia* personal, o sea que los actos por los cuales dañamos a otros vuelven inevitablemente a nosotros y nos dañan, en tanto que las acciones con las cuales beneficiamos a otros nos benefician eventualmente a nosotros también. Esta doctrina, como la del mentalismo, fue descubierta por los astutos sabios indios por medio del revelador poder de la intensa concentración mental, empleada para aguzar una inteligencia dedicada a los desconcertantes problemas de la desigualdad de carácter y circunstancias de los seres humanos. De esa manera llegaron a discernir la acción de cierto ritmo por debajo del incesante flujo de la suerte del hombre.

No existe una ley natural en el sentido de una orden arbitraria o autoritaria emitida por algún ser supremo. El hombre hace una ley de la Naturaleza en su pensamiento, a fin de describir cómo se comporta una parte especial de la Naturaleza. Karma es una ley perfectamente científica. Ensambla perfectamente con tres grandes descubrimientos científicos, cuya verificación y proclamación durante el siglo diecinueve conmovió a los hombres reflexivos con las tremendas posibilidades así inauguradas, así como con otros dos que no han sido

tan sensoriales. Los dos primeros fueron: (a) la evolución de las formas animales y humanas; (b) la conservación o indestructibilidad de la energía. El primero reunió todas las múltiples especies de la Naturaleza en cierta clase de esquema de mejoramiento progresivo, proporcionando por lo menos una fría justificación para la atormentadora inmolación del individuo en el altar de su clase, en tanto que el segundo reunió las distintas manifestaciones de calor, trabajo y potencia química en un sistema simple unificado. Si bien puntos de vista más modernos han modificado ampliamente la explicación original del método de tales procesos, y aunque el "cómo" de ambos continúa siendo en gran medida un misterio, sus principios básicos permanecen intactos. El carácter evolutivo de los cambios más amplios de la Naturaleza y la persistencia de la fuerza continúan adaptándose mejor a los hechos conocidos del movimiento universal general que cualquier otra hipótesis.

Una tercera enseñanza científica que hay que mencionar es la de la herencia. Los moldes del cuerpo físico son heredados. Si retrocedemos más en el tiempo encontraremos una cuarta enseñanza científica significativa. La tercera *ley* del movimiento, de Newton, revela que por cada acción existe una reacción igual y de signo opuesto.

Pero no hemos terminado. Porque hay un quinto descubrimiento de la ciencia —que no puede ser pasado por alto—: el de que toda la vida es en definitiva unitaria. El universo constituye una sola unidad. Todas las ciencias se tocan entre sí en un punto, y ninguna puede estar sola. La unidad del universo es la ley fundamental de su existencia.

Cuando ponemos todos estos principios en armonía con el karma descubrimos cómo lo respaldan analógicamente. La ley de la evolución revela que la vida es una continuación de todo lo que ha sucedido antes. Comenzamos como molécula primaria y terminamos como un hombre complejo. Avanzamos hacia una meta invisible porque sentimos la necesidad de completarnos. Ya hemos recorrido un largo camino desde el fango planetario hasta nuestro yo del momento actual. Pero tendremos que ir más lejos aun. Porque el fin de este viaje será el sublime descubrimiento de que el hombre no es una simple cifra en un censo estadístico, un simple mono glorificado de la selva, sino un inconsciente participante de una bendita y benigna Realidad. El principio de la conservación de la energía expresa el hecho de que ninguna energía puede ser destruida en el proceso de sus

transformaciones. Del mismo modo, los pensamientos y los hechos humanos son nada más que energías que no son destruidas, sino que reaparecen en la forma de sus efectos sobre los demás y sobre nosotros mismos. Son las simientes de las que eventualmente brota' la manifestación en el tiempo y el espacio.

La ciencia admite, en su doctrina de la herencia, que todos los cuerpos tienen cierta clase de existencia antes del nacimiento. En forma similar, la mente debe de haber tenido alguna clase de existencia antes del nacimiento. Las características mentales son características transmitidas y sólo pueden haber derivado de una primitiva existencia terrenal.

La ley de Newton de la reacción igual reaparece en el mundo de la ética, en el que rige la misma secuencia. Lo que hacemos a otros > nos es devuelto de algún modo y en alguna oportunidad. La vida nos paga con nuestra misma moneda. Las buenas acciones que ejecutamos preanuncian la buena suerte que eventualmente tendremos. Recibimos lo que damos.

El carácter unitario de todo el universo tiene que incluir también la vida del hombre. Cualquier violación de esta ley de su propio ser tiene que provocar, por reacción, más tarde o más temprano, su propio castigo en la forma de sufrimiento o discordia. Cualquier cumplimiento de la misma debe reportar igualmente armonía y felicidad. Lo que es más, esa misma unidad individual indica que el renacimiento es inevitable, debido a la continuidad del proceso mundial, porque cada aparición de la vida tiene que surgir de lo que ha sucedido antes en alguna parte, porque el presente no puede ser separado del pasado.

De tal manera, la vida humana se convierte, hablando en términos generales, en una educación de la mente, el carácter y la capacidad. Esta educación se desarrolla, en prolongados períodos de tiempo, en una serie de recorporizaciones físicas relacionadas, cada una de las cuales proporciona lecciones adecuadas por medio de las experiencias y las reflexiones en ellas engendradas. Todo vivir es aprender. Toda encarnación es educación. Adoptar un nuevo cuerpo es ocupar un nuevo asiento en la escuela de la vida. El crecimiento de la mente es la verdadera biografía del hombre. Toda la historia se convierte en alegoría. Así como la comprensión que un niño tiene de las tres R —lectura, escritura y aritmética—* constituye su 1 Añejo retruécano inglés, intraducible al castellano. En inglés, *reading*.

Writing y *'rithmetic* se pronuncian con *r* inicial. (*N. del T.*)

educación elemental en la escuela, así la comprensión de un adulto de las tres R de Reacción, Renacimiento y Retribución constituye su educación elemental en la escuela más amplia de la vida. Mentalmente, las luchas por la existencia tienden primero a desplegar y luego a agudizar la razón; éticamente, la noción de que por cualesquiera semillas que sembremos recogeremos una cosecha adecuada se infiltra lentamente en nosotros; técnicamente, la capacidad se eleva a partir de una mediocridad no adiestrada y se concentra gradualmente a lo largo de líneas especiales, hasta alcanzar su culminación en un genio fácil y desenvuelto.

La ley del karma es la única que explica razonablemente esas plagas de la existencia que de otro modo tendrían que ser aceptadas como los espantosos productos del simple azar o como los injustos dictámenes de una Deidad arbitraria. Sin el karma debemos abandonar esos problemas, en desesperación, como si fuesen piezas de un rompecabezas perfectamente insoluble. El niño nacido ciego, el chiquillo criado en una mugrienta casa de inquilinato, el joven hambriento de fama que lucha en vano para encontrar una adecuada salida a su capacidad no reconocida, la mujer de edad mediana cuya vida ha sido destrozada por un matrimonio desdichado, el anciano que gana el pan para su familia y que sufre un accidente automovilístico fatal — todas estas son tragedias que hacen que la vida parezca un odioso juego de pura suerte o el desdichado juguete de un Dios cruel. El karma, sin embargo, pone un rostro más racional en todos esos enigmas, convirtiéndolos en el resultado de actos erróneos realizados previamente, ya sea en la misma existencia o en una anterior corporización carnal. De tal modo, responde a una profunda necesidad del corazón humano, de una justicia más adecuada en la vida.

Una noción imperfecta de esta doctrina es la que ubica el efecto de los actuales pensamientos y acciones sólo en los nacimientos futuros y en las encarnaciones remotas. Debemos imbuir firmemente en nuestra mente la idea de que las consecuencias de nuestras acciones pueden ser cosechadas en cualquier momento, aquí, en este nacimiento; que la conducta errónea o correcta de una encarnación puede determinar la desdicha o la felicidad de la misma encarnación; y que no hay necesidad de esperar las vidas por venir antes de que podamos gozar de los beneficios de la virtud o pagar por los dolores causados a otros. El karma cubre *a la vez* los nacimientos presentes y futuros. Sus reacciones pueden entrar en funciones el mismo día en que es realizado un acto, o en el mismo año, o en el mismo nacimien-

to, sin esperar una futura corporización. La relación entre una mala acción y sus consecuencias inevitablemente retributivas es segura, pero el tiempo en que se manifiesta es oscuro y debe variar necesariamente con cada individuo.

Ello no obstante, esta doctrina no implica que todos nuestros sufrimientos, sin excepción, sean merecidos. Porque la humanidad está tan entrelazada, que no podemos eludir siempre los efectos de los malos actos realizados por otras personas con las cuales entramos en contacto, aunque la desdicha provocada por dichos actos no sea culpa nuestra. Pero en ese caso podemos tener la seguridad de que el efecto compensatorio del karma pondrá en juego eventualmente alguna buena suerte que de otro modo no nos habría correspondido. El karma, entonces, no nos condena a un completo fatalismo.

Es sólo una *parte* de la vida. El elemento de libertad está igualmente presente. No hay absoluta libertad en la vida, pero, por otra parte, tampoco hay absoluto fatalismo. El karma nos hace personalmente responsables de nuestros pensamientos y acciones. No podemos desplazar la culpa de nuestra maleficencia y colocarla sobre los hombros de otro, sea este otro un hombre o Dios.

Con cada nuevo nacimiento en esta frágil morada de la carne recogemos nuestras antiguas tendencias, renovamos grandes amores y grandes amistades, encaramos de nuevo el problema de las antiguas enemistades, sufrimos o gozamos con nuestros adecuados merecimientos y bebemos de la copa de la experiencia de la vida hasta saciarnos. Pero la saciedad obliga a la reflexión, y ésta a su vez produce la sabiduría. Cuando hemos subido y bajado por la escala, de harapiiento mendigo a enjoyado rey, aprendemos al cabo cómo manejar correctamente las contrastantes situaciones de la existencia humana. Cuando hemos sido tentados, torturados y desilusionados, cuando nos hemos quemado los dedos por nuestras malas acciones o nos hemos beneficiado con nuestros buenos actos, entendemos finalmente la mejor forma de conducirnos en todos los tratos con los demás. Somos todos productos de nuestra invisible experiencia pasada y de nuestro no recordado pensamiento anterior, es decir, del tiempo, y no debemos ser culpados por ser lo que somos; no podemos evitarlo, pero sí tenemos la culpa de no tratar de ser mejores. El tiempo es, pues, el supremo maestro. Ningún mortal puede darnos las lecciones que el tiempo pone ante nuestros ojos. Nos entrega toda la riqueza de la variada experiencia, mitiga los errores y los convierte en sabiduría, y

torna el dolor en paz, la desilusión en disciplina y el odio en buena voluntad. El Tiempo hace pasar ante nosotros mejores páginas que las de los libros, y habla más sabiamente que los labios de los hombres. Nos enseña a aprender de nuestras debilidades, no a llorar por ellas.

Es un error poner el karma solamente sobre un plano moral.

También funciona en el plano intelectual. Así, la inteligencia más débil de un hombre bueno, enfrentada a la inteligencia superior de un malvado, puede producir la pérdida e incluso el sufrimiento del primero, durante un tiempo, aun cuando sea moralmente mejor. Porque tiene que aprender a construirse una personalidad equilibrada, y no simplemente una unilateral. Lo que es más las personas piadosas que sufren de un exceso de sentimentalismo no entienden que la caridad sólo llega a ser virtud cuando es realizada en el momento oportuno a la persona adecuada, y que es nada menos que un vicio cuando es inoportuna. El karma nos proporciona la seguridad de que ningún esfuerzo es derrochado. Ya sea en este nacimiento o en uno posterior, gozaremos de sus justas consecuencias. Allí donde la herencia no logra explicar por qué un hijo inteligente debe tener padres tontos, el karma interviene y soluciona el problema. Heredamos de nuestros padres las características físicas, pero las características mentales las heredamos de nuestra anterior personalidad en la tierra. Esto explica por qué existen niños que son viejos para su edad y adultos que son niños para la suya. Implanta el orden y la justicia allí donde antes sólo reinaban el caos y la crueldad.

Los que rechazan el karma rechazan lo evidente que les rodea.

Sus propias vidas están inalterablemente predeterminadas en cierta medida, hagan lo que hicieren. La buena o mala familia en que nacieron, la riqueza o la pobreza que heredaron, la piel blanca o negra que poseen — todas estas son cuestiones que ellos han sido impotentes para elegir y en las que no fueron más que los recipientes no consultados de las concesiones del karma. En un grado limitado, pues, pero nada más, el karma forma un anillo de acero en torno de cada hombre.

Otros, que presentan el antiguo espantajo de que donde no hay recuerdo de vidas pasadas no puede haber beneficio del placer o el dolor que surjan de ellas, pasan por alto dos puntos. El primero es precisamente la constitución de la mente misma, que, presenta a nuestra mirada el doble rostro de lo Inconsciente y lo consciente. La más mínima iniciación en la psicología es una iniciación en ese hecho

indudable, ¿Qué proporción de la experiencia actual ha desaparecido ya en el depósito del Inconsciente? El segundo punto es el de que no pueden tener el recuerdo de una corporización previa sin tener los recuerdos de todos los miles que la precedieron. ¿Pero quién podría soportar semejante apertura de los volúmenes encuadernados de la experiencia humana, ni siquiera por un solo día? ¿Quién podría captar toda esa película cinematográfica de múltiples horrores bestiales y múltiples alegrías primitivas que ya no son alegrías? El resultado de semejante experiencia sería un completo hundimiento en la locura. Más bien tenemos que sentirnos agradecidos a la Naturaleza por ese don de olvido, así como deberíamos estarle agradecidos por el don del sueño. Porque si no lo hubiéramos recibido seríamos absolutamente incapaces de concentrarnos para nada en la vida presente. El karma adecuadamente entendido jamás mata la iniciativa, sino que, positivamente, la estimula. Lo que hacemos ahora contribuirá activamente a la formación de nuestro futuro, no importa lo que hayamos hecho en el pasado olvidado o recordado. Por lo tanto, siempre hay cierto grado de esperanza para todos. Somos simultáneamente las desdichadas criaturas de nuestro pasado y los esperanzados creadores de nuestro futuro. Lo que los hombres no entienden acerca del destino es que, si bien ciertos acontecimientos de la vida están más o menos predeterminados por el karma desde el nacimiento, pueden ser cambiados en cierta medida cambiando el carácter. Porque el carácter es la simiente, la raíz de todo el destino. Si bien tenemos que soportar ciertas limitaciones impuestas por el destino, también tenemos alguna libertad para trabajar dentro de tales limitaciones. El arte de vivir correctamente es reconciliar ambos factores y adaptarlos con sensatez. Aquí sería conveniente observar que la enseñanza india agrega que los últimos pensamientos de un moribundo se unirán a sus tendencias generales y subconscientes para determinar las características que harán pie en su próxima corporización. Estaría bien, entonces, que esto fuera mejor conocido y más ampliamente utilizado. Porque así podremos encontrar más fácilmente a aquellos a quienes amamos porque así podremos imaginar mentalmente y obtener un campo especial de servicios deseados y porque así el discípulo se ata más íntimamente a su maestro.

Hay momentos para luchar contra el destino y momentos para soportarlo. Cuando llega este último período es prudente aplicar la técnica china de encarar un ciclo de desdichas como lo explican sus antiguos textos clásicos. Esto se basa en el principio de adaptarse al

ciclo, conformándose paciente y voluntariamente a sus restricciones y previéndolas en autocontención. ¡Contemple a un malabarista recibiendo en los platos de porcelana los huevos que caen, sin romper un plato ni un huevo! ¿Cómo lo hace? Cuando ocurre el momento del encuentro del huevo y el plato, hace con este último un leve movimiento hacia abajo. La velocidad de este movimiento coincide con la velocidad de la caída del huevo, y así reduce el golpe del contacto. O bien observe la técnica de pugilistas expertos. Cuando uno le lanza un golpe fuerte al otro, éste hace a veces un movimiento hacia atrás, como si aparentemente cediera ante el golpe. Si se moviera hacia adelante, para salir al encuentro del ataque, la fuerza del impacto sería naturalmente mayor, así como la suma de las velocidades combinadas de dos trenes que se dirigen el uno hacia el otro es mayor que la de un solo tren. El pugilista que cede, retrocediendo levemente, aminora la fuerza del golpe que recibe. De la misma manera deberíamos recibir los golpes del karma: adaptándonos flexiblemente a lo inevitable, no intentando, por ejemplo, nuevas empresas durante un ciclo negro.

Aquí, una vez más, recurrimos a la confirmación de la ciencia. La teoría de los cuantos y el principio de indeterminación han arrojado nueva luz sobre la física. Las antiguas opiniones de la ciencia eran favorables a la fe en la noción del karma; los nuevos puntos de vista son favorables a la fe en la noción del libre albedrío. Las antiguas opiniones se basaban en una estructura mundial atenazada por los brazos de hierro de la ley física. El determinismo y la necesidad eran puntos de vista inevitables en semejante universo. La nueva ciencia ha ido más allá de esta fría rigidez y penetrado en la extraña espontaneidad de la vida subatómica. Su descubrimiento completa el círculo. Lo cierto es que el universo tiene la libertad en su centro pero el destino en su circunferencia, y que el hombre, en consecuencia, es una criatura de *ambas* influencias.

La lección práctica es: cambie el tenor predominante de sus pensamientos y ayudará a cambiar, con el tiempo, las condiciones predominantes de sus asuntos. Corrija sus errores mentales y éticos y la corrección tenderá en definitiva a hacerse evidente en un mejor carácter y un ambiente mejorado. En gran medida, el hombre construye y cambia su ambiente, construye la historia de su vida y moldea sus propias circunstancias por medio del simple poder de la mente, porque el destino *en definitiva*, es conquistado por uno mismo y elaborado por la mente. El karma demuestra cómo puede ser esto así, y la doctrina del mentalismo demuestra por qué esto tiene que ser así.

Finalmente tenemos que aprender, por medio de la práctica del yoga y la reflexión filosófica, el arte de mantenernos imperturbables. Porque vendrán dificultades, pero se irán como han venido. El mismo poder que las trajo se las llevará. La fortuna es una rueda que gira. Entretanto la mente debería permanecer firmemente aferrada al lugar que le pertenece: a la verdad, no a la ilusión.

Si bien el karma es en realidad una ley científica, las religiones asiáticas se apoderaron de ella al igual que las creencias paganas de la primitiva Europa. A no ser por un evidente accidente de la historia habría podido ser también una más entre las doctrinas del cristianismo moderno, porque vivió en la fe cristiana durante quinientos años después de Jesús. Luego un grupo de hombres, el Concilio de Constantinopla, la eliminó de las enseñanzas cristianas, no porque ofendiera la ética de Jesús (¿qué podría ser más noble que su perfecta armonía con la propia afirmación del Maestro: "Lo que siembres, eso recogerás"?), ni porque ofendiera la integridad de la cristiandad (¿dónde hay una defensa más clara de ella que en los escritos del gran patriarca cristiano Orígenes?), sino porque ofendía los mezquinos prejuicios personales de ellos. Y así fue que un grupito de hombres necios, sentados cerca de la costa del mar de Mármara, quinientos cincuenta años después de la aparición de Jesús, pudieron proscribir una doctrina cristiana que no se adaptaba a las tendencias de sus temperamentos. Y así despojaron al Occidente de una creencia religiosa que, con el giro de la rueda de la historia, debe ser devuelta al mundo moderno como la verdad científica que realmente es.

Es deber de los que gobiernan naciones, de los que orientan el pensamiento, de los que influyen sobre la educación y de los que conducen la religión llevar a cabo esa restauración.² La verdad lo exige, de cualquier modo, pero la seguridad y la supervivencia de la civilización occidental lo exigen aun más imperiosamente. Cuando los hombres aprendan que no pueden eludir las consecuencias de lo que son y lo que hacen, serán más cuidadosos en su conducta y más cautelosos en su pensamiento. Cuando entiendan que el odio es un cortante bumerang que no sólo hiere al odiado sino también al odiador, lo pensarán dos y tres veces antes de abandonarse al peor de los pecados humanos. Cuando entiendan que su vida en el universo está destinada

² El Reverendísimo Sigurgeir Sigurdsson, obispo de Islandia y amigo personal del autor ha realizado valientemente el experimento. El resultado ha sido notablemente exitoso con la generación joven, cuyos miembros respondieron con sumo vigor.

a ser un proceso evolutivo de crecimiento gradual de la comprensión, comenzarán a aquilatar correctamente sus valores físicos, morales y mentales. Una sana vida ética surgirá naturalmente como función de tal comprensión. El Occidente tiene una grande y rápida necesidad de la aceptación del karma y el renacimiento, porque ellos hacen que los hombres y las naciones sean tan éticamente responsables de sí mismos como no podría lograrlo ningún dogma irracional o incoherente. El moderno conocimiento científico puede adaptar fácilmente estas doctrinas a sus marcos de referencia, siempre que sean adecuadamente presentadas, porque sólo ellas explican limpiamente cómo el obtuso hotentote evoluciona hasta llegar a ser el Hegel de mentalidad sutil. Vivimos en una chillona torre de Babel. Casi todos tienen algo que decir y lo dicen a voz en cuello, y sin embargo, a pesar de todos los gritos, muy pocos consiguen decir algo que valga la pena, porque pocos nos dicen por qué estamos en esta tierra. De ahí la urgencia de popularizar la doctrina del karma.

EL BIENESTAR DEL MUNDO. Hasta ahora hemos tratado el karma desde el punto de vista científico y práctico. Lo que la filosofía oculta tiene que decir al respecto proporciona un aspecto totalmente distinto a la cuestión, pero éste también es un tema reservado. Por cierto que hemos olvidado al filósofo por el momento, para recordar las más urgentes necesidades de las masas nada filosóficas, que han sido tocadas por el fermento investigador de nuestra época. Podría decirse, empero, que así como nuestros estudios sobre mentalismo han revelado que la sustancia primaria de este mundo es el pensamiento y que la materia no es otra cosa que la mente, así debemos concederle a la mente, en realidad y universalidad, una permanencia que normalmente nos negamos a reconocerle. Y tenemos que admitir, además, que como el conjunto de la vida y la actividad del hombre es puramente mental, sus pensamientos pueden desaparecer en las profundidades del Inconsciente y, sin embargo, no perderse. Porque la mente engendra constantemente de nuevo sus construcciones, no obstaculizada por las limitaciones de tiempo y espacio porque éstas son construcciones suyas. De ahí que torrentes individuales de ideas puedan reaparecer o reaccionar los unos sobre los otros a través de prolongados períodos y grandes extensiones de espacio. De tal manera la doctrina del karma puede encontrar una justificación mentalista. Pero el filósofo encuentra una base más alta que el karma para una ética personal y social elevada y abnegada, cuando encuentra la ver-

dad y la realidad. Para entender esto tendríamos que anticipar estudios avanzados y considerar por un momento que la paz extática que llega al artista durante sus momentos creadores no es distinta que la que le llega al místico. Ya se ha señalado que esto se debe en gran parte a su liberación temporaria del ego. El *yo* lleva una pesada carga, ya sea de ulcerantes preocupaciones o de alegres placeres. Pocos saben que olvidarse de uno mismo constituye la clave para una felicidad más amplia. En filosofía, después de que todos los hechos han sido averiguados y verificados, este ideal es establecido como una de sus conclusiones racionales; y entonces se descubre también que hay un hilo secreto que va de hombre a hombre, de criatura a criatura, y que la constitución oculta del mundo está tan unificada, que quienquiera crea que puede asegurarse su propia dicha y bienestar sin tener en cuenta lo que les suceda a los demás está condenado eternamente a una amarga desilusión. Mientras el abismo que separa el *yo* del *tú* siga siendo tan amplio y profundo como es, el *yo* y el *tú*, estarán condenados a sufrir. Más aun, una de las implicaciones filosóficas del principio de la relatividad es que ni una sola cosa en el universo está aislada de todas las demás, ni una sola cosa existe por derecho propio. Una red de interrelación se extiende por sobre todo el mundo. Incluso la interdependencia de la sociedad moderna —con sus reacciones económicas, políticas y sociales de uno a otro extremo del mundo— es suficiente para sugerirlo. Apenas existe un hombre semieducado de cualquier país del globo que no esté más familiarizado con los asuntos internacionales de lo que lo estaba el hombre de educación media de 1914. Tal es la creciente conciencia de esta interdependencia. La filosofía predica el dominio de sí mismo y aboga por el servicio a la humanidad, no porque ello pueda ser bueno para el otro hombre solamente o bueno para el filósofo solamente, ¡sino porque es bueno para *ambos*! Su visión del hombre es una visión de la sociedad como un todo. De ahí que enseñe y demuestre que ningún hombre puede lograr nada que no sea una felicidad ilusoria mientras sus congéneres sean desdichados. La antigua noción de que el filósofo es impermeable a los acontecimientos del momento tiene que desaparecer. *Está* interesado en ellos, porque está interesado en el bienestar de sus semejantes. Pero no les permitirá a éstos que ahoguen su juicio o amenacen su tranquilidad, porque en medio de todo lo demás, se aterra a la calma filosófica y a la razón imparcial. Quienquiera reciba el alto privilegio de esta sabiduría descubrirá automáticamente que le llega como una espada de doble filo: el

nuevo privilegio de un lado, pero una nueva responsabilidad del otro; porque el elevado conocimiento que ha alcanzado lo obliga en adelante a practicar la más alta de todas las éticas. Al descubrir la unidad dijo Jesús—, al darse cuenta de que el Yo Superior³ de que ahora tiene conciencia es igualmente el Yo Superior de todos los otros seres vivientes, no le queda más alternativa que advertir que el bienestar del mundo es equivalente a su propio bienestar. El servicio al TODO reemplazará en adelante, en su corazón al servicio al ego individual. Sus actos deben satisfacer, no sólo su propio yo, sino también ser beneficiosos para otros; tienen que tratar siempre de llevar a cabo esa función doble. Por ese motivo un verdadero sabio no es un ermitaño hibernante.

Un sabio así hace el descubrimiento de que la Regla de Oro de hacer a los demás lo que querríamos que nos hicieran a nosotros es sentido no común hecho común. Ninguna religión ha enseñado nunca una ética superior a ésta y ninguna experiencia puede sugerir nunca una más sensata. Ninguna otra máxima para la conducta de la vida que no sea esta sencilla máxima de Jesús y Krishna, de Confucio y Buda, ayudará a un hombre a viajar tranquilamente y sin percances por las fragosas carreteras de la existencia. Es una regla que obra maravillas y que puede ser universalmente aplicada a todos los hombres de todas las capas sociales y de todas las épocas. Es tan buena para los orientales de piel morena como para los occidentales de piel blanca, tan satisfactoria para los harapientos proscritos como para los millonarios bien alimentados, y su valor no guarda proporción con su sencillez. Porque todos somos hijos de la única Vida Infinita, miembros de la misma y vasta familia humana. Hagamos entonces lo considerado, lo generoso y lo compasivo, cada vez que sea posible, de preferencia a lo mezquino, lo egoísta y lo cruel, si queremos que el karma nos trate bondadosamente.

Si se preguntara por qué un hombre habría de preocuparse por aprender o definir la verdad, cuando ya está practicando la buena voluntad hacia todos los seres, la respuesta sería: en primer lugar, porque no *sabr*á que es la verdad y, en ese caso, mañana podría cambiar de opinión, abandonando así su buena voluntad. Esta se basaría en sus sentimientos, que, hay que admitirlo, son volátiles. Y en segundo lugar, los asuntos humanos son notoriamente complejos, y *el*

³ Este término inventado es introducido aquí y será usado más tarde con frecuencia, porque ya se ha hecho familiar para los lectores de las otras obras del autor. Está destinado a **significar** la realidad final del hombre y el universo

bien y el mal se mezclan a menudo curiosamente. Y en tercer lugar, la filosofía ofrece la única garantía para una vida ética y abnegada, basada totalmente en la razón, y que sin embargo no conduce al egoísmo o la maldad.

Por ello, cuando Buda inculcó la compasión, no lo hizo sobre la base del simple sentimiento, sino sobre la del conocimiento profundo. El hombre que dejó una esposa amante y un palacio de mármol para partir en busca de intangibles como la paz y la verdad no era un sentimentalista.

Sería, empero, un profundo error suponer, como se supone habitualmente, que como Buda enseñó también la doctrina de la no violencia (que Gandhi ha hecho famosa en los tiempos modernos), la destinó a ser practicada por todos los hombres. Estaba destinada a los monjes y a aquellos ascetas que habían renunciado a la vida mundanal y a sus responsabilidades. Como todos los verdaderos sabios, Buda reconoció que no existe un código universal de moralidad y que hay gradaciones en el deber, etapas en la ética. De ahí que cuando el general Simha llegó a interrogarlo acerca de ese mismo punto, desgarrado por la duda de si debía abandonar su profesión de soldado o continuar con ella, Buda le contestó: "El que merece el castigo tiene que ser castigado. El que debe ser castigado por los delitos que ha cometido sufre un daño, no por la mala voluntad del juez, sino debido a sus maldades. El Buda no enseña que los que van a la guerra por una causa justa, después de haber agotado todos los medios para conservar la paz, sean censurables. El Buda enseña un completo sometimiento del yo, pero no enseña una entrega de nada a los poderes del mal". Estas palabras son citadas sólo porque expresan con exactitud el punto de vista de la enseñanza oculta acerca de la misma cuestión. No se niega que la actitud correcta para el monje o el místico sea no arrebatar ninguna vida en circunstancia alguna, sino más bien permitir, como un mártir, que le sea arrebatada la propia y no causar daño alguno a ninguna persona, ni siquiera en castigo. Gandhi, por lo tanto, con su doctrina de la no violencia, representa el misticismo indio en su mejor desarrollo; pero sería un grosero error considerar a Gandhi como representante de la filosofía india mucho más elevada. Esta última no enseña una ética de irrealismo emocional, sino una ética de servicio razonado. Es fuerte, en tanto que la otra es sentimental. El famoso mandamiento de Jesús, de no resistir al mal, debe también ser interpretado a la misma luz. Tiene que ser seguido literal y exteriormente por los místicos y los renunciantes, e inteligente

e interiormente por los sabios. Porque si bien estos últimos han llegado a conocer su unidad final con el granuja y el criminal, esto no tiene por qué impedirles protegerse a sí mismos o a otros contra la granujería o la criminalidad ni castigar a los malhechores por sus fechorías, siempre que, como también señaló Buda, ello sea hecho sin odio. Porque entonces, observó el gran maestro asiático, "el criminal aprenderá a considerar que ese castigo es el fruto de su propio acto, y en cuanto pueda llegar honestamente a tal comprensión, el castigo purificará su alma y ya no lamentará su destino sino que se regocijará en él".

Un misticismo que convierte al hombre en espectador pasivo de una injusticia agresiva o de un asesinato violento, o un ascetismo que le hace condonar el mal efectuado en su presencia, con el pretexto de que ha renunciado al mundo y a sus cosas, no representa la verdadera sabiduría de la India. El deber de un filósofo no es negar su ayuda cuando las víctimas de un ataque la piden a gritos, sino concederla, usando la fuerza si es necesario. Una doctrina que predica la inercia letárgica o la blanda no violencia ante actos de flagrante violación de la justicia y la buena voluntad es completamente inaceptable para la filosofía. Semejante comprensión errónea de los antiguos sabios y semejante debilidad de corazón y mente no han ayudado jamás a la India, sino que, sencillamente, la han degradado. El místico que teme administrar un castigo porque tiene miedo de causar sufrimiento se está dejando guiar por la emoción. El filósofo que no teme hacerla cuando es necesario sabe que el sufrimiento es el más grande maestro del hombre; porque lo que el hombre no aprende por la razón tiene que aprenderlo por el dolor. El que no quiere pensar debe sufrir. Lo que podría aprender en pocos minutos, por medio de la reflexión, le será introducido a latigazos, durante unos pocos años, por el dolor. Muchos golpes deben caer sobre la cabeza de un hombre para meterle en ella una sola idea. Tiene que aprender por la angustia personal, si no quiere aprender por las persuasiones de la filosofía. Porque el místico desea que no lo molesten y no quiere molestar a nadie, en tanto que el filósofo quiere ser altruista y servir a todos. Ello no obstante, el filósofo ayuda a la humanidad a su manera, no a la de ésta. Porque la humanidad sólo conoce lo que desea, y él lo que ella necesita. Ayuda sabiamente, lo que significa que no es un sentimentalista. El corazón y la cabeza deben justificarse mutuamente. Finalmente, prefiere ir con toda serenidad a la fuente y ayudar a los pocos por medio de los cuales podrá ayudar a los muchos. De ese modo

economiza tiempo, recursos y energía y a la postre rinde una proporción inconmensurablemente mayor de servicios que si dedicara todo su tiempo a los individuos.

En nuestros momentos de mayor franqueza descubrimos que nunca hemos sido altruistas, sino que hemos buscado una sutil o evidente autosatisfacción en todas nuestras acciones. La abnegación no es natural. ¡Todos contemplamos la vida a través de los cristales del *yo* "¿Por qué habría de hacer el bien a otros?" es una pregunta natural y correcta. La filosofía contesta diciendo: "Porque, secreta y finalmente, toda la humanidad forma una gran familia. Porque la plena conciencia de este hecho es la gran meta de la evolución humana. Porque esa realidad desconocida que los hombres, en su lejanía, llamaron Dios y que mejor podríamos llamar Yo Superior, es a la vez nuestro yo secreto y el yo secreto del mundo. El que ha reconocido esta conciencia unitaria ha reconocido simultáneamente que el deber de los fuertes es ayudar a los débiles, el de los avanzados ayudar a los atrasados, el de los santos guiar a los pecadores, el de los ricos aliviar la carga de los menesterosos y el de los sabios ilustrar a los ignorantes". Y como la ignorancia es la raíz de todos los demás problemas, Buda señaló que: "Explicar y difundir la verdad está por encima de todas las caridades".

La mayoría de nosotros tenemos que trabajar en algo, nos guste o no y seamos o no filósofos. La filosofía no altera ese hecho, pero puede alterar los objetivos finales para los cuales trabajamos. Podemos trabajar para ganarnos el sustento, o podemos trabajar para hacer una vida memorable. Para la mayoría de las personas la vida consiste en algunos placeres y muchas cargas. Y sin embargo piensan y actúan como si consistiera en algunas cargas y muchos placeres. Debemos hacer que los hombres reflexionen en punto de los valores que quieren obtener de la vida. ¿Quieren ganar un sustento? ¿Quieren divertirse? ¿Quieren conocer la verdad acerca de la significación del mundo y el fin de la vida? Y sin embargo pueden obtener todo esto, porque nada de ello se contradice, siempre que aprendan a mantener un sentido de la proporción, un equilibrio adecuado. Tremendas son las posibilidades de una existencia gobernada por la regla filosófica de una vida equilibrada, impulsada por el deseo abnegado de mejorar el rincón que uno ocupa en el mundo, dinamizada por el punzante poder del pensamiento concentrado y guiada por la plena luz de esta nueva-antigua sabiduría de Oriente-Occidente. Hombres mucho más débilmente equipados han asombrado al mundo con sus triunfos en el bien o en el

mal. ¿No hay unos pocos lo suficientemente valientes para jugarse la vida contra el destino a fin de enriquecer su época y hacer felices a otros, lo bastante sabios para abandonar esta larga pequeñez de la vida egoísta, cuyo fin último no es otro que la fría tumba? ¿No podrá la verdad encontrar unos pocos amigos que la sirvan y la respalden con una vida íntegramente dedicada? ¿Quién será el que pueda dejar enérgicamente atrás el yo y tender las manos para aferrar esta gran paradoja?

UNA VISIÓN FILOSÓFICA DE LA CRISIS MUNDIAL. Si bien el llamado a los hombres impulsados por la voluntad de ayudarse no sólo a sí mismos sino de ayudar también a la humanidad resuena eternamente en silencio en los oídos de los que entienden la significación de la vida, suena en la actualidad cien veces más fuertemente. Porque en ninguna otra época de la historia hubo tal miseria e ignorancia en tan gran escala. La necesidad de la ilustración mundial es inmensamente mayor y hoy que en los siglos de Jesús y Buda, esas grandes figuras que atraviesan la historia bañados en auroral esplendor. Piénsese en nuestra época. La época moderna fue la más deliciosa y sin embargo la más desdichada de todas. Fue engendrada por Mammón, parida por la incomprensión de la meta de la vida y acunada en un cómodo automóvil. Comenzó con las elevadas esperanzas y las rosadas promesas de la ciencia aplicada e inventiva, pero ha descendido con el desengaño y la desilusión. Se hunde en una lúgubre decrepitud de ideales.

Habíamos avanzado tan desalados, que nos engañamos con la sensación de un progreso rápido y total. Ahora ese engaño ha sido puesto al descubierto. Ha llegado para el mundo el momento de la implacable rendición de cuentas. Porque nuestro progreso fue unilateral. Fue principalmente tecnológico, no teleológico. Cuando los hombres cristalizan sus hábitos de pensamiento, sus formas de vida y su visión general a lo largo de líneas materialistas, se tornan inconscientes del peligro ético que corren y del derroche que hacen de la preciosa oportunidad de la encarnación. Sólo un tremendo impacto exterior podría conmoverlos y hacerlos volver a la conciencia de la futilidad y el fracaso de semejante vida. Tal impacto ha sido proporcionado por la crisis mundial, con las dos guerras y las pesadilla» nacionales que han sido sus puntos sobresalientes. <

El karma funciona continuamente en la historia de todas las naciones y todos los individuos. No funciona sólo entre los individuos;

también puede ser colectivo y operar entre grupos, como, por ejemplo, familias, tribus y pueblos enteros. Pero ese destino es autocreado. No les es impuesto arbitrariamente por ningún poder exterior. La suerte o la desdicha de un país no se debe del todo a la capacidad o a la tontería de los que lo gobiernan. Es en parte el reflejo de la capacidad o la tontería del pueblo mismo. Debemos tener siempre presente que en el pasado o en el presente, tanto el pueblo como los gobernantes ayudaron a crear, a menudo inconscientemente, las causas y las condiciones que llegan a su culminación con los sufrimientos. A menos de que ocurra una transformación en su modo de pensar, tendrán que hacer frente a la reaparición intermitente de conflictos, con los consiguientes sufrimientos.

No obstante, es deber inevitable de los administradores, que por su personalidad o por las circunstancias son colocados en posición de dirigir, fiscalizar e influir a la gente, el de prepararse para ello. Mientras su propia mente esté confundida y perpleja y no puedan colocarse en la posición de la posteridad para contemplar nuestra época a través del telescopio del tiempo, les será imposible guiar o gobernar a otros correctamente. El dominio de la filosofía, el estudio de sus pensamientos liberadores, les ayudará a impulsar correctamente en lugar de ir erróneamente a la deriva.

Estas son palabras duras, pero el estallido de las bombas y las aplastantes calamidades han comenzado a hacer estallar las ilusiones de los hombres y aplastar las mentiras bajo las cuales vivían, convirtiéndolas en polvo. La crisis mundial provoca una tristeza de desilusión y hace surgir las agitaciones de la insatisfacción. Vale la pena recordar que la filosofía apareció en Grecia en una época en que, como dijo Sócrates, aparentemente no se hacía otra cosa que agazaparse detrás de la pared hasta que pasara la tormenta.

El pensamiento equivocado ha arruinado y destrozado a Europa. El pensamiento correcto podrá redimirla. El estado actual de Europa no es más que la expresión de lo que puede lograr la emoción concentrada y desatada — ya sea para bien o para mal.

Las antipatías raciales y los antagonismos económicos, los odios nacionalistas y los horrores militaristas de nuestro acongojado planeta son terribles testimonios del hecho de que hemos olvidado la alta tarea para la que estamos en la tierra: la tarea de hacer que nuestra vida revele algo de lo que es la realidad fundamental de la misma, la tarea de destrozarse la antigua ilusión de que el ego es nuestro único yo

y el cuerpo nuestra única existencia. Sería muy posible que nos entriciéramos ante el pensamiento de la irreflexiva humanidad, que se dedica a la solución de todos los problemas, menos de ése, el primero y fundamental, si no supiéramos que el sufrimiento es en sí mismo un instructor. El mundo ha recorrido su *vía dolorosa* y aprendido amargas verdades en el derrumbe de lo que construyó, con extraviada mente. Una gran guerra concentra varias décadas en una, provocando forzosos cambios en los hombres y en su mente, en la sociedad y en sus sistemas. La calamidad crea sabiduría y obliga a la gente a entrar en la senda más sabia por la que habrían debido transitar voluntariamente. Y así sus dolorosos sufrimientos y desilusionados esfuerzos engendran sabiduría. La guerra los despoja de su remilgada complacencia, les desmenuza sus fragilidades y aparece como un torvo correctivo. Las grandes guerras, que nos dan la tristeza personal, nos dan también los despertares mentales. La compensación del caos y la guerra reside en las nuevas ideas que engendran. Las revoluciones en los acontecimientos históricos desempeñan por lo general el papel de preludio de revelaciones en la mente de los hombres. Es un error considerar la adversidad como si fuese siempre un adversario. A veces puede ser un amigo disfrazado. Es cierto que el estudio de la teoría de la filosofía no florece durante las crisis, pero sí florece su práctica. Porque entonces los estudiantes pueden mostrar los beneficios de sus consecuciones y comprensión, pueden demostrar cuan serenos e imperturbables están en medio de todas las tribulaciones y cuan seguros y decididos cuando se los coloca en puestos de responsabilidad y juicio; entonces su pensamiento puede descansar en la tranquila ciudadela interior mientras su cuerpo actúa enérgicamente y sin temor en medio de las graves y terribles tensiones exteriores.

Nos enerva el estallido de una guerra y comenzamos a ver que la vida es mayormente transitoria, plagada de desilusiones y cargada de dolores. La gente común no observa esta inestabilidad de la existencia, no ve que todo se altera o desaparece continuamente. Pero el período contemporáneo —con sus características de alta velocidad y de repentina sorpresa tan bien ejemplificadas en su historia, que cambia de la noche a la mañana— ha comenzado a hacer que esto resulte evidente. Semejante sufrimiento es educativo y pone en nuestra cabeza pensamientos que de otro modo no habrían aparecido. La inestabilidad de la existencia sensual y la sucesividad de la vida personal se nos revelan, bruscamente, y de tal manera nuestro estrecho y egoísta modo de pensar disminuye, es decir, se purifica gracias a la aparición de un ansia

de encontrar algo más estable, inmutable y duradero. Esta ansia sólo puede ser satisfecha en la búsqueda de una realidad distinta de la existencia puramente material. Cuando nos volvemos conscientes de nuestra debilidad, comenzamos a buscar una nueva fuente de fortaleza interior. Cuando advertimos que somos incapaces de ordenar la vida correctamente, empezamos a encarar la investigación de su significado. Cuando descubrimos que hemos sido engañados por las apariencias, estamos preparados a aprender algo acerca de la realidad.

Esta guerra nos enseña, del modo más severo posible, la transitoriedad de todas las cosas; preguntémonos, entonces, qué significa esto. ¿Dónde está la hermosa casa que ha sido hecha pedazos, el amado niño asesinado, la modesta fortuna perdida? ¿Qué son hoy? Sólo recuerdos que parecen sueños vividos. ¿Pero qué son los sueños? ¡Construcciones mentales, es decir, pensamientos! ¿Qué serán esas cosas en el futuro? ¡Pensamientos! Por lo tanto, si tenemos el valor de completar el círculo lógico, nos veremos obligados a sacar en conclusión que algo que es puramente mental en el pasado y en el futuro tiene que haber sido puramente mental en lo que descansa sobre ambos: el presente. De tal modo, el mentalismo es enseñado silenciosamente a la gente común, nada filosófica, por las vicisitudes de la vida.

Podremos mantenernos más tranquilos y sensatos en medio de los horrores de nuestro tiempo si nos aferramos a la verdad del mentalismo, si consideramos esos terrores como experiencias cuya materia es, en definitiva, tan mental como la materia de los sueños. Y así como los hombres que tienen malos sueños y espantosas pesadillas sufren más cuando, engañados, se apegan a la realidad de sus experiencias y menos cuando saben que están soñando y apartan a un lado su ilusión, así también nosotros podemos modificar nuestros sufrimientos físicos manteniéndonos despiertos a la verdad de que todos ellos son ideas que llegan y que efectivamente son sentidas, pero que desaparecen como llegaron.

El filósofo, más que ningún otro, puede mostrar a los demás hombres un camino cuando se sienten desconcertados y cuando todo el mundo se encuentra en la encrucijada.

Siempre hay un camino para la liberación.

Es el camino del arrepentimiento y el regreso.

Nada parece más sencillo, pero nada parece más difícil. Mas no hay otro camino. Y el camino del sufrimiento no liberado es mucho más difícil de transitar.

Sin embargo, es verdad que la noche es más oscura antes del alba. Hemos estado viviendo en un período inolvidable. He aquí que se está escribiendo la historia, con todo su terrible drama y su trágico interés. Porque nuestra época es transicional. Su misma singularidad prepara el camino para un singular renacimiento. Los destrozos de la guerra tendrán que ser reparados. Debemos aprender a encarar los malos tiempos con mejores pensamientos. Tenemos que luchar por una nueva era caracterizada por una sincera universalidad. Nosotros somos los que tenemos que disipar el enigma del futuro, con letras sacadas del alfabeto del presente. Nosotros los que deberemos evaluar los movimientos revelados por la historia y seguir su férrea lógica. Nosotros los que tendremos que extraer sabias lecciones de los siglos desaparecidos, para nuestra orientación ética y nuestro provecho material.

La primera y principal de tales lecciones es que estamos viviendo al final de un ciclo en que el karma cierra todas las cuentas nacionales, liquida toda la masa de pagos atrasados. Estamos contemplando la desaparición de una era. El círculo se completa. Se derrumban los monumentos del mundo antiguo. ¡Esta transición tiene que ser necesariamente una transición de opiniones confusas, de convulsivos fermentos y de ideales en pugna, o de emociones rebeldes y sentimientos fanáticos !

La segunda y la más fácil de estas lecciones es que un estupendo proceso de rápido cambio se lleva a cabo ante nuestros ojos, como nadie ha presenciado nunca. El significado práctico de esto es que si bien la sociedad tiene que ser ciertamente estable, también debe ser flexible. Un fósil también es estable, pero no es flexible. La lección de países como China es que cuando se hace caso omiso de la ley de cambio, viene el sufrimiento. El dualismo existente entre estas dos fuerzas, estabilidad y cambio, persistirá siempre, pero el arte de reconciliarlas debe ser practicado siempre. En momentos como el actual debe ponerse un énfasis deliberado en el aspecto del cambio.

Esto no implica que se abogue por cambios revolucionarios repentinos y violentos. La revolución brutal por sí misma es el principio de emociones desequilibradas y mentes deformadas. Una creencia mística en la llegada del milenio se agazapa detrás de cada ferviente y furiosa revolución, pero ese milenio nunca ha sido históricamente realizado. Quien emplea métodos erróneos arruina sus propósitos correctos. Porque abrevia el período de la adolescencia humana al tratar de apresurarse demasiado, y de tal manera infecta a la sociedad con una temible enfermedad psicológica: ¡el odio!

Por otra parte, el que no logra reconocer el espíritu del tiempo —que es un espíritu de renovación iconoclasta que avanza a ritmo acelerado— y se resiste tontamente a él, lo resistirá a su riesgo. Existen varios modos de provocar una mejora social. Está la forma de golpear repentinamente al prójimo en la cabeza, que es la forma de la revolución . . . Está la alternativa de persuadirlo para que emplee en los problemas sociales un modo de pensamiento más racional y menos centrado en sí mismo, que es la forma de la razón. Tanto el revolucionario irreflexivo como el razonador prudente pueden estar impulsados por el mismo concepto de un mundo mejor. Pero las dos tendencias son antagónicas y tienen que chocar inevitablemente. Es perfectamente posible que los hombres, en todas las partes del mundo, tengan una existencia mejor y más justa. La actitud del servicio constructivo y de la colaboración abnegada responderá a todas las necesidades. Pero si esa actitud falta, si los deseos de los hombres chocan con los designios del destino, entonces surgirá la desdicha de la lucha innecesaria. Es necesario, pues, que todos los hombres se adapten a estos cambios irresistibles o sufran por su estupidez. La empeñada reiteración de lealtades que pertenecen a un pasado que desaparece es absolutamente carente de sentido. Los que detentan la autoridad deben darse cuenta que las fuerzas de la iconoclasia están en acción, abrogando antiguas dispensas, que fermentan nuevas ideas y que se les exige una visión nueva, noble y generosa. No lamentemos la desaparición de lo que ya no sirve. La rugiente e imperiosa marea del siglo veinte no puede ser contenida. Hay que dejarle paso; pero no es preciso permitirle que destruya lo que hay de valioso en nuestra herencia. La fusión de agudo pensamiento y acción valerosa creará tremendas posibilidades. Encaremos la integración de los más elevados ideales de Oriente y Occidente, la unión de sus dos corrientes de descubrimiento: una proveniente de la más remota antigüedad y la otra de la más nueva ciencia.

Entretanto debemos conservar nuestra cordura. Si abandonamos toda la herencia cultural de la religión, el misticismo, la filosofía, la ética, los ideales y las intuiciones que nos llegó de nuestros antepasados, estaremos cometiendo un terrible error. Porque abandonaremos los más inapreciables elementos de la existencia humana. Simplifiquemos y purifiquemos esa herencia, si queremos. Tamicemos la doctrina sana para separarla de la creencia supersticiosa. Pero no olvidemos que la existencia termina en definitiva en cenizas y polvo, cuando no contiene la serenidad interior de una buena vida y el soporte interno de una

vida verdadera, que nuestra desconcertada época necesita más que nunca.

¿No vemos acaso, en el terrible estado de las angustiadas víctimas del mundo, un ascetismo forzado, un renunciamiento involuntario e indeseado, una obligada cesión de todas las cosas, personas y vínculos queridos? ¿No vemos en el súbito empobrecimiento de sedes imperiales otrora ricas, como Londres y París, una constreñida automortificación y un empleo obligado del cilicio y las cenizas? ¿No vemos que si millones de personas han sido reducidas a la condición de mendigos, ello significa —si significa algo en un sentido más amplio— que la humanidad es forzada a atravesar, contra su voluntad, por un proceso purificador, en una escala anteriormente desconocida en la historia? ¿No vemos también que el alud financiero que arrebató los ahorros de millones de norteamericanos en 1929 es parte del mismo todo? ¿No se nos está enseñando que la tierra no es más que un campamento, y no un hogar eterno? ¿No está claro que lo que el sabio aprende por medio de la profunda reflexión y la abnegación voluntaria, el campesino y el ciudadano están aprendiéndolo mediante las más amargas desdichas y las pérdidas más directas; que nada puede llegar a ser el foco de *todo* nuestro ser, salvo la aspiración a la verdad, a la significación de la vida, a la realidad —la aspiración al reino de los cielos, según las palabras de Jesús—, que están dentro de nosotros? El sabio ha buscado y encontrado esa felicidad básica en la Mente, que es su posesión inalienable y de la cual ninguna catástrofe puede despojarlo. En todas partes percibimos que la humanidad está siendo empujada ciegamente a buscar en la misma dirección, porque todo lo demás ha comenzado a fracasarle. Esto no significa que la riqueza debe ser ascéticamente despreciada, que la propiedad tiene que ser arrojada y el dinero mencionado sólo con horror hipócrita. Tal actitud está bien para el monje, pero no para el hombre de sabiduría. Lo que significa es que podemos acumular riquezas, si queremos, y poseer propiedades y estimar la utilidad del dinero, del amor, de la familia y de los amigos, pero que en cuanto permitamos que estas cosas nos absorban toda la mente y nos ocupen todo el tiempo, de modo que no nos quede ni mente ni tiempo que dedicar a la búsqueda de la comprensión de para qué estamos aquí, ellas se convertirán en una maldición encubierta y en una fuente de sufrimientos latentes.

Tampoco necesitamos la guerra para descargar nuestro espíritu y purificar nuestro corazón; la vida, con su cambiante panorama de pensamiento y acción, con sus interminables luchas personales, nos

ayuda siempre del mismo modo. Pero a menudo la guerra es la culminación visible de períodos graduados de lucha cósmica entre las tendencias abnegada y egoísta de la visión del hombre, entre lo que labora con vistas a la unidad y lo que se afana por conseguir la desintegración. Entretanto la humanidad se elevará a concepciones cada vez más elevadas de lo que constituye el mal, eliminando sus opiniones más estrechas y sus antiguas brutalidades con vergüenza cada vez más profunda. Los horrores de la sangrienta guerra desaparecerán y los soldados dejarán a un lado sus cascos de acero cuando la bestia sea domesticada en el hombre, pero el conflicto de la mente la reemplazará. La lucha debe continuar mientras dura el mundo, pero gradualmente se refinará, se modificará, se hará más digna y se librá de su brutalidad física. En consecuencia debemos admitir, con Sócrates, que "El mal, oh Glauco, no desaparecerá de la tierra. ¿Cómo podría desaparecer, si es el nombre de la imperfección gracias a cuya derrota los tipos perfectos adquieren su valor?" Pero Buda señaló también que el conflicto en la vida no se realiza realmente entre el bien y el mal, sino entre el conocimiento y la ignorancia. Tenemos que recordar que los sabios se niegan a reconocer el mal como una existencia positiva, independiente, sino sólo como un aspecto limitado y transitorio de la existencia. Nuestra tarea es la de aprender la sabiduría de *toda* la experiencia, del dolor, tanto como del placer, de la crueldad tanto como de la bondad, y la de expresar en la palestra de la vida de todos los días todo lo que hemos aprendido. De ese modo todo lo que suceda nos dará un mejor punto de apoyo para la vida futura.

La cuarta y última de las lecciones que podemos extraer es que la inteligencia, adecuadamente aguzada, valientemente aceptada y abnegadamente aplicada, es siempre, a la postre, el factor dominante. Los que adoran la fuerza, y no el cerebro, como la máxima potencia social, tendrían que aprender una lección de la serena perspectiva de la historia. Si la fuerza fuese la cosa más grande conocida, el gigantesco dinosaurio habría sido el rey de su mundo, y los monstruos prehistóricos habrían heredado la tierra hace mucho tiempo. Y sin embargo, ¿cuántas manadas de estos animales han desaparecido con los años, sin dejar descendientes? Han muerto y desaparecido. ¿Por qué? Porque hay algo más grande que la simple fuerza. Ese algo es el Pensamiento. El hombre —un animal canijo en comparación con esos gigantes— los dominó a todos. Y lo hizo, no con la fuerza, sino con el cerebro. No existen límites para lo que podrá hacer cuando haya dominado plenamente ese maravilloso poder del pensamiento, que ahora es tan poco

entendido. La ciencia no es más que una etapa en ese desarrollo. Hay quienes se han asustado de ella, porque se asustaron de lo que la guerra científica ha hecho al hombre. Pero la ciencia no es más que una espada. Con ella uno puede perforar los problemas o perforarse la propia garganta. Haga lo que hiciere, la responsabilidad será suya, no de la espada. La inteligencia brota como la flor del pensamiento razonado, y madura gradualmente hasta convertirse en el fruto del discernimiento espontáneo. Lo que comienza en el salvaje primitivo como un vislumbre de una curiosidad puramente local, evoluciona en el hombre como una pasión de adquirir una consumada comprensión de toda la existencia. Las innumerables vidas de sobre la tierra que intervienen entre ambos no son sino lecciones de la escuela de la inteligencia. Cuando la inteligencia es sólo parcial, inmadura e incompleta, enseña al hombre astucia, egoísmo y materialismo. Cuando es plena, madura y perfecta, le enseña sabiduría, abnegación y verdad.

De esta manera volvemos al pensamiento central de que la mayor necesidad del mundo no es el descubrimiento de una nueva maravilla científica o de un nuevo placer momentáneo, sino el descubrimiento de una nueva comprensión de la vida. No es suficiente buscar cosas que compliquen la existencia; ésta también debe ser entendida. Debemos decidir si queremos aprender esa verdad por medio del dolor que reemplaza a la locura o por medio de la serenidad que continúa a la filosofía. Nosotros, los que hemos vagado por este extraño planeta y atesorado en nuestro corazón sus lecciones, sabemos que ni los pacíficos y primitivos paisajes de la naturaleza en el abigarrado Oriente, ni las ruidosas complejidades metropolitanas del hombre en este Occidente incoloro, constituyen nuestro verdadero hogar. Sabemos que éste se encuentra en un lugar remoto al que jamás podrá llevarnos ningún vibrante vapor, ninguna jadeante locomotora, ninguna crujiente carreta tirada por bueyes. Porque se encuentra en la infinitud del Yo Superior, no surcada por sendero alguno.

El restablecimiento de la filosofía en su lugar venerado en el mundo de los hombres vivos, y no en el de los muertos, no ha llegado aún. En fin de cuentas, el mundo no busca hombres que deban morir, sino verdades que vivirán. La filosofía reunirá unos cuantos adeptos, porque creemos que puede ser hecha inteligible para cualquier hombre inteligente, aun cuando nunca la haya estudiado anteriormente, si bien no puede ser hecha inteligible para un hombre sumamente egoísta, porque, como no es más que un manojo humano de prejuicios, no puede importarles la verdad. El ego es una aguja a través de cuyo ojo

el camello de la verdad no puede acertar a pasar. Y la verdad es el, blanco adecuado de toda auténtica filosofía. El egoísmo y la ilusión son lo único de lo cual nos despoja la filosofía, pero, en compensación, nos ofrece mucho más. El poeta verá la radiación de la puesta de sol, pero pasará por alto las condiciones atmosféricas que la producen. El hombre de ciencia verá las condiciones atmosféricas y hará caso omiso de la radiación. El filósofo verá el cambio atmosférico y la vivida radiación, y algo más, que no conocen el poeta ni el hombre de ciencia, porque sabrá cómo vivir en medio del engañoso flujo de lo que se desvanece, en la fija serenidad de lo REAL.

El filósofo es el que ha llegado a la comprensión de *sí mismo*, en tanto que su filosofía es su experiencia corriente del mundo convertida en comprensión de *si misma*. El hecho de que cerremos esta reformulación moderna de una antigua doctrina dejando cabos sueltos de pensamiento y descubrimiento, el hecho de que hayamos aflojado el nudo del problema del mundo sin desatarlo, no debe inducir a nuestros lectores en el error de un juicio impaciente en punto de su contenido. Porque en la filosofía oculta no existen cabos sueltos. Todo está perfectamente unido, y el que la domine poseerá una acabada actitud mental. Entretanto ha quedado preparado el terreno para las enseñanzas del volumen final de esta obra, por medio de la cual trataremos de ascender intelectualmente, con humildad, a las más altas cimas del pensamiento humano. Ya ha sido asentada la base sobre la cual podrá levantarse la superestructura de la última verdad. La correcta comprensión de esas doctrinas superiores, que lamentablemente se reservan para más adelante, arrojarán una potente luz sobre los más desconcertantes enigmas de la humanidad, tales como ese misterio de la Mente, la significación de la Muerte, Dios, el Hombre, por qué la Naturaleza nos ha dado el Sueño y los Ensueños, etcétera.

No nos abandonemos a la desesperación porque el mundo nos parezca tan malo. Está llegando lentamente a su mayoría de edad, en medio de una aparente retrogresión y recaídas periódicas. Su infancia estropeada llega a su fin ante nuestros ojos. Sus tormentos no son sino los dolores de un cambio adolescente. Los que hemos entrevisto al hombre y la vida por debajo de la superficie podemos permanecer tranquilos y afirmar, con el norteamericano Emerson, que "la época del cuadrúpedo debe terminar. Llegará la era del cerebro y el corazón". Si bien hemos presenciado las convulsiones de una época que luchaba en su agonía, también presenciaremos el surgimiento de una nueva

era, en la que será más posible una vida humana para los seres humanos.

Podemos alimentar honradamente la convicción de que, en medio de las constantes alternaciones de estancamiento y despertar ético, durante el largo y doloroso viaje de la humanidad desde la ignorancia hasta la verdad, la buena voluntad prevalecerá al final — y no simplemente porque queramos consolarnos, sino porque el principio fundamental de la vida es la *unidad*.

Durante siete mil años, por lo menos según los modernos cómputos históricos, pero durante un período de doble duración según los nuestros, la Esfinge ha estado acurrucada en el desierto egipcio, proponiendo su enigma a los sordos oídos de la humanidad, en un silencio tan profundo como el de Cristo, cuando se encontró en el tribunal, ante Pilatos, con la sombra de una espantosa cruz sobre él.

"¿Qué es la verdad?", preguntó el gobernador romano, repitiendo así la pregunta perenne del hombre. ¿Lo sabía Cristo? Pero no respondió. Sus labios no se movieron. Pero sus ojos se fijaron en los de Pilatos, en medio del aterrado silencio.

Lo que no pudo revelar con el labio y la lengua —porque trasciende a ambos—, nadie podrá revelarlo. Pero el camino que conduce a tan sublime comprensión puede ser trazado en beneficio del buscador ardiente. Una pluma ansiosa y blancas páginas extendidas en actitud de espera han sido dedicadas humildemente a tan difícil empresa. Esta cualidad de intemporalidad de la verdad se insinuó poderosamente en las meditaciones del autor, una noche, en un país de hirvientes selvas y densos bosques al que los olvidados sabios indios habían llevado su cultura tiempo ha. Estaba sentado en medio de las vastas y desiertas ruinas de la antigua Angkor, en Cambodge, Indochina, y contemplaba cómo la noche ponía sitio al día. Y luego vio a las estrellas surgir fuera del templo más grande, tan amplio, que el muro que lo rodeaba tenía casi cuatro kilómetros de perímetro. Aquí y allá el gran edificio estaba ominosamente resquebrajado; estatuas mutiladas de los dioses del Ramayana yacían diseminadas por el suelo; líquenes y trepadoras se entrelazaban en los artesones de diosas talladas. Los espinos florecían, densos, en su derredor, como patrullas de avanzada de la selva invasora. Lagartos blasfemos se arrastraban sobre los serenos rostros de Budas caídos; los murciélagos cubrían los sagrados altares con sus nauseabundos excrementos; las luminosas constelaciones del cielo contemplaban una escena de solemne desolación. Desaparecidas las orgullosas glorias del pueblo khmer, pero las sagradas verdades

enseñadas por sus sabios seguían viviendo, aunque sus sabios estaban mudos y sus cuerpos aniquilados por el tiempo. ¿No era maravilloso que la inmemorial sabiduría de esos hombres, que florecieron y enseñaron cuando Europa se encontraba hundida en la noche de la época oscura, pudiera ser conocida y estudiada en la actualidad y llegase a ser conocida y vuelta a estudiar cuando otros dos milenios hubieran pasado una vez más sobre este planeta ?

Esa misma verdad ha sido arrancada a la tumba del Pasado. Pero como en esta obra se le dio forma ultramoderna, para adecuarla a nuestra época y nuestras necesidades, es posible que- su autenticidad o su verdad no sean claramente reconocibles para nuestros herederos indios de la actualidad. Y sin embargo no hay aquí una sola doctrina importante que no pueda encontrarse formulada en los antiguos escritos sánscritos. Nosotros somos solamente los herederos y no los descubridores de esta sabiduría siempre antigua pero siempre nueva. Por consiguiente el autor se inclina en señal de respeto ante la gigantesca inteligencia de los sabios que, desde una antigüedad imposible de rastrear, han mantenido viva la Verdad.

APÉNDICE

ALGUNOS CONCEPTOS ERRÓNEOS ACLARADOS

Agregado como suplemento explicativo del libro

Debido a su brusca divergencia aparente de la línea anteriormente adoptada por mí, la publicación de mi libro ha provocado tantos comentarios, controversias y críticas entre los familiarizados con mis obras previas, que considero un deber para con esas numerosas personas —no menos que para conmigo mismo— ofrecer esta nota de explicación. Y como tal explicación implica tocar principios de vital importancia para todo buscador de la verdad, su valor, aun para los que no conocen mi obra ni les importa conocerla, destruye las últimas vacilaciones que puedan haberme impedido descender a una atmósfera perturbada y perturbadora.

Antes que nada permítaseme afirmar francamente que el libro contiene ciertos defectos y oscuridades que en sí mismos han contribuido, indudablemente, a la creación de esta situación. Se debieron ellos a las difíciles circunstancias en que fue escrita la obra. Pero quizá la causa principal de las oscuridades resida en otra parte. Durante tres años un gran grupo internacional de estudiantes había estado esperando impacientemente este volumen, y los ecos de su impaciencia llegaban constantemente a mis oídos. La necesidad de ayudarlos a lograr una actitud correcta en relación con la guerra era asimismo urgente e imperativa. Finalmente decidí que ya no se les podía pedir que continuaran esperando, y para no hacerlo preferí entregar para su publicación lo que ya había escrito, por imperfecto e incompleto que fuese, y postergar su completación hasta la terminación del segundo volumen. De tal manera, la enseñanza oculta fue presentada sólo en un fragmento elemental de su contenido total.

Tengo que tolerar el hecho de que este nuevo libro sea hasta tal punto distinto, en carácter y tono, de los que lo han precedido, que

PAÚL BRUNTON

el lector general tendrá dificultades si se zambulle en él con la ligereza de espíritu con que puede haberse zambullido sobre los otros. Sus páginas me resultaron difíciles de escribir, y deben de ser más difíciles aun de leer. Exigen una atención sostenida y concentrada, necesitan una aguda reflexión y proponen arduos problemas. Porque ofrecen un alimento difícil de asimilar, ya que se ocupan más de cuestiones metafísicas que de experiencias místicas. Están destinadas, por cierto, a los pocos estudiosos con discernimiento que han hecho de la estrella polar de la verdad su guía principal, en medio de las pruebas de las doctrinas contradictorias y de las tentaciones del prejuicio natural. Muy pocos han dominado jamás esta doctrina por su propio esfuerzo, sin ayuda. Que la historia lo sepa o no, un competente maestro personal ha estado habitualmente presente junto a casi todos los que la han aprendido. Las dificultades para encontrar el propio camino a través de tales sutilezas metafísicas no son menores que las de encontrarlo en una noche oscura, sin luna, a través de un denso bosque. La doctrina es tan abstrusa y tan poco familiar, que la mente de la mayoría de los estudiantes se eriza necesariamente con intrincadas dudas y preguntas. Son inevitables un continuo esclarecimiento de su comprensión y una permanente elucidación de sus perplejidades. Es desdichado, entonces, que una grave consecuencia de presentar un material tan intrincado, en forma tan inconclusa, sea la de que surgen fácilmente serios malentendidos en relación con la enseñanza misma. Me servirá de muy poco señalar que el primer vistazo produce un juicio rápido, en tanto que el segundo se lo reserva. Los malentendidos han surgido ya, y deben ser eliminados. Sólo cuando el manuscrito estaba siendo impreso, es decir, cuando ya era tarde para que lo alterara lo bastante, puesto que me encontraba entonces a miles de kilómetros de la India, tuve el tiempo necesario para revisar mi ejemplar del mismo. Advertí entonces cuán fácil era que ciertos pasajes produjeran esas impresiones erróneas. Primera y principalmente está la idea de que, como he revelado las limitaciones del yoga y el misticismo (los dos términos pueden hacerse a grandes rasgos equivalentes, para nuestros fines), *tal como se ios conoce corrientemente*; como he afirmado que no producen la última experiencia posible al hombre, son, por ello, vanas ocupaciones y actividades ilusorias, y, en consecuencia, se derrumba la enérgica defensa de la meditación hecha en mis libros anteriores. Tal equívoco es extraño y fantástico. Porque la verdad es precisamente todo lo contrario. Considero que la práctica de la meditación es tan esencial para cualquiera como siempre lo fue, y además la considero una de las

ocupaciones más útiles y provechosas a que un hombre pueda dedicarse. Y se verá, cuando el segundo volumen de esta obra sea completado y publicado, que ciertas técnicas de meditación comprenden parte de su valiosísimo contenido. Pero como esas técnicas tienen un espíritu impersonal y una visión universal, como tratan de proporcionar un conocimiento definitivo antes que una satisfacción personal, y como están separadas del misticismo común, en el tiempo, por la disciplina metafísica (proporcionada principalmente por los estudios del primer volumen), me he visto obligado a llamarlas "ultramísticas" y "filosóficas", para así evitar la confusión con las mejor conocidas pero elementales. ¡Por lo tanto, si me arriesgué a criticar a estas últimas, lo hice sólo para preparar el camino para la inminente revelación de esas técnicas casi desconocidas pero superiores! No debe creerse que esto signifique que el trabajo anterior sobre el yoga haya sido hecho en vano. Por el contrario, es del mayor valor, porque el nivel superior no puede ser alcanzado si no se ha pasado por esa etapa preparatoria. Imaginar que yo repudiaba por completo la experiencia mística es entender mi propósito absolutamente al revés. A despecho de las tendencias aparentemente contradictorias de mis escritos anteriores, las doctrinas básicas que se afirmaban en ellos siguen teniendo vigencia, aunque ahora se vea que su alcance no es muy grande.

Precisamente por el mismo motivo subrayé deliberadamente las insuficiencias del misticismo corriente, los defectos de los yoguis comunes y los errores ordinariamente cometidos por los meditadores. Para prevenir a los estudiantes contra posibles extravagancias, les advertí que su labor no se realizaba con la recepción de una exaltación o mensaje, de una visión o una voz. ¿Quién de ellos no ha caído en el error de autoadmiración de imaginar que la primera exaltación extática es una comunión directa con Dios, o en el de confundir el último mensaje oracular interior con la última palabra de Dios? ¿Quién no ha oído hablar de aquellos que se han convertido en engañados visionarios, o caído en exagerado egoísmo, o que se han vuelto tontos sentimentalistas o establecido un culto para explotar financieramente a otros? Estos son los verdaderos peligros que rodean al yogui, al oculista y al místico y que hacen sus víctimas en todo el mundo. Y aparecen porque el estudiante no entiende adecuadamente lo que le sucede en realidad durante su ensoñación mística, su éxtasis yóguico, su visión clarividente o su arrobamiento extático.

El buscador comienza con la fe, sí, pero debe terminar con el conocimiento. Dios exige no sólo esa vaga creencia lejana, sino la real

percepción próxima. Sólo cuando los pensamientos del buscador de la verdad se vuelven precisos, claros y concretos, cuando sus pensamientos obtienen una autocomprensión casi clarividente y cuando sus experiencias pueden ubicarse en su lugar adecuado, con completa comprensión, sólo entonces puede abrigar la esperanza de escapar a los peligros arriba mencionados.

Podremos entender mejor este punto con la sencilla analogía de un niño y un anciano haciendo un viaje trascontinental. El uno pasará por los mismos variados cambios de ambiente, transporte y experiencia que el otro. Sin embargo, en tanto que el anciano apreciará por completo la significación y el valor de cada cambio, el niño sólo tendrá una idea más o menos vaga de ellos. Cuando el niño entra en un banco y recibe dinero para el viaje, toda la cadena de transacciones que hay detrás del sencillo acto le resultará absolutamente desconocida, en tanto que el anciano la conocerá plenamente. En consecuencia de esta ignorancia, el niño puede rasgar y tirar un cheque por una abultada cifra, en tanto que apretará fuertemente contra su pecho una bolsa de monedas de cobre, porque el peso de la misma parece indicar mayor valor. De un modo similar, el místico puede tener notables experiencias o exaltadas meditaciones, pero es posible que no entienda con exactitud qué le sucede. Como a menudo lo vemos en la historia del misticismo, es posible que confunda lo carente de importancia, lo no esencial y lo pasajero, creyéndolo importante, esencial y permanente. Por ejemplo, las visiones clarividentes, las experiencias ocultas o los mensajes oraculares intuitivos que se le presentan pueden ser considerados más importantes que el sentido de la inmaterialidad del mundo y de la paz interior que pueda experimentar juntamente con aquéllos. De tal manera, mostrará tendencia a menospreciar lo que debería ser magnificado y a magnificar lo que tendría que ser menospreciado. Lo que es más, a menos de que pueda precisar el origen de cada visión, voz, mensaje o experiencia, es siempre posible que cometa graves errores. Finalmente, también existe la posibilidad de que exagere la importancia de su propio ego, porque ha tenido la suerte de recibir esas maravillosas experiencias, y de ese modo fortalecerá la barrera que se interpone en su camino a la meta superior. Porque algún día descubrirá que ha agotado su exaltación, que la temida experiencia de "la noche oscura del alma", de la "absoluta esterilidad espiritual", ha descendido lúgubrementemente sobre él. Antes no podía entender que, cuando permitía que sus experiencias extáticas le satisficieran indebidamente y le halagaran el ego en forma malsana, se estaba

debilitando. Puede que ahora descubra que no basta ser inocente como un niño; también le será necesario ser tan astuto como una serpiente. Porque la existencia universal, de la cual él no es más que una parte, tiene que ser *entendida*, y, en consecuencia, es preciso desarrollar las facultades de pensamiento necesarias para entenderla. De ahí que cuando el rey Milinda preguntó al sabio budista Nagasena por qué los niños no podían alcanzar el Nirvana, éste le contestara que un niño, "con una mente tan limitada, no puede entender lo que es vasto e infinito".

El místico que imagina que ha alcanzado el Yo Superior ha llegado en realidad al borde, pero no al centro de la llama del mismo. Porque si no ha pasado por cierta disciplina perteneciente al último sendero, su esfuerzo será un salto prematuro. De cualquier manera, le será imposible permanecer en el estado extático que, muy satisfecho, cree haber alcanzado permanentemente. En verdad, las fuerzas mismas que ha evocado lo rechazarán más tarde o más temprano, y tal reacción le hará conocer la terrible y melancólica experiencia que casi todos los místicos *avanzados* han conocido. San Juan de la Cruz la llamó "la oscura noche del alma"; Santa Teresa la denominó "el gran desamparo"; los místicos indios medievales como Dadu la llamaron "la fase de la separación"; Suso, el santo cristiano medieval, europeo, cuenta cómo sufrió durante diez años de una sensación de puro abandono por Dios; el autor de *La Nube del Desconocimiento* habla del terrible período en que el místico "no puede verlo a El claramente con la luz del entendimiento ni sentirlo en la dulzura del amor"; los sufíes místicos persas describen elocuentemente "la tortura de la separación"; y los modernos estudiantes occidentales del misticismo como Underhill, Inge, de Sanctis y Barbanson la describen aproximadamente como un período de lasitud espiritual, de estancamiento, de esterilidad y sequedad, que viene a continuación de un período de intensa actividad mística y experiencia extática. Pero es sumamente importante advertir que "la noche oscura" es una experiencia que ocurre sólo a los místicos avanzados. Porque es el esfuerzo automático de la Naturaleza para obtener el equilibrio; es un dedo señalador que dirige al místico que ha llegado al final de su senda mística, indicándole que entre en el sendero final, poniendo de tal manera nuevamente a su alcance el mundo que ha desdeñado o descuidado. Evidentemente hace falta algo para frenar las groseras extravagancias del misticismo, para corregir las crédulas tendencias de sus devotos y para enseñarles a separar en sus experiencias lo que es esencial de lo que es accidental. Y eso podrán encon-

trarlo en la disciplina metafísica. Tendrán que tener el valor de diseccionar fríamente todas las experiencias interiores, empleando implacablemente, como instrumento para ello, una inteligencia aguzada al máximo. No deberán dar por sentadas sus intuiciones, sino que se tomarán el trabajo de verificarlas. Tendrán la paciencia de estudiar el verdadero sentido metafísico y propósitos del universo así como del Yo Superior; de explorar el misterio del espacio, *del* tiempo, de la materia y de la mente; de hurgar en la constitución del ego humano, y poner al desnudo los mecanismos más *secretos* de sus pensamientos, palabras y actos. Con el conocimiento así adquirido, podrán dedicarse a poner a prueba la verdad, a estimar el valor y a regular el curso de su desarrollo interior. Y a medida que éste pase por ese crisol purificador del examen *metafísico* racional, descubrirán cuan fácil resulta ver las simples ficciones con la firme convicción de que son hechos sólidos, y cuan difícil es mantenerse en la recta y estrecha senda que conduce al sublime Yo Superior. Una investigadora precursora como Blavatsky, cuyo nombre es tan a menudo invocado como respaldo del misticismo, el ocultismo y el yoga admitió en las recatadas insinuaciones ofrecidas en la pág. 169 de *The Secret Doctrine* (vol. I, edic. facsimilar de Los Angeles) que sólo la filosofía "podía arrojar una luz absoluta y final" y que "fuera de la metafísica no es posible ninguna filosofía oculta, ningún esoterismo", aunque su monumental libro *no* trata del universo desde ese punto de vista definitivo. El razonamiento metafísico tiene aquí una utilidad doble. Es necesario, no sólo para actuar como correctivo de la experiencia mística, sino también para señalar el rumbo posterior que debe tomar la meditación. Y ese rumbo se encuentra en la dirección de la adaptación al TODO impersonal, universal.

Todo esto es un preámbulo para la explicación de que la armonía con todo ser, la unidad con el mundo, que el místico ciertamente experimenta, es sentida pero no entendida, es temporaria y no duradera, es indirecta y no inmediata, es experimental y no final. Mientras el ego viva fructíferamente dentro del místico, toda cesación de la experiencia egoísta debe ser necesariamente transitoria. El ego *puede* ser dominado, y la experiencia mística, al aminorar los sentimientos egoístas, proporciona un poderoso, necesario y preñado indicio de tal verdad, pero sólo sigue siendo un indicio mientras la razón no pueda recoger y demostrar irrefutablemente, o conocer incommoviblemente, con agudo discernimiento, lo que la emoción siente con intermitencia durante la meditación. De ahí que la metafísica deba intervenir y acoplarse a la meditación. El "yo" puede ser finalmente derrotado de una sola

manera, a saber: recorriendo la senda final. Esto supone un proceso doble: primero, estudiar y entender su verdadera naturaleza; llegar, por medio del repetido y sostenido análisis y examen, a la comprensión de su carácter final. Y, segundo, practicar los ejercicios de contemplación ultramística, que elevan la conciencia por sobre el intelecto y el ego a la vez. El conocimiento adquirido de ese modo se convierte en un arma con la cual el ego puede ser dominado con seguridad. La aventura del yoga del discernimiento filosófico debe unirse a los yos de la devoción y de la concentración mental. Todos ellos son necesarios si se quiere obtener una verdadera y duradera experiencia de la unidad oculta de toda la existencia.

Recuérdese que los puntos críticos que señalo no son indicados por un oponente del yoga, sino por uno que lo practica diaria y fielmente; ellos representan las observaciones de un amigo, y los que *más* ayudan son los amigos que tienen la valentía de decirnos la verdad acerca de nosotros mismos, en lugar de adularnos. Es pues un grosero malentendido en punto de mi libro decir que éste aconseja al aspirante que termine con su práctica del yoga, cuando en realidad le aconseja que la corrija. La meditación no debe ser abandonada. Sólo un tonto lo haría. Porque es un movimiento en la dirección correcta. Pero tiene que ser ahondado y ampliado. Tal ahondamiento y ampliación constituye la senda final. Aunque hayamos pasado a una dimensión más elevada del pensamiento o la experiencia, no debemos permitir que nuestro entusiasmo nos haga cometer el error de renunciar a lo que ya hemos conseguido, por considerarlo indigno. Aunque hayamos conquistado una comprensión más amplia de las cosas, no tenemos que rechazar lo que es cierto y útil en su propia esfera, por limitada que ésta fuera.

Así, se ha demostrado la necesidad de una consecución más alta aun, y tal necesidad sólo será satisfecha por la senda final. De este modo, el primer volumen ha roturado el terreno para que sean sembradas las simientes por el segundo, en el que luego se ofrecerá la suprema piedra angular metafísica, además de las prácticas de meditación ultramística.

El segundo malentendido que tiene que ser corregido es el más peligroso de todos. Prevalece principalmente entre los lectores europeos y americanos, porque los asiáticos entienden mejor el punto. A despecho de las claras insinuaciones y de las abiertas afirmaciones diseminadas a lo largo de todo el primer volumen, los primeros han entendido —y entendido mal— que yo afirmaba que la facultad de la razón

PAÚL BRUNTON

es suficiente *en sí* misma para llegar a la verdad más elevada. Este es un grosero error, y por cierto que no recibirá respaldo alguno de *mi* pluma. He explicado en el libro la diferencia existente entre el intelecto y la razón, demostrando la superioridad de ésta pero señalando que no llega a su máximo desarrollo si no se la eleva del nivel concreto de la ciencia a fin de que actúe vigorosamente en el plano abstracto de la metafísica. He subrayado la necesidad de verificar los descubrimientos de la autoridad, de la llamada intuición, del intelecto y de la experiencia mística por medio de la razón, pero no he establecido la supremacía final de ésta. Una posición tan exaltada tiene que ser reservada para una facultad más grande. En consecuencia, si he dado la impresión de que esa senda final es un proceso puramente intelectual, no he conseguido entonces comunicar fielmente mis ideas. Es un proceso inicialmente racional, sí, pero en definitiva es ultramístico. Porque la *metafísica*, puede caer bajo las ruedas de tantos errores y peligros como el misticismo, a menos de que sea refrenada por el discernimiento ultramístico. Su mayor error posible se produce cuando pretende abstraer y establecer una sola parte del ser del hombre —la razón— como la única con derecho a ser satisfecha; cuando trata de diluir toda la experiencia hasta convertirla en experiencia puramente lógica y racional y cuando quiere intelectualizar la plenitud de la existencia en una fórmula reseca. La vida es mucho más compleja. Porque *si el yogui* corriente es como un ciego que puede moverse pero que no ve claramente adonde va, el metafísico común es como un tullido que ve con claridad pero que no puede moverse para nada. La metafísica, debido a su base intelectual y a su tendencia racionalista, y a causa de su desprecio por las pretensiones del sentimiento y la experiencia, que considera ilegítimas, sólo puede llegar a abstracciones unilaterales. Porque el sentimiento *y la* experiencia son partes integrales de la existencia humana, y una visión sana, adecuada y verdadera tiene que ser lo bastante amplia para acentuar las pretensiones de aquéllos. Necesitamos una interpretación más amplia que la que nos proporciona la metafísica, porque ésta lo pasa todo por el cedazo de la razón, y, en consecuencia, no hace justicia a lo que es extrarracional. Su concepto más sutil es inadecuado para interpretar lo Real, es decir, el Yo Superior. La metafísica señala ciertamente la realidad, pero la deja como una posibilidad no alcanzada. Ofrece el esquema conceptual de la verdad, pero lo abandona como una posibilidad. Porque al final la metafísica tiene que señalar más allá de sí misma. No es más que un punto de apoyo para llegar al ultramisticismo.

La razón nunca puede dar más que un conocimiento mediato. Esta es una limitación inevitable. Sólo puede entrar en el orden relacional de las *cosas*, como lo he señalado en el capítulo VIII, y, así, se ve constreñida eternamente al círculo de la relatividad. Tal es el lúgubre resultado de la investigación carente de prejuicios de la razón, y es, sin embargo, un resultado de la mayor importancia para los amantes de la verdad •—por humillante que resulte para los que tonantemente querrían colocar la razón en el más alto pedestal—, como lo demuestran claramente Kant en Occidente y Shankara en Oriente. Lo verdadero nos habla de lo real, nos informa de que existe y nos hace conocer su realidad. Pero lo verdadero no lleva lo real a nuestra conciencia. Porque lo real no puede ser conocido por medio del pensamiento finito ni comunicado en pensamientos finitos. El Yo Superior no puede ser definido en términos conceptuales positivos. El no comprender esto, la insistencia en comprimirlo en formas racionalistas, importa cometer la falacia intelectualista agazapada detrás de toda pretensión metafísica de conocer la verdad final. La metafísica encuentra su némesis adecuada en la culminación de su propia actividad, que conduce siempre al explícito reconocimiento de su incapacidad para absorber lo real. Que no coloque sus limitaciones sobre un pedestal, como si fuesen virtudes, para luego adorarlas. El primer servicio del pensamiento razonado es el de atraer nuestra atención hacia el hecho de que el Yo Superior existe, pero su servicio final es el de percibir su propia incapacidad para revelarlo. El servicio mediato es el de decirnos qué es y qué no es esa realidad inmaterial; pero podemos pensar en el Yo Superior o acerca de él sin conocerlo. Tal conocimiento sólo puede llegar fuera del pensamiento, lo que significa que sólo puede venir dentro de alguna especie de aprehensión mística. La razón se eleva a su más alto nivel metafísico cuando, entendiendo sus propias restricciones, se elimina a sí misma diciendo: "Yo también no soy sino un instrumento del Ser, y no el Ser mismo".

El concepto del Yo Superior es, pues, sólo una intelectualización de la realidad, y nunca puede llegar a *ser* un sustituto de su ser real. Indica y anticipa esa comprensión, y, de tal manera, la prepara para recibir la inefable iluminación, que no concede. Lo que la razón establece como verdad sólo puede ser hecho real por la comprensión ultramística. Una función primaria de la metafísica es descubrir lo que la verdad no puede ser y corregir la comprensión de la misma. Y así proporciona un freno de precaución a la mente inquisidora y le impide que se extravié. Si trata de captar la realidad, comprueba entonces cuan

inadecuada es para ello. En el punto en que termina tiene que convenecer a la mente de que recurra al ultramisticismo Y esto no es la supresión de la razón, sino el reconocimiento de su limitación. Sabe perfectamente lo que puede y lo que no puede hacer. Porque la metafísica desarrolla ese espíritu crítico de fría valoración analítica, esencial para separar lo falso de lo verdadero, lo ilusorio de *lo real*. Semejante crítica no puede destruir lo que es cierto en el misticismo, sino solamente confirmarlo, a la vez que protege al que la practica de convertirse en víctima de opiniones erróneas.

Ahora se verá *cuán lejos* de la verdad están los que pensaron que yo había desplazado la comprensión mística en beneficio del mero razonamiento. Este artículo eliminará cualquier posibilidad de caer en semejante error. Por lo tanto, si mi libro alabó el poder de la razón en *lo referente* a juzgar acerca de la verdad de las ideas y en lo que concierne a verificar las experiencias de la autoridad, de la seudointuición y *de* las visiones místicas, lo hizo solamente para preparar el terreno para la labor del segundo volumen, en el que el lector se encontrará con la doctrina más amplia del Yo Superior y en el que la razón se verá obligada a compensar su incapacidad ante los problemas más sutiles que allí se plantearán. Y así surgirían las necesidades de facultades superiores, en primer lugar de la intuición y en segundo de la comprensión, pero sólo entonces podrán ser descritas plenamente. Lo que es más, no llevé el primer volumen más allá de la doctrina *del* mentalismo, y la razón bastaba para dicha doctrina. Sin embargo, releendo el manuscrito con más tiempo del que disponía cuando *lo* escribí, tengo que confesar francamente que las partes dedicadas a la intuición y la razón, en el capítulo VII, podrían dejar a *mis lectores* en un estado de confusión en lo referente a mi actitud hacia esos temas. Debido a mi evaluación crítica de lo que habitualmente se llama intuición, pero que con más frecuencia es seudointuición, les resultará difícil reconciliar el enérgico énfasis que *pongo sobre* la razón con afirmaciones posteriores hechas en el mismo apartado, tales como la de que "el método de razonamiento *acerca de* todos los hechos disponibles, llevados mediante la máxima concentración a la estatura de comprensión inmediata, es un método de precaución y preliminar a la fuente que es la comprensión y que trasciende al razonamiento". He escogido deliberadamente esta frase porque contiene un evidente error de copia, error que traté de corregir al descubrirlo, pero ya era demasiado tarde para ello debido a las demoras producidas por el hecho de que me encontraba en la India y porque el libro era impreso en Occidente;

demoras acentuadas por las dificultades de las comunicaciones en tiempos de guerra. La frase correcta es como sigue: "El método de razonamiento acerca de todos los hechos disponibles, llevados, por medio de la máxima concentración, a su más elevada estatura, es un método de precaución y preliminar a la fuente, que es la comprensión inmediata y que trasciende al razonamiento". El simple hecho de que la frase se cierre con las palabras *y que trasciende al razonamiento* habría debido ser suficiente para indicar al lector perspicaz que la razón no era considerada allí como la facultad final para encontrar la verdad. Pero tienen que surgir dudas y confusión, porque no traté de describir esa última facultad de la comprensión inmediata, limitándome a hacer notar su existencia, en tanto que entré en detalles en cuanto a las virtudes de la razón. La explicación de ello es que, para los fines del primer volumen, tenía que detenerme en la razón, porque la naturaleza de la comprensión y los métodos ultramísticos para conseguirla, así como la misteriosa fuente y las leyes dominantes de la verdadera intuición, tenían su lugar adecuado en la exposición final de la enseñanza oculta, y, en consecuencia, estaban reservados al segundo volumen. Porque constituyen parte de una revelación general relacionada con la mente y el Yo Superior. Habría sido más útil para los lectores si hubiese agregado unas pocas páginas, para explicar brevemente esa diferencia existente entre la razón y la comprensión, así como la que hay entre la intuición y la comprensión, y lamento grandemente no haberlo hecho, de modo que concluiré esta reparación refiriéndome ahora a este último punto.

¿Por qué me negué a dar el nombre de "intuición" a ese proceso culminante, si bien admito que es ultramístico ? ¿Por qué, en cambio, siguiendo a Buda, lo llamo "comprensión" ? La primera respuesta es que la intuición no es con frecuencia auténtica y tiene que ser fiscalizada por la razón. La segunda contestación es que la intuición no está siempre a nuestro alcance; puede estarlo hoy y desaparecer mañana. Pero la respuesta más importante es que la intuición trata con las cosas y acontecimientos de nuestro mundo de tiempo-espacio-materia, en tanto que la segunda se limita al conocimiento de un objeto solamente: el Real. La primera se extiende a los pensamientos y las cosas, en tanto que la segunda se limita al conocimiento de un objeto solamente: la suprema realidad, el Yo Superior. Nadie puede conseguir jamás arrastrar a la comprensión al nivel en que le proporcione una correcta guía para permitirle entenderse con las circunstancias materiales, sean éstas las que fueren, en tanto que cualquiera puede tener una intuición

acera del caballo que ganará una carrera, en punto del verdadero carácter de un ser humano o del valor de la doctrina.

La comprensión comparte con la intuición las mismas cualidades de surgimiento espontáneo, nacimiento en el interior del ser e inoperabilidad, pero después de esto no tolera ya ninguna comparación, porque opera en un plano distinto y más profundo.

Llamo comprensión a una facultad ultramística, sólo para indicar que su naturaleza está más cerca de la intuición que del intelecto, que no puede ser determinada por los pensamientos y que surge más bien de la meditación que del raciocinio. Los místicos que no pueden entender este punto deberían considerar que su propia experiencia puede admitir distintos grados de profundidad así *como* variadas zonas de comprensión. La comprensión es el último grado, la zona más ancha posible. Sin embargo, resultaría fácil entender mal mi actitud hacia la intuición. No niego ni por un instante el hecho de su existencia, y en verdad no podría hacerlo sin negar mi propia experiencia cotidiana y la de muchos otros. Lo que quiero decir realmente es que la persona media no puede estar *segura* de si una intuición que se le presenta en algún momento es auténtica o no. Por ello me propuse la tarea de purificar el empleo de ese término tan asendereado, la de desmascarar la seudointuición y la de señalar la esfera exacta en que opera la legítima intuición. Tal certidumbre sólo puede llegarle al sabio, es decir al hombre que ha entendido la verdad final acerca del universo. Un hombre así es la más rara de las criaturas. Por lo tanto he preferido llamar "comprensión" a su facultad, para diferenciarla de la incertidumbre que envuelve la intuición del hombre corriente. La comprensión del sabio le permite actuar siempre con la seguridad de tener razón y pensar con la confianza de que sus conclusiones son exactas. Más aun, no es una facultad intermitente, sino que está siempre a su disposición, en tanto que ningún hombre común puede atreverse honradamente a pretender que dispone de la intuición a voluntad o que ésta es siempre digna de confianza. La comprensión es infalible, y por lo tanto puede ser empleada para fiscalizar al razonamiento, en tanto que el hombre corriente tiene que fiscalizar sus intuiciones por medio de la razón. La intuición es ciega; puede ser exacta, pero no sabe por qué lo que siente es exacto. La comprensión, por el contrario, es la fruición del completo entendimiento y la plenitud de la percepción.

Existen dos clases de misticismo: el común y el ultramístico. El primero es preparatorio y disciplinario, en tanto que el otro es final

y culminatorio. El primero se adapta a la mente y forma el carácter, en tanto que el segundo adapta al metafísico-místico para su transformación en un filósofo, cosa que constituye la gran culminación de todos estos preparativos. No debemos confundir las dos etapas, que están separadas entre sí por la disciplina metafísica. La meditación es practicada en ambas, pero los ejercicios de las dos difieren grandemente. Estos elevados ejercicios, antiguamente secretos, que constituyen el instrumento de las doctrinas metafísicas, serán revelados en el segundo volumen de mi obra, que responderá en la forma más completa posible, por primera vez en la literatura occidental, a la pregunta: "¿Cómo podemos llegar a conocer el Yo Superior tal como es?" Porque el pensamiento sólo da una visión indirecta de la existencia, en tanto que el sentimiento proporciona sólo una visión personal. La solución a nuestras dificultades reside en el desarrollo de la *comprensión*. Y ésta surge solamente cuando el sentimiento abandona el ego y el pensamiento se acalla en el silencio; cuando los informes del sentimiento, refinados por la serena meditación, son confrontados, analizados y confirmados por un pensamiento llevado a un agudo filo de racionalidad, y cuando tanto la metafísica como el misticismo han realizado su tarea y desaparecido. Esta comprensión no es intelecto ni intuición, tal como se las entiende corrientemente: es una facultad ultramística.

Lo que estoy tratando de decir es que no es correcto buscar el conocimiento final y la experiencia del Yo Superior en el místico inmaduro y crecido a medias, sino más bien en el místico maduro, filosóficamente adiestrado, y que lo que se cree corrientemente que es la experiencia mística final resulta en realidad seguido por una etapa posterior, más avanzada. Porque hace falta una prolongada maduración para que la joven planta florezca por completo. Y sólo en esa etapa final la metafísica, que fue la octava superior de la ciencia, puede y debe convertirse en su propia octava superior: la filosofía. Debemos diferenciar entre la metafísica y la filosofía, entre la especulación racional raciocinante y la verificación ultramística real. Un hombre puede ser un ilustrado sabio metafísico cuando se encuentra sentado en su estudio y un tonto de remate cuando camina por la calle. Pero un filósofo trata de vivir como corresponde a su nombre, es decir, sabiamente, ya se trate de la vida del pensamiento o de la vida de la acción.

Si bien nos vimos obligados a establecer una neta separación entre el misticismo y la metafísica en las primeras etapas de esta investigación, cuando los fines de tal separación fueron logrados y nuestras experiencias místicas quedaron purificadas, guiadas, disciplinadas y verifi-

PAÚL BRUNTON

cadás por la reflexión metafísica nos vimos obligados a abolir la distinción entre ambas. De tal modo, además, las corrientes de sentimiento y razonamiento, que antes divergían la una de la otra, se encuentran ahora y armonizan. Y esa comprensión no habría podido nacer de ninguna otra manera que no fuese por el maridaje del esfuerzo místico y la actividad metafísica. El proceso mediante el cual todo metafísico tiene que convertirse en un místico, si quiere llegar a la meta, es tan inevitable como el proceso por medio del cual todo místico tiene que convertirse en un metafísico por el *mismo motivo*. La tradicional bifurcación entre ambos se torna artificial, aunque antes hubiese estado plenamente justificada. La distinción entre la verdad obtenida por el razonamiento y la verdad conseguida por el sentimiento queda suprimida por la misteriosa experiencia subsiguiente de la comprensión, que abarca y funde los más profundos elementos de ambas y, en cierto modo, las trasciende a las dos.

La religión puede convertir a un hombre en un momento; el misticismo puede comunicarle sus resultados en horas extáticas, en el término de pocos años; pero la filosofía es el trabajo de toda una vida.

La reflexión me ha enseñado y la experiencia me ha convencido de que tomar algún factor particular de la vida, aislarlo y exaltarlo por encima de todos los demás es un procedimiento parcial y equívoco, y, por lo tanto, un procedimiento que debe ser desaprobado. No creo que sea posible llegar a una visión sólida y sana de la vida a menos de que se trate de una visión general, a no ser que esté lo bastante bien informada para depositar todos los factores principales en sus lugares adecuados, justamente proporcionados, y, finalmente, a menos de que los relacione y los una en un todo completo.

No nos perdamos en extremos fanáticos de la doctrina, pero recordemos que la sabiduría reside en el hecho de *recoger* aquí y allá los minúsculos granos de verdad en medio de la extensa masa de la teoría. Es un error, por ejemplo, considerar con desprecio el yoga del dominio corporal. Este yoga trata de la purificación, el fortalecimiento y la curación de la parte más importante del yo: el cuerpo. Ninguna proporción de expresión de deseos o de magia metafísica por parte de un *estudiante* puede hacer desaparecer ese cuerpo. Existe y tiene que ser tenido en cuenta. ¡Cuan tonto, entonces, que se considere con desdén un método de poner al cuerpo en buen estado, para que no obstaculice las aspiraciones mentales del yogui! Por lo tanto, ninguno de los tres grupos convencionales de yogas se excluye entre sí, nin-

gundo está *realmente* capacitado para afirmarse por sí solo sobre sus propios pies, sino que los tres están inseparablemente asociados y tienen que complementarse sucesiva y simultáneamente en el estudio y la práctica.

Los distintos *yogas* —*físico*, emocional, intelectual y ultramístico— están destinados tradicionalmente a seguirse el uno al otro, y los estudiantes se gradúan por lo general pasando de uno al que le sigue. Pero sería mejor y más prudente, en las condiciones alteradas de los tiempos modernos, que los practicaran tan simultáneamente como les fuera posible, por lo menos en lo que hace a los tres primeros. Sólo en el cuarto —debido a su singularidad y superioridad— se ingresa independientemente.

Es una desdicha que esta visión *mis* amplia del yoga se haya perdido con el transcurso del tiempo en la India, a tal punto, que los bracmanes llegan a exagerar el valor del intelecto, los ascetas se matan trajinando con regímenes corporales y los místicos chapalean en un baño de emoción no refrenada. El filósofo no cae en tales errores. Se da cuenta de que la vida humana descansa sobre el trípode del pensamiento, el sentimiento y la acción, y de que el auténtico crecimiento no puede ser logrado por trozos, sino que tiene que ser equilibrado y sólo se consigue íntegramente. Es absurdo y quimérico tomar el yoga intelectual a solas, como lo es también tomar el yoga emocional solo. Los tres senderos deben ser seguidos a fin de prepararse para una *legítima* iniciación en la filosofía —en cuanto distinta de la simple metafísica—, y, más aún, es mejor que los tres sean seguidos tan simultáneamente *como* resulte posible. Porque es preciso trabajar sobre todo el ser de un hombre y no simplemente sobre una parte. Debemos emplear todas las partes de la naturaleza humana, si queremos que ésta se desarrolle convenientemente. La filosofía, entonces, trata, no sólo con la *mente*, *sino también* con el sentimiento y con la carne. La sabiduría se consume cuando tiene la comprensión y el dominio de los tres.

A pesar de las apariencias, el curso es coherente del comienzo al fin. El Dios que encontramos, por medio de la meditación, en el corazón es el primer paso hacia el Dios que encontramos en todo el universo. La fuerza que nos apartó del mundo, en nuestra tentativa ascética de desaparecernos de nosotros mismos, es seguida inevitablemente por la fuerza que nos *empuja*, de nuevo hacia el mundo en abnegado servicio.

PAÚL BRUNTON

No he abandonado los principios defendidos en mis libros anteriores, pero he logrado un conocimiento más profundo de los mismos. Mi crecimiento interior ha sido orgánico; las ramas y las hojas están ahora más extendidas y las raíces no han sido cortadas, sino que, sencillamente, han penetrado en terreno más hondo. Por lo tanto, nadie necesita tampoco abandonar tales principios, ni quejarse —como algunos se han quejado—, debido a que indiqué pasos posteriores, que les he retirado el escalón en que ya se encontraban. Otros sienten que lo que hasta ahora habían considerado sacrosanto ha sido relegado al terreno de lo inútil e ilusorio, y que de ese modo se les ha arrebatado el apoyo más grande que tenían. A esto sólo puedo contestar que han entendido absolutamente mal mis palabras. No se les pidió que dejaran a un lado las intuiciones personales o los sentimientos místicos, sino que los purificaran. No se les pidió que renunciaran al yoga, sino sólo que readaptaran los valores de acuerdo con sus experiencias yóguicas. La meditación les es ahora tan indispensable como lo fue siempre. Dios no es ilusorio, sino la más grande realidad de la existencia humana; sólo que tenemos que purificar nuestras ideas de El. Admitimos que el Yo Superior del místico no es el Yo Superior del filósofo. El Dios del salvaje africano no era el Dios del Primer Ministro Gladstone, que establecía las leyes para él, y sin embargo los dos eran correctos en su actitud de veneración. Lo que he escrito anteriormente sobre el Yo Superior y el camino para llegar hasta él sigue siendo válido para todos los que no han pasado exitosamente por el segundo grado. Y ellos son la gran mayoría. Y si sienten que les falta la tuerza del deseo o la oportunidad para recorrer esa senda final, no tienen que tratar de hacerlo, sino que pueden conformarse con recordar que dicha senda existe y leer de tanto en tanto acerca de ella. También eso dará buenos frutos con el tiempo. Ello no obstante, los pocos que quieran subir más alto, juntamente conmigo, tienen ahora la oportunidad de hacerlo. Y sentirán el anhelo de hacerlo porque tendrán ojos para ver que les he preparado el camino para una revelación que todavía tiene que llegar, que será esencialmente más "espiritual" que ninguna de las hasta ahora concedidas por mis escritos. Sería adecuado que concluyese ahora con unas palabras escritas hace casi un siglo y medio por el ilustre francés Louis St. Martín: "La única iniciación que predico y busco con todo el ardor de mi alma es aquella gracias a la cual podremos entrar en el corazón de Dios y hacer que el corazón de Dios penetre en nosotros."